

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Acción colectiva rural, reforma agraria y política en El Ecuador, ca.
1920-1965**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Hernán Ibarra Crespo

Director

Ludolfo Paramio

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
MADRID



FUNDACIÓN
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN
ORTEGA Y GASSET

Programa de Doctorado

AMÉRICA LATINA CONTEMPORÁNEA

Título de la Tesis Doctoral

ACCIÓN COLECTIVA RURAL, REFORMA AGRARIA Y
POLÍTICA EN EL ECUADOR, ca.1920-1965

Doctorando

HERNÁN IBARRA CRESPO

Director de la Tesis

DR. LUDOLFO PARAMIO
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

ÍNDICE

ABSTRACT	1
AGRADECIMIENTOS	6
SIGLAS	8
INTRODUCCIÓN	9
CAPÍTULO I. TEORÍAS SOBRE LA ACCIÓN COLECTIVA RURAL, EL ESTADO Y LOS CAMPESINOS	19
1. LAS TEORÍAS SOBRE LA REVOLUCIÓN CAMPESINA	19
2. LAS TEORÍAS SOBRE LA ACCIÓN COLECTIVA	30
3. EL ESTADO Y LOS CAMPESINOS	48
CAPÍTULO II. LA REFORMA AGRARIA DE 1964	59
1. CONCEPCIONES SOBRE LAS REFORMAS AGRARIAS EN AMÉRICA LATINA	60
2. UN DEBATE SOBRE LA REFORMA AGRARIA DE 1964	67
3. LA LEGISLACIÓN SOBRE TENENCIA DE LA TIERRA ENTRE 1927 Y 1964	73
4. LA COYUNTURA POLÍTICA 1960-1964	78
CAPÍTULO III. ACCIÓN ORGANIZATIVA Y CONFLICTOS LABORALES EN LAS HACIENDAS DE LA SIERRA	101
1. LAS VISIONES SOBRE LA HACIENDA	102
2. PERSPECTIVAS SOBRE EL CONFLICTO LABORAL	109
A) La trama del concertaje	111
B) Los orígenes del sindicalismo en las haciendas de la Asistencia Pública	116
C) La influencia del Código del Trabajo	126
D) El Partido Comunista y la gestación de la demanda indígena	130
3. LA REVOLUCIÓN DE 1944 Y LA FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN ECUATORIANA DE INDIOS	134
4. LA FEI EN LA DÉCADA DE 1950	151
5. CONFLICTOS LABORALES EN LAS HACIENDAS 1958-1963	162
6. LA ACCIÓN DEL SINDICALISMO CATÓLICO	179

7. EL ALCANCE DEL SINDICALISMO EN LAS HACIENDAS	186
CAPÍTULO IV. DERECHOS COMUNALES Y CONFLICTOS DE LAS COMUNIDADES INDÍGENAS	194
1. CONSTRUCCIÓN LEGAL DE LA COMUNIDAD Y DERECHOS COMUNALES	194
2. LA TRAYECTORIA DE LOS DERECHOS COMUNALES	197
3. LOS CONFLICTOS RURALES Y LA CRISIS DE LAS RELACIONES ENTRE INDÍGENAS Y ESTADO (1916-1930)	205
4. HACIA UNA POLÍTICA DE PROTECCIÓN A LA COMUNIDAD INDÍGENA	224
5. EL IMPACTO DE LA LEY DE COMUNAS	228
6. LOS CONFLICTOS COMUNALES HASTA 1962	241
7. TINTERILLOS Y ABOGADOS	253
8. DE LA DESPROTECCIÓN A LA PROTECCIÓN	261
CAPÍTULO V. CONFLICTOS RURALES, VIOLENCIA Y OPINIÓN PÚBLICA EN LOS AÑOS CINCUENTA	265
1. ESFERA PÚBLICA, OPINIÓN PÚBLICA Y ESPACIO POLÍTICO	266
2. ALGUNOS RASGOS DE LOS MEDIOS IMPRESOS	268
3. INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS CONFLICTOS Y VIOLENCIA	273
4. ORIGENES Y DESCENLACE DEL CONFLICTO DE LA HACIENDA LEITO (1952)	279
5. LA TRAMA DE UN CONFLICTO SINDICAL: LA MERCED (1953)	294
6. ¿UN CONFLICTO TRADICIONAL?: GUACHALÁ (1954)	305
7. LOS ECOS DEL INDIGENISMO	318
8. EL MUNICIPIO DE OTAVALO Y EL CONFLICTO DE SAN PABLO DEL LAGO (1959)	322
9. LA LÓGICA DE LOS CONFLICTOS Y LA REPRESIÓN	330
CAPÍTULO VI. TRAMAS, ESCENARIOS Y CAMBIOS DEL PODER LOCAL RURAL	334
1. GAMONALISMO, CACIQUISMO Y CORONELISMO EN UN PLANO COMPARATIVO	335
2. PARA UNA HISTORIA DEL GAMONALISMO	341
3. LA ACCIÓN ESTATAL ANTE EL ABIGEATO Y LAS OBRAS	

PÚBLICAS	359
4. EL GAMONALISMO COMO LENGUAJE POLÍTICO	367
5. LAS LENTAS MODIFICACIONES DEL PODER LOCAL	373
CAPÍTULO VII. ACCIÓN COLECTIVA RURAL EN LA COSTA ECUATORIANA	
	381
1. ACCIÓN COLECTIVA DE FINQUEROS Y SEMBRADORES	382
2. SINDICALIZACIÓN Y CONFLICTOS LABORALES EN LOS INGENIOS AZUCAREROS	390
A) La trayectoria de los conflictos laborales en el Ingenio San Carlos	393
3. CONFLICTOS EN HACIENDAS Y PLANTACIONES BANANERAS	399
A) Tenguel, un enclave bananero	403
B) El sindicalismo en las bananeras	407
CONCLUSIONES	417
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	424

ÍNDICE DE TABLAS, GRÁFICOS E ILUSTRACIONES

Tablas

Tabla 1. Reforma agraria y colonización 1964-1970	98
Tabla 2. Sindicatos agrícolas con personería jurídica en Pichincha (1947 – 1962)	147
Tabla 3. Conflictos laborales 1948-1950	153
Tabla 4. Intervención del Inspector de trabajo agrícola en reclamaciones laborales de haciendas de la sierra 1951-1952	156
Tabla 5. Conflictos colectivos (1959-1963)	164
Tabla 6. Conflictos colectivos agrícolas en la sierra: mayo 1959 – mayo 1960	166
Tabla 7. Conflictos colectivos agrícolas en la sierra: septiembre 1960-abril 1961	171
Tabla 8. Conflictos y sublevaciones rurales en la sierra ecuatoriana: 1916-1930	205
Tabla 9. Rebeliones locales y conflictos por tierra y recursos en la sierra 1916-1930	209
Tabla 10. Muertos en conflictos rurales en la Sierra 1916–1929	210
Tabla 11. Comunas y población comunera en Ecuador: 1947	235
Tabla 12. Superficie de comunas en 1943	236
Tabla 13. Litigios comunales 1930-1961	241
Tabla 14. Juicios comunales en el Ecuador 1930–1961	243
Tabla 15. Causas de litigios en la sierra 1908–1961	245
Tabla 16. Superficie de las explotaciones bananeras por tamaño (1964-1965)	401
Tabla 17. Conflictos colectivos agrícolas en la costa (1959-1962)	411
Tabla 18. Contratos colectivos en empresas agrícolas y agroindustriales de Guayas	415

Gráficos

Gráfico 1. Rebeliones locales y conflictos por tierra y recursos en la sierra 1916-1930	209
Gráfico 2. Muertos en conflictos rurales en la sierra 1916-1929	211
Gráfico 3. Número de comunas legalizadas y conflictos comunales 1937-1961	244

Ilustraciones

Ilustración 1. Andrés Pacheco, indígena de la hacienda Guachalá rindiendo declaraciones en la Intendencia de Policía. <i>El Comercio</i> , 12 de enero de 1954.	310
Ilustración 2. Atribuido a Avispa, [Representación del gamonal], <i>Don Pepe</i> , No.1, 16 de enero de 1954.	317
Ilustración 3. Asdrúbal, “Problema sin importancia”, <i>El Comercio</i> , 14 de enero de 1959.	329

ABSTRACT

This thesis studies the rural collective action processes between 1920 and 1965 in Ecuador with a social history and political sociology approach. An approximation is carried out towards the conflicts, mobilizations and protests where indigenous and not indigenous peasants participated. Because of this, they are considered two periods, the first one that last from 1931 to 1947, sealed by the political instability and a constant change of governments; and the second one between 1948 and 1965, in a phase of successive constitutionally governments that ruled between 1948 and 1960. The conflicts and rural mobilizations reached a major visibility since 1958, deeply affecting the public opinion. The importance and magnitude of the rural mobilizations between 1959 and 1963 generated a controversy on their political effects in the agrarian change. Certainly, the rural mobilizations influenced in the outcome that took the political crisis, which concluded in the implantation of a military government in 1963. This government issued an Agrarian Reform Law in 1964, which modified partially the working relations and the land ownership. And, in addition, it defined a new type of military intervention in the policies that combined repression with reforms.

The existence of a landowner social segment that backed a reform in the rural highland (sierra) society has been generally identified by Galo Plaza's figure. In his government (1948-1952), transformations were accentuated in the State intervention, mainly orientated towards the economic and political modernization. This was a new moment of coastal agro-exportation development with the leadership of the banana production. There were stimulated measures of promotion of the production and exportation of bananas. So, the road infrastructure was intensively spread and connected the producing zones with the export ports.

The balance about the Agrarian Reform of 1964 indicates that it was produced an elimination of the non-capitalists labor relations, and that the agricultural border was expanded by means of settlements that had a reduced impact in the redistribution of the rural property. The limited scopes of the Agrarian Law Reform of 1964, which did not produce a radical restructuring of the land possession, were coming from the slow modernization of the agro that had managed to institutionalize rural conflicts at the ends of the 1930-decade. The diverse degrees of capitalist development of the highland and

coastal Ecuadoran agriculture were coexisting with the pre-capitalist work relations that had been questioned by the indigenism and the left-wing politics. The final result of the process, which meant the strengthening of the modern agricultural enterprise and impairment towards the traditional landowners, involved very intense conflict situations and others relatively calm.

The principal objective of this work is the study of the rural collective action, which was developed between 1920 and 1965, as a determining factor of the Agrarian Reform of 1964. For it, there is carried out an analysis of collective action repertoires and the protests cycles that happened in diverse places of the Ecuadoran highlands and coasts. Moreover, it pays attention to the political opportunities that where the fundamental factor of the State interventions, whether they were repressive or integrative. And that happened in this period determined by the major or minor opening behavior of the governments.

It is exposed that the Agrarian Reform of 1964 did not produce a radical restructuration of land possession, and it had a sense of continuity with the settling policies because of the weakness of the rural collective action. The landowner elites were in aptitude to avoid the rural conflicts and they chose a modernization that implied affecting residual areas of the great rural property. The rural collective action had a limited capacity of confrontation and his aims were looking principally for the negotiation that was fixed by the State intervention. Moreover the rural conflicts became institutionalized at the end of the 1930-decade with a decline of the mechanisms of State repression.

The information processed in this thesis, allows identifying the following types of conflicts: 1) labor conflicts within the estates or ranchs (haciendas) in the highlands; 2) conflicts within estates or ranchs and plantations of the coast; 3) conflicts between estates or ranchs and indigenous communities; 4) conflicts in opposition to the intervention of the State. It can be stated that from the decade of 1930 it was already installed a trend to the decrease the rural conflicts that were adopting a repressive and violent resolution. The institutional means foreseen in the Labour Code (Código del Trabajo) of 1938 facilitated the negotiation and resolution of the labor conflicts in rural work, while the Communes Law (Ley de Comunas) of 1937 allowed the juridical

recognition of the indigenous and peasant communities, integrating them subordinately to the political and administrative jurisdictions of the State.

The information about the rural conflict comes from archives documentation, reports and official printed documentation, press information, interviews to participants in those conflicts and secondary available bibliography. From a methodological perspective, there was effected a quantitative and qualitative approximation combined with an analysis of various relevant cases. The State policies and interventions have as principal sources the Reports of The Secretaries, the legislation and the data of governmental institutions.

In the first chapter, diverse theories are exposed about the collective action and the relations between the State and the peasants. This examination places and confirms the progression from the theories of rural revolution towards the theories about social movements, establishing their elaborations of conceptual nature. With the purpose of setting the role of the State towards the peasants, it is indicated how the interventions of political nature, the frames of the rural politicization and the gestation of rural demands (that can lead to reformists or revolutionary outcomes) has been conceived.

In the second chapter, there is realized an analysis of some conditions that appeared in the conjuncture of 1960-1964, when the debate and the political contention were settled around an agrarian transformation. The display of the conceptions about the Agrarian Reform, as it was demonstrated since the middle 20th Century, allows us to understand the basic topics that were used in the discussions in a national and international scale. Special attention is paid to the academic debate about the paths of agrarian transformation in the Ecuadoran highlands, and there is detailed described the political conjuncture that ended in the military dictatorship of 1963. In addition, it is briefly exposed the impact of the Agrarian Reform of 1964.

The labor conflicts in the ranches of the highlands are approached in the third chapter. There is carried out an analytical characterization of the estate and a balance assessment of the studies about this topic. It is explained the trajectory of the organization of the workers unions in the Public Assistance estates since the end of the 1920-decade. The

institutionalization of the labor conflict with the expedition of the Code of the Work in 1938 is analyzed thoroughly. Afterwards, it is studied the foundation of the Ecuadoran Federation of Indians (Federación Ecuatoriana de Indios) in the frame of the revolution of 1944 and their trajectory until 1963. There are established the spread mechanisms of the rural unionism by the intervention of the Communist Party and the catholic unionism. There are described the diverse cycles of protest and the repertoires of collective action in different political conjunctures. Additionally a few considerations are done on the scopes and limits of the rural unionism.

The fourth chapter is dedicated to the rights and communal conflicts. It gives importance to the legal construction of the community and the trajectory of the rights of the communal property that had evolved from policies of vulnerability to the State protection from the 19th Century to the decade of 1920. It pays attention to a cycle of rural and indigenous protest in some provinces of the highlands between 1916 and 1930, which evidenced high violence and State repression. The impact of the legislation on communities of 1937 acquires relevancy when having observed the evolution of the legalization of rural and indigenous communities, his demographic importance and the magnitude of the communal property between the decades of 1940 and 1950. The presence of “tinterillos” (non-professional lawyers) and lawyers as intermediaries between the communities and the local and national power is analyzed as a mechanism of conflict management.

The problem of violence in the rural conflicts is studied in the fifth chapter, by the description and analysis of some conflicts that had a violent conclusion in the decade of 1950, framed in the public opinion and political space issues. From a review of the contemporary press sources, the topic of the public opinion and the violence is problematized. Even more, the general context and the specific conjunctures are also argued in four cases: a conflict between the ranch Leito and a few communities (1952), two labor conflicts in the ranch La Merced (1953) and Guachalá (1954), and other one between an indigenous community and Otavalo’s Municipality in San Pablo del Lago (1959). This review of four controversial events describes in detail their causalities, the repressive results and the debate in the public opinion.

In the sixth chapter, the historical configuration of the relations among the local rural power and the indigenous populations is exposed. In addition, this chapter pays special attention to gamonalism as a form of domination, his historical configuration, as well as the use of the term “gamonal” in the political language and in the interpretations originated in the social sciences with relation to a period that goes from 1920 to 1960. For this purpose, is explained the historical process of constitution of local rural power in indigenous zones, and the changeable conceptions that arose to define gamonalism. Also a comparative frame is provided with Brazilian colonelism (coronelismo) and Mexican chieftaincy (caciquismo). In addition, it is explored how the control of cattle rustling and, moreover, the vial conscription were demonstrating the functioning of the local power. Finally, there are observed the fissures that had arisen in the rural local power because of the effect of changes prepared by the penetration of the central State and the political dynamics in the local spaces.

The seventh chapter is dedicated to the collective action in the coast, where there are established the most relevant features of the demands and the collective action. They were also developed by organizational channels of the peasants and rural employees of estates and plantations, especially from the basin of the Guayas River. The organizational processes and the conflicts that involved landowners, workers of sugar mills and banana plantations are also analyzed. Although relative information from the thirties was revealed, the analysis is widely sustained by data after 1950.

There is exposed in the conclusions a synthesis of the principal results of the research work, which clearly tries to explain how the rural collective action was a determining factor of a conservative Agrarian Reform that weakly affected the structure of property. Thereby, the decisive 1960-1963 conjuncture, where the Agrarian Reform of 1964 crystallized, is revealed as the final circumstance of a historical trajectory of the peasant collective action, which challenged limitedly the local power spaces and the domination structures from 1920. Distinctly, this occurred with different conflictive and incident degrees of action that depended on the State intervention, the increasing institutionalization of the conflicts and the limited capacity of the left-wing politics for articulating the mobilization processes in a radical way.

AGRADECIMIENTOS

Cuando me propuse indagar sobre un periodo olvidado de la historia rural del Ecuador contemporáneo, tenía la convicción de que era necesario volver sobre la acción colectiva rural anterior a la reforma agraria de 1964. En el transcurso de la investigación pude percatarme de que la mayor contribución que cabría esperar de este estudio era establecer el grado de conflictividad que vivió el agro ecuatoriano. Pero sobre todo ha sido un reencuentro con el oficio de historiador. Esta tesis ha dependido de la ayuda de amigos y colegas que en distintos momentos me dieron su respaldo para emprender en una incursión sobre el pasado.

En los años de mis estudios doctorales en Madrid, fueron siempre muy decisivos por su apoyo y amistad Elda González (“Pichi”), Leoncio López, Ricardo González-Leandri, Marta Irurozqui y Víctor Peralta en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y Marisa González de Oleaga de la UNED con quienes compartimos muchas inquietudes sobre temas académicos. En tierras catalanas disfruté de la amistad y hospitalidad de Juanjo Pujadas, Montserrat Ventura, Miguel González y Natalia Esvertit.

Durante la fase de investigación de la tesis doctoral recibí el respaldo de Francisco Rhon, el Director del Centro Andino de Acción Popular (CAAP), quien me dio las facilidades para disponer del tiempo necesario en el trabajo de investigación y me concedió un año de licencia laboral durante la fase de redacción. En el CAAP recibí la ayuda de Elke Lima y Belisario Torres en la transcripción y procesamiento de datos. Andrea Ponce colaboró en una revisión de documentación en el Archivo Nacional de Historia.

A lo largo de todos estos años ha sido muy importante contar con la amistad y solidaridad de Andrés Guerrero con quien he compartido muchas discusiones sobre el mundo rural ecuatoriano. Él leyó algunos capítulos de esta tesis y me hizo comentarios muy pertinentes que me ayudaron a mejorar mis argumentos. A Celso Fiallo le debo mucho por sus vivencias como testigo de la época y su conocimiento del mundo indígena que compartió generosamente conmigo. Ursula Poeschel-Renz conoció los diversos momentos de desarrollo de esta tesis y me dio sus comentarios y apoyo

emocional. Ludolfo Paramio, mi director de tesis, realizó orientaciones oportunas sobre el sentido general de la investigación. Con Juan Fernando Regalado y Pablo Ospina hemos compartido inquietudes sobre la época. En la FLACSO-Sede Ecuador, Simón Pachano, Felipe Burbano y Valeria Coronel expresaron atención en el desarrollo de esta tesis.

Por la amistad en todo este tiempo, agradezco a Jorge León, Lourdes Peralbo, Alicia Loaiza, Eduardo Kingman, Ana María Goetschel, Rosario Coronel, Quinche Ortíz, Marie Lourties, Gabriela Bernal y Pilar López Rodríguez-Gironés. Mi hermano Héctor y mi primo Bladimir expresaron sus expectativas sobre esta investigación y me dieron mucho ánimo para concluirla. Mi madre ha estado pendiente de todos mis asuntos. Finalmente, el Dr. Rommel Artieda sabe muy bien cuanto le debo.

SIGLAS

APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana)

ARNE (Alianza Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana)

FEI (Federación Ecuatoriana de Indios)

CTE (Confederación de Trabajadores del Ecuador)

CEDOC (Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos)

CEOSL (Confederación de Organizaciones Sindicales Libres)

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe)

CFP (Concentración de Fuerzas Populares)

CIA (Agencia Central de Inteligencia)

CIDA (Comité Interamericano de Agricultura)

CREA (Centro de Reconversión Económica de Azuay, Cañar y Morona-Santiago)

CRM (Centro de Reconversión de Manabí)

FETAP (Federación Ecuatoriana de Trabajadores Agropecuarios)

FTAL (Federación de Trabajadores Agrícolas del Litoral)

IERAC (Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización)

INC (Instituto Nacional de Colonización)

JUNAPLA (Junta Nacional de Planificación)

MPS (Ministerio de Previsión Social)

OIT (Organización Internacional del Trabajo)

ORIT (Organización Regional Interamericana del Trabajo)

PCE (Partido Comunista del Ecuador)

PSE (Partido Socialista Ecuatoriano)

PCMLE (Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador)

STACPORG (Sindicato de Trabajadores Agrícolas, Campesinos Pobres y Obreros Rurales del Guayas)

UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development)

URJE (Unión Revolucionaria de Juventudes del Ecuador)

INTRODUCCIÓN

En la tradición de las ciencias sociales ecuatorianas, el tema rural fue sustancial en las investigaciones sobre todo entre 1975 y 1990. Predominaron los enfoques dirigidos a la identificación de las vías de desarrollo del capitalismo en la agricultura con un fuerte énfasis en una localización de los estudios en la sierra norte del Ecuador. Un grupo relativamente amplio de investigadores realizó estudios con enfoques antropológicos, sociológicos e históricos predominantemente. Se hicieron estudios de campesinos, de unidades agro industriales, del impacto de la reforma agraria, migraciones, comunidades campesinas, entre los temas más recurrentes. Los estudios sobre campesinos y la desestructuración de los sistemas agrarios tradicionales fueron los temas dominantes. Aunque toda esta temática tendía a la dispersión, se produjo un avance notable en el conocimiento. Las relaciones entre la configuración del Estado, las políticas públicas y la sociedad rural, fue objeto tangencial de estudio. Después de 1990 la investigación sobre la cuestión agraria entró en un fuerte receso por un cambio en las instituciones de investigación y el predominio de la consultoría. Pero se abrió un inusitado interés por el tema étnico activado por el levantamiento indígena de junio de 1990 que cambió indudablemente las condiciones políticas del país al proyectar al espacio político a un nuevo actor colectivo. Después del año 2000 se ha producido un relativo regreso de los estudios rurales con el predominio de una perspectiva pragmática donde los enfoques históricos no gozan de popularidad.

Esta tesis es una “revisita” al tema rural desde un enfoque de historia social y sociología política, que apunta al estudio de procesos de acción colectiva rural entre 1920 y 1965 en el Ecuador. En un tiempo histórico que cabe en la mediana duración, se realiza una aproximación a los conflictos, movilizaciones y protestas en los que participaron campesinos indígenas y no indígenas. Más específicamente, el período 1948-1965, ha sido poco estudiado aunque se considera fundamental en los procesos de modernización (Hurtado, 1978; Cueva, 1988). Fue un período de modernización y estabilidad política con gobiernos que se sucedieron constitucionalmente, a diferencia del período 1931-1947, signado por la inestabilidad política. Los conflictos y movilizaciones rurales, tomaron mayor visibilidad a partir de 1958, dejando de ser procesados en los niveles locales e impactando en la opinión pública. La importancia y

magnitud de las movilizaciones campesinas entre 1959 y 1963, generó una controversia de sus efectos políticos sobre el cambio agrario (Barsky, 1978, 1984; Guerrero, 1983). Ciertamente, las movilizaciones rurales influyeron en el desenlace que tomó la crisis política que concluyó en la implantación de un gobierno militar en 1963. Este gobierno, expidió una Ley de reforma agraria en 1964 que modificó parcialmente las relaciones de trabajo y la tenencia de la tierra. Y, adicionalmente definió un nuevo tipo de intervención militar en la política que combinó represión con reformas.

La transformación desarrollista que inauguró Galo Plaza en su gobierno (1948-1952), coincide con el auge de la producción bananera costeña la misma que fue impulsada por políticas favorables a la exportación (López, 2008). Plaza, representante de un sector terrateniente reformista de la Sierra, es un nexo fundamental para la difusión de las propuestas de modernización económica de los organismos internacionales. El fortalecimiento de la capacidad interventora del Estado fue continuado por los gobiernos que le sucedieron. En el tercer gobierno de Velasco Ibarra (1952-1956) y en el gobierno conservador de Camilo Ponce (1956-1960), se mantuvieron los fundamentos de la acción estatal inaugurada por Plaza. Una institución clave, la Junta Nacional de Planificación, creada bajo lineamientos cepalinos se funda en 1954. Esta institución pasará a jugar un rol central en las propuestas e iniciativas de cambio socioeconómico. Es así que desde mediados de los años cincuenta comenzó a ponerse en el tapete la cuestión de la modernización de la agricultura y la reforma agraria. Luego, en la campaña electoral de 1960, la reforma agraria se convirtió en un tema relevante.

No se deben ignorar las presiones internacionales para ejecutar cambios en el agro, ya que la Carta de Punta del Este establece en 1961 la necesidad de ejecutar reformas agrarias en América Latina para responder al desafío de la revolución cubana. En el marco de estas presiones y la puesta en marcha de la Alianza para el Progreso, un estudio socioeconómico del Comité Interamericano de Agricultura -similar a los que se realizaron de otros países de la región- definió un diagnóstico que planteaba las líneas de crisis del funcionamiento de la sociedad rural, centrado en la desigualdad de la tenencia de la tierra y la descomposición del sistema de hacienda serrano (CIDA 1965).

Lo interesante es que este estudio, describe y analiza el antiguo régimen agrario que se encontraba en crisis ante impulsos de modernización.

La existencia de un segmento terrateniente, propugnador de una reforma de la sociedad rural serrana, ha sido generalmente identificado con la figura de Galo Plaza. En su gobierno se iniciaron transformaciones en la intervención del Estado orientadas a la modernización económica y política. Coincide con un nuevo momento de desarrollo agroexportador costeño con el liderazgo de la producción bananera. Se impulsaron medidas de fomento de la producción y exportación de banano, y se extendió aceleradamente la infraestructura vial que conectó las zonas productoras con los puertos de exportación.

El balance sobre la reforma agraria de 1964 indica que se produjo la eliminación de las relaciones laborales no capitalistas y se expandió la frontera agrícola mediante la colonización con un impacto limitado en la redistribución de la propiedad rural (Blankstein y Zuvekas, 1973; Velasco, 1979). Los limitados alcances de la Ley de reforma agraria de 1964 que no produjo una reestructuración radical de la tenencia de la tierra provenían de la lenta modernización del agro que había logrado institucionalizar los conflictos rurales desde fines de la década de 1930. Los diversos grados de desarrollo capitalista en la agricultura de la sierra y la costa ecuatorianas coexistían con relaciones de trabajo precapitalistas que habían sido cuestionadas por el indigenismo y la izquierda. El resultado final del proceso que significó el fortalecimiento de la empresa agrícola moderna y una afectación a los terratenientes tradicionales implicó coyunturas de conflictividad muy intensa y otras de relativa calma.

Los nuevos aspectos que incorpora el Estado desarrollista de los años cincuenta del siglo pasado, corresponden a la creación de un aparato especializado de planificación nacional, agencias de tipo regional y local, y la Misión Andina, una agencia de desarrollo rural dirigida a la población indígena. Todo esto, definía a un Estado centralizado que emprendía procesos de modernización. Emerge con nitidez una capa de funcionarios y expertos liderados por los economistas que influyen en las decisiones de las instituciones estatales de promoción del desarrollo. Esta lógica de construcción

estatal se mantuvo hasta comienzos de la década de 1980, cuando los programas de ajuste promovieron la retracción del Estado.

Las bases sobre las que se edificó la intervención estatal en el Ecuador, fueron las simientes ya echadas desde la revolución juliana (1925), que abre una época de creación de aparatos estatales modernos. La generación de una legislación social desde la década de 1930 e instituciones que permitían arbitrar los conflictos laborales urbanos y rurales, definen rasgos de un Estado interventor. Hacia la mitad del siglo XX, se puso en marcha un Estado desarrollista que impulsó políticas de modernización económica. Sin embargo, queda una interrogante: hasta qué punto esto significaba la generación de espacios autónomos en el Estado. Puede también postularse que han coexistido formas modernas y tradicionales de la institucionalidad estatal en las que se han incorporado intereses políticos específicos. En el área rural, en cambio, predominaban modos tradicionales de dominación sea bajo la forma del caciquismo costeño o el gamonalismo serrano. En los espacios rurales de la sierra, predominaba un régimen gamonal de poder, como una forma despótica y patrimonial del poder sustentada en la hacienda y la dominación étnica (Ibarra, 2002). Esta forma descentralizada de dominación, se encontraba en un parcial cuestionamiento por la intervención del sindicalismo rural y el indigenismo que habían desplazado la resolución de los conflictos hacia la negociación en instancias mediadas por el Estado.

El Estado había redefinido las relaciones centro-periferia, con el reconocimiento de la figura del Alcalde Municipal en 1946 y la refundación de los Consejos Provinciales desde 1949. La creación de una autoridad electa en las capitales de provincia y de una instancia de representación provincial del poder, incidió en la creación de un espacio para el surgimiento de liderazgos políticos locales como producto de las disposiciones de la Constitución de 1946. Esto se articuló a un parlamento bicameral en el cual también se conservó una representación corporativa a través de los senadores funcionales que permitía a distintos grupos sociales dominantes y dominados disponer de representantes.

A escala local, las orientaciones políticas se dirimían en una polarización predominante entre conservadores y liberales; y, una parcial incidencia de la izquierda. El velasquismo

tenía reducidos impactos en la configuración de la representación en los municipios y consejos provinciales. Más bien, a lo largo de la década del cincuenta, surgieron liderazgos políticos locales urbanos con sus propias particularidades. El régimen electoral excluía a la población analfabeta, por lo que la población indígena y amplios sectores urbanos y rurales quedaban al margen de la participación electoral.

Las intervenciones estatales relacionadas con el conflicto agrario después de 1920 aluden a las configuraciones locales del poder y los mecanismos de dominación étnica que se habían instituido desde el siglo XIX. Pero esto cambió después de 1925 cuando el Estado se moderniza. La configuración del Estado en relación con sus raíces sociales y sus grados de autonomía respecto a las clases dominantes y dominadas (Skocpol, 1984), se presenta como un desafío para entender una circunstancia de cambio en la institucionalidad estatal cuando ésta adopta mecanismos de intervención.

En la discusión sobre la autonomía del Estado, se encuentra la constitución de una burocracia que adquiere capacidad decisoria para realizar intervenciones políticas y económicas. El otro aspecto de los Estados en países dependientes, es su vinculación con las políticas internacionales y su rol de negociación con los capitales transnacionales. Precisamente los Estados desarrollistas, están en capacidad de generar políticas e intervenciones que implican un alto grado de autonomía (Evans, 1996). De modo complementario, se encuentra la propuesta de Mann (1997), acerca del desarrollo infraestructural del Estado moderno que consiste en una capacidad de penetrar el territorio y la sociedad civil como una acción de larga duración. Todo esto apunta a un papel activo del Estado en la política y la sociedad.

En la visión de Barrington Moore (2002 [1966]), los caminos democráticos o autoritarios hacia el cambio político se derivaban del modo en el que se habría producido la modernización agraria. Y solo en ciertas condiciones se producían revoluciones campesinas. Estas condiciones corresponden a determinadas sociedades agrarias en las que existían burocracias agrarias centralizadas, intentos fallidos de modernización agraria y determinados vínculos entre las clases altas rurales y los campesinos. Moore no ignoraba el peso de los factores urbanos y de elites urbanas que tuvieran algún interés en el cambio agrario. Este tipo de argumentos pueden ser

contrastados y discutidos con el caso ecuatoriano, donde no se produjo una revolución campesina y hubo un relativo éxito en las políticas de modernización rural, al eludir las amenazas de cambios provenientes de movilizaciones campesinas.

Los conflictos rurales y las movilizaciones campesinas, pueden ser interpretados con la existencia de repertorios de acción colectiva que operan en el marco de oportunidades políticas, dadas por las características del Estado y sus políticas (Tilly, 1978; Tarrow, 1994). La identificación de los conflictos rurales y sus contextos, ayudan a valorar el peso de la acción colectiva en los cambios sociales y las respuestas estatales.

Algunos estudios han explorado la acción colectiva rural de la época. Las movilizaciones campesinas y los conflictos rurales en una zona de importante desarrollo capitalista en la costa ecuatoriana fueron analizadas por Uggen (1975). El caso de la plantación Tenguel, como un conflicto con trabajadores y campesinos en un enclave bananero de la United Fruit ha sido estudiado por Striffler (2002). Un conflicto por el agua que confrontó a las comunidades Salasaca de una zona de la sierra ecuatoriana ha sido indagado con detenimiento por Poeschel-Renz (2001). La trayectoria organizativa de los campesinos huasipungueros en las haciendas de Cayambe y la Federación Ecuatoriana de Indios cuenta con el estudio de Becker (2008). Un ambicioso recorrido por la historia de los conflictos urbanos y rurales desde mediados del siglo XIX hasta comienzos de la década de 1940 ha sido propuesto por Coronel (2011). Estos trabajos apuntan al conocimiento de conflictos que evidencian la diversidad regional del país y los distintos contextos políticos de la intervención estatal.

El caso ecuatoriano, se presenta como un proceso de cambio agrario y político en el que los conflictos no adoptaron los perfiles violentos o de mayor radicalidad que se observa en otros países andinos. No hay punto de comparación con la violencia colombiana (1946-1966) cuando más de 200.000 personas murieron de forma violenta, principalmente en las zonas rurales (Oquist, 1987). La participación campesina en la revolución de 1952 en Bolivia y la reforma agraria de 1953, produjeron una radical transformación del antiguo régimen agrario en el altiplano, pero tuvo como consecuencia el control de la organización campesina y la implantación de una noción general de campesino para designar a los habitantes rurales, abandonando el término

indio (Rivera, 1986). Entre 1956 y 1962, ocurre una coyuntura de intensas movilizaciones campesinas en el Perú, que concluyeron en la reforma agraria de 1963 (Fioravanti, 1974; Handelman, 1975; Montoya, 1989).

El objetivo principal que defino en este trabajo es el estudio de la acción colectiva rural que se desarrolló entre 1920 y 1965 como un factor condicionante de la reforma agraria de 1964. Para ello propongo un análisis de los repertorios de la acción colectiva y los ciclos de protesta que ocurrieron en diversos lugares de la sierra y la costa ecuatorianas, poniendo atención a las oportunidades políticas donde lo fundamental son las intervenciones estatales ya sean represivas o integrativas que ocurrieron en este período condicionadas por la mayor o menor apertura de los gobiernos.

El argumento que deseo sostener es que la reforma agraria de 1964 no produjo una reestructuración radical de la tenencia de la tierra y tuvo una continuidad con políticas de colonización por la debilidad de la acción colectiva campesina. Las elites terratenientes estaban en capacidad de sortear los conflictos rurales y optaron por una modernización que implicó afectar áreas residuales de la gran propiedad rural. La acción colectiva campesina tenía una capacidad limitada de confrontación y sus objetivos buscaban mayormente la negociación que estaba fijada por la intervención estatal que había logrado institucionalizar los conflictos rurales desde fines de la década de 1930 con una declinación de los mecanismos de represión estatal.

En cuanto el objeto son los conflictos rurales con sus rasgos particulares, se definieron fuentes de información específicas. Se recopiló información sobre la conflictividad rural a partir de la documentación de archivos, informes y documentación oficial impresa, información de prensa, entrevistas a participantes en esos conflictos y la bibliografía secundaria disponible. Desde una perspectiva metodológica se efectuó una aproximación cuantitativa y cualitativa combinada con un análisis de casos relevantes. Las políticas e intervenciones estatales, tienen como fuentes principales, los Informes de Ministros, la legislación y datos de aparatos gubernamentales.

La información que ha sido procesada en esta tesis, permite identificar los siguientes tipos de conflictos: 1) conflictos laborales al interior de haciendas de la sierra; 2)

conflictos al interior de haciendas y plantaciones de la costa; 3) conflictos entre haciendas y comunidades indígenas; 4) conflictos en oposición a la intervención del Estado. Otro tipo de conflictos como aquellos derivados de la colonización y otros de naturaleza más local y en determinadas zonas rurales con débil autoridad estatal, tales como el bandolerismo y la criminalidad rurales, pese a su interés, solo se mencionan de pasada. Se puede señalar que desde la década de 1930 ya se instaló una tendencia a la disminución de los conflictos rurales que adoptaban una resolución represiva y violenta. Los medios institucionales previstos en el Código del Trabajo de 1938 facilitaron la negociación y resolución de los conflictos laborales de trabajo rurales, en tanto que la Ley de comunas de 1937, permitió el reconocimiento jurídico de las comunidades indígenas y campesinas, integrándolas subordinadamente a las jurisdicciones político administrativas.

El primer capítulo es una revisión de las diversas teorías sobre la acción colectiva y las relaciones entre el Estado y los campesinos que tiene por objeto dilucidar los enfoques que se han producido en el estudio de la acción colectiva rural. Este examen sitúa y contrasta el paso de las teorías de la revolución campesina hacia las teorías sobre movimientos sociales estableciendo sus elaboraciones de naturaleza conceptual. Con la finalidad de fijar el papel del Estado respecto a los campesinos se ha efectuado una revisión de como se ha concebido las intervenciones de naturaleza política, los marcos de la politización rural y la gestación de demandas campesinas que pueden conducir a salidas reformistas o revolucionarias.

En el segundo capítulo, se realiza un análisis de algunas condiciones que se evidenciaron en la coyuntura 1960-1964 cuando el debate y la lucha política se dirimieron en torno a una transformación agraria. La exposición de las concepciones sobre la reforma agraria tal como se había manifestado desde mediados del siglo XX permite entender los temas básicos que se encontraban en discusión a escala nacional e internacional. Aquí se da una atención especial al debate Barsky-Guerrero sobre las vías de transformación agraria. Se expone con cierto detalle la coyuntura política que desembocó en la dictadura militar de 1963. Las referencias a la acción colectiva campesina en aquella coyuntura son solo indicativas puesto que en los capítulos restantes de esta tesis se realiza un análisis detallado de los distintos tipos de conflictos

rurales con sus características, alcances y limitaciones. Además, se expone brevemente al impacto de la reforma agraria de 1964.

Los conflictos laborales en las haciendas de la sierra son abordados en el tercer capítulo. Se efectúa inicialmente una caracterización del sistema de hacienda siguiendo el informe CIDA para luego hacer un balance de los estudios sobre la hacienda. Se narra la trayectoria de la organización de los sindicatos en las haciendas de la Asistencia Pública desde fines de la década de 1920. La institucionalización del conflicto laboral con la expedición del Código del Trabajo en 1938 es analizada con detenimiento. Luego se describe la fundación de la Federación Ecuatoriana de Indios en el marco de la revolución de 1944 y su trayectoria hasta 1963. Tiene importancia establecer los mecanismos de propagación del sindicalismo rural con la intervención del Partido Comunista y el sindicalismo católico. Se describen los diversos ciclos de protesta y los repertorios de acción colectiva en distintas coyunturas políticas. Finalmente se hacen unas consideraciones sobre los alcances y límites del sindicalismo rural.

El cuarto capítulo está dedicado a los derechos y conflictos comunales que otorga mucha importancia a la construcción legal de la comunidad y la trayectoria de los derechos a la propiedad comunal que evolucionaron desde una política de desprotección a la protección estatal desde el siglo XIX a la década de 1920. Al dar atención a un ciclo de protesta campesina e indígena en algunas provincias de la sierra entre 1916 y 1930 se establece un período de alta violencia y represión estatal que ha sido ignorado. El impacto de la legislación sobre comunidades de 1937 adquiere relevancia al observar la evolución de la legalización de comunidades campesinas e indígenas, su importancia demográfica y la magnitud de la propiedad comunal entre las décadas de 1940 y 1950. Así mismo, se observa la dinámica de los conflictos en los que estuvieron involucradas las comunidades campesinas hasta 1962. La presencia de tinterillos y abogados como intermediarios entre las comunidades y el poder local y nacional es analizada como un mecanismo de gestión de los conflictos.

La cuestión de la violencia en los conflictos rurales se estudia en el quinto capítulo con la descripción y análisis de algunos conflictos que tuvieron un desenlace violento en la década de 1950 enmarcados en la problemática de la opinión pública y el espacio

político. A partir de una revisión de la prensa de la época, se problematiza el tema de la opinión pública y la violencia, el contexto general y las coyunturas específicas en las que se produjeron los conflictos considerando cuatro casos: un conflicto entre la hacienda Leito y unas comunidades (1952); dos conflictos en haciendas: La Merced (1953) y Guachalá (1954); y otro, entre una comunidad indígena y el Municipio de Otavalo en San Pablo del Lago (1959). Esta revisión de cuatro eventos conflictivos describe con cierto detalle su naturaleza particular y los desenlaces represivos en la opinión pública. Y la misma noción de opinión pública había sido problematizada en tanto se trataba de revelar cómo se habían elaborado las informaciones y luego su conversión en opiniones que se construían en las elites políticas e intelectuales.

En el sexto capítulo se expone la configuración histórica de las relaciones entre el poder local rural y las poblaciones indígenas prestando atención al gamonalismo como una forma de dominación. Este capítulo ofrece una visión de cómo se constituyó históricamente esta forma de poder, así como el uso del término gamonal en el lenguaje político y de las interpretaciones originadas en las ciencias sociales con énfasis en información correspondiente a un período que va desde 1920 a 1960. Para eso, se procede a explicar el proceso histórico de constitución del poder local rural en zonas indígenas, y las concepciones cambiantes que surgieron para definir el gamonalismo. También se provee un marco comparativo con el coronelismo brasileño y el caciquismo mexicano. Y además se explora como el control del abigeato y la conscripción vial evidenciaba el funcionamiento de los poderes locales. Finalmente se observan las fisuras que habían surgido en el poder local rural por efecto de cambios gestados por la penetración del Estado central y la dinámica política en los espacios locales.

El séptimo capítulo está dedicado a la acción colectiva en la costa. En este capítulo final se apunta a establecer los rasgos más relevantes de las demandas y la acción colectiva que fuera desarrollada por cauces organizativos de los campesinos y asalariados rurales de haciendas y plantaciones situadas sobre todo en la cuenca del río Guayas. Se analizan los procesos organizativos y los conflictos que involucraron a finqueros, trabajadores de ingenios azucareros y haciendas bananeras. Aunque se presenta información relativa a los años treinta, el análisis se encuentra ampliamente sustentado en los datos posteriores a 1950.

En las conclusiones se expone una síntesis de los principales resultados del trabajo de investigación que trata de explicar cómo la acción colectiva campesina fue un condicionante de una reforma agraria conservadora que afectó débilmente la estructura de la propiedad. De este modo, la decisiva coyuntura 1960-1963 donde se cristalizó la reforma agraria de 1964 se revela como la circunstancia final de una trayectoria histórica de la acción colectiva campesina que cuestionó limitadamente los espacios de poder local y las estructuras de dominación desde 1920 con distintos grados de acción conflictual e incidencia que dependieron de la intervención estatal, la creciente institucionalización de los conflictos y de la capacidad limitada de la izquierda por articular los procesos de movilización con un sentido radical.

CAPÍTULO I. TEORÍAS SOBRE LA ACCIÓN COLECTIVA RURAL, EL ESTADO Y LOS CAMPESINOS

La revisión de las diversas teorías sobre la acción colectiva y las relaciones entre el Estado y los campesinos en este capítulo, tiene por objeto dilucidar los enfoques que se han producido en el estudio de la acción colectiva rural. Este examen procura situar no solo a esta, sino también la problemática más amplia que ha surgido de los estudios sobre movimientos sociales. La mayor inquietud que emerge de esta revisión es el alcance general de las teorías y la cuestión de la historicidad de los conceptos. Se trata del horizonte de interpretación que proviene de una época dada cuando surgen las conceptualizaciones que se hallan de algún modo fechadas puesto que remiten a un presente que para el investigador es ya un pasado. Para ello, en primer lugar, es necesario considerar la tradición interpretativa sobre las revoluciones campesinas.

1. LAS TEORÍAS SOBRE LA REVOLUCIÓN CAMPESINA

La problemática de la revolución campesina surgió de la participación campesina en las llamadas revoluciones burguesas. En la experiencia rusa, la revolución de 1905 fue la que presentó unas formulaciones políticas de Lenin sobre la alianza obrero campesina que asignaba al campesinado un papel activo pero dependiente de la dirección del partido como fuerza externa (Lenin, 1970 [1907]). Según su planteamiento se esperaba que los campesinos pobres sean los que se integren en la acción política revolucionaria conducida por la socialdemocracia en un proceso de revolución burguesa. Aunque en los hechos, las corrientes populistas rusas poseían amplia influencia política en el campesinado.

Las explicaciones teóricas sobre las revoluciones campesinas estuvieron ampliamente definidas por formulaciones que tuvieron un origen político. Fueron eficaces en cuanto fijaron un horizonte explicativo a la tradición analítica marxista. Como una parte de la tradición interpretativa condensada en la fórmula de la alianza obrero campesina, estas formulaciones se diseminaron en la época de la Tercera Internacional (1919-1943) que identificó el potencial político del campesinado en los llamados países coloniales y

semicoloniales.¹ Ciertamente fue la revolución china el acontecimiento con el que emergió una mayor sistematización que derivó en el pensamiento maoísta como una forma específica del marxismo periférico surgida a la sombra del predominio del estalinismo. Como observó Deutscher (1971: 141-143), Mao Tse Tung tuvo mucho cuidado en no cuestionar el papel de vanguardia atribuido al proletariado, pero justificó ampliamente el rol del campesinado como una fuerza principal. El Partido Comunista Chino aparecía como la representación del proletariado en un país predominantemente rural donde existía un reducido proletariado urbano y rural.

El tránsito de las ideas generales que abarcan nociones como las de revolución campesina hacia los movimientos sociales supone no solo un cambio de enfoques, sino una experiencia histórica que ha permitido dilucidar los aspectos más notables de las rebeliones campesinas y las limitaciones de las interpretaciones que adquirieron un carácter doctrinal.

De acuerdo con Khun (1996), un paradigma es un modelo explicativo que posee un conjunto de resultados formalizados como teorías a consecuencia del desarrollo de descubrimientos científicos. Cuando se establece un paradigma, este tiene un periodo de despliegue y esplendor hasta que puede entrar en crisis por efecto de su insuficiencia intrínseca y el surgimiento de otro. La instauración de paradigmas con cierta estabilidad da lugar a la ciencia “normal”. El análisis de Khun que ha situado el establecimiento y la trayectoria de los paradigmas en la historia de las ciencias naturales puede verse en las ciencias sociales con otras consideraciones que tienen necesariamente que tratar con la naturaleza polémica de las teorías sociales. En las ciencias sociales difícilmente puede alcanzarse un estado de ciencia “normal” puesto que las teorías y sus alcances explicativos están sujetas a controversias sobre conceptos que tienen una carga política y valorativa.

Las teorías sociales se encuentran supeditadas a la historicidad y temporalidad de sus elaboraciones conceptuales. La historicidad está constituida por términos y conceptos surgidos en una circunstancia histórica específica puesto que los conceptos sufren

¹ Acerca de las formulaciones y relaciones de la Komintern sobre el mundo colonial véase Claudin (1970: 197-235).

cambios, están asociados a otras ideas y pueden sufrir un desgaste con el paso del tiempo y perder su capacidad explicativa. La temporalidad supone los términos de vigencia de conceptos y su capacidad de posicionarse frente al tiempo histórico. Los conceptos implican una trama temporal específica con una definición del tiempo y sus escalas y por ello poseen una carga temporal (Girola 2011: 23-24). Sin embargo, el desarrollo de paradigmas en las teorías sociales carece de la unanimidad de la ciencia “normal” en la medida de que pueden coexistir escuelas rivales de pensamiento y las teorías que aparentemente podrían ser consideradas superadas tienen un renacimiento con nuevas lecturas e interpretaciones. Mientras que teorías que disfrutaban de popularidad en un momento dado pueden tener una vida efímera y ser desplazadas por nuevas teorizaciones. En esto también se encuentra la valoración de los pensadores clásicos que son objeto de nuevas lecturas e interpretaciones.

En el estudio de la acción colectiva rural, efectivamente, ha ocurrido un cambio de paradigmas. El paradigma de la revolución campesina tenía como horizonte predominante la dimensión radical de las movilizaciones y protestas campesinas dirigidas por una vanguardia revolucionaria. El paradigma de los movimientos sociales ha relativizado la radicalidad de la acción campesina y supone más bien una disputa por la dirección del cambio social en condiciones de reformas políticas y sociales. Se torna más importante la dimensión social y política de procesos organizativos y de movilización en circunstancias específicas de naturaleza local.

En el paradigma de la revolución campesina, el Estado aparece como una institución de control y dominación que debe ser destruida. La acción campesina adquiere un contenido insurreccional. Este paradigma se generó en el clima de radicalización de la década del sesenta que establecía la legitimidad de la violencia en los movimientos contestatarios del mundo subdesarrollado. Se enraizó en el triunfo de la revolución China (1949) y dio lugar a la diseminación del pensamiento de Mao Tse Tung como un conjunto de ideas alrededor del papel revolucionario del campesinado.

Tanto el castrismo como el maoísmo durante los años sesenta incidieron en el desarrollo de un nacionalismo radical y se propagaron las ideas de Frantz Fanon (1963), alrededor de la factibilidad de construir una sociedad basada en la afirmación nacional. La

perspectiva básica de Fanon era construir una cultura alternativa que liquide la cultura colonial. Su argumentación surgida desde el proceso argelino, tenía un contenido anticolonial. Los campesinos son definidos como sujetos radicales con un potencial revolucionario junto al lumpen proletariado urbano. Se asumía que había un comportamiento radical por parte de los sectores marginados de la sociedad que debían participar en formas violentas de acción colectiva.

Las diversas interpretaciones sobre las revoluciones campesinas, dependen de los enfoques teóricos y la propia definición que se adopte sobre el campesinado como sujeto (Kurtz, 2000). Esto tendrá consecuencias sobre todo en los casos que se eligen para probar las teorías formuladas al respecto. Y surgen explicaciones competitivas que frecuentemente no han dejado claros sus supuestos y las relaciones del campesinado con los procesos de modernización.

La contribución teórica de Hamza Alavi (1969[1965]) fue ampliamente conocida y ejerció una destacada influencia en los estudios e interpretaciones de las revoluciones campesinas de los países periféricos. Consideraba que las diversas posibilidades de acción del campesinado dependían de la situación histórica y por lo tanto no debía estudiarse si los campesinos son o no revolucionarios, sino en qué circunstancias se hacen revolucionarios y que papeles desempeñan los diferentes sectores del campesinado en las situaciones revolucionarias (Alavi, 1969 [1965]: 8). Su punto de partida fue el estudio de la estratificación interna del campesinado considerando su naturaleza específica que se desprendía de los argumentos de Lenin expuestos en *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899) en torno al impacto del capitalismo en la sociedad rural que generaba una transformación del campesinado en burguesía y proletariado rurales junto a la transformación de los terratenientes en un contexto de acelerado desarrollo mercantil que también producía una disolución de los lazos comunales entre los campesinos.² Era la expectativa del desarrollo de un amplio proletariado rural. Sin embargo, se había producido en los hechos la persistencia de estratos de campesinos medios y acomodados (los *kulaks*) que tenían un peso

² La expectativa de un desarrollo capitalista en la agricultura con la expansión del proletariado rural y la declinación de la agricultura campesina fue expuesta por Kautsky en *La cuestión agraria* (1898). Un análisis de las ideas de Kautsky en Alavi y Shanin (1988).

considerable en la sociedad rural. Cuando se produjo una intensa agitación rural entre 1905 y 1907, el partido bolchevique debió reconocer las demandas campesinas en torno a la propiedad de la tierra. Después del triunfo de la revolución rusa, se hizo aún más evidente el peso de los campesinos medios y acomodados que tenían además una identidad política mayoritariamente relacionada con el populismo ruso.

Los argumentos de Alavi estaban sustentados en las experiencias de Rusia, China y La India tomando en cuenta los papeles de los campesinos medios y pobres y a las condiciones necesarias y previas que tornaban posible la movilización de los campesinos pobres (Alavi, 1969: 12-13). De acuerdo a su potencial de movilización, los campesinos pobres serían al comienzo de los procesos de movilización “la clase menos militante del campesinado”, un hecho que proviene de las relaciones de dependencia con los señores de la tierra (Ibid.: 66). Mientras que los campesinos medios pueden ser la clase que inicialmente es más militante y dar un impulso inicial a la revolución campesina, puesto que los campesinos medios, tendrían una menor sujeción a las estructuras de poder terrateniente; pero en el avance del proceso pueden apartarse de la participación al ver amenazados sus intereses.

En el caso de China, se trataba de una situación extremadamente compleja. Al examinar los movimientos campesinos del siglo XIX y XX en China, Jean Chesneaux, observa el predominante carácter local de los actos de protesta, además, espaciados en el tiempo. Este localismo se relacionaba con la fragmentación de la sociedad rural y las limitaciones de la economía mercantil. “El horizonte político de los campesinos no rebasaba los límites del distrito en el que circulaban los bienes que producían y consumían” (Chesneaux, 1978:17). Algo muy distintivo había sido la dispersión de los levantamientos campesinos, su carácter efímero y fragmentado. Eran “una serie discontinua de puntos no sólo en el espacio, sino también en el tiempo, pues no eran sino el fruto de condiciones circunstanciales que se repetían a menudo, pero que no les permitían capitalizar sus fracasos para integrarlos en una estrategia continua capaz de abrir nuevas perspectivas” (Ibid.: 18). Esto se vio alterado con una coyuntura de amplias movilizaciones campesinas entre 1926 y 1927 que se sustentó en el despliegue de una extensa asociatividad campesina sobre la que actuaría el Partido Comunista Chino fundado en 1921. De esta coyuntura surgió el análisis maoísta de la estratificación

interna del campesinado que tenía un nivel de detalle y complejidad que fue finalmente sintetizado en los segmentos ricos, medios y pobres del campesinado. Como destacó Alavi (1969: 40), el éxito de la política maoísta es que pudo contar con los campesinos medios como una fuerza básica, aunque el enfoque maoísta oficial daba un papel central a los campesinos pobres. En la historiografía de las rebeliones campesinas desarrollada en el medio académico chino, en cambio se advertía un énfasis en la capacidad que habían tenido las rebeliones campesinas en impugnar la sociedad feudal. El problema era como en la historia de las rebeliones campesinas anteriores al siglo XX se había producido un cuestionamiento al feudalismo (Liu, 1981). Se discutía si esto tuvo consecuencias para el desarrollo de las fuerzas productivas, puesto que dominaba el enfoque maoísta del campesinado como un actor principal en la revolución.

En la trayectoria de los movimientos campesinos en la India, se hacía presente por el contrario una situación más compleja que la de China por las divisiones regionales y religiosas sobre la que operaba el partido nacionalista y el partido comunista. Con un mayor predominio de formas de sujeción precapitalista de los campesinos a los terratenientes, también Alavi localizaba los comportamientos diferenciados de los campesinos medios y pobres en las luchas campesinas de la India. Se trataba también de situaciones regionales que implicaban alianzas sociales y políticas de diverso signo en el marco de la formación de un Estado nación independiente. El proceso finalmente desembocó en una reforma agraria en la década de 1950 que produjo una limitada distribución de la tierra (Alavi, 1969: 59). Los factores de inhibición al desarrollo de los movimientos campesinos eran el faccionalismo entre los campesinos y los lazos de dependencia hacia los poderes locales manejados por comerciantes y terratenientes. Además, el Partido Comunista de la India adoptó el camino pacífico y aceptó la realización de cambios desde arriba con una versión de la política de los frentes populares que fue predominante en la práctica de los partidos comunistas desde 1936 hacia adelante.

El clásico estudio de Barrington Moore *Los orígenes sociales de la democracia y la dictadura* (2000 [1966]) fue un ambicioso intento por realizar una comparación exhaustiva sobre las vías campesinas y terratenientes en el surgimiento del capitalismo agrícola como el contexto que daba lugar a diferentes formas de modernización social y

política tomando un amplio espectro de casos nacionales que permitían una comparación. Para Moore existían tres caminos de modernización que habían surgido del cambio agrario: democracia, fascismo y comunismo. Cada uno de estos caminos no estuvo definido de antemano puesto que había un entramado histórico de la manera como se habían constituido las relaciones de clase en las sociedades. Los casos estudiados por Moore fueron Inglaterra, Francia y Estados Unidos como concreciones históricas del camino democrático. En tanto que China ilustra el camino al comunismo, Japón, la ruta al fascismo y la India, un caso de implantación débil de la democracia. Los casos asiáticos aparecen como una variedad de rutas de modernización que no siguen la democracia. Junto a estos casos se hace un contraste con Rusia como un caso de revolución campesina y Alemania como otro ejemplo de fascismo donde algunos segmentos campesinos con una mentalidad conservadora apoyaron el establecimiento del fascismo que además provenía de un camino conservador de implantación del capitalismo que también perpetuó elites rurales modernizadas.

La democracia es entendida como un régimen que ha eliminado los gobernantes arbitrarios, los ha sustituido por otros regímenes más justos y ha ampliado la participación popular. Esto había concluido en el imperio de la ley, el poder parlamentario y la intervención estatal en la sociedad (Moore, 2000: 587). Los procesos de Inglaterra, Francia y Estados Unidos habían derivado en un orden liberal y burgués con el derecho al voto, la representación política en el parlamento, las limitaciones al poder ejecutivo, salvaguardia de los derechos de propiedad, tolerancia, libertad de expresión y reunión (Ibid.: 609).

En los años sesenta había un clima de expectativas sobre las revoluciones campesinas en el mundo cuando imperaban más bien diversas políticas de reforma agraria en los países periféricos. Lo que Moore deseaba establecer era la relación de los campesinos con los cambios sociales. Sus interrogaciones más amplias se dirigían a buscar una respuesta a los factores que hacían que los campesinos participen en movilizaciones. Así mismo, se preguntaba sobre las estructuras sociales y las situaciones históricas que habían producido revoluciones campesinas. Era también relevante saber por qué estas revoluciones ocurrieron en unos países y no en otros. Moore buscaba la explicación no solo en el análisis de los campesinos sino en la configuración histórica de las estructuras

agrarias poniendo atención a los procesos de larga duración. De este modo sus análisis incluyen una amplia información de procesos ocurridos en siglos anteriores al siglo XX. Existían determinadas respuestas de los campesinos a los distintos tipos de modernización agraria. Era necesario analizar la forma en cómo se desarrolla la agricultura comercial y como participan en esta los terratenientes y los campesinos. También era importante tomar en cuenta la centralización política, es decir, el grado de control que posee el Estado.

Moore definió los factores que permiten u obstruyen una rebelión o revolución campesina. Estos eran el carácter del vínculo entre la comunidad campesina y el superior inmediato; la distribución de la tierra y las divisiones de clase dentro del campesinado; y, el grado de solidaridad o cohesión en la comunidad campesina.

Cuando el vínculo entre los campesinos y su superior (burocracia/terratenientes) era fuerte, había una débil tendencia a la rebelión. Al contrario, cuando el vínculo era débil, se tornaba más factible la rebelión.

“En suma, las causas más importantes de revoluciones campesinas han sido la ausencia de una revolución comercial agrícola dirigida por las clases altas rurales y la concomitante supervivencia de las instituciones sociales campesinas en la era moderna, en la que están sometidas a nuevas presiones y tensiones.”
(Moore, 2000: 385)

Los casos asiáticos le permiten a Moore encontrar en China como un factor central la debilidad del vínculo entre terratenientes y sociedad campesina, lo que había facilitado la insurrección de los campesinos. En cambio en la India, las divisiones de casta junto a lazos con terratenientes y poderes locales habían determinado la ausencia de una revolución campesina, si bien no había ausencia de rebeliones, algo también sostenido de modo similar por Alavi (1969). El caso japonés, en contraste, mostraba cómo las elites agrarias habían logrado llevar adelante la modernización capitalista manteniendo los rasgos sociales y culturales de la sociedad campesina y facilitando la llegada de la industrialización con un fascismo peculiar.

Además de los factores que definían la evolución de los cambios agrarios y las movilizaciones campesinas, se encontraban otros factores que aparecieron como inferencias teóricas. Se trataba de la presencia de otros actores, tales como las elites industriales, los trabajadores y segmentos de la población urbana, junto a los efectos de la intervención del Estado. Moore no encontraba suficientes evidencias de la participación de las elites burguesas y descartaba que los asalariados rurales hayan cumplido algún papel relevante en las revoluciones campesinas, y más bien, los estratos rurales con mayor independencia eran los más interesados en eliminar a las elites rurales. Pero en cambio asignaba un papel a los intelectuales y liderazgos urbanos en determinadas circunstancias históricas. Tanto en los casos de la India y China la presencia de partidos políticos e intelectuales había sido evidente, aunque Moore no prestó atención a la forma partido como un ingrediente con su propio peso. No resulta muy evidente la función de las coaliciones en la determinación de la acción colectiva como afirma Tilly en un comentario (1978). El rol del Estado se encuentra como un elemento de articulación de las relaciones de los campesinos con las elites rurales y su capacidad de generar mecanismos de dominación en la sociedad rural, aunque sin su especificidad.

En una revisión de las críticas al argumento de Moore, se destacó que sobre todo lo que menos había era un determinismo económico en su argumentación, puesto que las relaciones de clase y los conflictos tratados por Moore tenían una multicausalidad que consideraba los contextos sociales y políticos (Wiener, 1975). Si bien es cierto que Moore insiste frecuentemente en el desarrollo de la agricultura comercial como un factor que influye en las respuestas campesinas que pueden terminar en rebeliones, se anotaba que en los procesos de revolución campesina ocurría también la presencia contradictoria de burguesías industriales que podían complicar las explicaciones relacionadas con los cambios sociales y políticos (Abrams, 1982: 175). Otras críticas han mencionado la poca importancia que da Moore a los factores culturales e ideológicos que constituyen las relaciones de clase. Una parte de la discusión sobre los argumentos de Moore también trataba sobre su mayor o menor relación con los enfoques marxistas, el uso que podían tener términos como democracia y dictadura; o la duración relativamente breve que tuvieron los regímenes fascistas; o si era adecuada su interpretación de esos regímenes. Otra controversia estaba relacionada con la violencia

en las revoluciones campesinas puesto que Moore consideraba que no hay revolución social o campesina sin violencia que elimine los antiguos regímenes. Indudablemente, existe otro problema con la revolución rusa, que fue excluida del estudio de Moore puesto que no cabe definirla muy claramente como una revolución campesina (Wiener: 321).

Entre los estudios que recibieron la influencia del enfoque de Moore, un conjunto de análisis se propusieron contrastar el modelo con algunas situaciones de América Latina entre el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX (Huber y Safford, 1995). Este ejercicio analítico incluyó algunos países tales como Argentina, Chile, Colombia, América Central y una comparación entre México y Perú. La mayoría de contribuciones establecían las diferencias que producían los casos latinoamericanos, sea porque las elites terratenientes estaban interrelacionadas con otros grupos económicos y la sociedad había experimentado sucesivamente autoritarismo y democracia como el caso chileno o porque las estructuras agrarias tenían una gran complejidad de naturaleza regional y las elites terratenientes tenían autonomía frente a las elites políticas como en el caso colombiano. En esta compilación donde algunos artículos prolongan sus análisis hasta más allá de 1960, se observa una relativización y escepticismo respecto al modelo de Moore. Además se encontraba vigente una nueva discusión sobre el autoritarismo y la democracia que recorría América Latina en las décadas del ochenta y noventa. Además, la complejidad de los actores de la revolución mexicana y boliviana rebasaba la simple diferencia entre autoritarismo y democracia por los procesos posteriores a los eventos fundacionales de esas revoluciones.

En el paradigma de los movimientos sociales, las movilizaciones se desarrollan por cauces generalmente pacíficos y con el predominio de la acción colectiva no violenta. Corresponden a situaciones donde se ha producido una integración social y existen mecanismos de negociación provistos por el sistema político. Toma un sentido principal la cuestión de las reformas como un tema político en disputa, puesto que los movimientos sociales actúan de modo predominante en confrontación con los espacios institucionales.

Cada uno de estos paradigmas ha tenido una circunstancia histórica de vigencia y una época de florecimiento. Su historicidad ha tenido una capacidad explicativa que ha respondido a una dinámica histórica específica de experiencias de naturaleza local y regional en el marco de los Estados nacionales. Tanto las teorías de la revolución campesina y las de los movimientos sociales han estado vinculadas a una perspectiva de cambio social e histórico. Han tenido un horizonte temporal que ha significado el dominio de un tipo de interpretaciones.

2. LAS TEORÍAS SOBRE LA ACCIÓN COLECTIVA

Inicialmente la noción de movimiento social surgió asociada al movimiento obrero como otra forma de referirse a este, pero se puede constatar un uso que se encuentra presente en los actores sociales y políticos, en el mundo académico y en los medios masivos configurando múltiples sentidos de su comprensión (Gohn, 2006). De alguna manera, la noción de movimiento social ha pasado al sentido común donde se designa a protestas y movilizaciones de diverso tipo como movimientos sociales.

Los principales supuestos de las teorías sobre los movimientos sociales han sido contruidos sobre la existencia de sistemas políticos modernos en lo que existe competencia entre partidos políticos, elecciones periódicas, legislación social, acceso al sistema judicial y medios de comunicación que son sensibles ante la presencia de protestas sociales o al reconocimiento de problemáticas vinculadas a la justicia social.

Entre los historiadores hay una corriente que interpreta los acontecimientos de movilización colectiva popular como un momento en el cual muchos aspectos de la sociedad salen a flote. Por eso, la movilización colectiva es una manera de conocer la sociedad. Pérez Ledesma (1994) ha dicho que los historiadores generalmente no hacían modelos teóricos aunque elaboraban marcos analíticos que remiten a algún cuerpo de la teoría social. Mientras que la sociología y la politología fueron construyendo modelos teóricos e interpretaciones de naturaleza general, los historiadores se hallaban más ocupados en renovar el conocimiento de la acción colectiva dentro de los contextos históricos donde ella ocurrió. Se produjo así una distancia entre los estudios que producían sociólogos y politólogos frente a los que provenían de los historiadores.

Aunque teóricos como Tilly o Tarrow han trabajado sobre la base de muchas fuentes históricas.

En una perspectiva histórica, los análisis de Rudé (1981) fueron pioneros al introducir el papel de la multitud en la historia. Hobsbawm, por su parte al estudiar los bandoleros y la protesta campesina introdujo un modo de rescatar la acción colectiva en la historia. Del mismo modo fueron importantes las contribuciones de la historia social británica y la escuela francesa.

Desde una perspectiva de historia social, *Rebeldes primitivos* de Eric Hobsbawm (1974 [1959]) tuvo una amplia repercusión por los temas tratados de una manera fascinante. El modo sugestivo con el que estudió a los bandoleros sociales, la mafia, los movimientos milenaristas y la violencia colombiana produjo amplios debates y generó un impacto en la investigación histórica del mundo rural. Hizo una distinción entre movimientos arcaicos y movimientos modernos. Los primeros eran aquellos que se dirigían a enfrentar aspectos parciales de la opresión mientras que los segundos se vinculaban a partidos y fuerzas políticas participando con objetivos de cambio social y lucha política nacional.

Hobsbawm realizó un uso del concepto de movimiento social que tenía como rasgo interpretativo las formas de organización, movilización y protesta de grupos sociales rurales. Al utilizar el concepto de movimiento social, lo hacía de una manera aproximada a lo que se puede entender como acción colectiva histórica, aunque señalaba que habían ocurrido históricamente movimientos pre políticos y políticos. Con lo pre político se refería a las formas de protesta que se hacían recurriendo a moldes tradicionales, mientras que lo político correspondía a la acción política moderna que supone formas organizativas de tipo sindical o partidista. Esta separación que Hobsbawm hizo entre lo político y lo pre político es lo que ha sido más cuestionado sobre todo cuando se produjo una redefinición del significado de la política en épocas anteriores a su configuración institucional. Fue muy importante la atención que puso en los rituales y usos simbólicos de los movimientos. El marco cultural de la acción popular quedaba así constituido en las mismas dinámicas movilizadoras.

Más adelante, con *Bandidos* (1976), trabajó con mayor profundidad en el bandolerismo social tomando situaciones europeas y latinoamericanas, con lo que amplió la cobertura lo que había propuesto en *Rebeldes Primitivos*. Su enfoque influyó en importantes estudios históricos del bandolerismo en Perú y Colombia.³

Otro libro de Hobsbawm que significó una innovación fue *Trabajadores* (1979). Allí reunió algunos estudios sobre la historia del mundo del trabajo donde integró la dimensión social, cultural y simbólica que cuestionaba el estudio tradicional de la historia de la clase obrera donde lo central era la narración de eventos, luchas y organizaciones, lo que se conoce como la historia institucional del sindicalismo. Al analizar los modos concretos en que se traducía la acción obrera especialmente en Inglaterra durante el siglo XIX, Hobsbawm produjo una mirada innovadora de la conciencia obrera, los rituales y la protesta, todo ello sin descuidar el entramado social del mundo laboral.

La preocupación constante de Hobsbawm relativa a los movimientos campesinos se tradujo en importantes reflexiones sobre el significado de la acción política campesina. En *Rebeldes primitivos* sostuvo que la rebelión campesina “es local por naturaleza y en el mejor de los casos regional” (1974 [1959]): 142). Pensó en las condiciones que hacían factible o inhibían las movilizaciones campesinas. Es decir, como el peso de la coyuntura política permitía o facilitaba la acción de los campesinos. Entre algunos artículos que dedicó a este tema, se destaca uno acerca de las invasiones de tierras y se basa en una investigación realizada en Perú (Hobsbawm, 1974), donde analizó las históricas confrontaciones entre haciendas y comunidades en la sierra central peruana. Aunque esto se hallaba dentro de una problemática general de la historia europea y las modalidades de invasión de tierras que podían encontrarse en los siglos XIX y XX. No dejaba de ser sorprendente que las formas de movilización y los rituales de protesta tuvieran similares expresiones -como el uso de banderas- en Europa y los Andes. Así mismo, era importante el papel que cumplía el uso de la legalidad en las movilizaciones campesinas. El análisis de este tipo de movilizaciones dejaba en claro que existía una

³ Véase el estudio de Sánchez y Meertens (1985) sobre el bandolerismo en Colombia a mediados del siglo XX. Algunos estudios sobre el bandolerismo rural peruano de diversas épocas se encuentran en la compilación de Aguirre y Walker (1990).

fuerte interrelación con las coyunturas políticas nacionales y planteaba un alcance que como en el caso peruano implicó un colapso del sistema de hacienda a comienzos de la década del sesenta como producto de intensas movilizaciones campesinas. También se encontraba una preocupación sobre el vínculo que podían tener las acciones campesinas con una revolución campesina.

Adquirió mucha influencia el argumento de E.P. Thompson sobre la economía moral. Su análisis trataba de explicar los motines populares del Siglo XVIII en Inglaterra. Esta propuesta dirigida a vincular conceptos antropológicos con la historia, era una lectura incisiva de la documentación histórica. De este modo, se buscaba establecer la racionalidad de los comportamientos populares en la historia, poniendo en cuestión la idea de irracionalidad. Su crítica se dirigía a las visiones que establecían una relación causal entre los factores económicos y los motines populares. En contraste con esta perspectiva proponía una concepción que denominó “economía moral de los pobres” constituida por la existencia de ideas tradicionales sobre las normas y obligaciones sociales que definían las funciones económicas específicas de los distintos sectores dentro de una comunidad con unas prácticas legítimas e ilegítimas. Pero esto no significaba negar la presencia de factores económicos tales como los precios o el hambre, sino que estos factores solo podían ser elementos de la acción popular porque hay concepciones y normas que rigen la vida de la sociedad.

“Es cierto, por supuesto, que los motines de subsistencias eran provocados por precios que subían vertiginosamente, por prácticas incorrectas de los comerciantes, o por hambre. Pero estos agravios operaban dentro de un consenso popular en cuanto a que prácticas eran legítimas y cuales ilegítimas en la comercialización, en la elaboración del pan, etc. Esto estaba a su vez basado en una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de la comunidad que, tomadas en conjunto, puede decirse que constituían la “economía ‘moral’ de los pobres”. Un atropello a estos supuestos morales, tanto como la privación en sí, constituía la ocasión habitual para la acción directa” (Thompson, 1979: 65-66).

De acuerdo con Thompson (1979: 65), en las acciones de masas del siglo XVIII había frecuentemente una noción legitimizante constituida por un amplio consenso en torno a derechos y costumbres tradicionales. Esta era una percepción popular sobre la existencia de normas y tradiciones que justamente habían sido vulneradas o quebrantadas. El mayor contexto social y político era el paternalismo como un componente ideológico y mediación institucional en las relaciones sociales (Ibid.: 20).

La trama de la economía moral estaba articulada por la vigencia de un modelo comercial antiguo en el que coexistían elites terratenientes paternalistas junto a un contexto de una estructura mercantil caracterizada por las redes locales de comercio. Allí se desarrollaba un conflicto que oponía a los pobres frente a los comerciantes, agricultores y molineros. El pan y el trigo tenían un papel fundamental en la vida popular.

Los motines eran acciones muy disciplinadas que se dirigían a fijar precios con la idea de que las autoridades se hagan presentes. Los motines incluían aspectos rituales y música. Se buscaba las ventas forzadas fijando los precios que querían los insurrectos. El motín de subsistencias no requería de un mayor grado de organización. En ciertas circunstancias, las autoridades toleraban los motines. Era posible advertir que en los motines por precios se evidenciaban concepciones sobre el funcionamiento del mercado. Por tanto, se defendía el particularismo y las costumbres locales. El desafío a la autoridad también podía ser el anuncio de actos más radicales. Por otra parte, las protestas también tenían su simbolismo, puesto que implicaban no solo contiendas reales sino disputas por el significado simbólico (Thompson, 1979: 52)

La síntesis que propuso Smelser (1996 [1963]) apuntó a una elaboración teórica desde un enfoque sociológico a diversos eventos de comportamiento colectivo que podían ser desde multitudes en actos de protesta hasta eventos de pánico y furia colectiva. Los eventos de comportamiento colectivo implicaban normas y valores junto a pautas relacionales y de comunicación. Todos los materiales que utilizó Smelser incluían estudios históricos y psicológicos que abarcaban situaciones de industrialización y modernización. El término movimiento social no es el centro de su elaboración aunque emerge como un tipo de acción colectiva con cierta organicidad.

El estudio de Olson *The logic of collective action* (1971), introdujo la problemática de las relaciones entre el interés personal y el interés colectivo en la acción colectiva. Se trataba de indagar porqué las personas actúan colectivamente y que beneficios se obtienen de la movilización o participación colectiva. Existe el supuesto de que coinciden los intereses personales y los intereses de un grupo. Sin embargo este supuesto es problemático porque el interés personal puede diferir del interés del grupo o puede obtenerse por pura acción personal.⁴ Olson sostiene que las personas actúan con una racionalidad que se orienta a la obtención de beneficios, por lo tanto, hacen un cálculo de costos y beneficios. Se participa porque se espera obtener beneficios, sin embargo, hay quienes los obtienen sin participar, es el caso del “free-rider” (el viajero sin boleto o polizón). La acción colectiva se dirige hacia la provisión de bienes públicos o colectivos procesada por organizaciones (Olson, 1971: 45-48). De acuerdo a la escala de la organización podía haber una disminución de la participación en las organizaciones de mayor tamaño. Pero las organizaciones también deben ofrecer incentivos selectivos a los miembros. De esta manera se incluía la elección racional como un principio de acción, pero quedaba en la sombra los factores no económicos en la participación social y política como podía demostrarse por múltiples ejemplos de acción colectiva en grupos que actuaban bajo condicionamientos de naturaleza ideológica. Como sostiene Jenkins (1994: 22), los miembros de movimientos “se mueven tanto por valores y sentimientos interiorizados como por cálculos de interés personal”.

Desde la década de 1970 surgieron teorizaciones sobre los movimientos sociales que se agruparon en dos grandes tendencias, la teoría sobre la movilización de recursos que se desarrolló en Estados Unidos y la teoría de los nuevos movimientos sociales que prosperó en Europa. La primera surgió sobre la base del movimiento de los derechos civiles, la oposición a la guerra de Vietnam y las demandas ambientalistas. La segunda implicaba una crítica a las formas de movilización clásicas que habían predominado en el movimiento obrero y el sindicalismo. Toda una gama de procesos organizativos y

⁴ Sobre la teoría de Olson y otros autores relacionados con la perspectiva de la acción colectiva sustentada en la decisión racional, véase Paramio (2005).

movilizaciones pasaron a ser analizados con nuevas conceptualizaciones y dieron lugar a muchos estudios empíricos.

La teoría de la movilización de recursos considera que los movimientos son una prolongación de actuaciones institucionalizadas. De este modo, se trata de acciones racionales que se orientan a objetivos fijos, definidos a través de un control centralizado por parte de la organización. Los objetivos pueden ser evaluados en términos de logros factibles (Jenkins, 1994: 9). En la teoría de la movilización de recursos se tiende a ignorar el tema de los agravios como un factor de formación de los movimientos. Se plantea que los movimientos surgen a partir de cambios a largo plazo en los recursos del grupo, en su organización y en las oportunidades de desarrollar formas de acción colectiva. Los agravios existen, pero son elaborados por las dirigencias del movimiento (los empresarios del movimiento) en función de conflictos estructurales. Se asigna a los empresarios políticos un papel central en definir la acción de un movimiento, puesto que pueden comunicarse con los miembros del movimiento y darle dirección a la acción colectiva (Jenkins, 1994). En cuanto los movimientos son producto de cambios a largo plazo, la movilización tiene que ver con la disposición y uso de recursos instrumentales, de poder y movilización. En realidad los recursos tienen usos múltiples y son de carácter tangible (dinero, locales, recursos) e intangible (capacidades organizativas, apoyos).

En los años sesenta y setenta fue decisiva la presencia de la clase media en el surgimiento y desarrollo de los movimientos. Así mismo, la importancia de recursos externos: fondos de fundaciones, de asistencia social, de comunicación de masas, universidades, agencias gubernamentales y corporaciones empresariales (Tarrow, 1997: 249). La estructuración de los movimientos requiere una red de organizaciones y liderazgos que van de las estructuras centralizadas a las descentralizadas. Se han definido varios tipos de OMS (Organizaciones de Movimientos Sociales). Las OMS clásicas como aquellas dedicadas a los derechos civiles que poseían liderazgo propio, personal voluntario, una afiliación extensiva, recursos de los propios beneficiarios y acciones basadas en la participación masiva. Las OMS profesionales como las que gestionan el medio ambiente y los derechos de los consumidores, en cambio tienen

liderazgo externo, personal remunerado, afiliación reducida, recursos de origen externo y acciones que no requieren participación (McCarthy, 1999: 208-211).

Un ejemplo de las experiencias organizativas de los trabajadores agrícolas en California entre fines de la década de 1950 y mediados de la década de 1960 revela la distinta conformación de organizaciones sindicales que dependen de las biografías de los líderes, el uso de repertorios de acción colectiva, las relaciones entre redes y organizaciones y el acceso a recursos. Emergen organizaciones más adaptadas a los ambientes locales y otras que poseen la capacidad de obtener mayores apoyos que sirven a la organización. Esto se encuentra definido por la capacidad estratégica de las organizaciones que es el conjunto de aspectos adquiridos por estas en la formulación de objetivos, el uso de tácticas y el manejo de la información por parte de los líderes. Todo ello es factible por las características de las organizaciones en cuanto a su capacidad de establecer relaciones internas y externas junto a una capacidad de transformar el entorno social y político (Ganz, 2000: 1005). El desarrollo de la capacidad estratégica finalmente decide el éxito o fracaso de las organizaciones en conseguir sus objetivos.

Un estudioso fundamental en la teoría de la movilización de recursos es Charles Tilly quien realizó investigaciones sistemáticas sustentadas en series largas de eventos conflictivos en la historia europea. Además, contaba con la acumulación de conocimientos provenientes de la historia social donde ya se había cuestionado los enfoques sobre la irracionalidad de las movilizaciones y motines en los procesos históricos. De hecho las teorías de Tilly van a estar muy relacionadas con la reflexión histórica pero también implicaba un acercamiento crítico a las teorizaciones surgidas en los años sesenta y setenta que surgían de un amplio proceso de investigación empírica. En *From Mobilization to Revolution* (1978) se establecían líneas que confluyeron en la conformación de la sociología histórica como un ámbito de teorización. Toda su comprensión sobre los movimientos sociales tenía una amplitud dirigida hacia la explicación de la acción colectiva que abarcaba desde la movilización hasta la revolución. Existía un marco general dado por el desarrollo del capitalismo, la industrialización y la urbanización. Su enfoque suponía una toma de posición política, una crítica a la política dominante y empatía con la acción colectiva popular. La crítica se dirigía sobre todo a las visiones e interpretaciones que se encontraban portadas por

las elites políticas y estatales. Todo ello implicaba una crítica a los enfoques weberianos, durheimianos, marxistas y aquellos provenientes del utilitarismo.⁵ Si bien se identificaba con el enfoque marxista, observó su falta de sensibilidad para el proceso político como elemento constitutivo de la acción colectiva. En Weber encontraba en cambio relevante el papel de las creencias como factores de la acción colectiva, pero rechazaba el enfoque durkheimiano sobre la anomia y las masas desorganizadas que conducía a una visión prejuiciada de la acción colectiva (Tilly, 1978: 48-49). Evidentemente el mayor desafío que tenía Tilly era el enfoque de Olson sobre la acción colectiva que se había tornado en un punto de vista receptado ampliamente en el mundo académico.

Tilly establece una definición general de la acción colectiva como “la acción conjunta para la obtención de fines comunes”, que tiene lugar en un grupo que actúa en función de intereses comunes diferentes a los de otros grupos; la intensidad de la organización, con su identidad y estructura unificada entre sus miembros; y la movilización entendida como la cantidad de recursos bajo control colectivo (Tilly, 1978: 84). El término movilización, se refiere al proceso por el cual un grupo transita de una pasiva agregación de individuos a convertirse en un activo participante de la vida pública (Ibid.: 69). Lo cual implica necesariamente la adopción de una categorización de los grupos en el marco de redes organizativas.

Para el análisis de la acción colectiva, se definen cinco grandes componentes: intereses, organización, movilización, oportunidad y la acción colectiva en sí misma (Tilly, 1978: 7). Los intereses son los resultados que se obtienen de las ganancias y pérdidas en la interacción con otros grupos. La organización se refiere a la capacidad que posee un grupo en adoptar formas organizativas distintivas para procesar intereses colectivos. La movilización es el proceso por el cual un grupo adquiere control sobre los recursos

⁵ De acuerdo a la extensa reseña de E. González Calleja (2009) sobre *From mobilization to revolution*, el esfuerzo teórico de Tilly trataba de criticar sobre todo los enfoques de las teorías de la modernización y de la elección racional que se habían tornado dominantes en los estudios sobre la movilización colectiva y proponía un modelo político que implicaba los factores estructurales y las condiciones que promovían la acción colectiva. Este artículo de Gonzalez Calleja es una revisión sistemática de los argumentos de Tilly centrados en la acción estratégica, el papel de las organizaciones y del Estado.

necesarios para la acción. La oportunidad es la relación del grupo con el mundo que le rodea, donde es importante identificar las amenazas. La acción colectiva es la actividad conjunta de la gente en búsqueda de sus objetivos comunes y donde se produce una articulación cambiante de intereses, organización, movilización y oportunidad.

La cuestión de la oportunidad de la acción colectiva, tiene relación con el poder, las circunstancias que facilitan o inhiben la acción y la existencia de otros actores en disputa. Ante las oportunidades de la acción colectiva se encuentran las amenazas. En este sentido, las estructuras políticas de poder, pueden tener un alcance represivo para frenar la acción colectiva, o medidas provenientes de otras ramas del poder que tienen un vínculo con la neutralización de la acción colectiva. Es decir, pueden existir segmentos dentro de las estructuras políticas de poder que pueden facilitar la acción colectiva (Tilly, 1978: 100-101). No menos importante es la consideración sobre normas jurídicas y el aparato de justicia que pueden confluir hacia la represión, lo que dependerá de cómo opera la legislación en situaciones conflictivas cuando se produce una disputa por la aplicación de legislación punitiva. En el caso de la represión abierta, es necesario distinguir los actos represivos en su magnitud diferenciándolos de su efecto simbólico.

En la teoría de la acción colectiva de Tilly, hay un énfasis en las circunstancias que definen una comunidad política con sus diversos grados de inclusión y exclusión políticas. Es por esto que los actores movilizados requieren hacer coaliciones con otros actores incluidos y no incluidos en la comunidad política. Así como pueden producirse situaciones de represión, las movilizaciones pueden afectar a las estructuras de poder (Tilly, 1978: 126-128). De modo que la acción colectiva incide en transformar las relaciones de poder.

Tilly establece tres tipos de demandas: demandas competitivas, demandas reactivas y demandas proactivas. Las demandas competitivas se refieren a eventos de pequeña escala y de un plano local con grupos de tamaño reducido, sin capacidad de transformarse en eventos de un mayor alcance. Las demandas reactivas provienen de disputas sobre derechos que se consideran han sido vulnerados y se busca restablecerlos. Tienen un componente de solidaridad de los grupos movilizados. Las

demandas proactivas son aquellas que no habían sido ejercidas con anterioridad y son nuevas demandas surgidas de iniciativas colectivas. La naturaleza de las demandas no necesariamente definen formas de acción, puesto que demandas reactivas pueden tener una forma de acción colectiva proactiva, o demandas proactivas pueden adquirir una forma reactiva. Aunque se tiende a identificar la acción proactiva con demandas de grupos que buscan nuevos objetivos. En la experiencia histórica europea, las formas de acción competitivas predominaron en los siglos XVI y XVII; las formas reactivas durante los siglos XVIII y XIX; y, las formas proactivas se tornaron crecientes en los siglos XIX y XX. Todo ello ha supuesto un cambiante contexto social y político, por ejemplo, el desarrollo del capitalismo, la urbanización y la formación de los Estados nacionales (Tilly, 1978: 142-146). Sin embargo, puede ocurrir una transformación de estas formas puesto que formas reactivas de acción como las huelgas al comienzo del siglo XIX, se tornaron en formas proactivas al comienzo del siglo XX. Todo ello también con cambios organizativos y transformaciones en la intervención del Estado.

El significado de los repertorios de acción colectiva se refiere a formas de acción que están disponibles en un momento dado del tiempo. Estas formas emergen como unas pautas de acción que poseen una manera de realización y despliegue que pueden tener un sentido eficaz (Tilly, 1978: 156). También los repertorios de acción tienen un proceso de difusión, algo muy bien conocido en la acción conflictiva laboral que ha conocido modalidades de la realización de huelgas que se diseminaron como prácticas rutinarias en distintos países. Los repertorios pueden ser rígidos cuando provienen de un uso que poseen los actores con el que están habituados. Otros repertorios pueden ser flexibles, cuando los actores pueden elegir pautas de acción de modo variado. La elección de un tipo de repertorio no ocurre simplemente porque está teóricamente disponible, sino por la existencia de condiciones específicas que lo hacen factible. Tilly anota que los repertorios cambian muy lentamente y su adopción depende de las prácticas sobre la justicia y el derecho entre la población, las rutinas diarias, los niveles organizativos, las experiencias acumuladas de organización y los niveles de represión. Es decir, los repertorios de acción colectiva son el producto de un ambiente social y político que implica sobre todo tomar en cuenta los cambios políticos.

Recurriendo al conocimiento histórico sobre movilizaciones y protestas, Tarrow (1997: 67-80) ha definido los repertorios antiguos y nuevos de la acción colectiva. Las revueltas y movilizaciones hasta el siglo XVIII, que tenían como sus motivaciones el pan, las creencias religiosas, la tierra y la muerte, identifican un repertorio antiguo de acción que se caracteriza por la inflexibilidad, la acción directa y el corporativismo que apunta directamente a sus objetivos. El repertorio antiguo se confronta sobre todo en los espacios locales y con poderes locales. En los siglos XIX y XX, que tenían a las huelgas y manifestaciones como formas de acción, emerge un repertorio nuevo que es flexible, indirecto y con formas de asociación diversificadas. Este implica la difusión a escala nacional que corresponde a procesos de conformación del Estado nacional. Con el desarrollo de los repertorios nuevos, aparece también la institucionalización del conflicto.

El punto de ruptura entre los repertorios antiguos y nuevos fue la emergencia de un movimiento social nacional que era aquel movimiento que ha superado los marcos locales y regionales con la creación de redes amplias de contacto entre grupos diferentes. Para que aparezca un movimiento social nacional fue necesario la existencia de asociaciones y el uso de medios impresos, mejora de las condiciones de comunicación, y la difusión de formas de acción. Esto coincide con el desarrollo del Estado que terminó por reconocer las formas de asociación y movilización y por ello tendió a su legalización e institucionalización. El papel que cumple la prensa y los medios impresos permite el apareamiento de “comunidades invisibles en torno a la letra impresa”. (Tarrow: 102). Además se produce también la difusión de argumentos y formas de acción que van trascendiendo las fronteras nacionales. Resulta clave la definición de formas modulares de acción que ya habían sido planteadas por Tilly.

La cuestión de la violencia emerge como un tema relacionado con la acción colectiva. Tilly considera que la violencia no es un hecho que aparezca frecuentemente en la acción colectiva, al contrario, lo usual es la acción colectiva no violenta. Así como existen acciones competitivas, reactivas y proactivas, también la violencia adquiere estos significados. La violencia competitiva ocurre entre grupos rivales a escala local, la violencia reactiva cuando los actores se movilizan ante un agravio, y la violencia proactiva cuando los sujetos hacen uso deliberado de la violencia. Las diversas

circunstancias de la violencia se encuentran relacionadas con el desarrollo del Estado centralizado, la formación de una comunidad política y el surgimiento de formas organizativas modernas junto a repertorios de acción colectiva (Tilly, 1978: 172-180). En otro estudio dedicado específicamente a la violencia colectiva en Europa, se había observado que entre 1830 y 1930 se producía una tendencia a la disminución de la violencia colectiva con el desarrollo de la urbanización, los procesos de institucionalización de las organizaciones laborales y la transformación del Estado (Tilly, Tilly y Tilly, 1997[1975]).

A mediados de la década de 1970 se encontraba muy presente discutir el significado de una revolución tomando en cuenta la experiencia de la revolución rusa donde se había producido la disputa por el poder con la creación de soberanías alternativas. Esta es la conocida situación revolucionaria que implicaba el doble poder. Esto significaba que una revolución también suponía la existencia de coaliciones disputando el poder y una crisis de dominación. Sobre todo, se trataba de una ruptura con el antiguo orden, a diferencia de simples golpes de Estado, sublevaciones o cambios de gobierno. Tilly realiza una distinción entre la existencia de una situación revolucionaria y sus consecuencias, puesto que puede existir una situación revolucionaria que no conduzca a una revolución. Una situación de ruptura con el orden político puede desembocar en un golpe de Estado que afecte a los poseedores del poder, pero no producir resultados revolucionarios. En realidad, Tilly estaba discutiendo los argumentos de Moore, Wolf y Paige, quienes habían producido explicaciones sobre revoluciones de tipo agrario donde se ponían en juego las alianzas entre diversos segmentos del campesinado y otros grupos sociales. Para Wolf (1972), por ejemplo, era muy importante en las rebeliones rurales la capacidad organizativa que implicaba la configuración de un poder campesino.

La existencia de una situación revolucionaria puede tener varias causas que pueden derivar en un poder político alternativo constituido por múltiples soberanías. Tilly señala tres causas: 1. la aparición de contendores o coaliciones de contendores con demandas que desean obtener el poder; 2. el apoyo de significativos segmentos de la población a las demandas o una incorporación en el proceso; 3. la incapacidad de los detentadores del poder por suprimir la coalición alternativa de poder (Ibid.: 100). Estas

características se refieren a la denominada coyuntura revolucionaria que en la definición leninista sobre todo ponía énfasis en la incapacidad de las clases dominantes por controlar el poder ante el surgimiento de un poder organizado y movilizad o de masas. Y lo que interesa es como procesos de acción colectiva pueden terminar o no en una situación revolucionaria que en sí misma puede ser reversible. Como subraya Tilly, no necesariamente movilizaciones o insurrecciones de naturaleza defensiva en las sociedades rurales se articulan a procesos mayores de cuestionamiento al sistema. Por otra parte, está como telón de fondo un conjunto de causas estructurales que inciden en los procesos de largo plazo, tales como los cambios en el Estado, la transformación de los mercados y la urbanización. En definitiva, se produce una relación entre los procesos de corta y larga duración cuya especificidad en las coyunturas de rebeliones y revoluciones se definen en un tiempo político, una dimensión básica de los procesos políticos.

Es posible afirmar que antes de las formulaciones más elaboradas sobre la estructura de las oportunidades políticas, estas se encontraban mencionadas por los estudiosos de las revoluciones y revueltas bajo las consideraciones de los contextos políticos en los cuales se producían determinadas acciones colectivas, por ejemplo, Moore o Wolf en sus análisis habían situado los factores que facilitan u obstaculizan las revoluciones campesinas. Si bien tendían a dar más énfasis en los factores de tipo estructural sin otorgar un peso específico a los factores de naturaleza política.

Las oportunidades políticas se refieren al conjunto de factores que están en el espacio político facilitando o bloqueando la aparición y desarrollo de los movimientos sociales. Se constituye en este sentido una estructura de las oportunidades políticas que se encuentran al exterior de los movimientos. Se trata de un entorno político que ofrece incentivos para la participación en la acción colectiva. Según Tarrow (1997:156-161), la estructura de las oportunidades políticas tiene cuatro componentes: 1. la apertura al acceso a la participación, relacionada con la mayor o menor apertura de los sistemas políticos; 2. los cambios en los alineamientos en los gobiernos que tienen que ver con la inestabilidad de los alineamientos políticos que pueden abrir ventanas de oportunidad; 3. la disponibilidad de aliados influyentes que pueden apoyar el desarrollo de los

movimientos; y 4. divisiones entre las elites y en el seno de las mismas, que pueden incentivar a los grupos organizados a desatar movilizaciones.

A estos componentes que definen los cambios en las oportunidades políticas, debe añadirse el lugar específico del Estado en relación a los movimientos sociales. Las configuraciones estatales específicas ya sean centralizadas o descentralizadas, condicionan a la acción colectiva. Así mismo, la fortaleza o debilidad de los Estados tienen que ver con la capacidad de dirección de las elites y la manera en la que se pueden producir confrontaciones o movilizaciones. Por otra parte, la configuración institucional de los Estados pueden facilitar o reprimir, condicionando las oportunidades políticas (Tarrow: 162-172). Se debe considerar que durante los procesos de centralización estatal, cambian las relaciones de lo local y lo nacional por la expansión de la capacidad infraestructural del Estado que altera las relaciones de este con la sociedad civil (Mann II 1997: 90). O también, las relaciones centro periferia que implican actores y redes locales que pueden condicionar las intervenciones estatales (Migdal, 1988).

El ciclo de protesta se encuentra constituido de acuerdo con Tarrow (1997: 263-264) por una intensificación de los conflictos y la confrontación con el sistema social. Se trata de “una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución”. Los ciclos de protesta se hallan relacionados con la apertura y el cierre de las oportunidades políticas. Se produce una generalización de las movilizaciones con una difusión geográfica que abarca distintos grupos. El punto de partida son los “madrugadores” que actúan a partir de oportunidades políticas abiertas y luego se diseminan hacia actores disímiles (Ibid.: 266). Pero en el curso del ciclo político, los movimientos se transforman y también el entorno político. Con un enfoque de sociología política, se ha analizado que movilizaciones sectoriales pueden alcanzar un grado de generalización en coyunturas de

crisis políticas que producen una intensa transformación de regímenes políticos que pueden entrar en procesos de deslegitimación (Dobry, 1988: 247-251).

El desarrollo de la acción colectiva no solo sucede mediante procesos movilizadores que ocurren en un entorno político sino que también se presentan procesos de creación de marcos interpretativos en los que intervienen creencias e ideologías. Se trata del surgimiento de interpretaciones tanto internas como externas a los movimientos sociales y los actos de movilización. Al interior de los movimientos, se produce un debate sobre la creación de marcos de interpretación como una actividad estratégica. Sostiene Zald (1999: 370) que los marcos “son puestos en cuestión, en el ámbito externo, por los líderes y los cuadros que debaten sobre las visiones del mundo y las metas alternativas que debería defender el movimiento”. Pero al exterior también se gestan interpretaciones de aliados y adversarios de los movimientos. Se torna crucial sobre todo el papel de los medios de comunicación donde se evidencian visiones sobre los movimientos sociales.

La teoría sobre los nuevos movimientos sociales que también se suele vincular a las teorías de la identidad, tiene las influyentes definiciones de Alain Touraine sobre los movimientos sociales que han sido confrontadas con investigaciones sobre el movimiento obrero, los movimientos regionales y estudios sobre América Latina. En su estudio sobre la revolución estudiantil francesa de 1968, definió a un movimiento social como la conjunción de actores colectivos, protesta organizada y capacidad de confrontación al sistema político con una fuerte orientación cultural en una trama de lucha de clases (Touraine, 1970). De este modo, el movimiento social se presenta como un sujeto histórico que produce la sociedad y el cambio social. El análisis de Touraine (1984: 104-107) sobre los movimientos sociales establece una distinción entre conductas colectivas, conflictos y movimientos sociales. Las conductas colectivas son acciones de naturaleza defensiva que se relacionan con la reconstrucción o adaptación donde están en juego normas del sistema social. Los conflictos son mecanismos de modificación de decisiones que pueden actuar como factores de cambio cuando surgen vínculos con fuerzas políticas. Los movimientos sociales emergen cuando las acciones conflictivas se dirigen a transformar las relaciones sociales de dominación y poseen un sentido cultural e histórico. “Un movimiento social es la acción conflictiva por la cual

las orientaciones culturales, un campo de historicidad, son transformadas en formas de organización social que, a la vez, son definidas por normas culturales generales y por relaciones de dominación social” (Ibid.: 110-11). El énfasis se encuentra en los actores con su capacidad de proponer un rumbo a la acción colectiva.

Touraine siempre ha puesto el acento en la historicidad de la sociedad. La sociedad está constituida por relaciones sociales y conflictos que se hallan en una permanente definición. Los actores intervienen sobre las relaciones sociales. La sociedad actúa sobre sí misma en tres niveles: 1) las organizaciones como mecanismos para viabilizar la acción y definir reivindicaciones; 2) las instituciones como campos de discusión donde se producen decisiones y se pueden dar alianzas o pactos puesto que hay fuerzas sociales y grupos de interés; 3) el campo de acción histórica donde están las relaciones de clase cuando la sociedad define sus orientaciones culturales y debate los grandes problemas. En esta perspectiva, un movimiento social es un actor histórico dotado de un proyecto cultural antagónico al orden vigente y es portador de una utopía. Este énfasis en la historicidad no es más que un trabajo de auto producción de la sociedad, es decir, en la capacidad de una sociedad de intervenir en su propio funcionamiento, de producir sus orientaciones normativas y de construir sus prácticas en un momento determinado de su historia (Pleyers, 2006: 737). De este modo, Touraine procuraba dejar de lado las constricciones que ponían a los sujetos prisioneros de determinaciones estructurales ante los mecanismos de dominación.

Como una ampliación y profundización de las teorizaciones tourenianas surgieron las elaboraciones teóricas de Melucci que pusieron el acento en definir a los movimientos sociales como construcciones sociales que se desarrollan en medio de la conflictividad social y la conflictividad política. Para ello era necesario dejar de considerar a los movimientos sociales como objetos empíricos y dar lugar a una conceptualización analítica que tenía tres dimensiones: 1. La solidaridad consistente en “la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como miembros del mismo sistema de relaciones sociales”. 2. El conflicto, “una situación en la cual dos adversarios se encuentran en oposición sobre un objeto común, en un campo disputado por ambos”. 3. La ruptura de los límites en el que se mueven los actores que “traspasa las fronteras de compatibilidad, forzando al sistema a ir más allá del rango de

variaciones que su estructura puede tolerar” (Melucci, 2002: 46-47). Esta propuesta sobre todo criticaba los enfoques marxistas y funcionalistas.

La distinción entre acción conflictual y movimiento social que indica Melucci (2002: 50), puede ser útil para entender la historicidad de la acción colectiva. La acción conflictual expresa la presencia de un conflicto dentro de los límites del sistema. Se define una acción conflictiva reivindicativa donde se ataca los mecanismos de funcionamiento de una organización o se disputan los mecanismos de distribución de los recursos sin que se discutan las normas de la organización social y política. La acción conflictiva política se relaciona con la competencia por la utilización de los procesos decisionales del sistema político.

Los movimientos sociales están implicados en acciones conflictuales, pero lo distintivo es que producen una ruptura en un sistema dado. Se ha distinguido a movimientos reivindicativos, movimientos políticos y movimientos antagónicos. Lo que caracteriza a un movimiento reivindicativo es que se halla situado en el espacio de la organización social confrontado con el poder. Su acción tiende a una redistribución de los recursos y ataca las reglas con un cuestionamiento a los procedimientos institucionalizados. El objeto de un movimiento político es transformar los canales de participación política y su acción tiende a romper los límites institucionalizados del sistema. La acción se desplaza a un nivel superior e impugna las relaciones sociales dominantes. Según Melucci (2002: 51), un movimiento antagónico “es una acción colectiva contra un adversario social, para la apropiación, el control y la orientación de los medios de producción social”, aunque precisa que el componente antagónico siempre está presente en los movimientos reivindicativos y los movimientos políticos que pueden establecer un amplio rechazo al sistema social y romper las reglas.

La cuestión de la identidad colectiva que está presente en los procesos de movilización, se refiere a las relaciones entre los individuos participantes que asumen una relación vinculante donde están implicadas sus emociones, expectativas y cálculos de los costos de la movilización en un marco compartido de valoraciones. Ello depende de la intensidad y calidad de la participación individual y la duración de un compromiso (Melucci: 66-67).

La teoría de los nuevos movimientos sociales se hallaba anclada en una fuerte crítica a las relaciones entre organizaciones políticas y organizaciones sociales que sobre todo implicaban la existencia de una dependencia del liderazgo y orientación de organizaciones políticas. El apareamiento de un nuevo tipo de reivindicaciones y nuevos actores desde los años sesenta y setenta, con las demandas feministas, ecologistas, juveniles, e identidades sexuales con una alta autonomía de formaciones políticas institucionalizadas. Todo esto produjo una convergencia de reivindicaciones con procesos de identidades mediante movilizaciones que tenían formas novedosas de expresión y un alto impacto en los medios de comunicación. En los procesos de gestación de la identidad colectiva en estos movimientos, se producían fuertes compromisos militantes que tendían también a declinar cuando los ciclos movilizados entraban en receso (Pizzorno, 1994: 142-143). Pero los nuevos movimientos sociales también se encontraban tarde o temprano con los imperativos de la institucionalización al negociarse las demandas en el sistema político.

3. EL ESTADO Y LOS CAMPESINOS

La configuración histórica del Estado moderno ha tenido siempre una base relacionada con las relaciones que se establecen entre un orden que tiene una capacidad de expandir el poder político y la sociedad rural donde existen determinados vínculos entre los campesinos y las elites terratenientes. Tales vínculos con poderes locales despóticos que frecuentemente han sido de naturaleza tradicional, sufrieron transformaciones con los procesos de centralización estatal que expandieron incesantemente la institucionalidad del Estado con una articulación de elites políticas conectadas a la propiedad rural. Los procesos de modernización estatal han implicado el desarrollo de la capacidad infraestructural del Estado que es sobre todo su penetración territorial con redes de comunicación y una inserción en la sociedad civil. Las relaciones entre el Estado y la sociedad rural durante los procesos de expansión del capitalismo europeo en el siglo XIX y comienzos del siglo XX se cristalizaron en distintos tipos de regímenes políticos que respondían a los alineamientos de clase y las estructuras locales de poder local rural. Ello implicó un variado papel de la iglesia y de los partidos políticos en sus vínculos con el campesinado (Mann, II 1997: 909-920). Para el caso de América Latina, se cuenta con un estudio comparativo de la constitución del Estado en Argentina,

Uruguay, Colombia y Venezuela, donde se plantea las relaciones entre la institucionalidad estatal, las estructuras agrarias y las coaliciones políticas que definieron los regímenes políticos y la formación de la ciudadanía durante el siglo XIX (López-Alves, 2003).

Los vínculos entre el poder estatal y los campesinos fueron evidenciados en el bonapartismo, definido a partir del texto de Marx, *El dieciocho Brumario de Luís Bonaparte* (1976 [1852]) donde expuso la coyuntura política que dio origen a un liderazgo personalizado capaz de imponerse por sobre los intereses de clases y grupos sociales tras un período de incapacidad de los sectores contendientes por imponerse. En la formación de un liderazgo político en condiciones de lucha política intensa y dificultades por la producción de hegemonía entre la elites y la poca capacidad de los actores populares por ganar supremacía, se produjo el ascenso de un líder que congregó tras de sí a dos sectores que representaban a grupos sociales no movilizables por sus adversarios: el lumpenproletariado y los campesinos. Marx estacaba que el campesinado parcelario era una masa de población que estaba fragmentada en una vida familiar que creaba un aislamiento entre sí, sin la producción de intereses comunes, máximo con una identidad local, puesto que carecían de la capacidad de actuar como una clase y por ello, necesitaban ser representados. Así que “Bonaparte representa a una clase, que es además, la clase más numerosa de la sociedad francesa. *Los campesinos parcelarios*.” Esta poca capacidad de representación propia, hacía que deban ser representados desde el poder ejecutivo:

“No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol. Por consiguiente, la influencia política de los campesinos parcelarios encuentra su última expresión en el hecho de que el poder ejecutivo somete bajo su mando a la sociedad” (Marx, 1976: 490).

Toda esta capacidad de representación que adquirió Luís Bonaparte respecto de los campesinos, proviene de dos procesos que Marx destaca. Por una parte la centralización del poder estatal ya comenzada en la época del Estado absolutista y proseguida en la

primera mitad del siglo XIX, cuando crece el aparato estatal francés y se convierte en un instrumento de las clases dominantes. Por otra parte, los vínculos entre el Estado y los campesinos, dados por las relaciones entre la burocracia y los campesinos que creaba mediante los impuestos y el ejercicio de los derechos de propiedad una identificación concreta con la nación. En la tradición política y cultural del agro francés iniciada por Napoleón Bonaparte I con la legislación civil que reconocía los derechos de propiedad rural, quedó una memoria que encontró en Napoleón III una continuación del pasado en el presente, solo que ya incluía la participación política de los campesinos con la implantación del sufragio universal. Sin embargo, en un pasaje Marx postula que con este líder es “cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía” (Ibid.: 489). Con lo que estaba indicando la capacidad del Estado de ponerse por encima de las clases y sus conflictos. Pero esto ocurría simultáneamente con el ya mencionado proceso de identificación de los campesinos con Bonaparte como su representante. Se trataría de una representación política en la que está personalizada la voluntad popular en un líder. En los escritos políticos de Marx predominó sin embargo una visión instrumental del Estado.

El análisis del Skocpol (1984), relativo a la explicación de las revoluciones sociales propone situar al Estado como unidad de análisis, junto con las condiciones internacionales traducidas en las relaciones entre Estados y el sistema internacional de Estados. Su discusión con los diversos enfoques marxistas y no marxistas sobre el Estado, plantea que es necesario comprender las estructuras estatales, sus relaciones con las clases dominantes y dominadas, para entender la dinámica de la destrucción del Estado, lo que ella llama su “desplome” mediante las revoluciones, así como la construcción de un nuevo Estado una vez que las fuerzas revolucionarias han alcanzado el poder. Critica tanto del determinismo económico del cambio histórico como el enfoque voluntarista de las fuerzas políticas organizadas que dirigen movilizaciones contra las clases dominantes y el Estado. Adicionalmente, objeta la visión instrumentalista del Estado, proponiendo lo que ella denomina una “perspectiva organizativa y realista del Estado” (Skocpol, 1984: 63-64), que debe mirarse como la capacidad de los Estados en definir un plano de intereses diferente al de las clases dominantes, y frecuentemente confrontado con segmentos de esas clases. Por ello, hay un esfuerzo por definir al Estado como una organización autónoma. El tema de la

autonomía estatal se halla como el hecho de que las organizaciones políticas, militares y administrativas, “son al menos potencialmente autónomas ante todo control directo de la clase dominante” (Ibid.: 61). El grado de autonomía solo puede explicarse por los tipos particulares de sistemas sociopolíticos y los conjuntos de circunstancias históricas internacionales particulares.

“En realidad, la participación de un Estado en una red internacional de Estados es una base para la potencial autonomía de acción por encima y en contra de grupos y acuerdos económicos dentro de su jurisdicción, llegando a incluir a la clase dominante y las relaciones concretas de producción. Pues las presiones y oportunidades militares internacionales pueden mover a los gobernantes del Estado a emprender políticas que entren en conflicto y, en casos extremos, lleguen a contradecir los intereses fundamentales de una clase dominante” (Skocpol, 1984: 63).

La problemática discutida por Skocpol, establece un conjunto de conceptos y relaciones para realizar un análisis comparativo de Francia, Rusia y China, como Estados agrarios que habían carecido de una experiencia colonial. Aunque se piense a Francia más como un paradigma de revolución burguesa, en los tres casos, se hallaba presente una coyuntura revolucionaria que manifestaba, “1) la incapacidad de las maquinarias del Estado central de los antiguos regímenes; 2) difundidas rebeliones de las clases bajas, sobre todo campesinos; y 3) intentos de jefatura política por movilizar las masas para consolidar el poder del Estado revolucionario” (Ibid: 79). De modo que el cambio histórico tiene una explicación contingente a través de una coyuntura revolucionaria. Aunque no exactamente, la noción de coyuntura revolucionaria está muy cerca de las formulaciones de Lenin de 1917, particularmente de las llamadas “Tesis de Abril”.

La intención de Skocpol es establecer una teoría más general que explique los casos de otras revoluciones sociales ocurridas en el Tercer mundo. Las revoluciones y los Estados compartirían ciertas condiciones de ser sociedades agrarias, revueltas de las clases bajas y Estados que pierden su capacidad de autoridad y control. Un punto que no queda claro es como países débiles, se hallaban en capacidad de moverse en el intrincado juego de las relaciones internacionales.

El estudio de Eugen Weber (1976) fue muy influyente en definir los procesos de modernización rural que ocurrieron en el agro francés. Se trata de cómo entre el último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX, los campesinos franceses fueron transformados por el impacto del sistema escolar, la conscripción, la mercantilización y nuevas pautas políticas que implicaban el acceso a la ciudadanía y la integración a una identidad nacional que superaba los localismos rurales. Se trata de los procesos políticos y culturales que definen la integración del campesinado a la esfera del Estado nación, pero esto supone también la socialización política.

La politización del mundo rural se ha presentado como una problemática vinculada al desarrollo del Estado nacional. La politización campesina se relaciona con la recepción de discursos políticos y el aprendizaje de la política. Esto se produce mediante procesos de socialización política que implican una esfera de acción que involucra de algún modo la relación con el Estado y la sociedad más amplia. Ocurre también un “descenso de la política a las masas” (Pécout, 1997: 91). Lo que puede ser asimilado a la llegada de impulsos externos desde lo nacional a lo local, o de lo urbano a lo rural, lo que también ha sido denominado nacionalización de la política.

De este modo, es posible advertir diversos momentos de relaciones entre las poblaciones rurales y una esfera política local y nacional tal como ha sido analizado por Florencia Mallon (1995) en su estudio comparativo de la articulación de la conciencia campesina con la cuestión nacional en México y Perú durante dos coyunturas en el siglo XIX. Al establecer las bases sociales que configuraron respuestas nacionalistas campesinas, mostró la importancia de las visiones locales sobre la nación y el Estado donde tienen importancia los intelectuales locales. En otras circunstancias, los marcos locales de inserción pueden implicar la participación en eventos conflictivos donde poblaciones dominadas se movilizaron en alianzas con sectores de las elites como ha sido documentado extensamente con las guerras civiles colombianas o en la célebre rebelión de Zarate Wilka a fines del siglo XIX en Bolivia (Irurozqui, 2006). Otros marcos de politización han sido aquellos provenientes de la participación campesina en procesos revolucionarios como el mexicano que han implicado una presencia diferenciada de naturaleza regional (Katz, 1990).

Las relaciones entre el Estado y los campesinos podrían estar inmersas en las relaciones centro-periferia de acuerdo a los diversos momentos en que esas relaciones tienen manifestaciones de naturaleza institucional que pueden revelarse en los grados de centralización estatal, la penetración del Estado en el territorio y la ejecución de políticas mediante una red de funcionarios e instituciones locales. Todo esto depende de las capacidades que el Estado ha desarrollado históricamente. Un tema interesante puede ser también como la periferia puede influir en el centro estatal y condicionarlo (Migdal, 1988: 15).

Ha logrado una notable influencia el texto de Corrigan y Sayer *The great arch: english state formation as cultural revolution* (1985). Su argumento plantea que el Estado fue una revolución cultural. A partir de una revisión de la trayectoria histórica del Estado en Inglaterra entre el siglo X y el siglo XIX proponen como este fue una construcción cultural y las regulaciones que el Estado hace sobre la cultura en una dimensión temporal de larga duración. El inmenso alcance del poder estatal insisten Corrigan y Sayer (1985: 199-200) solo puede entenderse si se establece una visión de que las formas estatales son formas culturales, que la formación del Estado fue una revolución cultural y que las imágenes culturales han sido continua y extensivamente reguladas por el Estado. La capacidad de integración que hace el Estado nación, también descansa en la desintegración de formas anteriores de integración. Al otorgar importancia a los rituales y rutinas del Estado se ingresaba en la dimensión cotidiana de su formación. Esta noción de que el Estado es una revolución cultural quiere decir que el Estado es un agente activo que tiene que ver con las representaciones que se hacen los dominantes y los dominados. Ante todo, se trata de que el Estado crea regulaciones morales y clasificaciones que establece los lugares y las jerarquías sociales (Ibid.: 12). Se tomaba sobre todo el argumento de Durkheim sobre el Estado como una representación y productor de regulaciones morales. Al establecer una crítica a los enfoques instrumentalistas e institucionales del Estado, se introducían en la problemática de las relaciones amplias entre cultura y política procurando evitar el determinismo.

El estudio de Scott (1985) sobre los campesinos arroceros de Malasia introdujo la cuestión de la resistencia cotidiana ante los terratenientes y el Estado, desplazando la

atención que se había puesto de manera primordial en torno al conflicto abierto y la rebelión. De este modo, “las armas de los débiles” eran luchas poco visibles y acciones de resistencia silenciosa emprendida de modo individual o colectivo. En la averiguación de porqué los campesinos se hallan en muchos períodos de calma junto a otros períodos de intensa actividad cuando actúan de modo violento, se requiere saber cómo se produce la adaptación a un sistema de dominación y su resistencia. Tomando la experiencia histórica de la resistencia y la rebelión en los Andes, Steve Stern (1990: 33-35) propuso que podía existir la “adaptación en resistencia” según la cual los ciclos de actividad rebelde y pasividad deberían ser estudiados en múltiples escalas temporales. De este modo las estrategias campesinas de relación con el Estado solo podían ser entendidas en la larga duración. Estas propuestas de la resistencia campesina se encontraban emparentadas con el planteamiento de la economía moral de Thompson.

El acento que se había puesto en las rebeliones y la acción colectiva abierta fueron cuestionadas por un grupo de estudiosos sobre México que procedieron a una nueva interrogación sobre los procesos de participación popular relacionados con la revolución mexicana (Joseph y Nugent, 2002). Después de 1970 se había producido una inmensa cantidad de trabajos académicos que habían situado de manera más compresiva las dimensiones locales y regionales de la revolución mexicana. Esta abundante producción académica parecía llevar a una acumulación de conocimientos pero no a una renovación más general de enfoques que pudieran incorporar las relaciones de los campesinos con el Estado. De allí que se trataba de encontrar los vínculos entre la cultura popular y el Estado. Es decir, como los sectores populares habían sido capaces de manejar códigos culturales que les permitían relacionarse con el poder estatal. Este cuestionamiento a la visión homogénea del Estado como un bloque de dominación, retomaba los argumentos de Gramsci sobre la hegemonía, dándole un giro hacia las respuestas contrahegemónicas y la capacidad de acción autónoma de los campesinos (Roseberry, 2002). Los argumentos de la resistencia cotidiana han sido criticados, entre otras razones por el olvido de las circunstancias políticas que condicionan la acción campesina, tales como la participación política y el papel de los liderazgos y actores externos (Korovkin, 2002: 104-105).

Desde comienzos de la década de 1980 surgió la corriente de los estudios subalternos de la India que alcanzó un notable impacto en el mundo académico norteamericano después de 1990. Esta corriente hacía una crítica a los enfoques nacionalistas y elitistas de la historia reivindicando las prácticas insurgentes del campesinado. En cierto sentido era una prolongación de las tendencias de la historia “desde abajo” que había sido impulsada por la historiografía social marxista británica, pero lo nuevo fue su recepción en la academia norteamericana con la tendencia de los estudios poscoloniales.⁶ La propuesta original de los historiadores indios fue el de definir al mundo subalterno como aquel que era identificable fuera de las elites dominantes. Así, lo subalterno puede incluir a elites locales, sectores medios pobres y grupos populares amplios en circunstancias específicas de naturaleza local (Guha, 2002: 36-42). Se insistía en encontrar la politicidad de la acción campesina que supere la dicotomía entre lo político y lo pre político. En la década del ochenta, con otros enfoques parcialmente coincidentes con lo que hacían los historiadores indios, apareció una amplia corriente de historia obrera y campesina en América Latina, influenciada por las corrientes historiográficas británicas de historia social y la recepción del pensamiento de Gramsci, quien precisamente había propuesto un esquema de interpretación de la historia de las clases subalternas.⁷ Esta producción historiográfica latinoamericana ha sido frecuentemente ignorada.

La presencia del Estado en la documentación que dejan los conflictos rurales y las sublevaciones campesinas, son textos de una “prosa de la contrainsurgencia” (Guha 2002: 43-93), donde el problema es la necesidad de identificar en las fuentes primarias todas aquellas elaboraciones cargadas de prejuicios sobre la acción colectiva campesina que aluden a la irracionalidad de los actos de rebelión o una conciencia ausente de metas y objetivos políticos. Lo que enfatiza Guha es una precaución sobre la naturaleza de la objetividad de las fuentes primarias y la necesidad de proceder a una lectura que

⁶ Una compilación de los estudios subalternos ha sido realizada por S. Rivera Cusicanqui y R. Barragán (1997) quienes en la presentación mencionan la existencia de temas similares en la historiografía latinoamericana a los desarrollados por los historiadores indios que ha sido ignorada en la Academia del norte.

⁷ Para mencionar los trabajos más conocidos, véase Rivera Cusicanqui (1986) sobre la historia del campesinado indígena boliviano; Salazar (1984), acerca de la historia del mundo popular chileno; Manrique (1981) sobre los campesinos peruanos y la nación. Cecilia Méndez (2009) ha realizado una revisión crítica de los estudios subalternos indios y propone revalorizar la historiografía latinoamericana sobre el mundo popular.

descifre su construcción semántica. Y efectivamente en la documentación primaria las descripciones tienen interpretaciones implícitas o silencios. Sin embargo, existe una zona de limbo en los discursos sobre las rebeliones indígenas y los conflictos rurales en el Ecuador que es posible localizar en unas interpretaciones surgidas cercanamente a los acontecimientos y que también se encuentran enmarcadas en la interpretación oficial. Son los comentarios de prensa que apuntan a producir una opinión pública entre los lectores de los periódicos donde los hechos ya no son descritos sino interpretados.

La politización que se desarrolló en el marco de una acción colectiva organizada como fue la fase del sindicalismo rural en América Latina después de los años treinta estuvo condicionada a la presencia de formaciones políticas de naturaleza urbana que proveían recursos políticos y organizativos que facilitaban las negociaciones con los patronos y el Estado (Quijano, 1979). Esta politización significaba una inserción en el espacio político donde las formaciones de izquierda tenían un papel subordinado y expresaban canales de democratización y una manifestación de demandas de ciudadanía social que requerían de marcos colectivos. Es así que se presenta la cuestión de la representación política como la capacidad de vincular intereses de grupos campesinos e indígenas mediante formaciones políticas u organizativas que asumen ser los representantes de un conjunto de aspiraciones posibles de ser realizadas en el marco del sistema político mediante reformas o mediante cambios radicales. Entonces, la politización rural se torna en los distintos grados de recepción de ideologías políticas entre los campesinos que pueden ser resignificadas o receptadas parcialmente sobre todo en ambientes de baja alfabetización. De modo que el indigenismo, el marxismo y la doctrina social de la Iglesia Católica pueden ser receptados en un marco de creencias católicas tradicionales.

Finalmente, lo que surge como evidencia de la acción colectiva son las demandas campesinas como un conjunto de aspiraciones surgidas de un malestar en las relaciones con el mundo circundante sea este proveniente de los patronos o de la autoridad del Estado. Para que estas demandas emerjan debe existir un nuevo estado de conciencia que hace aflorar ese malestar. Se crea una disponibilidad que supone un cuestionamiento a las relaciones de dominación social y política. Este cuestionamiento puede ser dirigido hacia aspectos parciales de la dominación y de las relaciones implicadas o proponer cambios de fondo que suponen medidas radicales. Las demandas

campesinas se desarrollan en niveles localizados y pueden escalar hacia niveles más altos de las relaciones sociales y políticas que tienen que ver con la intervención estatal.

Las demandas campesinas dependen del ambiente político general y de los distintos grados de intervención del Estado. Revelan una visión campesina sobre el Estado y muestran también como pueden ser concebidas las negociaciones de naturaleza política. En términos generales se trata de demandas sociales y étnicas que en un momento determinado pueden tornarse políticas o ser politizadas en un ambiente local. Se puede también precisar que las demandas tienen rasgos característicos de una época cuando se presentan recurriendo a la escritura y ante alguna instancia estatal con o sin intermediarios.

Se puede concebir a las demandas como necesidades y aspiraciones que se expresan como peticiones o reclamos dirigidos a cambiar una situación considerada injusta. Son aspectos muy concretos y tangibles, susceptibles de ser resueltos en algún espacio de negociación de naturaleza local. La fuente de estas demandas es la acción de base y poseen un sentido colectivo. Son reivindicaciones surgidas desde abajo que tienen a los líderes como intérpretes y se desarrollan en marcos organizativos. Dotan de una racionalidad que vincula a los participantes en la acción. Pero las demandas se modifican y jerarquizan en la escena política. Son puntos que pueden ser evaluados en tanto deben ser negociadas con el poder. Las demandas pueden estar articuladas en un proyecto político. Este proyecto fija horizontes y metas de tipo reivindicativo. Las demandas permiten al actor situar las aspiraciones de un momento dado en un contexto político y hacen factible evaluar el alcance e impacto de las acciones colectivas.

La posibilidad de que las demandas campesinas desemboquen en una coyuntura de cambio radical, requiere distinguir lo que significa una revolución social y una revolución política. Una revolución social es concebida generalmente como un cambio estructural con profundas modificaciones de las estructuras y relaciones sociales. Mientras que una revolución política ha sido definida como un cambio de régimen político. Generalmente una revolución social se produce como consecuencia de procesos de movilización continuados en el tiempo que implican mecanismos organizativos y estrategias para la conquista de poder. En tanto que una revolución

política puede ser un cambio de régimen político generado como consecuencia de movilizaciones o cambios que pueden producirse desde arriba (Paramio, 1990). En los dos casos, existen coyunturas políticas que implican una crisis total o parcial del poder político. Pero esto introduce la cuestión de las reformas sociales como un resultado que proviene de un juego de fuerzas en el espacio político. Una reforma es un cambio político que altera algún aspecto conflictivo introducido por demandas que promueven cambios legales o políticas públicas. La acción colectiva se relaciona con la realización de reformas puesto que las demandas incluyen peticiones posibles de ser resueltas por alguna instancia estatal.

Desde esta perspectiva, la reforma agraria se diferencia de una revolución agraria, porque al evitar una transformación violenta de las estructuras agrarias ofrece un cambio menos traumático. Permite promover la modernización rural con una adecuación de las estructuras agrarias al desarrollo capitalista. La acción colectiva campesina termina finalmente en condicionar el camino de la reforma dependiendo de cómo el Estado ha procesado históricamente los conflictos, el peso de las elites terratenientes y los poderes locales.

CAPÍTULO II. LA REFORMA AGRARIA DE 1964

El proceso histórico que concluyó en la reforma agraria de 1964, tiene un conjunto de determinaciones que cristalizaron en la expedición de una Ley que estuvo vigente hasta 1973. En este capítulo se realiza una revisión de algunas condiciones que se evidenciaron en la coyuntura 1960-1964 cuando el debate y la lucha política se dirimieron en torno a una transformación agraria. La exposición del tema de la reforma agraria tal como se había manifestado desde mediados del siglo XX permite entender los temas básicos que se encontraban en discusión a escala nacional e internacional. Las referencias a la acción colectiva campesina en aquella coyuntura son solo indicativas puesto que en los capítulos restantes de esta tesis se realiza un análisis detallado de los distintos tipos de conflictos rurales con sus características, alcances y limitaciones.

Se reconoce que la revolución mexicana (1910-1917) fue el comienzo de la problemática de la reforma agraria en América Latina. La vasta participación campesina en el proceso terminó con la inclusión de principios distributivos de la tierra en la Constitución de 1917. La reestructuración agraria se consolidó con la política del régimen de Cárdenas que entre 1934 y 1940 realizó una amplia redistribución de la tierra, instituyó el régimen de los ejidos y articuló al campesinado en organizaciones dependientes del control estatal (Tutino, 1999: 294-295). Posteriormente, la revolución boliviana de 1952 inició una reforma agraria relativamente radical en 1953 que afectó al sistema de hacienda tradicional y facilitó la organización del sindicalismo campesino (Rivera Cusicanqui, 1986). En 1952 se iniciaba en Guatemala una reforma agraria de naturaleza más bien tímida que afectó a grandes propiedades incluyendo tierras de la United Fruit pero que produjo como efecto una amplia organización del campesinado. Esta reforma fue truncada rápidamente en 1954 al ser derrocado el régimen reformista de Jacobo Arbenz (Handy, 1992).

Así que a mediados del siglo XX ya existían suficientes experiencias de reformas agrarias a los que deben sumarse las reformas agrarias de Corea, Taiwan e Italia. En 1950 una reforma agraria modificó radicalmente la tenencia de la tierra en Corea del Sur y favoreció el desarrollo del mercado interno (El-Ghonemy, 2001: 113). La reforma agraria emprendida en Taiwan produjo una distribución de tierras públicas y

expropiaciones privadas que incrementaron la propiedad rural de los campesinos con resultados notables en la producción y el empleo entre 1950 y 1960 (North, 1997). En Italia, una Ley de 1950 dedicada al sur italiano producía una reestructuración de la propiedad tras movilizaciones campesinas (Misiani, 2011). La guerra fría establecía un temor a la difusión de los modelos comunistas de cambio político y las reformas agrarias aparecían como una manera de neutralizar las amenazas de movilizaciones campesinas tras el triunfo de la revolución china en 1949.⁸

1. CONCEPCIONES SOBRE LAS REFORMAS AGRARIAS EN AMÉRICA LATINA

En el transcurso de las décadas de 1950 y 1960 los organismos de las Naciones Unidas realizaron planteamientos relativos a la reforma agraria que aparecía relacionada con la cuestión del desarrollo económico. El cambio agrario era concebido como parte de una modernización que permitiría fortalecer la producción agrícola junto a la difusión de paquetes tecnológicos que sobre todo implicaban la difusión de tecnologías agroquímicas y la mecanización de la agricultura para mejorar la productividad. Se planteaba la necesidad de efectuar cambios en la estructura de la propiedad pero basados en negociaciones. La base de las políticas era el conocimiento que había surgido de los censos agrícolas donde en mayor o menor grado se evidenciaba la desigualdad de la distribución de la tierra. Se buscaba que los gobiernos emprendieran políticas de reforma agraria consensuadas y planificadas mitigando las situaciones conflictivas (Dorner, 2002). La opción por desarrollar programas de colonización estaba también presente y en América Latina existía una amplia experiencia en procesos de colonización que habían expandido la frontera agraria. Esto necesariamente debía concluir en un marco legal e institucional que estableciera de modo eficiente una intervención sistemática en la reestructuración de las relaciones de propiedad.

La CEPAL en su conocida formulación de la industrialización mediante la sustitución de importaciones, había diagnosticado la existencia de una agricultura con fuertes rasgos de retraso tecnológico, baja productividad y una inadecuada tenencia de la tierra donde hacía falta una clase media rural. De allí había surgido la necesidad de impulsar

⁸ Para un análisis del tema agrario en la revolución china, véase el documento de la Rand Corporation preparado por Yeh (1971).

políticas de reforma agraria que produjeran una redistribución de la tierra, para lo que se proponía afectar a las propiedades latifundistas (CEPAL, 1963: 180-183). La reforma agraria debía ser rápida y masiva con la idea de fortalecer estratos campesinos y formas asociativas de gestión. Entonces, la reforma agraria era una política para ampliar el mercado interno y dar una respuesta a las crecientes migraciones rurales hacia las ciudades. Con un lenguaje diferente había coincidencias con los planteamientos que fueron portados por la izquierda y corrientes reformistas en América Latina desde los años treinta.

Los partidos comunistas latinoamericanos habían sostenido la necesidad de realizar una reforma agraria radical. En un análisis sobre el campesinado latinoamericano, Pedro Saad (1977: 15-18) definía todo el conjunto de formas de trabajo predominantes en el agro como semif feudales, rezagos feudales o feudales y un interés de la burguesía por la eliminación del feudalismo. Su punto de partida era la existencia de terratenientes feudales que monopolizaban la tierra. Por otra parte, en la mayoría de países había la penetración del imperialismo en la agricultura sobre todo ejemplificado en las plantaciones bananeras. Pero todo proceso de reforma agraria debía basarse en una alianza del campesinado con la clase obrera. Laclau (1978: 32) anotó que en la visión de los partidos comunistas latinoamericanos estaba vigente “la constante tendencia a identificar feudalismo con estancamiento y economía cerrada, y capitalismo, con dinamismo y progreso”. Pero la idea dominante de esta feudalidad era la concentración de la propiedad y la servidumbre en las haciendas.

La revolución cubana en 1959 y la radical reforma agraria que se ejecutó, materializaba la amenaza comunista. La Carta de Punta del Este que estableció la Alianza para el Progreso en 1961 definió entre un amplio programa de reformas sociales el imperativo de emprender reformas agrarias. De allí surgió la política de reforma agraria que se concretó en leyes que se formularon en Colombia (1961), Perú (1963 y 1964), Chile (1962 y 1967), Ecuador (1964). Una ley anterior se promulgó en Venezuela (1960). Todas estas leyes tenían en común una intervención en la supresión de las relaciones de trabajo precapitalistas y una afectación parcial a la estructura de la propiedad. Para que se procesaran estas reformas agrarias iniciales, había entre las burocracias estatales una aceptación de la necesidad de hacer cambios agrarios desde arriba con idearios

desarrollistas para contrarrestar amenazas de movilizaciones campesinas (Grindle, 1984: 140-142).

El CIDA (Comité Interamericano de Agricultura) creado en 1961 realizó estudios detallados de tenencia de la tierra en varios países de América Latina que inauguraron una perspectiva general de análisis sobre la propiedad rural y las relaciones sociales de trabajo. El estudio de síntesis de Barraclough y Domike (1966) era un marco de referencia acerca de la dirección que podían tomar las reformas agrarias ya iniciadas en algunos países en los años sesenta. Se hacía la distinción entre reformas agrarias directas e indirectas. Las directas eran aquellas que afectaban el régimen de propiedad de la tierra y las indirectas aquellas que ponían el énfasis en la colonización. Los autores que habían asesorado los estudios CIDA, aprovecharon los datos para hacer una elaboración que incluyó información comparable de Colombia, Perú, Guatemala, Chile, Ecuador, Argentina y Brasil. Su planteamiento era una propuesta de reforma agraria que debería afectar las propiedades más grandes e impulsar formas asociativas entre los campesinos.

Es indispensable establecer el significado de la reforma como problema político. Una reforma es un cambio político que altera algún aspecto conflictivo introducido por demandas que esperan cambiar leyes o decisiones políticas. Desde este punto de vista puede haber reformas progresivas o reformas regresivas. Las reformas progresivas serían aquellas que afectan ámbitos de poder o permiten la incorporación de actores que no estaban incluidos. Las reformas regresivas serían las que consolidan la acción de los detentadores del poder. Por ello, la acción colectiva tiene que ver con la realización de reformas puesto que las demandas frecuentemente tienen un componente de peticiones posibles de ser resueltas por alguna instancia estatal. Toda reforma implica una correlación de fuerzas dada y puede evidenciar un cambio en los equilibrios de fuerzas.

Una reforma agraria es algo distinto a una revolución agraria, porque justamente trata de evitar una transformación violenta de las estructuras agrarias. Tiene un origen en los procesos de modernización rural que surgen como imperativos del desarrollo del capitalismo y la industrialización, por ello implica una situación específica de cambio agrario en determinadas circunstancias. Esto depende del curso que han adquirido en el

tiempo los procesos de modernización, el peso de las elites terratenientes, las aspiraciones del campesinado y las intenciones de otros sectores sociales. Un punto adicional es la configuración del Estado en su capacidad de procesar los conflictos o imponer caminos de modernización, lo que se deriva del peso de las elites terratenientes en el Estado y los poderes locales (Moore, 2002). Los espacios que asigna el Estado para procesar los conflictos, definen una institucionalidad que tiene un lado represivo y otro integrativo que resultan del grado de evolución del sistema político. La formación de una burocracia pública dedicada a procesar demandas sociales y definir políticas corresponde a una fase donde el Estado ya ha fijado políticas de intervención con reglas para tratar los conflictos y marcos legales.

Ya con esto, es evidente la necesidad de definir el significado de una modernización rural que adquiere contornos específicos en los países dependientes. Tiene un punto de partida en la configuración de la estructura de propiedad, las relaciones sociales y los procesos tecnológicos. Una modernización rural por lo tanto, tiene que ver con un cambio de todos estos aspectos que se encuentran interrelacionados. Y allí toma sentido la cuestión de la reforma agraria concebida principalmente como un proceso de modificación de la estructura de propiedad. La dirección que puede adquirir una reforma agraria depende del peso de las elites terratenientes, la acción colectiva de los grupos campesinos y las intervenciones del Estado. Las reformas agrarias fueron justamente alternativas a revoluciones agrarias, sea que estas hayan estado en el horizonte como amenazas o que determinados gobiernos reformistas hayan encontrado en las reformas agrarias uno de los objetivos de su accionar.

Por tanto, una reforma agraria es un ingrediente de un proceso mayor de modernización rural que implica otros cambios en la esfera del mercado, la educación y la integración política. La compilación de Oscar Delgado, *Reformas agrarias en América Latina* (1965), reunió un amplio elenco de estudios que mostraban la dinámica que habían alcanzado las estructuras y los procesos de reforma agraria en una buena cantidad de países de América Latina. Sus autores provenían de las ciencias sociales y eran conocedores de la cuestión agraria que habían estado involucrados en estudios y creación de instituciones de intervención vinculadas a gobiernos y organismos internacionales. La orientación de los artículos tenía un sesgo generalmente progresista

e impugnador de las elites terratenientes. Delgado (1965: 196), definió tres tipos de reforma agraria. 1) Transformación agraria que correspondía a México, Bolivia y Cuba donde se había alterado la estructura de la propiedad. 2) Cambio parcial que había establecido la colonización y parcelación con una afectación parcial a la propiedad (Venezuela y Chile). 3) Conservatismo agrario que correspondía a países como Colombia, Perú y Ecuador con la colonización y parcelación; Colonización histórica (Argentina y Uruguay); Conservatismo agrario rígido sin ningún tipo de cambios, en todos los demás países. El conservatismo agrario implicaba que las oligarquías y elites terratenientes habían mantenido el control de los procesos de cambio agrario.

Sustentado en la amplia experiencia y conocimiento de procesos de reforma agraria en América Latina, Antonio García (1973: 178-181) propuso la existencia de tres modelos de reforma agraria: estructural, convencional y marginal. Cada uno de estos modelos se podía caracterizar por su capacidad de afectar las estructuras de propiedad y las relaciones de poder. El modelo de reforma agraria estructural era el que había afectado notablemente las estructuras de propiedad de la tierra y había alterado las relaciones de poder en el agro y el Estado con alianzas sociales radicales; en este modelo estaban principalmente México, Bolivia, Cuba y Perú con la reforma agraria de Velasco Alvarado. El modelo de reforma agraria convencional era el que se había realizado en ambientes políticos reformistas con sistemas de partidos y amplias negociaciones entre el Estado y los propietarios, aunque prácticamente el único caso al respecto era el chileno. El modelo de reforma agraria marginal estaba definido por la capacidad de las clases propietarias en haber logrado encauzar los procesos hacia una débil afectación a la estructura de la propiedad; en este modelo cabían la mayoría de países de América Latina, entre otros, Ecuador, Colombia y Venezuela.

En los años setenta predominaba el enfoque estructural sobre el desarrollo del capitalismo en la agricultura latinoamericana. Según este, había una modernización de agro que podía seguir un camino terrateniente (la vía junker) o un camino campesino (la vía farmer). Esto se fundamentaba en el análisis de las reformas agrarias que habían ocurrido desde mediados del siglo XX. *The agrarian question and reformism in Latin America* de Alain de Janvry (1981) propuso una interpretación sobre la modernización capitalista del agro latinoamericano. Se trataba de estructuras agrarias desarticuladas en

el contexto de agriculturas de exportación con creciente predominio de trabajo asalariado junto a sectores poco modernos con relaciones precapitalistas. Su argumento era que las reformas agrarias se habían producido en el marco de una capacidad de dominio de las elites terratenientes que habían logrado controlar el Estado y manejar la presión campesina. Tiene el supuesto de que una burguesía industrial está interesada en una transformación agraria. Aunque la vía junker o la vía farmer no eran algo prefijado ni decidido de antemano, puesto que una vía podía transformarse en otra condicionada por los procesos políticos. Por ejemplo, la reforma agraria peruana que en su inicio (1963) pudo seguir el camino junker, se transformó en el camino farmer en 1969. Mientras que en el caso chileno, una reforma agraria tipo junker siguió después el tránsito a un camino farmer por la radicalización del proceso político chileno que siguió progresivamente desde fines de 1970 hasta 1973, para luego ser abruptamente interrumpida con el derrocamiento de Salvador Allende. En cambio, el caso ecuatoriano de la reforma agraria de 1964, podía tipificarse como un camino junker. Esto podría haberse matizado con el análisis de la Ley de abolición del trabajo precario, y el Decreto 1.001 de 1970 sobre tierras arroceras; y la Ley de Reforma Agraria de 1973 que inexplicablemente de Janvry no tomó en cuenta. En efecto, entre 1974 y 1985 por efecto de la aplicación de la legislación agraria y los mercados de tierras aparecieron muchas zonas rurales con fuerte influencia campesina en la estructura de la propiedad junto a otras zonas con un neto predominio de la expresa agrícola de tipo capitalista.⁹

De acuerdo con de Janvry, el paso de una estructura agraria desarticulada a una estructura agraria articulada debía implicar una profunda reestructuración de la tenencia de la tierra. Pero el resultado había sido la eliminación las relaciones precapitalistas y la conformación de un estrato campesino que suponía una diseminación de la pequeña propiedad que podía ofrecer al mismo tiempo una producción de alimentos para la subsistencia y el mercado junto a un semiproletariado rural que se vinculaba a las empresas agrícolas como trabajadores temporales.

Al dar por concluidos los procesos de reforma agraria con sus objetivos de modernización capitalista, de Janvry ya no veía en el horizonte una nueva situación de

⁹ Para una revisión de los efectos de la reforma agraria sobre la distribución de la propiedad véase Chiriboga (1988).

redistribución de la tierra, por la ausencia de movilizaciones rurales y la falta de políticas estatales en esa dirección. Más bien, se perfilaba la política de Desarrollo Rural Integral que se dirigía a los estratos campesinos viables para impulsar su capitalización e inserción eficiente en los mercados mediante políticas de crédito e innovación tecnológica. Esta política, junto a los programas focalizados sobre la pobreza rural se tornó dominante en los años ochenta y noventa en América Latina.

Entre 1980 y 2000 se impuso el enfoque sobre el desarrollo rural integrado que ponía énfasis en el mejoramiento de la agricultura de los estratos campesinos situados en la pequeña y mediana propiedad. Esta era una propuesta de los organismos multilaterales encabezados por el Banco Mundial. Constituía un desplazamiento de la problemática de la distribución de la tierra hacia el fortalecimiento de las capacidades de vinculación de los pequeños productores rurales a los mercados con intervenciones de naturaleza microrregional.¹⁰ De esta manera se daba por clausuradas las reformas agrarias que tenían intervención estatal y se proponía el acceso a la propiedad de la tierra mediante mecanismos de mercado.

Precisamente, México, el país que había sido el iniciador de la reforma agraria en América Latina, adoptó un giro que clausuraba la política de reforma agraria. La reforma del art. 27 de la Constitución en 1992, al permitir la privatización de tierras ejidales, originó un intenso malestar en el agro mexicano. Esta reforma, se inscribía en la dinámica de cancelación del reparto agrario. Era un conjunto de medidas destinadas a promover las inversiones en el agro y desarrollaba el mercado de tierras en los ejidos. Complementariamente, se trataba de establecer con claridad los derechos individuales de propiedad. Se trataba de alejar la intervención del Estado en la tenencia de la tierra. Al mismo tiempo, el gobierno terminó con la protección estatal a los precios agrícolas ante la competencia extranjera. Quienes diseñaron las políticas de privatización de los ejidos, esperaban que con los bajos salarios rurales y un mercado urbano creciente se produjera una intensificación de la inversión de capitales en la agricultura. Se esperaba un fomento de la agroindustria a través de inversiones entre capital local y extranjero,

¹⁰ Sobre la política de desarrollo rural integral, véase Barsky (1990).

modalidades de arrendamiento o compra de la tierra, una vez que se habían quitado las restricciones a la compra venta de tierras en los ejidos.¹¹

Por efecto del surgimiento desde los años ochenta de movimientos sociales rurales y movimientos étnicos a lo largo de América Latina, se ha producido una reactualización de la cuestión de la redistribución de la tierra. En una compilación que reúne estudios auspiciados por el UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development) se volvía a insistir sobre la necesidad de realizar reformas agrarias en el tercer mundo.¹² No obstante, es una nueva circunstancia que se halla definida por la globalización, sociedades más urbanizadas y el aparecimiento de una nueva problemática: la reconcentración de la propiedad en algunos países de América Latina y la consolidación de empresas agroindustriales dirigidas a los mercados globales.¹³ Todo esto es lo que se está discutiendo como una “nueva ruralidad” donde han cambiado notablemente las relaciones entre lo rural y lo urbano. Por otra parte, los movimientos étnicos han puesto énfasis en los territorios ancestrales y comunitarios.

La antigua ruralidad correspondía a sociedades que tenían estructuras agrarias con alta concentración de la propiedad y relaciones de trabajo precapitalistas. En un contexto de la articulación de regiones al mercado internacional mediante productos agrícolas, los imperativos de realizar reformas agrarias dependían de como se había procesado en cada país la necesidad del cambio agrario. Pero una reforma agraria como la de 1964 en Ecuador, respondía a procesos políticos donde la conflictividad rural alcanzó un límite dado por diversos tipos de acción colectiva que revelaron los alcances restringidos de los procesos de movilización.

2. UN DEBATE SOBRE LA REFORMA AGRARIA DE 1964

En el medio académico ecuatoriano se denominó debate Barsky-Guerrero a la controversia sobre los cambios agrarios que trajo la Reforma Agraria de 1964. Esta

¹¹ Véase Pastor y Wise (1997: 442). Las consideraciones que hizo el gobierno mexicano fueron las de fomentar la inversión privada por la vía de la seguridad en la tenencia de la tierra y la capitalización de los campesinos. Véase C. Salinas de Gortari (1991: 1090).

¹² Véase la compilación de K.B. Ghimire (2001).

¹³ Sobre la nueva coyuntura de reconcentración de la tierra en América Latina véase S. Borras Jr., J. Franco, S. Gómez, C. Kay y M. Spoor (2012).

polémica sobre la transformación agraria recurría al Informe CIDA como un punto de partida para desarrollar argumentos e interpretaciones aunque a mediados de la década del setenta ya estaba en marcha un nuevo proceso de reforma agraria con la vigencia de la Ley de Reforma Agraria de 1973. Los análisis de Barsky (1978) y Guerrero (1983) respondían a un momento particular de conocimiento del agro serrano que privilegiaba los cambios más notorios que se podían percibir en la sierra norte. Otras regiones de la sierra no estaban incorporadas en este análisis y la costa emergía como una región con otra dinámica conectada a los procesos agroexportadores que estaba concentrada en la producción bananera y otros productos tropicales. Situados en el circuito de los estudios agrarios, cuestionaron las visiones simplificadas que enfatizaban el atraso de la agricultura de mercado interno. Y todavía estaba vigente la anacrónica concepción del agro de una parte de la izquierda ecuatoriana donde estaban mezclados los temas del feudalismo y la opresión a los campesinos en un discurso político surgido en los años treinta.

El Informe CIDA (1965) sobre Ecuador fue un estudio encargado por el Comité Interamericano de Agricultura en el marco de la política reformista de la Alianza por el Progreso. Realizado entre 1962 y 1963, bajo la dirección del geógrafo chileno Rafael Baraona, con una cobertura de la sierra y la costa ecuatorianas no incluyó la región amazónica. El marco de interpretación que predomina en el texto es la relación que existe entre la estructura agraria y el desarrollo económico que aparece como un tema de tipo normativo. En la estructura agraria el tema dominante era la presencia de la concentración territorial en manos de las haciendas en la sierra ecuatoriana. Para la costa, se analizó los distintos espacios de configuración de las empresas agrarias conectadas a la exportación, principalmente la actividad bananera. Otros aspectos topados fueron la colonización de iniciativa estatal en zonas tropicales y ciertos elementos parciales en torno a áreas minifundistas y comunales. Mientras que el tema étnico de la sociedad rural ecuatoriana aparecía como algo subyacente aunque no ignorado.

Entre la multiplicidad de informaciones procesadas por el Informe, aparecían descripciones históricas que siendo parciales para la época, no dejaban de ser sorprendentes en términos de mostrar los orígenes de las formas de propiedad y las

instituciones que habían sobrevivido desde la época colonial. Esto revelaba el arcaísmo en el que se encontraba la sociedad rural de la sierra ecuatoriana percibida como feudal por los elementos de servidumbre. Por otra parte, la naturaleza del paternalismo que impregnaba las relaciones sociales hacía que existiera una naturaleza política del orden agrario con ramificaciones de las elites terratenientes hacia la representación parlamentaria que tornaba ineficaces las iniciativas de reformas legales que provinieran del congreso. Existía una baja capacidad del Estado como actor en la regulación del sistema agrario y sus relaciones. Todo esto evocaba el imaginario del gamonalismo como un sistema de autoridad local fundado en la propiedad territorial y la opresión a los campesinos (CIDA, 1965: 84-86). La cuestión étnica apareció tangencialmente en los datos recogidos sobre la sorprendente sobrevivencia del diezmo y las primicias en algunas zonas de la sierra ecuatoriana. Acerca de las comunidades indígenas, se consideró que la propiedad comunal no era importante y que eran agrupaciones de minifundistas. Algunas descripciones de comunidades muestran la existencia de sistemas de autoridades propias y las relaciones con mercados locales.

Los argumentos del sociólogo argentino Osvaldo Barsky (1978; 1984) surgían de la constatación de un cambio en la agricultura de sierra norte ecuatoriana donde era evidente la transformación de las haciendas en una modernización capitalista que había extendido la ganadería orientada a la producción lechera.¹⁴ Este proceso de modernización había comenzado tenuemente en las primeras décadas del siglo XX, pero tomó intensidad después de 1940 con la incorporación de ganado de razas importadas y mejoramiento de pasturas. Había surgido un sector moderno en el contexto del predominio de las haciendas tradicionales. La producción lechera tenía como estímulo el crecimiento del consumo urbano y la aparición de elites agrarias modernizantes que conducían esta transformación. En un trabajo pionero, Arcos y Marchán (1978) habían mostrado los procesos de modernización de las haciendas en dos zonas de la sierra que habían sido inicialmente impulsados por el funcionamiento del ferrocarril y el apareamiento de sectores terratenientes modernizantes aunque de un modo limitado.

¹⁴ Por comodidad cito el libro de O. Barsky, *La reforma agraria ecuatoriana* (1984) puesto que reúne sus estudios publicados desde 1978.

Para Barsky (1984: 56), todo un conjunto de acciones que desplegaron determinados sectores de las elites terratenientes, precisamente aquellos que llevaban adelante la modernización de las haciendas, y la eliminación de campesinos precaristas fue definido como “iniciativa terrateniente”. Sobre todo en el período 1959-1964 se había producido en algunas haciendas de la sierra una entrega anticipada de huasipungos. La iniciativa terrateniente tenía consecuencias en la estructuración de las respuestas organizadas de las elites terratenientes. Los personajes que representaban con nitidez a estas elites eran Galo Plaza (1906-1987) y Emilio Bonifaz (1914-1994). El primero, que había liderado los procesos de cambio tecnológico en las haciendas de su propiedad, y el segundo que poseía una capacidad de actuar como un representante intelectual de las elites terratenientes. Este argumento que no ignoraba la gravitación de la coyuntura política, pero la hacía pasar a segundo plano, situaba a una elite terrateniente como un motor del cambio agrario. La entrega anticipada de huasipungos se basaba en los datos aportados por Peñeherrera y Costales (1971) quienes reunieron la información disponible en el Ministerio de Previsión Social acerca de la liquidación de huasipungos entre 1959 y 1964 y que ellos denominaron “entrega anticipada de huasipungos”. Barsky pensó que la capacidad de movilización de los huasipungueros que habían emprendido importantes acciones de resistencia desde los años treinta —sobre todo en las haciendas de la Asistencia Pública— operaba como una amenaza pero no como un factor capaz de liquidar el sistema hacendario.

El proceso desigual de modernización de las haciendas había definido cuatro sectores diferenciados entre los terratenientes de la sierra (Barsky, 1984: 85-86). Un primer sector de avanzada que encabezaba el proceso de modernización de las haciendas y había entregado las tierras a los huasipungueros con proyectos sociales, por ejemplo, el caso de Galo Plaza. Un segundo sector también modernizado pero con menores niveles de inversión de capital que en cambio tenía más influencia política en las elites terratenientes. La figura de este sector era Bonifaz. Un tercer sector que tenía dificultades por emprender el camino de modernización y era el mayoritario en la Cámara de Agricultura de la Primera Zona. Finalmente un cuarto sector de terratenientes atrasados de la sierra sur que estaban opuestos a cualquier cambio que pueda afectar las relaciones precapitalistas y el tamaño de las propiedades. Aunque la idea de Barsky de objetar la imagen de los terratenientes como un bloque monolítico

dejaba la duda de que existieran todos estos sectores que iban en una gradiente desde la modernización hacia el atraso.

La propuesta de Barsky había partido de los cambios impulsados por los terratenientes modernizantes que se concentraban en la ganadería lechera. Y establecía los efectos políticos que implicaban la iniciativa política de suprimir las relaciones laborales precapitalistas. El estudio de Andrés Guerrero, *Haciendas, capital y lucha de clases andina* (1983) fue una respuesta a Barsky donde ponía en duda la existencia de la iniciativa terrateniente y la aparición de una fracción modernizante que podía conducir el cambio agrario. Postulaba una visión más compleja de los cambios agrarios que estaban ocurriendo en la haciendas de la sierra donde era posible encontrar situaciones de transición desigual hacia relaciones capitalistas. Por otra parte, entre los terratenientes –sobre todo de la sierra norte- había una estructuración de clase que tenía complejidades, tanto por la existencia de alianzas familiares que habían configurado redes de parentesco sustentadas en la multipropiedad. Por otra parte, sectores terratenientes habían incursionado en la industria y otro tipo de inversiones lo que hacía difícil interpretar los cambios agrarios tomando en cuenta solamente lo que ocurría en los procesos de transformación de la agricultura (Guerrero, 1983: 66-76). De allí que la definición de fracciones de clase que proponía Barsky no era posible en medio de este entrelazamiento de intereses.

Se debía más bien poner atención a la esfera política tomando en cuenta que a comienzos de los años sesenta existía una coyuntura política que había puesto en primer plano la discusión de la reforma agraria. De modo que el problema debería ser desplazado a la lucha política y a los conflictos que ocurrían dentro de las haciendas. No obstante, Guerrero reconocía que efectivamente había existido una liquidación de huasipungos antes de la reforma agraria y los indudables procesos de modernización escenificados en los valles interandinos y que Barsky había realizado un amplio trabajo de investigación. De lo que se trataba era de entender las distintas situaciones de transición que habían ocurrido en las haciendas y si efectivamente el papel conductor del proceso estaba en manos de una fracción modernizante de los terratenientes. Los términos planteados por Barsky aludían a un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas en las haciendas que estaba obstaculizado por relaciones de producción

precapitalistas. El mismo caso de la hacienda “Zuleta” de Galo Plaza, ejemplar en los procesos de modernización, liquidó los huasipungos en 1962, es decir, cuando el debate sobre la ley de reforma agraria había llegado al congreso y era un tema candente entre las elites terratenientes.

Para Guerrero, había un conflicto de clases que se estaba desarrollando en las haciendas con indudables repercusiones en la escena política junto a una lucha de clases dentro de la hacienda en términos de prácticas de resistencia y actitudes que revelaban tácticas indígenas de confrontación que no necesariamente recurrían al conflicto abierto. Si bien se podía constatar un “reguero” de conflictos en el agro serrano, solo notó su incremento pero no hizo análisis más específicos. La manifestación de 15.000 huasipungueros e indígenas comuneros que sucedió en Quito en diciembre de 1961 aparecía de esta manera como un evento que implicaba toda una novedad, al plantear la reforma agraria en la escena pública.¹⁵

Tanto Guerrero como Barsky se movían en el terreno incierto de la magnitud que poseían las movilizaciones campesinas anteriores a 1964. Los datos disponibles en el momento de este debate, daban la impresión de que estas movilizaciones habían alcanzado cierta significación, pero de menor importancia a las que ocurrieron en el Perú hacia ese mismo tiempo. El informe CIDA registró parcialmente los procesos de resistencia y movilización en las haciendas y en aquellas más tradicionales incluso había casos de colapso y disolución donde los propietarios o arrendatarios habían perdido el control. Por otra parte, la heterogeneidad de las estructuras agrarias locales impedía entender que el conjunto de los cambios agrarios se pudiera definir por lo que ocurría en el sistema hacendario de la sierra norte. Es indudable que la coyuntura política donde el tema de la reforma agraria se orientó crecientemente hacia la supresión del huasipungo si funcionó como una amenaza al conjunto de las elites terratenientes.

Permanece como un tema de investigación todavía no abordado la relación entre elites terratenientes y representación política. Osvaldo Hurtado (1979: 55-65) sostuvo de manera tajante que el sistema de hacienda y las elites terratenientes habían dominado en

¹⁵ En relación a la manifestación de diciembre de 1961 como un momento ascendente de la movilización indígena y la irrupción en el espacio público, véase A. Guerrero (1993).

el Estado y la política ecuatoriana contemporánea. Galo Plaza fue Presidente del Ecuador entre 1948 y 1952, descendía de Leonidas Plaza Gutiérrez, Presidente entre 1912 y 1916. Emilio Bonifaz era hijo de Neptalí Bonifaz, electo Presidente en 1931, pero imposibilitado de ejercer el poder por el proceso de descalificación presidencial que ocasionó la Guerra de los cuatro días en 1932. La información sobre procesos electorales de los años cincuenta y sesenta muestran que frecuentemente los miembros de esas elites se encontraban en la dirección de los partidos liberal, conservador y velasquista. Y aunque no puede haber una relación directa entre terratenientes modernizadores y algún partido específico, probablemente la adscripción política respondía a lazos de naturaleza estamental.

3. LA LEGISLACIÓN SOBRE TENENCIA DE LA TIERRA ENTRE 1927 Y 1964

La legislación relacionada con la tenencia de la tierra en el agro, constituyó históricamente la definición de derechos de propiedad para los propietarios privados, las tierras municipales y estatales, y las tierras comunales. Estuvo condicionada de modo predominante por las disputas en definir las tierras de propiedad del Estado y las tierras de comunidad durante el último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. El Estado estableció desde 1875 una Ley sobre terrenos baldíos que permitió sobre todo la colonización de tierras subtropicales y tropicales en el último tercio del siglo XIX. Sobre las tierras de comunidad prosperó desde mediados del siglo XIX una tendencia hacia la desprotección de la propiedad de tierras de indígenas y campesinos. Pero desde la década de 1920 se instaló en cambio una tendencia proteccionista de la propiedad comunal por influjo de corrientes reformistas e indigenistas.

Un cambio en la estructura de la propiedad rural que amplió significativamente la propiedad estatal en 1908 fue la expropiación de las haciendas de las comunidades religiosas católicas mediante la Ley de manos muertas. Estas propiedades controlaban amplias zonas agrícolas en la sierra ecuatoriana. Estaban administradas por la Junta de Asistencia Social que entregaba las haciendas a arrendatarios pertenecientes a las elites terratenientes. Las interpretaciones de la revolución liberal que la han definido como un acontecimiento de raigambre popular tienen un hecho de difícil justificación, en el sentido de que no se hizo una reforma agraria sustentada en la distribución a los campesinos de estas tierras incautadas a la Iglesia Católica.

Con la Ley de Patrimonio Territorial del Estado, expedida en 1927 se formalizó inicialmente la protección a las comunidades indígenas y se afirmó el control estatal sobre las tierras baldías. Al establecer claramente la definición de tierras estatales y municipales también reconoció los derechos a tierras comunales y el registro de esas tierras. Pero se delegó en los municipios la reglamentación del manejo de las tierras de comunidad. Esta ley contiene un principio centralizador de la definición legal de tierras de comunidad a discreción del Ministerio de Tierras Baldías y un mecanismo descentralizado de reglamentación en manos de los municipios.¹⁶ Este ministerio no fue creado como tal, pero las funciones relativas a tierras baldías fueron incorporadas al Ministerio de Previsión Social en 1928 como una sección administrativa. Después fueron asumidas por el Ministerio de Obras Públicas y Terrenos Baldíos en 1932. En tanto que los conflictos de tierras comunales fueron administrados por el Ministerio de Previsión Social desde fines de la década de 1920. Esta ley significó un paso decisivo en la definición de una política protectora a las comunidades, alejándola de las concepciones tendientes a la privatización. La Constitución de 1929 reconoció las tierras de comunidad y la figura de las comunidades campesinas.

La Ley de Tierras Baldías de 1936, tenía una relación directa con la Ley de patrimonio territorial del Estado de 1927 y la antigua Ley de tierras baldías de 1875. En los considerandos la Ley proclama fomentar la colonización y la inmigración, y “romper el latifundio para constituir la pequeña propiedad”, una afirmación exagerada. Esta ley estaba destinada a presionar a los poseedores de tierras baldías a legalizar sus posesiones. Se estipulaba que se podían conceder lotes entre 25 y 50 hectáreas y otras superficies de 200 hectáreas. Se dejaba abierta la posibilidad de hacer entregas de tierras fiscales de mayor amplitud. Las tierras debían ser cultivadas por lo menos en una cuarta parte, y si esto no se cumplía debían retornar a propiedad del Estado. También se podía expropiar fundos privados para fraccionarlos en zonas de colonización. Se establecía una distinción con tierras municipales y de comunidades. Y los municipios podían tener

¹⁶ Ley de Patrimonio Territorial del Estado, 13 de octubre de 1927, en Ministerio de Obras Públicas y Terrenos Baldíos (1932).

adjudicaciones de tierras baldías. En este momento el Ministerio de Previsión y Tierras Baldías se hacía cargo de los procesos relativos a la adjudicación de tierras baldías.¹⁷

La Ley de Organización y Régimen de las Comunas y el Estatuto Jurídico de las Comunidades Campesinas, expedidas en 1937, fueron medidas destinadas a reconocer la institución comunal.¹⁸ La Ley de Comunas incorporó una cuestión que fue objeto de conflictos desde el siglo XIX, el arrendamiento y venta de tierras comunales. A diferencia de los decretos del siglo XIX que promovían el arrendamiento o enajenación de tierras comunales desde decisiones externas, estas pasaban a ser tomadas internamente por las comunas.

Con esta nueva legislación, las poblaciones indígenas y rurales son articuladas a la trama del Estado al situar a conglomerados de población dentro de la división político administrativa. Al establecerse un ámbito rural general sin especificar lo indígena, muchos grupos campesinos indígenas y no indígenas se acogieron a la figura de la comunidad en la sierra y la costa ecuatorianas. Aunque esto implicaba la autoridad de tenientes políticos y jefes políticos que cumplían un papel de tutela y supervisión a las comunidades. Este es un plano de sujeción a la autoridad delegada del poder ejecutivo del Estado central con las poblaciones rurales. Así mismo, los reglamentos particulares que regulan el funcionamiento de las comunas establecen detalladas normas del manejo de los recursos comunales donde hay cabida al derecho consuetudinario. La conformación de cabildos y unos límites territoriales en los que se ejerce una autoridad, definían algo aproximado a un pequeño municipio rural. Todo el proceso anterior y posterior a la expedición de la legislación sobre comunas, atañe a las comunidades libres, o sea, de aquellas que se encontraban fuera de las haciendas como territorios diferentes, sean o no disputados con estas.

Pero lo más importante en términos de la inserción institucional, fue la capacidad de intervención que adquirió el Ministerio de Previsión Social para resolver los conflictos. En el Estatuto de las Comunidades Campesinas, se establecen las normas para resolver

¹⁷ Ley de Tierras Baldías y Colonización, *Registro Oficial*, I. No 187, 12 de mayo de 1936.

¹⁸ Ley de Organización y Régimen de las Comunas, 30 de julio de 1937; Estatuto Jurídico de las Comunidades Campesinas, 7 de diciembre de 1937, en A. Rubio Orbe (1954: 88-96).

las controversias de los bienes de comunidad. Se formaliza entonces un tipo de intervención que ya había tenido vigencia desde la Ley de Patrimonio Territorial del Estado de 1927. Los litigios comunales se trasladan de la jurisdicción de los juzgados civiles locales al Ministerio de Previsión Social, aunque se mantuvieron procedimientos establecidos en la legislación civil. Se abre también la posibilidad de expropiación de tierras como lo prevé el Estatuto y una Ley de Expropiaciones del año 1938.¹⁹ Esta intervención centralizada sobre los conflictos de comunidades fue objetada por hacendados y comunidades, en tanto alteraba las prácticas locales de resolución de conflictos.²⁰ Esta injerencia del Ministerio, fue suprimida en 1939, pero se reimplantó nuevamente en 1944.

En 1954 se hizo una reforma a la Ley de tierras baldías, puesto que se constataba múltiples conflictos desatados por la interpretación de la ley, ya sea por la apropiación privada de tierras fiscales o controversias entre poseionarios. Así mismo, la formación de colonias a las que se hacía las adjudicaciones pretendía conducirlos al trabajo común y la cooperación. Esta reforma era también una amenaza de revertir tierras al Estado que no se hubieran cultivado. Propendía a una mayor centralización de la adjudicación de tierras baldías, dejando sin esa capacidad a los municipios. Reafirma la capacidad de otorgar tierras baldías al Ministerio de Economía. Se proponía también eliminar las acciones y sitios de montaña que fueron una forma tradicional de mostrar posesión y se daba la potestad de que el Estado defina títulos de propiedad. Para el Estado era muy importante fijar un mapa catastral que permita cobrar impuestos.

Durante el Gobierno de Camilo Ponce, se había hecho evidente nuevamente la antigua discusión sobre el destino de las haciendas del Estado que eran administradas por la Asistencia Pública. Estas haciendas fueron expropiadas a la Iglesia católica en 1908 y eran conducidas por arrendatarios. Desde los años veinte se hicieron propuestas para la división de estas propiedades. Especialmente en Cayambe, los huasipungueros desarrollaron acciones de protesta desde los años treinta y constituyeron organizaciones laborales en esas haciendas. Con un decreto de 1959, se facultaba la venta de estas

¹⁹ Decreto Supremo No. 181, 29 de julio de 1938. Sobre ensanchamiento de cantones, parroquias, caseríos y comunas.

²⁰ Prieto (2004:154).

tierras estatales y promover también la expropiación de predios rurales para parcelación y colonización. Los pagos deberían hacerse al contado. La institución encargada para estas acciones era el Instituto Nacional de Colonización creado en 1956.²¹ Aunque la mayor intervención solo se hizo posible después de 1964.

La Ley de Reforma Agraria y Colonización expedida el 11 de julio de 1964, recogía muchos puntos que ya se habían discutido en los años anteriores y se puede reconocer las huellas de la anterior legislación agraria. Se creó el IERAC (Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización) para ejecutar la ley. La elaboración de la ley fue encargada a una Comisión donde estaban representantes de las Cámaras de Agricultura, de instituciones estatales y organismos internacionales. En la exposición de motivos de esta ley se mencionaba que era necesario llevar adelante una reforma agraria que termine formas anacrónicas de trabajo y reestructure la desigual tenencia de la tierra. Por otra parte, era necesario también impulsar el mejoramiento de la baja productividad agrícola que era el resultado de una falta de impulso empresarial. Los objetivos básicos eran la supresión del huasipungo y otras formas precarias y la expansión de la frontera agrícola con el fomento a la colonización. Se seguía el principio de la función social de la propiedad como argumento jurídico de las intervenciones que llevaría adelante el IERAC.²² Un principio que ya se encontraba establecido desde la Constitución de 1929.

En la Ley se fijaron límites altos a la propiedad: 2.500 has. en la costa y 800 has. en la sierra. Se enunciaba la posibilidad de expropiaciones basadas en la presión demográfica, pero el criterio mayor era el uso eficiente de la propiedad. No se hicieron consideraciones sobre las tierras de comunidades indígenas, pero sí sobre asentamientos indígenas tradicionales que habían recibido adjudicaciones de tierras. Se daba mayor valoración a las cooperativas y se proponía que las comunidades se transformen en cooperativas. Las adjudicaciones de tierras resultantes de la supresión de las formas precapitalistas debían ser individuales. Los huasipungueros podían recibir en propiedad su lote de tierra como compensación por derechos laborales y si mantenían la relación

²¹ Antecedentes y texto del Decreto Ley de Emergencia, por el cual se establece la forma de transferir los predios del Estado, administrados por la Junta de Asistencia Pública, con fines de colonización, *Registro Oficial*, 6 de julio de 1959, pp. 7053-7058.

²² Ley de Reforma Agraria y Colonización, 11 de julio de 1964. *Registro Oficial*, II, No. 297, 23 de julio de 1964.

laboral con el propietario podrían disponer del uso de los pastos y recursos de las haciendas por cinco años. Acerca de los finqueros y sembradores, se daba cuatro años de plazo para la intervención previo el pago de los arrendamientos. La modalidad de los arimados lojanos fue tratada brevemente. Pero quedaban vigentes las relaciones de aparcería. Para los trabajadores agrícolas se establecía la incorporación al régimen de seguridad social. Se planteaba proseguir con la colonización de zonas tropicales y subtropicales impulsando la propiedad familiar, esto daba continuidad a las anteriores actividades del Instituto Nacional de Colonización. Se facilitaba también las parcelaciones de iniciativa privada y el funcionamiento del mercado de tierras.

4. LA COYUNTURA POLÍTICA 1960-1964

La reforma agraria de 1964 se gestó en la coyuntura 1960-1964 signada por una intensa inestabilidad política. Había concluido una fase de estabilidad política con la alternancia de gobiernos electos entre 1948 y 1960 con una significativa ampliación del electorado urbano y rural. Para que se produzca ese período de estabilidad política existieron las condiciones facilitadas por la Constitución de 1946, el entorno económico favorable que generó el ciclo bananero y la mayor intervención estatal en la economía. La inestabilidad política tenía su origen en la dificultad del velasquismo por formar una coalición política con relativa capacidad de mantener políticas de gobierno y una crisis de la balanza de pagos que afectó la ejecución de obras públicas. Además, la revolución cubana produjo una radicalización en la izquierda y una tendencia del velasquismo alimentando ímpetus insurreccionales. En este ambiente, la cuestión de la reforma agraria fue un ingrediente que emergió como un factor muy decisivo en las orientaciones de formaciones políticas y gremios.

La gran transformación desarrollista que inauguró Galo Plaza en su gobierno (1948-1952) fue una circunstancia de fortalecimiento de la capacidad interventora del Estado que sería continuada por los gobiernos que le sucedieron. En el tercer gobierno de Velasco Ibarra (1952-1956) se mantuvieron los fundamentos de la acción estatal inaugurada por Plaza.²³ Una institución clave, la Junta Nacional de Planificación se

²³ La visión más conocida sobre el velasquismo es la de Cueva (1988). Pero todavía se carece de estudios sobre los períodos velasquistas posteriores a 1952, aunque la biografía de Norris (2004) sobre Velasco Ibarra documenta muchos aspectos de las relaciones políticas del caudillo con las

fundó en 1954. Las bases sobre las que se edificó esta intervención estatal, fue el incremento de la capacidad del Estado que produjo la revolución juliana (1925) y la generación de una legislación social desde la década de 1930.

Entre 1950 y 1962, el Ecuador pasó de una población de 3.202.757 a 4.476.007 habitantes. La población con residencia rural era ampliamente mayoritaria y disminuyó levemente del 71,5% al 64% en ese mismo lapso de tiempo. La sierra era la región con mayor concentración demográfica puesto que en 1950 agrupaba el 58% de la población; aunque en 1962 había descendido al 51%. La costa ascendió del 40,5% al 47,5% de la población para los años mencionados. La amazonia era una región con un bajo nivel de poblamiento ya que allí residía el 1,5% de la población en 1950 y el 1,7% en 1962. Los mayores niveles de urbanización se expresaron en el crecimiento de Quito y Guayaquil como ciudades principales y una red de ciudades intermedias en la sierra y la costa (CONADE-UNFPA, 1987: 194-196).

El Censo Agropecuario de 1954, estableció una imagen general de alta concentración de la propiedad rural. El 0,4 % de las explotaciones correspondientes a menos de 1.400 familias poseían más del 45 % de las tierras agrícolas. En contraste, el 75 % de unidades de explotación menores a 5 has. sostenían a más de 250.000 familias ocupando el 7% de la superficie (CIDA, 1965: 16-17). Esta polarización entre latifundio y minifundio que expresaba la desigualdad en la distribución de la propiedad era mayor en la sierra que en la costa. Algunas provincias de la sierra, entre otras, Carchi, Azuay y Tungurahua tenían una menor concentración de la propiedad. Además, por medio de la colonización y la fragmentación de la propiedad se había constituido un significativo estrato de medianos propietarios. Como el Censo se basó en un muestreo, solo estableció datos a escala provincial y registró de modo impreciso las tierras de comunidades indígenas y campesinas que habían consolidado su posesión desde los años treinta. Con todo, la idea de la concentración de la propiedad rural se instaló en la opinión pública.

elites agroexportadoras y las formaciones políticas conservadoras entre 1940 y 1960. Una interpretación general sobre el velasquismo hasta 1960 es la de Manguashca y North (1991).

El diagnóstico de la CEPAL sobre la economía ecuatoriana *El desarrollo económico del Ecuador* (1954) estableció las coordenadas del nuevo ciclo de desarrollo agroexportador iniciado en 1948 con la exportación bananera. Quedaba atrás la época de crisis de la economía ecuatoriana de la década de 1920 cuando se produjo un colapso de las exportaciones de cacao el principal producto de exportación. El panorama que plantea la CEPAL es la búsqueda de los sectores de la economía que conduzcan a un fortalecimiento de la economía exportadora. Se constataba que desde los años treinta se había producido una diversificación de las exportaciones agrícolas con nuevos productos tales como café, arroz y banano. Un caso particular era el relativo a los sombreros de paja toquilla cuya exportación dinamizó especialmente a la provincia del Azuay. La mayor parte del estudio está dedicado a la agricultura ecuatoriana con las dinámicas específicas de la producción dirigida al mercado internacional y al mercado interno. Esto aparecía con análisis exhaustivos de productos con su potencial exportador.

La principal preocupación sobre la agricultura de la Sierra era su estancamiento que se reflejaba en bajos niveles de productividad y las relaciones precapitalistas que eran un fuerte obstáculo a los procesos de modernización, aunque se advertía la expansión de la ganadería lechera y débiles procesos de incorporación de tecnologías mecánicas y agroquímicas. Para la CEPAL, se presentaba un exceso de población en la sierra frente a una menor población en la costa a pesar de los intensos procesos migratorios. La amazonia fue considerada una “reserva” para el futuro y no formó parte del estudio.

El desarrollo de las exportaciones estaba pensado como una fuente de divisas que permita sustentar las importaciones de bienes de consumo y bienes de capital. La CEPAL constató los altos niveles de protección del sector industrial que había emprendido un débil proceso de sustitución de importaciones con relativos resultados en la industria textil, la producción alimentaria, cueros y producción farmacéutica. No obstante, se trataba de un mercado interno de tamaño reducido. En tales circunstancias la inversión extranjera no aparecía como un elemento propulsor de la industrialización.

Si bien la CEPAL no realizó un análisis del mercado de trabajo, estaba claro que se había producido un crecimiento de la demanda en las zonas productoras de la costa que demandaban trabajadores asalariados.

En diversos lugares del informe se menciona con insistencia al huasipungo como un tipo de relación laboral que obstaculizaba el desarrollo de la agricultura de la sierra. Aunque también encontraron en la costa sembradores de arroz vinculados a las haciendas con renta en especie, no se consideró un problema central, aunque se sugería su eliminación futura implantando relaciones salariales en los campos arroceros.

Los pequeños productores rurales no tenían un tratamiento específico aunque aparecieran mencionados en algunas secciones del estudio, por ejemplo, los pequeños productores costeños de café o algodón y los productores subtropicales de caña de azúcar. Podría decirse que había una invisibilidad de la pequeña producción rural dirigida al mercado interno. Aunque el análisis de la producción de sombreros de paja toquilla topó un tema importante, el de los campesinos artesanos de Azuay y Cañar articulados a un sistema de exportación regional.

El sentido principal del informe era encontrar los mecanismos de impulso a la producción agrícola, principalmente a los productos con factibilidad de exportación. El camino a seguir exigía una ampliación de la frontera agrícola en las dos regiones.

“La región de la Costa encierra inmensas posibilidades de desarrollo por dos vías: mediante la tala de bosques y el riego y mediante la introducción de la técnica en los cultivos existentes o por crearse. En la Sierra, sólo caben el riego y el mejoramiento técnico; las posibilidades de extender la zona cultivada consistirían en la incorporación de los páramos actualmente dedicados a la ganadería extensiva” (CEPAL, 1954: 3).

El estudio de la CEPAL era una constatación del momento desarrollista que había tomado impulso con el gobierno de Galo Plaza. Se había producido una intervención del Estado con políticas de crédito, asistencia técnica limitada, subsidios a exportaciones, aranceles protectores a la industria y sobre todo en una fuerte inversión pública que se

expresaba en la construcción de carreteras. Sin embargo, persistía la amplia desarticulación entre la sierra y la costa y un espíritu localista que impedía una mayor integración nacional.

La lenta expansión del sistema escolar y la promoción de la alfabetización incidieron en el crecimiento de la población alfabetizada. Esto produjo un aumento de la participación electoral que a mediados del siglo XX coincidió con impulsos de cambios socioeconómicos y un proceso de urbanización. Entre 1948 y 1960, la proporción de votantes creció desde el 16 % al 24% de la población con un sustantivo incremento del electorado costeño.²⁴ Estas proporciones no eran muy distintas de las que existían en otros países de América Latina hacia el mismo período.

El Estado además ingresó en un proceso de redefinición de las relaciones centro-periferia, con el reconocimiento de la figura del Alcalde Municipal en 1946 y la nueva institucionalidad de los Consejos Provinciales desde 1949. La creación de una autoridad electa en las capitales de provincia y de una instancia de representación provincial del poder, incidió en la creación de un espacio para el surgimiento de liderazgos políticos locales como producto de las disposiciones de la Constitución de 1946. Esto se articuló a un parlamento bicameral en el cual también se conservó una representación corporativa a través de los senadores funcionales.

A escala local, las orientaciones políticas se dirimían en una polarización predominante entre conservadores y liberales; y, una parcial incidencia de la izquierda en el electorado. El velasquismo tenía reducidos impactos en la configuración de la representación en los municipios y consejos provinciales. Más bien, a lo largo de la década del cincuenta, surgieron liderazgos políticos locales urbanos con sus propias particularidades.²⁵

²⁴ Quintero y Silva (1991 II: 148).

²⁵ Esto ocurrió en algunas ciudades, aparte de Guayaquil, donde se produjo una disputa entre el liderazgo cefepista y velasquista. Surgieron nuevas dirigencias políticas en Ambato, Esmeraldas y Loja. En Loja, aparecieron en los años cincuenta manifestaciones de nuevos liderazgos locales urbanos opuestos al dominio aristocrático. Véase Fauroux (1988). Sobre Ambato, véase Sancho de la Torre (2012).

Pero la redefinición de las relaciones centro-periferia se tradujo también en una nueva institucionalidad estatal a nivel regional con la creación de aparatos de desarrollo regional y corporaciones con competencias específicas, las denominadas instituciones autónomas que proliferaron en los años cincuenta y sesenta. Los aparatos regionales más importantes fueron el CREA (Centro de Reconversión Económica de Azuay, Cañar y Morona-Santiago) fundado en 1958 y el CRM (Centro de Reconversión de Manabí) creado en 1962 que permitían transferir recursos del Estado central a la regiones y fortalecían a elites regionales. Estos cambios institucionales tenían siempre conflictos con la visión centralizadora de Velasco Ibarra, puesto que consideraba que el Estado debía concentrarse en las funciones de seguridad, educación y salud y evitar una actividad estatal dispersa.

En los espacios rurales de la sierra, predominaba un régimen gamonal de poder, como una forma despótica y patrimonial del poder sustentada en la hacienda y la dominación étnica. Esta forma de dominación se encontraba en un parcial cuestionamiento por la intervención del sindicalismo rural, el indigenismo y la misma expansión de la actividad del Estado central. Es así que en los años cincuenta emerge con mayor visibilidad el tema de la reforma agraria.

El Vicepresidente Abel Gilbert presentó en 1950 un proyecto de Ley de reforma agraria que fundamentalmente era de colonización y dirigido a la región costeña. Consideraba que lo esencial era el poblamiento de zonas deshabitadas y la creación de “núcleos” agrarios concentrados en “células” agrarias que darían lugar a “ciudadelas” que serían la base donde se agruparían los pobladores rurales para articularlos piramidalmente. Se excluía de una posible expropiación a las tierras cultivadas totalmente, aquellas con ganadería y mecanización y reservas de tierras agrícolas a ser ocupadas. Sería también una manera de trasladar población excedente desde las zonas urbanas al agro.²⁶ Otro proyecto fue propuesto por el senador socialista Colón Serrano que establece una Comisión Agraria Nacional que sería la institución ejecutora de la Reforma Agraria. Igualmente, insiste en la colonización pero no menciona las tierras comunales. Se plantea la posibilidad de expropiación a tierras de más de 200 hectáreas que no tengan

²⁶ “El Vicepresidente Gilbert hace declaraciones sobre el anteproyecto de Ley de Reforma Agraria, *La Tierra*, 11 de abril de 1950, p. 4.

utilidad pública. Se da un mayor énfasis a las cooperativas como organización. Se hacía consideraciones de Sierra y Costa como regiones diferenciadas. Era un proyecto de naturaleza farmer.²⁷ Estos dos proyectos resaltan que la idea dominante de cambio agrario provenía de la colonización, un hecho que se había incrementado de manera espontánea con el ciclo bananero y la expansión de la red vial.

En la campaña electoral de 1956 Camilo Ponce había mencionado acerca de la parcelación de las haciendas de la Asistencia Social y el impulso a la colonización; y el candidato liberal Raúl Clemente Huerta también se refirió a la necesidad de hacer una reforma agraria en los latifundios del Estado.

En su Mensaje de posesión de 1956 Ponce dijo que haría una “razonable” reforma agraria con lo que quitaría “a los revolucionarios dialécticos pretextos para sus andanzas (...) voy a extinguir el gamonalismo, el feudalismo y el latifundismo”.²⁸ En 1958 hace consideraciones sobre indios y montubios que podrían ser transformados en “elementos cultos, productores y consumidores a la vez, incorporados a la vida corriente y a la conciencia de la Nacionalidad”. Aspiraba a la conformación de una clase media rural afectando una situación “semicolonial”.²⁹ Al concluir su mandato en 1960 afirma que la solución no pasaba por la parcelación de grandes propiedades. “Tomar un gran predio agrícola extenso y en plena producción, para dividirlo y subdividirlo en parcelas y no en unidades económicas que desempeñan una función social no es reforma agraria”.³⁰

Dos acontecimientos que ocurrieron en 1959 motivaron una fuerte crítica al gobierno de Ponce: los sucesos de enero en el Lago San Pablo y los hechos de protesta urbana del 2 y 3 de junio en Guayaquil. En San Pablo, la represión contra los comuneros opuestos a la construcción de un hotel en tierras disputadas por ellos con el Municipio de Otavalo dejó 5 indígenas muertos. Los disturbios de Guayaquil fueron la consecuencia de un hecho que pasó en Portoviejo el 28 de mayo cuando un conscripto se suicidó y la población linchó a un oficial del ejército que se consideró responsable del suicidio. La

²⁷ “Ley de dotación de tierras preparada por Colón Serrano”, *La Tierra*, 18-22 de abril de 1950.

²⁸ Mensaje de Camilo Ponce al asumir la Presidencia Constitucional de la República para el período 1956-1960, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1956, p. 8.

²⁹ Mensaje de Camilo Ponce al Congreso Nacional, 10 de agosto de 1958, Quito, p. 55.

³⁰ Camilo Ponce, Mensaje al Congreso Pleno, Diario de Debates, 10 de agosto de 1960.

movilización estudiantil guayaquileña del 1 de junio buscaba solidarizarse con los estudiantes de Manabí, pero la policía cometió el error de reprimir. El 3 de junio, los actos de protesta concluyeron en actos de violencia y saqueo de locales comerciales que fueron frenados con una drástica intervención militar. Se reconocieron públicamente más de 17 muertos y 80 heridos. Fue declarado el estado de emergencia pero surgió la leyenda de que la intervención militar había sido necesaria para detener el supuesto control que la delincuencia había logrado de la ciudad. Hubo más de 400 detenidos, y en el curso de los juicios que condujeron las autoridades militares, se demostró que la mayoría de los apresados eran trabajadores y pequeños comerciantes sin antecedentes penales.³¹

En la campaña electoral de 1960, Velasco incorporó la reforma agraria a sus ofertas poniéndose a tono con los vientos reformistas y el creciente malestar rural. El triunfo de la revolución cubana en 1959 se expresó en una radicalización de la izquierda y en los temores de conservadores y liberales; entre los velasquistas y nacionalistas se producían también efectos de adhesión a la revolución cubana. La pronta definición de Cuba con el camino socialista situó el tema dentro de la confrontación de la guerra fría. La política norteamericana de la “Alianza para el Progreso” formulada en marzo de 1961 era una respuesta a la revolución cubana e incluía la necesidad de emprender programas de reforma agraria para neutralizar movilizaciones campesinas.

El tema de la reforma agraria ya se había hecho presente durante el gobierno de Ponce con un decreto de 1959 que proponía sobre todo una intervención limitada en tierras de la Asistencia Pública. La Junta de Planificación también se había pronunciado acerca de la necesidad de una reforma agraria. Durante la campaña electoral de 1960 no fue un tema dominante pero estuvo enunciado por todos los candidatos. La creación del Instituto de Colonización en 1956 indicaba ya una tendencia en la acción estatal que se orientaba a legalizar tierras baldías que se habían incorporado crecientemente en las zonas subtropicales y en la costa ecuatoriana mediante la colonización espontánea.

En las elecciones de 1960 participaron como candidatos, Velasco Ibarra, auspiciado por la Federación Velasquista; Galo Plaza, patrocinado por una coalición de liberales,

³¹ Véase *El Universo* y *El Telégrafo* de junio de 1959.

independientes y el Partido Socialista en su vertiente reformista; Antonio Parra, por la Unión Anticonservadora, una alianza de la corriente radical del Partido Socialista, el Partido Comunista y CFP; y, Gonzalo Cordero, respaldado por una alianza conservadora. La campaña electoral de 1960 estuvo concentrada en la disputa entre Velasco Ibarra y Plaza. El contundente triunfo de Velasco con el 48% de los votos se sustentó en una amplia votación costeña. En esa campaña, Velasco situó ocasionalmente el tema de la reforma agraria sin radicalidad, pero adquirió alta importancia la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro como reivindicación nacionalista ante el Perú.³² La alianza que la izquierda había realizado con CFP no se tradujo en un resultado electoral consistente puesto que Parra solo alcanzó el 5 % de la votación. El Partido Socialista se había fracturado ya en 1958 con dos facciones que se disputaban la representación pública y CFP también se hallaba en una crisis interna. Cordero obtuvo una significativa votación que mostraba además la persistencia de los bastiones electorales conservadores en la sierra central y la sierra sur.

Durante el primer año del gobierno de Velasco Ibarra se presentó por una parte la continuidad de la política colonizadora, y por otra, fue creada en 1961 una Comisión encargada de presentar un anteproyecto de ley de reforma agraria. Esta Comisión estuvo constituida por representantes de instituciones estatales, organismos internacionales y delegados de los gremios terratenientes, sin incorporar delegados de gremios laborales o campesinos (Barsky, 1984: 142). Tras las movilizaciones de huasipungueros que afectaron a las haciendas de Columbe, Velasco Ibarra intervino directamente en Riobamba en febrero de 1961 durante la negociación que se produjo en la Gobernación de Chimborazo.

El INC (Instituto Nacional de Colonización) creado en 1956 dentro del Ministerio de Fomento, era un aparato que intervenía en la legalización de tierras en zonas de colonización. Teodoro Crespo -su director en 1960-, consideraba que era suficiente aplicar la legislación de tierras baldías ya existente y no era necesario realizar una reforma agraria, había que repartir las tierras de la Asistencia Pública y afectar tierras

³² Sobre la campaña electoral de 1960, véase Abad (1970: 55-60); Cueva (1988); Pyne (1975); Norris (T.II 2004: 267-277).

privadas selectivamente (Crespo, 1961:31). Propuso implantar una colonización dirigida que concluya en el desarrollo de una agricultura de pequeños y medianos propietarios. Se podía desplazar a población urbana de bajos ingresos y clases medias al campo con lo que disminuiría la población sobrante en las ciudades.

La gestión de Velasco Ibarra duró apenas 15 meses y estuvo caracterizada por una fuerte oposición en el Congreso y el afloramiento de demandas laborales, campesinas y reivindicaciones locales. Una crisis de las exportaciones motivó una política devaluatoria y medidas impositivas que produjeron un intenso malestar. En el Congreso se había fortalecido una oposición de derecha y los gremios de importadores cuestionaban su mandato. Un paro de trabajadores en octubre de 1961 fue el preludio de su caída en noviembre de 1961 y su reemplazo por Carlos Julio Arosemena Monroy, el Vicepresidente que estaba apoyado por una heteroclita coalición de partidos y las fuerzas armadas. Arosemena provenía de las elites guayaquileñas adherentes al velasquismo y fue Ministro de Defensa en el tercer gobierno de Velasco. Adoptó posturas nacionalistas y se negó inicialmente a la ruptura de relaciones con Cuba.

Apenas iniciado el gobierno de Arosemena ocurrió el 16 de diciembre de 1961 una manifestación de más de 10.000 indígenas que recorrió las calles céntricas de Quito. Arosemena que había dado su apoyo a la manifestación, se unió a los manifestantes y prometió en el acto público la pronta presentación de un decreto sobre la reforma agraria. Esta manifestación era un evento público organizado por la Comisión Campesina del PC. La marcha recorrió las calles de Quito desde Chimbacalle hasta la plaza Bolívar donde se instaló una tribuna para los oradores. Así como Arosemena Monroy legitimaba la manifestación con su presencia, el día anterior había estado en Latacunga en un evento de los Centros agrícolas a los que ofreció apoyo en sus aspiraciones. En un comunicado, la Cámara de Agricultura de la Primera Zona proclamó que se debe dar solución al tema del huasipungo, pero desechando la presencia de los “agitadores políticos que toman la bandera de la reforma agraria con fines preconcebidos de alteración del orden público”.³³ Un repertorio de acción colectiva que había sido propio de los estudiantes y del sindicalismo urbano era utilizado por los

³³ *El Comercio*, 16 de diciembre de 1961, p. 18

indígenas para exponer públicamente sus demandas. Un intento anterior de 1959 fue impedido por intervención policial.

En un extenso reportaje, *El Comercio*, indicó que los manifestantes expresaron en quichua y español sus demandas alentados por los activistas de la FEI, pero destacó también la presencia de mujeres indígenas que marchaban de manera silenciosa. En su intervención, el joven dirigente de la FEI, Miguel Lechón planteó reivindicaciones agrarias junto a demandas relativas a la ampliación del consumo y la expansión de los servicios públicos. Carlos Julio Arosemena prometió en su discurso que enviaría pronto un proyecto de reforma agraria y aprovechó para proclamar su lealtad tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética respondiendo al espíritu izquierdista de la marcha puesto que también entre los manifestantes estaban URJE y los partidos de izquierda. *El Comercio* afirmó que la marcha indígena había sido una evidencia de la necesidad de emprender en un proceso de redención y civilización de la “raza indígena” con una reforma agraria que no provoque convulsiones.³⁴ Un punto de vista que había sido sostenido reiteradamente por el diario desde los años cincuenta.

Arosemena también asistió el 17 de diciembre en Milagro al II Congreso de la FTAL. Ante Pedro Saad, el Secretario General del PC, que participaba en el evento proclamó que no era comunista. La FEI se reunió después de la marcha en un Congreso entre el 16 y 18 de diciembre.

Entre el anteproyecto que elaboró una Comisión bajo el encargo de Velasco Ibarra y el proyecto de Arosemena, se encontraban diferencias en el sentido de que el primero mantenía el acceso de los huasipungueros a las tierras de pastoreo y otros recursos, mientras el segundo eliminaba ese acceso y ponía limitaciones a las superficies que podían acceder los campesinos. En los dos proyectos no se había contemplado la situación de los “arrimados” lojanos ni la de los finqueros y sembradores costeños. Podía parecer sorprendente que el proyecto de reforma de Arosemena sea más proclive

³⁴ “El problema indígena”; “El rol de la tierra”, *El Comercio*, 17 de diciembre de 1961, p. 4. Dice Champagne (2002: 183-185) que las manifestaciones públicas son eventos políticos que evidencian un juego complejo entre la representación y la delegación política de los manifestantes. Los medios proyectan una imagen que se procesa en los espacios de poder. Adicionalmente, se tornan en un ingrediente de la opinión pública.

a las ideas que manejaba la Cámara de Agricultura de la Primera Zona (Barsky, 1984: 130-133).

El impacto que había dejado la marcha campesina de diciembre de 1961 en Quito, junto al incremento de la conflictividad rural se revelaría en la Asamblea Regional de Agricultores de la Sierra y Oriente reunida entre el 19 y el 21 de enero de 1962. Marco Tulio González el principal representante político y gremial de los terratenientes de la sierra norte, expresó su preocupación por el clima creciente de movilización en el agro y Galo Plaza se pronunció por la eliminación del huasipungo, pero los terratenientes del centro y sur de la sierra estaban opuestos a su eliminación.³⁵

Ya en 1962 el tema de la reforma agraria había tomado el curso dominante de la supresión del huasipungo y los puntos en discusión de los proyectos de ley que aparecieron en la discusión pública giraban en torno a la manera de realizar los pagos y las compensaciones derivadas de la aplicación de la legislación laboral. Una cuestión relevante que surgió en la discusión de los proyectos de ley fue los límites a la propiedad. Entre 1958 y 1963 el ciclo de conflictos laborales en el agro serrano y costeño alcanzó su momento más alto en 1962.

El proyecto elaborado por el Partido Liberal en abril de 1962, ponía énfasis en la colonización, con límites a la expropiación de 100 has. en la sierra y 200 has. en la costa y una baja posibilidad de expropiación a tierras de mayor extensión. Los pagos de los terrenos expropiados para los precaristas debían hacerse en dinero (Barsky: 146-147). Este proyecto fue apoyado por la Cámara de Agricultura de la Primera Zona. Otro proyecto del bloque centro derechista del congreso no establecía límites a la propiedad, no había mayor exigencia sobre tierras no cultivadas en las haciendas y se proponía liquidar los huasipungos a precios de mercado (Barsky: 148-149). Este proyecto también era proclive a los terratenientes.

En 1962, el proyecto de una Comisión de la Cámara de diputados tenía un contenido modernizante destinado a favorecer a las haciendas y plantaciones de la costa con criterios que hacían inviable una intervención de reforma y no decía nada sobre la

³⁵ Asamblea Regional de Agricultores de la Sierra y Oriente, 19-21 de enero de 1962.

supresión del huasipungo. El proyecto elaborado por el gobierno de Arosemena estaba destinado a favorecer a los sectores más modernos. Ponía límites de propiedad parciales has a 600 has. y no era favorable a los precaristas. La Junta Nacional de Planificación presentó su opinión sobre los límites a la propiedad. Se propuso que la extensión de la propiedad debía ser 600 has. en la sierra y 800 has. en la costa (Abad, 1970: 100-101).

El Proyecto de supresión del huasipungo presentado por el diputado Alfredo Pérez Guerrero en septiembre de 1962, declaraba abolidas todas las formas de renta en trabajo y especie en la sierra y la costa, pero realmente su articulado estaba concentrado en el huasipungo. Las tierras serían expropiadas con un pago equivalente a los fondos de reserva y deudas a los trabajadores. El resto sería cubierto por el Estado con el pago en un plazo de veinte años. No serían expropiadas más allá del 20% de las tierras de los fundos.³⁶ La discusión de este proyecto coincidió con la presencia en el Congreso de una delegación de los indígenas Salasaca quienes expusieron su conflicto que había producido 13 muertos en agosto de 1962. En esos mismos días también se discutió en el Congreso el conflicto laboral de los jornaleros del ingenio San Carlos que se había desarrollado como una intensa huelga.

A comienzos de julio de 1963, pocos días antes del golpe de Estado militar, el Consejo Nacional de Economía presentó un proyecto donde se establecía una tabla para posibles expropiaciones en una escala que iba de 100 a 3.700 hectáreas de acuerdo a los niveles del uso de las tierras agrícolas y un pago en bonos del Estado. Los gremios terratenientes de la costa objetaron estos límites a la propiedad y pedían que más bien se formule una política de fomento agrícola.³⁷

No está claro el peso que tenían las elites terratenientes más modernizantes durante la discusión de la reforma agraria puesto que los pronunciamientos públicos adoptan el punto de vista de todas las elites que se ven abocadas a una reforma agraria inevitable. El problema era la dirección que se podía dar a los cambios.

³⁶ “Cámara de diputados discutió en primera proyecto de Ley de supresión del huasipungo”, *El Comercio*, 7 de septiembre de 1962, p.1 y p.12.

³⁷ *El Comercio*, 2 y 3 de julio de 1963.

Si bien la izquierda y las organizaciones de trabajadores expusieron planteamientos sobre la reforma agraria, particularmente en un Congreso de la FEI y otro de la FTAL, esto no se tradujo en proyectos de ley presentados a discusión en el Congreso. Esto también se debía a la poca presencia de representantes de la izquierda en el parlamento ecuatoriano.

Las ideas sobre el agro ecuatoriano fueron expuestas por Pedro Saad (1974 [1960]), para quien el cambio en el agro ecuatoriano supone una confrontación con el imperialismo y la feudalidad que serían los dos obstáculos mayores para la liberación nacional. Cuando menciona las cifras del Censo Agropecuario de 1954, percibe la concentración de la propiedad y además establece la presencia de las empresas extranjeras en la producción bananera. Todo esto en el marco de un débil desarrollo industrial. Además, existían muchas tierras sin cultivar y con un escaso desarrollo tecnológico evidenciado en la baja mecanización de la agricultura. Para Saad, el ejemplo más claro de las relaciones semifeudales sería el de los huasipungueros con bajos salarios y una cruda explotación. La población indígena en cambio expresaba una cuestión nacional junto a una organización de tipo comunal que se hallaba en descomposición.

“La comunidad india en el Ecuador está siendo golpeada sistemáticamente desde la época de la colonia y a través de todo el proceso de la República. La desintegración de la comunidad es una desintegración creciente. Hoy ya no se trata de comunidades completas como fueron en la época precolonial, se trata de restos de comunidades. Estas comunidades han sido golpeadas por el latifundio creciente, que les ha ido arrebatando sus tierras” (Saad, 1974 [1960]: 9).

En la costa ecuatoriana, en contraste, se producía el desarrollo del trabajo asalariado en la agricultura de exportación y persistían formas de renta en dinero y especie en determinados cultivos. Saad evaluaba que en el conjunto del agro ecuatoriano pesaban más las formas feudales de producción que las formas capitalistas. Todo esto se expresaba en bajos niveles de ingreso y malas condiciones de vida, por lo que la reforma agraria aparecía como la única solución para eliminar las sobrevivencias feudales, permitir la industrialización y el desarrollo del mercado interno a pesar de que

existía una burguesía industrial que mantenía lazos con sectores feudales. La cuestión de los empresarios agrícolas asomaba como un antagonismo con las empresas exportadoras de banano dominadas por el capital extranjero, lo que se presentaba para Saad como una contradicción principal, siendo secundaria la confrontación entre capital y trabajo agrícola nacional. Resultaba importante la apertura del mercado en los países socialistas para dejar de depender del mercado norteamericano. Estas afirmaciones dejaban un espacio para las alianzas con los agroexportadores nacionales.

La propuesta de reforma agraria que enfatizaba Saad, era la de entregar los huasipungos en propiedad a los huasipungueros de las haciendas de la sierra, conservar las comunidades indígenas y realizar una redistribución de la tierra de las empresas extranjeras en la costa ecuatoriana. En cuanto a la colonización, pensaba que esa era una manera de eludir la distribución de la tierra.

Siguiendo las ideas de Lenin y Mao Tse Tung, Pedro Saad (1974 [1961]: 379), desarrolló el argumento sobre la alianza obrero campesina insistiendo en los rezagos feudales que caracterizaban al Ecuador y su diagnóstico del atraso tecnológico del agro ecuatoriano. La ausencia de derechos laborales de los asalariados agrícolas sería también una muestra de “restos feudales”. La noción de la alianza obrero campesina surge como el eje central del proceso antiimperialista, antifeudal y democrático en el cual existen los intereses particulares de la clase obrera y el campesinado, un planteamiento ya surgido en los años treinta. Para la clase obrera, la participación en la revolución viene dada por ser la clase destinada a cambiar la sociedad capitalista en cuanto cumple una misión histórica y también porque al producirse una transformación agraria habrá un mayor desarrollo industrial producto del desarrollo del mercado interior, mientras que el campesinado con la reforma agraria eliminará a los rezagos feudales. Saad concibe a los campesinos sujetos a los sistemas de hacienda en la sierra y la costa como semiproletarios. De allí que los huasipungueros podían ser definidos como semiproletarios. El programa de transformaciones agrarias incluye una eliminación del latifundio, aunque proponía mantener los límites de la propiedad en 300 hectáreas en la costa y sin precisar estos límites en la sierra. Se planteaba además un amplio repertorio de medidas destinadas a otros sectores de campesinos y pequeños propietarios. En todo caso, lo central era el papel de vanguardia de la clase obrera a

través del partido comunista como expresión de esa vanguardia. Sin embargo, sostuvo que el estado de la organización de los campesinos a través de la FEI y la FTAL se encontraba en crisis a pesar de que se vivía un auge de las movilizaciones campesinas y trabajadores agrícolas. Lo mismo, la debilidad del partido entre los indígenas porque no disponía de células y dependía excesivamente del liderazgo de los “cabecillas” indígenas (Ibid: 422-423).

Manuel Agustín Aguirre (1973, [1960]), como representante de la corriente radical del Partido Socialista Ecuatoriano, sostenía que era necesario llevar adelante una reforma agraria que afecte el monopolio terrateniente. Su diagnóstico insistía en los bajos niveles de productividad y mecanización en la agricultura ecuatoriana que se hallaba trabada en su desarrollo por la vigencia de relaciones de producción atrasadas. Las relaciones de trabajo en las que estaban inmersos indios y montubios, eran “semifeudales y aún semiesclavistas”. En los latifundios, había un bajo nivel de monetización. “una economía verdaderamente de trueque, con la que se mantiene un gran sector del campesinado, al margen de la moneda, del mercado de productos y el desarrollo capitalista” (Ibid: 53). Constataba la polarización latifundio-minifundio que había establecido el Censo Agropecuario de 1954. Señaló que la colonización debería ser complementaria a la reforma agraria.

El yugo feudal de Jaime Galarza Zabala (1962), un joven intelectual del PC, fue un libro que con un lenguaje beligerante denunciaba la situación agraria. La historia del Ecuador era pensada como una historia del feudalismo que había atravesado todas las épocas desde la conquista española. Las relaciones de trabajo en la sierra y la costa eran concebidas como feudales. En la sierra sobre todo insistía en la opresión gamonal y la extorsión a los huasipungueros. Fundamentado en los datos del Censo Agropecuario de 1954 una parte central de su denuncia exponía un listado de las tierras de la iglesia registradas en los catastros de propiedad. Recalcó en el papel explotador de la iglesia con los campesinos. En la costa se había producido la penetración del imperialismo en la agricultura. Otros datos servían para ilustrar las malas condiciones de vida en el campo y la ciudad. Proponía una reforma agraria con un límite a la propiedad en 400 has. en la Costa, entregar los huasipungos en propiedad, restituir tierras a las comunidades indígenas y la posibilidad de estatizar ingenios y haciendas azucareras

(Galarza Zabala, 1962: 112-116). Apelando a una amplia alianza popular con las clases medias y los trabajadores llamaba a una insurrección armada que liquide la alianza feudal imperialista.

La Carta Pastoral de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana de 1963, recogía los argumentos de la Encíclica *Mater et magistra* del Papa Juan XXIII, mencionando que era necesario afectar la propiedad pero evitando una excesiva intervención estatal. Afirmaba que “La redistribución es indispensable. Pero una solución mucho más eficaz de los problemas agrarios habrá de venir de la colonización”.³⁸ La misma Iglesia Católica había acumulado propiedades en la sierra ecuatoriana, lo que no escapaba a los ojos de los críticos de izquierda y por eso emprenderá una intervención en una parte de sus haciendas desde 1965.

Pero Arosemena se encontraba atrapado entre una presión organizada que movilizaba la izquierda en el agro y las ciudades y la necesidad de dar respuestas a la propuesta de la Alianza para el Progreso. La coalición de apoyo a su gobierno estaba constituida por CFP, el PSE, corrientes nacionalistas y liberales independientes. Mientras que la oposición estaba dirigida por el partido conservador y ARNE. Dice Abad (1970:82) que “ciertos sectores de la derecha veían en el a un comunista y la izquierda radical lo consideraba un oligarca”. Un tema neurálgico era la ruptura de relaciones con Cuba demandada por la derecha y finalmente esto ocurrió el 2 de abril de 1962. A comienzos de abril, el intento de URJE por iniciar un movimiento guerrillero en Santo Domingo de los Colorados fue rápidamente desarticulado y capturados los insurrectos entre los que se encontraban miembros de la comisión campesina del PC.³⁹ Arosemena en un viaje a Estados Unidos en junio de 1962, se comprometió ante los Estados Unidos a realizar el programa reformista que incluía la reforma agraria (Abad: 95). La coalición

³⁸ “Episcopado ecuatoriano reclama una pronta ley de reforma agraria en el país”, *El Comercio*, 1 de Mayo de 1963. Cuando ya se expidió la Ley de Reforma Agraria de 1964, la Iglesia Católica da su aceptación a la ley, reiterando la necesidad de eliminar definitivamente el huasipungo, incentivar la agricultura familiar pero reconociendo el desarrollo de la empresa moderna. Las consideraciones para afectar las haciendas debían basarse en la función social de la propiedad. Véase Carta Pastoral del Episcopado Ecuatoriano (1964) en Marchán (1986: 367-372).

³⁹ La fallida guerrilla del Toachi, fue desarticulada apenas se estaba instalando y evidencia la improvisación del proyecto guerrillero. Véase Villamizar (1994: 38-45).

política de apoyo se desarticuló en septiembre de 1962 y en el nuevo gabinete ministerial se hallaban representantes del placismo y las elites costeñas.

Aunque el año 1962 fue particularmente intenso en conflictos laborales y huelgas en el agro y la ciudad, otros hechos que ocurrieron en el campo manifestaron signos de violencia protagonizados por campesinos indígenas y mestizos. Se había proyectado la realización de un censo agropecuario para mayo de ese año, pero este solo pudo llevarse adelante de modo limitado en pocas provincias por una activa oposición. En algunos lugares ocurrieron actos de violencia que incluso terminaron en el linchamiento de los enumeradores del censo (Abad: 102-103). La mayoría de estos episodios sucedieron en la sierra central y sur, y algunas de sus víctimas fueron profesores. Uno de los eventos más impactantes fue el linchamiento de un médico y un trabajador social de la Misión Andina en un pueblo de Azuay a comienzos de octubre.⁴⁰ En la provincia costera de Manabí, se produjo entre agosto y octubre una violenta intervención del Batallón “Febres Cordero” del ejército con el objeto de liquidar las bandas rurales relacionadas con el cuatrismo y el contrabando de aguardiente.⁴¹

En la alta oficialidad de las fuerzas armadas ecuatorianas se había venido incubando de manera creciente desde 1961 la idea de la amenaza “comunista” que aparecía como la posibilidad de destrucción del ejército por parte de posibles insurrecciones. En marzo de 1962, un batallón del Ejército se insurreccionó en Cuenca llamando al derrocamiento del gobierno de Arosemena. La CIA había establecido una importante relación con mandos militares -donde predominaban tendencias de derecha- y que estaban dispuestos a dar término al gobierno de Arosemena como señala Fitch (1977: 118-120). La intervención de Estados Unidos en la coyuntura que gestó la dictadura militar de 1963-1966, fue expuesta en el libro de Philip Agee (1979), un ex agente de la CIA quien escribió sus memorias sobre las acciones de ese aparato de inteligencia desarrolladas en Ecuador, Uruguay y México durante los primeros años de la década del sesenta. Este hecho real, debe sin embargo ser situado en los actores políticos que operaron en el período de la Junta Militar. La estructuración de la política económica adquirió un sesgo

⁴⁰ “Indios de San Cristóbal incineraron a Doctor Jorge Merchán de Misión Andina de Cuenca”, *El Universo*, 3 de octubre de 1962, p. 5.

⁴¹ Acerca de la violencia rural en Manabí a comienzos de los años sesenta, véase De la Fuente y Cedeño Salto (2002).

industrialista y prominentes personajes identificados con el “placismo” ocuparon puestos ministeriales claves durante la dictadura militar (Abad, 1970).

El golpe militar del 11 de julio de 1963 pertenece al ciclo de golpes militares de los años sesenta entre los que estaban Perú (1962), Brasil (1964) y Argentina (1966), que terminaron temporalmente con los gobiernos civiles. Estos golpes de Estado que tenían una naturaleza de intervención institucional de las fuerzas armadas, pertenecen a una circunstancia política desencadenada por la revolución cubana que produjo movilizaciones populares y movimientos guerrilleros en toda América Latina a lo largo de la década de 1960. Entre los militares predominaban ideas de contrainsurgencia. Pero las manifiestas posiciones anticomunistas de los militares se debían encuadrar también en las propuestas reformistas de la Alianza para el Progreso.⁴² El análisis de O'Donnell (1988: 228-230) sobre las intervenciones militares de los años sesenta en Argentina y Brasil plantea que esos gobiernos militares significaron una continuidad en la política económica y una represión moderada a los movimientos populares, aunque la amenaza de movilización fue más intensa en Brasil durante el gobierno de Goulart con la activación del estamento inferior de los militares. En el caso de Perú, se trató de un golpe dirigido a detener un posible triunfo electoral del APRA y simultáneamente oponerse a las fuerzas oligárquicas que representaba Odría. También era importante detener el comunismo y la movilización campesina del Valle de la Convención (Cotler, 1978: 350-351). En el caso ecuatoriano, la Junta Militar proclamó claramente su orientación anticomunista simultánea a una “revolucionaria” reestructuración económica y moral. Además estaba en el horizonte un nuevo proceso electoral en 1964 donde podía presentarse nuevamente Velasco Ibarra como candidato.

“El 11 de julio de 1963, las Fuerzas Armadas Nacionales asumieron la grave responsabilidad histórica de poner en manos de la Junta Militar de Gobierno, la conducción del Estado hacia una nueva y revolucionaria etapa de reestructuración moral, económica y administrativa. Salvaron al país de caer en manos del comunismo internacional, víctima de confabulación urdida en la más alta esfera del Poder Público”.⁴³

⁴² Sobre la Junta Militar de 1963-1966, véase Atkins (1974); Quintero y Silva (1991, II: 259-273).

⁴³ La Junta Militar de Gobierno al pueblo del Ecuador, Quito, 1963, p.3.

El diario *El Comercio* como uno de los voceros de la opinión anticomunista que se fortaleció en esos años, justificó el golpe militar por la amenaza de una revolución violenta.

“Es pues necesario a más de hacer todos los esfuerzos para erradicar la miseria de nuestro pueblo, para elevar su nivel de vida, emplear todos los medios para dismantlar la maquinaria comunista que estaba marchando hacia una revolución violenta y que si no se la detenía habría desatado en el país hechos de incalculables consecuencias”.⁴⁴

La atmósfera anticomunista que se evidenció desde 1961 y se intensificó durante 1963 había sobredimensionado el crecimiento y la intervención de la izquierda que más bien se encontraba en un proceso interno de fraccionamiento. En el Partido Comunista, se había incubado un fuerte antagonismo entre el Comité Provincial de Pichincha y la dirección partidaria guayaquileña animado por el conflicto chino-soviético y el influjo insurreccional de la revolución cubana. Una facción radical del PSE fundó en 1962 el PSRE (Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano) alineado con el castrismo. El hecho más novedoso de la época fue la presencia de URJE (Unión Revolucionaria de Juventudes del Ecuador) influida ampliamente por el PC. Esta organización fundada en 1959 tuvo un crecimiento inusitado evidenciando la radicalidad de sectores estudiantiles de clase media impactados por la revolución cubana.⁴⁵ Pero la cuestión más importante para los partidos comunistas latinoamericanos era la contradicción que instaló la revolución cubana con el camino pacífico que había sido proclamado por el régimen de Khrushchev y fue una línea que se expresó en la participación de los partidos comunistas en procesos electorales (Spenser, 2008). Por otra parte, el maoísmo que había tenido una relativa difusión, fue el fundamento para una disensión dentro del PC que terminó en la fundación del PCMLE (Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador) en 1964.

⁴⁴ “Las tácticas comunistas”, *El Comercio*, 17 de julio de 1963, p. 4.

⁴⁵ Sobre la izquierda ecuatoriana en los años sesenta, véase Bonilla (1991).

El primer gabinete ministerial de La Junta Militar evidenció la colaboración del sector político placista y la derecha tradicional. Una de las primeras decisiones de la Junta Militar fue declarar al comunismo fuera de la ley. La Junta de Planificación preparó un Plan Nacional de Desarrollo siguiendo los lineamientos de la Alianza para el Progreso. Se decidió llevar adelante una reforma agraria limitada junto a una política desarrollista dedicada a intensificar la sustitución de importaciones, una reforma tributaria y la modernización de la administración estatal (Abad, 1970: 137). La Ley de Reforma Agraria de 1964 sobre todo estaba dirigida a la eliminación de las relaciones precapitalistas y a dar un marco favorable a la modernización de las empresas agrarias afectando a los terratenientes tradicionales. Especialmente en el primer año de la dictadura militar se reprimió duramente a la izquierda y se impidió la acción reivindicativa del sindicalismo vinculado a esta.

La acción distributiva de tierras del IERAC entre 1964 y 1970 tuvo un año de mayor intervención en 1965 y una declinación en los años siguientes. El 26% de la superficie afectada concierne a distribución por reforma agraria con 5.4 has. de promedio y el 63% por colonización con 35,6 has. de promedio. Había un 69% de familias beneficiadas en reforma agraria y 31% de familias beneficiadas por colonización. Del total de 620.648 has. adjudicadas, 461.996 has. correspondieron a colonización (74,5%) y 159.379 a reforma agraria (25,5%).

Tabla 1
Reforma agraria y colonización 1964-1970

	REFORMA AGRARIA		COLONIZACIÓN		TOTAL	
AÑO	FAMILIAS	HECTÁREAS	FAMILIAS	HECTÁREAS	FAMILIAS	HECTÁREAS
1964	831	2.194	728	17.614	1.559	19.808
1965	12.617	56.614	2.686	97.821	15.303	154.435
1966	4.712	26.795	2.708	92.123	7.420	118.918
1967	4.452	25.154	1.567	58.416	6.019	83.570
1968	1.884	20.983	1.408	43.043	3.292	64.026
1969	3.463	20.736	1.535	59.623	4.998	80.359
1970	1.110	6.903	2.295	92.629	3.405	99.532
TOTAL	29.069	159.379	12.927	461.269	41.996	620.648

FUENTE: Luzuriaga y Zuvekas (1984: 240).

La Junta Militar decidió dar continuidad a la Misión Andina, el programa originalmente auspiciado por la Organización Internacional del Trabajo que operaba desde 1956 en algunas zonas rurales de la sierra. El Plan de Integración del Campesinado de la Misión Andina empezó en enero de 1964. Debía durar 3 años cubriendo a 66 comunidades indígenas seleccionadas. Imbabura (18), Cotopaxi (6), Tungurahua (12), Chimborazo (12), Cañar (6), Loja (6). El territorio de las comunidades abarcaba 21.897 has. con 14.859 has. de superficie agrícola. Beneficiaba a 40.312 personas (Junta Militar de Gobierno, 1964: 197).

Hacia 1964 fue fundada la Federación de Centros Shuar, una organización étnica del sur amazónico. Su liderazgo provino de estudiantes y maestros shuar que habían tenido un largo contacto con la congregación salesiana. Surgía como una oposición organizada a la penetración de la colonización proveniente de colonos de la sierra sur (Ortiz, 2010). Era un temprano hecho fundacional de la demanda étnica que se intensificará después de 1970 en la sierra y la amazonia.

En 1965 fue creado el Ministerio de Agricultura satisfaciendo una antigua aspiración de los gremios terratenientes. Pero surgió una oposición política que se activó ya en ese año con una huelga promovida por la Cámara de Comercio de Guayaquil que expresaba los intereses de los importadores y luego con la movilización estudiantil. El motivo básico fue los aranceles que servían para resolver problemas de la balanza de pagos y protegían a la industria ecuatoriana. Además, se reactivó la oposición de los partidos políticos que constituyeron un frente opositor al gobierno militar. Finalmente, una huelga general en marzo de 1966 convocada por la Cámara de Comercio de Guayaquil, terminó con el gobierno militar el 29 de marzo de 1966.

La reforma agraria produjo la desarticulación del sindicalismo rural, pero ofreció como alternativa el modelo de cooperativismo rural y una intervención en los espacios comunales mediante la Misión Andina. Se había desactivado los mayores focos de conflictividad y se daba un amplio espacio para el desarrollo de la empresa agrícola. Pero quedaba pendiente el tema de los arrimados de Loja y los sembradores de arroz de la cuenca del Guayas junto a los arrimados de las familias huasipungueras. Esta problemática será enfrentada con nuevas intervenciones efectivizadas en 1970 con una

Ley de abolición del trabajo precario y el Decreto 1.001 dedicado a los precaristas arroceros. Finalmente, una nueva Ley de Reforma Agraria en 1973 durante un nuevo gobierno militar progresista relanzará la redistribución de la tierra con resultados limitados en las expropiaciones pero con un mayor impacto en la creación de redes organizativas entre la población rural.

CAPÍTULO III. ACCIÓN ORGANIZATIVA Y CONFLICTOS LABORALES EN LAS HACIENDAS DE LA SIERRA

A mediados del siglo XX se instaló una aguda crítica a la hacienda como una forma de propiedad rural que concentraba la tierra y otros recursos. Esta impugnación provenía de fuerzas políticas de izquierda, principalmente, pero incluía sectores de la burocracia estatal que fueron promoviendo argumentos sobre la hacienda como un obstáculo para la modernización de la agricultura. Ciertamente que ya desde la década de 1920 había surgido una percepción negativa sobre la hacienda originada en los pensadores indigenistas y se acentuó en la década de 1930 con la literatura indigenista que poseía una carga de denuncia centrada en su naturaleza despótica y opresiva. Aunque la propiedad latifundista existía en todas las regiones del país, tendió a ser identificada fundamentalmente con la región serrana y los trabajadores indígenas conocidos como huasipungueros. Estos habían ocasionado ocasionales conflictos y protestas dentro de las haciendas desde la década de 1920. Y esa conflictividad tendió a concentrarse en la haciendas de la Asistencia Pública. Estas haciendas de propiedad estatal fueron el resultado de una expropiación a las comunidades religiosas católicas en 1908. Controlaban amplias zonas agrícolas en la sierra ecuatoriana, pero el grupo de haciendas más compacto se hallaba en la parroquia Olmedo de Cayambe donde se desarrolló una persistente resistencia indígena y dio lugar a una tradición sindical vinculada al Partido Comunista. El pionero estudio de Mercedes Prieto (1978) y luego el de Marc Becker y Silvia Tuttillo (2010) establecieron las coordenadas fundamentales sobre la experiencia conflictiva de los huasipungueros en esas haciendas de propiedad estatal administradas por arrendatarios. Para las interpretaciones de la revolución liberal que la han definido como un acontecimiento de raigambre popular este ha sido un hecho de difícil explicación, en el sentido de que no incluyó entre sus medidas una reforma agraria sustentada en la distribución a los campesinos de estas tierras incautadas a la Iglesia Católica.

1. LAS VISIONES SOBRE LA HACIENDA

En torno a la hacienda serrana ecuatoriana como unidad de producción -a diferencia de México y Perú- se ha producido un reducido número de estudios.⁴⁶ Con todo, se cuenta con algunos trabajos que han explorado algunos aspectos de la historia de las haciendas pero persisten amplios vacíos de conocimiento. Se conoce parcialmente el origen y la evolución de la hacienda colonial, bastante poco del siglo XIX y algunos estudios para los comienzos y primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, fue con el notable informe *Tenencia de la tierra y desarrollo económico del sector agrícola. Ecuador* (CIDA, 1965) cuando surgió un nuevo marco interpretativo que estableció los procesos de transformación de las haciendas en los albores de la reforma agraria de 1964. Este estudio fue conocido por un reducido círculo de especialistas que lo utilizó como fuente para los estudios agrarios de la década del setenta. Trascendió la especificidad del Ecuador y generó aproximaciones teóricas sobre sistemas agrarios en otros países de América Latina.

Al constituir a la hacienda como un problema de análisis, el informe CIDA procuraba establecer una caracterización de la hacienda tradicional como una unidad territorial que había tenido un origen histórico y con los datos disponibles a la época era posible encontrar un franco dominio en la estructura agraria de la sierra ecuatoriana. La hacienda tradicional aparecía como una matriz donde era posible que se gestaran cambios en una estructura “feudal” dominante. Como unidad territorial, la hacienda era un “núcleo radiante” que coexistía con áreas de minifundio y comunidades indígenas. El funcionamiento de la unidad hacendaria estaba constituido por la empresa patronal que definía el ámbito de dominio de actividades agropecuarias de naturaleza mercantil y los campesinos residentes en las haciendas que implicaban otras empresas dentro de la unidad mayor. De allí que se constataba que “La convivencia de diversas empresas

⁴⁶ En la primera evaluación de conjunto de Magnus Mörner (1975) sobre la producción académica sobre haciendas en América Latina, el único estudio que pudo mencionar sobre el Ecuador fue el de Emilio Bonifaz sobre la hacienda “Guachala” (1970), elaborado en base a los documentos de una hacienda de la cual él era uno de los herederos. El balance de Van Young (1986) establece que desde fines de la década del sesenta había proliferado la producción de artículos y libros académicos que se referían a las haciendas y la historia rural correspondientes al periodo colonial en México. Insistía que sobre todo el punto más importante consistía en establecer los lazos entre las haciendas y la sociedad más amplia, poner atención a los cambios en las relaciones laborales y situar adecuadamente una problemática regional.

dentro de una hacienda, con sus modalidades tradicionales de interdependencia, genera de suyo una situación de entrabe general, que necesariamente afecta las decisiones empresariales” (CIDA, 1965: 49). La coexistencia de la empresa patronal y las economías campesinas entrañaban un conflicto latente que adquiriría cauces de resolución expresados en confrontaciones en torno al manejo de los recursos y los salarios.

Si la hacienda era la forma dominante de tenencia de la tierra, se hacía necesario identificar los factores de naturaleza estructural que habían permitido su estabilidad histórica que comenzaba a ser cuestionada. De este modo aparecieron los conceptos de “asedio interno” y “asedio externo”. El asedio interno era un estado de tensión que se había producido entre el terrateniente y los huasipungueros en torno a la situación de conflicto sobre el acceso a los recursos de la empresa patronal. Era una disputa que surgía de derechos arraigados por sus vínculos con la hacienda:

“desde el momento de ser huasipunguero goza de derechos que los otros trabajadores no tienen y, como consecuencia, al tener más privilegios tendrá también más caminos para extenderlos.

La forma directa que ve el huasipunguero de ampliar sus derechos, es incorporando a su huasipungo más tierra, presionando en forma constante y creciente sobre los otros recursos que le ofrece la hacienda: leña, agua y pastos, particularmente estos últimos” (CIDA: 424).

A esta capacidad de presión que tenían los huasipungueros, se añadía la de los peones sueltos que formaban parte de las familias huasipungueras y aspiraban también a un lote de tierra. Los lazos familiares entre peones huasipungueros y apegados constituían una comunidad interna a la hacienda.

El asedio externo se hallaba constituido por los vínculos entre comunidades campesinas externas o minifundistas que establecían acuerdos con las haciendas generalmente para el acceso a tierras de pastoreo (CIDA: 471-476). Eran pactos individuales y colectivos que implicaban pagos en dinero o en trabajo. Daban lugar a una situación rentista y una manera de provisión de fuerza de trabajo para los ciclos de mayor demanda de trabajo

en las haciendas. Los litigios entre haciendas y comunidades campesinas eran una evidencia del asedio externo.

La transformación que estaba ocurriendo en el agro serrano permitía constatar que en el ámbito de las haciendas se vivían distintos grados de modernización que podían ser explicados por la intensidad de las situaciones de asedio interno y externo que condicionaban los caminos de transformación de las haciendas en empresas agrícolas. De esta manera se definieron cuatro tipos de haciendas: 1. Hacienda tradicional infra; 2. Hacienda tradicional en desintegración; 3. Hacienda tradicional corriente; y, 4. Hacienda moderna emergente (CIDA: 57-58). El punto nodal era como las haciendas tradicionales se encontraban en una encrucijada hacia su colapso o hacia su modernización dependiendo de las situaciones de asedio interno y externo.

La hacienda tradicional infra estaba caracterizada por la vinculación de comunidades externas y minifundistas que tenían convenios de sitiaje. El aparato administrativo y laboral de la hacienda era mínimo, la actividad empresarial casi inexistente y el asedio externo era una forma dominante.

La hacienda tradicional en desintegración era aquel tipo de propiedad donde los huasipungueros habían avanzado notablemente sobre los recursos de la hacienda, con una situación de incrementado asedio interno. La autoridad patronal era casi inexistente y en algunos casos se había producido una ocupación de facto de la hacienda por parte de los huasipungueros.

La hacienda tradicional corriente era la que tenía un predominio de trabajadores pagados en recursos y algún vínculo con campesinos externos. Combinaban el asedio interno y externo. Este tipo de haciendas que podían enrumbarse hacia la modernización o hacia su disolución, predominaban en la sierra ecuatoriana.

La hacienda moderna emergente era un tipo de unidad productiva donde predominaban las relaciones salariales, se habían producido cambios productivos y los vínculos con campesinos externos también eran salariales.

El diagnóstico sobre la estructura agraria ecuatoriana que produjo el Informe CIDA, tuvo poca divulgación aun cuando los objetivos de ese análisis ya estaban relativamente cumplidos con la Ley de Reforma Agraria de 1964. De allí que el estudio de Andrés Guerrero sobre la hacienda a mediados de la década de 1970, fuera una suerte de radiografía sobre un proceso de transformaciones que había implicado una forma de producción precapitalista. Lo que proponía Guerrero (1991[1976]) era entender la lógica del proceso de producción inmediato de la hacienda y su inserción en el modo de producción capitalista. Por ello su estudio fue principalmente una lectura renovada del Informe CIDA y una síntesis de los conocimientos acumulados de investigaciones antropológicas y sociales realizadas antes de 1960. Es importante mencionar que la problemática teórica dominante en los estudios agrarios de los años setenta estaba guiada sobre la necesidad de entender las peculiaridades del capitalismo rural andino tal como también había ocurrido en Perú con el cuestionamiento de la imagen feudal del agro que habían portado las organizaciones de izquierda (Montoya, 1978). Además, indirectamente se estaba dando una mirada al célebre debate ocurrido a mediados del siglo XX sobre la transición del feudalismo al capitalismo que se reactualizó en los años setenta cuando la teoría de la dependencia había sido sometida a una aguda crítica.⁴⁷

La hacienda se presentaba como una unidad de producción en la que se habían constituido relaciones de trabajo sustentadas en los husipungueros y otras relaciones de renta en trabajo y dinero con campesinos externos. Lo que resaltaba era el conjunto de derechos y obligaciones consuetudinarias que habían forjado estas relaciones laborales de renta en trabajo que tenían también una coacción extraeconómica. Lo peculiar de los huasipungueros es que expresaban una economía campesina al interior de la hacienda donde se habían tejido lazos familiares con los apegados quienes también eran los trabajadores temporales para los ciclos productivos de la hacienda. Mientras el ámbito de la producción de la hacienda requería de jornadas gratuitas de los huasipungueros, la familia huasipunguera tenía un espacio propio en el que se desarrollaba una producción de autoconsumo y otra excedente vinculada al mercado. El pilar básico de las haciendas eran las familias huasipungueras que entregaban su trabajo a la hacienda que tenía un ciclo de producción articulado a la circulación capitalista que permitía su reproducción. El estudio de Guerrero al retomar los datos del Informe CIDA estaba proponiendo una

⁴⁷ Véase P. Sweezy, M. Dobb, C. Hill, et.al. (1978).

nueva interpretación sustentada en la economía política marxista y las teorías de la economía campesina. Buscaba la racionalidad productiva que podía explicar esta coexistencia de formas de producción precapitalistas con formas capitalistas de producción y de circulación. Así como el piso de funcionamiento de la hacienda eran formas de trabajo arcaicas, también se podía constatar la existencia de limitados procesos de modernización que implicaban la incorporación de maquinarias y nuevas formas de cultivo. De allí se concluía que “la inserción de la hacienda en el capitalismo para su abastecimiento en medios de producción y la introducción de algunos instrumentos de trabajo tecnológicamente avanzados no conduce a una mutación forzosa del trabajo globalmente, ni tampoco de las relaciones de producción” (Guerrero, 1991[1976]: 47).

La hacienda como forma de producción se encontraba inserta en el modo de producción capitalista y de hecho tenía elementos de producción y circulación capitalistas junto a la vigencia de extracción dominante de recursos bajo las formas de renta en trabajo. Sin embargo, la presencia de los arrimados en los núcleos familiares huasipungueros implicaba la existencia de una sobrepoblación relativa en la hacienda que era utilizada en los ciclos productivos de mayor demanda. Ahora bien, la inserción de la hacienda en el capitalismo y la conversión de la renta en capital se transferían a otras áreas de la economía, en una diversificación de inversiones. Además, la clase terrateniente se encontraba ligada al poder local y nacional. La hacienda como unidad de producción se había adaptado al capitalismo siguiendo el llamado camino prusiano (Guerrero, 1991[1976]: 72-76).

Como habíamos mencionado, en los años setenta se produjo un viraje hacia los estudios en torno a la naturaleza del capitalismo rural que se había desarrollado en América Latina. De allí que la preocupación dominante fuese la relativa a los caminos de transformación de las haciendas que se encontraban en medio de cambios empujados por reformas agrarias de distinta magnitud. El estudio de Cristóbal Kay (1980) expuso una perspectiva comparativa de lo que fue el sistema señorial europeo y el sistema de la hacienda latinoamericana. Partía de la generalización histórica de la diferenciación entre dos sistemas señoriales en Europa. El sistema *Grundherrschaft* que había predominado en Europa occidental y el sistema *Gutsherrschaft* que predominó en Europa oriental.

Cada uno de estos sistemas implicaba una manera diferente de relación entre el terrateniente y los campesinos. En el sistema *Grundherrschaft* el terrateniente no se encargaba del cultivo de la tierra y esta se hallaba bajo la producción de campesinos que pagaban rentas en especie o en dinero. En el sistema *Gutsherrschaft*, existía una economía terrateniente predominante que recurría a trabajadores que poseían parcelas y pagaban su posesión en trabajo para gran propiedad. La larga evolución de estos sistemas señoriales podía concluir en diversos tipos de unidades de producción tras prolongados cambios relacionados con los mercados y los equilibrios de fuerzas entre terratenientes y campesinos que dieron lugar al capitalismo clásico en Inglaterra con la presencia de terratenientes, agricultores y jornaleros; en tanto que en Prusia se había producido la coincidencia del terrateniente y el capitalista en la figura del junker (Kay, 1980: 35-40). Si bien esta visión ha sido cuestionada por no considerar las mismas variaciones regionales del capitalismo agrario en Europa, permitía establecer un contrapunto con la hacienda latinoamericana principalmente ejemplificados con el caso de Chile y las derivaciones analíticas proveídas por el Informe CIDA de Ecuador.

Entre los estudios dedicados a haciendas específicas, se encuentran los trabajos de Cristóbal Landázuri (1980) y Patricia de la Torre (1989). El primero dedicado a la historia de la hacienda Pesillo, una propiedad de la Asistencia Pública situada en Cayambe donde se analiza la evolución de la economía patronal y huasipunguera entre comienzos del siglo XX y mediados de la década de 1970 cuando se produjo la intervención de reforma agraria que transfirió la propiedad a los campesinos. El segundo es una detallada historia de la hacienda “El Deán”, que cubre las primeras décadas del siglo XX. Esta hacienda muy cercana a Quito, una propiedad de mediano tamaño, fue estudiada por De la Torre recurriendo a una rica documentación interna de la hacienda. Este caso mostraba que la economía de la hacienda estaba fuertemente vinculada al mercado y el terrateniente tenía una intervención diversificada en otros sectores de la economía, aunque el funcionamiento laboral recurría a las relaciones de concertaje.

La revisión sistemática que hizo Peñaloza (1995) de los estudios que se realizaron entre mediados de la década de 1970 y comienzos de la década de 1990 sobre las haciendas en el siglo XIX en los países andinos, permite establecer que la hacienda como unidad

de producción alcanzó relativo predominio en algunas regiones del interior de los países. Si bien se hicieron estudios sustentados en fuentes documentales, el número de estos para el Ecuador no fue muy representativo. Pero no había quedado claro si hubo una expansión territorial en el siglo XIX como un proceso de despojo tal como se suele sostener sin ninguna comprobación. Permanece como una incógnita el grado de reacomodo de la hacienda como control territorial en el siglo XIX y sus especificidades regionales.

Después de 1980, vino un cuestionamiento a las imágenes de cierto inmovilismo de lo que habían sido las relaciones entre campesinos y haciendas. Los procesos de reforma agraria indicaban que en la transición al capitalismo había existido en mayor o menor grado una intervención campesina activa, lo que Thurner (2000) llamó una “micropolítica” campesina proveniente de su estudio de la desintegración de haciendas en la zona de Colta, Chimborazo. Ponía énfasis en los vínculos que habían desarrollado los huasipungueros constituyendo fuertes lazos sociales en una comunidad interna a la hacienda que cuestionaba la idea de ausencia de vínculos entre los trabajadores que había surgido en algunas versiones de los campesinos indígenas dependientes de las haciendas. Esta fue la imagen de las relaciones patrón-cliente que terminaron en el llamado “triángulo sin base”, una explicación sobre la dependencia de los campesinos que gozó de amplia popularidad en los años setenta.⁴⁸ Puesto que la hacienda era un espacio de producción mercantil que no eliminaba los medios de reproducción cultural de los indígenas, era un espacio donde confluían prácticas paternales de reciprocidad junto a modos de resistencia, lo que implicaba que la hacienda era un espacio de una contradictoria hegemonía (Thurner, 2000: 374-375). Se trataba de una economía moral que incluía el conflicto y una política campesina de resistencia de larga duración que sin embargo se había traducido también en una memoria contradictoria sobre el pasado.

El estudio de Andrés Guerrero, *La semántica de la dominación: el concertaje de indios* (1991), constituyó un nuevo acercamiento a la problemática de las haciendas al analizar con singular destreza los aspectos de configuración del sistema hacendario en la sierra norte del Ecuador, tomando un período que va desde el último tercio del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Introdujo el estudio de los discursos que se

⁴⁸ Véase Cotler (1968).

habían realizado sobre el concertaje, los factores de naturaleza institucional en los distintos planos del poder político y un detallado examen de los libros de hacienda. De esta manera se produjo una lectura innovadora de la hacienda, alejada de los tópicos que establecían a esta institución como un lugar exclusivo de explotación, dándole importancia a los mecanismos sociales y culturales que habían dado lugar a su larga permanencia como unidad de producción. El mundo del concertaje aparecía entonces ya no sólo ligado a las relaciones laborales sino a una trama de dominación étnica. La racionalidad mercantil de la hacienda tenía también un lado cultural y político expresado en los lazos entre la economía patronal y la economía étnica. No deja de ser importante considerar que la violencia tiñe las relaciones de trabajo bajo la forma de castigos y el uso del látigo generalmente a cargo de los intermediarios de la hacienda.

La hacienda también ha sido objeto de estudios basados en la memoria colectiva oral. Estos son los casos de Yanez del Pozo (1986) y Lyons (2006). La amplia recopilación de testimonios orales de los campesinos indígenas de la zona de Pesillo en Cayambe de Yanez del Pozo es una valiosa referencia sobre la vida en las haciendas de la Asistencia Pública en diversas épocas que incluye las transcripciones de entrevistas a hombres y mujeres indígenas. Lyons en cambio ha reconstruido la historia de la hacienda Monjas Corral de la Curia de Riobamba sustentado en material de archivo y testimonios orales. Su estudio va desde fines del siglo XIX hasta las intervenciones de reforma agraria de los años sesenta y ochenta donde analiza las diversas fases de evolución de esta hacienda situada en Pangor.

2. PERSPECTIVAS SOBRE EL CONFLICTO LABORAL

Para una comprensión de los conflictos laborales en las haciendas se puede establecer un contraste con una perspectiva general sobre el conflicto laboral. En la tradición histórica del sindicalismo europeo se encuentran formas de protesta que muestran el aparecimiento de organizaciones de trabajadores y modalidades de confrontación que recurren inicialmente a los motines y la destrucción de maquinarias como acciones disruptivas. Pero en largos procesos de inserción en el ordenamiento legal y político se fueron produciendo modalidades de conflicto que recurrían a organizaciones reconocidas como representación colectiva y negociación con los patronos. Todo ello terminó por definir una legislación laboral que establecía derechos individuales y

colectivos en torno a la contratación laboral, salarios y el ejercicio de la huelga. Esta fue una experiencia dilatada a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Europa y Estados Unidos que correspondió también al desarrollo de la ciudadanía social y política con el establecimiento del sufragio universal inicialmente de naturaleza masculina.

La configuración de derechos laborales en la experiencia europea, implicó el desarrollo de procesos de resistencia que se tradujeron en respuestas organizativas y la creación de demandas que iban definiendo un lenguaje de derechos. Las políticas laborales delimitaban al sujeto individual de la contratación del trabajo y los derechos sociales que estaban definidos por la intervención del Estado. Así es como surgen políticas de protección y seguridad social, que han sido interpretadas ya sea como producto de las luchas laborales o al contrario como anticipaciones del Estado para precautelar la paz social. Estos procesos se prefiguraron en la fase del Estado liberal en el siglo XIX y se consolidaron en el Estado de bienestar durante el siglo XX (Honneth, 2014: 303-305). De allí que las organizaciones de trabajadores emergen como instancias de regulación de la oferta de trabajo y una capacidad por incidir en las políticas laborales.

Todos estos procesos mencionados para Europa, se concretaron en América Latina entre el último tercio del siglo XIX y mediados del siglo XX en sociedades donde el capitalismo se implantó en un ambiente de sociedades rurales con amplios rasgos precapitalistas. La investigación histórica llamó la atención sobre la acción colectiva de trabajadores en los enclaves mineros. Por ejemplo, en Perú y Bolivia, el proletariado minero caracterizado como un actor radical tenía también lazos rurales y étnicos. Pero ha permanecido en un plano menos visible el desarrollo del sindicalismo rural en las haciendas de los países andinos.⁴⁹ Este tuvo cierta importancia antes y después de la década de 1950 cuando se producían movilizaciones y conflictos anteriores a las reformas agrarias.

⁴⁹ Acerca de los trabajadores mineros de Perú y Bolivia, véase De Wind (1974-76); Flores Galindo (1983); Zabaleta (1982); Platt (1983). Sobre el sindicalismo rural en Perú y Bolivia, véase Cotler y Portocarrero (1976); Alberti (1976); Dandler (1983); Fioravanti (1974).

Uno de los aspectos condicionantes para el apareamiento de organizaciones laborales es el desarrollo de un mercado de trabajo capitalista donde una demanda de trabajadores constituida por núcleos empresariales se encuentra con una oferta de trabajadores que poseen mecanismos diversos de producción y reproducción laboral. Y precisamente las organizaciones laborales con su capacidad de intervención pueden controlar parcialmente el mercado de trabajo al definir condiciones de contratación generales. Pero existe en mayor o menor medida mecanismos de regulación que se traducen en una legislación laboral que establece mecanismos de negociación.

A) La trama del concertaje

Las relaciones laborales dentro de las haciendas de la sierra ecuatoriana en realidad se encontraban inmersas en una trama de dominación étnica con articulaciones al poder político local y nacional tal como puede evidenciarse con el funcionamiento de las normas de trabajo local.

Fue en el último tercio del siglo XIX cuando aparecieron los Reglamentos de trabajadores donde se fijaban los términos de contratación, los salarios y la duración del contrato para los trabajadores. La institución que debía llevar adelante la aplicación de esta legislación era el municipio con la intervención de los Jefes Políticos como delegados del poder ejecutivo en los cantones. En estos reglamentos se especificaban los trabajadores residentes en las haciendas y aquellos que se encontraban con residencia externa. Era una forma de intervención estatal descentralizada en la que las autoridades locales tenían un papel fundamental (Guerrero, 1991). Aunque estos reglamentos tenían un contenido relativamente similar, estaban adaptados a las condiciones locales de las distintas regiones de la sierra (Ibarra, 1987). Permitían a los hacendados mantener un control sobre los trabajadores y usar mecanismos variados de coerción que incluían la cárcel. Esas reglamentaciones incluían los ajustes anuales de cuentas en las que se constataba si los peones estaban con deudas o tenían saldos a su favor. No eran extrañas las situaciones en las que los patronos estaban endeudados con los peones de acuerdo a datos disponibles en los archivos locales.

Con la revolución liberal (1895) se dio por concluida la existencia de los Reglamentos de trabajadores y quedaron vigentes algunas disposiciones del Código Civil para la

contratación de trabajadores rurales. Hacia 1899 se produjeron nuevas disposiciones legales que regulaban la contratación, dando atribuciones a los Jefes Políticos y fijando las liquidaciones anuales de cuentas. Con esta nueva legislación se daba mayores atribuciones a los delegados del poder ejecutivo en las negociaciones. Las contrataciones de conciertos incluían los salarios, y se especificaba la edad de los trabajadores. Estas disposiciones igualaban las condiciones locales de contratación a un esquema más general e incluían también a trabajadores urbanos.

Las relaciones de concertaje poseían un conjunto de denominaciones tradicionales para las modalidades de remuneración, tales como “socorros”, “suplidos” y “suplementos” tal como aparecen en los libros de registro contable de las haciendas al fin del siglo XVIII (Ibarra 1988). Los socorros eran pagos en productos de naturaleza individual y colectiva vinculados a ciclos festivos y necesidades familiares de los peones, se valoraban en un equivalente de dinero. Los suplidos eran anticipos de dinero y productos que se entregaban de manera individual. Los suplementos tenían un carácter excepcional. Todas estas formas de remuneración quedaban registradas en la contabilidad patronal con las cuentas individuales de los trabajadores. En las primeras décadas del siglo XX estas formas de remuneración se mantenían con rasgos más o menos comunes en las haciendas de la sierra norte del Ecuador (Guerrero 1991). Así que no resulta extraño que en *Huasipungo*, la novela de Jorge Icaza (1934), aparezcan mencionados los socorros y suplidos como formas de remuneración.

La cuestión de la deuda se ha presentado como un tópico relacionado con el vínculo de los trabajadores rurales residentes en las haciendas. Esto fue generalmente conocido en América Latina como el “peonaje por deudas” que sobre todo en versiones políticas y literarias aparecía asociado al despotismo patronal y la explotación. En este sentido se destaca *México bárbaro* de John Kenneth Turner (2011 [1911]) donde describió los lados más sombríos del peonaje por deudas en Yucatán a comienzos del siglo XX definiéndolo como una forma de esclavitud que contribuyó a la crítica del régimen de Porfirio Díaz. Aunque el mejor conocimiento de la historia agraria permitió relativizar el impacto del peonaje por deudas, al constatarse que existían múltiples formas de trabajo rural y que el papel de las deudas no era necesariamente el mecanismo más importante, además de que se hacía necesario indagar sobre los lazos culturales entre los

peones y los hacendados como parte constitutiva de las relaciones laborales (Bauer, 1979).

En la documentación de la contabilidad de algunas haciendas analizada minuciosamente por Andrés Guerrero (1991), se concluye que la deuda de los conciertos estaba integrada a través de los socorros y suplidos como una parte del mecanismo de distribución de la hacienda. Sin embargo, el tejido social de los indígenas conciertos estaba constituido por lazos comunitarios sustentados en el parentesco y el compadrazgo. Los vínculos del patrono con los huasipungueros eran en realidad con las familias que residían en las haciendas y se encontraban sujetas al control inmediato de mayordomos blancos y mestizos. Mientras que en un lugar intermedio de la cadena de mando se encontraban los mayores reclutados entre los indígenas huasipungueros. Un momento de alta significación eran los ciclos festivos donde se producían relaciones rituales de mucho simbolismo entre los patronos y los indígenas. Las familias de huasipungueros residentes en las haciendas, constituían una economía familiar que operaba con sus ciclos demográficos y vínculos que podían incluir heredar el huasipungo tras la muerte del titular. La naturaleza mercantil de la producción de las haciendas implicaba una vinculación hacia los mercados locales y regionales donde se realizaba su producción. La parte significativa de la producción que se entregaba a los trabajadores como socorros y suplidos, hacía que esta sea valorada a precios de mercado. Entonces, la hacienda tenía una racionalidad mercantil que sin embargo se hallaba condicionada por una economía étnica que implicaba el tejido social y productivo de los indígenas residentes en las haciendas.

La configuración de las relaciones laborales en las haciendas de la sierra ecuatoriana tuvo una transformación básica en 1918 cuando se suprimió la prisión por deudas luego de un amplio debate jurídico y político que tuvo como contenido diversas percepciones sobre los trabajadores de las haciendas conocidos como conciertos. El concertaje era la denominación a una relación laboral sustentada en un salario monetario y en especie junto a la dotación de un lote de tierra conocido como huasipungo, una denominación que ya estaba mencionada en la época colonial. Al suprimirse la prisión por deudas se permitía una mayor movilidad de los trabajadores rurales y se tornaban factibles formas de contratación más cercanas al trabajo asalariado. Sin embargo, se mantuvieron en las

haciendas amplios contingentes de trabajadores conocidos como huasipungueros. En todo caso, la coyuntura del debate del concertaje permitió aflorar ideas y opiniones liberales y conservadoras sobre el indio. Y especialmente desde las opiniones liberales se constituyeron los rasgos generales del indigenismo que portaron corrientes ilustradas del liberalismo y luego la izquierda. Los idearios indigenistas se prefiguraron en el siglo XIX con percepciones que tenían una fuerte carga racista y civilizatoria.

De esta manera, el debate moderno sobre el concertaje que se desarrolla entre 1914 y 1918, donde se puso en discusión nuevamente la prisión por deudas, tenía por contenido la propuesta de formar un mercado de trabajo libre. El supuesto por parte de los promotores de la supresión de la prisión por deudas era que había una coacción jurídica y un dogal constituido por la deuda. Esto era cierto parcialmente, pero también era verdad que los conciertos habían desarrollado mecanismos de resistencia y acomodo ante los hacendados, a más de que ya existían nuevas alternativas de trabajo, incluyendo la migración a las ciudades.⁵⁰

Cuando se toman los argumentos de Belisario Quevedo y Agustín Cueva, dos de los principales impugnadores liberales del concertaje, puede notarse que al plantear la vigencia de un mercado de trabajo libre, era posible la extensión de la ciudadanía al agro, con el surgimiento de un trabajador agrícola moderno. El derecho liberal solo era posible que funcione con ciudadanos, y era un camino para depurar las bases del poder local, rompiendo las formas de dominación de los hacendados y creando las condiciones, con una reforma desde arriba, para la constitución de un Estado moderno.⁵¹

La prisión por deudas, fue finalmente suprimida del Código Civil en 1918. Esto tuvo un impacto desigual en las diferentes regiones, o al interior de las mismas, se sintió de modos diferentes. En la costa donde también existían relaciones laborales con deudas,

⁵⁰ Acerca de la evolución del concertaje y el mercado de trabajo rural en Tungurahua entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, ver Ibarra (1988).

⁵¹ Sobre los argumentos contrarios al concertaje, véase: Cueva (1915) y Quevedo (1916). Una descripción regional del concertaje y de la sociedad indígena en Tungurahua de Nicolás Martínez (1916) propone una perspectiva alejada del debate jurídico e introduce también importantes consideraciones sobre las comunidades indígenas y los indios urbanos. Agustín Cueva, era un jurista quien fue el padre de Agustín Cueva (1937-1990), uno de los más conocidos sociólogos ecuatorianos del siglo XX.

se informaba que en Milagro se habían deteriorado las relaciones laborales, mientras que en Balao se presentaron conatos de reclamos organizados de los peones. En la provincia de Imbabura, los terratenientes se quejaban de la anarquía reinante al cambiar las condiciones de negociación. Mientras que en Azuay y Tungurahua, provincias donde había existido el desarrollo de la pequeña propiedad, los términos de la discusión del concertaje tuvieron un sentido distinto, en cuanto los trabajadores rurales habían desarrollado una mayor capacidad de negociación con los terratenientes. Una afirmación muy posterior a la supresión del concertaje sostiene que la medida ocasionó migración indígena a las ciudades y habría facilitado la generación de una oferta de trabajadores para las obras públicas.⁵²

En todo caso, se había producido una intervención de autoridades estatales a nivel local que sobre todo ocurría en los llamados ajustes de cuentas que se realizaban con una periodicidad anual. Esta institucionalidad se vio modificada con la aparición de una legislación laboral que después de 1925 tendió al establecimiento de una legislación general. Con la creación del Ministerio de Previsión en 1925 se abrió una nueva época en la regulación del mundo laboral e indígena que coexistió con las anteriores costumbres de negociación. Fue una tendencia a localizar en un aparato del Estado central el espacio de negociación de las relaciones de trabajo urbanas y rurales, aunque lo nodal era la preocupación sobre las primeras.

Evidentemente fue la Constitución de 1929 la primera que erigió los fundamentos de un Estado social. Allí se establecieron derechos sociales para trabajadores urbanos y se reconoció la vigencia de las comunidades campesinas. Además se estableció la función social de la propiedad que permitió el apareamiento de una legislación limitada sobre expropiación de tierras urbanas y rurales. También se definió una representación funcional al Senado para diversos grupos sociales.⁵³ Esta representación corporativa se mantuvo con modificaciones hasta la Constitución de 1967. Los senadores funcionales eran designados de modo indirecto con colegios electorales y tenían cuatro años de

⁵² “El año agrícola en la sierra”, *El año ecuatoriano*, VII, No. 7, 1959, Quito, pp. 274-275.

⁵³ Según la Constitución de 1929, en el senado, junto a una representación territorial por provincias, había una representación funcional constituida por 15 senadores: 2 por la agricultura, 2 por el comercio, 1 por la industria, 1 por el obrerismo, 2 por los campesinos, 1 por los militares, y por las universidades, y por los profesores secundarios, 2 por los profesores primarios y normalistas, 1 por el periodismo y academias, 1 para “la tutela y defensa de la raza india”.

duración en sus funciones. Primero se elegían representantes provinciales que luego nombraban al senador funcional respectivo. Los representantes funcionales de trabajadores y maestros fueron frecuentemente dirigentes políticos o gremiales identificados con la izquierda.

B) Los orígenes del sindicalismo en las haciendas de la Asistencia Pública

El estudio de Mercedes Prieto (1978) fue muy significativo para establecer una interpretación del surgimiento y desarrollo de la acción sindical conducida por el Partido Comunista en las haciendas de la Asistencia Pública en Cayambe. Su análisis se fundamenta en las respuestas organizativas y las demandas en tres haciendas de Olmedo: Pesillo, la Chimba y Moyurco. Cubre el período 1926-1948, que abarca el surgimiento de las demandas laborales hasta su institucionalización que fue decisiva con la fundación de la FEI (Federación Ecuatoriana de Indios) en 1944. La acción sindical se encontró activada inicialmente por una crisis de autoridad patronal, los contactos con la izquierda y la trama de poderes a nivel nacional con los cambios decisivos que trajo la creación del Ministerio de Previsión Social y la capacidad de intervención de aliados urbanos. Se puede notar un relativo vacío de información para los años treinta, pero es destacable que después de 1944 se fortalecen las conquistas de los indígenas con el funcionamiento de un sistema escolar auspiciado por la FEI, la supresión del cobro de diezmos y primicias y la legalización de los sindicatos. Estaba muy clara la importancia de Cayambe por el liderazgo indígena que allí surgió y fue una firme base organizativa de la FEI que permaneció en el tiempo.

La formación de sindicatos en las haciendas tenía una peculiaridad, estaban constituidos por trabajadores indígenas con un tejido familiar y comunal configurado por generaciones que habían residido en las haciendas. Como la experiencia organizativa había transcurrido mayormente en las haciendas de la Asistencia Pública, pertenecían jurídicamente al ámbito de una propiedad rural del Estado que se encontraba bajo la conducción de arrendatarios que pagaban una renta a la institución estatal. Se daba así el hecho paradójico de que una parte de la política de salud pública, principalmente a través de los hospitales públicos se sustentaba en la actividad laboral de los trabajadores indígenas de esas haciendas. Una política moderna de salud estaba anclada en una forma de trabajo precapitalista. Las relaciones de dominación estaban delegadas a los

arrendatarios y el Estado tenía la potestad de intervenir discrecionalmente. Como frecuentemente los arrendatarios provenían de las elites terratenientes, habían relaciones de clase y étnicas implicadas, porque los arrendatarios eran blancos que manejaban las haciendas con personal administrativo mestizo y trabajadores indígenas.

El primer sindicato agrícola de la sierra, se constituyó en 1926, a raíz de una toma de tierras de la hacienda privada de Changalá, por parte de algunos comuneros de Juan Montalvo y pobladores de Cayambe, con el respaldo de militantes del núcleo socialista “La Antorcha” que se hizo presente en la zona. El líder del sindicato Jesús Gualasiví, realizó una intensa labor para impulsar las organizaciones laborales y contacto con el partido socialista. No se puede precisar el año de creación de los sindicatos, localizado entre 1927 y 1931. El primer sindicato se organiza en Pesillo y se denomina “El Inca”, luego se forma “Tierra Libre” de Moyurco, y en La Chimba “Pan y Tierra” (Prieto, 1978: 43).

Los sindicatos se constituyeron con los huasipungueros, los arrimados y los pocos yanaperos “indios” que existían. Los yanaperos “blancos” no participaban, porque consideran que es cosa de “naturales”. La directiva del sindicato estaba constituida por 5 miembros: Secretario General, Secretario de Actas, Tesorero y dos cabos. Los cabos eran los encargados de avisar y juntar a los miembros del sindicato para las reuniones. En la familia huasipungo ampliada, hay un grupo de intermediarios, los campesinos alfabetos, que por ser bilingües tienen comunicación fácil con emisarios del Partido. Luego hay otra instancia de intermediación entre los sindicalizados y el Partido en Quito, es un núcleo socialista de Cayambe, formado por maestros y artesanos a partir de los sucesos de Changalá, aunque muchas veces esta instancia regional se pasaba por alto, en una relación directa entre los campesinos y el Partido (Prieto, 1978: 44-45).

Los líderes o cabecillas generalmente constituían la directiva de los sindicatos, distinguiéndose dos categorías, los alfabetos y los analfabetos. Eran huasipungueros o arrimados de edad media (30 a 50 años) que manejan el castellano y sobresalían por sus características personales. Los patronos procuraban cooptar a los líderes, designándolos como mayores o proporcionándoles mayores regalías que el resto de los campesinos.

Por lo general, aunque no exclusivamente, los líderes transmitían su experiencia a sus familiares (Ibíd: 46).

La historia de la acción campesina en Cayambe ha recibido también atención de Marc Becker y Silvia Tutillo (2009) en un estudio que establece las condiciones históricas del sistema de haciendas de la Asistencia Pública y la acción campesina entre comienzos del siglo XX y fines de la década del sesenta cuando se produjeron las intervenciones de reforma agraria que dieron lugar a cooperativas agrícolas. Como este proceso histórico estuvo indisolublemente ligado a la historia fundacional de la izquierda ecuatoriana, Becker trata de establecer los aspectos de autonomía de la acción indígena frente a la izquierda. El partido socialista ecuatoriano se fundó en mayo de 1926 y poco antes se había creado en Juan Montalvo una parroquia de Cayambe un sindicato que había entablado un conflicto con la hacienda Changalá esperando su parcelación, aunque esta disputa ya se había presentado desde fines de la década de 1910 cuando habitantes mestizos e indígenas de Cayambe reivindicaron la propiedad de una parte de la hacienda. Jesús Gualavisí fue el líder indígena de este sindicato y en representación de los indígenas participó como delegado en la fundación del Partido Socialista Ecuatoriano.⁵⁴ Es cierto que la presencia de un líder indígena en medio de abogados, maestros, médicos y dirigentes laborales urbanos era un hecho excepcional. Lo mismo de Maria Luisa Gómez de la Torre, la única mujer que participó en el evento. El posterior involucramiento del PSE y luego del Partido Comunista con los indígenas de Cayambe, presenta algunos aspectos de la historia conflictiva de la izquierda que tiene

⁵⁴ Cuando falleció Jesús Gualavisí apareció esta nota: “Acaba de morir Jesús Gualavisí, extraordinaria figura de indio, cuya vida estuvo dedicada por entero a la lucha revolucionaria. En verdad, pocos indios como éste, tan admirables en su entereza ideológica, tan formados en la convicción profunda de que el pueblo ecuatoriano todo debe conquistar el destino que se merece, tan hechos a la necesidad de combatir contra el feudalismo, tan indio en lo que se refiere a la virtualidad de una raza jamás resignada al oprobio de la opresión y de la explotación, tan demostrativo de que nuestros indígenas son seres humanos capaces de redimir con su ejemplo el concepto de su antigua grandeza, enajenada por la brutalidad activa del encomendero en función de una estructura social, cuyos signos más característicos son, comenzando por el anacronismo la injusticia, la cárcel, el hambre, el látigo, el analfabetismo. A Gualavisí lo recordamos junto a Dolores Cacuango, otro personaje maravilloso de nuestros indios revolucionarios. Lo recordamos con sus barbas alfaristas librando combates tenaces, perseguido, execrado, odiado por los terratenientes y siempre firme en las trincheras de la lucha. Mucho de la lucidez que distingue a los indios de Cayambe, se debe al procerato cobrizo de Gualavisí, a su gestión incansable a favor de su gente, a su prurito de rebeldía, a su conciencia de clase ingobernable, a su enhiesto orgullo de indio.” “Jesús Gualavisí”, *Mañana*, Año III. No. 153, 10 de Enero de 1963, p. 4. Según Celso Fiallo, Jesús Gualavisí murió en la indigencia.

que ver con los vínculos con la Tercera Internacional que originaron discrepancias que culminaron en la organización del Partido Comunista en 1931 y una refundación del PSE en 1933.

La Tercera Internacional se constituyó en 1919 directamente impulsada por el Partido Bolchevique de la Unión Soviética en el marco de una coyuntura de radicalización que se expresó en la revolución alemana de 1918 y la revolución húngara de 1919, procesos que fracasaron. Por otra parte, los partidos socialdemócratas europeos se encontraban en crisis internas con minoritarios segmentos radicalizados y mayorías que defendían puntos de vista reformistas producto de una dilatada experiencia de participación electoral (Claudin, 1970). La Segunda Internacional (1889-1914) que fue conformada por los partidos socialdemócratas europeos se encontraba en crisis a partir de las fuertes discrepancias que produjeron las actitudes divergentes sobre el internacionalismo en la situación de la Primera Guerra Mundial que se tradujo generalmente en el apoyo a los intereses de cada país en la contienda. Entre 1919 y 1924 se constituyeron la mayoría de partidos comunistas en Europa y solo unos pocos en Asia y América Latina, entre estos, los partidos comunistas de Argentina (1918), México (1919), Uruguay (1920), Brasil (1921), y Chile (1922).

En realidad, los vínculos de la naciente izquierda ecuatoriana con la Comintern habrían comenzado a mediados de la década de 1920 con el Secretariado Sudamericano de la Comintern establecido en Buenos Aires, pero fueron contactos esporádicos a los que el Partido Comunista Argentino no les prestó mayor atención. La presencia en el Ecuador de Rafael Ramos Pedrueza, un diplomático mexicano comunista, permitió una relación con la Comintern al constituirse en 1925 el Grupo Lenin en el que participaba Ricardo Paredes. En 1924 se empezó a publicar *La Antorcha*, un periódico que aglutinaba a intelectuales que proclamaban ideales socialistas, entre ellos, el mismo Paredes y Luis Maldonado Estrada. Paredes, de origen riobambeño, se graduó de médico en la Universidad Central de Quito en 1921 con una tesis sobre la sífilis en la que describía los tratamientos prevalentes hacia esa enfermedad de transmisión sexual.⁵⁵ Maldonado Estrada, en cambio, fue uno de los jóvenes dirigentes laborales que estuvo

⁵⁵ Ricardo Paredes, *La sífilis*, Tesis para optar el título de Doctor en Medicina, Universidad Central, Quito, 1921 (fragmento), incluido como anexo en G. Rodas (2011: 117-143).

en primera fila en las movilizaciones populares que desembocaron en el 15 de noviembre de 1922 en Guayaquil; y quien en los años treinta tendrá un rol fundamental en el desarrollo del PSE.

Se había producido la relación de un primer núcleo comunista con la Tercera Internacional por la mediación del Partido Comunista Mexicano, pero por presión norteamericana, las autoridades ecuatorianas pidieron la salida de Ramos Pedrueza.⁵⁶ Este núcleo había sido admitido por la Comintern y actuaba de modo organizado cuando se produjo la fundación del Partido Socialista Ecuatoriano en 1926. De modo que el PSE, tenía a su interior una estructura paralela encabezada por Ricardo Paredes, quien tuvo una relación muy cercana con Isidro Ayora, el Presidente del Ecuador puesto en funciones por mediación de los militares julianos en 1926. En las Actas de la fundación del PSE, se aprecia justamente la controversia sobre la afiliación a la Comintern, algo que no fue aprobado, pero que los historiadores rusos Lazar Jeifets y Víctor Jeifets la dan por resuelta. Estos historiadores han trabajado sobre la documentación de la Comintern que establece una afiliación de dos partidos. Ricardo Paredes estuvo en Moscú entre 1927 y 1928, y participó en el VI Congreso de la Comintern.

En 1928, la dirección del PSE pidió la afiliación a la Comintern y también se encontraba en camino la afiliación del PCE que era una estructura secreta dentro del PSE. Todo esto obviamente creaba fricciones dentro de PSE, puesto que un amplio sector estaba en contra de la afiliación a la Tercera Internacional. Entre 1928 y 1930, se produjeron fraccionamientos y pugnas que revelaban el carácter heterogéneo del PSE constituido por facciones que impedían una acción unificada.

Así es como ha quedado en los registros de la izquierda ecuatoriana una memoria paralela (y confusa) en torno al I Congreso de 1926. El PSE lo declara como el año de su fundación, y el PCE como su I Congreso. El II Congreso del PCE, siguiendo su memoria, ocurrió en 1931, tras su estructuración bajo la plena adhesión a las famosas 21

⁵⁶ L. Jeifets y V. Jeifets (2010: 3-4). Este novedoso artículo de dos historiadores rusos está sustentado principalmente en la documentación de la Comintern sobre los orígenes del PCE, pero tiene imprecisiones sobre la época y un desconocimiento de referencias bibliográficas ecuatorianas.

condiciones de la Comintern. Entonces, tanto el PCE como el PSE declaran su fecha de nacimiento en 1926. El PSE tuvo un acto refundacional en un Congreso de 1933. En el conocimiento usual de la izquierda, la fundación del PCE en 1931 se considera como una escisión del PSE.

A esta historia particular que significó la influencia de la Comintern en este período fundacional de la izquierda Becker y Tutillo no le prestan atención, y más bien suponen que habría ocurrido una influencia del pensamiento de Mariátegui sustentados en un testimonio de Nela Martínez sobre la circulación de la revista *Amauta* en los medios de izquierda en los años veinte (Becker y Tutillo: 114-115). Pero la circulación de una publicación no significa que ya se produzca su recepción entre los medios políticos e intelectuales. Del mismo modo se podría suponer que la divulgación de la literatura de la Comintern que también ocurre en ese tiempo hubiese sido receptada de modo automático. La recepción o difusión del pensamiento de Mariátegui en Ecuador todavía no ha sido investigada, y si bien se advierten ecos distantes de sus planteamientos entre los socialistas y comunistas ecuatorianos, difícilmente existió una asimilación orgánica y más aún se puede suponer que estas ideas se hayan diseminado en el medio indígena. Probablemente el único texto conocido que revela un cierto nivel de recepción de Mariátegui es uno de Benjamín Carrión (1928) que señala más bien la veta literaria del pensador marxista peruano pero no sus enfoques políticos y teóricos sobre el agro y el cambio revolucionario, puesto que Carrión tenía poco conocimiento del marxismo. En ese ambiente de los años veinte y treinta, era más factible la coexistencia entre los idearios indigenistas y el pensamiento de la Comintern, donde Mariátegui se insertó conflictivamente.

El hecho es que la corriente del PSE vinculada a la Comintern fue la que entró en una relación con los indígenas de Cayambe basándose también en el apoyo de grupos artesanales y mestizos de Cayambe. De esta manera se originó una larga relación que tuvo como una figura central a Ricardo Paredes y otros militantes del Partido Comunista. En Cayambe, Rubén Rodríguez, un militante comunista mantendrá un vínculo cercano después de los años treinta. La naturaleza de esta relación entre militantes de izquierda e indígenas es un aspecto problemático puesto que era un

encuentro entre individuos urbanos blancos ilustrados e indígenas analfabetos. Becker y Tuttillo sostienen que este lazo era de naturaleza igualitaria.

“En los años veinte, los kayambis habían organizado sindicatos campesinos, mientras que los blancos izquierdistas de Quito habían organizado por su parte un partido socialista. Gracias a los esfuerzos de individuos como Ricardo Paredes y Jesús Gualavisí, los dos grupos hicieron converger sus intereses y preocupaciones comunes. A medida que se apoyaban en sus luchas, surgía una coalición interétnica cada vez más fuerte” (Becker y Tuttillo, 2009: 123).

En una sociedad con una fuerte jerarquización, racismo y distancias culturales extremas, se podría postular que los militantes blancos y mestizos de izquierda encontraban un sujeto movilizado y necesitado de contactos externos para la negociación con el Estado, puesto que facilitaban las relaciones y los recursos necesarios para entablar demandas y dar curso a sus aspiraciones. No sería erróneo imaginar que los indígenas encontraban interlocutores diferentes a los tinterillos que eran conocidos como intermediarios entre los indígenas y el Estado. De modo que los militantes de izquierda ofrecían saberes y conocimientos con mayor ventaja y destreza que los tinterillos.

Una huelga que se desarrolló en las haciendas Pesillo y Moyurcu a fines de 1930 es muy indicativa de la naturaleza de las demandas implicadas y la forma de gestión y resolución del conflicto. El pliego de peticiones establecía 17 puntos que indican el conjunto de temas de reclamo involucrados. El primer punto pide el despido de mayordomos y empleados que maltraten a los trabajadores y empleen la violencia. El segundo punto solicita que a las mujeres que hacen servicio doméstico en la hacienda se les remunere y el sindicato haga los turnos de servicio. Algunos puntos se refieren a alzas de salarios para las ordeñadoras, los huasipungueros y los trabajadores sueltos. Otros puntos indican la supresión de los diezmos, y el uso de tierras de pastoreo de la hacienda, la limitación del número de días de trabajo a cinco, jornada de trabajo de ocho horas, establecimiento de una escuela y asistencia médica.⁵⁷ Este conjunto de peticiones

⁵⁷ “Pliego de peticiones que los sindicatos “El Inca” y “Tierra Libre” situados en la parroquia Olmedo, presentan a los arrendatarios de las haciendas donde trabajan”, *El Día*, 6 de enero de 1931. Citado en Prieto (1978).

permite establecer que se trataba de demandas que reordenaban las relaciones de trabajo tomando en cuenta a todos los tipos de trabajadores. Se dirigían a limitar la autoridad de los intermediarios entre los arrendatarios y a fortalecer la economía de las familias huasipungueras. En las negociaciones con la Asistencia Pública algunas peticiones fueron aceptadas, pero luego los arrendatarios incumplieron el convenio y a comienzos de 1931 prosiguieron las acciones de protesta.

Lo importante de este conflicto es que plantea la intervención de varias instancias del Estado en propiedades rurales estatales gestionadas por arrendatarios privados. En primer lugar, estaba siempre presente el ejército con su papel de contención, las autoridades locales y la capacidad de mediación de los miembros de izquierda. Aparecían formas de intervención que incluyeron una entrevista con Isidro Ayora - Presidente de la República-, pero él se opuso a la presencia de intermediarios de los indígenas. En los primeros meses de 1931 había un clima de movilización en las haciendas junto a viajes de los indígenas a Quito para negociar el conflicto. Las noticias de la prensa hablan de “sublevación” y “levantamiento”, una manera de designar a eventos de acción colectiva, pero lo nuevo era la vigencia de un pliego de peticiones con amplias demandas laborales.

Un Congreso Campesino se había convocado para el 7 de febrero de 1931 en Cayambe. De acuerdo a los organizadores, se preveía la asistencia de delegados campesinos de algunas provincias del país, incluyendo la zona de Milagro en la costa donde también se había creado organizaciones desde fines de la década del veinte. La lista de organizaciones que debían asistir y el número de miembros que tenían como afiliados eran: Sindicato Central del Milagro (15.320); Palmira del Carchi (230); San Pablo, Imbabura (1500); Abatag, Valenzuela y el Abra, Imbabura (1000); Inca, Tierra Libre y Juan Montalvo de Cayambe, Pichincha (1200); Yaruquí, Pichincha (200); Tigua, Salamalag y Guangaje, León (600), Pataquí, Pichincha (85); Sibambe, Chimborazo (190); Monte Olivo y Los Palmares, Imbabura (410); Hijos del Trabajo, Cayambe Pichincha (110); Jesús Maria, Guayas (150); Guale, Manabí (300).⁵⁸ El número de representantes de estas organizaciones que estarían efectivamente en el Congreso no

⁵⁸ “Siguen llegando a Cayambe gentes de diversas procedencias para la Celebración del Primer Congreso de Campesinos del Ecuador”, *El Día*, 31 de enero de 1931.

estaba claro, pero el Gobierno se alarmó, estableció medidas de vigilancia, envió al ejército y decidió impedir la realización del evento. De acuerdo a la lista, se nota que una parte de estas organizaciones había establecido el modelo sindical, pero otras eran comunas e incluso una organización mutual de artesanos de Cayambe y otras de la costa (Milagro y Guale). Especialmente en Milagro se había producido la agremiación de campesinos desde fines de los años veinte. El clima de movilización en las haciendas de Cayambe y el conflicto latente de la hacienda Chungalá, se presentaban como un ambiente favorable para la realización del Congreso. Las expectativas de los miembros del partido comunista en gestación eran las de aglutinar en una organización nacional las organizaciones que habían sido atraídas hacia la acción reivindicativa. Ricardo Paredes y Luis Chávez fueron apresados y se instaló permanentemente el ejército en la zona.

Tal estado de cosas en el que había confluído el conflicto en las haciendas con la convocatoria a un Congreso campesino, llegó hasta el Consejo de Estado donde uno de sus representantes era el Dr. Ángel Modesto Paredes, hermano de Ricardo Paredes. En la discusión se aprobó la intervención represiva por mayoría justificando las medidas tomadas de apresar a los “dirigentes comunistas”. Pedro Nuñez, senador funcional por la raza indígena se hizo presente en Cayambe para recolectar las peticiones de los indígenas, pero apareció en el juego de estas intervenciones, la creación de comisiones situadas a escala cantonal para recoger las demandas de los campesinos e indígenas con el fin de evitar sublevaciones.⁵⁹ En estas comisiones que se les llamó “Los Patronatos Indígenas” debían estar en teoría también delegados de los indígenas, pero su funcionamiento careció de eficacia.⁶⁰ Este tipo de organismos de mediación ya habían sido propuestos por Pío Jaramillo Alvarado en los años veinte.

Como se puede constatar, en este momento fundacional de la acción reivindicativa en las haciendas estatales se había producido una relación entre un actor político urbano organizado y una acción colectiva que aparecía definida en la prensa como sublevación o levantamiento. Se ha observado que la movilización campesina puede adquirir un

⁵⁹ “Consejo de Estado”, *El Día*, 12 de febrero de 1931; “Regresa de Cayambe el senador de la raza indígena”, *El Día*, 22 de febrero de 1931.

⁶⁰ “Los patronatos indígenas”, *El Día*, 27 de junio de 1931.

curso autónomo como procesos de gestación de demandas desde la propia iniciativa del grupo campesino involucrado como una acción independiente, o requerir de agentes externos en una acción política dirigida donde los aliados exteriores proporcionan recursos y dirección a la protesta campesina (Shanin, 1975: 257-258). Se produjeron indudables efectos políticos en las instancias del Estado al establecerse modos de negociación sin que se deje de lado la represión. La acción reivindicativa en las haciendas se había tornado en acción política por su impacto en las relaciones laborales y poder en el lugar de trabajo. Otro tipo de acciones reivindicativas ocurrieron en haciendas de Cotopaxi y Bolívar junto a litigios entre haciendas y comunidades en diversos lugares de la sierra ecuatoriana durante 1931. Esto se tradujo en que las funciones de tipo laboral y rural que desempeñaba el Ministerio de Previsión Social fueran absorbidas por el Ministerio de Gobierno entre 1931 y 1933. Es decir, se acentuó la dimensión de represión y control. En tanto que entre el alto mando del ejército se había instalado la idea del peligro “bolchevique”. Las oportunidades políticas para la movilización que abrió la revolución juliana se habían cerrado.

En 1933 se discute en el parlamento un proyecto de ley que buscaba la parcelación de las haciendas de la asistencia pública. En el debate se dirimieron posiciones proclives a los terratenientes y otras a favor de la parcelación de las haciendas que finalmente terminaron en el archivo del proyecto (Prieto, 1978: 79). En estas discusiones eran muy influyentes las opiniones de la Sociedad Nacional de Agricultura, un gremio de los terratenientes serranos que expresaba ideas en torno a la modernización de la agricultura.

La publicación de la novela *Huasipungo* de Jorge Icaza en 1934 en una modesta edición de bajo tiraje, significó la aparición de una perspectiva literaria realista sobre la hacienda como un lugar de opresión. La trama de la novela se desenvuelve en una hacienda serrana distante de las redes de comunicación a la que se puede llegar tras un penoso viaje después de un primer trayecto en ferrocarril. Alfonso Pereira, el propietario, es un terrateniente en quiebra que llega a la hacienda “Cuchitambo” para controlar de cerca su heredad junto a su hija embarazada a la que es preciso ocultar. La posibilidad de modernización surge de una relación con el capital extranjero. La salvación de Pereira proviene de los capitales que vienen de afuera para explotar la

madera. Andrés Chilibringa es el huasipunguero que termina encabezando una revuelta. Los huasipungueros aparecen con emociones y sentimientos que les dotan de una capacidad de acción que podía terminar en la rebelión como un recurso necesario ante la acumulación de los agravios que comete el patrón y sus intermediarios. La novela concluye en una rebelión que es reprimida brutalmente por el ejército. Un diálogo entre Alfonso Pereira y su tío Julio al comienzo de la novela alude a una memoria sobre hechos anteriores de naturaleza conflictiva:

“-Se hará lo que buenamente se pueda. Los indios no querrán salir de sus huasipungos.

-Tú eres el amo.

-Recuerde usted los levantamientos que ha tenido que sufrir mi pobre padre por la misma razón. A ese pedazo de tierra que se les presta por el trabajo que dan a la hacienda, lo toman con gran cariño, y levantan su choza, cultivan su sementera, cuidan de sus cerdos, sus gallinas y cuyes”.⁶¹

Las relaciones con un poblado mestizo, el Teniente político y el cura completan la trama de la novela que revelaba un microcosmos de la sociedad rural serrana. Lo que se puede llamar el “efecto” *Huasipungo* fue la creación de un imaginario del sistema de hacienda sustentado en la violencia física y la autoridad patronal despótica. De modo que la rebelión indígena en la hacienda emergía como una respuesta reactiva de naturaleza también violenta pero no encauzada por un actor organizado.

C) La influencia del Código del Trabajo

Un signo del cambio que implicaban las demandas laborales surgidas en la década del treinta, fue un Decreto de 4 de febrero de 1937, que fijaba salarios con diferencias regionales y la naturaleza urbana o rural del trabajo. Se definía s./1,00 diario para los trabajadores manuales de la sierra: s./ 2,00 diarios para los trabajadores manuales de la

⁶¹ Icaza (1934: 10). Este diálogo que alude a una memoria patronal de anteriores “levantamientos” de los huasipungueros en la hacienda, se encuentra en las primeras ediciones de *Huasipungo*. Ya no consta en las actuales ediciones de la novela. Icaza publicó ediciones revisadas en 1953 y 1960 en la Editorial Losada de Buenos Aires. En estas revisiones se corrigieron aspectos gramaticales, se eliminaron algunos pasajes, pero se incorporaron otros. Para una detallada revisión de las variantes en las distintas ediciones de *Huasipungo* véase Larson (1965).

costa. Para los trabajadores agrícolas de la sierra: s./ 0,60; para los trabajadores agrícolas de la costa: s./ 1,20. Pero incluía una disposición relacionada con las deudas, según la cual un trabajador rural debía demostrar que no adeudaba a un anterior patrono. Este decreto que evoca las disposiciones de los reglamentos de trabajo del siglo XIX, indica sin embargo la evidencia de una movilidad de los trabajadores rurales.

“No podrá ser admitido como obrero manual o trabajador agrícola la persona que no presente un certificado de su anterior patrono, o de autoridad política del lugar si recientemente va a demandar trabajo, en el que se exprese su edad aproximada y sus condiciones de salud, honradez y que nada adeuda por su inmediato anterior contrato de trabajo. El patrono que admitiese un obrero o trabajador sin ese requisito, pagará al anterior patrono lo que adeudase aquel, con un recargo del cincuenta por ciento de la deuda y mas sanciones pecuniarias que se hubiesen estipulado en el contrato o se deriven legalmente del mismo”.⁶²

La expedición del Código del Trabajo en 1938 significó una categorización de las relaciones laborales urbanas y rurales. Si bien sintetizaba una legislación laboral dispersa y procedimientos institucionales posteriores a 1925, introducía novedades en torno al conjunto de derechos del mundo del trabajo. Este cuerpo legal tenía un carácter abarcador que incluía derechos individuales y colectivos relacionados con los contratos laborales, el derecho de asociación y el derecho de huelga. Este último, con los mecanismos de regulación ya había sido establecido en la Ley de Huelgas de 1936. En el Código estaban comprendidos con sus particularidades los trabajadores industriales, el servicio doméstico, los artesanos, los empleados privados, los trabajadores del transporte, los trabajadores a domicilio y el trabajo agrícola. No fueron incluidos los funcionarios públicos. En términos organizativos, definía una multiplicidad de organizaciones asociativas, que producían la posibilidad de paralelismo en la base y a nivel de agregación asociativa. Se podían organizar sindicatos sin determinar el número mínimo de miembros necesario para su formación. La definición del Comité de Empresa como una organización con mayor capacidad de representación y negociación, condicionaba los procesos de sindicalización. En relación al trabajo agrícola se

⁶² Decreto del 4 de febrero de 1937, Art. 3, en Jaramillo Pérez (1954: 651).

establecieron claras definiciones sobre las diversas modalidades en las que cabían los peones rurales (Jaramillo Pérez, 1954).

Se ha observado que una política laboral en el curso de procesos de industrialización se dirige a estructurar los marcos generales de la proletarización de la fuerza de trabajo incluyendo también reglas para la esfera de la salud y la seguridad social, con lo que se define políticamente a quienes son proletarios y también se establecen otras categorías de trabajadores (Offe, 1994: 80-81). Pero en países dependientes con alta heterogeneidad productiva y un inmenso mundo rural, la esfera del trabajo rural emerge como un ámbito específico de regulación legal. El Código del Trabajo expedido en una coyuntura política favorable a la izquierda y el sindicalismo, era parte de una política laboral más amplia que había establecido desde los años treinta mecanismos institucionales mediante intervenciones en los conflictos laborales, reconocimiento de asociaciones laborales y fijación de salarios.

De esta manera, en la esfera del trabajo rural se definieron jornaleros, huasipungueros, destajeros, yanaperos y partidarios. El jornalero era quien percibía salarios monetarios. El huasipunguero era “el que trabaja en un fundo mediante estipendio que recibe parte en dinero, como jornal, y parte en aprovechamiento de una parcela que le da el patrono” (art. 289). El destajero era quien estaba remunerado por unidades de obra (art. 290). El yanapero o “ayuda”, es quien trabaja “un número determinado de días al mes o a la semana, según convenio, en compensación de ciertos beneficios que recibe del patrono” (art. 291). El partidario o aparcerero “es el que cultiva una extensión de tierra en virtud de un contrato de aparcería”.

El conjunto de disposiciones sobre los huasipungueros detalla las condiciones laborales que debían regir en sus relaciones con las haciendas donde estaban empleados. Se reconocía que se debían pagar salarios por lo menos equivalentes a la mitad de los salarios rurales vigentes en las zonas respectivas.

“Son obligaciones del patrono para con el peón, huasipunguero y su familia, a más de las que se estipulen en el contrato y de las generales, en las que fueren aplicables, las siguientes:

- 1°-Permitir al peón que corte gratuitamente de los montes de la finca la leña indispensable para su uso doméstico y que tome el agua que necesite para su hogar de las vertientes y acueductos que existan en ella;
- 2°-Permitirle, para sus usos propios, la caza y la pesca que no se hagan en viveros, de acuerdo con las disposiciones legales sobre la materia;
- 3°-Permitirle que en los pastos naturales de la finca mantenga gratuitamente hasta tres cabezas de ganado mayor y veinte de menor; y,
- 4°-Proporcionarle la vivienda adecuada.” (art. 253)

En el Código del Trabajo quedaba por tanto establecida la naturaleza de la economía familiar huasipunguera con salarios y un mínimo de trabajo de cuatro días a la semana. Y la extensión de los terrenos en manos de los huasipungueros debía estar fijada de acuerdo al tamaño de la hacienda, la calidad de los terrenos y el tipo de cultivos que serían condiciones para fijar los salarios (art. 250). Pero se seguían reconociendo los “socorros” como parte de la remuneración al trabajo. Las liquidaciones de cuentas debían realizarse anualmente. Las obligaciones complementarias que cumplía la familia de los peones huasipungueros tales como el trabajo de “huasicama” en las casas de los patrones, debían ser remuneradas de manera diferente a los salarios de los huasipungueros (art.252).

De modo adicional, el Código reconocía la aparcería y la yanapa como otras formas de trabajo agrícola. En el caso de la aparecería -conocida como trabajo al partir- se estipulaba que los propietarios y los partidarios debían suscribir contratos ante un Inspector de trabajo agrícola donde debían constar los modos de trabajo y reparto de las cosechas; se incluían los derechos de los partidarios a aguas y pastos de los propietarios (art. 268). La “yanapa” quedaba establecida como una obligación de trabajo a cambio del acceso a pastos y recursos de las haciendas. Podía ser parte de un convenio entre comunidades externas y los dueños de las haciendas (art. 259).

Con el Código del Trabajo emergía un nuevo condicionamiento a las relaciones laborales individuales y colectivas en las haciendas. Un cambio de posiciones donde la autoridad patronal quedaba potencialmente vinculada a la intervención estatal centralizada. Las condiciones de contratación no eran las de un mercado de trabajo rural

capitalista puesto que la oferta de trabajadores dentro de las haciendas dependía de los ciclos demográficos de las familias que están insertas en una red de relaciones de parentesco. La demanda de trabajo corresponde a la potestad patronal por asignar espacios territoriales a los husipungueros y la capacidad de contratación temporal de peones provenientes de las familias huasipungueras junto a trabajadores externos. El Código del Trabajo con los derechos de asociación y huelga produjo una nueva circunstancia de legitimidad a la acción colectiva. Las reivindicaciones que impulsó el sindicalismo rural, propendían a la estabilización o el fortalecimiento de las economías campesinas junto a mejoras salariales que incluyeron parcialmente las demandas de las mujeres indígenas como sujetos. El reconocimiento de la yanapa permitía manejar las relaciones con comunidades externas. Las formas de trabajo no capitalistas que prevalecían en el agro serrano quedaban insertas en mecanismos legales e institucionales y definían el cauce por el cual habría de transitar la acción colectiva en las haciendas.

D) El Partido Comunista y la gestación de la demanda indígena

El Partido Comunista creó el periódico *Ñucanchic Allpa* (Nuestra Tierra) como vocero de las demandas indígenas y permitía el contacto con los grupos organizados. A mediados de la década del treinta, se evidenciaban conflictos laborales como el de la Hacienda Pul de Chimborazo en 1935 que ocasionó el encarcelamiento de Ambrosio Lasso y otros dirigentes.⁶³ El periódico insiste siempre en la necesidad de intervención estatal justa y adecuada y la petición por el nombramiento de autoridades locales, aunque esto no aparecía de modo preciso. Entre los miembros del PC que aparecieron como responsables del periódico estaban Nela Martínez y Modesto Rivera, quien tendrá un papel relevante en la conducción de la FEI entre 1946 y 1960.

El papel de este periódico puede situarse en varios sentidos. En el argumento expuesto por Lenin en *¿Qué hacer?* (1970 [1902]), un medio de prensa partidario sirve para vertebrar la organización política, crear un lazo entre la militancia y sus círculos de

⁶³ “Memorandum elevado por los peones de la hacienda “Pul” al presidente de la república y al ministro de previsión social antes de la huelga del 25 de febrero”, *Ñucanchi Allpa*, No. 6, marzo de 1935. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/marzo1935.pdf>. visita 10 de abril de 2014.

influencia. Como se trataba de un medio impreso dirigido a presentar información, demandas y propuestas hacia el mundo indígena, contribuía a crear marcos interpretativos, en el sentido de que la acción colectiva emergía como parte de una visión cultural nutrida por ideologías y reivindicaciones que ponían mucho énfasis en el papel de los derechos. Los marcos interpretativos permiten a los movimientos sociales definir repertorios de protesta y procesar las oportunidades políticas (Zald, 1999: 376-377). En este caso, un medio partidario como *Ñucanchic Allpa* -escrito por intelectuales-, dirigido a presentar y representar el mundo indígena, al llegar a un público en el que predominaba el analfabetismo, pero donde ya existía también una débil penetración del sistema escolar, es factible imaginar actos de lectura dirigidos desde los indígenas alfabetizados a los analfabetos. Se trata de la creación de una esfera pública en la que están inmersos militantes partidarios y líderes indígenas que se ven interpretados en la palabra impresa.

Se utiliza el término “raza explotada” que coexiste con el de “nacionalidades oprimidas”.⁶⁴ Pero indudablemente, son los conceptos de clase los que predominan en las formulaciones organizativas y las prácticas reivindicativas. En un instructivo para la formación de organizaciones de 1936 se hace definiciones que sitúan a los trabajadores rurales como parte de la clase obrera, en la que también están incluidos trabajadores mestizos. Se pone énfasis en los mecanismos para organizar sindicatos que deberían hacerse preferentemente en las haciendas grandes. De cada diez trabajadores se debe elegir un “cabo”, y los cabos deben nombrar un cabecilla que debe ser el Secretario General. Este debía tener como cualidades “ser el más valiente, el que mejor defienda a sus compañeros, el que sepa hablar ante el patrón o la autoridad en la defensa de los demás indios”. Aparte se debía tener un Secretario de Propaganda, elegido entre los indígenas alfabetizados, un Secretario de Organización y uno de Finanzas que debía recoger cuotas para mantener la organización. Otras formas de organización que constan en este instructivo son las Ligas campesinas para los peones sueltos y las comunas indígenas. Sin embargo, el énfasis principal está en la organización de sindicatos.⁶⁵ En

⁶⁴ Acerca de la importancia de *Ñucanchic Allpa*, ver Becker (2006), donde analiza el contenido de una colección parcial del periódico que está disponible en versión digital.

⁶⁵ “Indicaciones para unir u organizar a los indios para la defensa de sus intereses de clase y como nacionalidades oprimidas”, *Ñucanchic Allpa*, No.8, 17 de marzo de 1936. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/1936marzo17> visita 12 de abril de 2014.

otra ocasión se definió que el líder del sindicato podía ser un alcalde. Esto último indica una adaptación a formas de autoridad indígena tradicional vigentes en las haciendas.

Posee indudable interés el contenido de una carta enviada a *Ñucanchic Allpa* por un Corresponsal de Sibambe. En su escritura se revelan reflexiones de naturaleza cristiana con los nuevos elementos ideológicos que provienen de la literatura de divulgación marxista. Él decía identificarse con una doctrina humanitaria:

“Gritar loor a la aparición de Ñucanchic Allpa, es saludar al pueblo sufrido y hambreado; es cantar el himno proletario, es bendecir la hora, en que grandes y profundos pensadores como Marx y Vladimiro Ulianof, tomaron en cuenta el pecado en que han vivido las organizaciones sociales del mundo entero, en las que el capitalismo ha sentado sus reales, para hacer y deshacer del proletariado en especial. Saludar al periódico de la clase proletaria, es inclinar la frente en muestra de veneración a la hoz, martillo y machete del trabajador americano en especial, quienes dan la vida a la mayoría de la especie humana, del planeta tierra”.⁶⁶

Existía también una notable atención por los eventos indigenistas que se realizaban en aquella época, y se esperaba que se eligiera a algún representante ecuatoriano. Se sugería que a un evento que se debía realizar en Bolivia en 1939 asista el Dr. Ricardo Paredes, definido como “indigenista”.⁶⁷ Esta afirmación, señala una relación con las ideas indigenistas que también estaban presentes en el partido comunista. Un aviso publicitario de *Huasipungo* menciona que es una “Novela de la vida del indio ecuatoriano. Sus dolores, sus hambres, sus rebeldías”.⁶⁸

Un tópico recurrente en la prensa laboral y de izquierda en los años treinta fue el alcoholismo como un factor negativo que afectaba al mundo popular rural y urbano. En

⁶⁶ Corresponsal Cisleva, “Colaboración”, *Ñucanchic Allpa*, No. 11, 27 de abril de 1939. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/27abril1939.pdf> visita 15 de abril de 2014.

⁶⁷ “El Congreso Americano de Indigenistas que se reunirá en Bolivia”, *Ñucanchic Allpa*, No. 11, 27 de abril de 1939. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/27abril1939.pdf> visita 15 de abril de 2014.

⁶⁸ *Ñucanchic Allpa*, No. 10, 11 de febrero de 1939. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/11feb1939.pdf> visita 15 de abril de 2014.

Ñucanchic Allpa se contraponía el alcoholismo como un obstáculo y la educación como un avance civilizatorio:

“Compañero campesino, montubio, no bebas aguardiente, no te emborraches. Emborrachándote pierdes la cabeza, cometes mil tonterías, pegas a tu mujer y tus hijos. Pierdes la salud, no puedes trabajar bien, pierdes la dignidad y hasta puedes cometer un crimen”.

En contraste, se atribuye en cambio un valor positivo a la educación y la escuela:

“Campesino indígena, montubio, manda a tus hijos a la escuela. En la escuela aprenderán tus hijos a leer y escribir, a contar y muchas otras cosas útiles para la vida y para que tus hijos puedan vivir mejor, una vida más civilizada que la que tú has llevado”.⁶⁹

Se propone entonces también pautas de cambio cultural que poseen un sentido normativo acordes con el valor de la educación y la ética del trabajo. Tienen el alcance de mandatos que promueven pautas de ordenamiento de la vida cotidiana y la aceptación del sistema escolar. Estas ideas son coincidentes con las formulaciones de reforma que proponía el indigenismo liberal.

Ante la fundación del Instituto Indigenista Interamericano -que se efectuó en 1940 en México-, se proponía que el representante ecuatoriano sea designado por las organizaciones indígenas. *Ñucanchic Allpa* sugería que debía ser alguien conocedor de la problemática indígena, aunque no mencionó que el representante sea directamente un indígena. En aquel momento existía un organismo coordinador, la Comisión de Defensa Indígena. Se entiende pues que el representante debería surgir de su seno.

“La persona que concurra al mentado congreso no debe ser un erudito en cuestiones raciales, en estudios étnicos, sino quien tenga conocimiento actual y real del campesino ecuatoriano, tomado como hombre, como ser humano, como productor,

⁶⁹ *Ñucanchic Allpa*, No. 10, 11 de febrero de 1939. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/11feb1939.pdf>. visita 15 de abril 2014.

como trabajador vejado, martirizado, explotado, y con pleno derecho a vivir como ser racional, a participar en la vida social y política en la misma relación en que produce, librándose de la dominación de los terratenientes crueles, que le mantienen en la esclavitud, en la ignorancia y en la miseria, porque tal condición inferior conviene más a sus intereses capitalistas. El representante de los indígenas no debe ser quien les tome por objeto ornamental, ni como tipo prehistórico, alrededor del que se tejen cuentos y novelas fantásticas y sentimentales, sino quien conozca al más numeroso trabajador ecuatoriano, víctima de las mayores injusticias”.⁷⁰

3. LA REVOLUCIÓN DE 1944 Y LA FUNDACIÓN DE LA FEDERACIÓN ECUATORIANA DE INDIOS

La revolución del 28 de mayo de 1944 fue un episodio de indudable trascendencia puesto que implicó un proceso de democratización que junto a la instalación de Velasco Ibarra en el poder ocasionó la fundación de la CTE (Confederación de Trabajadores del Ecuador), la FEI (Federación Ecuatoriana de Indios) y la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Con la expedición de la Constitución de 1945 se incorporaron derechos sociales y políticos y la representación funcional, en continuidad con la Constitución de 1929. Las causas que condujeron a la revolución de 1944 fueron el rechazo al fraude electoral que practicaba el Partido liberal, la derrota militar frente al Perú en la Guerra de 1941, junto a una confrontación de los carabineros ante el ejército y la población civil en un ambiente de malestar económico.⁷¹

Pero también estaba en marcha desde finales de la década del treinta un proceso de institucionalización del mundo laboral y rural con el Código del Trabajo y la Ley de Comunas. Y con la fallida Constitución de 1938 había quedado truncado un marco de afirmación de la izquierda y de la representación corporativa. No obstante, por lo menos desde fines de la década del treinta, el Partido Socialista había ingresado en un proceso de institucionalización con una participación regular en eventos electorales y la construcción de una red organizativa diseminada en las áreas urbanas.

⁷⁰ “El Congreso Indigenista de Méjico y la clase trabajadora”, *Nucanchic Allpa*, No. 14, 25 de febrero de 1940. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/25feb1940.pdf>, visita 13 de abril de 2014.

⁷¹ De la Torre (1993: 24-25).

En las primeras semanas posteriores al 28 de mayo se produjeron muchas movilizaciones de apoyo a Velasco Ibarra a lo largo y ancho del país. Pero fueron escasos los eventos que muestren algún tipo de acción colectiva popular que evidencie demandas reivindicativas. Emergen escasas peticiones de naturaleza agraria que se dirigen al ejecutivo o al Ministerio de Previsión Social. De hecho la preocupación principal del sindicalismo influido por la izquierda era la conformación de una organización sindical nacional. Y la izquierda misma estaba movilizada para obtener una adecuada representación en la Asamblea Constituyente.

Se puede advertir que las movilizaciones rurales fueron muy débiles en la revolución de 1944. Las miradas han estado concentradas en los sucesos y acontecimientos de la escena política nacional y las ciudades y no se ha puesto atención a lo que ocurría en las relaciones de poder a escala local. En los espacios de poder local probablemente era más importante una inercia que hacía que los efectos locales de la revolución de 1944 fueran mínimos desde la perspectiva de movilizaciones campesinas que afectasen a los poderes gamonales. Por ejemplo, en la provincia de Chimborazo, el Gobernador preocupado por una amenaza de protestas rurales, se dedicó a buscar a quienes pertenecían al Partido Comunista, para concluir aliviado que no había peligro.⁷²

Ha pasado desapercibida la conscripción vial que al ser decretada el 15 de junio de 1944, revivía el trabajo subsidiario del siglo XIX. El análisis del funcionamiento de esta medida de naturaleza compulsiva que se realiza más adelante en este trabajo evidencia la continuidad de la dominación étnica en las estructuras locales del Estado. La conscripción vial había sido propuesta por los liberales en el Congreso a comienzos de la década del cuarenta. La supresión de la conscripción vial fue uno de los puntos de las peticiones planteadas en una huelga general que convocó la CTE en 1951.

Sin embargo, se produjo la institucionalización de una organización representativa de los indígenas, la FEI (Federación Ecuatoriana de Indios), que tendrá una presencia importante como representante del sindicalismo rural bajo la dirección del PC. Era la

⁷² Archivo Nacional de Historia/Fondo Ministerio del Interior (ANH/FMI), Gob. Chimborazo, caja 44. Comunicaciones del Gobernador de Chimborazo al Ministro de Gobierno, Riobamba, 1944.

cristalización de una organización que había tenido anteriores intentos en el fallido Congreso Campesino de 1931 y la Conferencia de cabecillas indígenas de 1936.

La FEI fue fundada en un congreso reunido en Quito entre el 6 y el 8 de agosto de 1944 y fue muy sorpresivo que el acto de clausura haya sido realizado en el Teatro Sucre, un escenario que proporcionaba tradicionalmente legitimidad a la esfera cultural y política. Fueron nombrados Presidente Jesús Gualavisí y Dolores Cacuango como Secretaria General.⁷³ Esto revelaba el hecho de que la base cayambeña era predominante aunque asistieron al evento delegados de Imbabura, Cotopaxi y Chimborazo (Becker y Tuttillo, 2009: 136-138). Los delegados del congreso también decidieron nombrar a Ricardo Paredes como representante funcional de la “raza indígena” a la Asamblea Constituyente de 1944 que se instaló a pocos días del Congreso de la FEI. Se asignaba la representación sindical a los líderes indígenas y la representación política al líder partidario.

De acuerdo a los Estatutos, sus fines eran “la emancipación económica de los indígenas”, “conservando lo bueno de sus costumbres e instituciones”. Además, “contribuir a la realización de la unidad Nacional”; y “Establecer vínculos de solidaridad con todos los indios americanos” (FEI, 1945). Estos objetivos enlazan demandas económicas y culturales. Reivindican parcialmente la cultura indígena, aunque la “unidad nacional” debe ser entendida en el marco de los planteamientos de una alianza multipartidaria en la que estaba involucrado el comunismo ecuatoriano. Se reconocía como organizaciones integrantes a sindicatos, comunas y “tribus”. Se estipulaba que debían existir organizaciones locales de naturaleza provincial y local. Los organismos de dirección eran también Comités ejecutivos de naturaleza nacional y local con secretarías de organización, finanzas y comunicaciones, siguiendo el modelo de estructuración de organizaciones urbanas. Las finanzas de la organización recaían en cuotas de las organizaciones. La FEI estableció que tendría un congreso anual y su sede en Cayambe. En Quito también debía funcionar un Comité de defensa indígena para

⁷³ Refiriéndose a Dolores Cacuango aunque sin mencionarla, señala Muriel Crespi (1976:165), “Las actividades de la organización de otras haciendas y sus apariciones en reuniones públicas de obreros urbanos requerían el uso total de las calidades de liderazgo de la secretaria, mientras que sus reuniones con representantes de las agencias nacionales e internacionales tenían un peso más simbólico que material. En cualquier caso, la secretaria exploró fronteras sociales que hasta entonces habían sido inaccesibles a residentes de las haciendas de cualquier sexo”.

tratar temas jurídicos. En los Estatutos consta que “La insignia de la F.E.I. es la bandera Ecuatoriana en uno de cuyos costados estará pintada una hoz, entrelazada con un machete y un martillo sobre los que descansará un libro” (FEI, 1945: 8). Esta era la simbología clásica de la tradición comunista que adapta al plano nacional los elementos de naturaleza simbólica relativos a la alianza obrero campesina.⁷⁴

La Asamblea Constituyente de 1944-1945 exhibió una importante representación de la izquierda. Entre los 58 diputados provinciales electos, estaban 18 socialistas, 15 liberales, 4 comunistas y 20 conservadores. Entre los 34 diputados funcionales, estuvieron 13 socialistas, 13 liberales y 4 comunistas. Esta inusitada representación parlamentaria de la izquierda influyó en los debates y las decisiones de esa Asamblea Constituyente que concluyeron en la aprobación de la Constitución de 1945 donde se reconocía la representación funcional de los indígenas a través de un diputado.

Entre las intervenciones de Ricardo Paredes en los debates de la Asamblea Constituyente, una estaba dirigida a fundamentar el tema de la soberanía y la nación en el texto constitucional; y, otra a argumentar la necesidad de una institucionalidad para el tratamiento de la población indígena. El gran motivo que está presente en sus intervenciones es el de la ecuatorianidad y el lugar de los indígenas en la nacionalidad ecuatoriana. Su apreciación sobre las diferencias entre los pueblos indígenas serranos con su mayor nivel de estructuración, su lengua y las formas comunales frente a los indígenas amazónicos considerados salvajes y en estado de nomadismo. Paredes definía a los pueblos indígenas anteriores al incario como “gérmenes de la nacionalidad”.⁷⁵ Defendía la existencia del Reino de Quito y pensó que el Imperio inca no logró formar una nacionalidad a pesar de la expansión lingüística del quichua. Su percepción de los diferentes grupos étnicos y raciales en la sierra y la costa le permitieron identificar a blancos, mestizos e indios, pero la nacionalidad era algo de blancos y mestizos unificados por la lengua, instituciones y aspectos culturales.

⁷⁴ Andrés Guerrero (1993) sostiene que la FEI y el Partido Comunista eran mediadores externos de los conflictos étnicos y rurales en los que se encontraban involucrados los indígenas. Además, formaban parte de la ventriloquia política de raíz liberal. Según Guerrero la FEI era un aparato indigenista no gubernamental que intentaba desprivatizar los conflictos localizados en las haciendas.

⁷⁵ Ricardo Paredes, “Acerca de la nacionalidad y el Estado ecuatoriano” [1944], en Domingo Paredes (1987: 63).

“Es indudable que este conjunto de ecuatorianos blancos y mestizos tienen una serie de características por las cuales debemos asignar la de una nacionalidad en desarrollo no en plenitud sino en evolución. Tenemos en primer lugar la comunidad de lengua, la castellana, un mismo territorio, instituciones económicas, lazos económicos que ligán a unos con otros ecuatorianos, y una psicología, un modo de pensar, un modo de actuar, elementos culturales bastante caracterizados. En suma, existe ya un proceso de formación nacional, que no ha madurado todavía”.⁷⁶

En los indígenas de la sierra, Paredes, reconoció un elemento nacional en el idioma, junto a la vitalidad de algunos rasgos culturales, por ejemplo, la música y la danza indígenas y las instituciones comunales. Definía a los indígenas amazónicos como tribus sin rasgos nacionales. Sin embargo, precisaba que la historia ecuatoriana fue del sojuzgamiento y la implantación de un régimen de explotación a la población indígena que empezó desde la colonia, prosiguió en la república y pensó que la revolución liberal no cumplió su misión liberadora con los indígenas. El sistema agrario es caracterizado como feudal y los indígenas como siervos lo que estaba complementado con una dominación de tipo gamonal. Algunos aspectos de su argumentación retoman ideas de tipo liberal y conceptos de tipo civilizatorio. Finalmente, el imperialismo sería el responsable de la poca industrialización del país.

Para la realización de una intervención estatal eficaz en la población indígena, Paredes proponía un Ministerio de Asuntos Indígenas que podría llevar adelante un conjunto de medidas dedicadas a la incorporación de los indígenas a la nacionalidad ecuatoriana.

“Si consideramos los fundamentos para la creación de un Ministerio de Asuntos Indígenas, debemos tener en cuenta lo siguiente: los indios forman una enorme porción que está al margen de la civilización ecuatoriana. Hablan un conjunto de lenguas, tienen costumbres e instituciones propias. Para *civilizarlos* no bastaban los elementos existentes actualmente en el Estado ecuatoriano”.⁷⁷

⁷⁶ (Ibid.: 65).

⁷⁷ (Ibid.: 77) *Cursivas nuestras*.

Estas intervenciones de Paredes en la Constituyente de 1944-45 alrededor de la cuestión nacional evidencian una tensión entre la nacionalidad ecuatoriana y las poblaciones indígenas que solo tenían rasgos nacionales incompletos. Su visión civilizatoria de los indígenas indica un puente con las ideas liberales sobre la incorporación del mundo indígena a la institucionalidad estatal. La creación de un Ministerio dedicado a la población indígena sería entonces complementaria a la flamante Federación Ecuatoriana de Indios que culminaba un proceso organizativo anterior.

Se puede decir que en las ideas del PC sobre la cuestión indígena se encontraban la coexistencia de planteamientos de naturaleza social y ocasionales referencias a las nacionalidades indígenas como argumentos de estirpe estaliniana. En un editorial de *Ñucanchic Allpa*, se discute sobre el problema indígena, descartando las visiones educativas, administrativas, religiosas y militares del tema, algo que evoca un tipo de argumentación mariateguiano al sostener que se trata de un problema económico y social, pero se concluye con una salida “integral”:

“el problema del indio es fundamentalmente un problema nacional; los pueblos indígenas son nacionalidades oprimidas, ayer por la Colonia y hoy por la República. Su solución verdadera radica en el derecho de autodeterminación de sus destinos”.⁷⁸

Una de las cuestiones más inquietantes en la Constituyente de 1944-1945 fue la discusión sobre el sufragio universal. Los mismos representantes de izquierda argumentaron que la extensión del sufragio a los analfabetos, podía concluir en una manipulación del voto popular y rural, con lo que una posible expansión de la ciudadanía quedó diferida (Becker, 2007 a: 141-143). Aunque, la demanda del sufragio universal aparecerá entre las demandas de la FEI a comienzos de la década del sesenta.

⁷⁸ “El problema del indio, problema nacional”, *Ñucanchic Allpa*, No. 16, 5 de noviembre de 1944. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/1944nov5.pdf> visita 16 de abril de 2014.

Julio Troncoso, un periodista de *El Día* ha dejado una referencia testimonial de la presencia de Dolores Cacuangó en Quito hacia 1944. Troncoso le atribuye equivocadamente un origen imbabureño. Pero proporciona una imagen del ambiente de reivindicación indígena en 1944 y de la presencia de una dirigente indígena realizando gestiones que incluían la visita a la redacción de los periódicos para exponer las demandas.

“Se anunció con campanillas que la hora de la redención del indio había llegado. Las haciendas serían parceladas para que las ocupasen los que trabajan la tierra...Esto y mucho más ofrecían los nuevos mandatarios del régimen que se iniciaba.

Semanas después indias compactas, encabezadas por leguleyos y conocidos explotadores mestizos que hacían su agosto con los indígenas en las poblaciones rurales, abandonaron los campos y se trasladaron a la Capital en pos de los títulos de derecho que habían de convertirles en propietarios de las zonas rurales de la serranía ecuatoriana.

Los *pobres indios* que habían llegado a Quito, plenos de emoción y gratitud ante la oferta de darles tierra gratuitamente, eran la visita diaria del Palacio de Gobierno; luego pasaban a diversos Ministerios guiados por sus líderes y, por fin, a las redacciones de los diarios en demanda de apoyo para sus fines. Dolores Cacuangó, una indígena de Imbabura que pasaba de los 50 años, daba discursos entre quichua y un chapurreado castellano poco comprensible; más de una vez lo dio en el teatro Sucre, porque el Gobierno con pujos de popularidad, permitió la ocupación del teatro oficial –que antaño lo tuvieron notables compañías de ópera- para que los indígenas pudiesen tener allí sus reuniones y sus cuitas.

Doloritas Cacuangó se hizo nuestra amiga y seguida por numerosos congéneres –posiblemente unos dos centenares- nos acechaba diariamente cuando en horas de la tarde llegábamos al periódico. Siempre pidiendo el apoyo de “El Día” para que amo presidente les entregue el papel escrito, a fin de sacar con soldados a los patrones de las haciendas y quedar ellos trabajando. Naturalmente que el doctor Velasco nunca les ofreció esto: era la traducción de la literatura oficial que los leguleyos que les dirigían les daban para tenerlos contentos con provecho personal” (Troncoso, 1969-1970: 269, énfasis nuestro).

Un efecto concreto de la coyuntura de 1944 fue la aparición de uno de los caminos de transformación de la condición de los huasipungueros con la compra de una parte de la hacienda Tigua en Cotopaxi y la formación de una cooperativa de producción y consumo en 1945. Esta surgió tras un conflicto laboral, cuando los propietarios no pudieron cancelar las deudas a los peones y además estaban endeudados con un banco. Algo más de 3.000 has. se adquirieron por medio de un crédito que permitió crear esta cooperativa con más de 200 huasipungueros.⁷⁹ El gerente de la cooperativa fue Rubén Rodríguez, un antiguo militante del PC. Pero un papel prominente fue cumplido por Agustín Vega, un reconocido dirigente de Tigua que había liderado las acciones de los huasipungueros desde los años treinta.

La FEI realizó su Segundo Congreso en Quito entre el 7 y el 10 de febrero de 1946. De acuerdo a la temática del evento, la parte fundamental estaba dedicada a la discusión de la legislación laboral, de comunas y salarios. También se promocionaba la Feria de Artesanías Indígenas que promovía la Casa de la Cultura Ecuatoriana como parte de una política indigenista (Comité Central Nacional de Defensa Indígena, 1946). En marzo de 1946, Velasco Ibarra asumió todos los poderes y convocó a una nueva Asamblea Constituyente en la que no participó la izquierda y predominó el Partido Conservador. Fue expedida una nueva Constitución en la que sobre todo se suprimían los contrapesos al poder ejecutivo y se restablecía el funcionamiento de dos cámaras en el Congreso. Los representantes funcionales solo estaban en el Senado en menor número, se suprimió el representante por la raza indígena pero se mantuvieron senadores funcionales de trabajadores, periodistas y maestros. Esta fue una situación desfavorable que en una evaluación de la directiva de la FEI después del Segundo Congreso, aparecía como un alineamiento de Velasco Ibarra con los terratenientes. El espíritu que había animado a la FEI en 1944, había sido de índole pacífica, puesto que

“La lucha de los indios, en todas partes, se desarrolló en forma pacífica, por el camino de la Ley. En todas partes los indios se ampararon con la Constitución de

⁷⁹ “La cooperativa “Tigua” de producción, crédito y consumo”, *Ñucanchic Allpa*, No. 18, 8 de febrero de 1946. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/8feb1946.pdf>. visita 16 de abril de 2014.

la República (...) La Constitución de 1945, la madre de todas las leyes, amparaba a los trabajadores como también a los indios, igual que el Código del Trabajo y otras leyes protectoras de los trabajadores. A estas leyes se acogieron los indios en todo momento y nunca emplearon la violencia, ni recurrieron a huelgas ni “levantamientos armados”. Los indios esperaban que por medios pacíficos se les hiciera justicia”.⁸⁰

Un suceso, en sí trivial, ocurrido a comienzos de 1948, plantea los problemas de la actividad del liderazgo de Dolores Cacuango. Ella se había hecho presente en la hacienda Moyurcu y tuvo un agudo enfrentamiento con un grupo de huasipungueros. Habría sido calificada por ellos como “india ladrona, puta, chupadora de sangre”. Esta era una hacienda que se hallaba bajo administración directa de la Asistencia Pública y aparentemente Dolores Cacuango tenía buenas relaciones con el administrador. Luego la confrontación terminó dirimiéndose en la Comisaria de Cayambe con un fallo a favor de Dolores Cacuango y el encarcelamiento de sus agresores.⁸¹ Aunque no conocemos el objeto del conflicto que la enfrentó con unos huasipungueros, el hecho evidencia su capacidad de litigar en los niveles locales de justicia y una controversia sobre su rol de representante indígena que poseía un perfil sindical simultáneo a otro de tipo político.

El Tercer Congreso de la FEI se realizó nuevamente en Quito entre el 20 y 22 de abril de 1948. Este nuevo congreso se efectuó en un clima político favorable que constituyó la llegada de Alfredo Pérez Guerrero al Ministerio de Previsión Social entre mediados de 1947 y mediados de 1948 como producto de una alianza política durante el gobierno interino de Carlos Julio Arosemena Tola. Pérez Guerrero era miembro del Partido Socialista e impulsó desde el Ministerio la creación de la Junta de Cuestiones Indígenas en la sierra y la Junta de Asuntos Campesinos en la costa como organismos que tenían una capacidad de intervención sobre litigios y problemas de tipo administrativo. En la inauguración del congreso, las labores de la Federación fueron informadas por Modesto Rivera, su Secretario General, como gestiones ante los poderes públicos y las “clases

⁸⁰ “A los indios ecuatorianos”, *Nucanchic Allpa*, No. 18, 5 de octubre de 1946. Disponible en <http://www.yachana.org/earchivo/nucanchic/1946oct5.pdf>. visita 17 de abril de 2014. Por un error de impresión aparece repetido el No. 18 que corresponde al 8 de febrero de 1946.

⁸¹ Archivo de Historia de la Medicina. Fondo Junta de Asistencia Pública de Pichincha. Comunicación del Administrador de Moyurco al Director, febrero 1948. AP-301.

patronales”. Intervino Transito Amaguaña sosteniendo la necesidad de apoyar la creación de escuelas en las haciendas. También habló Neptalí Ulcuango quien puso énfasis en la defensa del Código del Trabajo:

“Camaradas, tenemos que respetar las Leyes, pero también tenemos que reclamar nuestros derechos. Tenemos un Código del Trabajo como estela luminosa y como reducto de defensa colectiva. Por eso pido unidad entre los elementos indígenas del Ecuador hasta coronar nuestra máxima aspiración que es la liberación económica y la elevación de nuestro nivel cultural”.⁸²

Al inaugurar el Congreso, Pérez Guerrero expuso la política del ministerio que buscaba la “redención” de indios y montubios al buscar expandir los servicios de salud, pero aclaró que una “labor inmensa a favor de los indios y montubios no es obra de un partido, como quiera que se llame. Ningún partido puede pretender el derecho al monopolio de esta cruzada gigantesca”.⁸³ Esta era una mención indirecta a la influencia del partido comunista en la FEI.

La creación de la Junta de Cuestiones Indígenas en octubre de 1947 era la inserción de una sección especializada dentro del Ministerio de Previsión Social a la que debían subordinarse otros espacios administrativos. La Junta estaba conformada por el Ministro, un delegado del Instituto Indigenista Ecuatoriano, el profesor de Código del Trabajo de la Universidad Central, el Director del Trabajo, y un delegado del Instituto Nacional de Previsión. En la conformación de este órgano administrativo predominaban los miembros provenientes del área laboral del Estado y ningún representante del mundo indígena o laboral. Tenía una proyección a nivel provincial con Procuradores provinciales. Las labores de esta Junta estaban dirigidas a tratar los conflictos de tierras y resolver expropiaciones principalmente; realizar estudios y procesar las quejas de los indígenas. Otras atribuciones tenían relación con la aplicación de la legislación sobre comunas.⁸⁴ Lo que se hacía con esto era dar un procesamiento administrativo a los

⁸² AHMC, Fondo Pérez Guerrero. “El Tercer Congreso Indígena Nacional”. S.f. Recorte de prensa.

⁸³ Ibid.

⁸⁴ AHMC, Fondo Pérez Guerrero. “Proyecto de Ley de Indios y Comunidades Campesinas ha presentado el Ministerio de Previsión Social”, 1947, Recorte de prensa.; Decreto 124 de creación de la Junta de Cuestiones Indígenas, 16 de octubre de 1947.

conflictos apartándolos de los tribunales de justicia locales. La Junta de Cuestiones Indígenas había sido creada en la Ley de Régimen Administrativo de 1945, pero no se puso en práctica con los cambios de la correlación de fuerzas en el gobierno de Velasco Ibarra. Había sido una manera de reemplazar la creación de un Ministerio dedicado a los asuntos indígenas como había propuesto Ricardo Paredes en la Asamblea Constituyente de 1944-45. En la intención original era un órgano administrativo dedicado a la problemática rural e indígena.

Pérez Guerrero formuló un proyecto de Ley de Comunidades Campesinas que fue sometida a la Junta de Cuestiones Indígenas. Una de las finalidades era la de moderar la violencia en los conflictos:

“Las medidas de hecho, las violencias, el abandono del trabajo serán inútiles, si se establece la forma dentro de la cual han de producirse las reclamaciones indígenas y las soluciones de sus problemas. De esta manera quedará eliminada, en gran parte si no en su totalidad, *la acción de abogados y tinterillos* que, so pretexto de “reivindicaciones”, aprovechan de la miseria y de la ignorancia del indio para lanzarlos a aventuras sangrientas y se enriquecen arrebatándole sus pocos semovientes y sus últimos harapos” (Pérez Guerrero, 1948: 22, énfasis nuestro).

La elección de Galo Plaza Lasso, en confrontación con el candidato conservador Manuel Elicio Flor y el General Enríquez Gallo de una coalición liberal-socialista, dio comienzo a una amplia modernización social y política sustentada en la exportación bananera y renovados lazos con Estados Unidos. De ancestro terrateniente, Plaza, era hijo del mandatario liberal Leonidas Plaza Gutiérrez. Se presentó como candidato del MCDN (Movimiento Cívico Democrático Nacional), un movimiento de corte liberal creado en 1947 que promovía la incorporación de los políticos independientes aunque contó con el apoyo de algunos personajes del Partido Socialista, el mismo que en alianza con el Partido Liberal formalmente tuvo como candidato presidencial al General Enríquez Gallo. Pío Jaramillo Alvarado fue una de las figuras que auspició la candidatura de Plaza junto a representantes de las elites modernizantes de la costa tales como Clemente Yeroví Indaburu y Abel Gilbert. La naturaleza pacífica de la transición

entre Carlos Julio Arosemena Tola y Galo Plaza inauguró un nuevo período de estabilidad política tras un largo ciclo de inestabilidad política que empezó en 1931. El gobierno de Galo Plaza (1948-1952) definió un conjunto de políticas de fortalecimiento de la intervención estatal con un enfoque desarrollista.

Para el gobierno de Plaza en su afán modernizador tenía un papel estratégico el Primer Censo Nacional de Población que se realizó el 29 de noviembre de 1950. Antes de este censo, se habían realizado recuentos parciales de población, pero siempre existía el problema del uso de categorías raciales para identificar a la población. Una discusión sobre cómo identificar la condición racial de la población se encontró con la dificultad de encontrar rasgos culturales traducidos en la vivienda, el vestido y la lengua. Y finalmente en la recopilación de información censal se incluyó una pregunta sobre el uso de la lengua, que fue una manera indirecta de definir una condición indígena aunque no se usaron marcadores raciales de identidad y se procuró esconder el componente urbano indígena, asociando al indígena a una residencia rural (Prieto, 2004: 119-121).

Pero la realización del censo de población despertaba sospechas en la población indígena que se había opuesto tradicionalmente a actos de registro estadístico estatal (Becker y Tutillo, 2009: 149). Existía el riesgo de realización del censo en zonas de residencia indígena puesto que ya ocurrieron conatos de levantamientos cuando llegaron algunas brigadas de funcionarios encargados de recopilar los datos. Uno de los mecanismos que se eligió fue el apoyo de curas párrocos y órdenes religiosas que persuadieron a los indígenas a colaborar con este acto de registro estatal. Otro de los mecanismos fue la realización de lo que se llamó “Congreso Indigenista” en Quito en noviembre de 1950. Fue realmente un evento auspiciado por la FEI y se convocaron a más de 300 autoridades indígenas de la sierra ecuatoriana. En esta reunión, los funcionarios estatales dieron “amplias explicaciones y advertencias que llegaron a convencerles de que el Censo es una obra que no les va a causar daño, que nada tienen que temer del empadronador, que no van a sufrir perjuicios en sus bienes y sementeras, que no se trata de arrancar a sus hijos para los cuarteles o la conscripción vial”. La referencia a la conscripción vial indica que había oposición o malestar ante este mecanismo compulsivo. En la sesión de clausura se hizo presente Galo Plaza quien les dijo a los indígenas en quichua y castellano que “el Censo no era para quitarles a los

hijos, ni para privarles de sus animales ni bienes” puesto que era “una obra que se necesita para dotarles de adelantos, de botiquines, de escuelas y de otros requisitos indispensables para la vida”.⁸⁵ Finalmente los indígenas juraron ayudar a los empadronadores levantando sus manos tal como aparece en una fotografía de *El Comercio*. Dolores Cacuangó jugó un papel crucial en este evento de colaboración con un proceso de registro estatal.

Se puede inferir que el radio de acción de la FEI a comienzos de la década del cincuenta estaba concentrado en Cayambe; Guangaje, Zumbahua y Tigua en Cotopaxi; y Palmira en Chimborazo, junto a una presencia dispersa en otras localidades rurales de la sierra. Los líderes indígenas de la época fundacional de la FEI fueron Jesús Gualavisí (1867-1962) de Cayambe, Agustín Vega (ca.1910-1962) de Tigua, Cotopaxi; Ambrosio Lasso (1905-1970) de Galte, Chimborazo; Dolores Cacuangó (1881-1971) y Tránsito Amaguaña (1909-2009) de Cayambe.⁸⁶

Hacia 1952, cuando se efectúa el VI Congreso de la FEI, según *El Pueblo* su influencia se había ampliado a todas las provincias comprendidas entre Imbabura y Cañar.⁸⁷ La FEI sostenía “que se está anulando la influencia que sobre el indio ejerce el gamonal, el cura y los representantes de la reacción”. Los objetivos establecidos señalan el predominio de demandas laborales y sociales, y ya no se indican referencias a las nacionalidades oprimidas:

1. por elevación y pago mensual y efectivo de salarios;
2. por la eliminación de todas las formas de trabajo gratuito y de opresión que subsisten en el campo;
3. por la devolución de las tierras y las aguas arrebatadas a los indios y a las comunidades;
4. por el cultivo de toda la tierra aprovechable;
5. por la tecnificación del trabajo agrícola;

⁸⁵ “Los indios ecuatorianos juran ayudar al Censo”, *El Comercio*, 26 de noviembre de 1950.

⁸⁶ Dolores Cacuangó y Tránsito Amaguaña han recibido mayor atención y cuentan con relatos biográficos todavía incompletos. Sobre Dolores Cacuangó, véase Rodas (1998) y Albornoz (1975). Sobre Tránsito Amaguaña véase Rodas (1987) y Miño (2006).

⁸⁷ “El VI Congreso de la Federación Ecuatoriana de Indios reclama unidad de los trabajadores para conquistar su liberación social y nacional”, *El Pueblo*, No. 41, 6 de abril 1952, p. 4.

6. por la industrialización del país;
7. por la concesión de crédito fácil y efectivo a los pequeños propietarios campesinos;
8. por la ampliación del seguro social;
9. por las conquistas de la legislación del trabajo y de la democracia al campo;
10. por la conservación y la ampliación de la democracia ecuatoriana;
11. por la defensa de la integridad y la soberanía nacionales;
12. por la conservación de la paz mundial

Pero la información sobre el número de organizaciones afiliadas y miembros de la FEI ha sido un tema elusivo. Los datos sobre el reconocimiento legal de sindicatos en Pichincha entre 1947 y 1962 permite establecer que su legalización comenzó en 1947, precisamente en el periodo de gestión ministerial de Alfredo Pérez Guerrero. Adquirieron personería jurídica los sindicatos de las haciendas de la Asistencia Pública entre los que estaban aquellos que habían iniciado su accionar a fines de la década del veinte. Aunque la actividad sindical se expandió con mayor intensidad desde fines de la década de 1950 a las haciendas de propiedad privada, de todas maneras, fueron escasos los sindicatos que adquirieron personería jurídica, de acuerdo a la información registrada en el Ministerio de Previsión Social.

Tabla 2
Sindicatos agrícolas con personería jurídica en Pichincha (1947 – 1962)

	NOMBRE DEL SINDICATO	CANTON	FECHA	PROPIETARIO
1	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Yanahuaico"	Cayambe	06/10/1947	---
2	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Pisambilla"	Cayambe	06/10/1947	Asistencia Social
3	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Tierra Libre"	Cayambe	06/10/1947	Asistencia Social
4	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Pucará"	Cayambe	06/10/1947	Asistencia Social
5	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Moyurco"	Cayambe	06/10/1947	Asistencia Social
6	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "La Chimba"	Cayambe	06/10/1947	Asistencia Social
7	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Purunta"	Quito	13/08/1951	---
8	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Atahualpa"	Cayambe	31/08/1951	---
9	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "La Candelaria"	Cayambe	29/07/1951	---
10	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "El Marco"	Quito	03/07/1956	Asistencia Social
11	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Tolontac"	Rumiñahui	17/07/1956	Asistencia Social
12	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Sto. Domingo"	Rumiñahui	17/10/1956	Asistencia Social
14	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Santa Catalina"	Mejía	15/07/1960	Asistencia Social
15	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Malinga"	Quito	21/06/1961	---
16	Sindicato de Trabajadores Agrícolas de "Nápoles"	Cayambe	12/09/1962	---

Fuente: Dirección del Trabajo. Ministerio de Previsión Social

La mayoría de los sindicatos que obtuvieron personería jurídica en Pichincha hasta 1962, corresponde a las haciendas de propiedad de la Asistencia Social. Sin embargo,

hay que hacer ciertas precisiones: el sindicato “Yanahuaico”, no era un sindicato de hacienda, sino un sindicato constituido fuera de las haciendas por dirigentes y campesinos que fueron expulsados de las haciendas de Olmedo en la década del treinta. El sindicato de trabajadores agrícolas “Tierra Libre”, es el sindicato de la hacienda Moyurco, por lo tanto, está repetido en la tabla. Mientras que el Sindicato “Margarita Ponce, es un sindicato de rasgos mutuales, constituido por campesinos bajo la influencia de la CEDOC, y al margen de una hacienda, el sindicato de la hacienda Nápoles, de propietarios privados, fue también afiliado a la CEDOC. Exceptuando estos dos, los demás están dentro del radio de acción de la FEI y la CTE. En el año 1963, no fue aprobado ningún sindicato, y de 1959 a 1962, solo se registraron 4 sindicatos, pero esto es solo una demostración de que buena parte de los sindicatos fueron organizaciones sin personería jurídica y que los conflictos se gestionaron a través del comité especial.

Si los primeros sindicatos fueron constituidos a fines de los años veinte en Olmedo, y su legalización se produce en 1947, resulta obvio que solo tuvieron existencia de hecho, aunque la legislación laboral había establecido el derecho de sindicalización. Esta no contenía normas especiales sobre los sindicatos agrícolas, las mismas disposiciones legales sobre asociaciones de trabajadores, se aplicaban indistintamente en los medios urbanos y rurales.

La conflictividad laboral se había concentrado en las haciendas de la Asistencia Social, que eran administradas por arrendatarios privados provenientes de las elites terratenientes. La potestad del Estado era ejercida por las Juntas de Beneficencia Social, llamadas posteriormente Juntas de Asistencia Social, organismos que desde su origen, fueron controlados por las elites terratenientes regionales. Desde 1945 se estableció una administración directa de los predios de la Asistencia Pública, y se hizo efectiva desde 1946 en 11 haciendas de Pichincha y Cotopaxi.⁸⁸ Este sistema de administración directa, desapareció en los primeros años de la década de 1950, volviendo a manos de arrendatarios que convertían al arrendamiento en un medio de acumulación. Se ha sostenido que “las más destacadas y novedosas fortunas privadas del país tuvieron su origen en el arrendamiento de predios de la Asistencia”.⁸⁹ Los arrendatarios necesitaban

⁸⁸ Pérez Guerrero, Documentos anexos (1948: 71-86).

⁸⁹ (Ibid.: 71).

el máximo aprovechamiento de los cultivos y ejercer más presión hacia los campesinos, en cuanto a mantener formas compulsivas de extracción de trabajo excedente. La actividad sindical en las haciendas de la Asistencia Pública en Cayambe se había consolidado en la década de 1940, pero la acción organizativa de la FEI se expandió muy débilmente a las haciendas de propiedad privada. De todas maneras, fue reducido el número de sindicatos que adquirieron personería jurídica.

La gestión de administración directa de las haciendas de la Asistencia Pública que ocurrió desde 1946, significó un desplazamiento temporal de los arrendatarios. Era un acto con el cual el Estado controlaba y ejercía su autoridad directa sobre las haciendas. De acuerdo al Informe del Presidente de la Junta de Asistencia Pública, las utilidades obtenidas mediante la administración directa eran comparativamente mayores a la que se habían producido bajo gestión privada. Se encontró un inmenso descuido en el mantenimiento de las instalaciones y se emprendieron mejoras que incluyeron la incorporación de maquinaria agrícola aunque de manera limitada. Las haciendas se encontraban también con problemas por mantener su unidad territorial por demandas de pobladores que buscaban la parcelación. Por ejemplo, la hacienda “Pesillo” había tenido una sentencia del Ministerio de Economía para entregar 500 hectáreas de páramos a pobladores de Olmedo. Esto ocurrió bajo la legislación de tierras baldías de 1936, pero motivó una oposición de los huasipungueros que usaban esos páramos para pastoreo. Sin embargo, para la Asistencia Pública el mayor problema era el manejo de las tierras de huasipungueros que ocupaban variadas superficies de las haciendas y era necesario regularizar. En este informe no se menciona la actividad de los sindicatos, y solo se dice de paso que hay una escuela sindical funcionando en “La Chimba”, pero se relata un cambio en el trato a las mujeres indígenas de las haciendas, una demanda que había estado presente en los pliegos de peticiones.

“Se está propendiendo a la integración de la dignidad humana del indio, objeto de arcaicas y extrañas violaciones. En el territorio de Asistencia Pública se arrasará todo vestigio de inmolación del ser humano que rinde y trabaja. El capataz de rebenque pasará a la historia como una estampa siniestra. Todavía, como lastre del pasado, existen formas de revisión de las “servicias”, una de las más degradantes formas de esclavización en el mundo. Para ello, previa

explicación de los motivos morales, se ha advertido severamente a empleados subalternos y capataces que se abstengan de ejercitar todo castigo corporal al peón, como también que se respete el fuero interno y sacrosanto de las jóvenes campesinas. La energía de la que tiene que rodearse la jerarquía no está reñida con los medios de violencia proscritos por la ley, abusivamente utilizados aún hoy día, como también con el respeto a la condición humana de menores de edad sujetas a seducciones y aún a violencias”.⁹⁰

Para los funcionarios estatales, la presencia de huasipungueros significaba una ocupación de zonas de las haciendas que eran controladas y alteradas por estos.

“El “huasipungo”, en las haciendas de la Asistencia Pública, ha sido lotizado anárquicamente, tanto por su ubicación, como por su cabida. Unos más otros menos. Unos en los valles otros en las alturas. Unos en pleno corazón del predio otros en sus márgenes. En lo que concierne a la cabida, de manera general es vital para la economía del campesino; pues, disponen de cuatro a cinco hectáreas de buenas tierras de labor; aunque con la consagración de injustos repartos, pues, hay “huasipungos” que fincan el doble y el triple de cabida de los regulares, en tierras de la misma calidad. La regularización de “huasipungos” se va a hacer en forma integral. Mientras tanto, lo conveniente para la Asistencia Pública es resguardarse de las invasiones que vienen haciendo los huasipungueros en tierras prediales, por la ninguna desaprensión de merma que tenía el arrendatario de un vasto territorio agrario que no alcanzaba a cultivarlo. En muchos “huasipungos” no hay linderaciones firmes, apenas una reja del arado los protege.”

Esto se presentaba como una falta de racionalidad en la asignación de los huasipungos que debía ser superada:

“(…) El arrendatario entregó el “huasipungo” anárquico. La administración directa tendrá que hacer un reparto científico del “huasipungo”, en torno a

⁹⁰ Informe de la Junta Central de la Asistencia Pública de Quito, en Alfredo Pérez Guerrero Ministro de Previsión Social y Trabajo, Informe a la Nación. Documentos Anexos, 1948, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, p. 85.

muchos factores: cabida general del predio, porcentaje dedicado a “huasipungos”, diversas calidades de la tierra, densidades de la población indígena, utilización del número de braceros y, sobre todo, a la vitalización de la economía celular de quien cultiva el “huasipungo””.⁹¹

Las reivindicaciones que empujó la actividad sindical fueron fundamentalmente las relativas a ampliar la legislación laboral, y a exigir su cumplimiento. Algunas disposiciones legales fueron expedidas antes del Código del Trabajo, y reafirmadas por este en 1938, como por ejemplo, la obligación de los propietarios agrícolas de pagar un impuesto anual para la creación y el sostenimiento de escuelas rurales para los hijos de los trabajadores. Así mismo en 1945 y 1946, se estableció que los propietarios de haciendas que excedan en un avalúo de S/. 500.000, tenían la obligación de construir casas para los trabajadores agrícolas, a razón de dos cada año, mientras que otras regulaciones, como la Ley del 9 de Abril de 1938, que disponía el derecho al usufructo gratuito y vitalicio del huasipungo a favor de quienes se encontraban en condiciones de jubilación, no fue aplicada nunca y fue derogada (Jaramillo Pérez, 1961: 11-12). Mientras que en los medios urbanos tenía plena aplicación el fondo de reserva, que equivale a un mes de salario por cada año de trabajo, solo desde 1951, de modo limitado empezó a ser reconocido para los trabajadores agrícolas (Jaramillo Pérez, 1957, I: 417).

4. LA FEI EN LA DÉCADA DE 1950

Las acciones que desplegó la FEI desde 1950 estaban condicionadas por los cambios que se operaban en la estructura hacendaria, y a la institucionalización del conflicto mediante los canales gremiales y la intervención estatal. Pero también es necesario mencionar algunos cambios en el Partido Comunista. En 1952 se realizó un Congreso partidario en Ambato que nombró como Secretario General a Pedro Saad, dando por concluido el ciclo de Ricardo Paredes que con algunas interrupciones había ostentando ese cargo desde la fundación del comunismo ecuatoriano ocurrida en 1931. Este hecho también implicó una retracción del papel de Dolores Cacuango. Saad representaba un cambio generacional pero también su papel protagónico en la revolución de 1944, junto

⁹¹ Ibid., p. 86.

a su trayectoria como dirigente laboral y senador funcional de los trabajadores de la Costa en el Congreso.⁹²

Desde 1950, se presentaba una tendencia a limitar el número de huasipungueros en las haciendas. Al no entregarse huasipungos a los descendientes cuando moría el jefe de familia, crecía el número de arrimados, consecuentemente los salarios bajos por el exceso de oferta de fuerza de trabajo en las haciendas. Esta tendencia se presentaba de modo general y no solo en las haciendas modernas. Su causa estaba en unos casos, en el reordenamiento productivo de las haciendas, y en otros a las presiones salariales de los arrimados y los huasipungueros (Velasco, 1979: 61-62). De ahí, que un elemento central en las reivindicaciones será la restitución y la oposición a la reubicación y limitación de huasipungos y los salarios. El problema de los huasipungueros será presentado como demandas laborales de estabilidad. A comienzos de la década de 1960, esta lucha se amplía demandando tierra para los peones sueltos o arrimados.

Los mecanismos de institucionalización de la lucha gremial previstos en la legislación laboral, suponen una conquista legal, pero al mismo tiempo que hacen viable la lucha reivindicativa, la encauzan dentro de límites precisos donde se reconoce la autoridad patronal y la intervención estatal. Para el caso de los huasipungueros, el Código del Trabajo preveía la liquidación anual de cuentas ante un Inspector del Trabajo. Se garantizaba la estabilidad, en el sentido de que los patronos no pueden privar de huasipungo, ni disminuirlo, pero al mismo tiempo el incumplimiento de lo anterior suponía despido intempestivo (Art. 306). También el Art. 307, estipulaba el desahucio de los huasipungueros, es decir, una forma de despido intempestivo con lo cual se podía obstruir la actividad sindical en las haciendas. Respecto a los conflictos colectivos y las huelgas, los mecanismos legales son los mismos que en los sindicatos industriales y de servicios, su variación está más en la práctica concreta y el efecto distinto de la huelga en la agricultura.

⁹² Aunque el papel de la “personalidad” es siempre problemático, se le ha atribuido a Saad rasgos expresivos abiertos y un manejo eficaz de la oratoria; lo contrario de Paredes quien tenía un carácter reservado en el trato personal (*Entrevista a Patricio Cueva*, julio de 2006, Quito). El otro factor fue la mayor presencia del PC en Guayaquil y el control de la dirigencia de la CTE que era compartida con el Partido Socialista.

Durante el Gobierno de Galo Plaza, las breves referencias que aparecen en los Informes del Ministerio de Previsión Social entre 1948 y 1950 mencionan ocasionales conflictos laborales en haciendas. En todo el país se habían producido 2 conflictos laborales en la agricultura en 1948, 1 en 1949 y 3 en 1950. La conflictividad era más alta en la industria y los servicios.

Tabla 3
Conflictos laborales 1948-1950

SECTORES	1948	1949	1950
Agricultura	2	1	3
Industria	14	5	14
Servicios	6	4	3
Total	22	10	20

Fuente: “Estadísticas”, Revista de Derecho Social Ecuatoriano, I, No.1, 1952, pp. 33-34.

En el periodo de Galo Plaza se creó el Consejo Consultivo del Ministerio de Previsión Social en 1950. Este Consejo Consultivo intervino en temas comunales y laborales, y uno de sus efectos habría sido la disminución de huelgas y conflictos laborales. Pero la conflictividad rural entre 1948 y 1950 ya había sido poco importante.

De acuerdo al decreto este Consejo estaba constituido por un delegado del MPS, el Decano de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central, el Profesor de Legislación del Trabajo de la Universidad Central, el Presidente de la Academia de abogados de Quito, un representante patronal de las Cámaras de Agricultura, Comercio e Industrias de la Primera Zona, un representante obrero designado por la CTE. Este decreto asignaba a este Consejo la capacidad de dar dictámenes de valor informativo y consultivo sobre controversias en la aplicación de la Ley de Comunas, resolver sobre parcelaciones y enajenaciones de bienes comunales; absolver consultas sobre temas laborales. El Consejo Consultivo del MPS reemplazaba las Juntas de Cuestiones Indígenas y la Junta de Asuntos Campesinos del Litoral que habían sido creadas en 1947.⁹³ Pero sus atribuciones eran menores a las Juntas que reemplazaban, y en su composición se daba un peso prominente a la representación de instituciones ligadas a los abogados junto a una representación patronal y laboral parcial. En este Consejo Consultivo participaron en diversos momentos Alfredo Pérez Guerrero, Juan Isaac

⁹³ Decreto No. 1279, 31 de julio de 1950, *Registro Oficial*, No. 579, 1 de agosto de 1950.

Lovato y Juan Genaro Jaramillo, abogados pertenecientes al Partido Socialista. Esta presencia de miembros del PSE en el Ministerio de Previsión Social, corresponde a una trayectoria de vinculación como funcionario o asesores en distintos momentos desde la década del treinta. De hecho, algunos abogados socialistas fueron los redactores del Código del Trabajo en 1938. Se trataba también del importante papel de los juristas socialistas en la Universidad Central y en los gremios de abogados. Como sostiene Mann (1997: 82), grupos específicos pueden penetrar el Estado dando lugar a múltiples corrientes en la gestión pública, y en este caso se trata del peso específico de los abogados en la definición de políticas sociales y la estructuración de intervenciones en el mundo laboral y rural. Tanto Pérez Guerrero como Lovato pertenecían a una tendencia moderada del socialismo.

De acuerdo al representante de este Consejo, su efecto habría sido la disminución de la conflictividad laboral también por la menor presencia de “agitadores profesionales” a los que rutinariamente el lenguaje estatal había atribuido el desencadenamiento de conflictos.

“Hoy que hemos visto la reducida intervención de *agitadores profesionales* en el campo laboral, los trabajadores han demostrado inclinación propicia a la armonía y a la búsqueda de solución para sus problemas en el examen de la realidad viviente, antes que en el doloso plan de los que trataron de impulsarlos a la destrucción y al desorden en aspiración de predominio esclavizador. Quiera la Patria que los obreros recobren su personalidad para independizarse de quienes, sin estar dentro de su clase y sus fatigas, pretenden hacerles medios dóciles para la consecución de oscuros designios. Y se alcanzará este resultado cuando el capital sea puesto en función social, cuando sirva para el cumplimiento de los fines humanos de quienes lo posean y del trabajador (...) mientras no se tenga este concepto del trabajador y no se mida sus derechos por sus aspiraciones constructivas, habrá de ser juguete de timadores políticos y la sociedad retardará su desenvolvimiento y superación”.⁹⁴

⁹⁴ “Informe personal que el Dr. Carlos Murriagui, Presidente del Consejo Consultivo, eleva al señor Lcdo. Gustavo Darquea Terán, Ministro de Previsión Social y Trabajo”, *Revista de Derecho Social Ecuatoriano*, I, 1, 1952, Quito, pp. 124-125 (subrayado nuestro).

Entre 1951 y 1952, coincidiendo con la fase de colaboración del PSE con el Gobierno de Galo Plaza, un Inspector Regional del Trabajo Agrícola intervino en algunas haciendas de la sierra buscando que los reclamos laborales no deriven en conflictos, según su opinión había encontrado la “recomendable aquiescencia prestada por varios patronos” que concluyeron en arreglos amistosos aunque se especificó la naturaleza de los reclamos de modo muy general. Sin embargo notaba que muchas disposiciones legales no se cumplían y pensaba que era necesario hacer una inspección general de las haciendas.⁹⁵ De modo que entre 1951 y 1952, en algo más de veinte haciendas se llevó adelante la intervención del Inspector de trabajo agrícola para realizar liquidaciones de cuentas y observar las condiciones de trabajo. Esto evidencia un bajo nivel de intervención estatal en las relaciones laborales.

En las elecciones presidenciales de 1952 triunfó José María Velasco Ibarra. Los contrincantes de Velasco Ibarra fueron Ruperto Alarcón Falconí, candidato conservador, y dos candidatos liberales: José Ricardo Chiriboga Villagómez y José Modesto Larrea Jijón. Ruperto Alarcón, también conocido como “Rupango”, expresaba el surgimiento de corrientes que cuestionaban la conducción aristocrática del Partido Conservador, en ese entonces dirigido por Manuel Jijón Flores. La candidatura de Velasco Ibarra se produjo por el impulso dado desde el diario *La Nación* de Guayaquil, que empujó la inicial campaña para la nominación. Las otras fuerzas que lo apoyaron fueron Concentración de Fuerzas Populares (CFP) y Alianza Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana (ARNE). En el caso de CFP, su líder Carlos Guevara Moreno había logrado la Alcaldía de Guayaquil en 1951 y se encontraba en un esfuerzo por dar proyección nacional a su movimiento (Norris, 2004: 121-126).

⁹⁵ Inspectoría Regional del Trabajo Agrícola, en Informe del Ministerio de Previsión Social 1951-1952, Quito, 1952, p. 38.

Tabla 4

Intervención del Inspector de trabajo agrícola en reclamaciones laborales de haciendas
de la sierra 1951-1952

HACIENDA	TIPO DE RECLAMACIÓN	PROVINCIA
Alpamalag de la Merced	Liquidación de cuentas	Cotopaxi
Tiobamba	Condiciones de trabajo	Cotopaxi
Salamalag	Liquidación de cuentas	Cotopaxi
Chalua	Condiciones de trabajo	Cotopaxi
La Rioja	Revisión de cuentas y condiciones de trabajo	Cotopaxi
Tigua	Condiciones de trabajo	Cotopaxi
Cumbijín	Liquidación de cuentas	Cotopaxi
Colta y anexas	Liquidación de cuentas	Chimborazo
Cuesaca	Revisión de cuentas	Carchi
La Merced	Condiciones de trabajo	Imbabura
Granobles	Condiciones de trabajo	Pichincha
Milán	Revisión de cuentas	Pichincha
Cananvalle	Revisión de cuentas	Pichincha
El Hato	Liquidación de cuentas	Pichincha
Cariaco	Revisión de cuentas	Pichincha
El Rosario	Liquidación de cuentas	Pichincha
El Obraje	Liquidación de cuentas	Pichincha
Capelo	Liquidación de cuentas	Pichincha
San José	Liquidación de cuentas y condiciones de trabajo	Pichincha
Pinllocoto	Condiciones de trabajo	Pichincha
Pambamarca	Liquidación de cuentas y condiciones de trabajo	Pichincha
Santa Mónica	Liquidación de cuentas y condiciones de trabajo	Pichincha

Fuente: Informe del Ministerio de Previsión Social 1951-1952, p. 39.

Muy tempranamente sucedió el alejamiento de CFP, y también surgió un conflicto con *La Nación* que había iniciado una política de denuncia y oposición que terminó en la clausura del periódico en abril de 1953. Y se produjo un giro que acentuó el carácter conservador del gobierno al incorporar como Ministro de Gobierno a un nuevo líder de derecha, Camilo Ponce, quien había creado en 1951 el Movimiento Social Cristiano que pretendía modernizar las filas conservadoras con nuevos fundamentos y actualización doctrinaria (Lara Guzmán, 2005: 20-23). Ponce pertenecía a una familia de ancestro aristocrático y era propietario de la hacienda “Herrerías”.

Algunos conflictos durante el inicio del nuevo gobierno de Velasco Ibarra muestran una posición adversa para los trabajadores de las haciendas. En la Hacienda Galte de Guamote, Chimborazo, de propietario privado, y en la Hacienda Pisambilla de la Asistencia Social, de Cangahua, Pichincha, se reclamaba la devolución de huasipungos arrebatados y tractorados, la nulidad de vistos buenos para despedir a los huasipungueros, pago de salarios adeudados, y otras demandas, en octubre de 1952.⁹⁶ Por lo menos en la Hacienda Galte se desarrolló una larga huelga que duró 8 meses y concluyó el 22 de Julio de 1953, donde el propietario Santos Cabezas se comprometía a elevar los salarios, respetar el derecho al trabajo, reconocer al sindicato, y se ponía también en libertad a 21 campesinos que por 8 meses permanecieron encarcelados.⁹⁷ En Imbabura, también en 1952, en la hacienda “La Merced”, se incendió la casa del dirigente del sindicato y 6 indígenas fueron sacados de la hacienda.⁹⁸ Es decir, bajo estas condiciones, pocos casos desembocaban en huelgas, y los conflictos no tenían mayor posibilidad de desarrollo.

Dos importantes conflictos rurales con un saldo de muertos y heridos ocurrieron en la hacienda “La Merced” de Pintag (agosto 1953) y en la hacienda “Guachalá” de Cayambe (enero 1954). En la hacienda La Merced, se había constituido un sindicato que presentó un conflicto ante las autoridades laborales, mientras que en la hacienda Guachalá era un reclamo laboral colectivo que no recurrió a un marco organizativo sindical. En La Merced intervino la FEI y en Guachalá aparecieron los lazos de los indígenas con Rubén Rodríguez un militante comunista de Cayambe. Las acciones violentas de contención fueron diferentes en el sentido de que en La Merced, intervino un pariente del patrono usando un arma de fuego y en Guachalá la represión la ejecutó la policía. Pero en los dos casos, numerosos indígenas fueron apresados y sometidos a enjuiciamiento criminal.

Por los hechos de violencia en La Merced que tuvieron un alto impacto en la opinión pública y otros actos contrarios a la libertad de expresión, Camilo Ponce fue sometido a

⁹⁶ *El Pueblo*, No. 48, 25 de octubre de 1952.

⁹⁷ *El Pueblo*, No. 70, 15 de agosto de 1953.

⁹⁸ *El Pueblo*, No. 28, 31 de mayo de 1952.

interpelaciones del Congreso que le permitieron crecer como figura política. Así mismo, la beligerancia de ARNE, enfrentándose con la izquierda y el sindicalismo, eran un soporte a formas autoritarias de gobernar. Hacia el fin del gobierno de Velasco Ibarra la conflictividad laboral no era muy significativa. Entre mayo de 1955 y abril de 1956 se habían producido 24 conflictos laborales: 10 en la industria, 6 en transporte, 3 en servicios públicos, 1 en comercio, 2 en agricultura que correspondían a haciendas costeñas, 1 en minería, 1 en construcción. No se registró ninguna huelga o conflicto en alguna hacienda serrana.⁹⁹

Para las elecciones de 1956 concurrieron parcialmente las tendencias que se enfrentaron en 1952, pero en esta ocasión la derecha presentaba una nueva figura, Camilo Ponce. Este fue nominado en medio de una pugna dentro del Partido Conservador, que tenía una fractura entre los “auténticos” liderados por Alarcón y los “clásicos” dirigidos por Manuel Jijón. Dado el peso de la Iglesia Católica, fue la autoridad de Carlos María de la Torre, Arzobispo de Quito, la que favoreció la final nominación de Camilo Ponce (Lara Guzmán, 2005: 32). Una alianza de liberales, socialistas y comunistas, presentó la candidatura del liberal guayaquileño Raúl Clemente Huerta. Velasco Ibarra desde el gobierno buscó impedir el triunfo de Huerta. Otro candidato liberal fue Ricardo Chiriboga Villagómez, que deseaba capitalizar su paso por la Alcaldía de Quito. Pero Ponce derrotó a Huerta con un pequeño margen de votos tras una campaña electoral con episodios de violencia. El enfrentamiento de los dos candidatos, en una aguda polarización ideológica, presentaba como tema dominante de la escena electoral la distancia entre los católicos contra los ateos aunque apareció tenuemente la cuestión de la reforma agraria.

En 1956, el Comité Provincial de Pichincha del PC creó la Comisión Campesina como un núcleo partidario dirigido a realizar acciones organizativas en el medio rural. Según el análisis que había realizado el partido, existía una situación de baja actividad de la FEI y era necesario impulsar el trabajo organizativo que se había debilitado. Esto significó en la práctica una acción partidaria paralela a la que conducía Modesto Rivera como representante principal de la FEI. Se puede hacer la conjetura de que este órgano provincial del PC creó la Comisión Campesina también impactado por los

⁹⁹ Ministerio de Previsión Social y Trabajo, *Informe a la Nación 1955-1956*, 1956, p.10.

acontecimientos de las haciendas “Guachalá” y “La Merced” que habían mostrado una débil respuesta política. Según Celso Fiallo, los militantes jóvenes desconocían la trayectoria anterior de la FEI y el periódico *Ñucanchic Allpa* había dejado de circular. Pertenecían a este comité partidario Jorge Rivadeneyra, Carlos Rodríguez, José Mantilla, César Muñoz, Milton Reyes, Celso Fiallo y otros.¹⁰⁰ Los miembros de las organizaciones indígenas llegaban al local del partido o a la oficina de Jorge Rivadeneyra quien era abogado y también literato. También tuvo un papel prominente en los conflictos laborales rurales como abogado Carlos Rodríguez. Debido al rol gravitante que tenía el Comité Provincial de Pichincha sobre la actividad campesina, en el local partidario se realizaban reuniones de las organizaciones campesinas vinculadas al partido.¹⁰¹

Aquí cabe una digresión sobre *Ya está amaneciendo* (1957), una novela de Jorge Rivadeneyra que ha pasado desapercibida.¹⁰² La narración se desarrolla en la hacienda “Condorpamba” cuyas referencias geográficas están en Chimborazo. Ha sido vendida a Santos Cordovez un nuevo propietario que al enterarse de la existencia de un sindicato en la hacienda desea suprimirlo. En su trayectoria anterior Cordovez había sido Ministro y provenía de un linaje aristocrático provinciano. Gaspar Gualavici es el antiguo cabecilla que había dirigido un levantamiento hace dos décadas y vive todavía en la hacienda. Valerio Marcatoma es un cabecilla joven que procura mantener al sindicato, pero el patrono busca por todos los medios impedir su funcionamiento. Cordovez paga parcialmente las deudas del antiguo patrón con los peones y con ese acto gana su confianza. Manuel Molina es el contacto político urbano en Riobamba; era un ex obrero de una fábrica de calzado que al ser despedido se dedicó a su oficio de zapatero. Posee las destrezas y la experiencia de organizador y está en capacidad de llegar a las haciendas. Como es el depositario de la memoria de luchas pasadas, puede contarlas. Esta es la voz de un sujeto ausente en la narración: el partido. Aparece Mr. Johnson un representante del Servicio Cooperativo Norteamericano a quien le interesan las riquezas naturales. Cordovez recurre al Teniente Político de la parroquia para que junto a otros

¹⁰⁰ Entrevista a Celso Fiallo, octubre 2012, Quito.

¹⁰¹ “Conferencia campesina de Pichincha, Imbabura y Cotopaxi”, *El Pueblo*, No. 204, 6 de mayo 1957.

¹⁰² Agustín Cueva le dedica a *Ya está amaneciendo* este lacónico comentario: “artísticamente deplorable pese a sus buenas intenciones revolucionarias” (1986: 200).

“chagras” se organice un hostigamiento a los huasipungueros. Surge la violencia contra estos y encuentran una respuesta organizada.

Se puede tener la impresión de que el argumento y los personajes reproducen una trama similar a la de *Huasipungo* puesto que definió una fórmula literaria propia de un tipo de novela realista que establece un elenco específico de personajes y situaciones (Williams, 2003: 266-267). La mayor diferencia con *Huasipungo* es la presencia de contactos políticos externos y la figura del sindicato que emerge en *Ya está amaneciendo* como un espectro que atormenta al hacendado. El sindicato irrumpe como una amenaza que se personifica en los cabecillas y es un significante que le permite al narrador dar una articulación a su relato. El temor del hacendado y la esperanza de los huasipungueros se conectan a una organización.

La novela de Rivadeneyra sugiere las prácticas de la FEI y el Partido Comunista en el campo. La ficción literaria establece una representación de la acción de los indígenas. Valerio Marcatoma era un joven cabecilla alfabetizado que sin embargo no conocía el Código del Trabajo. Un abogado le vende un ejemplar usado del Código que se torna en el libro de las revelaciones. Después de una lectura individual se transforma en una lectura colectiva nocturna que a la luz de un candil produce una toma de conciencia. Este pasaje de la novela introduce en la ficción literaria un modo de difusión de la legislación laboral. Si se recuerda la intervención de Neptalí Ulcuango en el Congreso de la FEI de 1947, los dirigentes indígenas letrados si estaban más enterados de la legislación laboral puesto que *Ñucanchic Allpa* divulgó las secciones del Código del Trabajo dedicadas a las modalidades de trabajo rural. Se haya conocido o no el texto escrito, los indígenas terminaban enterándose de la legislación laboral por la praxis reivindicativa. Se trata de la articulación del discurso de izquierda con el uso de la ley.

Una forma de hostigamiento a quienes habían elegido organizarse, fueron los juicios criminales que se podían seguir a dirigentes sindicales, como en la hacienda “Pisambilla” (Cangahua, Cayambe), donde en 1956 se inició un juicio a varios campesinos acusados de asalto.¹⁰³ La otra forma que se repetirá mucho en los años siguientes, consistía en los desahucios a dirigentes sindicales; así, en 1956, en la

¹⁰³ *El Pueblo*, No. 179, 26 de mayo de 1956.

Hacienda “Tipín” de Guamote, ya sea mediante la coacción directa de los propietarios, o los desahucios por medio del Inspector del Trabajo, se desalojaba a los huasipungueros.

No obstante, en ciertas circunstancias podía producirse una posición de relativa ventaja para los trabajadores huasipungueros. La hacienda Zumbahua (Cotopaxi), de la Asistencia Pública, se mantuvo en administración directa desde 1943 puesto que no se pudo encontrar arrendatarios dispuestos a conducir la hacienda tras un conflicto laboral donde intervino el abogado Gonzalo Oleas a fines de los años treinta cuando el arrendatario no pudo expulsar a los huasipungueros.¹⁰⁴ A mediados de la década de 1950 las autoridades de la Asistencia Pública constataron que se había producido “el incontenible avance de los huasipungueros”. La hacienda tenía 12.200 has., con una superficie cultivable de 4.500 has. Bajo el control de los 416 huasipungueros se encontraban 2.500 has., lo que constituía una amenaza que podía terminar en la desintegración de la propiedad. No era fácil encontrar arrendatarios y se pensaba que la mejor solución era vender la hacienda a los mismos huasipungueros.¹⁰⁵

Cuando en Agosto de 1958 en las haciendas “Laime”, “Tiocajas” y “Atapo” de Gonzalo Dávalos, de la provincia de Chimborazo, los campesinos presentaron un pliego de peticiones los patrones sitiaron a los campesinos e impidieron que concurren ante las autoridades del trabajo.¹⁰⁶ Las peticiones señalaban:

1. El pago de 5 años de trabajo adeudados.
2. Establecimiento de una escuela primaria.
3. Proveer de herramientas necesarias y ropa de trabajo y que no se obligue a los niños a trabajos agrícolas, porque no reciben salario.
4. Que se dé un buen trato.

Mientras esto ocurría en Chimborazo, la Federación de Trabajadores de Pichincha denunció que en la hacienda “San Antonio” de Cayambe, 9 huasipungueros y 5 peones

¹⁰⁴ Sobre el conflicto de la hacienda Zumbahua, véase Becker (2007c).

¹⁰⁵ Gonzalo Cordero Crespo, Ministro de PST, Informe, Quito, 1957, p. 288.

¹⁰⁶ *La Nación*, 23 de agosto de 1958.

sueltos no percibían jornales por 7.¹⁰⁷ La respuesta de los campesinos fue la huelga en septiembre, cuando no se llegó a ningún acuerdo con el patrono, motivando también una huelga solidaria de los trabajadores de las haciendas “La Candelaria” y “La Libertad” de la zona de Cangahua.¹⁰⁸

Se ha establecido que entre los años 1956 a 1962 se presentaron en todo el país y en todos los sectores de la economía, 406 pliegos de peticiones y que se realizaron 41 huelgas y una huelga ilegal. La mayoría de los pliegos de peticiones se concentraron en Pichincha con 146 y en Guayas con 105.¹⁰⁹ Así mismo, es destacable que la mayoría de los conflictos concluyeron en conciliación y no en sentencia, seguramente por la inflexibilidad de los Tribunales de Conciliación y Arbitraje, y la desconfianza a estos organismos por parte de los sectores sindicalizados. De ahí que 388 conflictos hayan terminado en la fase de conciliación. Esta información se relaciona con los conflictos y pliegos de peticiones que se desarrollaban por medios institucionalizados de la legislación laboral, y corresponden a los sindicatos industriales, de servicios, transporte y agrícolas, para el último caso, eran los litigios de los sindicatos campesinos de la sierra y de los sindicatos agrícolas en las plantaciones bananeras e ingenios azucareros de la costa. Los datos de 1957 indican que se produjeron 46 conflictos colectivos y solo 2 terminaron en huelga. De acuerdo a los sectores: 8 conflictos en la industria, 12 en los servicios públicos, 4 en transporte, 9 en la agricultura, 1 en minería, 11 en varios sectores. Se efectuaron 4 conflictos en haciendas de la sierra, 2 en Pichincha y 2 en Chimborazo.¹¹⁰

5. CONFLICTOS LABORALES EN LAS HACIENDAS 1958-1963

Se produjo un ciclo de incremento de conflictos laborales en las haciendas en el período 1958-1963. En las peticiones predominaban puntos relacionados con el incumplimiento de la legislación laboral, tales como la liquidación de cuentas, pago de vacaciones no gozadas, fondos de reserva, buen trato y libertad sindical. Estas demandas generaban reclamos que se presentaban ante un Inspector del Trabajo, sin pliego de peticiones, lo

¹⁰⁷ *La Nación*, 26 de agosto de 1958.

¹⁰⁸ *El Comercio*, 16 de septiembre de 1958.

¹⁰⁹ *Revista IDTIS*, IV. No. 7. 1964. p. 27.

¹¹⁰ Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Informe 1958, Quito, 1958, s. p.

que en términos de la legislación no era un conflicto. Otras reclamaciones se formalizaban con pliegos de peticiones, presentados por un Comité Especial, exista o no un sindicato. De acuerdo al Código del Trabajo, los conflictos podían ser canalizados por un Comité Especial cuando no hay un Comité de Empresa, y en las haciendas serranas no se constituyeron estas organizaciones. El Comité Especial es una organización provisional que existe mientras se dirime el conflicto.

Los conflictos se hallaban relacionados con sindicatos organizados anteriormente o desde nuevos sindicatos constituidos. Con mayor frecuencia, la organización que se establece es el Comité Especial, y se extingue cuando ha concluido el conflicto. Los conflictos pueden terminar en huelga o en Acta Transaccional. La tendencia mayor es hacia el Acta Transaccional y no hacia la sentencia de los Tribunales de Conciliación y Arbitraje conformados para el trámite administrativo de los conflictos.¹¹¹

Con el objeto de situar las reivindicaciones y los cauces que adoptan las acciones organizadas por la FEI y el sindicalismo católico, hemos procedido a una descripción de aquellos conflictos que dejaron huellas en los registros estatales y la prensa. Los datos cuantitativos de los conflictos colectivos en la agricultura y en otros sectores entre 1959 y 1963 evidencian una tendencia al incremento de los conflictos, tanto en las áreas urbanas como en las rurales, puesto que de 40 conflictos colectivos registrados entre mayo de 1959 y mayo de 1960, se pasa a 141 conflictos colectivos entre mayo de 1961 y abril de 1962, es decir, la conflictividad laboral se triplica, pero tiene un leve descenso entre mayo de 1962 y abril de 1963. No es posible especificar el número de huelgas en los distintos sectores, particularmente el agrícola, pero se advierte un notable incremento de conflictos de trabajo rurales entre 1961 y 1963.

¹¹¹ Los Tribunales de Conciliación y Arbitraje se hallan constituidos por dos vocales de los trabajadores, dos vocales de los patronos y el Presidente del Tribunal que es un Inspector del Trabajo.

Tabla 5
Conflictos colectivos (1959-1963)

AÑOS	AGRICOLAS	INDUSTRIA Y SERVICIOS	TOTAL
Mayo 1959 - mayo 1960	13	27	40
Septiembre 1960 - abril 1961	49	42	91
Mayo 1961 - abril 1962	48	93	141
Mayo 1962 - abril 1963	45	82	127

FUENTE: Ministerio de Previsión Social y Trabajo. Informe, 1960; *Revista IDTIS*, III. No.6, 1963; *El Comercio*, 4/07/1963.

Este crecimiento de la conflictividad laboral ocurría en medio de una coyuntura política donde se había puesto en discusión la reforma agraria con una acrecentada intervención del sindicalismo activado por la izquierda y en menor medida por el catolicismo.

Desde 1959, los pliegos de peticiones se incrementaron, lo que coincidió también con una mayor intensidad de la movilización en los sectores urbanos sindicalizados. En ese año el gobierno conservador de Camilo Ponce enfrentaba una amplia oposición social y política. Así mismo, la revolución cubana va a producir un efecto de radicalización en la izquierda comunista y socialista. Al culminar su mandato, Ponce se refirió a que entre 1956 y 1960 había ocurrido algo más de unas veinte huelgas, lo que indicaba una paz laboral durante su gobierno. En su opinión, se constataba “la tendencia del trabajador ecuatoriano a independizarse del yugo extranjero. El trabajador ecuatoriano sabe que goza de garantías legales plenas y que su único riesgo es mezclar los asuntos de clase, puramente sindicales, con la disciplina de partidos revolucionarios que toman al trabajador como instrumento”.¹¹² Lo que Ponce estaba afirmando era la necesidad de disociar el vínculo entre la izquierda y el sindicalismo.

La CTE y el Partido Comunista emprendieron iniciativas organizativas de tipo regional. En las provincias del Carchi y Chimborazo se constituyeron federaciones locales a fines de la década de 1950. La primera, denominada Federación de Campesinos del Carchi, tenía como presidente a Luis Bolívar Bolaños, un joven abogado del PC.¹¹³ Esta

¹¹² Camilo Ponce, *Mensaje al Congreso Pleno*, 10 de agosto de 1960, p. 48.

¹¹³ *El Universo*, 12 de octubre de 1959.

federación había constituido organizaciones de trabajadores huasipungueros afrodescendientes en haciendas del Valle del Chota. La segunda, la Federación Indígena de Chimborazo tenía en su directorio al legendario dirigente indígena Ambrosio Lasso y militantes del PC de Chimborazo tales como Jorge Arellano, Enrique Bazante, César Zabala y Julio Chávez.¹¹⁴ Enrique Bazante, por ejemplo, participaba en las liquidaciones de cuentas de las haciendas y podía establecer vínculos personales con los hacendados que estaban dispuestos a aceptar el papel mediador de los militantes del PC.¹¹⁵

Los trabajadores de la hacienda “Santa Catalina” de la Junta Central de Asistencia Pública, presentaron en abril de 1959 un Pliego de Peticiones que contiene reivindicaciones ya conocidas, pero enuncia también en una demanda la expectativa por la parcelación de esta hacienda muy cercana a Quito.¹¹⁶

1. Pago de horas extraordinarias y suplementarias, semana integral, vacaciones, valores por uso de herramientas de su propiedad en las labores agrícolas de la hacienda
2. Aumento de salarios a S/. 5 diarios para los huasipungueros y 10 sucres diarios para los peones sueltos
3. Dotación de herramientas para el trabajo y construcción de casas para vivienda
4. Indemnización por accidentes de trabajo
5. Rebaja del período de cuentayazgo a turnos de un mes
6. Dotación de herramientas para trabajos en la hacienda; rebaja del número de días de trabajo por concepto de pago a la hacienda; cumplimiento de la jornada de ocho horas de labor; realización de cuentas semestrales

¹¹⁴ “Federación Indígena de Chimborazo realizó asamblea y hace reclamos”, *El Comercio*, 6 de Octubre de 1959.

¹¹⁵ El recuerdo de Enrique Bazante sobre su experiencia de trato personal con el hacendado Nicolás Vélez Merino trasluce estos vínculos que surgían de las negociaciones en las haciendas. “El primer patrón que discute conmigo el Código del Trabajo es el Ingeniero Nicolás Vélez Merino a quien yo considero un caballero lleno de tantas cosas negativas, pero un hombre muy bueno, verdadero, que se quedó sin la hacienda por confiar el manejo de estas tierras maravillosas de Pul a administradores ladrones, incapaces...Justamente cuando yo iba a hacer las cuentas con él, yo discuto la moral, la caridad, el humanismo. Nicolás Vélez es el primero que aumenta los salarios en esta provincia, de 75 centavos a 1 sucre, y lo más grande que hace es quedarse sin deudas [con los trabajadores]”. *Entrevista a Enrique Bazante*, 28 de agosto de 1981, Riobamba.

¹¹⁶ “Trabajadores de un fundo de Asistencia Pública presentan pliego de peticiones”, *El Comercio*, 16 de abril de 1959.

7. Establecimiento del sistema de control de anotaciones de trabajo con intervención de un delegado por los huasipungueros y jornaleros y otro nombrado por el arrendatario
8. Cancelación del mayordomo de la hacienda Señor Francisco Garrido por maltrato que infiere a los trabajadores
9. Compromiso de la Junta Central de Asistencia Pública de mantener el uso y goce de los huasipungueros en caso de venta de la hacienda y que se les de preferencia en caso de parcelación.

Entre mayo de 1959 a mayo de 1960, se presentan conflictos en haciendas de las provincias de Pichincha (7), Chimborazo (1), Imbabura (2), y Tungurahua (1)

Tabla 6
Conflictos colectivos agrícolas en la sierra:
mayo 1959–mayo 1960

PROVINCIA/HACIENDA	SOLUCION
PICHINCHA	
Hacienda "Carrera"	Acta Transaccional
Hacienda "Pasochoa" La Merced	Acta Transaccional
Hacienda "Santo Domingo"	Acta Transaccional
Hacienda "Victoria"	Acta Transaccional
Hacienda "Pisambilla"	En trámite
Hacienda "Miranda"	En trámite
IMBABURA	
Hacienda "San Pablo"	Acta Transaccional
Hacienda "Caldera"	Acta Transaccional
TUNGURAHUA	
Hacienda "San Pablo"	Acta Transaccional
CHIMBORAZO	
Hacienda "El Molino"	Acta Transaccional

Fuente: Ministerio de Previsión Social y Trabajo, 1960, pp. 1-2.

Diversas situaciones son detectables en los conflictos; en la hacienda “Victoria” de Amaguaña, en febrero de 1959, se presentó al Tribunal de Conciliación como prueba de no pagar salarios, horas suplementarias, días de descanso obligatorio, vacaciones y diferencias de salarios, lo siguiente: ¹¹⁷

¹¹⁷ *El Pueblo*, No. 222, 7 de febrero de 1959.

A 12 huasipungueros a S/. 887.50 c/u	10,650.00
A 4 cuentarios a S/. 1.632.50 c/u	6,530.00
A 1 chacracama	2,022.50
A 1 peón sin huasipungo	1,804.50
A 11 mujeres	20,141.00
TOTAL	41,148.00

En esta hacienda de propiedad de Guillermo Chiriboga Villagómez, se respondió con el despido de 3 huasipungueros, originando la huelga en enero de 1960, donde la policía apresó a los dirigentes por una denuncia de que había ocurrido un “levantamiento”.¹¹⁸ El pliego de peticiones exigía el pago de salarios, garantía de no ser despojados de los huasipungos y el mantenimiento de préstamos en especie.

En la huelga de la hacienda "Santa Teresita" de Pintag, sostenida entre fines de 1958 y comienzos de 1959, una sentencia del Tribunal, determinó que se eleven los salarios de S/. 1 a S/. 2.50, pago de salarios adeudados, vacaciones de 4 años, uso de agua y leña de la hacienda y garantía de estabilidad de los huasipungueros, pero el patrón apeló a la sentencia, luego de que la huelga duró más de cien días.¹¹⁹

En las haciendas de la Asistencia Social se podía apreciar que el problema de posibles parcelaciones de las haciendas, era ya una preocupación¹²⁰ por lo que en un pliego de peticiones presentado en Abril de 1959 se pide que la Junta Central de Asistencia Pública mantenga el uso y goce de los huasipungueros en caso de venta, y que se les de preferencia en la parcelación, aparte de plantear alzas de salarios y mejora de condiciones de trabajo.

Un pliego de peticiones que no está registrado es el de la hacienda Pasillo de la Asistencia Social, motivado en el despido de varios trabajadores y reclamaciones

¹¹⁸ *El Comercio*, 10 de enero de 1960.

¹¹⁹ *El Pueblo*. No. 222, 5 de febrero de 1959.

¹²⁰ *El Comercio*, 16 de mayo de 1959.

salariales.¹²¹ También una huelga en la Hacienda “Caldera de Imbabura”, denunciada en el VIII Congreso de la CTE por Bolívar Bolaños, Presidente de la Federación Campesina del Carchi.¹²² La huelga de la Hacienda “Sablog”, que tampoco consta en la información del Ministerio del Trabajo, se inició a comienzos de 1960, cuando el patrono luego de un arreglo, en el que se comprometía a pagar salarios adeudados por dos años en dinero y letras de cambio, despidió a los dirigentes por medio de vistos buenos.¹²³

En la Hacienda “El Prado”, donde el propietario era un hermano del Presidente de la República, cuando se presentó un pliego de peticiones y se formó un sindicato, por la coacción, los trabajadores fueron intimidados,¹²⁴ con el resultado de la destrucción del sindicato.

Entre 1959 y 1960 se puede apreciar que los salarios que se demandan en los pliegos de peticiones oscilan entre S/. 5 y S/. 7 para los huasipungueros y S/. 8 y S/. 10 para los peones sueltos. Los salarios agrícolas, fijados según las zonas, no tuvieron un tratamiento por comisiones de salarios mínimos, como ocurría en otros sectores de la economía.

“(…) nuestras comisiones de salarios mínimos, evitan en lo posible tocar el problema de los trabajadores agrícolas; y, cuando se habla de estos surge de inmediato (la idea de que es producto) de agitadores y comunistas, con el que se suele calificar a toda la inquietud y preocupación de bienestar social; esto es un aspecto difícil de tocarlo de nuestra realidad, en la que se da la fijación de salarios mínimos de peones agrícolas, inferiores a los dos tercios del monto de que la costumbre ha impuesto bajo el desastroso principio económico de la ley de oferta y la demanda, en el que quedan sacrificadas las clases trabajadoras” (Jaramillo Pérez, 1957, I: 417).

¹²¹ *Diario del Ecuador*, 9 de noviembre de 1959.

¹²² *El Universo*, 12 de octubre de 1959.

¹²³ *El Pueblo*, No. 244, 30 de octubre de 1960.

¹²⁴ *El Pueblo*, No. 232, 6 de febrero de 1960.

Esto obviamente, por la vigencia de relaciones basadas en la renta en trabajo, donde el salario para los huasipungueros, funcionaba más como un sistema de cuentas de la hacienda, y para los peones libres o sueltos, en la medida que una parte de la reproducción de la fuerza de trabajo también se realiza en la parcela de la familia huasipungo, los salarios están por debajo de los límites que permiten la reproducción, considerando además que los peones sueltos solo trabajan de modo temporal (Guerrero 1975: 42-43).

Una manifestación proyectada a fines de septiembre de 1959, fue prohibida por las autoridades puesto que los representantes de sindicatos y comunas vinculados a la FEI que habían llegado a Quito fueron impedidos de ir hacia el Congreso donde iban a presentar peticiones. La policía sitió la Casa del Obrero e impidió esta manifestación.¹²⁵ Una de las demandas mencionadas en esta movilización fue el sufragio universal. La inclusión de esta demanda democratizadora implicaba una mayor participación campesina en la política electoral.

Las elecciones de 1960 presenciaron una contienda entre Velasco Ibarra; Galo Plaza auspiciado por una coalición de liberales, independientes y el Partido Socialista; Antonio Parra por una alianza de la corriente radical del Partido Socialista, el Partido Comunista y CFP; y, Gonzalo Cordero por una alianza conservadora. Velasco triunfó sustentado en una amplia votación costeña. En esa campaña, Velasco situó ocasionalmente el tema de la reforma agraria aunque en su concepción de regeneración moral; adicionalmente, se abanderó del tema de la nulidad del Protocolo de Río de Janeiro que movilizaba sentimientos patrióticos.

En septiembre de 1960, las presiones por alzas salariales, y los mismos ofrecimientos de reforma agraria sostenidos por Velasco Ibarra durante la campaña electoral, confluyeron en la fijación de salarios mínimos para los jornaleros en s/. 6,00 y para los huasipungueros en s/. 3,00 diarios,¹²⁶ que se ponía en el límite de lo que había sido obtenido mediante la acción organizada.

¹²⁵ “Policía de Quito sitio a campesinos y les impidió desfilar”, *El Universo*, 27 de septiembre de 1959.

¹²⁶ Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Resumen de salarios mínimos establecidos en el Ecuador. 1966, p. 18.

De septiembre de 1960 a abril de 1961, se incrementa la movilización, de manera significativa; se registran 6 conflictos agrícolas en el Carchi, 19 en Pichincha, 2 en Cotopaxi, 12 en Chimborazo y 1 en Azuay. Entre mayo de 1961 y abril de 1962, la mayoría de conflictos agrícolas se concentra en Pichincha con 25 conflictos y en otras provincias, la movilización reivindicativa es mucho menor, Chimborazo representa 4 conflictos, Carchi 3, Azuay 2, Cotopaxi 1, Imbabura 1.

Tabla 7

Conflictos colectivos agrícolas en la sierra: septiembre 1960-abril 1961

PROVINCIA/HACIENDA	SOLUCIONES
CARCHI	
Hacienda "El Tambo"	Acta Transaccional
Hacienda "San Vicente de Pusir"	Acta Transaccional
Hacienda "Yascón"	Acta Transaccional
Hacienda "Tumbatú"	Acta Transaccional
Hacienda "Santa Ana"	Acta Transaccional ¹
Hacienda "San Francisco de Huaquer"	Acta Transaccional
PICHINCHA	
Hacienda "El Prado"	Acta Transaccional
Hacienda "Tena"	Acta Transaccional
Hacienda "Cariacu"	Acta Transaccional
Hacienda "San Nicolás" de Pólit	Acta Transaccional
Hacienda "Cachunchi" "Echanique"	Acta Transaccional
Hacienda "Cornejo Alto"	Acta Transaccional
Hacienda "San Vicente"	Acta Transaccional
Hacienda "Juigua"	Acta Transaccional
Hacienda "San José"	Acta Transaccional
Hacienda "Paquistancia"	Acta Transaccional
Hacienda "Talanga"	----
Hacienda "Quinchocajas"	Acta Transaccional
Hacienda "Carrera"	Acta Transaccional ¹
Hacienda "Pusuqui Grande"	En Trámite ²
Hacienda "Las Rosas"	Acta Transaccional
Hacienda "San Antonio"	En Trámite ²
Hacienda "San Clemente"	Acta Transaccional
COTOPAXI	
Hacienda "Pigua Cutzupan"	Acta Transaccional
Hacienda "Cuturbay Grande"	En Trámite ²
CHIMBORAZO	
Hacienda "Atapo"	Acta Transaccional
Hacienda "Pasniag"	Acta Transaccional
Hacienda "Totorillas"	Acta Transaccional
Hacienda "Yacopamba"	Acta Transaccional
Hacienda "Columbe Grande"	Acta Transaccional
Hacienda "Laime"	Acta Transaccional
Hacienda "Moncayo"	Acta Transaccional
Hacienda "Tipín"	Acta Transaccional
Hacienda "Galte"	Acta Transaccional
Hacienda "Sabloc Grande"	Acta Transaccional
Hacienda "Columbe Chico"	Acta Transaccional
Hacienda "Tiocajas"	Acta Transaccional
AZUAY	
Hacienda "Pacha"	Acta Transaccional

FUENTE: Elaborado en base a Revista de IDTIS. Vol. III. No. 6. 1963. pp- 89-90

¹ Se efectuó huelga

² En trámite hasta abril de 1962

Desde 1959 en la provincia de Chimborazo, se estaban produciendo demandas en las haciendas que incluían pliegos de peticiones y ocasionalmente concluían en huelgas. Esta mayor actividad reivindicativa confluyó en una concentración de conflictos y la mayor penetración de la FEI en las zonas rurales de Chimborazo. En febrero de 1961 ocurrió un evento movilizador que cubrió algunas haciendas de Columbe, una parroquia hacia donde se había extendido la acción de la FEI. En esta movilización, los indígenas se tomaron la hacienda “Columbe Grande” y luego rodearon el pueblo de Columbe el 2 de febrero de 1961. Otras haciendas que estaban implicadas en la movilización fueron las haciendas “El Molino”, “Sablog” y “Sablog Grande” que ya habían tenido demandas anteriores. En una rememoración del levantamiento de Columbe, el dirigente indígena Manuel Agualzaca recordó el uso de banderas y cornetas para convocar a la movilización:

“Así hacia lucha con corneta, con bandera, con todo organizaba. Entonces allí se hacía correr a policías, ya luchando con la corneta ya la gente se levanta. Gritando se iba diciendo ¡Viva! ¡Abajo patrones! Así protestando de loma en loma, así organizó. Y dos policías han matado campesinos (...) aguas del rio los botaron. También se mataron a dos compañeros campesinos”.¹²⁷

En otra ocasión, Manuel Agualzaca, relató que al enfrentarse a la policía, “Hombres y mujeres les arrinconamos a la policía. Ellos despavoridos se fueron a la quebrada, pero al ver que estaban por ganar dispararon a Basilio y a Pedro. Ellos murieron por valientes”. Pero también quedaron heridos dos policías (Tuaza, 2011: 50-51). María Guaraca, una mujer indígena, evocó los eventos de Columbe como una “guerra”: “Verdaderamente fue una guerra. Nosotros no teníamos las armas, pero teníamos la voluntad de pelear, de atacar con las piedras y los palos (...) Me acuerdo cómo las mujeres atacamos a la policía, pegamos a ellos y los caballos” (Ibid.: 50). La movilización duró tres días que dejaron un profundo temor en los terratenientes y los habitantes mestizos del pueblo de Columbe.

Estuvieron directamente relacionados con esta movilización Carlos Rodríguez, uno de los abogados de la FEI, y los militantes del PC de Chimborazo Enrique Bazante y

¹²⁷ *Entrevista a Manuel Agualzaca*, 26 de agosto de 1981, Riobamba.

Lupercio Lalama. La policía enviada a reprimir, causó dos muertos entre los indígenas (Pedro Guamán y Basilio Huaraca) y varios heridos. Pero después, un destacamento del ejército se instaló en una de las haciendas para disuadir otros posibles actos de protesta. Más de sesenta indígenas fueron encarcelados. Inicialmente, el Ministro de Gobierno estaba interesado en investigar y sancionar a los “autores e instigadores del levantamiento” y reforzó el control policial de la zona.¹²⁸ En una visita a Quito, los dirigentes de la FEI y de otros organismos laborales de Chimborazo se entrevistaron con Velasco Ibarra y él ordenó se libere a los detenidos. La Dirección de Trabajo, intervino para resolver la cuestión de los salarios adeudados. En una reunión en la Gobernación de Chimborazo, los hacendados reconocieron que efectivamente no habían pagado salarios adeudados desde hace algunos años, aunque el dueño de “El Molino” se quejó de que los huasipungueros habían avanzado en la posesión de tierras de la hacienda. Pero los terratenientes unánimemente afirmaron su preocupación por el estado de agitación atribuido a los comunistas.¹²⁹

El sacudón que produjo este levantamiento trajo la presencia directa de Velasco Ibarra a la ciudad de Riobamba. En la gobernación de la provincia estuvieron presentes los dueños de las haciendas afectadas por la movilización, los dirigentes del PCE y la FEI, el gobernador y Velasco Ibarra. Las expresiones de este último, fueron que “para mejorar la situación económica del campesinado se debe ir a la Reforma Agraria, pero sin crear pavor a los productores, porque perjudicaría la producción nacional”.¹³⁰ Arístides Gallegos, el gobernador de Chimborazo, le comentó poco tiempo después a la periodista Lilo Linke su opinión sobre la relación entre los indígenas y los comunistas: “Me impresionó la profunda fe que los indígenas tienen en los abogados comunistas”.¹³¹

Pero los terratenientes demandaban medidas tendientes a controlar las movilizaciones. Según Philip Agee (1979:168), había un clima de temor entre los hacendados puesto que “este tipo de disturbios asustan mucho a los terratenientes. Si los disturbios se les escapan de las manos y se extendieran, cualquiera sabe dónde podrían acabar. Tal vez

¹²⁸ “Agitadores están azuzando a indígenas de Columbe”, *El Comercio*, 7 de Febrero de 1961.

¹²⁹ *El Comercio*, 12 de Febrero de 1961.

¹³⁰ “Que se solucione el problema indígena pide el Dr. Velasco”, *El Comercio*, 23 de Febrero de 1961.

¹³¹ Lilo Linke, “Sublevación o educación”. Serie Misión Andina-Esperanza del indígena (1), *El Comercio*, 8 de marzo de 1961, en Linke y Albornoz (s.f.: 11).

en el mismísimo palacio presidencial”. Una movilización de alcance local había derivado en un efecto político que llegó a la intervención in situ de Velasco Ibarra.

Durante 1961 se produjo un rápido deterioro del gobierno de Velasco Ibarra. Luego de un paro de la CTE en octubre en el que también intervino la FEI, se produjo la entrega del poder a Carlos Julio Arosemena. Una manifestación de más de 10.000 indígenas recorrió las calles céntricas de Quito el 16 de diciembre de 1961. En el acto público intervino Arosemena quien prometió la pronta presentación de un decreto sobre la reforma agraria. La marcha campesina era un evento público organizado por la Comisión Campesina del PC. La marcha recorrió las calles de Quito desde Chimbacalle hasta la plaza Bolívar donde se instaló una tribuna para los oradores. Los participantes en la marcha eran las organizaciones de la FEI de Chimborazo, Cotopaxi y Cayambe que llegaron en un tren que facilitó el gobierno. Celso Fiallo, un organizador de la manifestación, recordó que los indígenas de Cotopaxi asistieron con 3 bandas de música, 10 grupos de tambor y pingullo, un Auto Sacramental y un grupo de 12 bocineros que con su sonido provocaban un inmenso estruendo. La población urbana que miraba el desfile expresaba un inmenso asombro al ver una manifestación indígena tan nutrida.¹³²

Según *El Comercio*, la marcha indígena fue “una invasión pacífica de la ciudad” y destacó también la presencia de mujeres indígenas que se manifestaron de manera silenciosa. Entre los oradores estuvo el joven dirigente de la FEI, Miguel Lechón, quien planteó demandas relativas a la ampliación del consumo y la expansión de los servicios públicos junto a reivindicaciones de tipo agrario y laboral.

“Necesitamos educación, atenciones médicas, huasipungos gratuitos, agua potable, luz eléctrica, televisión, teléfonos. Que haya automóviles para que el indio también tenga derecho a pasearse (...). Es necesario que se acaben los latifundios y los gamonales y que se publique en la prensa los abusos. Que se acaben los salarios infelices y que siga el ejemplo de Cuba”.¹³³

¹³² Entrevista a Celso Fiallo, octubre 2012, Quito.

¹³³ “El Dr. Arosemena expone su decisión de actuar para la eliminación de huasipungos”, *El Comercio*, 17 de diciembre de 1961, pp. 1 y 3.

Carlos Julio Arosemena prometió que enviaría pronto un proyecto de reforma agraria y aprovechó para proclamar su lealtad dual a Estados Unidos y la Unión Soviética respondiendo al ambiente izquierdista de la marcha puesto que también había participado URJE y los partidos de izquierda. Mientras hablaba Arosemena se desató una intensa lluvia. Otro orador fue Víctor Zuñiga, Presidente de la CTE que vio como la lluvia dispersaba a los asistentes.

La FEI se reunió después de la marcha en un Congreso entre el 16 y 18 de diciembre que erróneamente los mismos organizadores afirmaban era el Tercer Congreso puesto que entre 1944 y 1952 se realizaron seis congresos. Las demandas que adoptó la FEI, procuraban sistematizar el conjunto de temas que abarcaban reivindicaciones de huasipungueros, comunas y acceso a los servicios públicos.¹³⁴ Pero incluía el sufragio universal, una demanda sobre la expansión de la ciudadanía política que ya apareció en 1959. En este Congreso fue designado Presidente de la FEI Miguel Lechón acompañado de tres Vicepresidentes: Carlos Rodríguez, Celso Fiallo y César Muñoz, un signo del control partidario sobre la organización.

Convocada por la Cámara de Agricultura de la I Zona se realizó una Asamblea Regional de Agricultores de la Sierra y Oriente entre el 19 y el 21 de enero de 1962. En este evento la mayor preocupación era el incremento de la movilización campesina y la necesidad de dar una respuesta al proyecto de la ley de reforma agraria que había preparado el gobierno de Arosemena. Marco Tulio González el Presidente de la Cámara y Senador funcional de los agricultores de la sierra dijo ha había mucha intranquilidad por “los agitadores que pululan por los campos, cual una nueva plaga para levantar la inconformidad, la indisciplina, la huelga cuando no el asalto y la invasión a la propiedad”. En este conclave de las elites terratenientes, Galo Plaza sostuvo que había que suprimir el huasipungo, e impulsar la colonización pero era contrario a una redistribución de las tierras de las haciendas. La reforma agraria debía “liquidar cuantos vestigios feudales quedan en nuestra estructura económico-social y que interfieren con el progreso nacional”.¹³⁵

¹³⁴ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1962, p. 15.

¹³⁵ Asamblea Regional de Agricultores de la Sierra y Oriente, 19-21 de enero de 1962, pp. 22, 33 y 36.

Desde 1960, en adelante van marcándose dos reivindicaciones que se incluyen en los pliegos de peticiones, son los puntos que demandan devolución de huasipungos o la no limitación de la superficie asignada, y se van extendiendo las demandas por tierra para los peones sueltos, manteniéndose las peticiones de alza de salarios para los huasipungueros y peones sueltos.

En dos haciendas de la Asistencia Pública de Cayambe, en 1960, cuando en la hacienda “Carrera” el arrendatario tractoró algunos huasipungos para incorporarlos a la hacienda, los campesinos volvieron a sembrar, y el pliego de peticiones demandaba garantías, mientras en la hacienda “Pesillo” se despidió a las ordeñadoras y se trataba de arrebatar huasipungos a varios trabajadores, también se presentó un pliego de peticiones.¹³⁶

En otra hacienda de propietario privado, en Cayambe, uno de los puntos del pliego de peticiones pedía entrega de terrenos en calidad de aparcería para los peones sueltos en 1962.¹³⁷ Una huelga declarada en septiembre de 1962 en la hacienda “San Francisco de Cayambe”, estaba fundada, aparte de reclamaciones legales y salariales, en la exigencia de la devolución de huasipungos.¹³⁸

En algunos casos de haciendas de la Asistencia Pública en Cayambe, desde 1960 ya se había conseguido tierra para los peones sueltos.

“Pese a la pobreza ingente, la población campesina crece en forma constante. Los padres huasipungueros, a la vuelta de algunos años, tienen un promedio de cinco hijos que ya no son huasipungueros. Estos son los llamados peones sueltos que prestan sus servicios ocasionalmente. Después de un conflicto victorioso, los patrones han venido acostumbrando a no darles trabajo como medida represiva. Para solucionar este problema, en Pisambilla y La Chimba se planteó y se obtuvo que esos peones sueltos trabajen como aparceros en las tierras de la hacienda, sin perjuicio de prestar sus servicios de peones sueltos cuando haya

¹³⁶ *El Pueblo*, No. 233, 13 de febrero de 1960.

¹³⁷ *El Pueblo*, No. 330, 8 de diciembre de 1962.

¹³⁸ *El Comercio*, 6 de septiembre de 1962.

trabajo. Además, en La Chimba, por primera vez, se logró eliminar definitivamente a los denominados huasicamas”.¹³⁹

En la hacienda Pesillo, en 1962, se presenta un pliego de peticiones en el que se plantea: la entrega de 500 has. de tierras en aparcería para 100 trabajadores sin huasipungo, para solucionar el problema de la desocupación; aumento de huasipungos que sean menores a una hectárea; entrega de huasipungos a las viudas, jubilación de trabajadores que han estado en la hacienda más de 30 años, proporcionándoles el uso del huasipungo por el resto de la vida, etc.¹⁴⁰ La reivindicación de la tierra para los “suelos”, según Miguel Lechón fue conseguida¹⁴¹, pero esto cobra legalidad después de la Ley de Reforma Agraria de 1964, cuando a fines de la década de 1960 una huelga en todas las haciendas de la Asistencia Social en Olmedo, termina con los arrendatarios y los sindicatos se convierten en cooperativas posesionadas de la tierra.

En la hacienda “Guangaje” de Pujilí (Cotopaxi) un pliego de peticiones presentado en marzo de 1962 enfatiza demandas laborales que incluyen salarios atrasados por cuatro años, pago de vacaciones anuales no gozadas, pago por recargos a los trabajos extraordinarios y durante días cívicos, el cumplimiento del salario mínimo, la supresión de la huasicamía, la chagramía y los cuentayazgos de pastores, establecimiento de un botiquín, herramientas para el trabajo, construcción de casas de vivienda para los huasipungueros y dotación de pasto para los animales de los trabajadores, finalmente el cambio de mayores que maltratan a los trabajadores.¹⁴²

Un pliego de peticiones presentado al propietario de la hacienda “Libertad” ubicada en Cangahua, Cayambe, contiene estos puntos:

- Aumento de salarios a S/. 8,00 a los huasipungueros y S/. 12,00 para los suelos y para las mujeres
- Liquidación de salarios impagos

¹³⁹ *El Pueblo*, No. 236, 6 de marzo de 1960. *Entrevista a Isidro Nepas*, febrero de 1979, Olmedo.

¹⁴⁰ *El Pueblo*, No. 315, 12 de mayo de 1962.

¹⁴¹ *Entrevista a Miguel Lechón*, febrero de 1979, Cayambe.

¹⁴² “Reclamo de los trabajadores de la hacienda “Guangaje””, *El Pueblo*, No. 315, 12 de mayo 1962, p. 7.

- Vacaciones anuales no gozadas/reclamos por trabajos extraordinarios y suplementarios
- Diferencia de los salarios pagados y el mínimo legal
- Devolución de salarios retenidos por pérdida de animales
- Pago por el uso de las herramientas de los trabajadores
- Reducción de los turnos de cuentarios y chagracamas a períodos de un mes
- Entrega de quintales de papas o granos como “asignados” (complemento del salario) a los cuentarios
- Dotación de ponchos de agua
- Dotación de herramientas
- Casas de vivienda
- Botiquín
- Atención médica
- Ropa de trabajo
- Pago mensual de los salarios
- Devolución de calidad de huasipunguero a Ramón Ulcuango, forzosamente convertido en “partidario”
- Cambio de capataces/entrega de terrenos en calidad de aparcería a los sueltos.¹⁴³

La evolución de las demandas y los repertorios de acción colectiva permiten encontrar una continuidad entre el inicio de las formas de protesta que comenzaron en la década de 1930 que utilizó la huelga como mecanismo de presión y negociación. Pero crecientemente insertos en los procedimientos de institucionalización que proveyó la legislación laboral desde 1938. El ciclo de conflictos laborales que transcurre entre 1958 y 1963 en haciendas y plantaciones de la sierra y la costa con sus propias especificidades había ocurrido en medio de una mayor capacidad organizativa y proyección pública.

Se mantenía la presencia de la FEI en sus antiguos bastiones de Cayambe con una mayor penetración en haciendas privadas; Guamote y Columbe en Chimborazo; Guangaje y Tigua en Cotopaxi y una actividad dispersa en otros lugares de la sierra. No

¹⁴³ “Trabajadores de hacienda “Libertad”, luchan por mejor vida”, *El Pueblo*, No. 330, agosto 1962, pp. 2 y 7.

existían organizaciones en las provincias de Cañar y Azuay. Ocurría una clara articulación con los organismos locales del Partido Comunista y Modesto Rivera el antiguo encargado de la FEI había dejado de tener influencia. Los líderes indígenas que actuaron con mayor regularidad entre mediados de los años cincuenta y comienzos de los años sesenta fueron Tránsito Amaguaña, Miguel Lechón, Amadeo Alba e Isidro Nepas en Cayambe, Agustín Manzano en Cotopaxi y Manuel Agualsaca en Chimborazo. Todos ellos ya habían vivido la experiencia del manejo de conflictos y la ampliación de la esfera de las demandas sustentadas en la legislación laboral.

6. LA ACCIÓN DEL SINDICALISMO CATÓLICO

El sindicalismo católico tuvo una participación menos significativa en la implantación del sindicalismo rural que la cumplida por la FEI. La CEDOC (Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos), fue fundada en 1938 bajo la influencia de la Iglesia Católica. Su base organizativa fue predominantemente artesanal hasta los años sesenta cuando logró una limitada presencia entre los trabajadores industriales y luego entre los campesinos. El surgimiento de la CEDOC fue producto de la intervención de corrientes católicas orientadas a la acción social en los medios artesanales y populares. La orientación doctrinal básica proporcionada por las Encíclicas Papales *Rerum Novarum* (1891) y *Quadragesimo Anno* (1931) indicaban principios sobre la organización de los trabajadores católicos y otros aspectos sociales. Las definiciones doctrinales sobre el mundo del trabajo que portaban las encíclicas habían sido una respuesta al crecimiento del sindicalismo conducido por la izquierda y el anarquismo. Propendían a sustentar la legitimidad de las demandas laborales en el marco de colaboración con el mundo patronal evitando la confrontación violenta.

Una figura relevante en el sindicalismo católico hasta muy entrada la década del cincuenta fue el sacerdote dominicano Inocencio Jácome. Como señala Milk (1997: 135-136), la fundación de la CEDOC, en el marco de un antagonismo con la acción sindicalista de la izquierda, fue al mismo tiempo un triunfo sobre las tendencias tradicionales dentro de la iglesia católica. En el Primer Congreso de la CEDOC se hizo una breve referencia a la distribución de tierras (Robalino Bolle, 1992: 126).

El nivel organizativo de la CEDOC en el mundo urbano era de poca relevancia puesto que no era una organización nacional propiamente dicha en tanto su mayor afiliación estaba en los medios artesanales de Quito y algunas provincias serranas.¹⁴⁴ Tampoco contaba con una federación campesina. En el Segundo Congreso de la CEDOC realizado en 1944, participaron un sindicato rural y una comuna con sus representantes (Robalino Bolle, 1992: 127). Se hicieron breves alusiones al tema indígena en un tono civilizatorio y otras sobre el trabajo rural pidiendo que haya una mejor intervención estatal con inspectores de trabajo dedicados al agro. También se planteaba la necesidad de una reforma agraria, pero sin mayor especificación. Las ideas civilizatorias sobre los indígenas tienen puntos de coincidencia con las ideas indigenistas sobre la modernización del mundo indígena.

“No puede pasar más tiempo sin que se instruya al indio y sin que, por la instrucción y la educación, se le “incorpore” a la cultura nacional, se le haga sentir necesidades y se deje de hacer de él SIMPLE ELEMENTO DE PRODUCCIÓN. Hay que crear escuelas para los indígenas, pero sin sacarles de su propio ambiente; hay que hacer cuanto aconsejan la ciencia y la cultura para convertirlos en verdaderos agricultores; hay que establecer establecimientos de capacitación agrícola. Se debe fomentar su unión en sindicatos y cooperativas. Necesitamos inspirarles horror al aguardiente que empobrece y les embrutece”.¹⁴⁵

En 1945, la Unión Democrática de Trabajadores de Derecha proponía la formación de Sindicatos Católicos de Trabajadores Indígenas del Campo para contrarrestar la influencia de la izquierda que había fundado la FEI en 1944.¹⁴⁶ Esta preocupación por el crecimiento de la izquierda que influía en los trabajadores católicos, aparece mencionada en el *Boletín Eclesiástico* el principal vocero de la Iglesia Católica.

¹⁴⁴ La CEDOC, fue cambiando de nombre sin cambiar la sigla como sigue: en 1938 se denominó Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos; en 1957: Confederación Ecuatoriana de Obreros, Artesanos y Empleados Católicos; en 1968 cambia para llamarse Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Cristianas, y desde 1972 Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas (CEDOC, 1976: 17).

¹⁴⁵ Segundo Congreso Nacional de Obreros Católicos Ecuatorianos, Quito, 30 de Junio al 2 de julio de 1944, Boletín Oficial, 1944, p. 94 (mayúsculas en el original).

¹⁴⁶ *El Día*, 27 de abril de 1945.

“Alarma el comprobar cómo los Católicos, en las elecciones, votan por malos candidatos; y como también nuestros Trabajadores Católicos se hallan inscritos en los Partidos Liberal, Socialista, Comunista, en las Federaciones de Trabajadores de Izquierda, militando contra la causa de Dios”.¹⁴⁷

Hasta comienzos de la década del sesenta los partidos Conservador, Socialcristiano y ARNE, disponían de alguna influencia política entre los trabajadores católicos, lo que no dejaba de producir fricciones originadas en la adhesión a alguna organización política. El FNT (Frente Nacional del Trabajo) era una organización para sindical que tenía lazos políticos con ARNE y algunos miembros del FNT tenían vínculos con la dirección política de la CEDOC. Aunque la iglesia católica tuvo una relación cercana con la CEDOC, su influencia en un real fomento de organizaciones gremiales del campesinado no fue la que podría esperarse puesto que los curas párrocos en las zonas rurales solo minoritariamente optaron por impulsar organizaciones de trabajadores rurales y campesinos.

La organización gremial urbana más representativa, la Federación de Trabajadores Católicos de Pichincha, había sido fundada en la década del cincuenta. Aunque predominaban las organizaciones mutuales, un sindicato agrario, “Margarita Ponce” de Uyumbicho no pertenecía a una hacienda, era más una organización mutual. Otros sindicatos estaban en los centros poblados de parroquias rurales, como el de Tumbaco o el Sindicato Interprofesional de Cayambe. En todo caso, una presencia de naturaleza testimonial vinculada a la actividad de los curas párrocos. Uno de estos sindicatos católicos, ubicado en Aloag, intervino en la parcelación de una hacienda en 1948. Eran tierras situadas en una zona montañosa que originaron disputas con un terrateniente por el cruce de una carretera.¹⁴⁸

¹⁴⁷ “El diario católico”. *Boletín Eclesiástico*, Vol.VI, No. 10, octubre de 1949, Quito, p. 436.

¹⁴⁸ “Surgen dificultades entre pobladores de Aloag y el propietario de un fundo”, *El Comercio*, 29 de abril de 1948, p. 9.

Se conoce en 1959 una intervención en un problema laboral entre la Hacienda Guayllabamba y los jornaleros del caserío San Francisco, en Chambo, Chimborazo.¹⁴⁹ Los trabajadores reclamaban el suministro de herramientas, pago cumplido de salarios, suministro de agua para consumo y riego; el libre tráfico motorizado por la hacienda. Los peones ganaban s/. 3,00 diarios, y ponían sus herramientas para las actividades laborales.

Pero antes de 1960, se expresó la necesidad de penetrar en el sector agrícola, y el mecanismo fundamental para lograr ese objetivo eran los curas de parroquia. Pero no siempre se lograban los resultados buscados, por ejemplo, en 1957 cuando por petición de un cura párroco se requería en Olmedo la presencia de organizadores sindicales, señalando que había 4.000 trabajadores agrícolas disponibles para organizarlos, el asunto no pasó de una inquietud que no podía ser procesada por la falta de organizadores laborales dispuestos a trasladarse a una parroquia que era una base histórica de la FEI.¹⁵⁰ En otra ocasión, a fines de 1958, una solicitud de Leonidas Proaño, el Obispo de Riobamba, para que 10 activistas se desplacen a Riobamba a realizar trabajo organizativo en el campo, no pudo tampoco llevarse a efecto.¹⁵¹ Hasta comienzos de la década del sesenta, Proaño mantuvo una actitud de cercanía hacia el sindicalismo católico, con una preocupación por ofrecer una alternativa organizacional a la FEI y la acción izquierdista en Chimborazo que se había incrementado notablemente. De hecho, las relaciones de Proaño con la izquierda eran distantes en aquel tiempo y también apoyó la intervención de la Misión Andina que había ya iniciado su trabajo en algunas comunidades de Chimborazo.

La CEDOC contaba con un punto de partida para tratar de intervenir en los problemas del campo: los sindicatos católicos existentes en las parroquias rurales. A través de ellos se tratará de buscar una vía de ingreso a las haciendas. Pero esto se encontraba condicionado por la posición de los curas párrocos y las autoridades religiosas respecto

¹⁴⁹ “Jornaleros de Chambo en dificultades porque no se paga cumplidamente, no se les da agua ni para calmar la sed”, *La Nación*, 16 de agosto de 1959.

¹⁵⁰ Acta del 7 de octubre de 1957. Libro de Actas de la Federación de Trabajadores Católicos de Pichincha desde el 8 de octubre de 1957 hasta el 8 de marzo 1960. En adelante será citado como FTCP. Colección personal de Fabián Zurita.

¹⁵¹ Acta del 10 de noviembre de 1959. Libro de Actas de la FTCP desde el 8 de octubre de 1957 hasta el 8 de marzo 1960, ff. 393-394.

a los propietarios de las haciendas. Además, la misma Iglesia católica poseía una visible presencia en la estructura de propiedad rural con importantes haciendas.

Entre los sindicalistas católicos había permanecido vigente la amenaza de la penetración izquierdista entre los indígenas. Un dirigente de los trabajadores católicos, exponía en octubre de 1959 su punto de vista centrado en una visión de explotación y engaño hacia los indígenas.

“(…) los camaradas, quienes les han explotado a estos pobres indios, les han engañado miserablemente como a esos pobres de Tigua y Zumbahua a ellos les han sacado un borrego, una gallina, por lo menos un huevo; calculen cuánto les han explotado a estos miles de indios, so pretexto de entregarles las tierras que trabajan, por esto se han declarado conflictos de trabajo y un 20% de éstos están en la desocupación; estos agitadores en vista de sus fracasos acusan al Gobierno creando un ambiente de malestar para que se produzcan desmanes de todo orden aquí hay casos aislados producto de secuelas de los casos producidos en Guayaquil”.¹⁵²

La CEDOC tuvo un proceso de modernización entre fines de la década del cincuenta y comienzos del sesenta. Una figura que expresó un nuevo liderazgo fue Humberto Valdez, quien fue presidente de la CEDOC desde mediados de la década del cincuenta. Él fue inicialmente un trabajador industrial de militancia comunista que tuvo un proceso de conversión religiosa y se vinculó al sindicalismo católico (Robalino Bolle, 134). Valdez fue candidato a concejal del Partido Conservador al Concejo Municipal de Quito en 1957. La operación de un pequeño aparato administrativo y funcionarios rentados redundó en un incremento de organizaciones afiliadas y asesoría en conflictos laborales a comienzos de los años sesenta. Por lo menos nominalmente se crearon federaciones locales en algunas provincias de la sierra y en la directiva nacional había un secretario de “indigenado”. La red de organizaciones rurales creadas permitió la fundación de la FETAP (Federación Ecuatoriana de Trabajadores Agropecuarios) en 1965.

¹⁵² Acta del 6 de Octubre de 1959. Libro de Actas de la FTCP desde el 8 de octubre de 1957 hasta el 8 de marzo 1960, ff. 368-369. Colección personal de Fabián Zurita.

En dos casos de intervención de la CEDOC durante 1962 se produjeron diferentes desenlaces. En la provincia del Carchi a comienzos de ese año, se organizó un sindicato de 120 trabajadores en las haciendas “El Salado” y “La Bretaña” de los Fernández Salvador; las peticiones fueron consideradas exageradas y a 25 huasipungueros se les entregó 125 has. en compensación por pago de servicios y haberes, a 15 huasipungueros se les vendió la tierra, por la diferencia entre servicios prestados y precio catastral de la tierra y a 25 trabajadores sin tierra, se les entregarían 150 has, de terrenos sembrados,¹⁵³ pero otra información señala que en total solo fueron entregados 26 lotes de terreno (Troncoso, 1963).

Un caso con una respuesta agresiva del terrateniente, fue la huelga declarada el 3 de octubre en las haciendas “El Puente”, “Coñaquí” y “Añaguro” de Urcuquí, Imbabura. El sindicato había sido constituido por mediación del sindicato de obreros católicos de Urcuquí y el cura párroco del mismo lugar (CIDA, 1965: 441). El motivo de la huelga fue un reclamo salarial, pero la respuesta del propietario fue violenta. Se procedió a destruir los cultivos de caña de azúcar, Puesto que se trataba también de introducir la ganadería, en un cambio de orientación productiva que afectaba la relación entre los huasipungueros y el terrateniente (CIDA: 443-444). En septiembre la huelga fue declarada ilegal por sentencia del Tribunal de conciliación y arbitraje de Ibarra, aunque la huelga prosiguió hasta fines de diciembre.¹⁵⁴

En una hacienda de El Valle de Los Chillos, donde la propietaria era un familiar cercano a Isabel Robalino, -entonces la asesora más influyente de la CEDOC-, se intentó formar un sindicato tratando de llegar a un acuerdo con el administrador, quien debía comunicar a los trabajadores para que se reúnan; asistieron solo 13, que fueron convencidos de organizarse.¹⁵⁵ La Dra. Robalino tendría que participar como abogado patronal, y por este motivo se excusó de intervenir. Dos años antes se quiso hacer un sindicato en la hacienda, pero los mismos trabajadores habrían renunciado. En el nuevo intento tampoco se logra organizar el sindicato, y se pretexto el desprestigio que ha

¹⁵³ Lilo Linke, “El Carchi (13)”, *El Comercio*, 11 de diciembre de 1962.

¹⁵⁴ *El Comercio*, 22 de diciembre de 1962.

¹⁵⁵ Acta del 9 de febrero de 1960. Libro de Actas de la FTCP, 1957-1960, ff. 549-550.

dejado la izquierda por los resultados de otros conflictos en las zonas rurales, y la despreocupación de los trabajadores.¹⁵⁶

El sindicato de la Hacienda “Napoles” de Cayambe, constituido en 1962, presentó un conflicto y cuando ya había asumido el poder la Junta Militar en julio de 1963, se estableció un convenio con la patrona, pero dos dirigentes fueron apresados y llevados a Quito.¹⁵⁷ Finalmente, en septiembre la propietaria utilizó un tractor afectando al huasipungo del Secretario General del Sindicato y la CEDOC pedía el reingreso del trabajador, aprovechando de los ofrecimientos de la Junta Militar.¹⁵⁸

En 1962, persistía entre los sindicalistas católicos la idea de amenazas movilizadoras por parte de la CTE y los comunistas. A su regreso de una gira por el Carchi, Humberto Valdez -presidente de la CEDOC-, sostuvo que “La CTE viene trabajando de tal manera que se desemboque en una transformación comunista por el Gobierno. He estado en el Carchi donde he visto la labor que desarrolla el Dr. Bolaños que es comunista”.¹⁵⁹ Esta percepción de amenazas se incrementa durante el Gobierno de Carlos Julio Arosemena que contaba con el apoyo de la CTE.

Aun cuando la CEDOC participó de modo activo en el “Comité por la Libertad de los Pueblos”, y en el acentuado clima anticomunista de comienzos de la década de 1960 que desemboca en la dictadura militar de 1963, tuvo dificultades para participar en la acción sindical durante este gobierno represivo que canceló sobre todo la actividad sindical de la CTE y la FEI. Una carta de Isabel Robalino a la propietaria de una hacienda de Machachi, fechada en Agosto de 1964, luego de que dos dirigentes de la CEDOC fueron apresados y acusados de comunistas, cuando se quería organizar a los trabajadores, señala:

“(…) te pido que no pongas ningún obstáculo para que los trabajadores de tu hacienda vengan a la Escuela Católica para esta asamblea. Entiendo que tienes

¹⁵⁶ Acta del 12 de enero de 1960. Libro de Actas de la FTCP, 1957-1960, ff. 497-498.

¹⁵⁷ Acta del 23 de agosto de 1963. Libro de Actas de la FTCP, 1962-1964, s.p.

¹⁵⁸ Acta del 24 de septiembre de 1963. Libro de Actas de la FTCP, 1962-1964, s.p.

¹⁵⁹ Acta del 16 de enero de 1962. Libro de Actas de la FTCP. Enero de 1960 a abril de 1962., ff. 194-195.

toda la ventaja en que tus trabajadores se afilien al sindicalismo cristiano y no al comunista”.¹⁶⁰

La represión a la actividad sindical que hizo la Junta Militar de 1963, también afectó a la CEDOC, que por otro lado durante el auge de las movilizaciones tuvo un débil trabajo organizativo.

7. EL ALCANCE DEL SINDICALISMO EN LAS HACIENDAS

Se puede sostener que hay dos períodos mayores de desarrollo del sindicalismo rural. Un primer período desde 1926 hasta 1944 cuando se producen los vínculos entre la izquierda comunista y los huasipungueros con una fuerte concentración en las haciendas de la Asistencia Pública de Olmedo y en menor escala en otras zonas de la sierra ecuatoriana. La expedición del Código del Trabajo en 1938 permite institucionalizar los derechos colectivos de los trabajadores rurales y mejoran parcialmente las condiciones de negociación. La esfera organizativa se consolidó con la fundación de la FEI en el marco de la revolución de 1944. Un segundo período desde 1944 a 1963, corresponde a una acción discontinua de la FEI junto a la presencia débil del sindicalismo rural católico. Se produce una mayor penetración del sindicalismo en las haciendas privadas y una mayor diseminación geográfica en la sierra ecuatoriana. Un ciclo de excepcional conflictividad ocurre entre 1959 y 1963 con un notable incremento de conflictos y huelgas.

El número de organizaciones sindicales rurales que obtuvieron reconocimiento legal en todo el país entre 1944 y 1963 fueron 143. Esta cifra incluye sindicatos de huasipungueros; sindicatos de trabajadores de ingenios azucareros y haciendas bananeras; sindicatos católicos mutuales; sindicatos de arrimados lojanos y sindicatos de finqueros y sembradores. Los años de mayor reconocimiento de organizaciones fueron 1944, 1947, 1953, 1959 y 1962 que coinciden con el paso de Ministros de Trabajo más favorables al sindicalismo y coyunturas políticas donde el sindicalismo rural incrementó su capacidad de intervención.

¹⁶⁰ Documentos problema interno CEDOC, 1976. Colección personal Fabián Zurita.

Cuando los investigadores del CIDA recorrían la sierra ecuatoriana en 1962, se percibía un sensible incremento de la actividad reivindicativa de los trabajadores indígenas en las haciendas.¹⁶¹ Se había encontrado una carencia de estudios a excepción de un trabajo de Carrasco (1961), pero era notoria la actividad de la CTE y la CEDOC. El informe CIDA no incluyó referencias al papel de la FEI ni al sindicalismo católico. La información que se pudo recopilar sobre la conflictividad en las haciendas era exigua. La actividad sindical de los trabajadores de las haciendas se producía en el marco del paternalismo patronal, la coacción extraeconómica y el poder gamonal. Se desprendía que las organizaciones sindicales tenían un carácter clandestino o casi clandestino por la obstrucción patronal. La capacidad de intervención estatal del Ministerio de Trabajo era de poca influencia, mientras que las autoridades locales estaban frecuentemente de lado de los terratenientes. La burocracia pública dedicada a las relaciones de trabajo era de exigua magnitud y alcance puesto que “el organismo a que atañe la inspección de las condiciones de trabajo, tiene una dotación de personal tan pequeña, que numerosos reclamos de los trabajadores apenas dejan huella oficial del conflicto”. Así mismo, en los espacios rurales, “las autoridades locales, salvo contadas excepciones, no están dispuestas, seguramente por los lazos que mantienen con los terratenientes locales, a que los reclamos contra estos queden estampados de una manera concreta” (CIDA, 1965: 84-85). Se destacaba sobre todo las numerosas denuncias que llegaban a las centrales sindicales en las que se enfatizaban los maltratos, la violencia, el castigo y las respuestas inflexibles a quienes buscaban réplicas organizadas ante el estado de cosas (CIDA, 1965: 87-89). No se pudo precisar el grado de sindicalización que se había logrado, pero era muy notorio un fuerte espíritu legalista entre los indígenas sindicalizados. No obstante, se destacaba que las demandas salariales tenían un serio impacto “subversivo y provocador” en las haciendas tradicionales. Por ello es que “el planteamiento de los trabajadores relativo al pago de mejor salario o de otros conceptos

¹⁶¹ Causa sorpresa que en un ambiente de movilización reivindicativa, el antropólogo Aníbal Buitrón (1961: 143), haya sostenido una opinión que ponía énfasis en la pasividad de los huasipungueros: “La explotación que han sufrido y las condiciones infrahumanas en que viven han hecho de ellos seres temerosos, desconfiados, resignados y apáticos. Han perdido toda esperanza, carecen de iniciativa o temen demostrarla y no tienen valor para romper con la tradición que les agobia. Esperar que esta gente, que vive en las condiciones ya descritas, participe en los esfuerzos para mejorar su nivel de vida y que lo haga por su propia iniciativa, es esperar lo imposible. Esta gente no podrá salir del fondo del pozo hasta cuando alguna fuerza exterior no la levante por lo menos hasta la plataforma donde comienza la escalera”.

aplicables a una empresa moderna o semi-moderna, parecen socavar la posición e incluso la supervivencia de estos patronos” (CIDA: 97).

Una de las pocas reflexiones sobre la naturaleza de los sindicatos de las haciendas fue la producida por Gilberto Carrasco, quien enfatizó en el papel cumplido por los peones sueltos y las mujeres:

“Los peones sueltos forman una gran mayoría en el Sindicato Campesino, a ellos se les encarga los cargos directivos, por ser los más desarrollados mentalmente y porque trabajando en la hacienda solo en tiempos de siembra y cosecha, tienen tiempo libre para salir a la ciudad y viajar a la costa, donde adquieren una buena experiencia. Así mismo, con sorpresa diremos que, las mujeres tanto en la formación del sindicato como en las resoluciones de este cuando ya está estructurado, son los más decididos (sic) y los que empujan el movimiento” (Carrasco, 1961: 249).

Carrasco anotó que la reivindicación o aspiración de los peones sueltos es convertirse en huasipungueros, arrendatarios o partidarios. Podían ser trabajadores rurales con mayor movilidad, que no perdían el nexo con sus lugares de origen.

Las acciones huelguísticas poseían características mucho más profundas en el campo que en los sindicatos urbanos puesto que afectaban el ciclo agrícola.

“La huelga en el campo asume carácter de verdadera insurrección cuando se han provocado estos casos, los campesinos sacan al patrono y a sus inmediatos colaboradores de la hacienda, la intervención policial enardece sus ánimos y, en este estado de cosas, las medidas y los arreglos transaccionales no surten efectos.

Los trabajadores indígenas sindicalizados presentan sus pliegos de peticiones en tiempo de siembra o cosecha, porque sólo en esa época puede tener efecto una huelga. En las haciendas ganaderas, los pliegos de peticiones y las medidas de hecho, surten efecto en cualquier tiempo” (Carrasco, 1961: 249).

En el intento por comprender la configuración clasista del agro ecuatoriano y como se podía definir a los huasipungueros, Pedro Saad eligió la categoría de semiproletarios, que la hizo extensiva a los arrimados lojanos y otros trabajadores rurales. No encajaban muy bien en la organización sindical puesto que no eran plenamente asalariados.

“Tiene gran importancia la organización de los semiproletarios, de los huasipungueros, arrimados, desmonteros, trabajadores que se asimilan al proletariado. Ellos en muchas ocasiones al organizarse adoptan la denominación de sindicato. No debemos fijarnos en este caso en términos; no entremos a discutir si el sindicato tiene que ser sólo de asalariados. Un viejo dicho francés afirma que "el nombre no hace la cosa" y ese es el caso. Si los indios huasipungueros deciden organizarse en "sindicato", pues, "sindicato de huasipungueros"; si se están llamando "sindicato" las organizaciones de los arrimados de Loja, pues, "sindicato de arrimados". No es útil discutir los términos en estos casos. Ya sabemos de qué se trata: es la organización del semiproletariado agrícola, de esa fuerza que nos va a acompañar hasta en la revolución socialista” (Saad, 1974 [1961]: 76).

En el estudio antropológico de Crespi (1971) sobre los sindicatos indígenas de Olmedo, cuyos datos fueron recopilados después de 1964 cuando el sistema de hacienda se encontraba en colapso, y había empezado la intervención de la reforma agraria conducida por el gobierno militar, su visión acerca de los cambios que implicó el paso de la propiedad de la iglesia hacia la propiedad estatal, incluye una perspectiva histórica algo superficial que indica el lugar cambiante de los huasipungueros frente al poder local y nacional. El desarrollo de las demandas laborales y los conflictos desde los años treinta, había tenido un momento de mayor éxito en la década de 1950 hasta 1963 cuando la Junta Militar canceló la actividad sindical en las haciendas y algunos líderes fueron encarcelados, entre otros Amadeo Alba y Tránsito Amaguaña. Crespi señala que sobre todo, el liderazgo campesino estuvo muy dependiente de los lazos con organizadores políticos y sindicales urbanos con una politización de naturaleza externa. Los sindicatos indígenas siguieron actuando hasta fines de la década del sesenta cuando se estableció un sistema de cooperativas agrícolas.

La presencia de mujeres dirigentes en las organizaciones sindicales de las haciendas de Olmedo que había sido algo notorio desde los años cuarenta, requería una explicación relativa a cuales fueron las condiciones que habían facilitado su actuación. De acuerdo con Crespi (1976), el hecho de que las mujeres no estuvieran ligadas a la posesión de la tierra las hacía menos vulnerables a la autoridad patronal. Las mujeres de los huasipungueros no podían heredar el huasipungo cuando fallecía el titular. Ellas estaban a cargo de las actividades domésticas y reproductivas junto a las obligaciones de servicio doméstico en las haciendas y trabajos eventuales en las cosechas y el ordeño. Aunque ocasionalmente algunas viudas accedieron a los huasipungos por efecto de una demanda sindical. La posición de las mujeres indígenas, sujetas a menor control de las haciendas “pudieron ocupar cargos que sus esposos habían rechazado porque en el caso de las mujeres no había tanta preocupación sobre la posibilidad de perder el derecho a los recursos de subsistencia”. De todas maneras se había requerido el consentimiento masculino, pero una vez que se redujeron los riesgos, los hombres retiraron su consentimiento. Fue la conveniencia y no la esperanza de igualdad, lo que permitió que las mujeres ocuparan puestos de liderazgo.” (Ibid.:169). Las mujeres líderes estaban casadas, tuvieron hijos y tenían entre 38 y 45 años cuando asumieron su papel de liderazgo en su momento más activo entre los años cuarenta y cincuenta (Ibid.:167).

Acerca de la FEI, Muriel Crespi anota el predominio de una dirigencia no indígena que ocupaba un lugar estratégico en las negociaciones.

“Es necesario subrayar que los oficiales [dirigentes] de la federación –hombres blancos urbanos- manejaban los procedimientos técnicos y legales y diseñaban las estrategias que los seguidores indígenas implementaban. Los líderes indígenas, hombres o mujeres, dirigían huelgas y conducían reuniones sindicalistas con otros miembros de su categoría étnica. Los cabecillas asistían a reuniones de negociación con los blancos, las cuales constituían importantes experiencias de aprendizaje; sin embargo, los oficiales de la federación intervenían en cuanto se ponían en juego maniobras complicadas” (Ibid.:167).

Unas observaciones del Comité Central del PC sobre su actividad de organización de los trabajadores huasipungueros cuando ya se estaba produciendo la intervención de la

reforma agraria de 1964, consideraban que el nivel de penetración del partido entre los indígenas había sido muy débil, a pesar de que se había logrado una afiliación relativamente amplia en Chimborazo. A la represión que sufrió el PC había que sumar también una escisión que dio lugar al apareamiento del PCMLE (Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador) en 1964. Hubo dificultades en formar células entre los indígenas y en enfrentar las tareas de educación política. Como acciones de educación política se realizaban “pequeños cursillos para indios” y algunos llegaban a las escuelas de formación partidaria. El hecho de que el analfabetismo fuera un gran obstáculo aparecía con toda su fuerza.

“Es intolerable que hasta la fecha tengamos entre los más destacados cuadros campesinos e indios camaradas analfabetos, a los cuales se ha resuelto enseñar a leer y escribir sin que hasta este día lo hayamos realizado”.¹⁶²

En sus comentarios sobre las limitaciones de los “sindicatos indios”, Oswaldo Albornoz mencionó que las fallas eran el legalismo, la lucha inmedatista y la baja solidaridad.

“El legalismo implica el querer alcanzar determinadas reivindicaciones mediante reclamaciones ante las autoridades solamente, basándose en los escasos preceptos legales que favorecen al indio, expuestos por intermedio de abogados. Además, hay una tenencia a tranzar con los patrones o aceptar en silencio el fallo de las autoridades, casos en los cuales casi siempre son conculcados sus derechos. Con el legalismo se obstaculiza la politización de los campesinos, porque solo un pequeño círculo de dirigentes acompaña al abogado en las reclamaciones, quedando el resto de los campesinos al margen o participando de una manera pasiva” (Albornoz, 1971: 125).

Esta afirmación de Albornoz sobre el legalismo, en realidad aludía a una práctica de acción colectiva que había recurrido a los canales de institucionalización del conflicto que el Partido Comunista habían asumido desde los años treinta. E introduce la cuestión de la politización de los campesinos indígenas que habría tenido un alcance reducido. Otro aspecto limitante era que las luchas asumidas por los huasipungueros se

¹⁶² Comité Central del Partido Comunista (1969: 22).

concentraban en las reivindicaciones inmediatas, sin vincularlas a reivindicaciones generales tales como la Reforma Agraria y el reparto de tierras (Ibíd: 125).

En cuanto a la solidaridad, como lazos horizontales más amplios, según Albornoz se hallaba limitada dentro de los mismos sindicatos campesinos, con la cobertura de una zona o provincia, sin alcanzar una dimensión general. Así mismo, era más limitada la solidaridad del campo a la ciudad o de la ciudad al campo entre los sindicatos. Esta solidaridad se manifestaba solamente en la protesta y en un limitado apoyo económico (Albornoz, 1971:126).

Los rasgos que pueden destacarse del sindicalismo rural corresponden a una acción conflictual que ocurren dentro de los límites de unas relaciones laborales precapitalistas que estaban sin embargo insertas en un largo y lento proceso de modernización rural que comenzó en la década de 1920 coincidiendo también con la gestación de una política laboral de intervención estatal después de 1925. La acción colectiva localizada en las haciendas, supone la existencia de economías campesinas y un tejido comunitario que vincula a los huasipungueros. No existe un mercado de trabajo rural capitalista puesto que la oferta de trabajadores depende de los ciclos demográficos de las familias que están insertas en una red de relaciones de parentesco. La demanda de trabajo corresponde a la potestad patronal por asignar lotes de tierra a los huasipungueros y la capacidad de contratación temporal de peones provenientes de las familias huasipungueras junto a trabajadores externos. Las reivindicaciones que impulsó el sindicalismo rural, propendían a la estabilización o el fortalecimiento de las economías campesinas junto a mejoras salariales que incluyeron parcialmente las demandas de las mujeres indígenas como sujetos laborales. Sobre una estructura de relaciones sociales de larga duración constituida por las relaciones materiales y simbólicas dentro de las haciendas, la acción colectiva operaba como factor de cuestionamiento y negociación que trascendía hacia los espacios locales de poder y las instituciones del Estado central.

El sindicalismo rural dependía en su desarrollo de contactos y lazos externos. Estos estaban dados por las relaciones entre el Partido Comunista y los líderes indígenas con los que se produjo un largo vínculo. Los activistas y los abogados eran los mediadores en el procesamiento de las demandas y quienes también ejercían de facto la

representación de los indígenas. Esto plantea la problemática de la ventriloquía política, un concepto que en su formulación original corresponde a los discursos de tipo liberal referidos a los indígenas y de unos agentes mediadores específicos, los tinterillos (Guerrero, 2000: 53-56). Este concepto se ha diseminado ampliamente en los estudios sociológicos y antropológicos del Ecuador para caracterizar los discursos y acciones de los no indígenas que hablan y actúan por los indígenas con actos de transescritura consistentes en la traducción de peticiones y quejas de sujetos indígenas hacia instancias locales del Estado. Con el desarrollo del sindicalismo rural se pasó a un nuevo tipo de mediadores no indígenas que reivindicaban al indio como sujeto colectivo en una propuesta de cambio. Esta era una diferencia sustancial con anteriores mediadores. Por ello quizá sea más pertinente hablar de una representación política que implicaba una modernización con la propuesta de ideologías que reivindicaban el mundo indígena. Lo más problemático de esta representación política seguramente era una inmensa dificultad por entender el mundo cultural indígena que tenía muchos elementos de catolicismo popular. La izquierda comunista y socialista tenía una perspectiva urbana del indio y el mundo rural. La izquierda se hallaba atrapada en las determinaciones de la dominación étnica que impedía crear lazos horizontales con los indígenas. Una modalidad de representación que portaba rasgos residuales de la ventriloquía política.

Para el sindicalismo católico, su capacidad de intervención en el agro se hallaba condicionada por el espacio institucional de la Iglesia Católica que se encontraba ampliamente involucrada en las zonas rurales con los poderes locales despóticos aunque había iniciativas de párrocos y prelados que tenían más interés en el cooperativismo rural y recelo ante la acción reivindicativa de los peones en las haciendas. No menos importante para la Iglesia fue su participación en la propiedad de la tierra con importantes haciendas en la sierra ecuatoriana. La nueva orientación de la Encíclica *Mater et magistra* solo se tornará visible desde mediados de los años sesenta provocando un intenso cambio en la iglesia ecuatoriana.

CAPÍTULO IV. DERECHOS COMUNALES Y CONFLICTOS DE LAS COMUNIDADES INDÍGENAS

Así como se constituyó históricamente un régimen agrario con el peso dominante de la hacienda, también existió un espacio territorial en el que sobrevivieron las poblaciones indígenas. El conocimiento disponible sobre la evolución y cambios de las comunidades indígenas ha sido extremadamente limitado.¹⁶³ Para situar a la comunidad indígena como un sujeto conflictivo antes de la reforma agraria de 1964, ha sido necesario explorar la configuración de las comunidades indígenas tomando en consideración los procesos de larga duración que definieron su textura desde el siglo XIX hasta comienzos de la década de 1960 tomando en cuenta algunos antecedentes de la época colonial. La perspectiva que aquí se asume, es la de entender a la comunidad como una institución que se fue configurando desde los derechos comunales a la tierra y los conflictos por la definición de esos derechos. Estos se refieren a la propiedad común que fue estatuida en la legislación colonial y vivió variados intentos que buscaban suprimirla en el siglo XIX. Por eso es que la comunidad es una construcción histórica en la que las nociones de propiedad comunal definieron un sujeto colectivo que se apropió de determinadas percepciones jurídicas en torno a derechos de tipo objetivo.

1. CONSTRUCCIÓN LEGAL DE LA COMUNIDAD Y DERECHOS COMUNALES

Una construcción legal es el contradictorio proceso mediante el cual son vinculados preceptos jurídicos con relaciones sociales que pueden ser formalizadas en leyes e instituciones (Weber, 1977 I: 508-509). Se puede decir que la construcción legal de la comunidad indígena, fue una prolongada evolución verificada desde la finalización del

¹⁶³ En una revisión de los conocimientos disponibles sobre las comunidades campesino/indígenas, se encuentra cierto interés en la década de 1980, durante el auge de los estudios agrarios. En aquella década, se redescubría el mundo rural, aunque con una comprensión parcial de las transformaciones que estaban en marcha. El relativo avance del conocimiento etnohistórico planteaba interrogantes sobre la constitución social y cultural del mundo indígena en el período colonial. Sin embargo, los procesos ocurridos en los siglos XIX y XX fueron poco estudiados y se tendió a forjar una imagen estática de la comunidad campesino/indígena, puesto que se insistía en continuidades históricas atribuidas o supuestas. Acerca de los planteamientos más influyentes sobre la comunidad indígena en los años ochenta, véase Varios Autores (1981); Sánchez-Parga (1986); Santana (1983). Una propuesta de síntesis sobre las comunidades indígenas de los países andinos y sus cambios fue expuesta por Matos Mar (1976) y Fuenzalida (1976), aunque la fundamentación correspondía básicamente al Perú. Una revisión crítica sobre las elaboraciones conceptuales de la comunidad indígena se encuentra en Mossbrucker (1990).

régimen colonial, cuando se establecieron pautas de relación entre el mundo indígena, sus autoridades y el Estado. Un proceso que atañe a la constitución de un Estado que introduce principios liberales en su normativa constitucional, junto a una sociedad estamental en la que los derechos de ciudadanía y la conformación del mundo ciudadano están bloqueados para la mayoría de la población. Se trata de una racionalidad legal que implanta formas de derecho civil junto a un contradictorio ejercicio legislativo dirigido a las poblaciones indígenas constituido por leyes generales, disposiciones administrativas y decretos circunstanciales. Todo esto significaba un limbo en el que los derechos de las poblaciones indígenas se reconocían de acuerdo a correlaciones locales de fuerzas y capacidad de litigar.

Los derechos a las tierras comunales son el sustento para la estructuración de comunidades. Pero esto supone la existencia de autoridades étnicas, relaciones con la autoridad del Estado y formas privadas y colectivas de apropiación de los recursos. En los procesos históricos de formación de comunidades, han existido inicialmente los derechos indígenas a la tierra que evolucionaron hacia formas de propiedad comunal con las que se delimitaron territorios en prolongados conflictos que derivaron en lo que se ha llamado la “comunalización” (Diez Hurtado, 1998).

Este largo recorrido concebido como la construcción legal de la comunidad, quiere decir que ésta es una elaboración jurídica que supone una serie de normas jurídicas que fueron perfilando la institución comunal. La normatividad jurídica y su correspondiente institucionalidad de origen colonial, evolucionaron hacia intentos de formalización jurídica en la época republicana, con la pretensión de la universalización de derechos en el seno de una sociedad de rasgos estamentales donde esos derechos eran de un ejercicio limitado. Los diversos momentos de definición de cuerpos legales, necesitan que se ponga atención en los contenidos de las normas jurídicas junto a la aplicación y las interpretaciones de esas normas que justamente suelen revelarse en los conflictos.

Por otra parte, la comunidad está situada dentro del marco de la constitución de un espacio político que supone la trama del poder estatal. Se halla sujeta a las formas de organización del poder local, principalmente en torno a la división político administrativa que define una estructuración y jerarquización del Estado nacional. Es así

que se implantó lo que Andrés Guerrero (2000: 9), llama la “administración de poblaciones” como los modos de dominación que se construyeron como prácticas situadas en los niveles locales de poder que definieron una relación entre los representantes del Estado central y las poblaciones indígenas. Pero esto tampoco fue algo estático, sino que fue constantemente redefinido en circunstancias de modernización estatal que alteraron las relaciones entre el poder político nacional y local.

Pero la comunidad campesino/indígena adquiere un carácter socio territorial que no es algo predeterminado ni estático. Es el producto de un conflicto por fijar derechos a las tierras de comunidad, lo que implica una definición de límites que a la larga van configurando un espacio en el que se realizan actividades productivas, proporcionan una identidad de lugar y aspectos simbólicos vinculados a creencias religiosas, sitios sagrados y santos patronos. Es la otra cara de la construcción del Estado nacional que se sustenta en la formación de una comunidad política nacional y la extensión de la ciudadanía.

La cuestión de la ciudadanía emerge como un problema básico en la formación de una comunidad política dado un contexto de vigencia de lo comunal y estructuras sociales de naturaleza adscriptiva. La ciudadanía como la construcción del individuo que porta un conjunto de derechos civiles, políticos y sociales, pasa por un proceso de incorporación de las clases bajas a los derechos ciudadanos como una condición fundamental de una comunidad política (Marshall, 1997¹). Pero en condiciones de persistencia de desigualdades sociales y étnicas que operan restringiendo el ámbito de lo ciudadano, las poblaciones indígenas y otros grupos excluidos, solo tienen como opción una lenta incorporación mediante la asimilación. Y esta solo puede hacerse efectiva mediante la extensión del sistema escolar. En estas condiciones, la ciudadanización supone un conflicto cultural con las pautas comunitarias que están centradas en un corporativismo y localismo que define identidades específicas.

De modo que la existencia de la comunidad campesino/indígena es la de un cuerpo social que tiene alcances que van hacia su configuración jurídica, su relación con las instituciones estatales y la existencia particular de los grupos étnicos.

Adicionalmente, una percepción fundamental que separa la civilización de la barbarie, es la que en el pensamiento político occidental se presenta no evidente en las conceptualizaciones sobre democracia y ciudadanía. Tocqueville, por ejemplo, no ignoró a los indios de Norte América, ni a los negros. Según él, los indios se encontraban en un estado salvaje que había sido mantenido distante por los blancos, quienes crearon mecanismos de apropiación de sus tierras, respetando las formas legales. Y se habían tejido vinculaciones mercantiles marcadas por la dependencia de los bienes proveídos por los mercaderes blancos, lo que llevaba a la extinción futura de esas poblaciones.¹⁶⁴ La tradición latinoamericana surgida en el siglo XIX durante la formación de los Estados nacionales estuvo impregnada de la oposición entre civilización y barbarie.

2. LA TRAYECTORIA DE LOS DERECHOS COMUNALES

El origen de las comunidades indígenas se encuentra en las reducciones que fueron promovidas por las ordenanzas del Virrey Toledo entre 1572 y 1577. Estas ordenanzas estaban dirigidas a crear un patrón de concentración de la población indígena con la finalidad de control por parte del Estado colonial. Se definían bienes de comunidad y su administración mediante autoridades indígenas. El aspecto nodal era el tributo indígena colectado por las autoridades étnicas (Marzal, 1981: 134-144). Lo que hay que destacar es que también se instituyeron los alcaldes y cabildos indígenas como modos administrativos que podían sobreponerse a los de las autoridades étnicas (Oberem, 1985). Además, el Estado colonial tenía el protector de indígenas como una institución que permitía negociar a las colectividades indígenas.¹⁶⁵

Los litigios por tierras de comunidad en el período colonial han sido todavía poco documentados. Se trata de las tierras de comunidad reivindicadas por caciques, o en otras ocasiones, estos son acusados de disponer de estas tierras en desmedro de los indios del común. Y también las tierras de comunidad aparecieron mencionadas en las composiciones coloniales de tierras (Borchart, 1988; Rebolledo, 1992). No se debe ignorar la intensa movilidad de la población indígena en los siglos XVII y XVIII,

¹⁶⁴ Tocqueville (1989 vol. 1: 300-317).

¹⁶⁵ Sobre el protector de indios en la Audiencia de Quito, ver Bonnett (1992).

cuando se produjo la fusión de poblaciones del más diverso origen (Powers, 1994). Para fines tributarios, el término que identificaba a las poblaciones indígenas fue el de “parcialidad”.

En la segunda mitad del siglo XVIII, las reformas borbónicas introdujeron presiones para la modificación de la tenencia de las tierras de comunidad. En el altiplano de Bogotá y Cundinamarca se ejecutaron medidas tendientes a la privatización y arrendamiento de tierras de resguardo que tuvieron una parcial realización. Las presiones para privatización provenían de la población mestiza, sectores terratenientes e indígenas. La intención de las reformas borbónicas era la de constituir un sector de pequeños propietarios (Bonnett, 2002). Esto es importante destacar porque el actual territorio del Ecuador estaba inserto en el Virreynato de Nueva Granada y es el antecedente sobre el cual se definieron los iniciales decretos bolivarianos sobre privatización de tierras de comunidad.

El nuevo punto de partida sobre el tema de las tierras de comunidad, es un decreto de Simón Bolívar en 1820 acerca de la restitución de tierras de resguardo que se hallan indudablemente ligadas al pago del tributo. En 1821 se expide un nuevo decreto en el que al mismo tiempo que se suprimía el tributo indígena, ordenaba la repartición de tierras de resguardo. Junto a otros decretos de parecido contenido dirigidos al Perú y el Alto Perú en 1824 y 1825, se insistió en la intención de la privatización de tierras de comunidad. Sin embargo, posteriores decisiones anularon estos decretos. Así que después se afirma una tendencia contradictoria a la preservación de las tierras de comunidad (Figallo, 1997). Si bien la legislación bolivariana tenía la intención de expandir la pequeña propiedad, no es posible afirmar que tuvieran como consecuencia la expansión de las haciendas.¹⁶⁶

Cuando en 1828, se restablece la contribución de indígenas junto a los derechos a tierras de comunidad, se reanuda la vigencia de los protectores de indígenas y los pequeños cabildos. Y aunque se intentaron afectar las disposiciones sobre tierras de comunidad

166 En un incisivo análisis de las ideas de Simón Bolívar sobre los indios de los Andes, H. Favre (1986) sostiene que los decretos bolivarianos sobre la privatización de tierras comunales incidieron en expandir las haciendas, pero no ofrece ninguna prueba al respecto.

permitiendo su arrendamiento o venta parcial, quedaba claro que la persistencia del tributo permitía la existencia de las tierras de comunidad. La Ley de Contribución de Indígenas de 1851, en tanto establece un vínculo entre tributo, tierras de comunidad y autoridades indígenas, supone la persistencia de la República de los indios. De modo que hasta 1857, cuando es abolido el tributo, se halla plenamente vigente la capacidad de posesión de tierras de comunidad.

En la medida de que los derechos de ciudadanía, solo eran posibles en un marco censitario, la población indígena quedaba sujeta a la legislación del tributo. Esto implicaba una continuación de los mecanismos coloniales de funcionamiento de la sociedad indígena. Esta legislación debe considerarse como el marco normativo de la sociedad indígena en sus relaciones con la institucionalidad estatal.

El marco censitario funcionó de un modo extremo hasta 1861, cuando se levantan algunas barreras y se establece el sufragio directo durante el gobierno de García Moreno, puesto que antes de ese año, el sufragio era indirecto. Se debe recordar que los electores en las primeras décadas de la república, eran una minoría que no llegaba al uno por ciento de la población. Se trataba de una representación que se circunscribía a un reducido grupo de electores (Quintero, 1978). No solo los indígenas se hallaban excluidos de la ciudadanía, sino amplios sectores no indígenas. En la segunda mitad del siglo XIX, la participación electoral solo llegó al tres por ciento de la población.

Conviene recordar que la noción de ciudadanía surgida de la revolución francesa, es la definición del individuo libre y soberano que está en capacidad de ejercer un conjunto de derechos civiles y políticos. Es una idea de igualdad jurídica que en su origen tuvo importantes restricciones censitarias. Para ser ciudadano había que ser varón, propietario y con un domicilio. Quedaban fuera de esta definición los sirvientes, los marginales y las mujeres (Rosanvallon, 1999: 72-76).

Con la fundación del Estado ecuatoriano en 1830, ocurre la implantación de una ciudadanía censitaria que solo reconocía derechos civiles y políticos a los propietarios que poseyeran un bien raíz, rentas y educación. ¿Que implicaba ser ciudadano en una sociedad que conservó rasgos estamentales en su estructuración?

El Estado ecuatoriano durante las primeras décadas posteriores a 1830, excluyó a la población indígena. Esta se encontraba todavía comprendida en una versión nueva de la república de los indios. Restablecido el tributo indígena desde 1828, las relaciones entre los indígenas y el Estado suponían las prerrogativas de tipo colonial tales como la capacidad de disponer de autoridades propias, tener ciertas exenciones y los protectores de indígenas. Esto se alejaba del horizonte de una comunidad política en tanto persistían los rasgos estamentales de la sociedad y la ciudadanía censitaria.

Entre las disposiciones de 1828 y 1851 relativas a la contribución de indígenas, se reconocen los derechos a tierras de comunidad, la posibilidad de reparto individual y arrendamiento a los mismos indígenas. Aunque se abrían posibilidades de transformar la tenencia comunal de tierras, el sentido de esta legislación, es la protección de las tierras de indígenas poseídas en común. En la Ley de Contribución de Indígenas de 1851, aparecen mencionadas por primera vez las tierras de las “comunidades de indígenas” (Rubio Orbe, 1954: 48). Desde la perspectiva de la articulación de las poblaciones indígenas al Estado poscolonial se produjo una creciente sujeción a la división político administrativa, con la dependencia del trazado de cantones y parroquias. En las parroquias, bajo la autoridad de los tenientes políticos, y en los cantones con su dependencia de los cabildos municipales y jefes políticos. Aunque hasta 1854 los protectores de indígenas siguieron ejerciendo sus funciones.

Se trata de un proceso centralizador, en el que sin embargo, los niveles locales de ejercicio de autoridad y poder están descentralizados, en tanto tienden a ser de tipo patrimonial y despótico y con una amplia discrecionalidad en su ejercicio. Este proceso se acentúa con la supresión del tributo en 1857, dado que supone la eliminación del statu quo colonial que permitía un orden interno a la sociedad indígena.¹⁶⁷

Las tierras de comunidad como objeto de disputas atravesaron diversos momentos en siglo XIX. Efectivamente, hasta 1857 un tipo de conflictos corresponden a la época de vigencia del tributo cuando en los conflictos por tierras de comunidad, aparecen

¹⁶⁷ Las relaciones históricas entre las comunidades indígenas y el Estado en Bolivia mediadas por el tributo fueron definidas por T.Platt (1982) como un “pacto de reciprocidad” de larga duración.

litigantes que se definen como “el común”, mediados por protectores de indígenas. Incluso, se llegaban a presentar los decretos bolivarianos como pruebas para legitimar los reclamos. Después de 1860, hasta fines del siglo XIX, continuó una intención por vulnerar las tierras de comunidad que fue lograda parcialmente con la aplicación de decretos de venta de tierras comunales y la legislación de tierras baldías. Esto sobre todo estuvo concretado en la legislación de tierras baldías de 1865 y 1875, y la aplicación de decretos particulares de remate de tierras de comunidad.¹⁶⁸ Por otra parte, el Estado redefine las relaciones con la comunidad, pasando a privilegiar las relaciones individuales que trataron de ejecutarse con la inclusión de los indígenas en los catastros de propiedad. El concepto de ciudadanía que está implícito en toda esta legislación y actos del Estado, es el de una igualdad jurídica ante la ley, sustentada en una sujeción particular a los poderes locales de nivel parroquial y municipal, con reglamentos específicos, procedimientos prácticos y obligaciones laborales ante el Estado, concretadas en la vigencia del trabajo subsidiario, que fundamentalmente se pone en marcha después de 1850. Este consistía en jornadas de trabajo gratuitas para la construcción de caminos y obras locales administradas por los municipios.

El análisis de los conflictos de tierras en los que estuvieron confrontadas comunidades indígenas de la sierra central con haciendas en el siglo XIX, muestra que se trataba de juicios en las instancias locales que tenían una duración generalmente prolongada. En ciertas ocasiones se interrumpen en alguna fase, se descontinúan, o se reinician años más tarde. En algunos casos, concluían en un arreglo que fijaba cánones de renta para las comunidades externas, aunque en otras ocasiones, se producía una reiterada ocupación de facto de los terrenos disputados con las haciendas, cuando los terratenientes y las autoridades locales constataban que las tierras en conflicto eran

¹⁶⁸ Los efectos parciales de los decretos de remate de tierras de comunidad en Tungurahua están analizados en H. Ibarra (1992). Es interesante considerar que en México la mayoría de estados establecieron medidas legales después de 1820 para intervenir en las tierras de comunidad desde un enfoque liberal inspirado en la Constitución de Cádiz. Pero hasta mediados del siglo XIX siempre hubo una dificultad para aplicar esta legislación que vulneraba la propiedad comunal por la debilidad de la autoridad estatal. La ley de desamortización de 1856, ratificada luego en la Constitución de 1857, estableció la venta de tierras de la iglesia y las comunidades campesinas. Respecto a la propiedad comunal, se trataba fundamentalmente de permitir el desarrollo de la propiedad parcelaria con la titulación individual. Véase Tutino (1990: 115-120). Sobre este tipo de argumentos que durante la segunda mitad del siglo XIX postulaban el fraccionamiento y remate de tierras comunales en Bolivia, véase Platt (1982).

poseídas por los indígenas y era difícil revertir tal situación (Ibarra, 1990). Esto evidencia que persistía la antigua tradición litigante de origen colonial,¹⁶⁹ y si bien no produjo modificaciones importantes en la estructura de la propiedad rural, puso un importante límite a la expansión de las haciendas, pese a la vigencia de una legislación que vulneraba los derechos colectivos que daban acceso a tierras comunales. En los ocasionales planos y croquis que se presentaban para argumentar en estos juicios de tierras, se puede notar espacios rurales en los que las haciendas aparecen rodeadas de anejos indígenas y poblados mestizos. Lo que fue definido como “asedio externo” en el estudio CIDA (1965), se había configurado en una situación conflictiva durante el siglo XIX.

El ambiente del siglo XIX, tendía a una limitación de los derechos comunales, puesto que se inclinaba a facilitar el desarrollo de la propiedad privada parcelaria dentro de las comunidades. Aunque no existía un reconocimiento jurídico de la comunidad, estaban mencionadas en los juicios de tierras. La actuación de autoridades indígenas reconocidas en juicios de tierras y las dependencias públicas, plantea un reconocimiento que dejó huellas documentales. A fines del siglo XIX, en las sentencias de los juzgados locales cuando litigan las comunidades, estas generalmente aparecen identificadas como el “común de los indios” o “comunidad” y los representantes indígenas como “cabezas”. Un juez de Loja encontraba que las comunidades eran corporaciones siguiendo las normas de origen colonial y que debían ser calificadas como “personas jurídicas” encajándolas en el Código Civil.¹⁷⁰ Y también en la opinión de un juez

¹⁶⁹ La tradición litigante indígena, es un aspecto de la capacidad de resistencia a través de los litigios judiciales. Esta capacidad de maniobra, parte de la posición proteccionista que tiene la legislación colonial a mediados del siglo XVI, con la asignación de Protectores que patrocinaban las intervenciones de los indígenas. Esto incluso había determinado que los pleitos tuvieran resultados inseguros para los españoles. Véase Stern (1982: 186-187). Sobre el uso del derecho por los indígenas como parte de las argumentaciones de justicia en el centro de México en una coyuntura del siglo XIX, véase Marino (2006).

¹⁷⁰ En el razonamiento de Manuel B. Cueva, juez de Loja, sobre la sentencia en primera instancia de un litigio, hace un recuento de las comunidades en las leyes de indias donde son definidas como corporaciones. Así mismo la continuidad de estas corporaciones en la legislación republicana, y por eso, “no puede dudarse que *las comunidades de indios son personas jurídicas*, conforme a los artículos 534 y 535 del Código Civil” (itálicas nuestras). A continuación, se menciona el hecho de que sin existir cabildos, autoridades o protectores, “es concluyente que cualquier comunero puede parecer en juicio en defensa de los derechos de la comunidad, puesto que entonces se trata del interés de todos y cada uno de sus miembros; y de no ser esto así, hay que admitir por lo menos que la comunidades son personas legítimas cuando están representadas por la mayoría de sus miembros

provincial, apareció la noción de “cuasi contrato de comunidad”, apelando al mismo cuerpo legal. Estas eran señales de cómo estaban siendo tratadas por los jueces las colectividades que litigaban localmente. Cuando se producían apelaciones, los juicios llegaban a las Cortes Superiores Provinciales y a la Corte Suprema de Justicia, el órgano superior del poder judicial a nivel nacional.

Un fallido intento por terminar con la ambigüedad que suponía una legislación que daba espacios para el mantenimiento de tierras de comunidad, fue el sucedido en el Congreso de 1892, cuando se presentaron dos proyectos de decretos relativos a las tierras de comunidad. El primero, que proponía dividir los terrenos de comunidad; y el segundo, que partía de una situación local de Loja pero con intenciones de derivar hacia una aplicación más general. En el primer proyecto, se afirma, “Que el sistema de comunidades es perjudicial a los intereses de la agricultura”, mientras que el segundo menciona:

“Que a pesar de las disposiciones que se han dictado desde el tiempo de Colombia para que los terrenos denominados de resguardo o de comunidad se dividan y adjudiquen en propiedad a los indios comuneros; se conservan todavía indivisos aquellos terrenos en algunas provincias de la República como en la de Loja con perjuicio de la industria agrícola (...)”.

En los dos proyectos, se proponía efectuar la división de terrenos de comunidad, repartiendo a las familias, en función del número de miembros. El contenido de estos proyectos de decretos que fueron negados y no se tramitaron, debe verse como intentos de poner en vigencia la legislación posterior a 1822, y anterior a la Ley de Tierras Baldías de 1865.¹⁷¹

de acuerdo al Art. 539 del Código citado...”. En el mismo juicio, el juez de segunda instancia, argumenta sobre la existencia del “cuasi contrato de comunidad entre los condóminos”, sustentándose en el mismo Código (Juicio seguido por la comunidad de Tacamoros contra Andrés Sarango, por reivindicación de terrenos [Loja, 1892-1893], *Gaceta Judicial*, IX, No. 101, 4 de febrero de 1911, Quito, pp. 802-804).

¹⁷¹ AFL. c.26, leg.3, doc.12. Proyecto negado en el que trata sobre los terrenos de comunidad y los terrenos de reversión, 1892.

Con el advenimiento del período liberal (1895-1925), se abría un espacio para la gestión de derechos indígenas con las disposiciones protectoras de la Constitución de 1906. Pero simultáneamente, se acentuaron algunos aspectos despóticos del poder, con las mayores atribuciones otorgadas a los tenientes políticos y a núcleos terratenientes locales, consolidando el fenómeno del gamonalismo como expresión del ejercicio del poder despótico a nivel local. En 1898, un decreto faculta que los Gobernadores y alcaldes indígenas mantengan funciones ligadas a la supervisión y control desde las autoridades estatales. Proseguía el objetivo de conversión del indio a la ciudadanía, algo que impregnará las intenciones limitadas de incorporar a los indígenas a la escuela, y la supresión de la prisión por deudas en 1918. También continuaban las medidas tendientes a incorporar a los indígenas a los catastros de tierras y determinadas formas de obtención de trabajo similares al trabajo subsidiario, lo que ocasionaba protestas y movilizaciones.

En 1913 y 1921, se tramitaron dos proyectos de decretos sobre las comunidades indígenas que fueron discutidos, pero no produjeron ninguna legislación. Allí es cuando emerge la figura del cuasicontrato de comunidad como una disposición del Código Civil que podría permitir concebir a las comunidades como persona jurídica (Prieto, 2004: 136-137). Era un tipo de definición jurídica que ya había estado presente en las sentencias de los juzgados locales de justicia. Pero salía a flote siempre el dilema de suprimir o no las tierras de comunidad. Sin embargo, en aquel momento, era más importante el debate sobre el concertaje donde la problemática del mundo indígena remitía predominantemente a las relaciones de trabajo rurales mediadas por sistemas mixtos de remuneración que había tornado visible el tema de las deudas de los peones en las haciendas.

El período liberal significó una circunstancia de prolongación de las medidas estatales destinadas a la implantación de formas de propiedad individualizadas, pero emergían nuevos discursos sobre los indígenas que promovían la protección. Había entrado en crisis la política de desprotección también manifestada por una intensa conflictividad rural que ponía en evidencia la naturaleza de las relaciones entre los indígenas y el Estado en los espacios locales.

3. LOS CONFLICTOS RURALES Y LA CRISIS DE LAS RELACIONES ENTRE

INDÍGENAS Y ESTADO (1916-1930)

Entre 1916 y 1930, se manifestó un importante ciclo de conflictos rurales y protesta indígena en la sierra ecuatoriana. En esta marea ascendente de conflictos rurales se debe distinguir sublevaciones locales, los conflictos entre haciendas y comunidades, conflictos laborales, y otros con causas varias.

Tabla 8
Conflictos y sublevaciones rurales en la sierra ecuatoriana: 1916-1930

TIPO DE CONFLICTOS	NÚMERO	PORCENTAJES
Sublevaciones locales	52	56%
Conflictos entre haciendas y comunidades	19	21%
Conflictos laborales	6	7%
Causas varias	14	16%
TOTAL	91	100%

FUENTE: F. Rosero et.al. (1990)

Entre estos variados conflictos que se percibieron en aquel tiempo como estallidos y signos de malestar, los levantamientos indígenas locales fueron los que se produjeron en mayor magnitud. Los levantamientos locales eran movilizaciones que se encontraban motivadas por medidas estatales o disposiciones de las autoridades locales. Se puede destacar la oposición de grupos étnicos a ser inscritos en los catastros de tierra, o a cualquier ejercicio de registro estadístico estatal. Los actos de protesta colectiva se dirigían a las cabeceras parroquiales o pueblos mestizos que eran sitiados por los indígenas, reeditando formas de movilización y protesta colonial; la ciudad de Cuenca, fue asediada en 1921.¹⁷² Estas sublevaciones locales, implicaban actos violentos y respuestas de tipo represivo con la presencia de la policía y el ejército que dejaban un alto saldo de muertos y heridos. La mayoría de estos eventos de protesta se concentraron en las provincias de Chimborazo y Azuay.

Las disputas entre haciendas y comunidades que provenían de un periodo anterior, evidenciaban una perspectiva comunal que buscaba consolidar o redefinir una

¹⁷² Véase M. Moscoso (1990); A. Cevallos (1990); M. Baud (1993).

territorialidad, ocupando de hecho tierras de haciendas, o como resultado del conflicto aparecían nuevas transacciones con los hacendados respecto a rentas en trabajo o dinero, reproduciendo las tendencias del conflicto hacienda comunidad del siglo XIX (Ibarra, 1990). Aquí cobra sentido la observación de Nicolás Martínez (1993 [1916]: 211-219) acerca de que las comunidades de indios tenían un fuerte sentido de territorialidad como “nación independiente” con autoridades propias y una capacidad de confrontación con las haciendas y los blancos.

Los conflictos de tipo laboral dentro de las haciendas tenían como actores a los huasipungueros o pequeños arrendatarios que habían copado espacios de las haciendas, erosionando el control patronal (Prieto, 1978). Este tipo de conflictos, incluían reclamaciones sobre las condiciones laborales, también ampliando o defendiendo las economías campesinas dentro de las haciendas. Esta menor importancia cuantitativa de los conflictos laborales en las haciendas, contrasta con la amplia difusión del debate sobre el concertaje y la supresión de la prisión por deudas en 1918, que posiblemente contribuyó a menguar la conflictividad. Aunque después de 1926, la izquierda comunista puso mucho interés en la organización de los huasipungueros, con resultados más bien modestos que se concentraron inicialmente en las haciendas de la Asistencia Pública de Cayambe.

Para situar los actos de protesta indígena y rural producidos en la sierra ecuatoriana entre 1916 y 1930, conviene precisar que se trataba de un período en el que estaba aconteciendo un cambio de los gobiernos liberales posteriores a 1912 y el comienzo de una nueva época con la revolución juliana de 1925. En este transcurso de una época hacia otra fue en la que ocurrieron un conjunto de rebeliones de tipo local cuya magnitud es seguramente la más alta en el siglo XX. Por ello es importante entender la dimensión represiva del Estado que opera con singular dureza a lo largo de este período.¹⁷³ No obstante, en 1925, como una de las medidas de la revolución juliana se

¹⁷³ No se conocen estudios sobre la composición social del ejército ecuatoriano que en su desarrollo profesional se consolidó después de 1910. Romero y Cordero (1980 [1933]) afirma de pasada que el ejército reclutaba a los soldados entre los campesinos mestizos de la sierra norte y central. Durante los años veinte, en México, el ejército federal reprimió duramente las movilizaciones campesinas, y una de las razones fue que el ejército operaba con soldados que eran reclutados en zonas diferentes a las que se producían las movilizaciones, además de una propensión hacia los terratenientes (Tobler, 1990: 164-168).

había creado el Ministerio de Previsión Social dedicado a definir políticas de integración social relativas al mundo laboral y rural.¹⁷⁴ Después de ese año se va a producir una combinación de la conocida política de represión a la movilización junto a una nueva política de integración social. Las movilizaciones indígenas locales de la década de 1920 requieren ser evaluadas tomando en cuenta los hechos de violencia y represión, puesto que ya se dispone de un conocimiento parcial de las dinámicas de conflicto en algunas provincias de la sierra ecuatoriana. Aunque algunos levantamientos y los actos de represión estatal fueron registrados por Albornoz (1971), la atención que se le ha dado a la índole reformista de la revolución juliana que enfatiza los elementos de modernización estatal e integración social dejó en segundo plano los eventos de represión que tenían continuidad con el período anterior a la revolución juliana.

Otras rebeliones y movilizaciones que sucedieron en Perú y Bolivia fueron contemporáneas a las que acontecieron en la sierra ecuatoriana. En la sierra sur del Perú ocurrió un potente ciclo de rebeliones indígenas también en la década de 1920 con ocupaciones de haciendas y enfrentamiento al Estado. Fue además un momento de aparición de ideologías indigenistas y reivindicación del pasado inca (Flores Galindo, 1988: 310-320). Entre 1910 y 1930 en el altiplano boliviano y Cochabamba ocurrieron rebeliones y movilizaciones con el surgimiento de una red de autoridades indígenas, los “caciques apoderados” que demandaban la restitución de derechos comunales y cuestionaban el poder local (Gotkowitz, 2011: 102-113).

El período que se abre con la revolución juliana revela la complejidad de la acción estatal al constituir una institucionalidad que tiene aspectos integrativos y represivos. Así que mientras surge en 1925 un nuevo aparato de gestión del mundo laboral y social -el Ministerio de Previsión Social-, actúan otros aparatos tradicionales, el Ministerio de Guerra y Marina; y el Ministerio de Gobierno. Cada uno de estos aparatos asume funciones que plantean la integración social, el orden político y la represión. Tilly sostiene que en el Estado puede estar tanto la facilitación como la represión a la acción colectiva (1978: 101). Mientras el Ministerio de Previsión Social asumía una multiplicidad de funciones que en determinados momentos puede parecer excesiva, el

¹⁷⁴ Sobre la relación entre las reformas de la revolución juliana y la creación del Ministerio de Previsión Social, véase Coronel (2011: 770-774).

Ministerio de Guerra estaba sobre todo encaminado a una mayor profesionalización del ejército y arrogarse un papel de integración nacional manteniéndose a la sombra de los gobiernos julianos entre 1925 y 1931. Para los militares, era de alta prioridad la carta topográfica nacional que serviría tanto para la planificación de vías de comunicación como para desarrollar el turismo. La realización de la carta topográfica nacional ocasionó una intensa resistencia en la población indígena de Chimborazo. Esto terminó en actos de protesta y luego en la intervención represiva del ejército que dejó muchas víctimas.

En un registro de conflictos locales que sucedieron en algunas provincias de la sierra ecuatoriana, se puede apreciar que cuantitativamente la mayor frecuencia correspondió a rebeliones locales y en menor magnitud los conflictos por tierra y recursos.¹⁷⁵ Mientras los dos tipos de conflictos se mantuvieron relativamente constantes en su despliegue en el período considerado, el mayor escalamiento sucedió entre 1927 y 1928 para declinar en 1929.

¹⁷⁵ La fuente para este análisis es una cronología de eventos de acción colectiva rural entre 1830 y 1930, obtenida de fuentes primarias y secundarias. La cobertura más representativa corresponde a las provincias de Tungurahua, Chimborazo y Azuay, y abarca limitadamente las provincias de Imbabura, Pichincha, Cotopaxi y Bolívar. Ver F. Rosero (coord.) (1990).

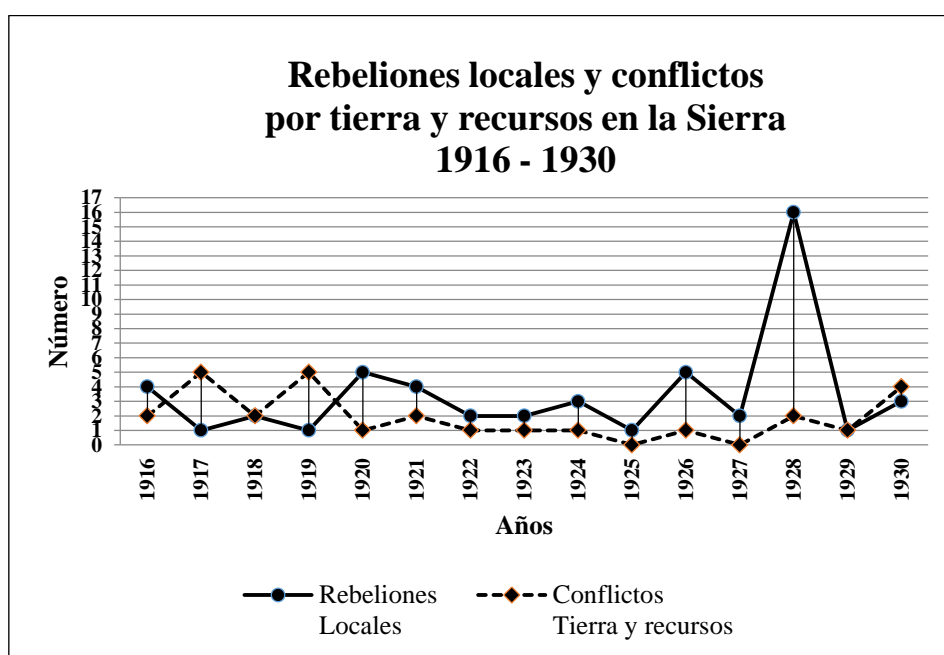
Tabla 9

Rebeliones locales y conflictos por tierra y recursos en la sierra 1916-1930

AÑOS	REBELIONES LOCALES	CONFLICTOS TIERRA Y RECURSOS
1916	4	2
1917	1	5
1918	2	2
1919	1	5
1920	5	1
1921	4	2
1922	2	1
1923	2	1
1924	3	1
1925	1	0
1926	5	1
1927	2	0
1928	16	2
1929	1	1
1930	3	4
TOTAL	52	28

FUENTE: F. Rosero, et.al. (1990)

Gráfico 1



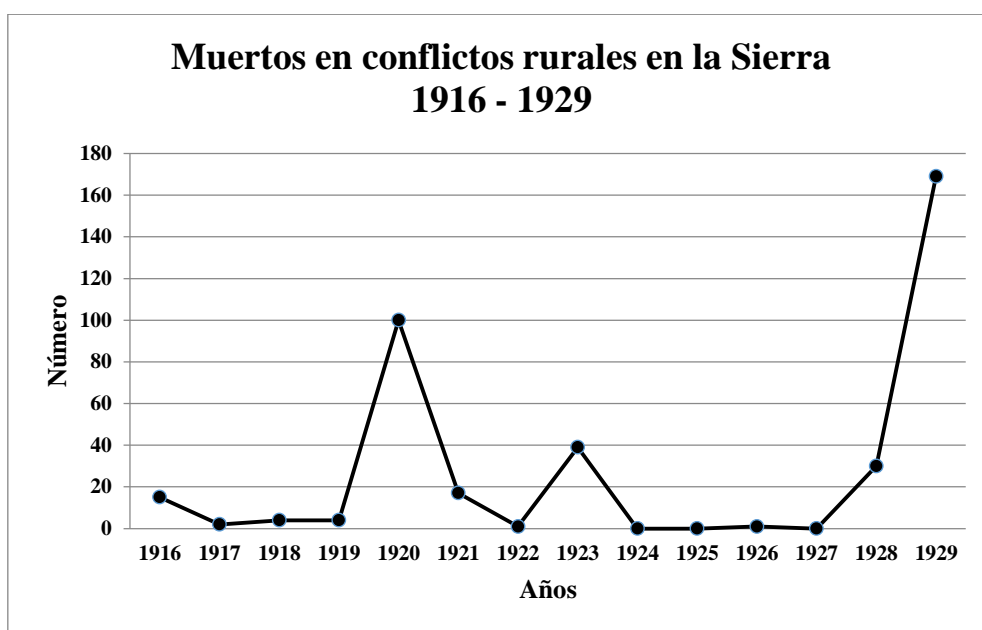
El número de muertos en estos eventos de acción colectiva entre 1916 y 1929 indica que la mayor cantidad de fallecidos ocurrió en las sublevaciones locales; en menor magnitud durante conflictos laborales y conflictos por tierra y recursos. El mayor número de muertos en sublevaciones locales sucedió entre 1928 y 1929. Es de notar que en el alto número de los fallecidos en reclamos laborales en 1923, está el conflicto en la hacienda Leito de Tungurahua.

Tabla 10
Muertos en conflictos rurales en la Sierra
1916 - 1929

AÑO	REBELIONES LOCALES	RECLAMOS LABORALES	CONFLICTOS POR RECURSOS	TOTAL
1916	15	0	0	15
1917	0	1	1	2
1918	1	3	0	4
1919	0	0	4	4
1920	99	1	0	100
1921	17	0	0	17
1922	0	0	1	1
1923	0	39	0	39
1924	0	0	0	0
1925	0	0	0	0
1926	1	0	0	1
1927	0	0	0	0
1928	14	2	14	30
1929	160	9	0	169
TOTAL	307	55	20	382

FUENTE: F. Rosero, et.al. (1990)

Gráfico 2



Por ello es importante situar el alcance de la represión a la acción colectiva que implica entender el funcionamiento del ejército como una fuerza pacificadora de la protesta campesina e indígena. La cuestión es como la represión opera de una manera relativamente aceptada por la sociedad o puede ser justificada como fue el caso de la intervención represiva del ejército en la masacre del 15 de noviembre de 1922 que dejó centenares de muertos para contener la huelga general de trabajadores en Guayaquil.¹⁷⁶ En una historia del ejército ecuatoriano, se realizó una apreciación de este período de intervención represiva a los levantamientos campesinos de la década de 1920 que proporciona una visión impresionista de estos eventos de acción colectiva en la que la “raza vencida” había cometido actos de violencia y se mencionaba el comportamiento represivo del ejército.

“El campesinado -otra síntesis, más dolorosa aun del pueblo-, en el Norte de la República, en el Centro, en el Sur, evocaba también esporádicamente, la necesidad de la revolución. Grandes parcialidades y comunidades de indios, armándose de palos, piedras, machetes, escopetas, herramientas de labranza,

¹⁷⁶ El general Alberto Enríquez Gallo (1895-1962), que cumplió un papel reformista en su breve gobierno entre 1937 y 1938 -puesto que durante su gestión se decretó el Código del Trabajo-, fue uno de los oficiales del Escuadrón “Cazadores de los Ríos” que participó en la violenta represión del 15 de noviembre de 1922. Véase Coral Patiño (1988:79-80).

irrumpían en las plazuelas de los poblachos, en busca del teniente político, del juez Civil, del representante del Gobierno, para apalearlos, para significar protesta, para danzar la ebriedad de la protesta, frente a la hoguera alimentada con papeles del archivo parroquial. Coronado en número de diez mil, de quince mil, de veinte mil, las lomas que circundan las capitales de provincia interiorana, pasaban días de días, haciendo sonar sus quipas de guerra, disparando contra el poblado tendido a su pies, llegando a las calles suburbanas de las grandes poblaciones, en el falso concepto de que ciudad y Gobierno son una misma cosa. La fuerza era, entonces, despachada a cazar indios rebeldes, a matarlos en montón. ¿Cuántos murieron? Al que caía, le arrastraban sus compañeros, para enterrarlo después. No se sabe cuántos cayeron, si por centenares o por millares...¿Qué importaba, entonces, el sacrificio en masa del campesinado? La necesidad de la revolución se estaba refirmando con esa gritería, mitad aullada en quechua y mitad en español, con que la raza vencida resucitaba a la verdad de la vida civil” (Romero y Cordero, 1980 [1933]: 203).

En la provincia del Azuay, el ciclo de rebeliones campesinas e indígenas locales en el curso de la década de 1920 estuvo constituido por eventos intermitentes. Esta provincia tenía una estructura agraria donde el peso de la hacienda era marginal y predominaba la pequeña propiedad (Palomeque, 1990). Entre 1920 y 1921, transcurrió un momento de movilizaciones locales que consistían en el asedio a los poblados, enfrentando a los tenientes políticos que eran castigados o victimados. Uno de los hechos más insólitos fue la ocupación de la ciudad de Cuenca en abril de 1921 luego de una serie de movilizaciones en las parroquias (Baud, 1993). Las medidas de pacificación incluían el envío de la policía y el ejército para restablecer el orden ocasionando muertos y heridos. Entre 1923 y 1929 se repitieron estas acciones de protesta campesina. En 1925, los campesinos se manifestaron en Cuenca opuestos a la escasez y elevación del precio de la sal. El patrón general que tenía la acción colectiva indígena era la reunión en los alrededores y las lomas de los campos convocados por el sonido de “quipas” o “kipas”, un instrumento musical de viento que se hacía con caracoles marinos o cerámica. Se mantenían en una actitud amenazante durante el día; por la noche “bebían alrededor de las fogatas, acompañados por quipas, bocinas y gritos” (Moscoso, 1991: 230) y luego entraban en la madrugada al centro poblado de la parroquia. Ya en el poblado se

enfrentaban a las autoridades locales.¹⁷⁷ Ocasionalmente se quemaban los papeles que se conservaban en las oficinas públicas. Frecuentemente estas movilizaciones fueron denominadas “huelgas”, en una alusión a un término que ya había sido incorporado por las demandas laborales desde fines de la década de 1910 en Quito y Guayaquil. Era el traslado de un término originado en el mundo del trabajo urbano que designaba de otro modo al levantamiento o rebelión.

En la provincia de Chimborazo, se produjeron importantes rebeliones de naturaleza local que coexistían en menor escala con conflictos entre haciendas y comunidades y ocasionales conflictos laborales en las haciendas.¹⁷⁸ La estructura agraria de Chimborazo estaba caracterizada por un amplio predominio de las haciendas en algunos cantones de la provincia junto a densas comunidades y parcialidades indígenas en otras parroquias. Un empadronamiento ordenado por las Juntas de Fomento Agrícola provocó una rebelión en Calpi, Licán, San Juan y Cajabamba, amenazando extenderse a otros lugares de la provincia. La intención del ejército de realizar una inscripción de indígenas para un posible reclutamiento militar motivó un levantamiento en mayo de 1921 que cubrió las zonas de Guano, Cubijies, Guamote y Columbe (Cevallos, 1993: 240). En un texto que hace una exaltación de la organización militar del imperio inca para encontrar las raíces del ejército ecuatoriano, aparece al final una referencia a los indígenas ecuatorianos como posibles soldados.

¹⁷⁷ El cuento de César Andrade y Cordero, “La Kipa de la noche” (1954) relata un levantamiento en un pueblo de Azuay. El objetivo era protestar contra el teniente político causante de abusos con impuestos sobre los animales. El uso de la “kipa” resulta fundamental como medio de convocatoria de la protesta. Los campesinos se toman el pueblo, capturan al teniente político y luego lo castran. Se descubre después que quien lo castró era su hijo, pero él no lo sabía, un hecho que conoce después porque su madre le revela que el teniente político era su padre.

¹⁷⁸ Los levantamientos indígenas ocurridos en Chimborazo en los años veinte, fueron ampliamente ignorados en textos de historia local. Los acontecimientos estaban frescos para Maldonado y Basabé (1930: 63-64), quien rememora los levantamientos coloniales y algunos de la época republicana, que los menciona brevemente, pero exceptuando al levantamiento de Guano de 1921, no se remite a lo ocurrido en la década del veinte; y, también este es el caso de J. Castillo Jácome (1942: 164-165), que prácticamente repite lo que dice Maldonado y Basabé. Toda esta falta de referencias y detalles a lo que tiene que ver con rebeliones indígenas, proviene de una autocensura de estos cronistas locales, para quienes estas acciones eran expresiones de barbarie y salvajismo. Por otro lado, en estas descripciones locales, se da bastante peso a las clases dominantes locales, su ambiente familiar y su vida pública. Obviamente, al retratar un mundo local donde dominaba una aristocracia, el registro de los actos contestatarios era un tema difícil de mencionar, se imponía el olvido.

“Nuestros actuales indios, descienden de esa raza vigorosa e inteligente. Hombres sobrios, hacen largas marchas a pie, sin otro alimento que la harina de cebada o el maíz tostado; sus trabajos son duros y en los negocios y contiendas personales ponen en práctica la astucia de sus mayores. Sistemáticamente instruido llegará a ser el soldado ideal de nuestro ejército” (Rodríguez, 1922: 188).

La discusión sobre la incorporación de los indígenas al ejército ecuatoriano se inició en la década de 1920 cuando se mencionó en alguna ocasión la necesidad de seguir el ejemplo boliviano como una medida de incorporación civilizatoria de la población indígena a través de la conscripción. Se debe mencionar que en la guerra federal de 1898-1899 se formó un poderoso ejército indígena dirigido por Zarate Wilca que terminó en confrontación con el poder. Desde comienzos de 1900 empezó una sistemática incorporación de indígenas al ejército y fue regularizada con la Ley del Servicio Militar de 1907. En la perspectiva del Estado boliviano, se trataba de un proceso civilizatorio cuyo instrumento principal era la educación y disciplina que ofrecía el cuartel. Sin embargo, los indígenas no podían acceder a la escuela de formación de oficiales que estaba reservada a blancos y mestizos. Y también ha sido destacado el papel de control y represión del ejército a las rebeliones indígenas entre 1910 y 1930 (Quintana, 1998: 29-38).

No obstante, la rebelión sofocada con mayor represión fue la que ocurrió en la región central de Chimborazo entre fines de 1928 y los primeros meses de 1929 cuando los indígenas se opusieron a los trabajos de realización de la carta topográfica nacional. El Servicio Geográfico Militar Ecuatoriano fundado en 1927 proyectó la carta topográfica nacional como un instrumento que posibilitaría la articulación local y regional del Ecuador al facilitar el diseño de carreteras, permitir la identificación de las zonas rurales para hacer catastros y definir límites de las propiedades. Esto se unía a la definición del espacio nacional e incluso tenía una finalidad turística al identificar lugares que contenían paisajes y atractivos para los visitantes extranjeros (Urrutia, 1922-1929: 198-204). Como afirma Benedict Anderson (1993), la elaboración de mapas contribuye a la definición de la nación como comunidad imaginada. Los trabajos de la carta topográfica

nacional comenzaron en julio de 1928 en Chimborazo y produjeron una fuerte resistencia en la población indígena.

Las confrontaciones que ocurrieron a comienzos de enero de 1929 en Cacha, Yaruquíes, se propagaron a otras zonas adyacentes. Se puede constatar que la geografía de estas acciones rebeldes cubrió aproximadamente las mismas zonas de la rebelión de Daquilema en 1871-1872. Aunque se trató de controlar el foco rebelde en Cacha, el malestar prosiguió hacia otras zonas dejando un saldo de más de sesenta muertos el 11 de enero en Guamote.¹⁷⁹ Numerosos indígenas fueron capturados y se encargó al clero buscar el modo de apaciguar a los indígenas. Entre febrero y marzo prosiguieron los incidentes contra los militares lo que hizo que el Comandante del Ejército y el Ministro de Guerra se desplacen a la provincia de Chimborazo para negociar con los indígenas. Aunque todavía en septiembre de 1929 se reportaban actos de oposición al trabajo de los militares.¹⁸⁰

Cabe hacer un contraste con el análisis de Eugen Weber (1976) sobre los procesos de modernización rural que ocurrieron en el agro francés. Entre el último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX, los campesinos franceses fueron transformados por el impacto del sistema escolar, la conscripción, la mercantilización y nuevas pautas políticas que implicaban el acceso a la ciudadanía y la integración a una identidad nacional que superaba los localismos rurales. Después de 1895, habían primado en el Ecuador los conceptos civilizatorios sobre el mundo indígena con una parcial incorporación al sistema escolar en las zonas más cercanas a los núcleos urbanos, pero el Estado ecuatoriano seguía operando con conceptos de naturaleza racial. Aunque en los censos parciales de población realizados en el Ecuador en la segunda mitad del siglo

¹⁷⁹ “En el combate con los indios, estos tuvieron más de sesenta muertos”, *El Día*, 14 de enero de 1929, p.1.

¹⁸⁰ Los acontecimientos según una noticia de prensa habían ocurrido en las cercanías de Colta: “Los indios, con salvaje furor, se han arrojado sobre algunos individuos del servicio Geográfico, pero sin lograr causarles ningún daño y se han apoderado de algunos fusiles, los mismos que luego han sido recuperados. El señor Ministro de Guerra, recibió ayer un parte telegráfico de Riobamba, dirigida por el Coronel Giacomo Rocca, Director del Servicio Geográfico Militar, en el que se indica que los asaltantes han destruido un mojón que cuesta 400 sucres y que se ha entregado a la policía de Chimborazo, 15 indios cabecillas del levantamiento. Por ultimo, en el telegrama, pide el Coronel Rocca, al Señor Ministro que gestione ante el Gobierno se sancione a los indios sublevados, con un ejemplar castigo”. “Numerosos indios atacan a los miembros del servicio geográfico militar en las cercanías de Colta”, *El Comercio*, 17 de septiembre de 1929, p.1.

XIX y comienzos del XX no se hicieron distinciones de naturaleza racial, estas reaparecían en las categorizaciones de aparatos estatales. Por ejemplo, en 1922, el Ministerio de Guerra y Marina hizo una recopilación estadística en algunas provincias de la sierra donde la población fue clasificada en blancos, indígenas, mestizos y negros.¹⁸¹

Las descripciones que se hicieron sobre las rebeliones de los años veinte en Chimborazo, indican que el objetivo principal era la toma de la cabecera parroquial donde se enfrentaban con los tenientes políticos u ocasionalmente con los curas de parroquia. Inicialmente las movilizaciones consistían en el acoso sobre los poblados. Los insurrectos se reunían por la noche en las colinas donde hacían hogueras y amedrentaban a los pobladores “con gritos, disparos y ruidos atronadores producidos por churos, cuernos, cornetas, tambores y bocinas” (Cevallos 1993: 245). Luego se procedía al ataque a la cabecera parroquial ingresando en grupos compactos, podían llegar a las dependencias públicas y causar destrozos o saqueos. Entre las víctimas de los levantamientos podían estar blancos y mestizos de los pueblos y las autoridades. Finalmente se producía la represión con la intervención de la policía y el ejército.

La similitud de la incubación y el desarrollo de estas confrontaciones en Azuay y Chimborazo así como sus desenlaces represivos señalan que estas movilizaciones expresaban un intenso malestar con las políticas estatales. Los factores de causalidad de estas sublevaciones que tenían un alcance local y un contagio ocasional en varias localidades, apuntan a los cambios producidos en las relaciones entre indígenas y Estado después de 1912 cuando los gobiernos liberales adoptaron medidas dirigidas a reclutar a la población indígena y rural para trabajos de obras públicas reviviendo el trabajo subsidiario que había sido abolido en 1895. Otro tema enojoso eran los impuestos a la tierra que requerían realizar catastros para incorporar a la pequeña propiedad rural. La creación de las Juntas de Fomento Agrícola en 1918, otorgó atribuciones a jefes políticos cantonales y notables locales para la recaudación de contribuciones destinadas a obras públicas locales. Por ello, los tenientes políticos como representantes del poder ejecutivo estatal terminaban en la mira de los sublevados.

¹⁸¹ Informe del Ministro de Guerra y Marina, 30 de junio de 1923, Talleres Tipográficos Nacionales, Quito.

Después de 1910 habían llegado al Congreso solicitudes de colectividades indígenas donde pedían pagar menos impuestos a la tierra o ser exonerados de esas contribuciones. Se exponían argumentos acerca de la visión de los indígenas sobre el Estado, que parecía evidenciar una interpretación donde el poder local adquiriría personificaciones.

“...no conocen [los indios] el Estado sino en la forma antipática de unos tenientes políticos rudos y abusivos, de unos cobradores codiciosos e inhumanos o de unos jueces espirituales y temporales que explotan la miseria; que no saben la existencia de leyes ni el porqué de ellas sino a través de los sufrimientos que los ejecutores exigen del indio...”¹⁸²

En las rebeliones locales existió evidentemente un liderazgo que en Azuay provenía de la vigencia de autoridades comunales y sus cabildos (Moscoso, 1990). En Chimborazo había sido reconocido por el Estado un liderazgo indígena como producto de la revolución liberal. Después de 1895 y durante los gobiernos liberales se reconocieron Gobernadores de indígenas en algunas zonas de la sierra ecuatoriana y en Chimborazo algunos líderes indígenas fueron designados como “coroneles”. Este era un grado honorífico que les daba prerrogativas para intervenir como representantes de colectividades indígenas. Algunos coroneles indígenas actuaron ligados a las rebeliones de los años veinte, pero otros cumplieron más bien un papel de control y disuasión.¹⁸³ Una gestión claramente reconocida por el gobierno de Ayora que tuvo una interlocución con algunos coroneles indígenas durante 1928.¹⁸⁴ Se trataba de funciones legitimadas por el Estado central.

La notoria conflictividad que tuvo lugar después de 1916, produjo un impacto en las percepciones del Estado central. En 1920, el Ministerio de Gobierno emite una circular dirigida a los Gobernadores de provincia claramente motivada en los levantamientos indígenas ocurridos en la sierra central y sur. Esta circular proponía algunas medidas

¹⁸² “Los levantamientos indígenas”, *El Día*, 10 de febrero de 1928.

¹⁸³ Cevallos (1990).

¹⁸⁴ “Los coroneles indios. Consejos socio-administrativos”, *El Día*, 28 de febrero de 1928. Esta es una nota de prensa irónica sobre el papel de los coroneles indígenas como mediadores de los intereses indígenas ante el Estado.

para evitar que la conflictividad se repita y pueda ser controlada. Para el ministro José María Ayora, existían varios motivos identificables en los levantamientos: los excesos de los patronos en las haciendas; los abusos de Alguaciles encargados de recaudar impuestos; los tinterillos que “a manera de vampiros que van chupando la sangre de las víctimas que caen bajo tan perniciosa acción”; comerciantes que extorsionan; curas párrocos que se benefician de las fiestas indígenas; autoridades civiles que cobran derechos arbitrariamente, particularmente los tenientes políticos. Esta mirada desde la cúspide del Estado central, de la causalidad de la acción colectiva se encuentra formalmente inspirada en las disposiciones protectoras de la Constitución de 1906, que será siempre invocada para el tratamiento de la población indígena. En términos formales, el Ministro pedía a los gobernadores de provincia informar sobre la situación que vivían los indígenas en cuanto a la existencia de abusos. Se consideraba que eso serviría para sancionar a los infractores. Los gobernadores también estaban obligados a recibir las quejas de los indígenas y se debía también indicarles “el estricto deber que pesa sobre ellos de cumplir fielmente las obligaciones que contraigan, de conformidad con las disposiciones de la ley, y de abstenerse de todo hecho violatorio del derecho de los demás; advirtiéndoles que, caso de infracción, ellos también serán juzgados y castigados”.¹⁸⁵

Las rebeliones indígenas de la década de 1920 originaron comentarios ocasionales en la prensa con opiniones que contienen interpretaciones surgidas de una memoria que siempre alude a hechos que muestran un tipo de comportamiento rebelde con algunas causas que son posibles de determinar. En esa década, algunos comentarios relacionados sobre rebeliones, sitúan el origen específico de cada rebelión, pero de modo constante con la idea general de la existencia de causas que generan un comportamiento irracional que termina en la rebelión y el juzgamiento a los rebeldes. Las causas identificadas son la aplicación de leyes o decretos relativos a contribuciones tales como aquellas identificadas con los impuestos a la propiedad de la tierra que suscitaron una intensa resistencia. Otras rebeliones se relacionaban con intervenciones de instituciones estatales que implicaban registros estadísticos o elaboración de planos topográficos. Todas estas reacciones eran atribuidas a la ausencia de autoridades con

¹⁸⁵ Sección de Gobierno, Circular No. 46, Quito 16 de julio de 1920, *El Comercio*, 20 de julio de 1920, p. 2.

capacidad de aplicar las leyes o decretos dirigidos a los indígenas o por la figura del tinterillo quien estaba en capacidad de manejar el descontento de los indígenas.

En los años veinte, coexisten diversos tipos de explicaciones acerca de los levantamientos indígenas. Por una parte, aquellas de naturaleza estatal, que por ejemplo, están más preocupadas por saber las causas que motivan los levantamientos y las posibles medidas administrativas, represivas o jurídicas a tomarse para evitar que se repitan, y otras provenientes del pensamiento indigenista y socialista que proponía la injusticia como la causa central, cuyo origen radicaba en la ausencia de una legislación adecuada.

Desde una perspectiva liberal, el General Delfín Triviño, opinaba que el levantamiento indígena de 1921 en Chimborazo, tenía la responsabilidad de las autoridades locales, porque su comportamiento, creaba las condiciones para la producción de levantamientos. Triviño insistía en la imagen del gamonal, que ya en el lenguaje oficial, poseía un carácter negativo, y complementariamente llamaba la atención sobre el papel de los tinterillos. De este modo, los actos de represión armada ejecutados por el Estado, tienen su justificación.

“... fue un hecho cierto y evidente que grupos de esa gente infeliz, explotada por malas autoridades y por tinterillos, se atumultó e hizo uso de la fuerza, en la forma bárbara que acostumbra, para vengar agravios recibidos e impedir los daños que creyeron iban a caer sobre su mísera raza todavía esclavizada a la voluntad de gamonales sin conciencia y víctima de las expoliaciones de curas y autoridades de parroquia...”¹⁸⁶

Estaba en consideración la existencia de una trama de poder local que oprimía a los indígenas donde se localizaba una de las causas del malestar y la conflictividad, puesto que las autoridades locales extorsionaban a los indígenas, pero surgió insistentemente la causalidad de las rebeliones atribuida a los tinterillos:

¹⁸⁶ Informe del Ministro de lo Interior, Imprenta y Encuadernación Nacionales, Quito, 1921, pp. 20-21.

“En reemplazo de esta causa a sobrevenido otra más grave, la labor de los abogados y tinterillos de indios, quienes por explotarlos, les inculcan, en la mentalidad menos que infantil, degenerada, proyectos locos de engrandecimiento territorial; engañan a los indios, forjan los títulos con que le estimulan a la posesión violenta de tierras, ofreciéndoles sin duda acudir a los juzgados, más, como no pueden hacerlo, después de haber explotado a los ignaros clientes, les mienten la inutilidad de la justicia y les abren las fauces del salvajismo.

Los indios, poco a poco, merced a esta labor zapadora de exaltación, sospechan que toda manifestación científica obedece al propósito de agravar la situación de la raza, todo acto gubernativo al afán de usurpación, y todo ejercicio de derechos privados, sobre los bienes rústicos, un ataque a las comunidades. Al indio se le ha convertido, de elemento social pasivo, en disolvente y peligroso, incitándole a la venganza y al crimen, a la rebelión y el ataque. Instrumento ciego de su instinto agitado, el indio es eminentemente irresponsable así cuando humilde trabaja en los campos, como cuando iracundo ataca y asesina”.¹⁸⁷

Hacia fines de los años veinte, seguía persistente una idea que había surgido en el siglo XIX, respecto a los tenientes políticos. El hecho de que no fuera fácil efectuar una selección adecuada. Puesto que los tenientes políticos eran reclutados entre los mayordomos de haciendas, cantineros o tinterillos, no había una total separación con esas funciones; de modo que el ejercicio del poder local adquiriera rasgos despóticos y en otras ocasiones, las partes no supieran a qué atenerse. Así mismo, los tenientes políticos habían estado en la mira de los levantamientos indígenas, que justamente los habían cuestionado. Por eso su papel, estaba condicionado a las fuerzas reales existentes en la sociedad rural.

“El Teniente Político no es un hombre que pueda juzgar a los hacendados, caballeros poderosos de las urbes, en sus relaciones con las peonadas agrarias; no puede ser un juez imparcial en los conflictos locales, porque casi siempre es afiliado a uno de los bandos que contienden con pasiones domésticas; no puede ser un buen agente político ni administrativo, porque su nivel de cultura le

¹⁸⁷ “De nuevo los indios”, *El Día*, 12 de enero de 1929.

impide interpretar no sólo las órdenes emanadas de los superiores, sino las mismas circunstancias que flotan en el ambiente de su población; no pueden ser buenos ejecutores de las leyes, fuesen estas sociales, políticas o financieras, porque jamás llegan a sus manos, ni a su entendimiento las disposiciones que deben aplicar; y por último, la función policial del Teniente es nugatoria, porque no dispone de fuerza alguna que no sea la de su familia”.¹⁸⁸

Un efecto de las opiniones del indigenismo naciente, y el impacto de los levantamientos indígenas que estaban acumulando peligrosidad, promovían la necesidad de encontrar una legislación específica para los indígenas, también ante el fracaso de las medidas represivas. Si la presencia del ejército podía ejercer un papel disuasivo o detener momentáneamente las acciones de protesta, quedaban en pie las causas o motivos que las habían desatado. Esto se traduce en la conciencia de que una legislación general no puede aplicarse, y en cierto modo, el indio aparecía como la evidente expresión del fracaso de la legislación que tenía una aplicación general:

“ Con los indios cuya multitud ataca y cree defenderse contra la opresión cruenta del Estado... no es posible la aplicación de las medidas represivas generales que son el remedio para las sublevaciones de gente más educada...Lo primero que aparece con claridad es que la indiada...no puede ser sometida a las leyes que rigen para la minoría civilizada del país...se impone la consagración de un principio análogo leyes especiales para territorios determinados: Oriente y Archipiélago que establezca la legislación especial para el factor social indígena”.¹⁸⁹

Es relevante mencionar el tipo de explicación acerca de los levantamientos indígenas en el época colonial, donde los procesos criminales que trataban de establecer la “verdad” acerca de un levantamiento, procuraban indagar: 1) cuales son las causas que han motivado la sublevación, 2) quienes son los caudillos o jefes de la sublevación, 3) cual es la amplitud de la acción de protesta y el número de participantes.¹⁹⁰

¹⁸⁸ "Las autoridades en los campos", *El Día*, 16 de abril de 1928.

¹⁸⁹ "Los levantamientos indígenas", *El Día*, 10 de febrero de 1928.

¹⁹⁰ Moreno (1976).

En 1929, ya existe un conjunto de opiniones bastante consolidadas respecto a cuáles son las causas o los orígenes de los levantamientos indígenas, así como sus efectos. El discurso sobre los levantamientos que se producía en dos periódicos liberales de Quito (*El Día* y *El Comercio*) no era muy diferente del enfoque estatal. En algunas ocasiones se postuló la posibilidad de que pudiera haber existido coordinación entre rebeliones ocurridas en distintas provincias. Se argumentaba que después de la represión, podían en realidad ocurrir nuevos hechos de violencia.

También estaba vigente un discurso pro terrateniente respecto al progreso y la necesidad de elevar la producción, por ello, uno de los motivos por los cuales se producía una caída en la misma, era el de los conflictos agrarios. Estos se atribuyeron a un fuerte espíritu levantisco:

“El más serio obstáculo actual para el incremento de la agricultura en el interior reside en la expansión incontenible del espíritu díscolo en las peonadas indígenas; y no sólo se imposibilita la incorporación de nuevas tierras al cultivo, sino además sufren perjuicios irreparables los trabajos ordinarios del campo.

Ya lo anotaba con acierto el Boletín del Banco Central en su último número, para amonestar a los poderes públicos la búsqueda de un remedio eficaz y permanente contra la rebeldía de los trabajadores rústicos, más peligrosa aún porque actúa en una atmósfera de ignorancia y de salvajismo.(...)

Faltan brazos, y la mayor parte de los disponibles abandonan la herramienta para tomar el palo o el machete contra los hacendados y los sirvientes; se retiran de las fincas como nuevas huéspedes del Aventino, dejando paralizadas las labores, precisamente cuando más necesarias son, y regresan en son de conquista y represalia a depredar y destruir. Secciones enteras padecen por las alianzas de los indígenas sublevados que constituyen verdaderos ejércitos incontenibles. La agricultura en este medio no puede prosperar, pero ni siquiera mantenerse en el pie que hubiese alcanzado anteriormente”.¹⁹¹

¹⁹¹ “Los levantamientos de indios”, *El Día*, 28 de julio de 1929, p. 3.

Uno de los factores que estaban presentes en la conducta levantisca de la peonada de las haciendas, era el que trataban de imponer condiciones laborales a los hacendados, lo que al no cumplirse, daba pie a que aparezca “la sublevación, suenen los cuernos de combate y peligren vidas y propiedades”.

Las posiciones de fuerza que asumieron los indígenas de Chimborazo en 1929, aunque no se especifica el sitio donde ocurrió aquello, plantea que tenían medios para imponer condiciones a los hacendados, se apelaba a la solidaridad intercomunal, produciendo el contagio del espíritu levantisco:

“En estos mismos días se levantaron los indios de una hacienda de Chimborazo, fue un delegado del Ministerio y creyó devolver la tranquilidad turbada merced a un convenio aceptado por el hacendado y los indios; apenas se ausentó el compondor oficial, los indios volvieron a la huelga hostil y han conquistado a todos los peones de la región a todas las parcialidades para que secunden esa actitud. Varias haciendas son actualmente escenario de hostilidad indígena; las masas sublevadas cosechan las sementeras sin que nadie sea capaz de impedirselo. Los agricultores, si desean conservar por lo menos su integridad personal, se ven precisados a salir de las fincas dejándolas a merced de los ejércitos salvajes”.¹⁹²

Pero una parte esencial de las motivaciones, tiende a insistir en el papel de las autoridades locales: los culpables son los tenientes políticos, en cuanto aprovechan alguna enemistad con el hacendado o hacen negocio del pleito. Así por ejemplo, se indica que el Teniente Político de Tixán había sido el instigador de un fuerte conflicto en Moyocancha que se había propagado hacia algunas haciendas, por ello, la agricultura “de continuar así las cosas, está llamada a desaparecer como consecuencia de la rebeldía de los indios instigados e ignorantes; urge tomar medidas de alcance general, seleccionar autoridades o eliminar de las parroquias rurales; ejercer una enérgica vigilancia sobre leguleyos y abogados de mala fe; y someter a los indios estrictamente, dándoles, por cierto, lo que en justicia les corresponde”.¹⁹³

¹⁹² *El Día*, 28 de julio de 1929.

¹⁹³ *Ibid.*

En estas explicaciones proclives a los terratenientes, tendió a reaparecer un problema central que en su manifestación más reciente, remitía a la abolición de la prisión por deudas, cuando la Sociedad Nacional de Agricultura, exigió al Estado un castigo y sanción para los tinterillos que según los terratenientes, asolarían el campo con la eliminación del apremio personal.

4. HACIA UNA POLÍTICA DE PROTECCIÓN A LA COMUNIDAD INDÍGENA

A comienzos de la década de 1920 estaba en el ambiente un clima de debate que empujaba ideas reformistas también con el surgimiento de demandas laborales urbanas. En 1922 Pío Jaramillo Alvarado (1884-1968) publicó *El indio ecuatoriano* donde se argumentaba a favor de una política protectora a la población indígena, y se fijaron los términos básicos del indigenismo como corriente intelectual que será muy influyente en las políticas del Estado entre los años treinta y cincuenta. Aunque la reciente polémica sobre el concertaje ocupó mucho la atención del célebre indigenista, estaban cercanas las revoluciones rusa y mexicana que también estaban presentes en sus argumentos como hechos amenazantes a los que no se podía ignorar.

Para Jaramillo Alvarado la cuestión de indio debía entenderse vinculada a la resolución del problema de la tierra y la transformación definitiva del concertaje. Se debía realizar una reforma global al régimen de tenencia de la tierra, con la redistribución de las tierras de la iglesia, de los latifundios mal cultivados, y algo que es muy importante, un reconocimiento de la propiedad de tierras a las comunidades indígenas, reconociéndolas también como entidades jurídicas. Toda su propuesta concluye en lo que él llama la necesidad de una nueva “Ley de indígenas”, que no sería más que una síntesis de principios sociales incorporados a las leyes liberales, con lo que se podría integrar a los indígenas de un modo corporativo moderno, aunque guardando un sentido protector que recuerda el espíritu de la legislación colonial. Por ello, su proyecto es el de un Estado fuerte que con su carácter integrador también limite el poder de los terratenientes y esté en capacidad de dirigir las transformaciones sociales, algo que podía ser factible a partir del nuevo papel protagonista que podían adquirir las clases medias.

Este programa de reformas que enuncia Jaramillo Alvarado, fue con ciertas variaciones el horizonte que estuvo vigente para el trato de los indígenas desde la revolución juliana hasta la reforma agraria de 1964. Fueron ideas que influyeron ampliamente en las políticas dirigidas al agro y la población indígena entre 1930 y 1950.

La conflictividad que se expresaba en torno a las tierras comunales, originó medidas estatales a través de las competencias atribuidas al Ministerio de Previsión Social después de 1926. Aparecieron procedimientos administrativos para la delimitación de haciendas y comunidades así como la confección de planos y reglamentos de comunidades, como consecuencia de la aplicación de la Ley de Patrimonio Territorial del Estado de 1927. Fueron estos los antecedentes de lo que será la legislación de comunas de 1937. De modo que en los años treinta, ocurrió un cambio en la tendencia contraria a la propiedad comunal como fue la legislación del siglo XIX, al proponer el Estado una nueva legislación protectora. Así mismo, el Código del Trabajo en 1938, reconoció en un capítulo la especificidad de las relaciones de renta en trabajo y en especie que regían en las haciendas de la sierra y la costa, dando un espacio para la negociación de las relaciones de trabajo rurales.

Es conveniente referirse a una polémica pública sobre las comunidades indígenas que ocurre en 1927. Un abogado cuencano, Alfonso María Mora (1927), efectuó un alegato a favor de la disolución de las comunidades indígenas que fue ampliamente divulgado en la prensa y replicado por Pío Jaramillo Alvarado. Estaba en discusión la existencia o no de tierras de reversión, un modo de denominar a las tierras de propiedad estatal. Para Mora esa denominación era de origen colonial y ya no tenía aplicación. Estaba preocupado con que los territorios de haciendas pudieran ser conceptuados como terrenos de reversión y así podrían volver a la propiedad del Estado. Visto desde la perspectiva de la región austral, Mora creía que había llegado el momento de disolver las comunidades, puesto que eran tierras que carecían de un modo de circulación libre y obstaculizaban el desarrollo de la agricultura y el comercio, un argumento que se había forjado en los decretos de fraccionamiento y arrendamiento de tierras comunales en el siglo XIX. Proponía que las tierras de las comunidades, sean rematadas a los propios comuneros y así el Estado se beneficiaría, puesto que esas tierras generarían impuestos. “Que el Estado tiene derecho de imponer contribuciones y de expropiar por causa de

utilidad pública, nadie puede negarlo. Es claro que, en este caso excepcional y extraordinario, ese sistema produciría efectos saludables, porque así y solo así se suprimirían las comunidades de indios. Sería una operación de cirugía, si bien dolorosa absolutamente necesaria”.¹⁹⁴ Pero precisamente en algunas rebeliones locales de la década del veinte había aparecido el tema de la oposición a los catastros de tierras.

Pío Jaramillo en cambio sostuvo la necesidad de conservar las comunidades de indígenas, en tanto permitían la sobrevivencia de la población indígena. En su visión, el problema no eran las comunidades, sino los latifundios, especialmente los del Estado, que se encontraban administrados por arrendatarios de acuerdo a la Ley de beneficencia de 1908. A diferencia del concierto que era ocioso, indolente y desconfiado por el sistema de explotación en el que vivía, el comunero tenía rasgos positivos caracterizados por su independencia y capacidad de defensa de sus derechos.

“El comunero, por su independencia económica, derivada de la propiedad de su parcela, es trabajador, bien nutrido, viste con aseo, sabe defender sus derechos ante las usurpaciones de los hacendados vecinos, a los que resiste en masa; recobra las zonas de cultivo abandonadas, utiliza la irrigación, y constituye el núcleo reivindicatorio de los derechos agrarios del indio, organizando las huelgas, y trabaja como peón libre sin admitir concertajes, y por todos esos caracteres, el hacendado no mira bien al comunero, y propaga la urgencia de dividir los territorios que éste ocupa”.

¹⁹⁴ Mora (1927: 308). Las opiniones favorables a la disolución de las comunidades también eran emitidas por autoridades de provincia, cercanas a los intereses de los hacendados. El Gobernador de Tungurahua, Francisco Sevilla, emitió su criterio acerca de las comunidades indígenas, inclinándose por su disolución. Propuso un plan para “dar un corte definitivo a esos organismos comuneros que podemos llamar estados independientes, que subsisten dentro de la entidad ecuatoriana, con estorbo y mengua de su progreso tanto económico como social”. Comunicación del Gobernador de Tungurahua Francisco Sevilla al Ministro de Previsión Social y Trabajo, transcrito en “Crónicas de Saturno”, *El Día*, 3 de marzo de 1928. Repetía argumentos ya expuestos en 1916 por Nicolás Martínez, quien sostuvo que “Si queremos que los indios de las comunidades se civilicen y lleguen a ser verdaderos ciudadanos, se debe propender, primeramente, a hacer desaparecer esa especie de naciones independientes, valiéndose de cualquier medio, ya sea dividiendo entre ellos mismos los terrenos comunarios y nombrando autoridades ah-hoc. —buscándolas entre las personas más honorables y más idóneas para desempeñar ese cargo, porque es preciso desarraigar del cerebro de los indios la idea de que el blanco es su peor enemigo” (Martínez, [1916]: 218).

En vista de estos rasgos positivos, el Estado debía respetar a las comunidades de indios, puesto que estas “constituye (n) la célula del derecho de propiedad de la raza aborigen que le ha protegido en el tiempo del despojo de sus tierras, y constituye en la hora presente, el núcleo organizado para la regeneración del indio, siempre despojado por las leyes protectoras desde la colonia hasta la sabiduría universitaria de hoy”.¹⁹⁵ Jaramillo Alvarado enfatizaba en la defensa de las comunidades de indígenas aunque no descartó su evolución hacia la pequeña propiedad. Insistía sobre todo en el papel protector que debía tener el Estado ante la propiedad comunal.

La disolución de comunidades que según Mora era una “operación de cirugía” dolorosa y necesaria, se situaba en una tendencia declinante, puesto que la revolución juliana (1925), estableció un nuevo espacio político favorable a la intervención del Estado y las demandas de los sectores populares urbanos y rurales. Por ello, cuando Jaramillo Alvarado postuló que las comunidades eran “el núcleo organizado para la regeneración del indio”, se colocaba en la tendencia creciente que apuntaba a una política de protección de las comunidades en un nuevo marco institucional del Estado.

Esta controversia en la que se evidenciaban modos antiguos de percepción del tema de las tierras de comunidad, queda zanjada con la Ley de Patrimonio Territorial del Estado, expedida en 1927. La ley establece firmemente lo que son tierras estatales y municipales; afirma los derechos a tierras comunales y ordena un registro de esas tierras. Por otra parte, delega en los municipios la reglamentación del manejo de las tierras de comunidad. Esta ley contiene un principio centralizador de la definición legal de tierras de comunidad a discreción del Ministerio de Tierras Baldías y un mecanismo descentralizado de reglamentación en manos de los municipios.¹⁹⁶ Este ministerio no fue creado como tal, pero las funciones relativas a tierras baldías fueron incorporadas al Ministerio de Previsión Social en 1928 como una sección administrativa. Después fueron asumidas por el Ministerio de Obras Públicas y Terrenos Baldíos en 1932. Mientras que los conflictos de tierras comunales fueron administrados por el Ministerio de Previsión Social desde fines de la década de 1920. Esta ley significó un paso

¹⁹⁵ Petronio (seud.) de Pío Jaramillo Alvarado, “Las comunidades de indios”, *El Día*, 5 de agosto de 1927.

¹⁹⁶ Ley de Patrimonio Territorial del Estado, 13 de octubre de 1927, en Ministerio de Obras Públicas y Terrenos Baldíos (1932).

decisivo en la definición de una política protectora a las comunidades, alejándola de las concepciones tendientes a la privatización. Precisamente, un reglamento sobre la comunidad de Pilahuín, en la que coexistían comuneros indígenas y mestizos, establece en 1930 los modos de resolver conflictos y la adjudicación de tierras en la comunidad con la supervisión del Municipio de Ambato.¹⁹⁷ Este caso que muestra una solución descentralizada a un conflicto de tierras comunales evidencia la aplicación de la Ley de Patrimonio Territorial.

En 1931, durante una Asamblea de Municipios del país, Pío Jaramillo Alvarado propuso una ponencia tendiente a la reivindicación de las comunidades indígenas, cuyo énfasis estaba en la expropiación de las tierras de haciendas y la creación de un Patronato de la Raza Indígena. Su idea central era que las comunidades son núcleos de la pequeña propiedad. Pero también se reivindicaba los derechos de los poblados rurales que requerían tierras para su crecimiento, una demanda que surgía en diversos puntos del país.¹⁹⁸ La Asamblea de Municipios, en esa ocasión solo representada por los Presidentes de los Concejos Municipales de las capitales de provincia, consideró que no era de su competencia tratar el tema de tierras y que debía ser resuelto por el parlamento.

5. EL IMPACTO DE LA LEY DE COMUNAS

Las bases sobre las que se edificó la intervención estatal en el Ecuador, fueron las simientes ya echadas desde la revolución juliana, que abre una época de modernización estatal y políticas públicas interventoras. La generación de una legislación social desde la década de 1930 e instituciones que permitían arbitrar los conflictos laborales urbanos y rurales, definen los rasgos de un Estado interventor.

Empezaba una nueva época de protección para la comunidad indígena que tenía importantes ejemplos en Perú y México. En México, la Ley Agraria de 1915 y la

¹⁹⁷ AGT, Reglamento sobre la comunidad de Pilahuín. Municipio de Ambato, 1930.

¹⁹⁸ “Ponencia presentada a la Asamblea de los Municipios por el Doctor Jaramillo Alvarado sobre división de los latifundios y derechos de los campesinos”, *El Día*, 8 de marzo de 1931. La Asamblea de Municipios reunida a comienzos de marzo de 1931, discutió sobre la autonomía municipal, y el papel que podían cumplir los municipios adoptando medidas tendientes a la protección de la industria harinera y el fomento de la agricultura (*El Día*, 3-10 de marzo de 1931).

Constitución de 1917, habían introducido la capacidad de desarrollo de la propiedad ejidal y comunal y la facultad de fraccionamiento de la gran propiedad, permitiendo el surgimiento de la pequeña y mediana propiedad, implantando también el sustancial principio de la “función social de la propiedad” que consiste fundamentalmente en la relativización de la propiedad privada con la discrecionalidad del Estado en su definición.¹⁹⁹ En Perú, La Constitución de 1920, determina la protección a “la raza indígena” y reconoce la existencia legal de las comunidades de indígenas. Y en 1921, se crea la Sección de Asuntos Indígenas para poner en marcha las disposiciones protectoras. Asimismo, las primeras comunidades son reconocidas en 1925. Esto era producto del desarrollo del indigenismo peruano y la peculiar política indigenista del gobierno de Leguía.²⁰⁰ Esto ocurrió en el ambiente convulsionado por las movilizaciones indígenas en la sierra peruana y el aparecimiento de nuevos actores sociales y políticos urbanos.

La nueva capacidad interventora del Estado ecuatoriano, se ratificó con la Constitución de 1929 que reconoció la comunidad indígena en los términos ya establecidos por la Ley de Patrimonio Territorial del Estado, y definió un senador funcional en el parlamento para la defensa de la población indígena. Esto último como parte de una representación corporativa asignada a otros grupos sociales. Esta Constitución, al definir también otros derechos colectivos y principios de justicia social, estableció algunos fundamentos de los que se derivaron las leyes sociales en la década de 1930.

Hacia 1931, por iniciativa del Ministerio de Previsión Social, se puso en discusión en el Congreso un proyecto de Ley de Comunidades Campesinas que establecía un posible marco de reconocimiento jurídico de las comunidades, arbitraje de conflictos y la preservación de las tierras de comunidades, dándoles autonomía en decisiones de división y reparto de tierras.²⁰¹ Pero surgía otra variante; en efecto, un proyecto de ley

¹⁹⁹ Mendieta y Nuñez (1974 [1923]). Al relativizar la propiedad privada, la función social de la propiedad abre un campo de disputas por definir lo que pueden ser necesidades sociales y colectivas en un momento histórico determinado. Debo esta aclaración a Edwar Vargas.

²⁰⁰ Saénz (1933: 206). En 1924 fue publicado *Nuestra comunidad indígena* de Hildebrando Castro Pozo que describía tradiciones y costumbres de las comunidades indígenas de la sierra peruana.

²⁰¹ Prieto (2004: 151-152).

que llegó a discutirse en 1933 en la Cámara de Diputados, postulaba la factibilidad de convertir a las comunidades en cooperativas agrícolas.²⁰²

La Ley de Organización y Régimen de las Comunas y el Estatuto Jurídico de las Comunidades Campesinas, expedidas en 1937, fueron medidas destinadas a reconocer la institución comunal.²⁰³ La Ley de Comunas establecía un criterio general para incorporar agrupamientos de población que tuvieran un mínimo de 50 habitantes. De este modo, comunidades, parcialidades, anejos y caseríos podían ser reconocidas con la figura de comuna, independientemente de que tuvieran o no bienes comunales. Quedaban sujetas a la parroquia, el escalón más bajo de la división político administrativa. La ley no hace referencia en ningún lugar acerca de características étnicas de la población. Se definía también la formación de un Cabildo para la representación y un Presidente como la autoridad y representante de la comuna. El tema que se había debatido y fue objeto de conflictos desde el siglo XIX, el arrendamiento y venta de tierras comunales quedaba incorporado pero bajo una decisión que adoptaba la comuna. A diferencia de los decretos del siglo XIX que promovían el arrendamiento o enajenación de tierras comunales desde decisiones externas, estas pasaban a ser tomadas internamente. Así mismo, se formalizó la intervención y supervisión por parte de los tenientes políticos a los actos de elección y renovación de autoridades comunales.

Con esta nueva legislación, las poblaciones indígenas y rurales son articuladas a la trama del Estado al situar a conglomerados de población dentro de la división político administrativa. Como se establecía un ámbito rural general sin especificar lo indígena, muchos grupos campesinos indígenas y no indígenas se acogieron a la figura de la comunidad en la sierra y la costa ecuatorianas. Pero esto implicaba la autoridad de tenientes políticos y jefes políticos que cumplían un papel de tutela y supervisión a las comunidades. Este es un plano de sujeción a la autoridad delegada del poder ejecutivo del Estado central. Esta era una clara confirmación del papel que habían jugado los tenientes políticos en sus vínculos de autoridad con las poblaciones rurales.

²⁰² Se trata de un “Proyecto de Estatutos para Asociaciones Agrícolas y Comunidades Indígenas” que proponía “impedir que se desarrollen ideas disociadoras de carácter comunista”. Este proyecto circuló ampliamente. Véase Ibarra (1984: 71).

²⁰³ Ley de Organización y Régimen de las Comunas. 30 de julio de 1937; Estatuto Jurídico de las Comunidades Campesinas. 7 de diciembre de 1937, en A. Rubio Orbe (1954: 88-96).

La existencia legal de las comunidades permite instituir cabildos basados en elecciones anuales. Con esto se crea un poder comunal y una representación hacia el exterior. Así mismo, los reglamentos particulares que regulan el funcionamiento de las comunas establecen detalladas normas del manejo de los recursos comunales donde hay cabida al derecho consuetudinario. La conformación de cabildos y unos límites territoriales en los que se ejerce una autoridad, definían algo aproximado a un pequeño municipio rural. Esto podía estar en tensión con las autoridades tradicionales, vinculadas a cargos religiosos y modos de designación distintos a las elecciones mediante asambleas.²⁰⁴

Aquí cabe mencionar un asunto que ha sido objeto de confusión en los estudios y opiniones sobre las comunidades indígenas. Se trata de la distinción que se hacía entre comunidades “libres” y comunidades “de hacienda”. En realidad, todo el proceso anterior y posterior a la expedición de la legislación sobre comunas, atañe a las comunidades libres, o sea, de aquellas que se encontraban fuera de las haciendas como territorios diferentes, sean o no disputados con estas. Mientras que el tejido social basado en lazos de parentesco que establecían los huasipungueros al interior de las haciendas, con sus autoridades propias puede ser definido como la comunidad de hacienda.²⁰⁵ Frente a la autoridad del hacendado o sus administradores, había una jerarquía de tipo laboral y un variado acceso a los recursos de la empresa patronal que estaba regulado por la legislación laboral y pactos específicos. Estos lazos comunitarios dentro de las haciendas, son los que originaron comunidades reconocidas después de las reformas agrarias de 1964 y 1973.

Pero lo más importante en términos de la inserción institucional, fue la capacidad de intervención que adquiere el Ministerio de Previsión Social para resolver los conflictos.

²⁰⁴ En un comentario de Ángel Modesto Paredes (1981 [1947]: 327-342) a la legislación de comunas, sostenía que su objetivo estaba indudablemente relacionado con la estructuración de la población indígena. Consideraba que debían depender del Ministerio de Gobierno y no del Ministerio de Previsión Social. Además, las comunas deberían recibir financiamiento público, poseer un centro poblado en el que podrían estar servicios comunales y un acercamiento a nuevos medios de comunicación. Esta visión era la de entender a las comunas insertas en una administración política que también podía permitir su modernización.

²⁰⁵ Un análisis muy esclarecedor acerca del funcionamiento de alcaldes y regidores en una hacienda de Chimborazo, está documentado por Carola Lentz (1986). Sobre las autoridades indígenas véase también Mencías (1962) y Rubio Orbe (1956).

En el Estatuto de las Comunidades Campesinas, se establecen las normas para resolver las controversias de los bienes de comunidad. Se formaliza entonces un tipo de intervención que ya había tenido vigencia desde la Ley de Patrimonio Territorial del Estado de 1927. Los litigios comunales se trasladan de la jurisdicción de los juzgados civiles locales al Ministerio de Previsión Social, aunque se mantuvieron procedimientos establecidos en la legislación civil. Se abre también la posibilidad de expropiación de tierras como lo prevé el Estatuto y una Ley de Expropiaciones del año 1938.²⁰⁶ Esta intervención centralizada sobre los conflictos de comunidades fue objetada por hacendados y comunidades, en tanto alteraba las prácticas locales de resolución de conflictos.²⁰⁷ Esta injerencia del Ministerio, fue suprimida en 1939, pero se reimplantó nuevamente en 1944.

La Ley de Régimen Político y Administrativo de 1945 estableció el Departamento de Asuntos Indígenas adscrito al Ministerio de Previsión Social y Trabajo que debía estar subordinado a una Junta de Cuestiones Indígenas que no operó por los cambios de la correlación de fuerzas en el gobierno de Velasco Ibarra. Durante el gobierno interino de Carlos Julio Arosemena Tola se puso en marcha la Junta de Cuestiones Indígenas en octubre de 1947 como una sección especializada dentro del Ministerio de Previsión Social a la que debían subordinarse otros espacios administrativos. Este órgano estaba conformado por el Ministro, un delegado del Instituto Indigenista Ecuatoriano, el profesor de Código del Trabajo de la Universidad Central, el Director del Trabajo, y un delegado del Instituto Nacional de Previsión. En la conformación de esta instancia administrativa predominaban los miembros provenientes del área laboral del Estado y ningún representante del mundo indígena o laboral. Poseía una proyección a nivel provincial con Procuradores provinciales. Las labores de esta Junta estaban dirigidas a tratar principalmente los conflictos de tierras y resolver expropiaciones; por otra parte, realizar estudios y procesar las quejas de los indígenas. Otras atribuciones tenían relación con la aplicación de la legislación sobre comunas.²⁰⁸ Al consolidar el procesamiento administrativo de los conflictos apartándolos de los tribunales de justicia

²⁰⁶ Decreto Supremo No. 181, 29 de julio de 1938. Sobre ensanchamiento de cantones, parroquias, caseríos y comunas.

²⁰⁷ Prieto (2004:154).

²⁰⁸ AHMC, Fondo Pérez Guerrero. "Proyecto de Ley de Indios y Comunidades Campesinas ha presentado el Ministerio de Previsión Social", 1947, Recorte de prensa.; Decreto 124 de creación de la Junta de Cuestiones Indígenas, 16 de octubre de 1947.

locales, se desplazaba el tratamiento de la conflictividad comunal e intercomunal desde el poder judicial hacia el aparato y procedimientos administrativos, acentuando el tratamiento centralizado de los conflictos junto a una política indigenista estatal.

Los municipios como organismos autónomos de representación política de la población correspondiente a una circunscripción cantonal y con autoridades electas periódicamente, adquirieron un predominante sesgo urbano. Aunque los municipios tenían la facultad de crear parroquias rurales, no se les dio atribuciones respecto a las comunas. Las actas y resoluciones de los Congresos de Municipalidades de 1941 y 1950, carecen de referencias sobre las comunidades y su problemática. No obstante, los municipios en búsqueda de ingresos, habían intentado cobrar impuestos a tierras comunales y hacer catastros para incluir la pequeña propiedad indígena. De hecho desde 1950 el Estado transfirió la realización de catastros rurales y el cobro de impuestos a los municipios como una fuente de ingresos. Pero al mismo tiempo persistía la exclusión de la población indígena de los derechos políticos de elección y representación puesto que solo participaban limitadamente en eventos electorales por la restricción del sufragio a los analfabetos. En tanto las comunas dependían en las parroquias rurales de los vínculos cotidianos de la autoridad de los tenientes políticos, estaban articuladas al Estado central a través de los lazos adquiridos con el Ministerio de Previsión Social que intervenía en la legalización de las comunas y la resolución de controversias. Esta inserción de las comunidades indígenas y campesinas con diversos niveles de integración hacia las políticas estatales puede ser asimilada a la expansión de la capacidad infraestructural del Estado que consiste tanto en la penetración territorial mediante una articulación de redes de comunicación e implantación de la autoridad política como en la subordinación de la sociedad civil (Mann, 1997: 91-92). Una penetración territorial que comenzó en el siglo XIX y se había profundizado en las primeras décadas del siglo XX como una continuidad de la construcción de un Estado centralizado donde predominaban procedimientos despóticos y la dominación étnica.²⁰⁹

²⁰⁹ Con todo lo sugerente que puede ser el clásico estudio de Claudio Véliz, *La tradición centralista de América Latina* (1984), la temática del control estatal de zonas rurales y la cuestión étnica se halla ausente de sus reflexiones.

Al año siguiente de la expedición de la Ley de Comunas, se había reconocido jurídicamente cerca de 500 comunas. Una década más tarde, en 1947, ya estaban legalizadas 792 comunas distribuidas en la sierra y la costa.²¹⁰ El 12 % de la población rural del Ecuador se encontraba radicada en comunas. La población comunera tenía más importancia en las provincias con una mayor densidad de población indígena. Así que Chimborazo, Imbabura, Tungurahua y Cañar fueron las provincias con una mayor proporción de población rural en las comunas. En tanto que Azuay y El Oro, eran provincias con una baja población comunera. Un número importante de comunas estaba en Manabí y Guayas, dos provincias de la costa. En Manabí correspondía a asentamientos que se hallaban en áreas cercanas a las costas o en zonas de expansión de la frontera agraria; y en Guayas, mayoritariamente en la Península de Santa Elena, una zona de antiguos asentamientos indígenas costeños que habían conservado tierras comunales utilizando en ocasiones la figura de asociaciones obreras (Alvarez, 1991). La cantidad de comunas reconocidas en Loja, incluyendo poblaciones no indígenas también fue importante. En efecto, en una parte de esa provincia del sur ecuatoriano, algunos sectores campesinos mestizos exhibieron títulos coloniales para el reconocimiento legal o fue un momento de ratificar una situación de posesión de la tierra (A. Martínez, 2001: 9). Todavía no se hallaban reconocidas las comunas de afrodescendientes del norte de la provincia de Esmeraldas que poseían inmensos territorios para explotación forestal. Una parte de comunas reconocidas, pertenecía estrictamente a áreas periféricas de las ciudades, por ejemplo aquellas que se hallaban vinculadas a parroquias urbanas y rurales de Quito.

En 1943 se realizó una aproximación a la superficie que poseían las comunas en algunas provincias, sobre todo de la sierra. Las cifras que habían sido recopiladas a partir de la información proporcionada por las propias comunas, señalan que Bolívar y Tungurahua eran las provincias con mayor espacio controlada por las comunas. Entre las comunas con mayores extensiones estaban Poatug y Patate Urcu de Tungurahua con 30.000 cuadras. En la provincia de Bolívar, las comunas de Chiquisungo con 12.000 cuadras y Cerritos con 30.000 cuadras. La mayoría de áreas territoriales de comunas identificadas

²¹⁰ El Ministerio de Previsión Social menciona otros datos en 1943 con una cantidad más alta de comunas y habitantes: 1.210 comunas y 602.832 habitantes (Chavez, anexos, 1943:74).

se encontraban debajo de las 300 cuadras.²¹¹ Las cifras más altas de tierras comunales parecen estimaciones exageradas. Azuay no fue registrada y para las provincias de Guayas y Manabí se designó terrenos montañosos no demarcados y sin mencionar cifras.

Tabla 11
Comunas y población comunera en Ecuador: 1947

PROVINCIA	POBLACIÓN RURAL	NÚMERO DE COMUNAS	%	POBLACIÓN COMUNAS	% POBLACIÓN RURAL COMUNAS	PROMEDIO HAB/COMUNA
Carchi	55,894	54	6.7	14,044	25	260
Imbabura	115,53	82	10.3	32,531	28	394
Pichincha	160,865	62	7.8	14,208	9	229
Cotopaxi	147,105	77	9.7	25,380	17	330
Tungurahua	148,855	74	9.3	33,850	23	457
Chimborazo	171,785	85	10.7	25,612	15	301
Bolívar	98,063	11	1.4	8,877	9	807
Cañar	84,586	43	5.4	17,117	20	398
Azuay	201,857	12	1.5	3,276	2	273
Loja	186,43	78	9.8	27,635	15	354
El Oro	66,009	21	2.6	6,138	9	292
Guayas	293,398	61	7.7	17,020	6	279
Los Ríos	129,919	4	0.5	2,016	2	504
Manabí	326,17	113	14.3	39,309	12	348
Esmeraldas	60,106	15	1.9	6,951	12	463
TOTAL	2,246,572	792	100.0	273,964	12	346

Fuente: Tamayo Rubio (1947) y CONADE-UNFPA (1987)

Nota: Los datos de población rural provienen del Censo de 1950.

²¹¹ Anexos Informe Ministerio de Previsión Social, 1943, pp. 75-79. El Censo Agropecuario de 1954 identificó “comuneros” entre las formas de tenencia de la tierra. Para los diseñadores del censo, esta categoría comprendía “explotaciones comprendidas dentro de las comunidades indígenas” (Censo Agropecuario nacional, 1954: iv). De acuerdo a esta definición censal, se identificaron 5.378 comuneros con una área de 25.700 has. y una superficie de cultivo de 12.200 has. (Ibid: Tabla 4). En el censo no se estableció la categoría de propiedad comunal y está notablemente subestimado el número de comuneros si se contrasta con las cifras proporcionadas por el Ministerio de Previsión Social en la década del cuarenta.

Tabla 12
Superficie de comunas en 1943

PROVINCIAS	SUPERFICIE (Cuadras)
Carchi	1.940
Imbabura	11.400
Pichincha	4.776
Cotopaxi	7.217
Tungurahua	48.152
Chimborazo	8.960
Bolívar	44.480
Cañar	200
Loja	6.491
El Oro	6.150
TOTAL	139.776

Fuente: Anexos Informe MPS 1943, p. 80

Sobre este primer momento de vigencia del reconocimiento de las comunidades, se cuenta con *Demografía y estadística sobre el indio ecuatoriano* (1948), de César Cisneros, un diagnóstico de cómo se encontraba distribuida la población comunera de la sierra ecuatoriana. Sus descripciones de cierto detalle estaban basadas en informaciones de autoridades locales, los expedientes de litigios que se procesaban en el Ministerio de Previsión Social y el conocimiento directo adquirido en sus inspecciones de comunidades. Como portador de un saber acumulado en la instancia estatal que administraba las comunidades, describe caseríos, parcialidades y “barrios” en los que se agrupa la población, sean o no comunas. Eran agrupamientos de población con sus rasgos particulares, cerrados ante los extraños, pero dependientes de su vinculación a los mercados, los pueblos y las haciendas. Se aprecia que muchas parcialidades y caseríos no se habían acogido al régimen de comunas. En algunas parcialidades, operaba un régimen de caciques y alcaldes que coexistían con las nuevas modalidades de elegir cabildos. Estas descripciones que evocan las Relaciones Geográficas del período colonial, permiten advertir como en los intelectuales vinculados al aparato de Estado, se habían constituido maneras de percibir la población indígena y los modos de generar

una administración estatal. Hacia el mismo tiempo, Leónidas Rodríguez, un sacerdote que conocía ampliamente la sierra ecuatoriana, señaló la existencia de Gobernadores y Alcaldes indígenas que podían ser nombrados por un acuerdo interno. Su nombramiento se hallaba vinculado a los curas párrocos.

“En muchos lugares el párroco, en presencia de la muchedumbre congregada al efecto, pone en manos del electo una vara de madera, con puño y cruz de plata, símbolo de autoridad. Tan sencilla ceremonia es magníficamente celebrada en algunos pueblos no sólo por los indios sino también por los blancos, sus vecinos”.²¹²

Cisneros constató los vínculos de haciendas y comunidades mediante pactos de trabajo a cambio de acceso a recursos, los conflictos intercomunales, los conflictos entre haciendas y comunidades, las peculiaridades de la producción agraria y artesanal, el acceso de las poblaciones rurales a la escuela, los vínculos con centros poblados y los procesos migratorios. Es un “mapeo” de las denominadas comunidades libres.

Establece una división entre la población “indo-mestiza” que también los denomina campesinos, y los indígenas, que tiende a definirlos frecuentemente como “atrasados”, exceptuando aquellos que se encontraban cerca de los centros urbanos y desempeñaban oficios artesanales. En la perspectiva de Cisneros, valora como preferible la mayor cercanía a las pautas culturales mestizas tal como era la opinión dominante entre los indigenistas. Lo indo-mestizo, es su modo de describir no una categoría racial, sino la coexistencia de indios y mestizos en determinadas localidades y áreas rurales. Realmente, el distingue muy claramente en sus descripciones a indios, mestizos, blancos y negros. En las áreas urbanas, percibía el incremento del mestizaje con lo que “casi habían desaparecido los grupos indígenas atrasados”.²¹³ Cisneros evitó el uso de los términos de cholo y chagra para designar a los habitantes mestizos rurales.

²¹² (Rodríguez, 1949: 28-29). Estas relaciones entre los curas párrocos y las autoridades indígenas servían sobre todo para mantener un orden moral católico y legitimaban a las autoridades indígenas. Sin embargo, el cobro de diezmos seguía practicándose en los años cincuenta y sesenta pero encargado a rematadores blancos y mestizos de los pueblos (*Entrevista a Miguel Gaibor*, octubre 2013).

²¹³ Cisneros (1948: 91).

Identificó tres tipos de comunidades: 1) agrarias; 2) de explotación en común, y; 3) de aguas. Las comunas agrarias y las de explotación en común, tienen rasgos similares, en tanto se trata de la existencia de tierras de uso familiar en las zonas bajas, junto a las tierras de aprovechamiento común en las zonas altas para pastoreo. Las comunas agrarias eran las que tenían un cabildo que había distribuido las tierras de cultivo a las familias indígenas o mestizas, y estas pagaban una pensión de arrendamiento. Mientras que las comunas de explotación en común, correspondían al acceso de pastos en zonas que no eran adyacentes a las zonas bajas y eran distantes a los lugares de residencia habitual. Además de que las zonas de pastoreo eran compartidas con otras comunidades o poblados. Entonces, las comunidades agrarias eran aquellas en las que existía una continuidad territorial entre la zona baja y alta, mientras que las comunidades de explotación en común, eran las que tienen una discontinuidad entre las zonas de apropiación familiar y las áreas de explotación de recursos comunales.²¹⁴ Las comunas de aguas, eran aquellas conformadas por propietarios indígenas o mestizos que por la ley habían obtenido acceso a corrientes de agua.

Sostenía Cisneros que existía una relativa lejanía del Ministerio en su relación con las comunas, lo que permitía se acentúe el rol de las autoridades comunales, particularmente los Presidentes, quienes podían ejercer un poder cuasi despótico:

“Organizadas las Comunas (todo grupo que no constituya Parroquia), las dificultades han surgido: el Ministerio de Previsión se halla demasiado alejado y le falta un elemento de enlace que vigile las actividades, corte el abuso de sus dignatarios y se interese en su organización interna. Hace algún tiempo, se nombraron Inspectores de Comunas, los que informaban al Ministerio sobre las actividades y dificultades de las mismas; hoy, estas Autoridades no existen.

Aún en la actualidad son frecuentes los líos y choques que se producen por intereses, ya entre Comunas, entre Parroquias y Comunas o entre estas y particulares; no se ha alcanzado a conseguir que se lleven correctamente los Libros de Inventarios y Registro y muchas comunas que se organizaron a la

²¹⁴ (Ibid.:153-154). Este acceso a múltiples ecologías, es lo que fue caracterizado por Jürgen Golte (1980) como el “manejo simultáneo de ciclos agropecuarios en varios pisos ecológicos”, aplicable a las comunidades campesinas de los Andes.

expedición de la ley, en el próximo o próximos períodos han dejado de hacerlo, ya porque grandes y mezquinos intereses han intervenido, ya también, por falta de interés colectivo.

A veces el Presidente se atribuye poderes que rebasan a los determinados, expide disposiciones reñidas a la justicia, arrienda tierras, distribuye aguas, dispone bienes, cobra cuotas, etc., sin que exista control directo alguno sobre sus actos, en la base de que fuera elegido a período determinado, sin que nadie –a no ser el Ministerio- pueda destituirlo. Además no rinde cuentas ni tiene obligación de prestar garantía” (Cisneros, 1948: 152).

Un aspecto de los análisis sobre las comunidades campesinas de la sierra que produjo el CIDA (1965), giraba en torno a la manera de caracterizar la tenencia de la tierra que regía entre los grupos indígenas y mestizos que se inscribían en una estructura comunitaria. Si bien se podía postular un impreciso origen histórico de las comunidades, predominaba una estructura minifundista. Las comunidades eran la residencia de minifundistas vinculados de diferentes maneras a los mercados de trabajo y productos. La residencia externa a las haciendas y los pactos de trabajo para acceder a recursos determinaban una presión hacia las haciendas que precisamente constituían el “asedio externo” (Ibid: 165-167). Aunque se pudo encontrar comunidades con extensas áreas comunales, quedaba la impresión de que existía una intensa presión sobre las tierras de posesión individual y las tierras de comunidad. Además, proseguían los procesos migratorios temporales desde el agro serrano hacia la agricultura costeña como se podía constatar en algunas zonas de comunidades.

Este hecho de la forma comunal de organización que carecía de tierras comunales y prevalecía una estructura minifundista, ya había sido advertido por Moisés Saénz (1933). En una detallada etnografía sobre la comunidad de Punyaro, cercana a Otavalo, Gonzalo Rubio Orbe (1956), evidenció este tipo de comunidades indígenas que se encontraban extremadamente minifundizadas. La superficie total de esta comuna era de 54 hectáreas. La población estaba conformada por 495 indígenas y 87 mestizos. Dentro del territorio de Punyaro se habían producido la llegada de blancos y mestizos que habían comprado tierras a los comuneros. La comunidad y el cabildo databan de 1951, pero excepto las asambleas anuales, había poca actividad asociativa regular (Ibid.: 334-

335). La mayoría de pequeños lotes tenían entre un tercio y media hectárea. Se practicaba un intenso uso de la tierra con una agricultura basada en múltiples cultivos de maíz, tubérculos y otros productos agrícolas que también podían ser comercializados en la feria de Otavalo. Había una importante actividad artesanal y buscaban tierras en arriendo en otros lugares así como tierras de pastoreo para poner su ganado ovino y bovino. También podían tomar tierras en aparcería. El 20% de los comuneros tenían la actividad artesanal del zuro. Hacían canastas y otros objetos de zuro que eran vendidos a comerciantes de Otavalo. Sólo una pequeña cantidad de indígenas producía tejidos de lana y algodón que generalmente eran para el autoconsumo. También se elaboraba la fibra de la cabuya para hacer alpargatas. Adicionalmente había una intensa actividad laboral realizada fuera de la comunidad con el trabajo agrícola asalariado, la construcción, labores municipales, el trabajo fabril y el servicio doméstico. Desde los años cuarenta hubo una vinculación parcial de los jóvenes indígenas de Punyaro a la conscripción que producía un acceso a la alfabetización.²¹⁵ Algunos indígenas habían participado como soldados en la Guerra de 1941.

Existía una autoridad tradicional, los Alcaldes de justicia nombrados por el Teniente Político y Alcaldes de doctrina nombrado por el cura párroco. Había 7 alcaldes y un alcalde mayor. Las mayores funciones de los Alcaldes de justicia eran apoyar las gestiones del Teniente Político. Podían actuar como consejeros comunales, hacer de agentes de policía, intermediar peticiones de extraños para obtener productos, intervención en problemas familiares, arbitraje en controversias internas de tierras; podían amojonar los límites de parcelas con acuerdos que eran respetados por los involucrados (Rubio Orbe: 342-343). Los alcaldes tenían una autoridad reconocida para zanjar las controversias sobre la posesión de la tierra, sobre todo, con las frágiles linderaciones de terrenos que eran respetadas generalmente por la comunidad.

En la provincia de Chimborazo permanecía una forma de autoridad tradicional vinculada a la iglesia católica (Mencías, 1962: 68-69). Los anejos de población indígena

²¹⁵ Sostiene Matos Mar (1976:213) que en el Perú, el servicio militar obligatorio cumplía un papel integrador, ya que “juega también un papel importante en la transformación de la comunidad, al retener al comunero conscripto por uno o dos años en las principales ciudades, ya que los alfabetiza y les enseña un oficio, a la vez que constituye el más serio esfuerzo por introducir la conciencia de nacionalidad”. Véase también el clásico estudio de E. Weber (1976) sobre el papel de la conscripción en la modernización de la vida campesina francesa en el siglo XIX.

tenían un esquema de autoridad constituido por un Gobernador de indígenas que residía en la cabecera parroquial. Debajo del Gobernador estaban el regidor, los alcaldes y los alguaciles. La función de Gobernador con su autoridad podía estar en conflicto con el cura párroco. Una función parecida tenían los “apus” de los pueblos. Las autoridades de los anejos eran nombradas por el cura párroco quien les entregaba un bastón de mando al comienzo de cada año. El regidor cumplía funciones de orden moral y religioso y también ciertas funciones civiles. Eran ayudados por los alcaldes y los alguaciles. Este tipo de organización no existía en toda la sierra. Esta forma de autoridad legitimada de modo religioso podía coexistir con la nombrada por los tenientes políticos. A esto debe sumarse la organización formal de comunas bajo la Ley de 1937 (Ibid: 70).

6. LOS CONFLICTOS COMUNALES HASTA 1962

Entre 1930 y 1961, en una nueva época de regulación estatal de los conflictos, se registraron 243 litigios, de acuerdo a la información que se encontraba recopilada en expedientes del Ministerio de Previsión Social. Esto indica que el número de litigios tuvo su mayor crecimiento en la década de 1940. Se advierte que algo más de la mitad de los conflictos ocurrieron entre 1940 y 1949, una década signada también por el reconocimiento jurídico de las comunidades y la coyuntura de la revolución de 1944 que abrió espacios para las demandas indígenas y campesinas.

Tabla 13

Litigios comunales 1930-1961

PERIODO	NUMERO
1930-1939	45
1940-1949	124
1950-1961	74
TOTAL	243

FUENTE: Peñaherrera y Costales (1962)

La trayectoria histórica de los litigios comunales en la sierra ecuatoriana todavía carece de una adecuada sustentación. Las disputas por tierras comunales ya habían sido evidenciadas en la época colonial (Moreno, 1976; Ramon, 1987). La incidencia de esta conflictividad se ha verificado parcialmente en la sierra central y sur durante el siglo XIX con causas judiciales que se ventilaban en los juzgados provinciales de justicia

(Moscoso, 1990; Ibarra 1991). Se ha establecido que desde 1930 hasta 1961, hubo 243 juicios comunales en todo el país, donde 207 fueron por tierra. La información por años, permite observar su incidencia.

Un tipo de litigios que se presentaron en la sierra en las décadas de 1930 y 1940, fueron especialmente por disputas de tierras con haciendas y municipios; en tanto que los conflictos entre comunidades y los litigios por agua no fueron muy frecuentes. Para las comunas, las modalidades de acceso a la tierra y otros recursos de las haciendas como agua, leña y pastos mediante modalidades de renta en trabajo y productos, hacían que esta fuera una frontera agrícola en permanente tensión y disputa (CIDA, 1965: 471). Las disputas entre comunidades generalmente tenían como objeto zonas de pastoreo o áreas montañosas. A comienzos de los años cuarenta, el Ministro de Previsión Social constataba que la legalización de comunas había derivado en litigios con la aparición de intermediarios.

“Es notorio y constituye un verdadero tropiezo el hecho de que la organización de las comunas ha dado margen, con frecuencia, a la provocación de interminables litigios, donde hacen su aparición gamonales y tinterillos, que convierten en arma de explotación justamente aquello que fue creado para beneficio de la clase indígena. He procurado en todo momento contrarrestar este peligro, alejando, en lo posible, la intervención de esos intermediarios a todas luces perjudiciales”.²¹⁶

²¹⁶ Leopoldo Chavez, Ministro de Previsión Social y Trabajo, Informe a la Nación, 1942. Imprenta del Ministerio de Gobierno, p. 82

Tabla 14
Juicios comunales en el Ecuador 1930 – 1961

AÑO	CAUSAS			
	TIERRA ¹	AGUA	OTROS ²	TOTAL
1930	1	--	--	1
1931	2	--	--	2
1932	2	--	--	2
1933	3	--	1	4
1934	--	--	1	1
1935	1	--	1	2
1936	4	--	1	5
1937	1	--	1	2
1938	13	3	3	19
1939	6	--	1	7
1940	7	--	1	8
1941	5	--	1	6
1942	11	1	1	13
1943	18	--	1	19
1944	23	--	1	24
1945	14	--	--	14
1946	14	--	1	15
1947	6	2	--	8
1948	8	2	2	12
1949	2	1	2	5
1950	4	--	--	4
1951	5	--	--	5
1952	7	--	1	8
1953	5	--	2	7
1954	4	--	--	4
1955	7	--	--	7
1956	3	--	--	3
1957	8	--	--	8
1958	--	--	3	3
1959	8	--	--	8
1960	10	--	2	12
1961	5	--	--	5
TOTAL	207	9	27	243

FUENTE: Peñaherrera de Costales y Costales, 1962. Cuadro No. 17.

1. Incluye juicios por expropiación, reclamación, posesión, linderos, restitución por despojo y reivindicación de tierras
2. Incluye inscripción de escrituras, competencia, caminos, usufructo, etc.

La relación que se puede establecer entre la legalización de comunas y la conflictividad entre 1937 y 1961, muestra que son dos variables que carecen de una correlación directa. Es decir, la legalización tiene una propia dinámica que corresponde a coyunturas específicas de naturaleza institucional. Por ejemplo, el mayor número de comunas legalizadas en 1939 es simultáneo a una baja magnitud de conflictos. Aunque el ritmo de conflictos y la legalización tienen una mayor frecuencia numérica entre 1943 y 1946.

Gráfico 3



Entre los años 1908-1961, se había registrado 280 litigios comunales, de los cuales 241 fueron por tierra, y las provincias de Loja, Pichincha, Imbabura y Chimborazo, son las que concentraron más litigios.

Tabla 15
Causas de litigios en la sierra 1908 – 1961

PROVINCIA	CAUSAS			
	TIERRA	AGUA	OTROS	TOTAL
AZUAY	5	--	--	5
BOLIVAR	15	--	4	19
CAÑAR	5	--	--	5
CARCHI	17	1	3	21
COTOPAXI	24	5	1	30
CHIMBORAZO	27	--	2	29
IMBABURA	36	2	2	40
LOJA	45	--	6	51
PICHINCHA	43	1	2	46
TUNGURAHUA	24	4	6	34

FUENTE: Peñaherrera de Costales y Costales (1962).

¹ Incluye juicios por expropiación, reclamación, posesión, linderos, restitución por despojo y reivindicación de tierras.

² Incluye inscripción de escrituras, competencia, camino, usufructo, etc.

Las intervenciones del MPS en la década de 1940 en relación con las comunas se dirigían a resolver temas administrativos de legalización, conflictos intercomunales y litigios entre haciendas y comunidades. Las controversias internas se referían a la adjudicación de tierras comunales a comuneros individuales, linderos y reclamos por el uso de tierras comunitarias. Según un funcionario, la tenencia de la tierra en las comunidades se caracterizaba por la transmisión mediante la herencia de las parcelas aunque ocurrían transacciones relacionadas con la propiedad.

“La propiedad comunal, en cierto modo, es teórica; en la realidad, cada comunero posee su parcela como dueño; cuando este fallece, las tierras quedan con los herederos que la subdividen, llegando, a veces, a tener porciones verdaderamente irrisorias. No se hace una redistribución periódica de las tierras. Esto viene a constituir un verdadero semillero de disturbios, pequeños a veces y grandes otras; litigios entre comunidades que no conocen a punto fijo sus linderaciones; controversias entre miembros de una misma parcialidad, pleitos

con extraños que pretenden arrebatar a la comuna o al comunero las tierras que la comunidad y el comunero saben defender aún a costa de su sangre”.²¹⁷

Los litigios entre haciendas y comunidades, eran generalmente aquellos donde se disputaban tierras entre haciendas privadas y comunidades, pero también incluían las demandas ante haciendas de la Asistencia Pública que podían permitir el crecimiento territorial de las comunidades.

El examen de algunos casos permite precisar el desenlace de algunos conflictos. El conflicto de la comunidad de Panyatug era una larga controversia entre una comunidad y algunas haciendas ubicadas en la provincia de Cotopaxi. En 1948 se produjo una sentencia desfavorable a los comuneros. Las tierras disputadas con una hacienda habían sido vendidas a compradores particulares y los comuneros finalmente estaban dispuestos a comprar las tierras disputadas. En hechos de violencia habían fallecido 13 comuneros.²¹⁸ Dos representantes de la comuna (Telmo Cáceres y Segundo Saragocin) fueron apresados en Quito por orden del Ministro de Previsión Social. Habían pagado una parte del precio de unas tierras compradas a los terratenientes, pero se quería cobrarles una multa por no cumplir los pagos y por eso el Ministro pidió la orden de prisión para los representantes de la comunidad. El defensor de los comuneros era el abogado socialista Gonzalo Oleas. Estuvieron presos en Quito desde el 30 de noviembre y salieron libres con el recurso de habeas corpus el 22 de diciembre de 1949. Saragocin había sido flagelado por Ernesto Cordovez y Miguel Angel Cordovez cuando estuvo detenido en los calabozos de la Intendencia de Policía.²¹⁹

Todo el embrollo parece derivarse de que los comuneros habían reunido altas sumas de dinero para pagar las tierras y Cáceres también estaba encargado de la comercialización de la lenteja que se producía en las tierras de la comuna. Se puede inferir una puja por el precio de la tierra y el Ministro de Previsión Social interviniendo a favor de los derechos de los propietarios. En la complicada argumentación presentada para el habeas

²¹⁷ MPS, Informe a la Nación, 1943, pp. 112-113.

²¹⁸ “Comuneros de Panyatug cumplen con la ley y defienden sus derechos”, *La Tierra*, 16 de octubre de 1948, p.4.

²¹⁹ “Se acusa de maniobras oscuras en contra de Comuna Indígena de Panyatug”, *La Tierra*, 10 de diciembre de 1949, p.3.

corpus y la sentencia que fueron publicadas, se plantea que la jurisdicción corresponde a Cotopaxi y no a Quito.²²⁰ Se puede confirmar que en la capacidad de litigar, Oleas era muy eficaz en sus intervenciones como en otros casos de colectividades indígenas que contaron con su asesoramiento jurídico.

Con un cambio de Ministro de Previsión Social en 1950, se facilitó la compra de las tierras. La comunidad de Panyatug recibió un préstamo de 250 mil sucres del Banco de Fomento y el Banco Provincial de Cotopaxi. El precio total era de 450 mil sucres. Se trataba de algunos fundos, Shuyo, La Quinta y otros que fueron adquiridos por los comuneros. Los propietarios además de los Cordovez, eran Julio Mancheno Lasso, Jorge López Valdivieso y Ernesto Larrea Pontón. Fue un acuerdo de agosto de 1950 que se hizo efectivo en diciembre.²²¹

Otros litigios de los años cuarenta correspondían a disputas entre comunidades como la que sostenían varias comunidades de la laguna de Colta en Chimborazo en torno al uso de terrenos y el acceso a la totora del lago, un viejo conflicto que databa de comienzos del siglo XX. Las disputas entre algunas comunidades de Imbabura motivados por el control de tierras de pastoreo fueron muy persistentes.²²² Entre los litigios internos estaba uno en las goteras de Quito: la comuna de Santa Clara de San Millán se hallaba sometida a controversias entre los comuneros sobre su conservación comunal o privatización en un entorno de crecimiento urbano que establecía presiones sobre el uso del suelo y su valorización. En los litigios entre haciendas y comunidades, se anotó en 1948 la finalización de un largo conflicto entre la comuna de Maca Grande y la

²²⁰ *La Tierra*, 28 de diciembre de 1949.

²²¹ “Por fin dan tierras para que cultiven los campesinos”, *La Tierra*, 19 de noviembre de 1950, p. 3.

²²² Los litigios intercomunales casi no han sido estudiados. Uno de los obstáculos para el estudio de los conflictos intercomunales es que cuestiona la imagen de solidaridad y cooperación en el mundo comunal. Agustín Vega, el histórico dirigente indígena de Tigua, falleció en 1962 a consecuencia de las heridas que sufrió en un enfrentamiento entre las comunidades de Tigua y Maca Grande (*Entrevista a Celso Fiallo*). Un múltiple conflicto intercomunal de los años setenta en Otavalo fue analizado por A. Guerrero (1991: 149-192). De acuerdo al estudio de Contreras (1991), los conflictos intercomunales en la sierra central del Perú entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, evidencian las complejas tensiones internas y externas en torno a los límites territoriales y la propiedad comunal.

hacienda Salamalag de la Universidad Central que había durado más de cincuenta años.²²³

Durante la década de 1950 la mayoría de intervenciones ministeriales en la conflictividad de comunas se hallaba concentrada en las provincias de Imbabura, Cotopaxi, Chimborazo y Bolívar y en menor escala en Loja. Pero también se encuentran algunos conflictos de las comunas de la península de Santa Elena donde se buscó llegar a arreglos con propietarios privados que habían disputado terrenos con los comuneros.²²⁴ Prosiguieron las intervenciones destinadas a establecer transacciones cuando se habían producido conflictos internos o intercomunales. Así mismo, se autorizaban parcelaciones de tierras comunales.

Las acciones ya rutinarias que ejecutó el MPS fueron consolidándolo como una institución que subordinaba en sus decisiones a las autoridades locales. Un ejemplo, entre algunos de esta naturaleza:

“Se ha ordenado que el señor Subintendente de Policía de Alausí tome las medidas convenientes con el objeto de impedir que los empleados de la hacienda “Zula” se apoderen de animales de propiedad de los moradores de las parcialidades circunvecinas a dicha hacienda”.²²⁵

La Sección de Asuntos Sociales del Ministerio de Previsión Social tenía la potestad para hacer adjudicaciones de tierras comunales a comuneros. Por ejemplo en 1957, se adjudicaron tierras a comuneros de Poatug y Patate Urcu, Pilahuin y Pucará Grande en Tungurahua. Lo mismo, en Matiavi Salinas y Chiquisungo en la Provincia de Bolívar; La Libertad y la Esperanza en Carchi.²²⁶ Estas adjudicaciones desarrollaban las economías familiares en las comunidades. Se trataba de procesos de privatización de

²²³ Anexos. Informe Ministerio de Previsión Social 1948-1949, p. 84.

²²⁴ Clodoveo Alcívar Cevallos, Ministro de Previsión Social y Trabajo, Informe a la Nación, Anexos, 1950-1951, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, pp. 45-46.

²²⁵ Roberto Nevarez Vásquez, Ministro de Previsión Social y Trabajo, Informe a la Nación 1952-1953, Quito, 1953, p. 31.

²²⁶ Informe del Ministerio de Previsión Social y Trabajo, 1958, p. 68.

tierras de propiedad comunal que probablemente incidían en un desigual acceso a la tierra produciendo una diferenciación social que no ha sido estudiada.²²⁷

En los años cincuenta surgieron reclamos y protestas sobre los impuestos a las tierras comunales que trataban de establecer los municipios. El Ministerio de Previsión Social opinaba que estos impuestos no debían ser cobrados argumentando que las tierras comunales no deberían ser gravadas, aunque sí las de tenencia individual.²²⁸ A mediados de la década de 1940, se volvió a eximir de los catastros de propiedad estatales a las tierras de comunidad. Este tema relacionado con la Ley de Impuestos a la Propiedad Rural se mantendrá de modo persistente como un motivo de reclamo en los años cincuenta puesto que los municipios insistían en incorporar las tierras comunales en los catastros municipales. Aunque la virulencia de las protestas de la década de 1920 ya aparecía distante puesto que esta demanda adquiriría la forma de peticiones al poder legislativo y al ejecutivo.

La creación de la Misión Andina en 1956, en un nuevo momento de modernización estatal, define una intervención institucional con la noción de desarrollo de la comunidad, en sintonía con las corrientes desarrollistas a nivel internacional. Fue parte de un proyecto más amplio surgido en el seno de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que proyectó de manera experimental algunas intervenciones en Ecuador, Perú y Bolivia con el enfoque de desarrollo de la comunidad (Verdum, 2006). Una de las acciones de la Misión Andina fue la de insertarse en zonas con comunidades, promoviendo su modernización por la vía de la educación, la salud, la creación de nuevos liderazgos comunales y el impulso al reconocimiento jurídico de las comunidades (Breton, 2000). En la creación de la Misión Andina convergieron las ideas indigenistas que preconizaban la integración de los indígenas al Estado nacional junto al enfoque del desarrollo de la comunidad que surgía de los organismos de

²²⁷ Una perspectiva polémica sobre los recursos comunales y su privatización es la tesis de “la tragedia de los comunes”, según la cual, los recursos naturales (pastos, aguas y bosques) al ser utilizados intensivamente por los miembros de una comunidad, llevan inevitablemente a su degradación, al producirse un uso incontrolado en el tiempo, lo que tendría consecuencias sobre los niveles de vida de la población. Una problematización de este argumento requiere de una detallada información demográfica y estudios de manejo agrícola que no están disponibles en un plano histórico. Véase McNicoll (1990).

²²⁸ Julio Endara, Ministro de Previsión Social, Informe a la Nación, 1951-1952, Quito, 1952, p. 45.

Naciones Unidas. El indigenismo estuvo ya implantado en el Ecuador desde la década de 1930 y se había proseguido con las políticas de expansión del sistema escolar hacia la población indígena.²²⁹ Los planteamientos del Instituto Indigenista Interamericano desde su fundación en 1940 habían reforzado y prolongado la ya histórica influencia del indigenismo mexicano. Además, en 1943 se creó el Instituto Indigenista Ecuatoriano que tenía en su directorio a connotados indigenistas.²³⁰ La campaña de alfabetización que impulsó desde 1944 la Unión Nacional de Periodistas tuvo también cierto alcance en las zonas rurales. No deja de ser importante mencionar que en los años cuarenta y cincuenta, el Ministerio de Previsión Social había delegado a la Congregación de religiosas La Inmaculada unas llamadas “Misiones” que consistían en ofrecer a núcleos indígenas de la sierra pautas de higiene y cuidado doméstico bajo un enfoque civilizatorio. También la Congregación de las Madres Lauritas había establecido contacto con indígenas en algunos lugares de la sierra ecuatoriana.

En una primera fase, la Misión Andina operó en la provincia de Chimborazo. Se había elegido como el área de intervención a un conjunto de parcialidades de unas pocas parroquias rurales de Riobamba, por ello su cobertura inicial fue reducida. Eran parroquias con una alta población indígena junto a un débil peso de la hacienda.²³¹ Sobre todo se contó con el apoyo de la iglesia católica que instó a sus párrocos a la cooperación (Mencías, 1962: 133-134). Era el encuentro entre una iniciativa estatal apoyada por organismos internacionales y la Iglesia católica que persuadía a la población indígena, vencía las resistencias y desconfianza. Además la Iglesia católica tenía otras preocupaciones: la penetración de la Iglesia evangélica que había logrado

²²⁹ Aunque desde las últimas décadas del siglo XIX se hicieron intentos para expandir el sistema escolar entre la población indígena, fue en 1926 cuando se implantaron escuelas en algunas haciendas y esta acción estatal prosiguió en la década de 1930. La creación de la Escuela Normal de Uyumbicho en 1935 tuvo entre sus estudiantes a indígenas que se formaron como maestros de escuela. Véase Murgueytio (1943: 36-37). Hasta 1957 el Normal de Uyumbicho había graduado en algo más de dos décadas a 450 maestros rurales (*El Comercio*, 2 de noviembre de 1957, p.7).

²³⁰ En los informes del Ministerio de Previsión Social posteriores a 1946 casi no hay referencias a las actividades del Instituto Indigenista Ecuatoriano. Al parecer su accionar fue de poca importancia. Sobre su origen y fundación ver Becker (2007), con la precaución de que Benjamín Carrión -quien era parte del directorio- sea un sociólogo como dice Becker. Y Carrión tampoco era indigenista; seguramente su participación en el directorio del Instituto Indigenista Ecuatoriano era una más de sus funciones de representación y membrecía tal como eran otras que poseía en la Casa de la Cultura y la Sociedad Jurídico Literaria.

²³¹ Véase Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía (1960).

una exitosa implantación en la zona de Colta y la acción del Partido Comunista que estaba involucrado en la organización de los huasipungueros en las haciendas de Columbe y Guamote.

A comienzos de la década de 1960 la conflictividad comunal tenía menor importancia frente a los conflictos de tipo laboral que se habían incrementado notablemente en la sierra. Mientras se vivía la intensa coyuntura que había puesto en discusión la reforma agraria, ocurrió la masacre de Pachanlica el 15 de agosto de 1962 cuando fallecieron 13 indígenas de las comunidades Salasaca en el desenlace violento de un conflicto por agua entre una hacienda, usuarios mestizos e indígenas. Este conflicto tuvo un notable impacto público y llegó a discutirse en la Cámara de diputados del Congreso Nacional.

El conflicto de Pachanlica, se refiere a un tipo de confrontación que había sido muy característico de la provincia de Tungurahua desde mediados del siglo XIX cuando se construyeron muchos sistemas de riego privados que generalmente tomaban el agua de ríos o fuentes de agua que nacían en zonas altas y servían para regar las zonas bajas (Nuñez y Vega, 1992). Uno de estos canales de riego, proveniente del río Pachanlica era propiedad de la familia terrateniente Sevilla Carrasco de Ambato que cobraba derechos de uso del agua a usuarios indígenas y mestizos. En principio, el pago por el uso de las aguas de riego se hallaba legitimado por acuerdos con los dueños de los canales, pero la legislación sobre agua que empezó a regir desde 1944 fijó al Estado como el ente regulador del acceso al agua. Esto coexistía con acuerdos de manejo privado que implicaban la participación de campesinos mestizos e indígenas en el mantenimiento de los canales de riego. Ocasionalmente estos acuerdos se rompían y surgían conflictos que podían derivar en hechos de violencia.

Las parcialidades Salasaca ocupaban un extenso territorio contiguo -entre las ciudades de Ambato y Pelileo- que se caracterizaba por la extrema aridez de las tierras. De modo que el agua era un recurso estratégico para el uso agrícola. Desde comienzos de los años cincuenta los Salasaca habían realizado gestiones ante el Ministerio de Fomento para que se les adjudique el uso del agua del río Pachanlica. Y también estaban interesados en comprar tierras de la hacienda de los Sevilla Carrasco que había comenzado a ser vendida con preferencia a compradores mestizos, negando la venta a los Salasaca. Un

nuevo decreto sobre el agua ratificó la capacidad regulatoria estatal en 1960 y esto dejaba a la familia Sevilla sin capacidad de seguir cobrando rentas sobre el agua. Desde ese año los Salasaca dejaron de pagar las cuotas de arriendo del uso del agua. Pero se encontraba otro interés en juego: los campesinos y pobladores mestizos de la parroquia García Moreno vecina a los Salasaca habían entrado en un arreglo con los Sevilla para construir un canal de riego derivado del principal (Poeschel-Renz, 2001: 44-48). Ante esta iniciativa de construcción de un nuevo canal que había comenzado en junio de 1962 sin tomar en cuenta los intereses de los Salasaca, estos se opusieron radicalmente a este hecho que les dejaba con menor acceso al agua de riego. Para sus reclamos habían contado con el apoyo del sacerdote jesuita Antonio Michelena-párroco de la parroquia El Rosario-, quien les había informado sobre la Ley de aguas y les acompañó en sus gestiones ante el Estado (Ibid.: 57-58). Michelena era uno de los pocos sacerdotes que a comienzos de los años sesenta había optado por una comprometida defensa de las demandas indígenas.

De acuerdo a la narración de un indígena salasaca que vivió el conflicto de Pachanlica, el día que ocurrió la represión policial que dejó 13 muertos y 17 heridos, ellos habían ido a impedir la construcción del canal.

“Llegamos con las bandas, con música, para pelear en la toma. Nosotros nunca conocíamos armas, prohibido saben decir. Ni escopetas teníamos, solo con las manos, con machete, con palos y piedras, así peleamos. Nosotros hemos sido bastantes, toda la gente levantada, ocho comunas y ocho presidentes. Mujeres también había bastantes, hay algunas que son vivas, vivas son. Los de García Moreno ya no trabajaban en el túnel y nosotros lo tapamos nuevamente. Muy unidos peleamos. Somos como hermanos, así es. Algunos de nosotros estábamos borrachos; para entrar en coraje tomaron trago, tomaron chicha para poder enfrentarse a pelear” (Ibid...: 65).

La represión fue ejecutada por más de 60 policías que usaron fusiles y ametralladoras. El Gobernador de la Provincia era de la misma familia Sevilla y el Comisario Nacional de Pelileo estuvo presente durante la intervención policial. El acontecimiento alcanzó una relativa repercusión en la prensa, y obligó a que una Comisión del Congreso

investigue los acontecimientos. Más tarde, en septiembre, una sesión de la Cámara de Diputados recibió en Comisión general a los Salasaca que llegaron acompañados del cura Michelena a exponer sus demandas ante los diputados. La presencia de los Salasaca en la Cámara de Diputados coincidió con la discusión en el mismo día del Proyecto de supresión del huasipungo que había propuesto el diputado Alfredo Pérez Guerrero. Llamaba mucho la atención que los indígenas hayan sido escuchados en el Congreso, un hecho que no se recordaba haya ocurrido antes en la historia ecuatoriana.²³² Este conflicto local adquirió trascendencia política nacional, pero su duración en las preocupaciones del Congreso fue efímera puesto que otros acontecimientos llenaban las ocupaciones de los parlamentarios.

7. TINTERILLOS Y ABOGADOS

Toda la proyección política y organizativa que podía haber tenido la acción colectiva desde la esfera de las comunidades indígenas requiere indagar porqué todas las gestiones por el reconocimiento legal y los litigios con las haciendas, fueron en muy raras ocasiones conducidas por la Federación Ecuatoriana de Indios o la CEDOC. Una parte de la explicación puede provenir en que históricamente las relaciones entre indígenas y Estado se definieron en las tramas de los poderes locales donde se requería la presencia de intermediarios. Estos fueron los tinterillos después de 1854 cuando se suprimió el llamado Protector de indios, una institución colonial. Se trata de una figura que apareció insistentemente como mediador entre los indígenas y el Estado hasta muy entrado el siglo XX. Se les atribuyó exageradamente un papel de instigadores de conflictos rurales especialmente en las décadas de 1920 y 1930. Un retrato del tinterillo o “quishca” en quichua tiende a mostrarlo en su lado explotador de los indígenas:

“El “quishca” es un mestizo, raras veces un indio, que ordinariamente sabe leer y escribir y que pretende conocer unas cuantas leyes del Código civil (sic) y los

²³² Según un comentario editorial de *El Comercio*, había mucha demagogia y lirismo en las intervenciones que ocurrieron en la Cámara de Diputados cuando se discutió en la misma sesión el caso de Pachanlica y un proyecto de supresión del huasipungo presentado por Alfredo Pérez Guerrero. Se insistía en que el tema de fondo era la necesidad de la reforma agraria. “Los muertos de Pachanlica y la lucha por el agua de las comunidades de ese lugar sirvieron meramente para un extenuante debate político, sobre lo que se hizo o no a continuación de los acontecimientos, lo que debía hacerse administrativamente”. (“El problema del agua”, *El Comercio*, 7 de septiembre de 1962, p.4.)

muy complicados trámites de los pleitos. Con el fin de explotar a los indios, está pronto a intervenir en sus conflictos y enredarlos cuanto puede. Sus crédulas e inadvertidas víctimas déjanse llevar fácilmente de sus desatinados consejos, envolviéndose así en interminables pleitos que les cuestan mucho dinero” (Rodríguez, 1949: 29).

Son conocidas las definiciones gramscianas sobre el intelectual tradicional y el intelectual orgánico, aunque son muy problemáticas. El intelectual tradicional alude a personajes que desempeñan en la sociedad rural un rol de mediación entre el Estado y los campesinos. Gramsci los identifica claramente con los sacerdotes y la burocracia estatal de rango inferior. De manera diferente, el intelectual orgánico se sitúa en la sociedad urbano-industrial en la que los técnicos y especialistas cumplen un rol de intermediación en los procesos productivos industriales modernos. Estas definiciones de tal amplitud, no permiten identificar lo específico de una actividad intelectual en torno a algún ámbito del conocimiento. A estas definiciones de intelectual tradicional e intelectual orgánico, se suma la de gran intelectual, que sería el creador de discursos e ideología y se halla relacionado directamente con el poder del Estado. El intelectual tradicional se hallaba originado en las clases medias rurales y urbanas del sur italiano, pero según Gramsci, podría ser extensivo a los países de predominio rural.²³³

La definición de intelectual tradicional que elaboró Gramsci para quienes tenían un papel mediador en las sociedades rurales, puede ser adoptada válidamente para el tinterillo. Las funciones y tareas de estos personajes mestizos estaban situadas en la mediación entre el Estado y los indígenas desde mediados del siglo XIX. Su posición les permitía jugar entre el poder local y regional o en las instancias del Estado central. Como eran un filtro de las demandas indígenas, que al ser receptadas y castellanizadas, tomaban una forma apta ante la autoridad a la que se dirigían, difícilmente se encontrará en este tipo de peticiones presentadas formalmente por indígenas, pero redactadas por tinterillos, una expresión que corresponda al pensamiento indígena. Había una continuidad con funciones del protector de indígenas colonial en su rol de poseedores de

²³³ “(...) en los países cuya agricultura ejerce una función todavía notable o incluso preponderante, sigue prevaleciendo el viejo tipo [el intelectual tradicional], el cual da la mayor parte del personal del estado y ejerce también localmente, en el pueblo y en el burgo rural, la función de intermediación entre el campesino y la administración en general” (Gramsci, 1987: 318-319).

conocimientos jurídicos y escritura. Se trata del dominio de técnicas de relación con el poder.

Toda aquella capacidad que poseía el tinterillo, dependía de su inserción en el mundo local donde establecía sus relaciones con los indígenas. Actuaba en un espacio que estaba entre lo estatal con sus dependencias, lo privado de las haciendas y los lazos con los indígenas que provenían de una relación de cierta cercanía. Estos personajes que eran muy bien conocidos y sabían los vericuetos de la administración estatal, tenía obviamente un reconocimiento de su función, pero al mismo tiempo, un cuestionamiento desde la institucionalidad estatal en cuanto aparecían como instigadores de las peticiones y actos de los indígenas.²³⁴

De acuerdo a quién fuese el interlocutor, el poder judicial, el poder legislativo o el ejecutivo, el tinterillo, creaba un lenguaje que se adaptaba a la situación. A partir de una problemática real, la de algún grupo indígena, se elaboraba como lenguaje aceptable para el representante o representantes del poder que van a recibir la petición o la queja. Los núcleos de este discurso, apelaban a la piedad y compasión, denunciaban un panorama de destrucción o cataclismo de los indígenas, e invocaban la protección.

Algunos elementos que se hallan presentes en el discurso del tinterillo, tienen fuertes referencias hacia valores religiosos como la piedad y la caridad, ubicando un sentimiento de pecado social que cometerían los dominantes con su injusticia. De los esquemas morales dominantes en la sociedad, adaptan aquellos que permiten legitimar la acción de los indígenas. Esto corresponde a la elaboración de códigos morales de justicia que los dominados utilizan en su relación con los detentadores del poder.²³⁵ La reconstrucción sistemática del discurso del tinterillo puede hacerse a partir de los textos que aparecen en juicios civiles y criminales, o peticiones ante autoridades locales y regionales. El lenguaje es de tipo jurídico-moral que incluye frecuentes apelaciones a la protección de indios desamparados que quieren justicia. La forma en que aparecen los documentos es con la firma de un blanco o mestizo, a nombre de indígenas que no

²³⁴ Guerrero (2010:338-346). Aunque su análisis está circunscrito a Otavalo para las últimas décadas del siglo XIX, podría ser extensivo a otros lugares de la sierra.

²³⁵ Moore (1978: 8-9).

saben leer ni escribir. El tinterillo era parte de esa ventriloquia política que el poder había creado en el siglo XIX para hablar a nombre de los indígenas.

Una petición de dos indígenas que suscribieron una comunicación con sus huellas por ser analfabetos que llegó al Ministro de Gobierno en 1946, planteaba que en varias ocasiones, los empleados de la Hacienda Tipín en Chimborazo han “salido a darles caza”, a golpearlos, amarrarlos a las colas de los caballos, siendo víctimas además de arrastre y azote. En este marco de una queja sobre el maltrato en la hacienda, emerge un lenguaje que justifica la petición de justicia al Estado.

“La conquista española... no ha cometido los horrores que hoy comete el señor feudal de Chimborazo, circunstancia esta para llamar la atención del Gobierno en solicitar amparo para la clase más desvalida de la República. No somos levantiscos ni preconizamos el motín o la rebelión, somos gente de trabajo y por eso queremos que el Estado sea quien garantice ese trabajo dentro de lo humano y lo justo”.²³⁶

Estos personajes no estaban ausentes de la narrativa realista de los años treinta. La novela *En las calles* (1935) de Jorge Icaza presenta muy claramente un cholo de pueblo que redacta peticiones y hace trámites ante el poder, intermediando a los indígenas. Un interesante relato literario de Ángel Felicísimo Rojas (1984 [1946]: 201-260), sobre Mariano Guamán, un tinterillo indígena lojano, presenta la historia de un indígena letrado, quién era maestro de escuela en la zona rural de Loja. El relato plantea como se produjo el triunfo de los indígenas en un largo litigio acerca de los ejidos que eran disputados infructuosamente por las autoridades indígenas con el Municipio de Loja que les obligaba a pagar un canon de arrendamiento para mantener la posesión de esas tierras. Durante muchos años emprendían un viaje anual a Quito para gestionar su litigio ante el Congreso Nacional, hasta que se produjo la intervención exitosa de Guamán como representante de los indígenas. Para que se produjera este resultado, ocurrió un cambio político nacional, cuando ya emergen los discursos indigenistas y una nueva institucionalidad estatal con el Ministerio de Previsión. Siguiendo la narración de Rojas,

²³⁶ ANH/FMI. c. 44. Chimborazo. Srs. José María Toapanta, Valerio Marcatoma, (a nombre de trabajadores de la Hacienda Tipín), 01/Noviembre/1946, Carta al Sr. Ministro de Gobierno.

tras una decisión del Congreso se realizó la adjudicación de las tierras en lotes individuales y lo restante quedó como administración comunal en manos de Guamán. Cuando esto se produjo, Guamán se convirtió en tinterillo, sin dejar de ser maestro de una escuela con alumnos indígenas cuyo sostenimiento pagaban los padres de familia. Esto plantea como el tinterillo indígena surge en condiciones de un conflicto secular de tierras y la capacidad de defender intereses. Introduce un caso distinto al de los tinterillos mestizos.

Toda aquella puesta en escena del papel de los tinterillos como agentes de litigios y rebeliones que había aparecido frecuentemente en los voceros estatales y la prensa, tuvo como consecuencia en 1936 una Ley para el juzgamiento de tinterillos. De acuerdo al Art. 1: “Son tinterillos los que ejercen la profesión de abogados sin título legal”. Esta ley muy punitiva, establecía penas de prisión entre 3 meses a 3 años y fuertes multas a quienes sean identificados como tinterillos. También se podía actuar contra los abogados que sean cómplices de los tinterillos a los que se podía sancionar hasta con 3 años de suspensión del ejercicio profesional.²³⁷ La Ley estaba insinuando una posible conexión entre los tinterillos y los abogados profesionales, pero sobre todo procuraba salvaguardar el trabajo de estos últimos. No parece que los efectos de la ley fueron mayormente disuasivos puesto que hacia 1944 el Ministerio de Previsión Social pedía aplicar la Ley de prohibición a los tinterillos por su intervención en los litigios de comunidades indígenas.²³⁸ Con todo, se puede inferir que se procuraba defender el espacio profesional de los abogados que ya había crecido notablemente.²³⁹ En suma, precautelar el desarrollo de una profesión con ámbitos de clausura y defensa profesional

²³⁷ Ley para el juzgamiento de tinterillos, *Registro Oficial*, 210, 26 de mayo de 1936.

²³⁸ *El Día*, 17 de julio de 1944, p. 6. Los tinterillos, habrían proliferado como consecuencia de la expedición de la Ley de Comunas: “(...) tinterillos, quishcas, líderes y dirigentes políticos hicieron fácil presa de infelices campesinos. Todos estos no tuvieron consideración para él, a raíz de la creación de las comunas, cuyo reconocimiento legal, transformó la vida del agro en semillero de litigios. A pesar de las comunas, continúan, quishcas, tinterillos, cabecillas y líderes, aprovechando la ignorancia y simplicidad de ese hombre” (Peñaherrera y Costales, 1971: 65). Según el Gobernador de Cotopaxi, hacia 1945, en la hacienda Tigua, “un hábil tinterillo [es] el que solivianta a esos moradores”. Sr. Cristóbal Cepeda I. ANH/FMI. c.38. Cotopaxi. (Gobernador de Cotopaxi), 18 de octubre de 1945, Oficio al Sr. Ministro de Gobierno,

²³⁹ Algunas universidades de provincia también ofertaban la carrera de derecho. Franklin (1984: 185) observó asombrado en los años cuarenta la inmensa cantidad de abogados formados en la Universidad de Loja que pululaban en la pequeña ciudad dando la impresión de un exceso de “doctores”.

ante los carentes de titulación que practicaban el derecho de modo informal. Se trataba también de la conformación de redes sociales y políticas en las que participaban abogados litigantes y funcionarios del Ministerio de Previsión Social que con vínculos hacia el partido socialista habían permitido un flujo de decisiones favorables a las demandas urbanas y rurales que se procesaron después de los años treinta.²⁴⁰ Esto supone entender las relaciones que se gestan entre la expansión de una profesión estratégica para la formación del Estado puesto que los abogados son poseedores de saberes vinculados a la elaboración de leyes y el desarrollo institucional en el que se producen las tensiones y controversia por la aplicación de las leyes. Es un caso particular de la autonomía profesional y la formación del Estado.²⁴¹ Después de 1930 se implantó una creciente legislación social y el apareamiento de los abogados especializados en derecho laboral y problemas rurales que debían usar argumentos de mayor complejidad y conocimiento de las instancias estatales de procesamiento de los conflictos.

El papel de intermediación que cumplían los tinterillos en las relaciones entre indígenas y el Estado también era desempeñado por los abogados. Entre estos, ocupó un lugar destacado Gonzalo Oleas (1916-1975) quien apareció frecuentemente involucrado en conflictos de tierras de comunidades con haciendas desde fines de la década de 1930. Había nacido en Riobamba y se formó en la Universidad Central del Ecuador. Fue miembro del Partido Socialista desde sus años estudiantiles y ocupó algunos cargos, por ejemplo fue candidato a alcalde de Quito en 1949 y Secretario Provincial de Pichincha del PSE en 1950-1951. Pertenecía al ala moderada del socialismo, antagónica a los socialistas radicales. En 1960 cuando se fracturó el PSE, Oleas encabezó una facción que apoyó la candidatura presidencial de Galo Plaza y discrepaba con los socialistas radicales que se habían adherido a la revolución cubana.²⁴² En 1962 Oleas se

²⁴⁰ Coronel (2011: 815-820). Se trata también de la conformación del campo jurídico como un conjunto de posiciones que implican las instituciones encargadas de la formación de los abogados, el desarrollo de la legislación y los tribunales de justicia donde impera una fuerte jerarquización (Bourdieu, 2000). Este tema no ha sido estudiado, pero los abogados socialistas y comunistas se insertaban en un tejido estatal donde predominaban los abogados liberales y conservadores.

²⁴¹ Acerca de las profesiones y el espacio estatal, véase González- Leandri (1999).

²⁴² La revista *Mañana* publicó una caricatura de Gonzalo Oleas donde aparece exprimiendo a un indígena. *Mañana*, No.4, 11 de febrero de 1960, p. 14. Esta revista tenía una posición contraria a Oleas y su corriente política. La revista cefepista *Momento* (1949-1951) también lo satirizó y caricaturizó en algunas ocasiones.

desempeñó como diputado e intervino en el parlamento a favor de los huelguistas del Ingenio San Carlos y de los indígenas Salasaca que protagonizaron un conflicto de aguas.

Albert Franklin, un escritor norteamericano que vivió en el Ecuador en los años cuarenta ha dejado su visión particular de Oleas. Describe una reunión en la que Oleas se dirigió en quichua a un indígena y le presentó a Franklin quien dio su mano para saludar, pero el indígena con su mano bajo el poncho tomó la mano del norteamericano y la beso diciendo “amito”. Este gesto de sumisión le hizo pensar a Franklin que los indios “Todavía no eran capaces de comprender el concepto de igualdad ante la ley”.²⁴³

Gonzalo Oleas no provenía de las elites terratenientes de Chimborazo pero pertenecía a un estrato blanco de propietarios medianos de Cajabamba. Sin embargo, tenía lazos de parentesco con sectores de las elites de Chimborazo que se habían insertado en distintos lugares del Estado. A lo largo de su vida profesional, Oleas participó en numerosos litigios de comunidades indígenas y frecuentemente tenía resultados exitosos. Pero surge la interrogante de porqué este vínculo de Oleas con muchos grupos campesinos e indígenas no se tradujo en un lazo político orgánico de sectores populares rurales con el PSE. En principio se trataría de que Oleas actuaba solo como un profesional que cobraba por sus servicios y tenía poca preocupación por temas de naturaleza ideológica. Siguiendo las impresiones de Franklin sobre Oleas:

“Se ocupa del *negocio* de manejar los intereses legales de las Comunidades indias. Lo hace por dinero. Ha dominado la lengua de los indios, para poder hacerlo, para poder eliminar la barrera del idioma que mantiene al indio fuera de

²⁴³ Franklin (1984: 126). A comienzos de la década de 1950, Bourricaud (1967: 53) observó que en la pequeña ciudad de Puno situada en el altiplano peruano, había 70 abogados y que si bien era una profesión prestigiosa, no necesariamente eso significaba buenos ingresos, ya que pequeños litigios y querellas de una clientela indígena no eran una buena fuente para ello. Esto plantea la cuestión del estatus de una profesión que no se compadece de los ingresos obtenidos de actividad profesional. Había abogados que también eran hacendados y controlaban sus haciendas a distancia. Bourricaud define al abogado como un especialista de las relaciones personales.

la maquinaria social del Estado. Es un raro ejemplo ecuatoriano de áspero individualismo. Es absolutamente apolítico”.²⁴⁴

En un artículo de Becker (2011) dedicado a indagar sobre la figura de Oleas, se pregunta si podría ser interpretado como tinterillo, indigenista o marxista. Obviamente no era un tinterillo. Su capacidad de relacionarse con las instancias estatales se derivaba de los contactos adquiridos en la Universidad Central; además, el PSE tenía miembros que eran funcionarios en el Ministerio de Previsión Social y en el poder judicial. Y en esto tenía una amplia ventaja ante los tinterillos que se movían ágilmente en escenarios locales pero con dificultad en Quito donde se requería influencias y contactos, lo que se designa como “palancas”.²⁴⁵ No se conocen escritos doctrinales marxistas o indigenistas suyos. Oleas podría ser definido como un abogado litigante que tenía simpatías por los indígenas, pero eso no se traducía en alguna elaboración teórica o política que justifique sus acciones. Sería un caso de acción profesional vinculada al mundo rural que tenía pocos efectos organizativos. En suma, un abogado especializado en cuestiones rurales como había otros en Quito y las capitales de provincia que cumplían parecidas funciones.

Pero el asunto más de fondo sobre las limitaciones de penetración del PSE en el medio rural se relaciona la propia naturaleza de una formación partidista anclada en las clases medias y ciertos sectores sindicales urbanos. Aunque reiteradamente Manuel Agustín Aguirre durante los años cincuenta insistió en la necesidad de nutrirse de mayores bases populares, el PSE tuvo débiles lazos con sectores rurales. Además, el partido tenía una estructura organizativa flexible y más orientada a la participación electoral que se fue institucionalizando de modo creciente después de 1940 con un anclaje urbano. De esta manera, el PSE tenía en su seno a muchas personalidades que provenían frecuentemente

²⁴⁴ (Franklin: 127). Énfasis en el original.

²⁴⁵ La profesión jurídica implica un conjunto de destrezas adquiridas en la formación profesional y la práctica rutinaria donde se adquiere el lenguaje jurídico derivado del conocimiento detallado de la legislación pertinente y la gestión de intereses de sus clientes. Adicionalmente, los abogados tienen un “portafolio” de recursos que consiste en redes, prestigio y membresía en asociaciones de abogados. Véase Halliday (1987). Los tinterillos tenían una menor capital social y cultural que el poseído por los abogados con sus títulos académicos, la pertenencia a asociaciones y redes políticas que ponían barreras de entrada a la profesión jurídica. Sobre las peculiaridades del ejercicio profesional del derecho, véase Bourdieu (2000: 192-193).

de la profesión jurídica como era el caso de Oleas o el mismo Manuel Agustín Aguirre que se desempeñó como abogado laboral en los años cuarenta.

8. DE LA DESPROTECCIÓN A LA PROTECCIÓN

La trayectoria de la comunidad como una construcción legal, designa la problematización de un actor colectivo que fue adquiriendo una textura fijada por el conflicto alrededor de los derechos comunales. Y por tanto, de aquellas soluciones que implicaron determinadas posiciones dadas por las correlaciones de fuerzas, el curso de la conflictividad a nivel local y las intervenciones estatales que adquirieron perfiles nuevos después de 1925.

Considerar la construcción legal de la comunidad indígena, ha requerido observar la evolución verificada desde la finalización del régimen colonial, cuando se establecieron modos de relación entre la sociedad indígena, sus autoridades y el Estado poscolonial. Una institucionalidad estatal que posee principios liberales en su normativa constitucional, junto a una sociedad estamental en la que los derechos de ciudadanía y la conformación del mundo ciudadano, están bloqueados para la mayoría de la población. Era una racionalidad legal que implanta formas de derecho civil junto a un contradictorio ejercicio legislativo dirigido a las poblaciones indígenas. Así quedaban definidas leyes generales, disposiciones administrativas y decretos circunstanciales. Todo esto significaba un limbo en el que los derechos de las poblaciones indígenas se reconocían de acuerdo a correlaciones locales de fuerzas y capacidad de litigar.

La estructuración de comunidades está anclada en los derechos a las tierras comunales. Pero su vigencia supone la existencia de autoridades étnicas, relaciones con la autoridad del Estado y formas privadas y colectivas de apropiación de los recursos. Los procesos históricos de formación de comunidades, configuran lo que se ha definido como “comunalización” donde los derechos indígenas a la tierra evolucionaron hacia formas de propiedad comunal que delimitaron territorios rurales en prolongados conflictos.²⁴⁶

²⁴⁶ Díez Hurtado (1998). Sobre los procesos de comunalización posteriores a las reformas agrarias de 1964 y 1973 en Ecuador, véase Santana (1983); Sánchez Parga (1986) y Ramón (1994).

Al concebir la construcción legal de la comunidad, se postula que es una elaboración jurídica con una serie de normas jurídicas que fueron perfilando la institución comunal. En la medida de que la comunidad está situada dentro del marco de la constitución de un espacio político que supone la trama del poder estatal, se halla sujeta a los moldes de organización del poder local, principalmente en torno a la división político administrativa que define una estructuración y jerarquización del Estado nacional. Fue así que se implantó la “administración de poblaciones” como los modos de dominación que se construyeron como prácticas situadas en los niveles locales de poder que definieron una relación entre los representantes del Estado central y las poblaciones indígenas.²⁴⁷ Pero esto tampoco fue algo estático, sino que se redefinió constantemente en circunstancias de modernización estatal que alteraron las relaciones entre el poder político nacional y local.

En el siglo XIX, las relaciones entre el Estado y las comunidades indígenas, tuvieron una evolución cambiante, donde el hecho central fue una lenta erosión del estatuto colonial de los grupos étnicos. En una primera etapa desde 1828 hasta 1857, cuando rigió el tributo colonial, se conservó un sistema modificado de autoridades étnicas. Se trataba de una situación contradictoria, en tanto sobrevivían los conceptos de derecho colonial, superpuestos a una nueva legislación civil. En cuanto el sistema de tributo también garantizaba los derechos de acceso colectivo a tierras comunales, esta legislación que alteraba el régimen de posesión de tierras comunales, no tuvo efectos considerables. En 1854, se suprimen los Protectores de indígenas, y con la eliminación del tributo, se derogan los privilegios y exenciones legales de los indígenas, quedando seriamente vulnerado el sistema de autoridades étnicas de origen colonial.

En la segunda mitad del siglo XIX, se evidenció una situación de desprotección, con la sujeción a la legislación civil y sus procedimientos que se sobreponen a los derechos de tradición colonial. Sin embargo, los conflictos permitieron establecer un límite a la expansión de las haciendas y emergieron formas de reconocimiento ad-hoc de las comunidades en los niveles locales de justicia.

²⁴⁷ Guerrero (2000).

El período liberal (1895-1925), puso en crisis la política estatal de desprotección, y esbozó un nuevo ciclo de protección al permitir el mayor acceso de los indígenas a las instancias estatales, pero se desataron intensos conflictos que estaban represados en los niveles locales de poder. Sobre todo, el ciclo de rebeliones locales de la década de 1920 puso en evidencia un fuerte antagonismo de las colectividades indígenas frente al Estado. Así mismo, surgieron los idearios indigenistas como una derivación parcial del liberalismo.

Después de 1925, se afirma la tendencia proteccionista de la comunidad campesino/indígena, con la intervención del Estado que culmina en la legislación de comunas de 1937, que además de insertar a las comunidades en la división político administrativa, establece un modo centralizado de procesamiento de los conflictos. La legislación sobre comunidades plantea una concepción protectora de la organización comunal, e incorpora al ordenamiento jurídico-administrativo estatal a la población indígena de la Sierra y a otras poblaciones rurales de todas las regiones. Con esto concluía un largo período en el cual la comunidad indígena había sido sometida a presiones de desestructuración por parte del Estado, y se consolidó una etapa protectora de la comunidad. El espacio de las comunidades campesinas e indígenas se afianzó después de 1937 con una tendencia a una reducción de los conflictos en la década de 1950.

Se puede apreciar etapas diversas de valorización de la comuna como forma organizativa: para los indigenistas, la comuna se presentaba como una sólida línea de defensa de valores culturales. En ciertos momentos, los funcionarios que tratan con la población indígena en los años treinta y cuarenta, conciben la comuna como un tipo organizativo que puede ser superado y recuperado por las cooperativas agrícolas. Para la Misión Andina, después de 1956, la comuna es vista como un eje aglutinador de la población para sustentar la ejecución de políticas y modernizar la vida rural, introduciendo la educación cívica que posibilitaba cambiar el rol de las autoridades indígenas tradicionales.

Entre 1930 y 1960, existe predominantemente un “problema” indígena, concebido por los ejecutores de las políticas estatales como una falta de integración de las poblaciones

indígenas a la sociedad nacional. Para ello se ponía énfasis en la educación y la extensión de servicios públicos soslayando las políticas de redistribución de la tierra. Los enfoques de las políticas eran de una naturaleza civilizatoria que veían a las poblaciones indígenas con rasgos de identidad y valores culturales negativos.

Esta explicación histórica de la construcción legal de la comunidad campesino/indígena, ha enfatizado en los procesos y circunstancias que definieron los derechos comunales de un modo conflictivo. En la larga duración se constituyó un sujeto socioterritorial que es fijado jurídicamente en un ciclo de protección-desprotección-protección que engarza la trayectoria del derecho y las intervenciones estatales.

CAPÍTULO V. CONFLICTOS RURALES, VIOLENCIA Y OPINIÓN PÚBLICA EN LOS AÑOS CINCUENTA

Las movilizaciones y procesos de organización de los trabajadores rurales y comunidades campesinas en la sierra ecuatoriana habían transcurrido bajo cauces de negociación donde la violencia había tendido a perder terreno después de la década de 1940. Los conflictos de trabajo tenían ya una relativa institucionalización enmarcada por la legislación laboral mientras que los conflictos comunales estaban regulados por la Ley de Comunas. Todos estos conflictos se encontraban bajo la jurisdicción del Ministerio de Previsión Social. En este marco donde ya la represión directa había dejado de ser el principal medio de control de la conflictividad, es relevante preguntarse sobre la producción y el modo de resolución de algunos conflictos rurales que tuvieron un desenlace violento. Para ello ha sido de primera importancia tomar a la prensa y eventualmente otros medios impresos como una fuente donde aparecieron datos y comentarios sobre este tipo de conflictos. De modo específico, deseo establecer como esos eventos se tornaron en opinión pública. Dice Champagne (2002: 70-71) que se encuentra plenamente justificado en el siglo XIX que la opinión pública haya sido estudiada en Europa a través de la prensa. Una afirmación que tiene validez para gran parte del siglo XX en los países periféricos.

Este capítulo problematiza el tema de la opinión pública y la violencia, el contexto general y las coyunturas específicas en las que se produjeron los conflictos considerando cuatro casos: un conflicto entre una hacienda (Leito) y unas comunidades (1952); dos conflictos en haciendas: La Merced (1953) y Guachalá (1954); y otro, entre una comunidad indígena y el Municipio de Otavalo en San Pablo del Lago en 1959.²⁴⁸

²⁴⁸ Los conflictos que se analizan en este capítulo fueron descritos brevemente por Oswaldo Albornoz en *Las luchas indígenas en el Ecuador* (1971). Sobre todo estuvo interesado en mostrar los rasgos de represión y su vínculo con Camilo Ponce como autoridad estatal. En relación a los conflictos de La Merced y Guachalá sostiene Albornoz que “el período ministerial de Camilo Ponce Enríquez, deviene en una ofensiva patronal ininterrumpida. Y esto se explica, porque con él en el Ministerio de Gobierno y Policía, su clase, la de los latifundistas, tienen manos libres para el atropello. Y no sólo sus manos, sino lo que es más, las manos de la fuerza pública, enteramente a sus órdenes.” (Ibid.: 105).

1. ESFERA PÚBLICA, OPINIÓN PÚBLICA Y ESPACIO POLÍTICO

Se concibe a la esfera pública como un espacio constituido en la modernidad, cuando emerge una distinción entre lo público y lo privado. Así, el aparecimiento de lugares tales como clubes, cafés, asociaciones culturales y políticas, son rasgos constitutivos de la esfera pública. Y uno de los mecanismos de expresión y constitución de la esfera pública son justamente los periódicos y revistas. La esfera pública permite el aparecimiento de la opinión pública como opiniones generales de sujetos activos y deliberantes que debaten y argumentan de modo racional sobre la política y la sociedad (Habermas 1986). Esto es lo que ocurrió en el siglo XVIII en las sociedades europeas que veían surgir estamentos burgueses portadores de opiniones contrarias a las sociedades absolutistas.

Esta definición amplia de la esfera pública, ha sido cuestionada por considerar que no considera a sectores de la población excluidos de la deliberación en la conformación de las sociedades modernas, puesto que los espacios de sociabilidad en los que emergen individuos deliberantes correspondían a individuos de las elites burguesas y clases medias. Sucede que los trabajadores y las mujeres como grupos sociales, aparecen fuera de la esfera pública formalizada y tienden en la acción social a crear una esfera propia de actuación con sus vínculos y espacios (Fraser 1999: 149–155). Por ello se ha propuesto la necesidad de analizar la existencia de una esfera pública plebeya, con sus propios intereses y sociabilidades, dado que existen múltiples públicos en una sociedad en la que se evidencian amplias desigualdades.

Los temas de la opinión pública son aquellos de la política y de los asuntos públicos que conciernen a toda la población. Así que la opinión pública en realidad significa muchas opiniones que se producen en lugares de discusión y encuentro de los individuos. Los temas de la opinión pública se plantean y debaten en los medios impresos y audiovisuales. Sin embargo, la estructura social condiciona la formación de la opinión pública en tanto no todos los grupos sociales cuentan con acceso a los medios de comunicación y tienen modos de vida diferenciados.

A mediados del siglo XX, cuando ya se hallaba consolidada la idea de la existencia de una opinión pública, Raúl Andrade sostuvo que era necesario observar el modo el que

las voces privadas se convertían en una opinión pública como “un conjunto de opiniones privadas aptas para expresarse en público” donde, sin embargo, predominaban los rumores que se convertían en hechos verdaderos y quedaban camuflados los intereses políticos. “El susurro malintencionado, el rumor irresponsable y escurridizo, elevados a categoría de opinión pública, han dado ciertamente frutos óptimos a sus desleales forjadores” (Andrade, 1990: 57). Por eso Andrade reclamaba que los políticos y los partidos políticos se expresen directamente y confronten sus reales opiniones políticas sin camuflarlas.

En un estudio sobre la opinión pública peruana de fines del siglo XIX, se establece una distinción entre la existencia de una opinión pública moderna y otra tradicional. La opinión pública moderna sería aquella que se manifiesta en los medios impresos dominantes controlados por las elites y que se expresa en valores tradicionales y jerárquicos de un público alfabetizado que excluye a otros sectores de la población. En tanto que la opinión pública tradicional sería aquella que se forma en los poblados y zonas rurales con sus espacios propios de sociabilidad, rituales y calendarios festivos (Jacobsen, 2005). Sin embargo, estas opiniones públicas diferenciadas no se encuentran totalmente separadas puesto que tienen vínculos y superposiciones.

El espacio político es todo el conjunto de posiciones e instituciones públicas y privadas a través de las cuales se expresan los actores políticos. Un espacio de esta índole está constituido por ideologías políticas e intereses que se expresan en conflictos y contiendas políticas. En tanto que en este espacio se definen los polos de la acción política, se expresa una opinión pública que puede tener algún grado de desarrollo e influencia. ¿Pero que implicaba una opinión pública en una sociedad con amplias capas de la población no alfabetizadas? Vale decir, una población que alejada de la letra impresa forma sus opiniones en otros círculos más conectados a la vida cotidiana y el mundo del trabajo.

La prensa y los medios impresos se insertan en un espacio político. Este espacio no surge específicamente de los medios, aunque es construido y modificado por ellos. Así mismo, hay una historia propia de los medios impresos. Estos tienen una trayectoria de ubicación ante el espacio político. Los periodistas y los propietarios de los medios

tienen acceso a información que proviene del Estado, la sociedad y los actores políticos. Se encuentran en un lugar privilegiado para decidir lo que se difunde o no, pueden dar más visibilidad a unos hechos que otros. Y esto depende también del enfoque y la posición que está adoptando el medio frente a un público lector y los actores.

2. ALGUNOS RASGOS DE LOS MEDIOS IMPRESOS

A mediados del siglo XX existían en Quito varios periódicos de circulación diaria producidos desde empresas periodísticas, que por eso puede llamarse prensa comercial en tanto su financiamiento proviene de la venta de espacios publicitarios. *El Comercio* situado en una perspectiva liberal, era el periódico dominante que imponía un modo de tratamiento de la información y la escena política. Fundado en 1906 corresponde a lo que se llama diarios de elite, caracterizados por un manejo familiar y vertical cuyos valores y posiciones políticas son interiorizados por los periodistas que trabajan para el medio (Peralta, 2000: 26). Manifestó su clara preferencia por Galo Plaza y su oposición al velasquismo y Concentración de Fuerzas Populares CFP. Como una opción diferente estaba el diario *El Sol* que entre 1951 y 1954 intentó ser un contrapeso a *El Comercio*. Representando una corriente de centro (liberal-socialista), *El Sol* fracasó como empresa periodística y le sucedió *Diario del Ecuador* -publicado entre 1956 y 1962-, que tampoco pudo convertirse en una opción competitiva a *El Comercio*. Es necesario incluir además, los periódicos guayaquileños *El Universo*, *El Telégrafo* y *La Nación* con circulación en Quito.

La prensa con expresa vinculación política mostraba un panorama signado por el colapso de los periódicos conservadores *Patria* y *El Debate* que habían dejado de publicarse en 1949. Mientras que el periódico liberal *El Día* dejó de salir en 1953 tras una crisis como empresa que no había podido modernizarse. En este terreno, *La Tierra* y *Combate* eran dos periódicos claramente identificados con actores políticos de izquierda y derecha, respectivamente.

El Partido Socialista editó el diario *La Tierra* en Quito entre 1945 y 1958, en su segunda época. Estaba centrado en informar sobre las acciones partidarias, la opinión ante los acontecimientos políticos y la difusión doctrinal. La orientación circunstancial del periódico dependía de quien ejercía la dirección del partido. Su formato era

tradicional, con pocas páginas, deficiente calidad en la impresión y débil uso de la imagen gráfica. En 1946 sufrió el ataque del gobierno de Velasco Ibarra: se empasteló la imprenta donde se producía el periódico, se incineró la edición y los archivos.

El diario *Combate* fue un periódico publicado desde 1953 por ARNE (Acción Revolucionaria Nacionalista Ecuatoriana). Era un medio de prensa orientado a publicitar las acciones de este movimiento político de derecha que apoyaba al gobierno de Velasco Ibarra. ARNE, fundado en 1942, planteaba una ideología nacionalista beligerante con un fundamento católico. Muy identificado con el régimen de Franco en España, acogió con entusiasmo la reforma agraria boliviana, puesto que se identificaba con Falange Socialista Boliviana, un partido aliado al Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Su actitud cuestionadora ante la prensa “grande” se expresaba en su denominación de “prensa amarilla” a *El Comercio* y *El Sol*. Para *Combate*, Benjamín Carrión, en su papel de senador funcional por la prensa, no era más que un representante de esa “prensa amarilla”. Precisamente a mediados de 1953, ARNE propuso una ley de prensa que criticaba la crónica roja y el mercantilismo de la prensa.

El Partido Comunista poseía *El Pueblo*, un semanario publicado con regularidad en Quito desde comienzos de la década de 1950. Combinaba la difusión doctrinaria con informaciones de tipo laboral y una sección internacional dedicada a exaltar la evolución de los regímenes de Europa del Este, especialmente los avances de la Unión Soviética y secundariamente de China. También apareció de manera irregular en 1954 el periódico satírico *Don Pepe*. Este fue producido por militantes del Partido Comunista que estaban inconformes con su prensa partidista. Su primer número fue incautado por el gobierno de Velasco Ibarra y encarcelado Mentor Mera, su editor.

Una revista de amplio impacto fue el semanario *La Calle* (1957-1974), que a diferencia de épocas anteriores, cuando las publicaciones políticas periódicas eran extremadamente efímeras y ocasionales, adquirió una mayor regularidad en su publicación y circulación. El primer número de *La Calle*, apareció el 5 de marzo de 1957, a seis meses del comienzo de la gestión de Camilo Ponce como Presidente de la República. Proclamó en sus primeros números un tiraje de 7.000 ejemplares y después de 11.000 a fines de 1957. Su impacto además se incrementó por la circulación nacional. La revista comenzó

definiendo un espacio político de centro que privilegiaba las figuras de tipo liberal. Oscilaba en su autodefinición como publicación de centro izquierda o de izquierda: a veces el liberalismo era definido como izquierda o cabeza de la izquierda. La tendencia general de la revista era anticonservadora. Uno de los adversarios en la derecha, fue ARNE, definido como “fascismo criollo”. Otro adversario fue CFP y Guevara Moreno. También se realizaba una intermitente crítica al Partido Comunista aunque algunos de sus colaboradores pertenecían a ese partido.

Los diarios publicados en Quito tenían un tiraje total de 20.000 ejemplares, o sea 1 por cada 10 habitantes y llegaban débilmente a las ciudades del interior (Linke 1954: 40). En la década de 1950 se realizó el primer censo moderno de población en el Ecuador. Este estableció que un 71% de la población tenía residencia rural y había un 43% de analfabetismo. En este ambiente cabe suponer el débil alcance de los medios impresos en la población rural.

El tiraje y circulación de los medios directamente vinculados a la izquierda no puede ser precisado, pero cabe suponer bajos tirajes. Sin embargo, en varias ocasiones se expresó en las mismas páginas de *El Pueblo* los serios problemas de circulación ya que los ejemplares se quedaban en las casas o los locales partidarios puesto que los militantes y los organismos del partido no cumplían con sus tareas de difusión asignadas.²⁴⁹ El supuesto partidario era que este periódico servía, sobre todo, para ser un vínculo de los militantes con los sectores populares, cumpliendo el papel articulador de la prensa en el esquema leninista.

En la prensa comercial, la ocasional información sobre los conflictos rurales aparecía de modo esporádico en las páginas interiores junto a crímenes y accidentes de tránsito, un conjunto de noticias de origen judicial que podrían ser concebidas como “crónica roja”. Cuando estos conflictos tomaban notoriedad se les asignaba un mayor espacio, aunque sin abandonar las páginas interiores. Al adquirir cierta importancia se comentaban en la página editorial y con eventuales caricaturas.

²⁴⁹ “Periódicos que quedan sin venderse”, *El Pueblo*, 22 de mayo de 1954, p.2.

Se debe precisar que en los años cincuenta, las páginas dedicadas a la agricultura en la prensa comercial estaban dedicadas a difundir las tecnologías mecánicas y los paquetes agroquímicos. También se divulgaban nuevos métodos de cultivo y muy raramente temas de tipo laboral y social vinculados al agro. Existía la intención manifiesta de impulsar la modernización de la agricultura.

Una cuestión que está planteada en la época es la relación entre el Estado y los medios impresos. Estos nexos estaban dados por la publicidad o por las relaciones con figuras políticas o tendencias políticas. Más allá de esos vínculos concretos se encuentran concepciones y modos de exponer los acontecimientos de tipo conflictivo que recurren primordialmente a información originada en las instituciones represivas y administrativas del Estado (policía, aparato judicial, ministerios). Por tanto, puede decirse que la perspectiva estatal predominaba en las fuentes de información y la construcción de opiniones. Este hecho contradice el discurso de las empresas periodísticas y los periodistas en relación a su autonomía como empresas y profesión. El periodismo todavía no se había constituido como carrera universitaria y las “escuelas” de formación periodística eran las mismas salas de redacción. Es difícil conocer el grado de autonomía que tenía la profesión periodística. En aquel tiempo los empresarios y los profesionales de la prensa se encontraban confundidos en la misma imagen. Esto permitía el dominio de los propietarios de las empresas que se autodefinían a sí mismos como periodistas. De hecho, esto era evidente en la influencia de los propietarios de los diarios en la Unión Nacional de Periodistas.

Al revisar los datos publicados por los periódicos se advierte que la información se encuentra predominantemente extractada de la documentación que dejan los acontecimientos cuando se han transformado en causas penales. Son los modos en que se reúne la información judicial lo que determina la presentación de las noticias de prensa. Se trata entonces del “descubrimiento jurídico de la verdad” (Foucault 1999: 204). El interrogatorio que se hace a los implicados en los eventos produce una versión de tipo testimonial que trata de llegar a la revelación de la verdad. Con el interrogatorio judicial los eventos adquieren un tiempo presente. Pero se trata de una definición de la verdad que emerge en condiciones de amplia desigualdad para las víctimas puesto que sus declaraciones son tomadas en las dependencias policiales a donde llegan desde las

cárceles o lugares de reclusión en los que están detenidos, algo que aparece en la prensa como algo natural. El conocimiento de los conflictos está entonces inscrito en una trama de poder que configura la producción de la verdad.

La Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE) y la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI), fundadas en 1944, operaban como redes de proyección pública. Actuaban como foros que incidían en la esfera pública y producían opiniones subordinadas. Sus funciones de articulación de la acción colectiva del mundo del trabajo y el mundo indígena se expresaban en la elaboración y difusión de sus visiones del conflicto que aparecían débilmente reseñadas en los periódicos comerciales.²⁵⁰ Los boletines de prensa enviados a los medios situando posiciones y una versión de los acontecimientos eran su forma de intervención junto a la visita de indígenas y campesinos a las oficinas de redacción de los periódicos que eventualmente publicitaban estas visitas. Estas versiones emergían de modo fragmentario como la constancia de un tipo de opinión recogida parcialmente por los periódicos.

En la década de 1950 existían más de 15 emisoras de radio en Quito, la mayoría de ellas de naturaleza comercial y baja potencia. Su modo de funcionamiento daba lugar a una oralidad secundaria, puesto que en términos de información dependían de la lectura de la prensa. En la radio, la oralidad secundaria implica el uso de textos escritos como referente principal para transmitir un noticiero radial o una radio-teatralización. Esos textos, obviamente, sufren una transformación: son utilizados discrecionalmente por libretistas y locutores, quienes realizan adaptaciones, simplificaciones o traducciones. Era común la lectura de noticias de prensa o la narración, en los espacios de radioteatro, de libretos elaborados a partir de cuentos o novelas de literatura universal (Ibarra y Novillo, 2010). Benjamín Carrión (1957: 159-160), por ejemplo, sentía vergüenza que “nos hace salir los colores a la cara” por una alta población no alfabetizada, lo que hacía necesario recurrir a la radio con programas “en los que se incluya la información sana de los sucesos más importantes del país; se haga conocer las vibraciones de la opinión

²⁵⁰ La definición de ventriloquía política se relaciona con la producción de imágenes de los indígenas y una representación que habla a nombre de ellos ante los aparatos estatales creando un lenguaje específico a fines del siglo XIX (Guerrero 1994: 240-242). Haría falta una documentación particular para saber si estas imágenes eran elaboradas en los gremios influidos por la izquierda. Además, establecer objetivamente el rol de los militantes de izquierda como intervenciones diferenciadas de lo que constituía la tradición de los vínculos de los indígenas con tinterillos.

pública, en forma absolutamente imparcial, leyendo las columnas editoriales de los diarios serios; se difundan conocimientos útiles para el hogar y el campo; instrucciones sanitarias para la defensa del capital humano nacional; estímulos educativos para todos los niños de la patria”. Esta era una perspectiva ilustrada del uso de la radio que plantea claramente la dependencia de los medios impresos. La sensación de instantaneidad del mensaje radial hacía perder de vista aquella conexión entre palabra y texto escrito.

3. INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS CONFLICTOS Y VIOLENCIA

A mediados del siglo XX se encontraba operando una relativa institucionalización de los conflictos de trabajo con regulaciones legales y mecanismos administrativos que establecían la manera de definir derechos laborales. Así mismo, la Ley de comunas tenía establecidos desde 1937 mecanismos de tratamiento de los conflictos entre haciendas y comunidades, la obtención de personería jurídica y una ubicación subordinada en la división político administrativa del Estado.

La cuestión de la universalidad de la ley y su particularidad, puede ejemplificarse con la legislación laboral. Esta legislación era una manera de institucionalización del mundo del trabajo, desde la perspectiva de la conformación de derechos sociales para la población trabajadora. Se configuraba así una dimensión de la ciudadanía social con derechos colectivos y una institucionalidad.

Los derechos laborales son individuales y colectivos en términos de su realización. Habían sido asumidos como una importante conquista del sindicalismo y la izquierda a fines de los años treinta. El Código del Trabajo expedido en 1938, incluyó un capítulo entero dedicado al trabajo agrícola en el que constaban sus diversas modalidades que no necesariamente eran relaciones plenamente salariales. Allí estaban claramente definidas relaciones laborales como el huasipungo, la yanapa, la ayuda y la aparcería como modalidades de trabajo que predominaban en las haciendas serranas. Este hecho de que la legislación laboral haya introducido disposiciones específicas sobre estos trabajadores rurales, traza el modo en el cual un marco regulatorio legal se adaptaba a las formas concretas de trabajo. Se formulaba de modo implícito en el Código que los derechos de organización y huelga eran generales para todos los trabajadores, independientemente de su anclaje en relaciones de trabajo específicas. En teoría, los trabajadores rurales

tenían estos derechos también, pero solo eran factibles a partir de una capacidad de negociación individual y colectiva. Por otra parte, la institucionalidad del Estado daba potestades de intervención a subinspectores de trabajo agrícola como funcionarios con autoridad que podían intervenir en litigios y reclamaciones laborales (Jaramillo Pérez 1954: 76-85).

El huasipungo estaba definido en la ley como la posesión de un lote de tierra y una remuneración salarial. Adicionalmente se estipulaba el acceso a recursos tales como leña y agua. Las jornadas de trabajo no podían ser mayores a cuatro días a la semana. Así mismo, la huasicamía como la obligación rotativa de servir en la casa de la hacienda, debía ser remunerada a cada miembro de la familia que desempeñara esa obligación. Se obligaba a mantener el statu quo de la posesión de los huasipungueros en cuanto a la extensión del lote de tierra. Sin embargo, se establecía la terminación de la relación laboral mediante el despido, el visto bueno y el desahucio.

Para las relaciones que se establecían entre campesinos externos a las haciendas que lo hacían mediante la llamada yanapa -consistente en un intercambio de jornadas de trabajo por el acceso a recursos (pastos, agua y leña)-, también se establecía una regulación que obligaba a un contrato escrito incluso entre haciendas y comunidades. Este punto es complementario a la Ley de comunas que establecía la posibilidad de solicitar expropiaciones de tierras a favor de las comunas.

Así mismo, la aparcería o el trabajo al partir, también quedó establecida con la obligación de reparto equitativo entre trabajo producido en un lote de tierra por un partidario y el propietario.

Este modo de institucionalizar las relaciones de trabajo rurales presentaba, por una parte, la inserción de normas generales relativas a los derechos de organización y huelga como fundamentos del derecho laboral aplicables a todos los trabajadores y, por otra, las modalidades específicas de trabajo rural que tenían sus rasgos particulares.

Se habían desarrollado dos maneras de gestión de los conflictos laborales en las haciendas: una tradicional con la intervención de tinterillos y autoridades locales; y, la

nueva que había surgido desde mediados de los años veinte con los abogados y militantes de izquierda que buscaban implantar un modelo sindical.

La FEI fue fundada en 1944 como una culminación del trabajo organizativo del Partido Comunista iniciado en los años treinta (Prieto, 1978; Becker, 2008). Pero en la Constitución de 1946 fue suprimida la representación funcional de los campesinos en el senado lo que determinó que Ricardo Paredes como senador funcional de los indígenas pierda esa representación.

A comienzos de la década de 1950 pasaron a segundo plano Ricardo Paredes y Dolores Cacuango las figuras históricas de la FEI. Esto estuvo vinculado al ascenso de Pedro Saad a la dirección del Partido Comunista en 1952. Modesto Rivera ejerció como Secretario General de la FEI desde 1946, cuando fue nombrado en un Congreso de la organización. Era un músico de la Sinfónica Nacional que también creó un gremio de los músicos. Vinculado como militante del PC desde los años treinta, permaneció como dirigente de la FEI y del Partido Comunista hasta comienzos de la década de 1960.

Casi diez años más tarde de la vigencia del Código del Trabajo se legalizaron los primeros sindicatos de huasipungueros en 1947. La FEI realizó algunos Congresos con cierta regularidad hasta comienzos de los años cincuenta. Entre 1948 y 1950 se produjeron 6 conflictos laborales en la agricultura de todo el país.²⁵¹ En los años siguientes la acción conflictiva se incrementó con 23 conflictos laborales rurales entre 1951 y 1952 (Guerrero 1983: 118). El número de conflictos en haciendas de la sierra tendió a ser bajo durante los años cincuenta y se amplificó notablemente a fines de esa década y prosiguió su incremento a comienzos de la década de 1960. Esto correspondía al desarrollo de la propuesta sindical conducida mayoritariamente por la FEI.

Hacia los años cincuenta los conflictos entre haciendas y comunidades estaban con una tendencia declinante. Su período de mayor intensidad fue la década del cuarenta que coincidió con la primera oleada de legalización de comunas (Ibarra, 2004).

²⁵¹ “Estadísticas”, *Revista de Derecho Social Ecuatoriano*, I, No.1, 1952, pp. 33-34.

El uso de la violencia patronal y estatal en los conflictos de trabajo en las haciendas evidencia como se procede a restablecer el orden que ha sido alterado. Existe un vínculo entre violencia, poder y autoridad. Es necesario distinguir violencia y poder en cuanto quien está en una posición subordinada puede elegir un modo proactivo de respuesta ante un agravio. Mientras que quien tiene poder también posee capacidad de coerción. En la hacienda se trata de relaciones de poder y autoridad que están teñidas de la dominación étnica. Por eso las relaciones de poder coercitivo pueden recurrir al castigo. La violencia sirve para doblegar la resistencia del opositor y aniquilar la beligerancia. Estas formas de violencia ocurren en espacios que tienen características privadas, pero que poseen una regulación pública desde la perspectiva de la vigencia formal de derechos laborales y ciudadanos. El esquema de autoridad patronal se encuentra alterado por las tensiones de los indígenas con los mayordomos y administradores. Los trabajadores asumen el riesgo de enfrentarse a los representantes del poder patronal en la hacienda. Sus agravios se han transformado en ira y deseo de cambiar la situación. El uso de la represión física se convierte en un despliegue de fuerza para doblegar la resistencia.

La sublevación o rebelión es un acto de protesta que busca obtener alguna demanda o reivindicar la solución de un problema identificado por todo el grupo implicado. Son eventos de confrontación colectiva beligerante que desafían a los personajes que simbolizan la injusticia. Hay una situación de ventaja para los hacendados: pueden recurrir a la represión puesto que están en una posición dominante o de mayor influencia en los espacios de poder estatal.

Precisamente, la policía ejerce los actos de represión. Pero, ¿qué ha determinado su intervención? Está justificada, desde el poder, una facultad de intervención proveniente del Código de Policía y la legislación penal. Se presume como justificación en estas intervenciones policiales que los indígenas han cometido “rebelión”. Al respecto, un antiguo manual de procedimientos de la policía fundamentaba sus acciones en las definiciones legales de rebelión y motines contenidas en el Código Penal y el Código de Policía. Una rebelión se definía como ataques y resistencias con “violencia y amenazas a los depositarios o agentes de la fuerza pública y a los empleados públicos (...)”. Los motines eran comprendidos tan ampliamente como los actos resultantes de discursos

pronunciados en público que condujeran a alguna infracción (Iturralde, 1937: 108 y 97-98).

Las instrucciones que recibían los policías estipulaban que solo debían usar las armas “en casos muy justificados de defensa de su propia vida o para reprimir los tumultos populares solo en circunstancias muy graves.” Así mismo, “Cuando el empleado de Policía sea atacado de hecho, sea a golpes, con piedras o con armas, está obligado a defenderse usando de la mayor cordura, sin que le sea permitido usar las armas sino en casos extremos y muy justificados en que corra riesgo inminente su vida.” (Iturralde, 1937: 26). De acuerdo al Código del Trabajo, la intervención de la policía estaba para garantizar los derechos de los trabajadores y patronos, de modo que estaba prohibida la entrada a los lugares de trabajo “a los agitadores o trabajadores rompe-huelgas” (Jaramillo Pérez, 1954: 121).

Cuando se concibe al Estado como monopolio de la coacción física legítima esto implica que el poder estatal goza de legitimidad y los dominados han aceptado la dominación (Weber, 1977 II: 1056). Pero no se puede pasar por alto las circunstancias concretas de las intervenciones policiales que corresponden a un conjunto de concepciones interiorizadas en los aparatos de control y represión; y, a las condiciones políticas de mayor o menor tolerancia a la acción colectiva que determinan un papel al control policial represivo (Della Porta, 1999).

Se considera que la transición de la intervención del ejército hacia la policía en el control de la protesta social es un signo que corresponde a una declinación de la acción colectiva violenta. En la evolución histórica de las políticas de control del orden interno en los Estados nacionales europeos, existió una tendencia a que la salvaguardia del orden interno fuera encargada a fuerzas policiales y no al ejército. Esto alude a que los niveles de organización de las fuerzas de represión estatal frente a la acción colectiva de los trabajadores fuera descansando cada vez más en la policía desde fines del siglo XIX, lo que coincidió también con el desarrollo de los mecanismos de institucionalización de los conflictos laborales. (Mann, 1997: 527). En el Ecuador, la intervención de la policía en el control de la protesta rural era ya predominante desde los años treinta. Se trata del despliegue de una violencia instrumental que permite restablecer el orden y las

jerarquías que han sido alteradas por las iniciativas de confrontación desde los campesinos. Es un tipo de represión que coexiste con mecanismos de integración y negociación de los conflictos.

Desde los años cuarenta se venía modernizando al aparato policial y en 1951 se denominó Policía Civil Nacional con una cobertura del territorio nacional. En 1949 el gobierno de Galo Plaza reorganizó el Cuerpo de Policía Rural y su intervención se desarrolló preferentemente en la región costeña. La policía rural tenía funciones específicas: combatir la delincuencia rural y el abigeato.

A comienzos de 1953, el gobierno de Velasco Ibarra dio un giro a la derecha al nombrar a Camilo Ponce como Ministro de gobierno. La conducción de Ponce se caracterizó por el autoritarismo y los conflictos de La Merced y Guachalá ocurrieron cuando él fue Ministro. El hecho de que un miembro prominente de las elites terratenientes estuviera a cargo de un aparato que entre sus atribuciones ejercía el control y la represión, plantea una circunstancia en la que se produjeron respuestas represivas en lugar de la negociación en algunos conflictos rurales.

En 1953, un tema de opinión pública claramente explicitado, era el que provenía del enfrentamiento de Velasco Ibarra con la prensa. Primero ocurrió la clausura del diario *La Nación* de Guayaquil. Este periódico, propiedad de Simón Cañarte, un exportador bananero, estaba vinculado políticamente a CFP. La clausura duró algunos meses y dio lugar a una polémica sobre la libertad de prensa (Norris, 2004 II: 147-148). En noviembre del mismo año también fue clausurado *El Comercio* por haberse negado a publicar un comunicado del Ministerio de Defensa. La clausura fue levantada a fines de diciembre. (Ibid: 160-162).

¿En cuales condiciones se produjeron las intervenciones represivas en los años cincuenta? La descripción y análisis de los casos de las haciendas Leito, La Merced y Guachalá así como de San Pablo del Lago, requieren considerar la dinámica específica de cada uno de estos conflictos con sus antecedentes históricos. Para ello, se hace necesario describirlos de acuerdo a como estos acontecimientos se presentaron en la prensa. Complementariamente, se cuenta con otra documentación proveniente de

fuentes secundarias y archivos. Se trata de observar cómo se fue produciendo la información y los juicios expresados en los editoriales y las columnas de opinión. La prensa tiene un papel fundamental en el enmarcamiento de la acción colectiva al situar acontecimientos y definir interpretaciones (Tarrow, 1994). Las opiniones editoriales de los diarios están constituidas por interpretaciones de los acontecimientos, juicios y valoraciones que conducen a ofrecer prescripciones. Todo esto puede permitir entender cómo la opinión editorial configura los discursos públicos de las elites y de las distintas tendencias políticas.

4. ORIGENES Y DESCENLACE DEL CONFLICTO DE LA HACIENDA LEITO (1952)

El conflicto de la hacienda Leito, plantea una larga confrontación que tiene como contenido los intereses de un propietario que desea constituir un espacio territorial y de desarrollo empresarial basado en la violencia y el desarrollo de la autoridad. El origen del conflicto que tuvo resonancia pública de mayores consecuencias a fines de 1952, provenía de un antiguo antagonismo que había configurado una situación de múltiples aristas en las que estaban comprendidas las comunidades externas a la hacienda y una colonia campesina que disputaba una extensa zona de desarrollo de la frontera agrícola. La hacienda Leito, situada en Patate, en la provincia de Tungurahua era una extensa hacienda de origen colonial que poseía varios pisos ecológicos y amplios bosques naturales hacia la cordillera oriental. En una provincia caracterizada por el peso de la pequeña y mediana propiedad, e importantes comunidades campesinas, esta hacienda estaba situada en una parroquia donde existía un significativo predominio de las haciendas sobre la estructura de la propiedad (Ibarra, 1992). La llamada masacre de Leito de 1923 ha sido una constante referencia en los relatos de la historia ecuatoriana y también la leyenda sobre Marco Restrepo el dueño de la hacienda desde 1928.

Las coyunturas políticas influyeron en el desenlace y desarrollo de las confrontaciones. El conflicto atravesó distintos momentos de configuración estatal y circunstancias de regulación de los conflictos con la intervención del Ministerio de Previsión Social, con la vigencia de las Leyes de colonización (1936) y Comunas (1937). Los momentos más desfavorables para el propietario de la hacienda fueron los correspondientes a los

gobiernos de Velasco Ibarra. En efecto, durante esos gobiernos se produjeron las mejores condiciones para la acción campesina.

La trayectoria de los conflictos entre comunidades y haciendas de Patate provenían desde mediados del siglo XIX cuando las comunidades de Poatug y Patate Urcu, empezaron un litigio para delimitar sus territorios. En 1857, la comunidad de Patate Urcu, se enfrentó en el mismo año dos veces con la hacienda Tontapi por pastos de páramo y fuentes de agua, afirmándose en esa ocasión que los indígenas de Patate Urcu tenían una tradición beligerante: “(...) han sido siempre tumultuarios, y nunca han respetado a las autoridades, a los venerables curas ni a ningún besino (sic) propietario”.²⁵²

En 1865, el Congreso, negó la existencia de tierras baldías en Poatug y Patate Urcu, y en 1867, se colocaron linderos. A fines de la década de 1880, una sentencia de la Corte Suprema de Justicia dejó la posesión de tierras en manos de los litigantes de manera ambigua.²⁵³ En 1907, se produce un conflicto de Patate Urcu, con algunas haciendas no especificadas según las referencias que proporciona Nicolás Martínez (1916: 10). Hacia 1914, una nota del Jefe Político de Pelileo, pide se castigue a indígenas de Patate Urcu porque recogían dinero para sostener pleitos, ya que según él, “estos indígenas son rebeldes en alzamientos”.²⁵⁴

Patate y Sucre, eran parroquias caracterizadas por la concentración de la propiedad y hegemonía absoluta de las haciendas. Según Luis Fernández Salvador, la hacienda Leito, contaba a comienzos de la década de 1920 con 80 a 100 arrendatarios que pagaban un canon de arrendamiento en dinero y tenían la obligación de trabajar dos días al mes para la hacienda. Una noticia algo imprecisa publicada en el periódico *Labor* de Ambato, indica que gente de Patate estaba presa a fines de Febrero de 1923, acusada de haber “soliviantado” a los arrendatarios. Un telegrama enviado por Fernández Salvador

²⁵² Archivo Histórico Banco Central /Ambato. 3604. J. Civ. 1857. s/f.

²⁵³ Juicio Civil seguido por los comuneros de Poatug y Patate Urcu, por terrenos, [Tungurahua 1887-1889], *Gaceta Judicial*, IV, No. 163, 12/08/1905, pp. 1302-1304. Aunque esta sentencia no es un fallo favorable a los comuneros, deja una situación en términos ambiguos que reconoce la posesión de los actores luego de un recorrido del juicio desde instancias locales.

²⁵⁴ Archivo de la Gobernación de Tungurahua (AGT). Del Jefe Político al Gobernador. Pelileo 19 de agosto de 1914, Jefatura Política de Pelileo, 1914.

al cura de Patate, donde le pedía persuadir a los campesinos, indica justamente que había una situación interna muy tensa en Leito:

“Por enfermedad no puedo ir a Leito. Ruégole pasar a esta Hda. y pacificar pobladores antes de usar medidas violentas, encarázcole comunique resultado de sus gestiones de paz a fin de que tanto yo como mi representante que va a ese lugar sepamos a que atenernos”.²⁵⁵

Un contingente de arrendatarios, procedía de Quero y otras poblaciones que fueron afectadas por la erupción del volcán Tungurahua en 1886, uniéndose a las “muchas familias de chagras” que estaban establecidas desde “tiempo inmemorial”, estimándose que había quinientas “familias” instaladas como arrendatarios en la hacienda.²⁵⁶ El término “familia” denota en ocasiones en las fuentes un equivalente a persona, por lo que 500 familias, debería interpretarse como 500 habitantes residiendo en la hacienda. En marzo de 1923, estos arrendatarios, reclamaron derecho de dominio sobre una parte de la hacienda, y una escolta de soldados en respuesta, quemó ocho casas. Estas medidas represivas, plantean que había un avance de los arrendatarios sobre la hacienda. Se trata de un crecimiento de economías campesinas en los dominios de la hacienda, lo que instaura una situación conflictiva que Rafael Baraona definió como “asedio interno” en tanto disputa de recursos con la empresa patronal, resquebrajamiento del control y autoridad del hacendado (CIDA, 1965: 423- 425).

El 13 de septiembre de 1923, se produjo una masacre, cuando un piquete de 70 soldados del ejército junto a Carlos Loza, Jefe Político de Pelileo, arribó a Leito. En el sitio Pallacucho, llegó el ejército y desplegó sus fuerzas a toque de corneta. Los campesinos se reunieron en un solo grupo compacto, esperando al ejército.

“Se adelantó Loza en esas circunstancias, con la sola compañía de algunos empleados de la hacienda; y suponiendo intenciones criminales a los allí reunidos, les increpó en forma grosera. Uno de los campesinos que estaba a la cabeza del grupo, un tal Leonidas Muñoz, anticipose entonces a mostrar a Loza

²⁵⁵ *Labor*, No. 10, 10 de marzo de 1923, Ambato.

²⁵⁶ "Los sucesos de Leito". *El Comercio*, 24 de septiembre de 1923.

la citación que se les había hecho y que estaba lejos de significar revuelta alguna. La respuesta de Loza fue dispararle con su pistola y tirarle muerto al suelo. Un hermano del anterior, Belisario Muñoz, caía muerto segundos después también por manos de Loza, por haberse atrevido a calificar la actitud criminal. Enfurecida por tamañas injusticias una pariente de las víctimas anteriores llamada Olimpia Muñoz, levantó un palo y dándole a Loza un fuerte garrotazo en la nuca, botole del caballo y le tendió en el suelo... Loza trató de ponerse de pie, mas no lo conseguía, pues, Olimpia se le había echado encima y descargado fuertes mojicones.

Entonces gritó a la tropa" "¡Fuego, fuego, fuego! Como debido a la neblina y estar a alguna distancia los soldados no percibían bien lo que ocurría, dispararon a todo el grupo en repetidas ocasiones; hasta que se apagaron voces y solo se oían gemidos y lamentos... Cuando se hizo la calma y acudieron los soldados al sitio mismo de los sucesos, habían caído muertas treinta y nueve personas y los heridos sumaban más de veinte. Y entre esos 39 primeros estaba Carlos Loza, como si la Providencia misma hubiera adelantado el castigo a sus crímenes".²⁵⁷

Esta narración de los eventos de Leito de 1923 indica una intervención represiva del ejército con el uso de armas de fuego tras el enfrentamiento de los campesinos con una autoridad política local. La versión de los sucesos que manejó el dueño de la hacienda, indica dos motivaciones. Por una parte, las pensiones de arrendamiento, y por otra, que los arrendatarios habían establecido dominio sobre una parte considerable de la hacienda.²⁵⁸ Posteriormente, Marco Restrepo como nuevo propietario, atribuyó el levantamiento a un abogado que “sembró la idea de que la propiedad de Leito podía ser confiscada” (1958: 153), y al ausentismo de los Fernández Salvador.

Una petición laboral en 1926, suscrita por 122 personas incluyendo algunas mujeres²⁵⁹, indica que posiblemente el número de arrendatarios era mayor a 100 después de 1923, pero cuando llegó Marco Restrepo en 1928, el solo encontró 40, a los que llamó indistintamente como arrendatarios o huasipungueros que “vegetaban y pagaban al

²⁵⁷ (Guevara (1945), citado en Albornoz (1971: 61-62).

²⁵⁸ Luis A. Fernández Salvador, "Los Sucesos de Leito", *El Comercio*, 25 de septiembre 1923.

²⁵⁹ AGT. Jefatura Política de Pelileo. 1926.

dueño pequeños arriendos, pagos que hacían mediante trabajo, a jornal (...)”(Ibid: 130), lo que supone que se suprimieron rentas en dinero y se dejó una forma de renta en trabajo. Una parte de los sobrevivientes de la masacre de 1923, se trasladó al valle de Río Verde Chico y formó el caserío Viscaya (Freire Guevara, 1970), en la zona de la cordillera oriental donde Restrepo, expandió la hacienda desde 1928.

Ricardo Fernández Salvador vendió la hacienda Leito a Marco Antonio Restrepo, un empresario colombiano nacido en 1889 en Antioquía, y que arribó al Ecuador en 1915, dedicándose primero a la explotación de leña para el ferrocarril, la cría de mulas, e incluso la exportación a Colombia de monedas de plata recogidas de la circulación. Ya en 1925, Restrepo había adquirido la hacienda “Los Alpes” en la provincia de Pichincha. *El Rey de la leña* (2010 [1958]) es la autobiografía de Marco Antonio Restrepo (1889-1964), una narración en primera persona sobre su vida transcurrida en gran parte en el Ecuador y asociada a la turbulenta historia de la hacienda Leito de Patate en Tungurahua. Fue bautizado como “El rey de la leña” en la década de 1920 por su fama adquirida de aprovisionar durmientes y madera para el ferrocarril.

El 19 de Febrero de 1928, fue asesinado el cajero de la hacienda con seis machetazos en la cabeza, salvándose de la muerte Fausto Holguín el administrador de la hacienda.²⁶⁰ A raíz del asesinato del cajero de Leito en 1928, la hacienda se puso en venta, cuando imperaba la indisciplina y una fuerte crisis de autoridad, porque la conocida masacre de 1923 a campesinos arrendatarios definidos étnicamente como “blancos”, había profundizado el descontento (Restrepo, 1958: 96-111).

El proceso había adquirido desde 1923 un contenido muy preciso, la eliminación de los arrendatarios, manteniéndose el encono y la irritación por parte de los campesinos. El acto final de liquidación de las relaciones de renta se produjo cuando Restrepo al posesionarse de la propiedad les exigió obediencia y disciplina, con una indicación muy clara de lo que les esperaba a los que no acaten el nuevo orden:

"tomando el revólver de mi cintura, para disparar sobre un blanco que había colocado al extremo opuesto de donde estaba y que al momento se veía sobre la

²⁶⁰ *El Día*, 21 de febrero de 1928.

cabeza de los oyentes, les dije: "Así como le daré a ese círculo que tienen a la espalda, en esa pared, le daré a quien me falte o a quienes en grupo intenten hacerme mal"" (Restrepo: 133).

Esa misma noche después de la contundente "explicación" que les hizo Restrepo, 16 familias abandonaron la hacienda. Luego suprimió la costumbre de challir papas en la cosecha, alterando las normas tradicionales de trabajo para establecer un sistema de trabajo asalariado. Challir o chugchir es un término kichwa que alude a la recolección colectiva de los frutos sobrantes de la cosecha. En las haciendas de la sierra era una costumbre tradicional que aparecía como un acto de redistribución donde participaban generalmente los parientes de los trabajadores de las haciendas.

Pero quedaba pendiente la situación anterior de las comunidades externas de la hacienda. Las comunidades de Poatug y Patate Urcu, explotaban bosques que tenían valiosas maderas como cedro y nogal, ejercían jurisdicción sobre esos territorios y comercializaban la madera, un hecho que era reconocido por comerciantes madereros que contrataban con los comuneros la explotación del bosque.²⁶¹ En 1932, el conflicto con las comunidades se presentaba para Restrepo con suma gravedad como se revela en un telegrama enviado al Ministerio de Previsión Social.

"Cada día sufro nuevos atropellos. Noche jueves pasado manos criminales prendieron fuego mi puente sobre el río Patate, destruyéndole considerablemente. Poco más un año incendio noche crimen igual fue intentado. Por fragor de las llamas nos despertó poco antes hundirse sobre mis hijos; envidia quienes no trabajan persiguiéndome incansables por falta castigo, mis propiedades son depredadas beneplácito autoridades. Mis quejas no oyense. Aserradores, arrieros, pueblo Baños, azuzados perversos abogados años pasados aconsejaba pacíficos, trabajadores Leyto levantarse comuna instigan estos destruyan o exploten madera mis selvas".²⁶²

²⁶¹ AGT. De Amable Buenaño, s.l., s.f., Varios Legajados en 1934.

²⁶² AGT. Del Jefe Político de Pelileo al Teniente Político de Patate, 18-XI-1932. Jefatura Política y Diversas Autoridades del Cantón Pelileo, 1932.

En los años treinta se abre en Patate la recuperación del espacio territorial de las comunidades. Poatug que era una comunidad mestiza, se había posesionado en 1934 de una parte montañosa de la hacienda “Tunga” que se estimaba tenía 16 caballerías, a más de “hacer también incursiones” junto con Patate Urcu, comunidad indígena, a la hacienda Leito.²⁶³ Entonces, si bien el “asedio interno” había sido neutralizado, estaba también el “asedio externo” practicado como presión de las comunidades sobre los recursos de la hacienda. Claro que todo esto estaba enraizado de una concepción de territorialidad sustentada y defendida por las comunidades desde el Siglo XIX, frente al dominio territorial que intentaban definir las haciendas. La creación del Ministerio de Previsión Social en 1925 y la Ley de patrimonio territorial del Estado (1927) que había reconocido la figura de las tierras de comunidad constituían nuevas circunstancias que permitían un marco de naturaleza institucional distinto a la tradicional confrontación en los espacios locales de poder y justicia.

Los procesos de modernización que Restrepo llevó adelante requerían de trabajadores disciplinados, aunque no abandonó del todo la dotación de lotes de tierra. Era una mano de obra traída de otras regiones debido a su desconfianza de los trabajadores locales. Según su propia narración, se procedió a una inmensa innovación de cultivos de trigo, implantación de ganadería extensiva y explotación de los bosques para extracción de madera. Esto había requerido mejorar las vías de comunicación internas, el uso de maquinaria agrícola y mejores medios de transporte. Esta modernización capitalista se encontraba sin embargo condicionada por la existencia de comunidades campesinas que habían sostenido una larga confrontación con las haciendas de la zona de Patate a lo largo del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

En ningún momento Restrepo mencionó la legislación laboral u otra legislación sobre tenencia de la tierra en su narración. Lo que a él le interesaba era la actitud de apoyo que podría tener en las autoridades locales y el gobierno de turno.

La presencia de comunidades vecinas que disputaban territorios era un entorno hostil al ejercicio de poder y control despótico. Restrepo siempre puso énfasis en suprimir las

²⁶³ AGT. Avalúo 1907. Dirección de Ingresos. Ministerio de Hacienda. 15-16-III-1934.

costumbres tradicionales de vínculos con los campesinos. Prefería la disciplina laboral y el imperio de las remuneraciones en efectivo como pago al trabajo.

Los litigios que mantenían las comunidades campesinas vecinas a las haciendas de Patate evidencian un uso sostenido de recursos legales y presencia en los juzgados provinciales.

Marco Restrepo provenía de una familia de terratenientes comerciantes de una zona de Antioquia donde siempre habían existido litigios por tierras baldías. De hecho el hace referencia a algunas situaciones conflictivas que presencié en sus años juveniles. Se trata de una experiencia de expansión de la frontera agraria mediante la tala de bosques y su transformación en zonas de cultivo y pastos. Pensaba que la Ley de tierras de 1936 en Colombia había incidido en la pérdida de tierras suyas y de su familia. Esta Ley que correspondía a un momento reformista, introdujo disposiciones para regular la propiedad de tierras baldías y la función social de la propiedad. Su aplicación fue débil y no frenó el desarrollo de la gran propiedad en Colombia (Torres del Río, 2010: 131-132). Es necesario tener en cuenta que Restrepo movilizaba sentimientos nacionalistas puesto que al ser colombiano era visto con la desconfianza hacia un extranjero que había adquirido una importante presencia en la agricultura.

Restrepo quiso originalmente establecer los límites de la hacienda, fuera de las definiciones e interpretaciones de límites que históricamente habían presentado las comunidades de Poatug y Patate-Urcu, u otros propietarios. De este modo, Restrepo adquirió las haciendas Choyata que colindaba con tierras comunales, Rio Verde y Vizcaya que estaban en los declives de la cordillera oriental, más allá del pueblo de Baños.²⁶⁴ De acuerdo al Croquis de la Hacienda Leito elaborado en 1934, sus límites encerraban prácticamente toda la zona montañosa y páramos de los Llanganates, e incluso un punto del límite indicado en el Croquis, pasa nada menos que por la cumbre del Cerro Hermoso (!). Es obvio que una pretensión de control tan exagerada, solo es comprensible en tanto el afán de Restrepo, era el de bloquear el secular acceso de

²⁶⁴ AGT. Avalúo 1633. 28 de octubre de 1933. En el croquis de la hacienda Leito de 1934, se puede ubicar el trazo de las haciendas Choyata y Vizcaya. Al parecer, estas haciendas anexas, cumplían la función de escudo protector frente al asedio campesino. Es importante destacar que este Croquis, fue aprobado por el Ministerio de Gobierno, lo que indica la fuerza del documento.

comunidades campesinas a extensos y ricos bosques naturales. El “Rey de la leña”, quiso así dejar perfectamente establecido que desde cuando él llegó a Leito no habría en lo sucesivo acceso a la explotación de la madera, intención que le llevó a constantes confrontaciones con comunidades campesinas externas a la hacienda y, a ser la imagen viva del monopolio de la tierra en Tungurahua. Aunque la hacienda “Leito” no disponía de caña de azúcar, en cambio, sus extensos bosques naturales en los declives de la cordillera oriental y la posibilidad de expandir áreas de pastos para el desarrollo de la ganadería, dan una idea de su potencial.²⁶⁵

Acerca del espacio controlado por las comunidades, un registro de la época atribuye 3.000 has. de terrenos comunales en posesión a Poatug y Patate-Urcu en la década de 1930. La comunidad de Poatug se legalizó en 1938.

Después de la compra de Leito en 1928 fueron anexadas por compra las haciendas Leitillo y Rio Verde (1931) y Viscaya (1933). En la compra inicial de 1928 están Rio Verde y Leitillo. Lo que aparece después deben ser restos de haciendas compradas a posteriori. En 1934 se produjo la intervención del Ministerio de Previsión Social que reconoce la posesión de las comunidades de Poatug y Patate Urcu junto a la ampliación del territorio de la hacienda.²⁶⁶ Pero esto no hizo sino diferir el conflicto que sobre todo implicaba la disputa por el manejo de bosques naturales y su explotación.

En 1945 Restrepo decidió comprar otra hacienda, esta vez, en el Valle del Chota en la provincia de Imbabura, la hacienda “Pinandro”, dedicada principalmente a la caña de azúcar para la producción de aguardiente y panela. Así mismo, procuró establecer formas de trabajo con mayor disciplina y autoridad, eliminando costumbres laborales previas y el acceso a recursos que disfrutaban los campesinos con el anterior propietario. Para ello, utilizó a trabajadores de Leito que le ayudaron a imponer el orden en una extensa hacienda, también recurriendo a medidas violentas.

²⁶⁵ Una apología de la hacienda Leito y su propietario, se halla en: Palacios de Balde (seud) (s.f.), folleto escrito probablemente en 1940 y con fines propagandísticos.

²⁶⁶ *El Comercio*, 10 de diciembre de 1952, p.4.

En *El Universo* se publicó un recuento de los hechos de violencia ocurridos desde 1935 procedentes de documentos judiciales.²⁶⁷ Estas referencias inculpaban a Marco Restrepo.

Febrero 1935. Se instruyó proceso penal contra Restrepo por incendio de las casas de comuneros, flagelación y tortura.

12 de marzo 1943. Guardias armadas de Restrepo asaltaron la casa de Luis Díaz de Aymara. Fue herido y se robaron sus pertenencias.

1944. Sumariado Restrepo por heridas a Isaías Toscano y muerte de Virgilio Cepeda.

23 de febrero 1948. Treinta colombianos armados asaltaron y flagelaron a los comuneros Calixto Yaglos, José Quishpe, Juan Caiza, Manuel Díaz, Serafín Cunalata y otros. Esto había sido denunciado por el Teniente Político León Pío Tapia.

5 de marzo 1948. El Teniente Político Tapia denuncia el incendio de casas de comuneros de Patate Urco y muerte de su ganado.

Toda esta trayectoria conflictiva entre la hacienda Leito y las comunidades que venía desde los años treinta desembocó en los hechos violentos que se produjeron en noviembre y diciembre de 1952, coincidiendo con un nuevo gobierno de Velasco Ibarra. Un enfrentamiento con campesinos en una zona disputada (Algeciras) dejó un saldo de cuatro muertos que fueron atribuidos a Marco Restrepo, aunque el relata no haber estado en los sucesos. Fue apresado y acusado de haber actuado de manera violenta. Como había ocurrido en otras ocasiones, Ambato fue la ciudad donde tuvieron eco los sucesos, puesto que los campesinos contaban con el apoyo de las organizaciones laborales y de abogados vinculados a la izquierda. La ciudad que tenía un sector industrial y artesanal significativo había conocido desde los años treinta procesos de organización laboral junto al desarrollo de núcleos locales de la izquierda socialista y comunista. Este apoyo urbano a los campesinos era observado por Restrepo con el

²⁶⁷ “Aseguran que Marco Restrepo es experto en tratar de forma inhumana a los nacionales”, *El Universo*, 24 de noviembre de 1952, p. 8.

señalamiento de “obreros comunistas”. En Ambato pasó algunos días de cárcel y tuvo en su contra al Gobernador de la Provincia y otras autoridades locales. En esto él veía la intervención malévola de Velasco Ibarra.

Según el hijo de Marco Restrepo, José Félix Restrepo, los comuneros de Poatug habían invadido la hacienda en el sitio Algeciras y habrían estado armados con fusiles. Un grupo de 15 policías y 6 agentes de seguridad que llegaron al sitio, fueron recibidos con descargas de fusilería. Pero después algunos campesinos fueron capturados. Se habría incendiado un aserrío y destruido las maquinarias. Otro evento parecido había ocurrido en marzo de 1952.²⁶⁸

Ambato, la capital provincial tenía importantes agrupaciones de trabajadores y el Partido Socialista había ya dirigido el municipio durante unos años a consecuencia de su apoyo electoral. Neptalí Sancho un dirigente socialista fue electo Alcalde de Ambato en 1947 y 1953 y una empresa periodística vinculada a intelectuales socialistas publicaba el diario *La Crónica*.

El 22 de noviembre se realizó en Ambato una marcha con campesinos y trabajadores y las viudas que terminó en la Casa del Obrero. Hablaron el Intendente de Policía Carlos Cortés, Humberto Ordoñez a nombre de los velasquistas auténticos, Carlos Toro Navas del PSE y Jorge Isaac Sánchez del PC. La asamblea pidió la expulsión de Restrepo del Ecuador, la parcelación de Leito e indemnizaciones para las viudas.²⁶⁹ Este apoyo a los campesinos en un ambiente urbano provenía de la implantación del Partido Socialista desde la década de 1940. Mientras Marco Restrepo estuvo preso en Ambato a comienzos de diciembre de 1952, conoció el rumor de que podría ser linchado y escuchaba el clima hostil que promovía una emisora radial proclive al obrerismo ambateño. Fue sometido a un careo en la Gobernación. Allí fue directamente increpado por algunos campesinos y sus aliados. Restrepo relata las palabras que escuchó decir a un dirigente artesanal:

²⁶⁸ “Nuevos sucesos en Leito”, *El Día*, 28 de noviembre 1952, pp. 1 y 4.

²⁶⁹ “Marco y Fernando Restrepo, Padre-hijo, asoman como responsables del crimen llamado de Viscaya”, *El Universo*, 27 de noviembre de 1952.

“ no es posible, ecuatorianos que estáis reunidos aquí, que se permita más la permanencia de este extranjero indeseable entre nosotros, que habiéndose enriquecido en esta provincia, no reparta las tierras...Compañeros, *las tierras de Leito hay que quitar, hay que confiscar, hay que repartir entre los nacionales*; a ese extranjero indeseable hay que sacarlo de aquí, por asesino...esa viudas y sus hijos deben ser los dueños de esas tierras *que este extranjero se ha apropiado*; a esas viudas y a sus hijos hay que indemnizarlos...” (Restrepo: 300).

El conflicto de Leito, revela una reiterada confrontación que tenía como contenido los intereses de un propietario que buscaba constituir un espacio territorial y de desarrollo empresarial basado en la violencia y el desarrollo de la autoridad. En este punto es importante señalar como las coyunturas políticas influyeron en el desarrollo y desenlace de las confrontaciones. El conflicto atravesó distintos momentos de configuración estatal y circunstancias de regulación de los conflictos con la intervención del Ministerio de Previsión Social con el marco de la Ley de Comunas y la Ley de Colonización y Tierras Baldías. Para Restrepo, los momentos que considera más desfavorables fueron los correspondientes a los gobiernos de Velasco Ibarra. En efecto, durante esos gobiernos se produjeron intervenciones de ministerios que podían favorecer a las demandas de los campesinos, y esto ocurrió en 1935, 1945 y 1952. Incluso en 1935, Velasco Ibarra habría pedido la expatriación de Restrepo aunque este buscó en 1944 mejorar sus relaciones con el caudillo. Restrepo no emite quejas sobre Galo Plaza y considera que con el gobierno de Camilo Ponce si hubo condiciones más favorables para defender sus intereses.

En ningún momento Restrepo menciona en su autobiografía la legislación laboral u otra legislación sobre aspectos agrarios. Lo que a él le interesaba era la actitud de apoyo que podría tener en las autoridades locales y los gobiernos de turno. Lo que sí relata constantemente es un entorno hostil a su ejercicio de poder y control despótico. Por ejemplo, el ocasional papel de tenientes políticos opuestos a su autoridad. Restrepo siempre puso énfasis en suprimir las costumbres tradicionales en sus vínculos con los campesinos. Prefería la disciplina laboral y el imperio de las remuneraciones en efectivo como pago al trabajo.

Aunque no se precisa la fecha, un nuevo enfrentamiento dejó en cambio tres fallecidos entre los trabajadores de Leito. A fines de 1952 se anunciaba un nuevo acto de control de los campesinos de las tierras disputadas con el apoyo del Intendente de Policía que envió 4 policías en respaldo.²⁷⁰ Mientras tanto, la policía se había hecho presente constantemente para resguardar el orden, aunque Restrepo desconfiaba de la policía. De allí que después de 1952 prosiguieron los enfrentamientos con los comuneros de Poatug, llamados los “poatos” por Restrepo.

Los incidentes de Leito que fueron relatados en la prensa se refieren a la colonia “Nuevos Surcos” y la intervención del Ministerio de Economía como un problema de tierras baldías que correspondía a la colonia Vizcaya, un agrupamiento pobladores rurales que disputaban los bosques. Fernando Restrepo es quién habría dirigido el ataque que culminó con la muerte de 4 personas y 2 heridos.

El conflicto de Leito tenía un impacto en Ambato donde la izquierda y los trabajadores apoyaban a los campesinos de Leito y se producían reuniones de apoyo en la Casa del Obrero en diciembre. Los campesinos habían encontrado un eco favorable con aliados urbanos. Esto marca una distancia con lo que habían sido los conflictos entre haciendas y comunidades en el pasado cuando estos se dirimían como duraderos litigios que se resolvían estrictamente en un plano local sin llegar a los ambientes más amplios.

Se habían producido nuevos incidentes en Leito a fines de noviembre de 1952. Los propietarios sostuvieron que en las secciones Algeciras y Floresta de la hacienda se destrozaron los aserríos, se robó ganado y se dañaron los sembríos.²⁷¹

Acerca del conflicto de Leito, se escribió una versión favorable a los campesinos de modo contradictorio a la memoria que había establecido Marco Restrepo en su relato autobiográfico. *El triunfo sobre Leito Grande* de Enrique Freire Guevara (2003), ofrece una versión del conflicto que plantea como se produjo esta confrontación. Se encuentra sustentado en una información obtenida de los antiguos campesinos de Leito y de las

²⁷⁰ “Comuneros de Poatug y Patateurco vuelven a tomar posesión de sus tierras que ocupaba Marco Restrepo”, *La Crónica*, 30 de diciembre de 1952.

²⁷¹ Comunicado público de los propietarios, *El Comercio*, 3 de diciembre de 1952.

comunidades, aunque retoma parcialmente los datos de Restrepo. Se puede encontrar tres grandes momentos a que alude esta memoria. El primero a la historia colonial de la hacienda que carece de fuentes específicas, el segundo a la época de la última propietaria, cuando se produjo la famosa masacre de 1923. Y el tercer momento a la época de Marco Restrepo el propietario que se estableció desde 1928 hasta los años sesenta cuando finalizó el conflicto. La época de la última propietaria, indica la operación de un sistema despótico de trabajo y el modo en el que el establecimiento de mayor disciplina provocó un malestar entre los campesinos trabajadores de la hacienda, lo que había estado como causa de la confrontación que terminó en la intervención represiva del ejército en 1923. Además se incluye un dato importante, la masacre se produjo durante los trabajos de una minga que había sido convocada por el Teniente Político de Patate.

Aunque sin indicar fechas específicas, Freire Guevara (2003) ofrece una visión de la época de Restrepo cuando modernizó la hacienda con la incorporación de tecnología mecánica, expandió la ganadería y se dedicó a una explotación sistemática de los bosques. Fue incorporada mano de obra proveniente de otras regiones. El manejo había tomado la forma de “un Estado autocrático y soberano en que la única ley sería la sagrada voluntad del amo. Su objetivo era extender la propiedad hacia lo ilimitado sin que nadie se atreviera a reclamar derecho alguno” (Freire Guevara: 122). Por otra parte, había constituido una guardia interna de la hacienda que estaba conformada por personal entrenado en el manejo de armas quienes fueron considerados “Los soldados de Leito”. Se puede inferir que esta nueva condición de la hacienda estaba ya en marcha en la década de 1930. Aunque imperaban las relaciones salariales, persistían los vínculos de índole religiosa y ritual que habían existido tradicionalmente en torno al Señor del Terremoto, santo patrono de Patate y en la hacienda se realizaban corridas de toros.

La historia de los incidentes entre Restrepo y las comunidades de Patate Urcu, Poatug y Viscaya, Freire la relata sin precisión en cuanto a sus fechas, pero queda claro que las comunidades campesinas disputaban abiertamente el dominio territorial de zonas donde hacían cultivos, tenían ganado y explotaban los bosques. La zona de mayor controversia era el valle de Rio Verdechico. La distancia entre el núcleo central de la hacienda y los

extensos territorios hacía necesario que Restrepo estableciera campamentos con sus trabajadores. Uno de los castigos brutales que Freire menciona fue el de marcar con hierro candente a campesinos capturados en las disputas con Restrepo. Con el paso de los años, los campesinos también aprendieron el uso de armas con la experiencia de quienes regresaban de la conscripción. Esto indica la existencia de respuestas campesinas que no esperaban pasivamente los enfrentamientos.

Las versiones que manejó la prensa, muestran una actitud proclive a los campesinos por parte de *El Universo* de Guayaquil que reproducía los datos recogidos por un corresponsal local. *El Sol* de Quito también publicó referencias al conflicto que recogían las opiniones de los campesinos, mientras que *El Comercio* solo hizo breves menciones a los hechos. En estos dos periódicos se publicaron comunicados del propietario de Leito que tendían a neutralizar las informaciones sobre el conflicto. Y esto fue bastante obvio en el caso de *El Comercio* que casi no publicó datos sobre los hechos de Leito. El diario *La Crónica* de Ambato de propiedad de militantes del PSE, publicó informaciones desfasadas con las fechas de los acontecimientos e imprecisiones, algo que resulta extraño con el ambiente de apoyo local a los campesinos. El semanario *El Pueblo* afirmó que quienes participaron en la toma de tierras disputadas con la hacienda Leito fueron 1.000 campesinos de Poatug, Patate-Urcu, Tontapi y Surcos Nuevos. El PC interpretaba estos hechos como un evento que expresaba la alianza obrero campesina y la intervención de la Federación de Trabajadores de Tungurahua.²⁷² Mencionó que Restrepo tenía una policía privada permitida por las autoridades.

El ambiente conflictivo posterior a los incidentes de 1952 se mantuvo hasta fines de la década de 1950. El escenario desfavorable que implicaba para Restrepo el gobierno de Velasco Ibarra en funciones desde agosto de 1952, pudo haberse revertido ya en 1953 cuando Camilo Ponce fue nombrado Ministro de gobierno en una fase de derechización del gobierno velasquista. El caso de Leito pasó a examen de Comisiones parlamentarias que habían sugerido la expropiación de una parte de la hacienda con un pago a corto plazo como solución al largo litigio que había implicado sostener la presencia de un

²⁷² “Más de mil campesinos se toman la tierra en Tungurahua”, *El Pueblo*, No. 58, 10 de enero 1953, p. 3.

grupo de la policía nacional residiendo en la hacienda.²⁷³ Isidro Ayora, ex Presidente del Ecuador (1926-1931) visitó Leito en 1958 y en una carta a Restrepo que exalta la modernización de la hacienda, afirmó:

“Don Marco, con el fajo de gruesos billetes en una mano para pagar generosamente el trabajo, y el revólver en la otra para hacerse respetar, es un gigante apostado en las breñas del Pastaza” (Restrepo: 367).

En 1957, el Ministerio de Previsión Social adjudicó tierras de uso privado a comuneros de Poatug y Patate Urcu, lo que fortalecía las economías familiares. Y en 1959 el Instituto de Colonización intervino en las tierras disputadas de Viscaya con una aparente solución al conflicto. Iván Restrepo Eusse fue electo diputado por Tungurahua en representación del Partido Conservador en junio de 1960. Un hijo de Restrepo había logrado una inserción exitosa en las élites políticas conservadoras de Tungurahua.

5. LA TRAMA DE UN CONFLICTO SINDICAL: LA MERCED (1953)

Los acontecimientos que ocurrieron en la hacienda La Merced muestran una trama en la que estaban presentes los clásicos actores del poder local gamonal junto a una intervención de tipo sindical conducida por la FEI. Esta propiedad situada en la parroquia Pintag se encontraba muy vinculada con Quito como su mercado y su propietario era Rodolfo Donoso. El Teniente Político de Pintag (Raúl Muñoz) era hijo del mayordomo de la hacienda (Alvaro Muñoz).

El conflicto tuvo como su antecedente un pliego de peticiones que se habían presentado los campesinos el 21 de abril de 1953, que devino en un acta transaccional. Las demandas principales fueron la estabilidad en los huasipungos y mejor trato por parte del mayordomo. Se había formado un sindicato que presentó un pliego de peticiones. El patrono procedió a despedir a los dirigentes del sindicato. El 3 de junio se firmó un acta de convenio entre el patrono y los trabajadores donde el patrono aceptaba algunas peticiones. Como seguía una situación tensa en la hacienda, el Director del Trabajo les habría dicho a los trabajadores que paralicen las labores. Sin embargo, el ambiente era

²⁷³ M. Restrepo, “Yo escribí un libro”, *El Comercio*, 1 de enero 1959, p. 11.

de interrupción de actividades lo que obligó a la administración de la hacienda a contratar trabajadores externos.

De acuerdo con un relato testimonial recogido muchos años después, uno de los escenarios de incidentes cotidianos era la quesera de la hacienda donde ocurrían enfrentamientos entre los empleados y los trabajadores indígenas (Sosa 1996: 300-301).

Los hechos de violencia que ocurrieron ese 6 de agosto de 1953 se desencadenaron por la negativa de dar a las mujeres de los huasipungueros la “ración” de papas en la cosecha. Eso ocasionó la protesta de sus maridos. En el lugar donde se realizaba la cosecha, los trabajadores se enfrentaron al mayordomo y le golpearon. Uno de los motivos que se encontraba presente era también el que el mayordomo y sus ayudantes habían violado a algunas mujeres de los huasipungueros (Ibid: 302). Luego llegaron a la hacienda el cura y el teniente político de Pintag junto con un policía con la intención de proteger a los propietarios. Se esperaba sobre todo que el cura tenga la capacidad de apaciguar a los trabajadores. El hecho desencadenante de hechos de violencia, evidencia una de las causas analizadas por Thompson (1979: 65-66) acerca de los motines populares en Inglaterra en el Siglo XVIII, cuando normas tradicionales han sido quebrantadas, en este caso, costumbres de redistribución en la hacienda que habían sido alteradas.

Por la tarde prosiguieron los incidentes cuando Ernesto Cordovez, cuñado del propietario, disparó un revolver ocasionando la muerte de dos peones y dejando a otros heridos, uno de ellos, el cura de Pintag que estuvo presente en la hacienda con la idea de apaciguar a los campesinos. También hubo disparos de un policía y del patrono Rodolfo Donoso. Posteriormente llegó desde Quito un contingente de policía y se llevó detenidos a más de 10 trabajadores.

El modo en que se construyó la noticia de Pintag muestra la dificultad de la prensa por elaborar una versión de los hechos, puesto que era evidente que los patronos habían usado armas de fuego. Un reportero de *El Comercio* se dirigió a la hacienda para obtener información de los acontecimientos. La noticia que se publicó inicialmente provino de los voceros policiales que estaban presentes en el sitio. Al día siguiente se

transmitió información tomada del parte policial. En los días posteriores se transcribieron literalmente declaraciones rendidas ante la autoridad “libre y voluntariamente” como se estila en los procesos judiciales. En una nota aclaratoria de la redacción se afirmaba: “En este asunto seguiremos ateniéndonos exclusivamente a informaciones oficiales y a las piezas del sumario”.²⁷⁴ Los trabajadores apresados fueron maltratados en las dependencias policiales. Un trabajador de la época recordó años más tarde esa agresión: “íbamos al calabozo y en el patio un grupo de policías hacían una calle de honor por la que pasamos siendo estropeados salvajemente”.²⁷⁵

Los heridos fueron trasladados a los calabozos de la Intendencia de Policía. También estaban presas algunas mujeres que no pudieron ser puestas en la cárcel de mujeres porque estaba llena.

En una declaración de Zoila Rosa Cachumba, quien se desempeñaba como ordeñadora y era madre de uno de los fallecidos, al relatar su visión de los incidentes mencionó que los motivos estaban dados por la negativa patronal a permitirles el pastoreo de animales propios en la hacienda.

“En todos nuestros reclamos lo hacíamos con ruegos y súplicas manifestándole que el debía ser como nuestro padre y no portarse mal con nosotros, dejándose llevar por los chismes del mayordomo de la hacienda Alvaro Muñoz. (...) antes de los incidentes (...) los cabecillas y más peones de la hacienda concurrimos donde el compañero Modesto Rivera quien vive por San Blas y es el que nos daba los consejos y la forma como debíamos hacer nuestros reclamos”.²⁷⁶

Esto sugiere que los intermediarios en la administración de la hacienda eran quienes ejercían la opresión según los trabajadores. Por eso, definió a su patrono como “nuestro padre”. Además se reclamaba los derechos de los huasipungueros al pastoreo de su ganado.

²⁷⁴ “Hechos de sangre ocurrieron en la hacienda la Merced, Pintag”, *El Comercio*, 7 de agosto 1953, p. 13.

²⁷⁵ Testimonio de José Pedro Simba citado en Sosa (1996: 309)

²⁷⁶ “Los disturbios en la hacienda La Merced dejaron saldo de 2 muertos y 14 heridos”, *El Comercio*, 8 de agosto de 1953, p. 16.

Luís Benavides -un talabartero de Pintag- fue acusado de ser el cabecilla del levantamiento. El tenía contactos con el abogado Euclides Ramón a quien le llevaba clientes. Intervino anteriormente por su amistad con algunos huasipungueros. Por sus servicios los indígenas le daban regalos. Pero negó tener vínculos con Modesto Rivera de la FEI. Rechazó que él actuara como tinterillo y afirmó que “no es mi profesión la de quishca, sino que solo intervengo cuando se trata de amigos o conocidos”. El había contribuido antes en defensa de un peón que fue agredido por un empleado de la quesera de la hacienda y que por eso los peones de la hacienda pagaban sus intervenciones con “unos poquitos de habas, mellocos, ocas. Al momento de hacerme los regalos pedían mi opinión sobre el éxito de la demanda que habían planteado”.²⁷⁷ Este contacto cotidiano con los peones es el que le había relacionado con el abogado Euclides Ramón en Quito. Era el vínculo entre un tinterillo pueblerino y un abogado de la ciudad.

Se trataba de una acumulación de agravios que aparecen relatados unánimemente por los indígenas apresados señalando al mayordomo como responsable principal. El patrón aparece en segundo plano, aunque también con una conducta contraria a los peones de la hacienda.

Celio Santacruz, el párroco de Pintag, había mediado a pedido del propietario. El estuvo en la hacienda meses antes del conflicto para dar una misa y la comunión a los indígenas. Consideraba que los peones eran buenos porque él les había confesado. Sabía que iba a producirse un levantamiento por rumores que escuchó en el pueblo y el ya tenía experiencia en pacificaciones, puesto que había intervenido en los conflictos de Panyatug y Padrehuasi en Cotopaxi. Fue herido en el muslo cuando se produjo un encuentro entre Cordovez y los peones. En la declaración de uno de los peones, el cura fue herido por el patrón al errar un disparo que era dirigido a una mujer. Esto ocurrió cuando Cordovez disparó su revolver que causó la muerte de dos peones. Pero el cura no mencionó quien le hirió. Estas declaraciones las hizo en el Hospital Eugenio Espejo

²⁷⁷ “Cura de Pintag y tres sindicatos por los sucesos de La Merced rinden declaración”, *El Comercio*, 9 de septiembre de 1953, p. 19.

y sostuvo que cuando llegó el mayor contingente de policía por la noche, esperaban un ataque a la casa de hacienda. El cura pensaba que el trato del patrono con los trabajadores era bueno pero el sostuvo que “los indios por su propia cuenta [no eran] los autores sino que, por lo bajo entiendo hay personas interesadas que les han azuzado y conducido hasta los hechos de sangre que ya todos conocemos”.

El dueño de la hacienda en sus declaraciones afirmó que desde que surgió el conflicto laboral había pocos trabajadores laborando y se necesitó traer peones de otros lugares. Esto quiere decir que ocurría algo parecido a una huelga aunque pendía la amenaza del despido a los dirigentes de los peones. Era por tanto un estado de tensión que empezó con el pliego de peticiones y su negociación. En la negociación, finalmente en lo que más habían insistido los peones era su deseo de que se vaya el mayordomo, obtener indemnizaciones por los años de trabajo y volverse propietarios de los terrenos. Donoso planteó confusamente como se produjeron los incidentes y, sobre todo, negó haber disparado a los peones fallecidos como afirmaron los huasipungueros cuando rindieron declaraciones después de ser apresados²⁷⁸. Según él, los causantes del problema fueron el abogado de los indios, el tinterillo y el dirigente de la FEI.

El punto de vista patronal se reafirmó en un comunicado pagado. Para el hacendado, las relaciones laborales habían sido normales, pero fueron alteradas por la intervención de Modesto Rivera, el dirigente de la FEI, quien sería el “soliviantador” puesto que los indígenas habían “guardado armonía”. La cuestión central para él era la presencia de agitadores: “la tolerancia con los agitadores ha dado como consecuencia que ya sea insoportable el problema social, sobre todo para la agricultura, que encuentra esta resistencia funesta que detiene su progreso”.²⁷⁹

En respaldo al patrono apareció un remitido pagado de los “pobladores y agricultores” de Pintag. Aseguraban que las relaciones entre el patrono y los trabajadores eran buenas, pero que estas fueron alteradas por la intervención de la FEI. También apoyaban al mayordomo y evocaron la intervención del cura de Pintag que había ido a

²⁷⁸ “Otra víctima de disturbios en la hacienda La Merced falleció”, *El Comercio*, 12 de agosto de 1953, p. 16.

²⁷⁹ “Mi explicación ante los trágicos sucesos de la hacienda “La Merced””, *El Sol*, 9 de agosto de 1953, p. 1 y 13.

impedir la violencia. Hacían una referencia al periódico *El Pueblo* y a “la perfidia de rusófilos sin escrúpulos” que querían una dictadura.²⁸⁰ Y se temía que también esos hechos de violencia se repliquen en otros lugares.

Según la FEI, el patrono incumplió con lo que se había establecido en el acta transaccional y que además notificó el desahucio a cinco dirigentes del sindicato que se había constituido en la hacienda. Esto era lo que desató los incidentes.²⁸¹ En una carta dirigida al director de *El Sol*, la FEI señaló que luego de que hubo una transacción, el patrono la incumplió. Argumentaron que el mismo Director del Trabajo les había dicho que paralicen las labores. La legitimidad de las acciones de hecho estaba entonces sustentada en la sugerencia de una autoridad del trabajo. La FEI pidió que una Comisión del Senado vaya a la hacienda y realice una investigación sobre los acontecimientos.²⁸²

Modesto Rivera, el dirigente máximo de la FEI, fue apresado cuando se presentó a declarar por los sucesos de La Merced. Estaba acusado de instigador de los acontecimientos. El día de los sucesos, recibió la visita de cuatro huasipungueros que denunciaban que una mujer de uno de ellos había sido golpeada por el mayordomo. Modesto Rivera en sus declaraciones había dicho “que le extraña en sobremanera a el en particular y a la opinión pública, es que quienes asesinaron a los indígenas en la hacienda La Merced no se encuentren en la cárcel purgando su delito”.²⁸³ Una noticia sobre el apresamiento de Rivera publicada en *Combate* sugirió su responsabilidad en los acontecimientos.²⁸⁴

En un comunicado de la CTE sobre los sucesos de La Merced, se afirmó que Modesto Rivera había colaborado en la solución de conflictos laborales puesto que las

²⁸⁰ “Respaldo de los moradores y agricultores de Pintag al señor Rodolfo Donoso”, *El Comercio*, 25 de agosto de 1953, p. 1 y 13.

²⁸¹ “Los acontecimientos de La Merced”, *El Sol*, 10 de agosto de 1953, p. 28.

²⁸² “Pídese que el Senado designe comisión que investigue los sucesos del fundo La Merced”, *El Sol*, 19 de agosto de 1953, p. 10.

²⁸³ “Dirigente de Federación de Indios guarda prisión acusado de instigar levantamiento en Hda. La Merced”, *El Sol*, 21 de agosto de 1953, p. 10.

²⁸⁴ *Combate*, 21 de agosto de 1953, p. 3 y 10.

autoridades del trabajo y los patronos lo conocían “como un sincero y capaz dirigente que ha contribuido positivamente al arreglo de muchos conflictos de trabajo”.²⁸⁵

El patrono pidió el visto bueno para despedir a 21 trabajadores. Estos se hallaban presos en la cárcel municipal y el Penal García Moreno. Recibieron la visita de delegados campesinos de otros lugares del país para darles su apoyo.²⁸⁶

Una Asamblea de trabajadores y delegados de los sindicatos indígenas de Cayambe se reunió a fines de agosto para solidarizarse con los campesinos de La Merced y también para protestar por la prisión de Modesto Rivera. Emergía una forma de difusión y solidaridad con el conflicto. También estuvo presente Pedro Saad Senador funcional por los trabajadores de la Costa.²⁸⁷

Un acontecimiento internacional de mucha trascendencia aparecía en esos días. A comienzos de agosto de 1953 se expedía la Ley de Reforma Agraria de Bolivia que fue publicada de modo textual en *El Sol*, *La Tierra* y *Combate*. Un redactor de *Combate* exaltaba la reforma agraria boliviana y hacía críticas a la tenencia de la tierra en Ecuador.²⁸⁸ Y por una rara coincidencia, una caricatura titulada “Nuestros indios esperan la Reforma Agraria como en Bolivia” se publicaba en *Combate* el mismo día que ocurrían los acontecimientos de La Merced.²⁸⁹

Se produjo una controversia sobre la revolución boliviana y su reforma agraria radical. Un comentario editorial de *El Comercio* planteó que se discutió en la Cámara de Diputados un acuerdo de respaldo a la reforma agraria boliviana, y era sorprendente porque sus propulsores eran falangistas y conservadores.

“El desarrollo de la revolución boliviana nos tiene perplejos; no precisamente por las características intrínsecas de la episódica política, sino por la posible

²⁸⁵ “CTE hace llamamiento a favor de huasipungueros de la hacienda La Merced”, *El Sol*, 17 de agosto de 1953, p. 7.

²⁸⁶ “El patrono solicitó visto bueno para despedir a huasipungueros de hacienda La Merced”, *El Sol*, 25 de agosto de 1953, p. 10.

²⁸⁷ “Trabajadores protestan por la prisión del Sec. Gen. de la FEI”, *El Sol*, 29 de agosto de 1953, p. 10.

²⁸⁸ Hamlet, “La tierra y el indio”, *Combate*, 4 de agosto de 1953, p. 6.

²⁸⁹ *Combate*, 6 de agosto de 1953, p. 6.

definición doctrinaria. Es probable que allí esté en marcha un experimento original, enteramente nuevo, sin antecedentes inmediatos. El poder está en manos de los mineros y campesinos, por ser ellos, la “milicia armada”, la que posee la fuerza. Las armas están en sus manos, en una condición mixta de trabajadores y milicianos. Atienden la doble función, en el actual Estado boliviano, y por ello su influencia es doblemente poderosa: militar y económica. Son los únicos trabajadores del mundo que no necesitan recurrir a la huelga para el logro de sus reivindicaciones”²⁹⁰.

A diferencia de *El Comercio* que no emitió ninguna opinión editorial, algunas consideraciones que aparecieron en un editorial de *El Sol* trataban de situar el problema del conflicto de la “La Merced” de Pintag en un encuadre más general que proponía la necesidad de mejorar el trato a los indígenas sin descuidar el rol de los “azuzadores”. La mentalidad confusa de los indígenas los volvía proclives a las incitaciones “malsanas” que les conducían al motín. Es curioso como no se hacía referencia a los derechos laborales que ya estaban vigentes sino a la cuestión general de ley y la justicia. Se proponía que los indígenas, “esa gente, por el mismo hecho de su retraso cultural, por sus hábitos ancestrales, por sus defectos sociales inclusive, necesita ser considerada no de igual a igual sino como grupo humano en dolorosa pesadumbre”. Y por ello, las formas autoritarias de trato con ellos eran contraproducentes, por lo que era mejor proceder “no con arrogancias y foetazos, sino con buenas maneras y de todos modos con metodología educativa.” Eran hombres que carecían de actitudes éticas y que no comprendían que la ley estaba con ellos. Sin embargo había que cambiar de mentalidad en el trato, considerando “que se trata de hombres, acaso con la doble miseria material y espiritual, pero hombres al fin y no un hato o manada de bestias feroces”²⁹¹.

Un primer comentario que fijaba la posición del diario *La Tierra*, sostenía que se trataba de un evento que mostraba el rostro del gamonalismo serrano. Era claro que se repetían circunstancias de respuesta violenta a lo que se consideraba un “clásico” levantamiento indígena. No regían los derechos para los indígenas. Y era previsible que la culpabilidad

²⁹⁰ “Posición imprecisa”, *El Comercio*, 19 de agosto de 1953, p. 4. Ver también un editorial de *El Sol* sobre la Reforma Agraria boliviana: “Reforma agraria”, *El Sol*, 4 de agosto de 1953, p. 6. Entre agosto y septiembre de 1953 *El Sol* publicó además la Ley de Reforma Agraria de Guatemala.

²⁹¹ “Motines de indígenas”, *El Sol*, 9 de agosto de 1953, p. 6.

recayera sobre los “miserables indios”. La protección a los gamonales permitía además su acción represiva, algo que se había repetido en la historia puesto que “siempre se ha hecho lo mismo; todos los gobiernos han prestado protección a lo gamonales para que exploten y maten a los indios. En este país, los indios y la gente humilde jamás han podido reclamar sus derechos simplemente humanos, peor los que líricamente consagran las leyes. Reclamar un derecho constituye un delito que los gamonales están listos a reprimirlos a sangre y fuego.” Además se sostenía que “Los indios no son gente, son unos animales bípedos destinados al trabajo de las haciendas de la Sierra. No tienen ningún derecho, solo obligaciones que cumplir y deudas que pagar al patrón que se transmiten de generación en generación. Cuando los mitayos alzan la voz, deben pagar con la vida su osadía. Valen menos que un perro de casa grande”.²⁹² Eran afirmaciones que con una intención de denuncia traducían creencias sobre la animalidad y la opresión de los indígenas.

Otro comentario en *La Tierra*, aludía a la capacidad de rebelión que se había expresado no solo en La Merced sino en otros lugares del Ecuador. La represión había sido para “impedir esas justas explosiones del sentimiento y del espíritu humano”.²⁹³ Las consideraciones de este comentario plantean la vigencia de la represión y las causas de tipo económico y opresivo que motivaban las acciones de los campesinos. Se sugería la necesidad de la protección del Estado antes que la represión. Esto se inscribía en la tendencia del periódico a dar siempre explicaciones que incurrían en afirmaciones de tipo general.

Solo un mes más tarde de los acontecimientos, apareció un pronunciamiento de *Combate*. Según este, había la duda de si disparó el patrono o la policía. Se hacía una consideración acerca de la “indiferencia” con que se había tratado el caso. Se proponía una Reforma Agraria y mejoras en la legislación laboral que habría tenido una inspiración marxista. Algo que debían hacer los hacendados era el de repartir sus utilidades a los peones apelando a sentimientos de piedad y caridad cristianos. “Tenemos que decidirnos a dar la tierra a quien la trabaja, sin cometer injusticias contra nadie, pero no permitiendo que el indio viva en la miseria y el analfabetismo en tanto

²⁹² “Los indios de Pintag”, *La Tierra*, 13 de septiembre de 1953, p. 2.

²⁹³ “Nuestros campesinos e indios”, *La Tierra*, 27 de agosto de 1953, p. 2 y 4.

los patronos nadan en la abundancia”. Criticaba como el Código del Trabajo había sido concebido: “Está copiado sobre problemas de otro medio, con mentalidad marxista, y de poco o nada sirve en el Ecuador. Está hecho con miras al bienestar de los obreros textiles y poco o nada se preocupa del peón agrícola”.²⁹⁴

Todo esto además según *Combate* mostraba que no existían estudios profundos y sinceros de la situación de campesinos e indios. Identificaba a “Sociólogos de pacotilla no han hecho otra cosa que enriquecer sus chequeras, muchas veces rentados por organismos internacionales, valiéndose aún del membrete de defensores del indio y de los proletarios campesinos”. Y así mismo, “Pintores de brocha gorda e intelectuales trasnochados han hecho de nuestro indio y de nuestro campesino sistema de explotación y tarima para sus ambiciones desmedidas”.²⁹⁵ Con esto se puede notar una clara oposición a los intelectuales indigenistas, a los literatos y artistas que habían asumido la temática indígena.

Precisamente, Víctor Gabriel Garcés, un reconocido indigenista se pronunció en la radio de la Casa de la Cultura sobre la cuestión de las leyes sobre el indio, tomando en cuenta el caso de “La Merced” que originó la intervención de una Comisión en el Senado. En una de sus conclusiones el informe de la Comisión del Senado sugirió soluciones integrales. Así apareció una mención a la reforma agraria de Bolivia y Guatemala, que Garcés pensaba como modelos muy lejanos. Sometió a discusión las ideas de la CEPAL que habían planteado la supresión del huasipungo, que el creía difícil de erradicar. Lo que si se podía era mejorar las condiciones de vida y trabajo de los huasipungueros, incluyendo la posibilidad de que la tierra, concedida como huasipungo, sea adjudicada como un equivalente a la pensión de jubilación pero bajo un régimen de aprovechamiento familiar (Garcés 1957: 128-129).

El informe de mayoría de la Comisión en el Senado estableció las causas del conflicto, pero sin opinar sobre la responsabilidad del propietario en los incidentes. Y, finalmente, la justicia desestimó el delito de rebelión que, originalmente, se imputó a los

²⁹⁴ Juan Diego, “El problema indígena”, *Combate*, 8 de septiembre de 1953, p. 7.

²⁹⁵ Eugenio, “A favor del pequeño agricultor”, *Combate*, 22 de septiembre de 1953, p.6.

huasipungueros y sus mujeres. Ellos salieron libres, pero eso no significó el fin del conflicto.

Un evento que condensó la oposición al gobierno fue la interpelación que le hizo Pedro Saad en el Congreso a Camilo Ponce el 18 de septiembre de 1953. Las preguntas se relacionaban con el cierre de los diarios *La Nación* y *La Hora* de Guayaquil, los actos de acoso a la prensa y periodistas, la intervención autoritaria en conflictos laborales, la incautación de libros provenientes de la Unión Soviética; y, se incluyó una pregunta sobre los sucesos de la hacienda “La Merced”.²⁹⁶ Ponce sostuvo que se trató de un levantamiento y que el pedido de enviar policías por parte de los propietarios fue justo. Ponce se había sorprendido que los indígenas salieran libres. Cuando estos regresaron a la hacienda habían incendiado un troje con más de 1.200 quintales de trigo. A la pregunta de Saad sobre la incautación de libros y revistas, Ponce la justificó por ser instrumento de propagación del comunismo. Se había ordenado reexpedir a Moscú los impresos incautados. Ponce había afirmado: “lo único que he hecho es defender a la Patria del comunismo, de ese terrible y sanguinario sistema de gobierno”.²⁹⁷

En la interpelación, 72 representantes parlamentarios votaron en contra y 15 a favor de la censura a Ponce.²⁹⁸ El debate mostró el rostro autoritario del gobierno y posiciones que se enmarcaban claramente en las ideas de la Guerra Fría. Había otro tópico en discusión, un proyecto de ley de prensa que había sido propuesto por diputados de ARNE según el cual se buscaba un mayor control del Estado a los contenidos de los periódicos. Desde la perspectiva del gobierno existía además una preocupación de tipo moral con los contenidos generales de los medios y los espectáculos públicos. Además, *Combate* pensaba que la ley serviría para frenar el desarrollo de la crónica roja en los periódicos.²⁹⁹

²⁹⁶ “Efectuase la interpelación al Ministro de Gobierno Dr. Ponce”, *El Comercio*, 19 de septiembre de 1953, pp. 1, 3 y 7.

²⁹⁷ “Derrota total de comunistas, socialistas y cefepistas en la interpelación del doctor Ponce”, *Combate*, 19 de septiembre de 1953, p. 5.

²⁹⁸ “Por 73 votos contra 15 se negó la moción de censura al Ministro Ponce Enríquez”, *El Comercio*, 20 de septiembre de 1953, pp. 1, 3 y 7.

²⁹⁹ La crónica roja según *Combate* contribuía al desarrollo de la delincuencia y los delitos. “En mentalidades poco elevadas por la cultura y la moral constituye una verdadera escuela de la delincuencia, un entrenamiento teórico del crimen que influye poderosamente en la propagación de los delitos.” (“La crónica roja de los amarillos: una razón para la nueva ley”, *Combate*, 10 de

En medio de este clima de opiniones, una crónica de Lilo Linke sobre el modo en el que los huasipungueros de la hacienda Chunasana de la provincia del Azuay habían adquirido la propiedad de sus tierras resultaba ilustrativa de la manera en la que los trabajadores indígenas podían acceder a la tierra. Ellos habían obtenido un préstamo bancario con el que compraron una hacienda que pertenecía a la Asistencia Pública.³⁰⁰ Más aún, cerca de la hacienda La Merced, en la hacienda Tolontag de la Asistencia Pública, los huasipungueros habían tenido una exitosa confrontación con los arrendatarios y después consiguieron la propiedad de sus lotes de tierra constituyéndose en comuna en 1943 (Clark 2007: 454-455). Por tanto, existían ejemplos exitosos de acceso a la tierra.

Si el conflicto de la hacienda La Merced mostraba la negativa patronal a aceptar el funcionamiento de los mecanismos de resolución previstos en la legislación laboral y tuvo un desenlace con represión, pocos meses más tarde en Guachalá, una hacienda emblemática de Cayambe se producía un nuevo enfrentamiento que ocurría en una zona muy cercana a la experiencia histórica de organización de la FEL.

6. ¿UN CONFLICTO TRADICIONAL?: GUACHALÁ (1954)

La hacienda Guachalá, situada en Cayambe, fue una inmensa propiedad de más de 12.000 has. Proveniente de una configuración colonial era un complejo de haciendas y un obraje que incluía múltiples pisos ecológicos y numerosas familias de trabajadores indígenas (Ramón, 1987: 236-240). Neptalí Bonifaz fue su propietario desde 1929 y había introducido técnicas modernas aprendidas en Europa. El complejo hacendario se había dividido entre sus herederos en 1947 aunque todavía en la década de 1950 se mantenía un manejo centralizado. Neptalí Bonifaz falleció en 1953.

septiembre de 1953, p. 6). Esta concepción de la crónica roja, era exagerada, puesto que la mayoría de periódicos manejaban en los años cincuenta temas de delitos y crímenes con baja cobertura y relegados a páginas interiores. Ocasionalmente aparecían noticias y crónicas que adoptaban un papel relevante.

³⁰⁰ Lilo Linke, “Una hacienda transformada en comuna indígena”, *El Comercio*, 3 de septiembre de 1953, p. 4.

En la década de 1920, el Coronel Juan Manuel Lasso fue arrendatario y cerró la iglesia que funcionaba en la hacienda. Según el relato de un descendiente de los propietarios pretendió “comenzar la revolución socialista desde Guachalá” para lo que habría armado a los campesinos (Bonifaz, 1995: 28). Esta afirmación es errónea, aunque Lasso fue realmente uno de los organizadores de la “revolución conservadora” de 1924 que contó con la participación de los peones de la hacienda. La tropa indígena habría estado en la toma de Cayambe, pero se desbandó cuando se enfrentó al ejército regular. El Coronel Lasso fue uno de los fundadores del Partido Socialista en 1926.

Hacia 1938 Bonifaz concluyó la construcción de una nueva iglesia y se restableció el culto que había sido prohibido a los indígenas por el Coronel Lasso.

El día 9 de enero de 1954 se produce un levantamiento indígena en la hacienda. Fueron a denunciar lo que estaba ocurriendo a la Comisaría Quinta el padre del Administrador (Comandante José Miguel Troya) y dos empleadas de la hacienda, una de ellas era profesora. El Comisario Nacional (Fernández de Córdova) se comunicó con el Subsecretario de gobierno y a la una de la mañana partieron a Guachalá 30 policías del Regimiento Quito equipados con fusiles, ametralladoras y bombas lacrimógenas. A las cinco de la mañana del día 10 de enero, el Comisario Quinto y la policía llegaron a la hacienda, pero encontraron que había calma. Después hubo un encuentro con los peones y se produjeron inicialmente dos muertes debidas a la intervención policial.³⁰¹

Los incidentes ocurrieron como una consecuencia de un tema laboral, dado que no se había pagado tres meses de salarios. Otro factor de descontento fue que el Administrador había suprimido la entrega de un borrego diario para el consumo de los peones. Si bien el tema salarial y la disputa por su registro en las cuentas aparecieron como el tema dominante, también estaba presente un asunto de economía moral, la asignación patronal de recursos que había sido cancelada.

³⁰¹ Diego Bonifaz (1995), pone equivocadamente el año de 1953 para los eventos de Guachalá. Sostiene que los trabajadores de Pitaná intentaron tomarse la hacienda y que fueron “reprimidos brutalmente por el ejército ecuatoriano” (p.31), cuando realmente fue una intervención de la policía.

Es importante destacar que los indígenas poseían una tradición de protesta y negociación que puede ser documentada desde fines del siglo XIX. Los indígenas de Guachalá habían estado en Quito en 1894 por un reclamo. En esa ocasión, se quejaron de las relaciones con el Administrador José Espinoza. Otro pedido directo hicieron los trabajadores del obraje cuando se trasladaron nuevamente a Quito en 1899. Demandaron liquidación de cuentas y mejores salarios. Josefina Ascázubi, la dueña, puso en la cárcel de Quito a los reclamantes y el tinterillo que los acompañaba fue golpeado por su hijo. Se puede advertir que se realizaban negociaciones directas con la propietaria.³⁰² No era casual que esto haya ocurrido después de 1895, lo que evidenciaba una capacidad de negociación de los conciertos como producto de la revolución liberal.

Una década anterior al conflicto, se encuentra un estilo de negociación que implicaba a las autoridades locales. A fines de 1943, se realizaron las liquidaciones de cuentas de los peones de las distintas unidades que conformaban la hacienda con la presencia del administrador y el Comisario Nacional de Cayambe. Casi todos los peones tuvieron cuentas favorables, luego de comparar el número de “rayas” anotadas y las entregas de socorros y suplidos. Sin embargo, dos meses más tarde una parte de los trabajadores pidió una reliquidación de cuentas que se hizo ante la presencia de un abogado y el teniente político de Cangahua. En esa reliquidación los trabajadores también recibieron un pago adicional.³⁰³ Esto plantea que los peones de Guachalá tenían una capacidad de presión y determinados vínculos con autoridades locales. Una negociación que pasó del nivel cantonal al nivel parroquial con la intervención de un abogado además del consabido testigo “a ruego de los trabajadores que no saben firmar”. En 1948, un conflicto con el mayordomo de Pambamarca fue sofocado con la intervención de la policía.

³⁰² Archivo Histórico del Ministerio de Cultura/Fondo Bonifaz (AHMC/FB), Carta de Josefina Ascázubi a Manuel Bonifaz. Quito, Marzo 29 de 1899. Mf.

³⁰³ AHMC. SG-0002.48. Hacienda Guachalá. Cuentas corrientes de peones. Ecuador 1942-1944. El número de trabajadores en 1943 era de 217 distribuidos en el Obraje (51), Porotog (37), Pitáná (45), Pambamarca (44), San José y Bellavista (20), La Josefina (7), Ordeñadoras (12). A este personal de la hacienda se debe agregar los empleados administrativos y los miembros de las comunidades indígenas externas que establecían pactos de trabajo y servicios. El obraje fue cerrado a fines de la década de 1940.

Según *El Comercio*, el número de trabajadores participantes fue 500 u 800. *Combate* sostuvo que fueron 1.000 trabajadores involucrados, mientras que *El Pueblo* afirmó que no fueron ni 100 trabajadores. En las declaraciones de los policías y los funcionarios de la hacienda había una tendencia a exagerar el número de trabajadores presentes lo que servía para justificar las medidas de represión. En *El Universo* una noticia sobre el conflicto definió a los indígenas como los “revoltosos”.

Durante los incidentes fallecieron Ramón Quishpe y Abel Pacheco. Apareció herido también un policía. Dos días más tarde fallecieron Luis Quishpe y Emilio Quishpe. En las versiones policiales, los indígenas habían usado armas de fuego. La policía capturó a 100 indígenas, pero después fueron llevados presos a Quito 14 de ellos.

A Pascual Coyago que fue apresado se le entrevistó en la cárcel. Dijo que todo empezó por la idea que tenían los peones de que no se anotaban bien las rayas en el libro de rayas. Los peones llevaban sus propias cuentas. El punto sería una discrepancia con la contabilidad patronal.

Pero la libreta de rayas se hallaba en manos de Miguel Coyago. El hecho de que los peones tuvieran en sus manos un documento primario de la contabilidad patronal muestra que tomaban muy en serio la constatación de sus jornadas de trabajo. En la noche del día 9 el Administrador, el escribiente (Rafael Mosquera) y el mayoral (Víctor Chimarro) fueron a la choza de Miguel Coyago a pedirle que devuelva la libreta. Allí se juntaron más peones y hubo una discusión en la que estuvo Abel Pacheco, un peón quien había sido delegado por los trabajadores para encabezarlos y representarlos en sus reclamaciones. Pacheco, murió el día siguiente, y se mencionó que fue a causa de haber sido garroteado por el Administrador.

Este punto aparece como fundamental, puesto que en la víspera del enfrentamiento con la policía, según el escribiente cuando trataron de conseguir el cuaderno de rayas, se encontraron con un grupo de peones que estaban muy enojados y decían “CHANI QUEREMOS” (carne queremos). Así que luego de ese encuentro con los peones, y por el temor a ser agredidos los empleados optaron por refugiarse en la casa de la

hacienda.³⁰⁴ Llegaron a la hacienda inicialmente tres policías enviados por la Comisaría Nacional de Cayambe.

Según el Comisario Quinto Nacional (Fernández de Cordóva) que se hizo presente en la hacienda, el motivo estuvo dado por el reclamo de un borrego diario que los indígenas pedían para su alimentación. Esto había sido suprimido por el administrador. A el también se le había arrebatado el cuaderno de rayas.³⁰⁵ Según la policía los indígenas estaban armados de palos, machetes, aciales y dos fusiles. Un policía afirmó que fue golpeado y dañada a golpes la ametralladora que él portaba. La perspectiva policial fue la de una intervención que tuvo por objeto “sofocar el amotinamiento de la peonada de la hacienda Guachalá contra el administrador y más sirvientes”.³⁰⁶

En algún día anterior, el libro de rayas había sido quitado a los empleados de la hacienda. Los peones tenían en sus manos el vital documento contable que después apareció en la casa de Rubén Rodríguez, un militante del Partido Comunista que vivía en Cayambe y a quien se le quiso capturar después de los incidentes, pero no se le encontró. Rodríguez poseía cierta influencia en Cayambe puesto que fue Presidente del Concejo Municipal en varias ocasiones. Fue sindicado como el “asuzador” de los incidentes. Según el administrador, Rodríguez quería convertir a la hacienda en una “granja colectiva comunista”.³⁰⁷

La información que apareció en *El Comercio*, inicialmente presentó una versión que provenía de las fuentes de poder (datos del Comisario Quinto), pero también se ofreció una versión de los indígenas testigos que habían sido capturados, siempre como parte de un proceso judicial.

³⁰⁴ “Falleció ayer otro indígena víctima de acontecimientos en la hacienda Cayambe”, *El Comercio*, 14 de enero de 1954, p. 16.

³⁰⁵ “Dos indígenas muertos y varios heridos durante refriega ocurrida ayer con la policía en la hacienda “Guachalá””, *El Sol*, 11 de enero de 1954, p. 8. En la contabilidad patronal de Guachalá de la década de 1940 no consta la asignación colectiva del borrego diario, aunque si asignaciones de socorros individuales de borregos y carne.

³⁰⁶ “Sindicados por los sucesos de la hacienda Guachalá son enviados a cárcel pública”, *El Comercio*, 15 de enero de 1954, p.3.

³⁰⁷ “Falleció ayer otro indígena víctima de acontecimientos en la hacienda Cayambe”, *El Comercio*, 14 de enero de 1954, p. 16.

Una fotografía publicada en *El Comercio* muestra a un indígena (Andrés Pacheco) rindiendo declaraciones ante un funcionario de la Intendencia de Policía. El indígena esta de pie con su sombrero en la mano y su cabeza un poco reclinada en señal de sumisión. Un funcionario con traje formal conduce un interrogatorio y está sentado manejando una máquina de escribir. La imagen evidencia esta producción de la información en una dependencia estatal. Las declaraciones conseguidas de esta manera son las informaciones que presentan los periódicos.³⁰⁸ Son testimonios obtenidos en una situación de coacción, puesto que los declarantes se encontraban detenidos.



Ilustración 1. Andrés Pacheco, indígena de la hacienda Guachalá rindiendo declaraciones en la Intendencia de Policía. *El Comercio*, 12 de enero de 1954.

Un breve comentario aparecido en la página editorial de *El Comercio* apuntó a la necesidad de descubrir la verdad más allá de las versiones de quienes ejecutaron la represión o sus víctimas. Eran incidentes “terriblemente arcaicos” que mostraban un origen reiterado en “los abusos y la perversidad de escribientes y mayordomos.” Esto se traducía en “la lenta fermentación de una rebeldía viril, que al fin estalla cuando los medios conciliatorios se confiesan totalmente estériles para imponer la pobre y elemental justicia que el indio reclama en multitud, colectivizando su amargura y su despecho de bestia preterida.” De este modo se producía la intervención policial a pedido de los patronos “dispuesta a proteger la propiedad contra los desmanes del

³⁰⁸ “Los testigos y sindicados de los sucesos de Guachalá rindieron sus declaraciones”, *El Comercio*, 12 de enero de 1954, p. 14 y 8.

indio”. Y surgía la pregunta: “¿Es tan difícil el empleo sereno de la fuerza y la imposición incruenta de la autoridad?”.³⁰⁹

El enfoque de *El Comercio* insistió después en la necesidad de identificar las causas de los acontecimientos. Si bien había agitadores en los eventos de Guachalá, era necesario poner atención a los motivos más profundos que los habían producido.

“Puede ser verdad que en muchos casos, las agitaciones sea provocadas por agentes de turbia conciencia, que no les importa engañar a las turbas indígenas para lanzarlas al alzamiento, con todas las consecuencias deplorables (...). No es esto lo principal, decimos, sino el examen que tiene que hacerse acerca de la justicia que debe haber al provocarse el disturbio”.³¹⁰

No se dejaba de reconocer la existencia de un problema de concentración de la tierra, aunque no se pronunciaba por reformas en ese sentido. La cuestión sería como tener una nueva legislación dirigida a la población indígena. “...se está haciendo un gravísimo daño a la nación con la subsistencia de propiedades extensas, que no alcanzan a ser cultivadas debidamente y que tienen que mostrar por fuerza la lacra del peón concierto o suelto, que es prácticamente un esclavo...”. Más adelante se sugiere la liberación de los indígenas para que participen en competencia. No se dice explícitamente, pero se proponía la necesidad del trabajador libre. “... pero libertar a millares de indígenas para que puedan luchar en competencia social y de trabajo, con los demás, será obra de dignificación a quien acometa esta empresa.” Los incidentes habían sido lamentables, pero el Estado debía intervenir para “resolver la anomalía de una gran porción indígena esclava por la ignorancia, y de una clase compuesta por pocos, que busca llegar al progreso con esa pesada carga a cuestas”.³¹¹

El comentario de *El Sol*, planteaba que era necesario tener una perspectiva de justicia que establezca las responsabilidades de lo ocurrido en Guachalá. Que había una parte de responsabilidad en los mayordomos y personal administrativo de la hacienda, pero que

³⁰⁹ “Choques con los indios”, *El Comercio*, 12 de enero de 1954, p. 4.

³¹⁰ “Ante los acontecimientos”, *El Comercio*, 15 de enero de 1954, p.4.

³¹¹ “Ante los acontecimientos”, *El Comercio*, 15 de enero de 1954, p.4.

no se podía ignorar que había también la posibilidad de que entren en acción los agentes externos.

“No tratamos de defender a toda costa a los indígenas. Puede suceder, y en efecto sucede, que ante posiciones de orden económico esos indios se dejan llevar por criterios de pasión y hasta de violencia. Ocurre también que no faltan gentes que se dedican a gestiones de adoctrinamiento, de desvío de la pobre mentalidad de los nativos para procurarles motivos de protesta o para incitarles a la rebelión sin que les importe las consecuencias”.³¹²

Alejandro Carrión en su columna de *El Universo*, afirmó que los sucesos de Guachalá requerían definir una legislación más equilibrada que no esté a favor ni de los patronos ni de los trabajadores. “Hay que partir de la base cierta de que los patronos no son tan malos como los izquierdistas los pintan, ni los indios tan perversos como los patronos los retratan. Hay que partir de la base de que cada una de las partes en conflicto tiene su parcela de razón.” Pero introdujo un elemento que estaría atrás de la protesta: los mejores salarios en la ciudad que ofrecerían una alternativa al huasipunguero. Presumía que eran trabajadores con movilidad que podían entrar y salir de las haciendas. La experiencia de mejores remuneraciones se podía contrastar con los bajos salarios en las haciendas. Por lo tanto uno de los motivos eran los bajos salarios.

“El indio sale a la ciudad y gana en ella, como jornalero, un salario nunca inferior a diez sucres diarios. Regresa a la hacienda, donde está atado por la deuda y por el huasipungo, y recibe un salario nunca mayor de sesenta centavos diarios, si bien, desde luego, a esta suma se añade el goce del huasipungo, ciertas ayudas en semilla y la facultad de mantener en rastrojos de la hacienda una o dos reses. Pero los diez sucres de la ciudad lo atraen más. Y así surge el conflicto. El indio quiere mejor salario, a más de su huasipungo.

El patrono se lo niega, porque, de pagarlo, tendrá que subir los precios de los productos agrícolas. Y si los sube como es natural, todo se lo llevará el diablo. El indio se alza. El patrono llama a la policía. Y la policía, que está convencida

³¹² “La justicia y el indio”, *El Sol*, 12 de enero de 1954, p. 6.

que los indios son comunistas, los mete en pretina. Se traen cientos de indios presos a la ciudad. Y el conflicto continúa en pie, más sañudo que nunca”.³¹³

Otra parte de la solución era la de suprimir el huasipungo y dar curso al trabajo libre:

“El indio debe ser trabajador libre. Debe tener una pequeña parcela de tierra de su absoluta propiedad, porque quitar al indio la tierra es lo mismo que quitarle al pez el agua: se muere o se vuelve malvado”. Además permitiría introducir la mecanización de las haciendas. No ignoraba Alejandro Carrión que esto produciría desempleo, y frente a ello había que dar tierra a los indígenas formando cooperativas en las haciendas. Esto evitaría que migren a la ciudad, también sería necesario fomentar la artesanía textil como las de los otavaleños y la del cuero en Cotacachi. “Industrias que ocupen esa mano de obra sobrante, en el campo mismo”. Había que actuar con urgencia: “Basta de negarse a toda demanda del indio, basta de llamar a la policía para que los aprese.”

Es importante insistir en que la cuestión de los agentes externos relacionados con los indígenas parte del supuesto de que ellos podían ser manipulados. En este aspecto las posiciones de los periódicos eran muy parecidas. Para *El Comercio* eran “agentes de turbia conciencia, que no les importa engañar a las turbas indígenas para lanzarlas al alzamiento”.³¹⁴ Y en *El Sol*: “gentes que se dedican a gestiones de adoctrinamiento, de desvío de la pobre mentalidad de los nativos para procurarles motivos de protesta o para incitarles a la rebelión sin que les importe las consecuencias”.³¹⁵ Los agentes externos aparecen entonces como actores que fabrican la protesta. Sin mencionarlos directamente, se estaba hablando de los militantes del Partido Comunista o de los dirigentes de la Federación Ecuatoriana de Indios. En el caso de Guachalá se trataba de Rubén Rodríguez un militante comunista de Cayambe que también estaba vinculado a la FEI. Además, Rodríguez contaba con una amplia trayectoria en el mundo político local puesto que había sido presidente del Consejo Municipal de Cayambe en 1932,

³¹³ Juan sin Cielo (Alejandro Carrión), “Problema indígena”, *El Universo*, 13 de enero de 1954, p.4.

³¹⁴ “Ante los acontecimientos”, *El Comercio*, 15 de enero de 1954, p.4.

³¹⁵ “La justicia y el indio”, *El Sol*, 12 de enero de 1954, p. 6.

1940 y 1957 con el apoyo electoral de grupos artesanales y sectores medios (Solórzano Freire, 2012: 56-57).

En *Combate* apareció con claridad esta atribución a los agentes externos en los actos de protesta. Se asumía que “indios infelices, primitivos, han sido empujados a la violencia por agentes comunistas”. “En Guachalá ha habido la repetición de las consecuencias de la táctica marxista con las gentes culturales y económicamente menos desarrolladas: azuzarlas para que se precipiten sobre sus capataces, amos y patronos. No se trata de la mera declaración de derechos; es la incitación al levantamiento armado”.³¹⁶ Se responsabilizaba a Rubén Rodríguez quien fue considerado el cabecilla del levantamiento.

Otro comentario en *Combate*, postulaba que así como existían “gamonales sin conciencia” que explotaban a los indios, también las “oligarquías marxistas” se aprovechaban de la ignorancia de los trabajadores indígenas, ya que “les soliviantan y engañan, les roban y envilecen, siembran en sus almas el odio y miserablemente se valen de ellos para el logro de sus criminales fines políticos.” Los casos de la Merced y Guachalá habían tenido en común la intervención de los comunistas y la actuación armada de los peones. Se mencionó que también los peones de La Merced incineraron unas parvas de trigo mientras se tramitaba el proceso judicial.³¹⁷ Estas opiniones fueron reproducidas por el *Boletín Eclesiástico* de la Arquidiócesis de Quito, afirmando además que se trataba de preparativos de una “revolución comunista”.³¹⁸

El punto de vista del Administrador de Guachalá, apareció en un remitido de prensa. El creía que no había ningún problema de trabajo pendiente y tampoco un atraso de tres meses en el pago de los salarios. No se había pagado el mes de diciembre porque los peones no se acercaron a hacer “rayar sus días de trabajo”. Lo que el mayordomo y el escribiente habían hecho es cuidar los bienes de la hacienda. Ellos eran “un tanto excesivos en su escrupulosidad por cuidar las pertenencias de la hacienda, lo que no estuvo de acuerdo con los indígenas quienes creen a veces que una hacienda es la tierra

³¹⁶ “Como proceden los socialistas”, *Combate*, 13 de enero de 1954, p. 6.

³¹⁷ “El comunismo arma a los indígenas”, *Combate*, 12 de enero de 1954, p. 6 y 7.

³¹⁸ “Levantamiento de los indios en Guachalá”, *Boletín Eclesiástico*, LXI, No. 1 y 2, enero-febrero de 1954, p. 94.

de nadie y que todo pertenece a todos, error este que repercutió en el odio contra estos dos empleados...” Otros peones no habían cobrado los jornales de noviembre porque seguían las “consignas del agitador comunista Rubén Rodríguez.” Según el Administrador, en Guachalá había una preocupación por la educación de los indígenas puesto que funcionaba una escuela.

“Los dueños de Guachalá, personas de vasta cultura y sentido progresista han creído con acierto que el problema del indio no radica solamente en subir su salario sino en educarlo. Desgraciadamente si el patrono acude con el médico y salva al indio con el educador, el casi siempre responde con el abogado. Yo, personalmente creo, que cuando la agricultura tenga que pagar más altos jornales más aguardiente se consumirá y el indio seguirá comiendo lo mismo y vistiendo tal como hoy. De ahí que no tiene razón las lamentaciones de un cronista que dice que un indígena preso le manifestó que nunca toma leche; la leche no la toma nunca, vende y con ese dinero compra aguardiente. El mejor bien que se le puede proporcionar al indio es educarlo y esto se está procurando hacer en Guachalá”.³¹⁹

Lo que en verdad había ocurrido según el Administrador fue un asalto a la hacienda siguiendo las consignas de Rubén Rodríguez. En realidad la Guardia Civil había sido atacada, y lo que hizo es defender el derecho de propiedad.

El papel de los mayordomos había aflorado como un tema recurrente en los conflictos rurales. Ellos aparecían como protagonistas al ser el objeto del enojo de los indígenas. Una explicación propuesta por un editorial de *El Sol*, planteaba que eran personajes mestizos que actuaban de modo servil con los patronos y de manera despótica con los peones de las haciendas. No por coincidencia, los levantamientos se producían en las haciendas donde no residían los propietarios.

“... la psicología del mayordomo en el Ecuador es una cosa que merece atención. El mayordomo se encuentra en una hacienda, en una calle de la ciudad,

³¹⁹ César Troya Salazar, “Alrededor de los sucesos registrados en la hacienda Guachalá”, *El Comercio*, 16 de enero de 1954.

en una oficina pública o privada. Es el mestizo, producto histórico de la colonia, desubicado en el regazo de la madre, a la cual se siente inferior y con una sorda envidia del patrono que en el origen histórico, es su padre. El mayordomo compensa la humildad y muchas veces el vilipendio de los amos, con la crueldad que hace pesar sobre los indios de los cuales es un indiscutible enemigo. El mayordomo sabe apenas leer y escribir, tiene sueldo bajo (...) Los problemas sangrientos generalmente no suceden en las haciendas en donde viven sus dueños dedicados a trabajarlas y dirigirlas: se producen donde la administración está en manos de mayordomos. El mayordomo en una oficina es humilde con el personaje a quien conjetura importante, por su aspecto, la trata con atención y quizá con servilismo; en cambio, con la gente humilde que le requiere los servicios es vanidoso, muchas veces grosero; quiere que esta gente le devuelva las genuflexiones que él se ha gastado con los de arriba”.³²⁰

Frente a los mayordomos se encontraban los indios, que habían sido explotados como motivo literario y pictórico, algo que ya había sido enunciado por Raúl Andrade en los años cuarenta.³²¹ Al indio había que entenderlo “en sus verdaderas posibilidades, con sus virtudes y defectos.” Los propietarios se hallaban sin embargo vinculados a las costumbres indígenas. Todavía se encontraba patronos que creían que “la costumbre tradicional indígena es superior a todo avance de la ciencia”. Los indígenas eran presa del alcoholismo por sus vínculos con las fiestas religiosas que les producían miseria y deudas. Pero los indígenas de comunidades, también tenían problemas con los mayordomos. “Por todo eso oímos en la voz de todo nuestro pueblo, hasta para explicar la ignorancia de una cocinera: el indio es enemigo del blanco”.

Una posible solución era la de la educación de los mayordomos. Debían ser capacitados en derecho laboral, administración y fomento de actividades agrícolas. La tecnificación de los mayordomos aparecía como una solución que debería ser impulsada por los terratenientes y los municipios. “No se trataría de establecer grandes Institutos de aprendizaje y práctica, sino de la enseñanza racional de cosas sencillas que ignora

³²⁰ “Indios y mayordomos”, *El Sol*, 24 de enero de 1954, p. 10.

³²¹ Raúl Andrade “El indio, tema y vergüenza” [1944], en *Viñetas del mentidero*, Banco Central, Quito, 1993, pp. 99-100.

nuestro medio rural: los derechos del indio, los deberes del indio, la evolución de la propiedad de la tierra, los métodos de organización del trabajo, la igualdad humana ante la Ley, los derechos y deberes del administrador o mayordomo, la mejor forma de administrar un fundo propio o ajeno, la formación de la pequeña industria de productos agrícolas o ganaderos.” Esta capacitación tendría como consecuencia terminar el servilismo de los mayordomos ante los amos y el despotismo con los indios con lo que surgiría la armonía en el campo.³²²

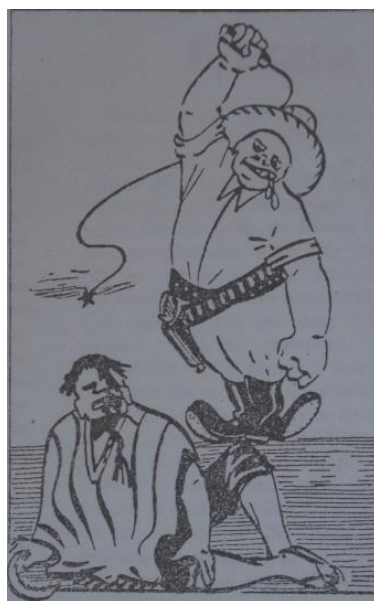


Ilustración 2. Atribuido a Avispa,
[Representación del gamonal], *Don
Pepe*, No. 1, 16 de enero 1954.

A pocos días de los acontecimientos de Guachalá se puso en circulación el primer número de *Don Pepe*. Este periódico dirigido por Mentor Mera, quien también se desempeñaba ocasionalmente como abogado laboral, incluyó un artículo que comentaba los eventos, uniéndolos a los que ya antes habían ocurrido en La Merced. Lo de Guachalá había sido producido por un “gamonal rapaz” que se negó a pagar salarios. En tanto que la intervención policial evidenciaría un comportamiento animal: “Los gendarmes, con las fauces embarradas de sangre, han retornado a sus cuadras, relamiendo los coágulos rojos.” Había sido un acto de antropofagia, puesto que “antropófagos, caníbales, genocidas de indios, festejan la victoria. Habeís matado a

³²² Ibid.

gente humilde, de oscuro color como la tierra”.³²³ Una caricatura de Gonzalo Mendoza (Avispa) en la que se ve a un personaje (el gamonal) que con un látigo castiga a un indio caído en el suelo apareció en *Don Pepe*. Representa el despotismo y la crueldad bajo la figura de un individuo grotesco que tiene también los rasgos de un *cowboy* que porta además un revolver. Esta caricatura se reprodujo reiteradamente en la prensa y revistas de izquierda durante los siguientes años como ilustración de temas rurales.

7. LOS ECOS DEL INDIGENISMO

A más de la información de prensa, estaba la divulgación de eventos que podía hacerse por la radio. Es probable que los eventos conflictivos ocurridos en las zonas rurales hayan sido difundidos de esta manera mediante la lectura de los periódicos tal como se estilaba en la época como una oralidad secundaria dependiente de fuentes impresas (Ong, 1994: 20). Hasta comienzos de los años sesenta los noticieros radiales se sustentaban predominantemente en la lectura de prensa.

Una representación paródica de un indígena fue el *Indio Mariano* entre los años cuarenta y sesenta en la Radio Quito. Un actor que simulaba el vestido y habla de un indígena chibuleo dialogaba con sus compadres acerca de temas políticos y culturales. Imitaba la voz y las expresiones de un indígena usando frecuentemente la expresión “patrón” para referirse a los no indígenas. Esta representación ventrílocua -distante del indigenismo- era una comicidad que apelaba a un imaginario costumbrista del indio.

No obstante, un tipo de discurso sobre el mundo indígena es el que se divulgó en la emisora de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE) en la década de 1950. La emisora fundada en 1949, era una prolongación de los idearios ilustrados de la institución. Las concepciones fundamentales que guiaban la programación eran las de difundir la cultura ilustrada, propagar ideales de identidad nacional, en suma, la idea de mejorar el nivel educativo de la población.

Un aspecto primordial de las tareas de divulgación de la emisora de la CCE, fue el relativo a los contenidos de la identidad nacional. La necesidad de “levantar el espíritu

³²³ “Actualidad de la antropofagia”, *Don Pepe*, No. 1, 16 de enero de 1954, p. 12.

nacional”, hacía que se presenten programas con una idea de la historia nacional en torno a fechas, héroes y efemérides, puesto que se requería “exaltar las virtudes históricas del habitante de la patria y glorificar sus efemérides heroicas en luchas por la libertad y la cultura” (Carrión, 1957: 160). La tarea cultural, estaba entonces claramente articulada a los valores nacionalistas proveídos por una concepción patriótica de la historia.

Un programa sobre la cuestión indígena se transmitió regularmente en esa emisora durante algunos años por parte de Víctor Gabriel Garcés un reconocido intelectual indigenista liberal quien ya había escrito sobre la cuestión indígena desde los años treinta y que también fue uno de los redactores de la Ley de Comunas (Prieto, 2004: 170-171). Una recopilación de sus intervenciones radiales titulada *Indigenismo*, permite hacerse una idea del tipo de discursos que se difundieron por la radio. Los temas abordados por Garcés abarcaron cuestiones tales como las políticas del Estado, la legislación, la discriminación, el huasipungo y las relaciones de trabajo, las relaciones entre la política y la población indígena; y, aunque hizo una referencia ocasional a eventos conflictivos, siempre su enfoque se autodefinía como indigenista.

Sus reflexiones sobre la relación entre el Estado y los indígenas planteaban la conexión entre el marco legal y la materialidad del Estado que conocían los indígenas en su vida diaria. El dilema de la relación entre una legislación general que estaba distante del mundo indígena y rural y si eso podría cambiar con una legislación específica dirigida a la población indígena constituía un tema que se encontraba en discusión desde los años veinte. El enfoque de Garcés era paternalista, definía a los indígenas como niños, aunque sugería constantemente un mejoramiento del trato. Establecía diferencias con la izquierda marxista en sus postulados de organización de los indígenas; y, también distancias con los católicos. Las relaciones entre los indígenas y la Nación, aparecían débiles por la falta de interiorización de valores patrióticos en aquellos. Aunque Garcés no desarrolló el tema, proponía el fomento al mestizaje como ideología.

Su percepción sobre los mayordomos de las haciendas planteaba que ellos provenían del mundo mestizo-indígena. Su papel de intermediación les confería una delegación patronal que en su relación con los trabajadores indígenas, adquiriría un carácter

despótico. A los mayordomos les correspondía “ordenar, mandar, vigilar y castigar” (Garcés, 1957: 89). Esta opinión surgía precisamente de los conflictos de 1953 y 1954 cuando los mayordomos habían estado en el centro de los reclamos de los huasipungueros.

Como parte de su radical oposición al indigenismo, en el periódico *Combate* se impugnaron las emisiones radiales de Garcés, lo que quiere decir que eran escuchadas atentamente para ser refutadas.

La perspectiva indigenista tuvo algún grado de recepción en el sistema escolar laico. Virginia Larenas, una profesora socialista del Colegio Manuela Cañizares organizó en mayo de 1953 un evento en el que se divulgaron los idearios indigenistas. Realizado en el Teatro Sucre, consistió en una presentación sistemática de la problemática de la población indígena. Las alumnas expusieron sobre el mundo indígena, resumiendo y comentando los textos de autores indigenistas. Se hizo un recorrido por la historia, la legislación, las formas de trabajo, los defectos de los indígenas tales como el alcoholismo y el robo; y, se propusieron soluciones que incluían sobre todo reformas centradas en la educación y en mejorar el trato a los indígenas, insistiendo en que había que desechar su inferioridad racial.

Esto alude a que cierta sensibilización sobre la cultura y la sociedad indígenas había sido producida por la difusión del pensamiento indigenista en el sistema escolar. El evento sugiere un auditorio de estudiantes, sus familiares y maestras normalistas. Dos jóvenes aspirantes a maestras planteaban los aspectos generales de la explotación y opresión a los indígenas que incluían la hacienda, la iglesia, los gamonales, los mestizos y el mismo Estado que habría fomentado el alcoholismo con el Estanco de Alcoholes.

“Del indio se aprovechan todos; los mestizos se llevan su sangre, le quitan sus fuerzas y destiñen su raza. El blanco lo explota inmisericordemente y son sus robustos brazos los que amasan su riqueza. Y no solamente lo explota el latifundista poderoso, lo explota también el extranjero, que es más hábil que el gamonal, se sirve de su industria negocia sus productos con nombres supuestos y etiquetas falsas. Lo explota el propio Estado, porque del consumo del (Estanco)

de Alcoholes vive él y las dos terceras partes del pueblo burócrata; y le explota la Iglesia, porque las pocas ganancias y ahorros que logra en varios meses de trabajo, los invierte en fiestas y priostazgos religiosos. Por dignidad humana y por amor cristiano, debemos defender al indio y así lo proclamaremos siempre las maestras”.³²⁴

En contraste, las posiciones que desarrollaron algunos intelectuales de ARNE sobre la problemática indígena se encontraban definidas por un antagonismo básico con la izquierda entendida como masones y comunistas, y ampliando su discrepancia con el indigenismo. Se impugnaba a los intelectuales y artistas que habían hecho del indio uno de sus motivos. Concebían que la situación de los indígenas era producto de un sistema de explotación con autoridades locales cómplices y gamonales. Los problemas centrales eran el alcoholismo y la falta de higiene. La solución frente a esto era la de mejorar su educación con la mejor preparación de maestros y la tutela con sacerdotes y monjas católicas. Se trataba de una propuesta de integración que combinaba la intervención del Estado y el papel tutelar de los agentes religiosos.³²⁵

Se puede advertir como los términos “gamonal” y “gamonalismo” se habían implantado en los discursos públicos de un espectro ideológico diverso que iba desde liberales a izquierda e incluso corrientes de derecha. El término gamonal era una palabra originada en el siglo XVIII cuyo uso se amplió a finales del siglo XIX y terminó posteriormente en la noción de gamonalismo que sirvió para designar a las formas despóticas de poder local rural después de 1920 (Ibarra, 2002). En el lenguaje liberal y de izquierda se tornaron en términos proliferantes que permitían designar a terratenientes y autoridades locales. El gamonal se convierte en un significante que aparece en discursos políticos sobre el indio y el agro.

En 1954 se efectuó por primera ocasión un Censo agropecuario que evidenció la alta concentración de la propiedad agrícola. De acuerdo al censo, en las haciendas de la sierra había más de 19.000 huasipungueros. Estos datos recopilados por el Estado

³²⁴ Teresa Andrade y Rosario Acevedo, “Condición social y económica del indio ecuatoriano”, en Norma Manuela Cañizares, *La educación del indio ecuatoriano y su incorporación a la vida nacional*, Imp. del Ministerio de Educación, Quito, 1954, pp. 34-35.

³²⁵ Eugenio, “El indigenismo grave problema nacional”, *Combate*, 1 de enero de 1954, p. 7 y 6.

incidieron en una larvada discusión de la necesidad de una reforma agraria y cambios en las relaciones de trabajo que emergió ocasionalmente en la década del cincuenta. En 1956 se inició la operación de la Misión Andina como un programa de la Organización Internacional del Trabajo que planteaba una intervención en algunas zonas de alta concentración de población indígena bajo la noción de desarrollo comunitario (Bretón 2000). Después de 1958 se presentó un incremento de conflictos laborales rurales en la sierra y la costa.

En 1956 Camilo Ponce fue electo Presidente de la República. Durante su gobierno se produjo el conflicto de San Pablo del Lago que se transformó en un evento de amplia resonancia. Coincidentemente, a comienzos de enero de 1959 se producía un acontecimiento de extraordinario impacto, la entrada en La Habana del ejército rebelde dirigido por Fidel Castro que inauguraba una nueva época en América Latina. La atención destacada que la prensa dio al triunfo de la revolución cubana emergió junto a los eventos de San Pablo del Lago.

8. EL MUNICIPIO DE OTAVALO Y EL CONFLICTO DE SAN PABLO DEL LAGO (1959)

El conflicto de San Pablo del Lago se originó en la intención del Municipio de Otavalo de edificar un hotel en la zona del Lago San Pablo. Ante la perspectiva de la realización de la XI Conferencia Interamericana en Quito, la construcción de un hotel surgía como un medio para fomentar el turismo. Las expectativas de las elites blancas de Otavalo eran las de impulsar el turismo y crear fuentes de empleo. Convergía entonces el imaginario sobre la Conferencia Interamericana que serviría para reivindicar al país en la aspiración de la revisión del Protocolo de Río de Janeiro junto a las obras de infraestructura que eran pensadas como una oportunidad y presentación de un rostro de modernización del país. Esto había movilizó al Municipio que decidió construir un hotel y ya en 1956 se había tomado la decisión de expropiar unos terrenos que pertenecían a comuneros individuales de Pucará Bajo de Velásquez, comuna que había obtenido su personería jurídica en 1952. El personaje central de este conflicto fue Víctor Alejandro Jaramillo, quien era Presidente del Concejo Municipal de Otavalo, Rector del Colegio Otavalo y Senador de la provincia de Imbabura. Además, Jaramillo pertenecía

al partido conservador.³²⁶ Una figura en la que confluían la representación política y una función educativa.

La confrontación ocurrió el 7 de enero de 1959 cuando una comisión enviada por el Municipio a negociar con los comuneros no fue bien recibida puesto que se negaban a una posible expropiación de sus terrenos. Los comisionados habían sido rodeados por los indígenas enardecidos y se refugiaron en una casa del muelle del lago. Esto ocasionó un incidente que alcanzó mayores proporciones con la llegada de la policía y los guardas de estanco que usaron las armas contra los indígenas. Adicionalmente, los estudiantes del Colegio donde era Rector Jaramillo llegaron para unirse a los comisionados. De acuerdo a un joven estudiante del Colegio Otavalo que participó en los acontecimientos, los estudiantes fueron motivados con la idea de que los indios estaban a punto de matar a unos blancos.³²⁷

Las primeras informaciones publicadas en los diarios de Quito, recogieron las versiones del Gobernador de Imbabura y de Víctor Alejandro Jaramillo. Para el Gobernador de Imbabura se había tratado de una intervención de la policía y los guardas de estancos que “despejaron” un levantamiento y luego permanecieron en el lugar. En tanto que los periódicos transcribieron un telegrama de Jaramillo que lamentaba la “irrazonada resistencia de los indígenas” a vender sus terrenos y decía que los incidentes habían sido un combate alentado por azuzadores. En la parte final mencionaba que había consternación y duelo en “los ciudadanos otavaleños blancos e indígenas”.³²⁸ Según Jaramillo, una mujer –Filomena Betancourt- había instigado a los indígenas asegurándoles que sus tierras iban a ser arrebatadas. Días antes, otra comisión formada por curas de Otavalo también habían fracasado en su intento por persuadir a los indígenas.

³²⁶ Los hechos de San Pablo del Lago fueron brevemente mencionados por Albornoz (1971: 105-108). Alvaro San Félix también los describe en un libro sobre la historia de Otavalo (1974: 323-336). “Alpa mama” es un cuento de Gustavo Alfredo Jácome que transformó el conflicto en un relato de ficción (1972: 9-24).

³²⁷ Jaramillo se dirigió a las aulas y les había dicho a los estudiantes: “Los indios están matando a los blancos en la laguna, vamos a rescatarlos”. Los estudiantes fueron al lugar de los hechos en una volqueta y en la refriega que terminó con la muerte de algunos indígenas, el joven colegial Jorge Escobar escapó de ser linchado por estos. *Entrevista a Jorge Escobar*, 14 de mayo de 2009, Quito.

³²⁸ “Ocurrió levantamiento de indígenas a orillas Lago San Pablo: 3 muertos”, *El Comercio*, 8 de enero de 1959, p.20. Información similar en *Diario del Ecuador*, 8 de enero de 1959, p. 12.

Al día siguiente, *El Comercio* designaba a los incidentes como una “batalla campal”. Los antagonistas del conflicto aparecen como los ciudadanos, la policía, los guardas de estanco y los indígenas. Se prosiguió con el relato de los acontecimientos proporcionado por Jaramillo, cuya versión siguió predominando en la información. Se identificaron 5 muertos, numerosos heridos y 30 indígenas detenidos.

Inmediatamente se produjo un amplio impacto en la población de Otavalo. En una asamblea convocada por el municipio, Jaramillo sostuvo que él quiso que los estudiantes del colegio vayan a rescatar a los comisionados que se encontraban rodeados por los indios y lo que él presencié fue “una formidable batalla (que) se desarrollaba entre blancos e indios, siendo estos últimos siquiera 800 hombres y apenas 18 blancos, que eran arrollados en el callejón de entrada a la laguna”. Aseguró que él no pidió disparar. Un abogado sugería acusar a los indios de rebelión. Un profesor sostuvo que al matar a los indios, se mataba “el elemento del turismo” y que había que construir el hotel en otro lugar.³²⁹ Pero la asamblea respaldó a Jaramillo y pidió proseguir con el intento de construir el hotel en el mismo sitio.

El sindicato de los trabajadores de la fábrica textil La Joya de Otavalo no acató la petición de la CTE de protestar ante el Concejo Municipal a favor de los indígenas y más bien decidió desvincularse de esa central sindical. Una actitud distinta a la que habían tenido en 1952 los gremios de trabajadores de Ambato frente al conflicto de Leito.

La CTE y la FEI enviaron abogados para defender a los comuneros. Un periodista de *El Comercio* que quiso hablar con los indígenas se encontró con su negativa a dar información. Un ex Rector de un colegio de Riobamba y la Unión Nacional de Educadores pidieron la destitución de Jaramillo como Rector.

Días más tarde, un comunicado de la Asociación “31 de octubre” planteaba una cuestión que no había sido mencionada. Se trataba de que algunas personas de Otavalo, enteradas

³²⁹ “Reunióse el Cabildo Ampliado de Otavalo y escuchó el relato de la lucha junto al Lago San Pablo”, *El Comercio*, 14 de enero de 1959, p.20.

del lugar donde probablemente se construiría el hotel, habían comprado en las inmediaciones algunos terrenos a propietarios indígenas pagando bajos precios, porque esperaban venderlos más tarde a precios más altos.³³⁰ Esta asociación constituida por otavaleños blancos residentes en Quito había sido la impulsora de la construcción del hotel, animada con la idea de que la promoción del turismo sería un factor de mejoramiento económico de Otavalo.

Para el Concejo Municipal de Otavalo, una mujer -Filomena Betancourt- era también la responsable de los acontecimientos puesto que habría “azuzado” a los indígenas a golpear a los comisionados.³³¹ Ella era militante del Partido Comunista y fue acusada de ser una “agitadora” que “envenenaba” a los indígenas.

La intervención de los estudiantes, resultaba además irónica, porque algunos de ellos habían organizado pocos días antes un agasajo navideño a niños indígenas como muestra de un acercamiento de los jóvenes mestizos de Otavalo hacia los indígenas con “escenas que conmovieron a los asistentes”.³³²

Una asamblea de protesta en la Casa del Obrero en Quito en la que estuvieron líderes y miembros de la comuna, permitió difundir una versión proveniente de Segundo Morales, un joven dirigente comunal. Su narración ponía el acento en la crueldad de los represores y la negativa indígena a la construcción del hotel. Por una extraña coincidencia, “una rocola de un salón cercano que interrumpió, en varias ocasiones, la Asamblea, dejaba escuchar aquella canción de sabor indio “vasija de barro”. Hecho casual que dio un margen musical lleno de dolor a toda esta versión sincera del indio Segundo Morales, Secretario de la comuna de Pucará”.³³³ Amadeo Alba, un dirigente de la FEI, sostuvo que con la educación “ya no somos vendidos, que ya vemos y sabemos gracias a las letras que nos han enseñado que no podemos ir para atrás”. Un dirigente de

³³⁰ “La intervención de la Asociación “31 de octubre” en el proyectado muelle y hotel San Pablo”, *El Comercio*, 15 de enero de 1959, p.14.

³³¹ “El Ilustre Concejo Municipal de Otavalo a la Nación, sobre los sucesos de la laguna de San Pablo”, *El Comercio*, 19 de enero de 1959, p. 2.

³³² “En el Colegio Otavalo se llevó a cabo agasajo de Nochebuena al “niño indio””, *Diario del Ecuador*, 21 de enero de 1959, p.3.

³³³ “Que hagan nomás el hotel sobre toditas las calaveras”, *Diario del Ecuador*, 17 de enero de 1959, p. 12.

la Unión Nacional de Educadores realizó un recuento de la presencia india en la historia concluyendo que la “raza de bronce” debía ser protegida. La intervención del Presidente de la Unión Nacional de Periodistas insistió en que se trataba de un problema de clase, “cuando un indio deja sus ropajes, sus atavíos, deja de ser indio y se convierte con facilidad en chofer, en trabajador de toda naturaleza”. En esta reunión laboral se podía advertir una variedad de opiniones que incluían la versión de un dirigente de la comunidad que enfatizaba el acto de represión; la opinión de un dirigente indígena cayambeño de la FEI que ponía énfasis en el valor de la educación junto a las interpretaciones de voceros de los educadores y periodistas que mantenían un tono civilizatorio derivado de argumentos indigenistas.

El comentario editorial de *El Comercio* señaló que los sucesos del lago San Pablo mostraban, una vez más, aspectos de la problemática indígena que tenían rasgos económicos y ausencia de soluciones por parte del Estado. Un asunto que emergía otra vez era el de la ciudadanía. “Mientras se le exige al indio comportarse de acuerdo a las regulaciones comunes, considerándolo en abstracto sujeto de deberes y derechos al igual que todos los ciudadanos, poco ha hecho el Estado para incorporarlo a la economía y la cultura”.³³⁴ Se negaba que los indígenas sean un peso muerto y que había que “comprender con visión práctica los grandes recursos humanos que vegetan en el indigenado”. Otro comentario editorial exigía sanción a los responsables evitando culpabilizar a la población de Otavalo. “Cinco muertos es una alta cifra, tan alta que la justicia no puede quedar callada, ni las autoridades inoperantes”.³³⁵

Una columna editorial aparecida en *Diario del Ecuador*, sostenía que la responsabilidad de los hechos correspondía a los “agitadores” que habían influido sobre los indígenas.³³⁶ Los agentes externos al conflicto debían ser “reducidos a la cárcel” y el hotel debía ser construido en el mismo sitio. De manera contradictoria, otro comentario en el mismo periódico, asumió que “los infelices indios” habían sido víctimas de un hecho de violencia responsabilizando a Jaramillo.³³⁷ Esto estaba acompañado de una caricatura

³³⁴ “Presencia del indio”, *El Comercio*, 15 de enero de 1959, p.4.

³³⁵ “El caso de San Pablo”, *El Comercio*, 25 de enero de 1959, p. 4.

³³⁶ Tupac Amaru, “El problema del hotel en San Pablo”, *Diario del Ecuador*, 10 de enero de 1959, p. 5.

³³⁷ “Auxilio que están matando a los indios de Otavalo”, *Diario del Ecuador*, 11 de enero de 1959, p. 9.

de “Avispa” que mostraba a un policía disparando sobre un indígena y un estudiante tirándole una piedra. En el mismo periódico coexistían opiniones contrapuestas.

Un primer comentario de *La Calle* trazaba una analogía de la situación de los indígenas con los esclavos de Grecia. Por eso se podía entender la situación ecuatoriana como una “democracia a la griega”, puesto que “nuestros dos millones de esclavos carecen de todo derecho”, afirmaciones que se reforzaban con referencias a Juan Montalvo.³³⁸

Se presentaron las opiniones de intelectuales indigenistas de Otavalo que se revelaban sorprendidos por los acontecimientos. Gonzalo Rubio Orbe pensaba que los hechos no habrían ocurrido si se recurría a personal con entrenamiento antropológico que podría haber manejado mejor el conflicto.³³⁹ Gustavo Alfredo Jácome encontraba que la represión era foránea porque los policías y los guardias de estanco no eran otavaleños, pero sobre todo los estudiantes de colegio que participaron en los incidentes tendrían “macabras pesadillas” con escenas del terror de la muerte de “los infelices indios enfurecidos”.³⁴⁰

Una entrevista imaginaria con Víctor Jaramillo lo revela como interesado en eliminar a los indios, puesto que solo se necesitaban unos pocos como muestra para los turistas.

“No niego que uno que otro indio bien presentado y bien perfumado, sirve para matizar, para dar color al paisaje.(...) Así tendríamos los indios necesarios para el turismo. Pero mantener una mayoría indígena en este poético valle, solo sirve para desprestigiarnos”.³⁴¹

Una crónica de *La Calle* estableció un relato que, aunque apegado a los acontecimientos, trató de mostrar cómo se produjo la respuesta de los indígenas

³³⁸ Diablo Cojuelo, “Democracia con esclavos”, *La Calle*, No. 97, 17 de enero de 1959, p. 5.

³³⁹ “Los escritores indigenistas otavaleños condenan el crimen de Otavalo”, *La Calle*, No. 98, 24 de enero de 1959, p. 9.

³⁴⁰ Gustavo Alfredo Jácome, “Sangre india en las orillas del lago San Pablo”, *La Calle*, No. 98, 24 de enero de 1959, p. 8.

³⁴¹ Geoges Ferdinand Tapage, “O los indios vuelven al campo o tendrán que morir como hombres, Senador Paramillo”, *La Calle*, No. 98, 24 de enero de 1959, p.16.

utilizando recursos de tipo literario. Después de describir dramáticamente la muerte de uno de los cabecillas y la confrontación posterior, decía en tono lírico:

“Cuando el último de los heridos fue recogido, levantado el quinto cadáver y metido a empellones el último apresado, como ochocientos pechos se desataron en una violenta tempestad de llanto interno”.³⁴²

Para Benjamín Carrión los sucesos de San Pablo del Lago no eran más que la confirmación de la larga historia del gamonalismo serrano y su expresión política el conservadorismo. Él hizo una breve revisión de la historia ecuatoriana que mostraba un panorama de opresión a los “infelices indígenas”. El hecho de que el Rector conservador de un colegio haya llevado estudiantes otavaleños a enfrentarse con los comuneros, significaba para Carrión que fueron invitados a una “cacería de indios”.³⁴³

Las numerosas caricaturas de Asdrúbal (Asdrúbal de la Torre) que aparecieron en *El Comercio* representaron el evento y siguieron aproximadamente el curso de los sucesos posteriores. Una primera caricatura mostraba a un indígena sostenido en vilo por una bayoneta; otra caracterizada al Rector Jaramillo en un aula de clase dando instrucciones a los estudiantes acerca de tener a los indios como “blanco de nuestros odios”. Los cinco indígenas fallecidos aparecieron en una caricatura que los representaba en el cielo como una metáfora de ángeles perforados por proyectiles. Otras caricaturas sobre la masacre de San Pablo del Lago se publicaron en *La Calle* y *Diario del Ecuador*.

³⁴² Germán Carrión, “La promesa de extinguir el latifundio se cumple matando a los indios”, *La Calle*, No. 97, 17 de enero de 1959, p. 30.

³⁴³ Benjamín Carrión, “Sobre las constantes del conservadorismo: el odio al indio”, *La Calle*, No. 97, 17 de enero de 1959, pp. 18-19. Este artículo es parte de la serie “Nuevas cartas al Ecuador” que se publicó en la revista.



Ilustración 3. Asdrúbal, “Problema sin importancia”, *El Comercio*, 14 de enero de 1959.

En Otavalo como en otros lugares de la sierra ecuatoriana estaba muy estatuida una percepción de las separaciones étnicas entre blancos, mestizos e indígenas. Estos modos de fijar diferenciaciones eran aquellas que se hacía desde el registro civil todavía en la década de 1940 con clasificaciones raciales (Buitrón y Salisbury, 2007: 158-160). Así mismo, un censo de población de la ciudad de Otavalo realizado en 1947 estableció que de sus 8.488 habitantes, 3.275 eran blancos; mestizos, 2.836; indígenas, 2.288; y negros, 39 (Rodríguez, 1955: 22). Sin embargo también tenía vigencia la categoría cholo que identificaba a distintas ocupaciones artesanales y de comercio. De modo optimista, un escritor otavaleño planteaba que a mediados de los años cincuenta las barreras entre blancos e indígenas se habían modificado. La presencia de indígenas en la ciudad ya era de cierta magnitud.

“En las retretas que se realizan en el Parque Bolívar no es raro encontrar varios indiecitos jóvenes y aún mayores, paseando como el resto de la gente. Y aún en el cine, el indio otavaleño que ya desayuna y almuerza en hotel o “fonda”, toma cerveza y “monta en automóvil”, asiste con frecuencia a las galerías del “Apolo” y del Teatro “Bolívar”. Testigos que han visto, admirados, nos han contado que

hay varios indios de Peguche y Agato que poseen en sus casas muebles y aún radio...” (Rodríguez 1955: 23).

Estos hechos novedosos de indígenas integrados al mundo urbano que asombraron a Rodríguez, serían ampliados más tarde por Gladys Villavicencio (1973). Puesto que ella encontró que este proceso se había desarrollado con cierta significación en los años sesenta con una mayor residencia de indígenas en la zona urbana de Otavalo cuando compraron casas, instalaron negocios y talleres.

Sin embargo, el conflicto de la Comunidad de Pucará Bajo de Velásquez reveló los intereses de las elites otavaleñas que agruparon a su alrededor un consenso de la población blanca y mestiza a favor de un proyecto turístico. Pero éste afectaba el modo de vida de la población indígena que dependía de la totora y los peces del lago para sus economías familiares. Además, algunas comunidades habían ya emprendido la búsqueda de tierras comprándolas a haciendas y propietarios mestizos.

9. LA LÓGICA DE LOS CONFLICTOS Y LA REPRESIÓN

El desenlace represivo de algunos conflictos en la década de 1950 ocurrió cuando los procesos de institucionalización de los conflictos laborales y rurales ya tenían una implantación relativamente duradera que habían sobrevivido a épocas de inestabilidad política. La descripción detallada de distintos tipos de conflictos plantea la irrupción de la represión estatal como un medio de contención en ambientes de naturaleza local que se encontraban ya integrados a un espacio de visualización parcial y gestación de una opinión pública. Cada conflicto es un microcosmos que revela un campo de fuerzas particular entre autoridades locales, propietarios, comunidades y trabajadores indígenas.

Camilo Ponce un miembro destacado de las elites terratenientes fue Ministro de gobierno entre 1953 y 1955. Caracterizado por un desempeño autoritario, los conflictos de La Merced y Guachalá sucedieron durante su gestión. En la medida de que estuviera a cargo de un aparato que entre sus atribuciones ejercía el control y la represión policial, plantea una circunstancia en la que se produjeron salidas represivas en lugar de la negociación en estos conflictos laborales. Cuando se encontraba de Presidente de la república (1956-1960), en cambio, ocurrió el conflicto de San Pablo del Lago donde

intervinieron los guardias de estancos, un cuerpo armado que controlaba el contrabando de aguardiente en las zonas rurales.

Los conflictos de las haciendas La Merced y Guachalá señalan dos modos específicos de inserción de la FEI en la acción colectiva. Mientras en La Merced la violencia ocurre como respuesta a un proceso de implantación sindical, en Guachalá había todavía la supervivencia de pautas de negociación distintas al modelo sindical. Pero en los dos casos aparecieron elementos de protesta que remitían a costumbres de naturaleza tradicional que habían sido vulneradas. El punto neurálgico del amplio descontento con los intermediarios patronales fue mucho más evidente en La Merced.

Esta revisión de cuatro acontecimientos conflictivos rurales describe con cierto detalle su naturaleza particular y los desenlaces represivos en la opinión pública. Y la misma noción de opinión pública había sido problematizada en tanto se trataba de revelar cómo se habían elaborado las informaciones y luego su conversión en opiniones que se construían en las elites políticas e intelectuales. La alta dependencia con las fuentes de información provenientes de los aparatos estatales y la débil presencia de las voces de los indígenas, deja en pie una versión limitada de los eventos conflictivos sustentada en la prensa de mayor impacto. Se trataba sobre todo de entender el tipo de opiniones que habían surgido en torno a los acontecimientos aunque se hizo necesario describirlos con cierta prolijidad.

Se puede establecer que existe un elemento común en la perspectiva de cómo estos eventos fueron interpretados en la opinión editorial de los diarios comerciales: la búsqueda de las causas de los conflictos y de los posibles responsables. Los conflictos de trabajo en las haciendas fueron explicados en el marco de condiciones de opresión que no podían ser ignoradas y para ello se recurría a antiguas nociones provenientes del lenguaje liberal. Así, la definición de “indios infelices” u otras similares que emergían espontáneamente en los comentarios editoriales revela la persistencia de ideas de larga duración surgidas en los intelectuales liberales a fines del siglo XIX (Guerrero, 1994). La identidad negativa de los indígenas como una percepción construida de sujetos necesitados de redención y protección operaba en la mentalidad de quienes opinaban sobre los indígenas. El acento puesto en el papel de los mayordomos y los

intermediarios de las relaciones de trabajo permitía concentrar la mirada en esos personajes como causantes de las rebeliones. Pero la presencia de “azuzadores” o “agitadores” emergía siempre como un añadido a las explicaciones.

También se puede advertir como los términos “gamonal” y “gamonalismo” se habían implantado en los discursos públicos de un espectro ideológico diverso que iba desde liberales a izquierda e incluso corrientes de derecha. En el lenguaje liberal y de izquierda se tornaron en términos proliferantes que permitían designar a terratenientes y autoridades locales. El gamonal se convierte en un significante que aparece en discursos políticos sobre el indio y el agro.

No causa sorpresa encontrar que el indigenismo en su versión liberal se hallaba relativamente situado en una posición de divulgación que incluía un acceso limitado a la radio y el sistema escolar. Eran nuevas condiciones que sugerían mejorar el trato con la población indígena y promover reformas en las políticas públicas.

Las opiniones construidas desde los medios e intelectuales de izquierda, eran parcialmente cercanas a las concepciones liberales del indio, aunque ponían su atención en los temas de la justicia y el imperio de la legalidad en el tratamiento de los conflictos laborales y rurales. Con un discurso público que funcionaba en los márgenes de la prensa dominante, la izquierda construía un espacio interpretativo y de comunicación como unas redes de opinión pública subordinada.

El conflicto de Leito era un episodio más de una larga confrontación que había implicado la controversia sobre la territorialidad de una hacienda y las comunidades. Pero evidenció un vínculo con el mundo asociativo urbano donde tuvo eco la demanda campesina con lazos de amplificación y solidaridad adquiriendo una nueva dimensión política. Lo específico del conflicto de San Pablo del Lago es que ocurrió en el marco de relaciones entre blancos y mestizos de Otavalo con una comunidad indígena que defendía el uso y el acceso tradicional a los recursos frente a un proyecto modernizador que estaba simbolizado en un hotel para turistas. Camilo Ponce era el Presidente de la República y la oposición política encontró en este conflicto otro motivo para la crítica. Así como la prensa situó los hechos responsabilizando a un político dominante local, no

dejo de hablar de los indios infelices y de los agitadores. Pero ya eran otras condiciones, puesto que se había filtrado un larvado debate sobre la necesidad de cambios en el agro coincidiendo con el triunfo de la revolución cubana y una creciente movilización campesina.

CAPÍTULO VI. TRAMAS, ESCENARIOS Y CAMBIOS DEL PODER LOCAL RURAL

La estructuración del poder político rural es un tema descuidado en los estudios históricos del Ecuador. En este pueden existir tramas de poder con grados distintos de relaciones entre colectividades campesinas, centros poblados y autoridades delegadas del Estado central de acuerdo a los niveles de penetración de la división político administrativa y las funciones gubernamentales tales como el Registro Civil, la educación pública, el poder judicial y la policía. Los procesos de irradiación estatal llegan a los escalones más bajos de la organización territorial como instancias formales de alcance del Estado nacional. Se presume que históricamente ha existido un incesante proceso de centralización estatal que subordina los poderes locales.

En los países andinos, la modalidad de poder local rural conocida como gamonalismo fue objeto de relativa atención hasta los comienzos de las reformas agrarias, en los años sesenta, cuando esta forma de poder se hallaba en crisis o decadencia. Una imagen muy influyente, fue producida por el pensamiento y la literatura indigenistas a partir de los años veinte. La identificación del gamonalismo como una forma de dominación y extorsión a la población rural, fue un tópico del discurso agrarista y de izquierda que se incorporó al lenguaje político.

El término gamonal, tanto en el uso político como en su manejo conceptual, ha sido virtualmente abandonado. Persiste tenuemente en el lenguaje político, aunque de una forma limitada y accidental. A pesar de la importancia del tema, no se dispone todavía de una reflexión global que indague lo que fue el gamonalismo como forma del ejercicio del poder a nivel local en sociedades que tenían características de predominio rural y densas poblaciones indígenas.³⁴⁴ Cualquier estudio de las formas modernas de

³⁴⁴ Algunos estudios que han abordado el poder local rural, son los de E. Fauroux (1983) quien sin recurrir a la noción de gamonalismo, describe el auge y la decadencia de una oligarquía terrateniente regional en Loja; Montes del Castillo (1989), ha estudiado los cambios del poder en una parroquia rural de Azuay a comienzos de los años setenta del siglo XX; Bernard (1987) se ha referido al período colonial tardío, que anuncia el conflicto entre autoridades civiles y eclesiásticas en torno al control de la población indígena; P. Sylva (1986) designa explícitamente como expresión de gamonalismo a los sistemas agrarios dominados por la hacienda en Chimborazo durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Ojeda (1979) en un estudio referido a la costa del Ecuador, utilizó la noción de “micro-oligarquía”. En una región de la costa ecuatoriana Ferreira (1985) estudia las relaciones de poder rural en las primeras décadas del siglo XX, recurriendo a la literatura

poder local, tendría al menos que remitirse a las formas anteriores, buscando su contraste con lo nuevo, las prolongaciones de lo antiguo, o sus huellas.

La factibilidad de establecer al gamonalismo como un concepto histórico debe situarse en primer lugar ante los prejuicios que transformaron a una forma de poder en un adjetivo insultante. Es indudablemente un término que pertenece al lenguaje político y es necesario proceder a transformarlo en un concepto analítico que posea la capacidad de interpretar la conformación de estructuras locales de poder, los actores que operan en esas estructuras y los cambios en las relaciones entre el Estado central y las dinámicas locales de poder. En este sentido son sustanciales las indicaciones de Koselleck (2002: 126-129) en relación a que los significados de términos políticos tienen la marca del tiempo que se halla incorporado como experiencias y expectativas de quienes han hecho uso de esos términos. Se produce una semántica que posee varios significados.

Este capítulo ofrece una visión de cómo se constituyó históricamente esta forma de poder, así como el uso del término gamonal en el lenguaje político y de las interpretaciones originadas en las ciencias sociales. Para eso, trataré de explicar el proceso histórico de constitución del poder local rural en zonas indígenas, y las concepciones cambiantes que surgieron para definir el gamonalismo.

1. GAMONALISMO, CACIQUISMO Y CORONELISMO EN UN PLANO COMPARATIVO

Al observar la evolución del gamonalismo como un significante del lenguaje político, se advierte un uso creciente desde los comienzos del siglo XX, hasta su declinación en el lenguaje en los años setenta. Una explicación sobre esto que puede ser elemental: al cambiar la estructura agraria y desaparecer o disminuir objetivamente la antigua clase terrateniente y la trama de antiguo régimen, se extinguían los sujetos sobre los que se había construido esta denominación, que insistamos, siempre estuvo muy politizada o ideologizada.

Propongo que el gamonalismo es una forma de poder político local rural resultante de la vigencia de una estructura estamental o de castas, en la que se ha “naturalizado” la

dominación étnica. Su sustento son las sociedades rurales en las que hay subordinación campesina por el predominio de sistemas agrarios en los que impera la gran propiedad. No obstante, hay otra variante del gamonalismo que se halla vinculada al capital comercial y los mecanismos despóticos o coactivos de constitución de las relaciones de mercado. En este caso, incluso puede haber mejorado la distribución de la tierra y la gran propiedad rural no ser importante. Todo ello implica la existencia de múltiples situaciones y variantes regionales de acuerdo a las relaciones agrarias y étnicas implicadas de modo particular como posiciones y campos de fuerzas.

Es factible conceptualizar el gamonalismo como una forma de poder difuso y descentralizado que se basa en la segmentación del funcionamiento de la sociedad agraria, con sus particularidades regionales, locales y características étnicas. Por eso, el gamonalismo podría ser interpretado también dentro de un proceso de diseminación del poder, con sus zonas, lugares y eslabonamientos. Alude a los fundamentos agrarios de la constitución del Estado, es decir, a la trama de relaciones sociales y simbólicas que en las áreas rurales conformaban las instituciones estatales y privadas de dominación.

Fenómenos análogos al gamonalismo, son el caciquismo mexicano y el coronelismo brasileño que también han sido muy discutidos en la tradición de las ciencias sociales de América Latina.

En las imágenes más recurrentes sobre las formas de dominación rural en América Latina, se suele mencionar al caciquismo en México, el mismo que ha sido generalmente definido como la capacidad de control a una esfera de poder local o regional con mecanismos clientelares o despóticos. El cacique es así, la figura que organiza un poder local. Un intermediario que tiene una capacidad de control del orden político local, sustentándose en redes sociales de compadrazgo y parentesco. La revolución mexicana produjo una multiplicidad de facciones y poderes con caciques y caudillos de alcance local y regional. Durante los años veinte y treinta se generó una fuerte tensión entre un proceso de centralización federal y la autonomía local donde existía una vertiente popular y otra de naturaleza caciquil que controlaba regiones y localidades.³⁴⁵ En el caso mexicano, el caciquismo se presenta como un fenómeno de

³⁴⁵ Falcón (1986: 106-110).

larga trayectoria histórica con características que han impregnado la organización del poder estatal. Como una forma de poder ha tenido una capacidad de adaptación a los cambios históricos del Estado aunque subordinado a los procesos de centralización.³⁴⁶ Se ha destacado sobre todo que el cacique como personaje cumple un papel de mediación política y cultural que implica lazos clientelares y redes de poder que pueden incluir desde recursos tradicionales sustentados en el compadrazgo hasta el manejo discrecional de los recursos del Estado. Se trata de una situación estratégica en la articulación de la esfera nacional y local.³⁴⁷

El coronelismo, ha sido designado como un producto de la debilidad del Estado brasileño a nivel local, que requería de intermediarios para controlar a la población rural. Pero al mismo tiempo, los coroneles eran los agentes de la penetración del Estado.³⁴⁸ Estos actores del poder local aparecieron a fines del siglo XIX como consecuencia de la estructuración de las guardias nacionales que otorgaron a los terratenientes el título honorario de Coronel y otros grados jerárquicos. Tenían un radio de acción municipal y eran decisivos como intermediarios políticos. Ha sido discutido acerca de si el coronelismo fue propio del período histórico que va desde fines del siglo XIX hasta 1930, o si se mantuvo modificado en la política brasileña hasta bien entrado el siglo XX.

Una monografía clásica sobre los coroneles de algunas localidades del nordeste brasileño, ha descrito con mucha riqueza el modo de operación de estos personajes entre 1930 y 1960 cuando se produce su decadencia.³⁴⁹ Se trataba de localidades con una alta ruralidad y un amplio involucramiento de los coroneles en la estructura de la propiedad en una región que poseía un fuerte atraso económico. Estos coroneles ejercían una autoridad inapelable, poseían una fuerte capacidad de coerción, sus vínculos con la

³⁴⁶ Buve (2003). La sorprendente historia del legendario cacique mexicano Saturnino Cedillo se encuentra en Falcón (1985) y Martínez Assad (1991). Sobre la articulación del caciquismo en los espacios locales y las transformaciones del Estado mexicano entre 1928 y 1980 en una localidad de Michoacán véase Vargas (1993). M. Deas (2006: 227-228) ha destacado la capacidad de los caciques para adaptarse a los cambios políticos en al marco de la vigencia del bipartidismo colombiano y negociar las relaciones con el poder central desde mediados del siglo XIX hasta muy entrado el siglo XX.

³⁴⁷ De la Peña (1986:35-39).

³⁴⁸ Murilo de Carvalho (1997).

³⁴⁹ Vilaça y Cavalcanti de Albuquerque (2006 [1965]: 42-45).

población estaban dados por sus extensas redes familiares y el uso del compadrazgo. En su mundo cultural tenían una alta valoración las concepciones y prácticas de una masculinidad tradicional. Establecían vínculos con los políticos regionales y su papel era determinante en el reclutamiento del electorado con el llamado “voto de cabresto”. Sin embargo, los mismos coroneles debían coexistir con un ambiente de modernización y transformación que inevitablemente socavaba su poder, por el apareamiento de elites competitivas, el desarrollo de las redes de comunicación y factores de oposición política. Los coroneles, muy aptos para el control político en condiciones de una sociedad rural tradicional, se tornaban poco eficientes con el incremento de la urbanización y el surgimiento de demandas sociales y democráticas que los coroneles ya no podían satisfacer.

Un antecedente sobre la naturaleza del poder local, es el pensador liberal español, Joaquín Costa, quien al reflexionar sobre el caciquismo español, define tres sujetos que ejercen la dominación: oligarquías, caciques y gobernadores. Las oligarquías son los notables que están en los núcleos centrales del poder, mientras que los caciques se hallan en los diversos escalones del poder local. Por tanto, entre oligarquías y caciques, habría que pensar en una relación poder central-poder local. Todas estas formas de poder aparecían a los ojos de Costa como fruto del atraso español, o más ampliamente, como la ausencia de un Estado democrático. Por eso, su ideal era el de una democracia con ciudadanos. Uno de sus temas es la ausencia de ciudadanía en los medios rurales.³⁵⁰

La eliminación del caciquismo según Costa, solo podría provenir de una reforma hecha desde arriba, con un programa modernizador basado en la educación, la intervención estatal, reforma agraria, políticas laborales y sociales modernas. Una parte importante del cambio propuesto es una suerte de municipio social, con el desarrollo de servicios públicos locales. Su propuesta era un camino distinto al ofertado por corrientes reformistas y radicales empeñadas en una movilización campesina que promoviera un cambio desde abajo.

El conocimiento del caciquismo para la época sobre la cual surgieron las reflexiones de Costa, ha sido incorporado en un estudio de José Varela Ortega sobre la región de

³⁵⁰ Costa (1973 [1902]).

Castilla en el último tercio del siglo XIX.³⁵¹ En esta perspectiva, la figura del cacique corresponde a un intermediario que tiene entre las fuentes de su poder la capacidad de vincularse a la administración para distribuir bienes y servicios, uno de los cuales es la provisión de empleo. El cacique no aparece necesariamente vinculado a la propiedad de la tierra o a otras formas de capital y el acceso al poder local se encontraba abierto a grupos sociales medios y de origen popular. El contexto de la época indica que se hallaba en marcha un relativo proceso de modernización con una ampliación de la participación electoral y una debilidad de sectores populares contestatarios. La adhesión a corrientes políticas o ideológicas aparece como algo circunstancial a la política caciquil aunque predominaba el liberalismo.

Las semejanzas y diferencias de estas formas locales de poder, tienen como eje explicativo el despotismo rural surgido de situaciones de desigualdad social. Las modalidades de dominación tradicional, han tenido históricamente su sustento en órdenes sociales y políticos jerárquicos. Por ello es importante detenerse en el concepto de dominación patrimonial para entender las formas de ejercicio del poder local. Se trata básicamente de una prolongación de los intereses privados hacia el ámbito político o, más precisamente, de una confusión de lo público con lo privado que descansa en la falta de autonomía del ejercicio de las funciones estatales de las funciones privadas. Es un orden político que establece como fundamento la tradición y las costumbres que crean nexos que pueden teñirse de fuertes lealtades. Afirma Weber que “El patrimonialismo es compatible con la economía cerrada y con la economía basada en el cambio, con una estructura agraria pequeño burguesa o señorial, con la ausencia o la presencia de una economía capitalista”.³⁵² Hay que insistir en que se trata de una dominación que descansa en una diferenciación étnica en la que el poder se halla controlado por blancos y mestizos. Por tanto, se trata de un patrimonialismo sustentado en la dominación étnica.

Según Michael Mann, el desarrollo histórico del Estado centralizado, tiene un componente despótico y otro de naturaleza infraestructural. El aspecto despótico es “el abanico de acciones que la elite tiene facultad de emprender sin negociación rutinaria,

³⁵¹ Varela Ortega (2001: 409-430).

³⁵² Weber (1992 [1922]: 753-847).

institucional, con grupos de la sociedad civil”. Mientras que el poder infraestructural, es “la capacidad del Estado para penetrar realmente la sociedad civil, y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas por todo el país”.³⁵³ Las formas locales de dominación, son una combinación de ambos aspectos, al desarrollar la capacidad de administrar poblaciones étnicas con una combinación de despotismo y limitado poder infraestructural del Estado.

Los procesos de construcción estatal en los países periféricos han requerido de intermediarios con poder a nivel local en lo que Migdal (1988: 247-249), denominó el triángulo de la adaptación constituido por las relaciones entre los poderosos locales, los ejecutores de las políticas del Estado central y los políticos regionales. Ello implica que los espacios locales de poder son producto de interacciones de la sociedad con la política y el centro estatal. Un significado de los ámbitos locales de poder es que así como pueden estar articulados a la trama del Estado nación, pueden influir en su estructuración.

Desde los años sesenta, se propagó la perspectiva del clientelismo para el estudio del poder local. La noción de clientelismo, surgida del estudio de la política en sociedades rurales, tiene como sus elementos definitorios la relación de desigualdad social, el intercambio de bienes y servicios, así como concepciones de reciprocidad que permiten funcionar a una relación entre los patronos y la clientela (Powel, 1970: 412). El modo clientelar de funcionamiento de la política, puede realmente impregnar todas las estructuras políticas. Aunque de hecho, se pone más atención al funcionamiento clientelar a nivel local.³⁵⁴ Y con más frecuencia, dándole al clientelismo la especificidad de operación en sociedades rurales.

Este tipo de relaciones, ocurren por la debilidad del Estado central, que se ve obligado a delegar el control en intermediarios que suplen las carencias estatales. Esta debilidad se traduce en lo que Gellner llama una “centralización incompleta”, caracterizada por un control parcial del territorio que hace que el Estado entregue o delegue poderes en

³⁵³ Mann (1991: 19 y 20).

³⁵⁴ La bibliografía sobre el clientelismo es muy extensa. Una revisión se encuentra en Piselli (1997) y Moreno Luzón (1999). La investigación sobre México y Brasil está expuesta en Roniger (1987). Sobre el clientelismo en medios urbanos, ver Burgwal (1995).

determinados agentes. Aunque también el Estado puede controlar el territorio pero carecer de recursos para lograr la prestación de servicios. Por eso, surgen los intermediarios entre el poder local y el poder central, sin los cuales este carece de eficacia. En contraste, un Estado muy centralizado o con poderes difusos, crea un ambiente poco propicio para las relaciones patrón cliente (Gellner, 1985: 13-14). El asunto es si la noción de clientelismo puede ser empleada para tratar las formas de poder local rural como el gamonalismo que tiene su soporte en sujetos que ejercen el poder con la dominación étnica.

2. PARA UNA HISTORIA DEL GAMONALISMO

Se puede fechar a partir de 1920 la generalización del uso de la denominación gamonal como una expresión para definir al ejercicio del poder local en el Ecuador. La primera referencia que se dispone, está ubicada en el siglo XVIII, cuando el vocablo gamonal, apareció mencionado en un juicio criminal de la sublevación de indios de Riobamba ocurrida en 1764. Con esta palabra, se estaba designando a algún sector dominante. No quedaba claro en esa época que se refirieran a algún personaje que ejerce el poder local. Sin embargo el hecho de que la palabra ya haya sido empleada en un contexto conflictivo, permite conjeturar que se hallaba incorporada al lenguaje cotidiano.³⁵⁵ Pablo Macera, registró el término gamonal en Perú hacía 1863, tal como había aparecido en una revista que se encargó de definirlo como un personaje que basaba su poder en el control que le daba la tierra. Esta definición, próxima a la imagen del señor feudal, con ciertas variantes, se mantendrá en el tiempo.

“La lengua castellana da el nombre de Gamonal a un terreno que abunda en plantas afrodillas. Pero algunos pueblos americanos, ampliando la idea y tomando por extraña analogía y pícaramente al propietario por la propiedad, llaman gamonal (por no decir capataz o cacique) al hombre rico de un lugar pequeño, propietario de las tierras más valiosas, especie de señor feudal de parroquia, que influye y domina soberanamente en el distrito, maneja a sus arrendatarios como a borregos, ata y desata como un San Pedro en caricatura y

³⁵⁵ Archivo Nacional de Colombia (ANC). Indios de Riobamba. Autos sobre la grave sublevación de estos indios y otras doctrinas de su jurisdicción, a quienes se pretendía numerar. Mf. rol. 5. 1. f. 001. La palabra gamonal aparece una sola vez en el documento y no vuelve a repetirse.

campea sin rival como el gallo entre las gallinas. El gamonal es pues el sátrapa de la parroquia”.³⁵⁶

Se asume que el gamonalismo fue en Perú la cara local del Estado oligárquico, que en la época posterior a 1880, requirió de sectores dominantes del interior para ejercer la dominación. Según Florencia Mallon,

“(…) el Estado oligárquico y modernizante que se consolidó en Perú a finales del siglo XIX se basó en la refragmentación étnica del territorio, entre costa blanca, mestiza y negra, y sierra indígena. El gamonalismo, notoria variante peruana del caudillismo, tomó impulso de la necesidad del Estado limeño de controlar las poblaciones serranas, no directamente a través de su integración a un proyecto nacional, sino indirectamente por vía de los gamonales terratenientes o comerciantes que, a cambio del apoyo represivo del Estado, garantizaban la lealtad política de "sus" zonas”.³⁵⁷

En un análisis más específico, Nelson Manrique propone interpretar al gamonalismo como un poder despótico que se constituye en circunstancias de la violencia con la que tiene que operar el capital mercantil. Su estudio sitúa como marco las zonas altas de Arequipa durante la época de la producción de la lana de alpaca que era obtenida de los indígenas, mediante mecanismos compulsivos. El control de la lana de alpaca -un importante producto de exportación-, creaba una cadena de subordinación desde la oligarquía arequipeña hacia los gamonales del interior de la región. El gamonalismo, consistía en el empleo del trabajo indígena para servicios personales y obras públicas, era instrumento para concentrar la propiedad de la tierra, y la violencia en la circulación mercantil. Manrique anota que la violencia no era solo dirigida hacia los indígenas, sino que se daba entre las familias o incluso al interior de las familias gamonales. Para ello, era importante tener algún cargo de representación política. La debilidad del Estado central, tenía como contrapartida un poder gamonal fuerte.³⁵⁸ En la situación específica

³⁵⁶ Esta definición, había aparecido en la *Revista Americana* de Lima, y citada por Pablo Macera, se recoge en Burga y Flores Galindo (1979: 106), donde también se proporcionan otros detalles relativos al gamonalismo en el sur andino del Perú.

³⁵⁷ Mallon (1992: 483).

³⁵⁸ Manrique (1991: 211-223).

de Caylloma, Manrique afirma que el gamonalismo precedió a la formación del latifundio, y fue también un instrumento para la consolidación de la gran propiedad. Así mismo, había gamonales que no tenían vinculación con la propiedad de la tierra.³⁵⁹

El término también fue conocido y utilizado en Colombia después de la mitad del siglo XIX. En la región del Cauca, la denominación de gamonal aludía a individuos que ejercen el poder desde los métodos paternalistas de unos a los métodos violentos y expoliadores de otros. Por lo tanto, señala un tipo de dominación local ejercido con mecanismos blandos frente a una dominación de carácter despótico. Alonso Valencia identifica como gamonales a los terratenientes que ejercen el poder local por delegación del Estado central en un contexto de partidos políticos nominales que carecen de una real estructura.³⁶⁰

Se vuelven a encontrar en el Ecuador referencias a su uso, a fines del siglo XIX y a comienzos del XX. Pero la figura del gamonal, ya asumió un significado, conectado a los sectores pueblerinos en ascenso que habían adquirido un peso reconocible en pequeños pueblos. Se identifica con personajes que han transitado por el empleo de mayordomo, rematista de impuestos, y el capital a préstamo. Esta caracterización apareció en la literatura costumbrista, y evidenciaba el malestar que había producido en las aristocracias provincianas el surgimiento de sectores ascendentes en la sociedad rural como consecuencia de una nueva dinámica mercantil al finalizar el siglo XIX.³⁶¹ Esta visión del gamonal es más de tipo social que político. Específicamente las narraciones costumbristas remiten a ciertas zonas de la sierra central ecuatoriana donde emergieron estratos acomodados de campesinos como resultado de la expansión de los mercados locales y regionales, una época que corresponde a la vinculación del Ecuador al mercado mundial con el desarrollo de las exportaciones de cacao y las migraciones laborales desde la sierra a la costa.

En la obra de teatro *El recluta* de Carlos Arturo León (1916) uno de sus personajes es un “chagra gamonal”, que aparece brevemente como complemento a escenas de

³⁵⁹ (Ibíd.; 219).

³⁶⁰ Valencia (1988: 178-179).

³⁶¹ Sobre la caracterización del gamonal de la literatura costumbrista, ver Anacarsis Martínez (1892); y el relato “El Doctor” de L.A. Martínez (1903: 6-49).

cantina.³⁶² Un personaje que se expresa de modo servil ante los “señores” evidenciando un sujeto subordinado en una situación local.

La primera reflexión más sistemática fue la que proporcionó Alfredo Espinosa Tamayo, en *Psicología y Sociología del pueblo ecuatoriano* (1979 [1918]). Cuando emplea el término gamonal, le confiere el equivalente de cacique. Y cuando habla del caciquismo, indiferentemente de su existencia en la sierra o en la costa ecuatoriana, describió dos modalidades de ejercicio del poder local, la una como el poder político que se prolonga desde la propiedad rural, y la otra, ligada al capital comercial.³⁶³

De este modo, un gamonal podía ser un mediano propietario, con suficiente influencia, independientemente de que ejerza o no algún cargo o representación como el de teniente político, o juez parroquial. Los relatos costumbristas se encargaron de difundir esta idea del gamonal: un campesino acomodado o un mediano propietario que cumple funciones de mando en una cabecera de parroquia, tan indispensable para lograr los votos en las contiendas electorales como para mantener bajo control a los indígenas. El gamonal era entonces el poderoso que gozaba de una autonomía parroquial, aunque subordinado política y socialmente a las aristocracias regionales. Era una figura de la política parroquial, producto del ascenso social, donde lo político se expresaba directamente relacionado a los mecanismos de funcionamiento económico que proporcionaba la vinculación entre la mediana propiedad rural, y ciertas formas del capital comercial. Es decir, el gamonal era alguien que representaba esa falta de separación entre lo privado y lo público que había en el agro.

El pausado proceso de formación del Estado ecuatoriano que ocurre a partir de 1830, tuvo dos componentes: la centralización del aparato estatal y una difusión territorial del poder con el desarrollo de la división político administrativa. Simultáneamente a la centralización de una pequeña maquinaria burocrático militar, ocurrió la expansión de las bases del poder local, en una creciente división político-administrativa con la creación de parroquias y cantones. La lógica de esta estructuración política consistía en

³⁶² Esta obra teatral de temática costumbrista fue presentada en el Teatro Olmedo de Guayaquil el 7 y 8 de julio de 1916 por la Compañía de Operetas y Zarzuelas de Manuel Casas.

³⁶³ Espinosa Tamayo (1979 [1918]: 275-281). Su razonamiento se halla bastante cercano al de Joaquín Costa, y probablemente haya sido influido por este.

atrapar a los grupos étnicos dentro de un ámbito de poder local y regional, constituyéndose espacios de carácter molecular donde se construyeron las relaciones entre agrupaciones indígenas, pueblos mestizos y haciendas, transformando el estatuto colonial de los grupos étnicos, sobre todo en cuanto a una tendencia observable durante el siglo XIX de recortar las atribuciones y funciones de autoridades étnicas, frente a un nuevo tipo de funcionario del estado a nivel local: el teniente político.

El sentido de la división político administrativa que constituyó el Estado ecuatoriano después de 1830, en su escalón más bajo que era la parroquia, consistía en un centro poblado, la cabecera parroquial, con autoridades civiles blancas y mestizas que tenía un control y jurisdicción sobre las áreas rurales donde residían los indígenas mayoritariamente. Los procedimientos más prácticos habían determinado que el área de influencia de una parroquia sea dividida en partidos, o también en anejos. El cantón era la unidad administrativa intermedia que agrupaba las parroquias, y la provincia la unidad territorial mayor que agregaba los cantones. Este marco administrativo del Estado es el que ha prevalecido históricamente.

La abolición del tributo indígena en 1857, significó una redefinición de la república de los indios y sus papeles en la sociedad. Ocurrió un cuestionamiento del sistema de autoridad indígena, la pérdida de sus reglas de gobierno interno y la progresiva imposición de las normas legales y los procedimientos administrativos del Estado (Guerrero, 1989). En la lógica estatal, se empieza a construir la figura de la igualdad jurídica, o más precisamente de una incorporación formal del indio a la ciudadanía, a partir de la supresión del tributo, en la medida que los indígenas dejaron de tener un estatuto específico ante la ley y los aparatos estatales. Pero en términos prácticos, se hallaban excluidos de la participación electoral.

Hace falta precisar acerca del mayor condicionamiento que tenían los conflictos agrarios y étnicos. Se trata de una situación colonial que sobrevive en la época republicana, con la vigencia de la diferenciación que supone una estructura de castas. El término casta como equivalente a raza y grupo étnico, es el que sirve para definir la ubicación de los sectores sociales en la colonia. En su origen, el término casta se utilizó para denominar a las combinaciones raciales que tenían como referencia a los negros, y

equivalía al mestizaje proveniente de lo indígena.³⁶⁴ Por eso, las castas en el lenguaje colonial, son los grupos mestizos de origen negro e indígena. El lenguaje de castas, tiene como punto de partida la república de los españoles y la república de los indios, donde cada grupo tiene su propia configuración interna y sus reglas de funcionamiento. En medio de esta oposición de naturaleza étnica, se ubicaba el complejo mundo mestizo urbano y rural. Pero los grupos dominantes también se constituyen como castas, en cuanto su condición blanca -por oposición- les ubica en el otro extremo.

Cuando los grupos étnicos son encerrados en el siglo XIX dentro de ámbitos parroquiales, las castas adquirieron una concreción local. Estas tomaron un sabor localista, con barreras muy rígidas, apoyadas en la dominación étnica. La hegemonía que adquirirían las aristocracias regionales, tenían en el plano local una diferenciación étnica, también molecular. En los niveles locales de la sociedad rural se concretaba la separación y dominación entre la república de los criollos y la república de los indios.

La administración de poblaciones es un concepto de estirpe foucaultiana que ha sido propuesto por Andrés Guerrero (2012: 212-217) para entender las formas de gobierno político a las poblaciones indígenas que ocurrieron en el siglo XIX. Primero, en el tránsito del régimen colonial al régimen republicano cuando siguió rigiendo el tributo indígena. En efecto, los lazos entre indígenas y Estado mediados por el tributo significaban una prolongación de una forma de intervención estatal donde los indígenas conservaban su sistema de autoridades y su designación como indios. Esto duró hasta 1857 cuando se suprimió el tributo. Esto se tradujo en un cambio donde las categorías de designación a los indígenas tendieron a suprimirse con un terreno ambiguo de desdefinición aunque se expandía la noción de ciudadano de modo implícito. Tras la supresión del tributo se habría producido el apareamiento de formas privadas de administración de poblaciones y una nebulosa de relaciones políticas donde lo público de las relaciones entre indígenas y Estado se tornó borroso. La mayor modalidad de administración privada era la hacienda por su capacidad de control y gestión de amplios territorios y trabajadores internos y externos. Guerrero plantea que la administración privada de poblaciones operó sin mayores modificaciones durante el siglo XX. Si bien el peso de la hacienda y las elites terratenientes estaba allí para ratificar la existencia de

³⁶⁴ Flores Galindo (1984: 198).

una administración privada, se conformó una administración de poblaciones que tenía rasgos públicos por la vigencia de poderes locales fundamentados en una legislación estatal. Y esto fue muy notorio ya al comienzo del siglo XX con las atribuciones dadas a las autoridades locales y los municipios. Y de hecho, la presencia de autoridades indígenas legitimadas por el Estado y también litigando por tierra o aguas, algo que ya venía desde el siglo XIX, implicaría una redefinición de la administración de poblaciones. Con la vigencia de la Ley de comunas de 1937, la legislación laboral y la intervención estatal se produjo una modificación del esquema de administración de poblaciones puesto que comprendía la inserción de los indígenas en un esquema administrativo estatal con mayores atribuciones del Estado central que por lo menos desde 1925 adquirió rasgos limitados de un Estado social.

En los centros poblados donde se hallaban situadas las cabeceras parroquiales, estaba expresada la rudimentaria maquinaria burocrática, con el teniente político y los jueces parroquiales, a los que se sumaron el institutor escolar, el cura párroco y los tinterillos. Estos personajes coexistían con los mayordomos de haciendas, los rematadores de diezmos y los medianos propietarios, conformando la cúpula de los notables de esa sociedad rural. Difícilmente podría hablarse de una separación estricta entre varios tipos de actividades, porque estas ocupaciones y cargos eran intercambiables.

La “política” en la época, se evidenciaba en un complejo juego de facciones que desde el mundo local, incidía y canalizaba las lealtades hacia los hacendados nobles residentes en las capitales de provincia o en las cabeceras de cantón. Todo ello con la exclusión de la participación política formal de la población indígena y de otros sectores populares. En el siglo XIX, la participación electoral, osciló entre al 3% al 6% de la población. Tan tarde como en 1933, esa participación fue el 3% otra vez, y solo se amplió al 10% de la población en 1950.³⁶⁵ Esto evidencia que una ínfima minoría de la población se vinculaba por el sufragio.

El gamonalismo adquiriría un significado objetivo, de acuerdo a las distintas estructuras agrarias donde estaba presente. Su mayor atributo era el ejercicio despótico del poder local, y una de las manifestaciones de la dominación étnica, siendo por eso una de las

³⁶⁵ Manguashca (1994: 399).

figuras principales de la estructura gamonal el teniente político, en cuanto era el encargado de movilizar trabajadores para las obras públicas, utilizando muchas veces elementos compulsivos, o por cumplir el papel de juez de instrucción en las disputas entre blancos e indios, peones indígenas y hacendados, su presencia se fue tornando más decisiva cuando más se laicizaba el Estado, después de la revolución liberal ocurrida en 1895.

Después de 1902, los tenientes políticos asumieron también las nuevas funciones de registro civil que estableció el Estado laico, sobreponiéndose a las funciones que tradicionalmente había ejercido la iglesia católica (inscripción de nacimientos, defunciones y matrimonios). Con la reanudación de formas similares al trabajo subsidiario, formalmente derogado en 1895, pero reimplantado con decretos específicos para la ejecución de obras públicas de carácter cantonal o parroquial, que obligaban a la entrega de dos jornadas anuales de trabajo o al pago de una contribución monetaria (un sucre), cuando no se cumplían las jornadas de trabajo, los tenientes políticos tenían otra tarea que podía estar en conflicto con la dotación de mano de obra para los ciclos agrícolas de las haciendas.³⁶⁶ De este modo, puede afirmarse que en el período liberal se amplió el poder de los tenientes políticos.

En un excepcional estudio sobre los cambios en el poder en la parroquia San Juan de Chimborazo, los antropólogos Casagrande y Piper (1969), describieron lo que fue la estructura de poder parroquial hacia 1910-1920 y lo que ocurrió después en los años sesenta. Con un matiz u otro, su análisis del poder local podría ser similar a la de otras parroquias de la sierra donde había una relativa importancia de la hacienda como núcleo dominante en la estructura agraria.

“En la cabecera el teniente político y sus empleados tienen las oficinas administrativas, las judiciales y la cárcel. El convento, la iglesia y el cementerio de la parroquia, todos ellos bajo el control del cura, están ubicados en la cabecera. El *apu*, también, reside en la cabecera. En ella también se encuentran otros especialistas, incluso los músicos que tocan en las fiestas de la parroquia, y los *kishkas*, pueblerinos que hablan quichua y sirven de intermediarios a los

³⁶⁶ Clark (1994).

indios en cuestiones legales, disputas frecuentes sobre herencias o en pependencias personales con otros indios. San Juan tiene un pequeño número de tendejones que venden artículos de consumo y hay, además, un mercado dominguero que sirve tanto a los aldeanos cuanto a los pueblerinos. En la cabecera se vende el aguardiente o trago y se hace y vende chicha en numerosas chicherías. Por cerca de treinta años San Juan tuvo la única escuela en la parroquia y a ella asistía un puñado de niños indios de los anejos”.³⁶⁷

En este ambiente, como dicen Casagrande y Piper, en una feliz frase: “Las llaves del reino de los cielos las tenía firmemente en sus manos el cura y las llaves del reino de la tierra el hacendado y el teniente político”.³⁶⁸ La cabecera de parroquia es un centro político y comercial, en el que residen blancos y mestizos, mientras que los anejos a los que se halla vinculada la cabecera parroquial, son de residencia indígena. Una situación como la descrita, se mantuvo hasta los años sesenta. La figura recurrente del tríptico del poder local constituido por el cura, el hacendado y el teniente político, es una imagen que plantea un poder relativamente cerrado, en el que se hallan atrapados los indígenas. El pilar de este orden era indudablemente la hacienda.

“La figura dominante era la del hacendado. Su poder emanaba del control casi exclusivo que tenía sobre los recursos de la parroquia y de sus contactos con funcionarios gubernamentales y superiores de gran influencia. En el dominio de su propiedad era virtualmente absoluta su autoridad. Las demandas de trabajo se cumplimentaban al través de la jerarquía del administrador, los mayordomos y mayores de la hacienda. Un indio recalcitrante o rebelde fácilmente era castigado. El acceso a los recursos de la hacienda le podían ser vedados o se le imponían tareas adicionales. En casos de agravios mayores como el robo, un indio podía ser azotado, encarcelado o puesto en el cepo. Hay evidencia de indios que morían después de ser golpeados por el hacendado mismo. Los indios no tenían recurso a ninguna otra autoridad ni fuera ni dentro de la parroquia. El hacendado tenía en el bolsillo tanto al cura cuanto al teniente político, al través

³⁶⁷ Casagrande y Piper (1969:1040-41).

³⁶⁸ (Ibid.: 1044).

de su munificencia y debido a su ascendencia con los funcionarios superiores”.³⁶⁹

Conviene matizar esta visión del dominio de la hacienda, en tanto era un mundo muy complejo en el cual se tejían un conjunto de relaciones materiales y simbólicas en las que se hallaban entrecruzadas las vidas de los peones con sus relaciones laborales, ciclos agrícolas y fiestas. Una situación en la que operaba una comunidad de huasipungueros que establecía una serie de rituales que le vinculaban al patrón y su poder.³⁷⁰

La figura que completaba esta estructura de poder local es el *apu*, un intermediario local que podía tener ancestro indígena. Los apus pueblerinos, ligados frecuentemente por lazos de compadrazgo con los indígenas, eran un decisivo eslabón en la trama del poder local. Los apus, eran personajes intermediarios entre los indígenas y el poder pueblerino. En realidad, los apus, eran líderes tradicionales que tuvieron un origen indígena, pero habían desarrollado a plenitud un lugar de intermediación entre las autoridades civiles o eclesiásticas y los indígenas. Su rol era muy decisivo en el nombramiento de gobernadores, alcaldes y regidores indígenas.

"Basado en su conocimiento de los anejos indios, él era quien nombraba ante el cura a los indios capaces para servir como priostes en las fiestas y para posiciones de gobernador, regidor y alcalde. Era un animador, mantenedor y reforzador del sistema compulsorio de fiestas. Dotado por los indios de una autoridad casi sagrada, era el quién servía como paradigma moral y religioso y exhortaba a los indios a mantener el orden tradicional. En recompensa por los obsequios de licor y alimentos, el *apu* recibía y daba hospitalidad a los indios que llegaban al centro parroquial. También les alquilaba vestuario y galas para las fiestas. Virtualmente, se le trataba con la misma deferente ostentación que el cura y los indios se arrodillaban delante de él para recibir sus bendiciones. Solo el y el sacerdote eran llamados *taita*, al hacendado y al teniente político se les

³⁶⁹ (Ibid.: 1045).

³⁷⁰ Guerrero (1991).

decía *patrón* o amo. El *apu* a su vez llamaba *hijos* a los indios y les regañaba como un padre lo haría con su prole".³⁷¹

Sin embargo, fue en los momentos finales del liberalismo en el poder a mediados de los años veinte, cuando los mecanismos compulsivos del ejercicio del poder local, se verían reforzados. Si por una parte, la abolición de la prisión por deudas en 1918, presenta el lado reformador del liberalismo, al suprimir la coacción jurídica del concertaje, se prohibían simultáneamente las fiestas indígenas, y se daba control y atribuciones a las aristocracias regionales sobre los indígenas, al crearse las Juntas de Fomento Agrícola. Estas se hallaban constituidas por el Jefe Político que cumplía las funciones de Presidente, dos concejales, un comerciante y un agricultor (un hacendado).³⁷² Estas Juntas instauradas para ejecutar la Ley de Fomento Agrícola e Industrial, eran las que proyectaban la realización de caminos vecinales, recogían las contribuciones en jornales o en dinero y movilizaban la mano de obra, subordinando a las autoridades parroquiales.

Otro aspecto que daba poder y control a las noblezas regionales, fue la legislación de aguardientes, que se caracterizaba por dar en remate el cobro de los impuestos del aguardiente por provincias y cantones, lo que permitía un manejo de la circulación del aguardiente y un monopolio privado de ámbitos regionales, creando mercados cautivos. Esta legislación, que creaba fuertes privilegios, justamente se puso en vigencia desde la década de 1910. Esto ocasionaba fuertes enfrentamientos con los pequeños productores que eludían el control que ejercían los rematadores de los impuestos del estanco de aguardiente.

En 1921, se expidió una Ley de abigeato, para castigar el robo de ganado, que había venido siendo un delito rural creciente desde 1915, en toda la sierra. Esta ley, castigaba a los abigeos con la deportación al penal de las Islas Galápagos. La persecución del abigeato, coincide con un nuevo período de conflictividad entre haciendas y comunidades. En un alegato por la derogatoria de la ley se indica que las autoridades encargadas del juzgamiento del abigeato, estaban “casi siempre bajo la influencia de los

³⁷¹ Casagrande y Piper (op.cit.: 1050).

³⁷² Ley de Fomento Agrícola e Industrial, *Registro Oficial*, 31 de octubre de 1918.

gamonales”.³⁷³ De allí, que este conjunto de cambios institucionales y legales, pusieran de modo visible a los sectores dominantes regionales como los auténticos detentadores del poder, cambiando el sentido que había adquirido la noción de gamonalismo en el siglo XIX que servía para calificar a los sectores pueblerinos que controlaban el poder local.

En una alusión a un levantamiento indígena de Chimborazo a comienzos de la década de 1920, el Ministro del Interior describía entre sus causantes a los tinterillos, los gamonales y los curas.³⁷⁴ Aunque la forma general en cómo estaban mencionados los gamonales, carece de especificidad en cuanto a si pertenecían a las elites terratenientes o a los notables pueblerinos, estaban insinuados algunos personajes del famoso tríptico del poder local que aparecerá más tarde en los relatos indigenistas.

Pero persistía el modo de llamar gamonales a los habitantes pueblerinos. Por ejemplo, la nobleza terrateniente que controlaba la Junta de Fomento Agrícola de Ambato, tenía muchas dificultades para movilizar la mano de obra mestiza en la construcción de caminos vecinales, y es así que en 1922, se habla de gamonales, para referirse a los habitantes blancos de San Bartolomé, un pueblo cercano a Ambato, quienes se opusieron a una medida que provenía de la Junta, según dice uno de los directivos: “... la mayor parte de los blancos o gamonales del pueblo de San Bartolomé no han prestado su contingente en el trabajo de caminos contribuyendo con los dos jornales de Ley o su equivalente”.³⁷⁵ Es decir, un grupo de pueblerinos, se habían resistido a una obligación estatal, que en este caso se hallaba mediada por la aristocracia local de Ambato.

Desde los años veinte, por obra del liberalismo radical, el indigenismo y el naciente pensamiento socialista, los gamonales fueron identificados con las elites terratenientes regionales. En esos extraños giros de la historia, el gamonal se transformaba en un personaje proveniente de las noblezas regionales, pero que ahora estaba en la

³⁷³ *El Día*, 27 de julio de 1924.

³⁷⁴ Informe del Ministro de lo Interior, Quito, 1921, pp. 20-21.

³⁷⁵ Archivo del Registro Civil de Ambato (ARCA). Intervención del Sr. Sevilla. Sesión del 5/03/1922. Libro de Actas de la Junta de Fomento Agrícola empezado en noviembre de 1920, Ambato.

gobernación de provincia o en el Concejo Municipal, es decir, en los niveles superiores del ejercicio del poder local.³⁷⁶

Como se mencionó antes, el gamonalismo ya había sido en el Perú objeto de discusión en la segunda mitad del siglo XIX. Pero su mayor uso provino del indigenismo a partir de la primera década del siglo XX. Esto alcanzó una síntesis en el planteamiento expuesto por Mariátegui en “El problema del indio” un capítulo de *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Concebía al gamonalismo como una forma despótica de poder que se sustentaba en el predominio del latifundio en la sociedad rural, y la opresión a las masas indígenas. Se inscribía en una forma ya muy arraigada de ver el problema.

“El término 'gamonalismo' no designa sólo una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. El indio alfabeto se transforma en un explotador de su propia raza porque se pone al servicio del gamonalismo. El factor central del fenómeno es la hegemonía de la gran propiedad semifeudal en la política y el mecanismo del Estado. Por consiguiente, es sobre este factor sobre el que se debe actuar si se quiere atacar en su raíz un mal del cual algunos se empeñan en no contemplar sino las expresiones episódicas o subsidiarias”.³⁷⁷

La interpretación de Mariátegui, correspondía a un clima general de cuestionamiento a la hacienda, como producto del despliegue que adquiere el indigenismo y el comienzo de una nueva política estatal protectora hacia la población indígena en los años veinte en el Perú. Pero su análisis, iba más allá, al involucrar en el gamonalismo a otros intermediarios, incluyendo indígenas aculturados.

³⁷⁶ La escueta definición que consta en un diccionario de ecuatorianismos, alude a un significado del notable pueblerino, sin asociarlo a la propiedad hacendaria y como sinónimo de cacique: “Gamonal, sujeto que es o se tiene por principal en un pueblo, aldea. ||Cacique” (Mateus, 1933: 173).

³⁷⁷ Mariátegui (1964 [1928]: 33-34).

A comienzos de la década del treinta, el término gamonal ya se encuentra utilizado en los discursos políticos de la izquierda ecuatoriana. El escritor Joaquín Gallegos Lara hizo una comparación de Neptalí Bonifaz con el dictador peruano Sánchez Cerro asumiendo que los dos estaban firmemente vinculados al imperialismo. Pero Bonifaz, a quién se le atribuía nacionalidad peruana, lo que ocasionó un proceso de descalificación cuando fue electo presidente, aparecía ante Gallegos Lara como un representante del gamonalismo serrano, asumido como una encarnación del feudalismo.

“(...) es Bonifaz quien, salido de las clase social feudalista de nuestra Sierra, ocupará el poder en defensa de sus intereses. Es el cachaco de nuestros explotadores.

Se le moteja de conservador. Lo es en el peor sentido de la palabra. No es sólo un clérigo de capa española que viene a borrar los treinta y siete años de anticlericalismo -no de liberalismo que nunca ha existido entre nosotros ni es aquí socialmente posible- aplicado por Alfaro. No es sólo eso. Es, ante todo, el jefe de los gamonales asesinos de indios en Cayambe o en Angamarca. Es el freno que impide el desenvolvimiento de nuestras fuerzas productivas, estancándolas en una economía de hace siglos, a base de arado de palo y látigo al indio concierto, esclavo de la gleba. Es el indudable autor de una política de amplia puerta abierta para aquel de los imperialismos al que se venda” (Gallegos Lara, 1932).

La lucha política y la literatura indigenista en los años treinta, no hicieron sino insistir en el significado nuevo del gamonalismo: el ejercicio del poder local por parte de las aristocracias regionales sustentadas en la gran propiedad rural. La más conocida novela de Jorge Icaza, *Huasipungo* (1934), traza un cuadro impresionista del tríptico del poder local rural, que pone el acento en la figura despótica del hacendado que subordina al teniente político y cuenta con el apoyo del cura párroco, planteando una visión distinta a la anterior representación costumbrista del gamonal. Aunque Icaza evitó el uso del término en la novela.

Las relaciones entre el Estado y los campesinos pueden ser observadas desde las políticas específicas que tratan estos vínculos que han surgido en distintos momentos históricos. Estos vínculos suponen una trama de dominación étnica y clasista que tiene expresiones de naturaleza regional y local porque solo en esos niveles estas relaciones

adquieren una concreción. De allí que la vigencia del tributo indígena hasta 1857 implicó el mantenimiento de un tipo de lazos que permitían la permanencia de autoridades étnicas y unas relaciones colectivas situadas en los espacios locales de la recolección del tributo. Después de 1857, estos vínculos cambiaron de naturaleza con la vigencia del trabajo subsidiario y el diezmo. El trabajo subsidiario existió antes de la supresión del tributo, pero su recaudación y utilización se consolidó después de la década de 1860 y servía para financiar parcialmente los ingresos de los municipios. El trabajo subsidiario fue suprimido en 1895, pero nuevamente fue reimplantado aunque sin usar esa denominación en espacios locales con las llamadas Juntas de Fomento Agrícola en 1918 y duró hasta 1925. Una forma similar y tardía fue la Conscripción Vial decretada sorprendentemente en junio de 1944 a pocos días de la revolución del 28 de mayo de 1944. El diezmo, era un impuesto que servía para financiar al Estado y la Iglesia, y su recaudación era también realizada en niveles locales. Suprimido en 1884, se mantuvo bajo la discrecionalidad de la recaudación con las redes locales de la Iglesia Católica y duró en muchos lugares de la Sierra ecuatoriana hasta pasada la mitad del siglo XX.

Todas estas formas de extracción de recursos a los campesinos implican una trama de poder que supone tanto modalidades compulsivas como grados de aceptación. Los momentos de crisis de estas relaciones se evidenciaron notablemente en algunas rebeliones indígenas del siglo XIX y aquellas de la década de 1920.

Otras relaciones eran aquellas que tenían que ver con el poder judicial donde los indígenas litigaban. Se ventilaban en los niveles judiciales provinciales y ocasionalmente llegaban al nivel judicial nacional. Entre los múltiples objetos de litigación se encontraban los relacionados con las tierras comunales. Otro campo de intervención del poder judicial eran los largos litigios de tierras que enfrentaban a campesinos y terratenientes con resultados no enteramente favorables a los hacendados. A este ámbito de litigios ya existente en la época colonial, se halla el interés del Estado por intervenir en la propiedad comunal con la intención de instaurar la pequeña propiedad. Efectivamente, el Estado lleva adelante después de 1830 reiterados decretos para fragmentar o arrendar las tierras de comunidad. Aunque la evidencia de la aplicación de estos decretos no ha sido todavía adecuadamente documentada, es posible

encontrar que después de 1870 ocurrió una aplicación parcial de este tipo de legislación con resultados que pudieron incidir en la expansión de la pequeña y mediana propiedad rural. No está claro si existían grupos indígenas también interesados en fragmentar tierras comunales.

No se ha prestado suficiente atención a la existencia simultánea de estos lazos políticos y sociales entre los campesinos y el Estado puesto que implican un conocimiento no disponible de la trama de dominación étnica que implicó el desarrollo de la división político administrativa con la creación de nuevos cantones y parroquias. La penetración del Estado en el territorio era también la consolidación de la dominación étnica, puesto que las autoridades locales estaban conformadas por blancos y mestizos. Con la implantación de los modos de dominación que se construyeron como prácticas situadas en los niveles locales de poder que definieron una relación entre los representantes del Estado central y las poblaciones indígenas en lo que Andrés Guerrero ha denominado “administración de poblaciones”. Como esquema de poder fue constantemente redefinido en circunstancias de estructuración estatal que alteraron las relaciones entre el poder político nacional y local.

Estas relaciones de índole tradicional entre el Estado y los campesinos entraron en crisis sobre todo en la década de 1920 con un intenso ciclo de rebeliones indígenas de naturaleza local que cuestionaron ampliamente a las autoridades locales en distintas localidades de la sierra ecuatoriana. La revolución juliana reúne el despliegue de respuestas que combinaron represión e integración. En efecto, el ejército actuó con mano dura sofocando levantamientos campesinos. Pero en la época de la revolución juliana (1925-1931) se reconoce por primera vez a la comunidad indígena como una modalidad de propiedad territorial en 1927 y el flamante Ministerio de Previsión Social creado en 1925, implantó mecanismos de intervención para tratar los conflictos territoriales entre haciendas y comunidades manteniendo también ciertas competencias de intervención a los municipios.³⁷⁸ La Constitución de 1929 establece la función social de la propiedad, el reconocimiento de las comunidades campesinas y un representante

³⁷⁸ La Ley de Régimen Político y Administrativo de 1930, define las funciones de seis ministerios: Gobierno y Previsión Social, Relaciones Exteriores, Educación Pública, Obras Públicas, Agricultura y Fomento, Hacienda y Crédito Público, y Guerra, Marina y Aviación. Nótese como en ese año se fusionaron las funciones de Gobierno y Previsión Social.

funcional de la raza indígena al Senado que podría ser equiparado a la desaparecida figura del protector de indígenas. Se trata de un representante designado por el Estado para mediar estas relaciones. Toda esta mayor injerencia estatal se consolidó con la expedición de la Ley de Comunas en 1937, que desencadenó un masivo reconocimiento de comunidades campesinas e indígenas.

Con la Ley de Comunas se produce una nueva situación que implicaba dar un marco general a núcleos rurales de la más diversa índole. Subyace un contenido aproximado a un pequeño municipio que estaba sujeto a la autoridad de tenientes políticos y jefes políticos como representantes del Estado central. La legalización de los más variados grupos campesinos e indígenas en todo el territorio nacional implicaba la presencia de interlocutores que tenían una legalidad reconocida por el Estado. Los procesos de reconocimiento jurídico permitían afirmar posiciones en disputas con las haciendas y otras comunidades al definirse fronteras territoriales.

Toda esta intervención estatal en el mundo rural que se consolida después de 1930 significó una modificación del papel de las autoridades locales del Estado que tenían una mayor capacidad de intervención y control anterior. Los tenientes políticos ya estaban condicionados a las decisiones que provenían del Ministerio de Previsión Social como una institución que centralizaba el procesamiento de conflictos. La organización comunal y la limitada acción sindical rural también actuaban como contrapesos a la capacidad decisional de los tenientes políticos y las elites terratenientes.

Las disputas entre facciones por el nombramiento de los cargos de Teniente Político emergen de una manera recurrente en la documentación que ha dejado la correspondencia de los gobernadores de provincia con el Ministerio de Gobierno. En las comunicaciones de los gobernadores de Chimborazo con el Ministerio de Gobierno entre 1944 y 1945, durante la coyuntura de la revolución de 1944 y la llegada al poder de Velasco Ibarra tras el derrocamiento de Arroyo del Río, se puede apreciar el impacto de un cambio político nacional en la vida política local.³⁷⁹ ¿Cuáles eran los factores que definían alineamientos políticos? No están claros estos factores, aunque si cuestionamientos a tenientes políticos, fundamentados en que habían colaborado con el

³⁷⁹ ANH/FMI.c.44. Chimborazo. Comunicaciones de los Gobernadores de Chimborazo 1944-1945.

régimen de Arroyo del Río o por cometer abusos con la población. Las facciones en disputa pertenecen a pequeños centros poblados, las cabeceras parroquiales. Algunos tenientes políticos se definen como fervientes velasquistas puesto que correspondía a una lealtad política necesaria del momento. En un cuestionamiento al Teniente político de San Juan, este es acusado de gamonal por no ser nativo del pueblo, venir impuesto desde Riobamba, la capital provincial, y estar emparentado con el dueño de una hacienda que era disputada por habitantes del pueblo. En el caso del teniente político de Punín, se pide su remoción por ser productor de chicha. Siempre hay referencias a la existencia de tinterillos. Adicionalmente, existía la presunción de posibles levantamientos indígenas y la inquietud de los terratenientes de Riobamba con los peones de las haciendas que hacían reclamos laborales. En 1944 se estaba poniendo en marcha la conscripción vial, un mecanismo de trabajo compulsivo que contradice postulados del trabajo libre y esto producía malestar entre los campesinos.

Acerca del teniente político existía cierto imaginario proveniente de la literatura costumbrista que tenía plena vigencia todavía en las décadas de 1940 y 1950. El actor Ernesto Albán personificó a “Evaristo”, un personaje que empezó a ser representado desde 1937 tomando como base las “Estampas Quiteñas” de Alfonso García Muñoz. Aunque los libretos de las comedias y sainetes provenían también de otros autores y sus representaciones humorísticas trataban sobre variados personajes tales como políticos o diputados, situaban ocasionalmente la acción en ambientes pueblerinos. Una de esas estampas se denomina “Evaristo teniente político” y está ambientada hacia 1947.³⁸⁰ Las escenas describen a un teniente político en su rutina diaria acompañado por un secretario y un policía. Su ejercicio del poder trata con el caso de un indígena que había sido expulsado de su huasipungo y Evaristo se muestra reacio en dar ayuda al huasipunguero en su reclamo al patrón que era también senador provincial y más bien ordena el encarcelamiento del indígena que le había traído regalos. El contenido de la estampa costumbrista sugiere un poder terrateniente en la sombra que condiciona los actos de la autoridad estatal. Esta representación del teniente político, es pertinente para

³⁸⁰ Ernesto Albán (1949: 57-65). En el relato “Vida de pueblo” de Alfonso García Muñoz (1958), el teniente político de una parroquia es parte del engranaje opresor a un indígena que debe pasar muchas peripecias para obtener los documentos necesarios para su casamiento.

señalar percepciones que se propagaban en un tipo de espectáculo teatral que tenía un amplio público en Quito y las capitales de provincia.

3. LA ACCIÓN ESTATAL ANTE EL ABIGEATO Y LAS OBRAS PÚBLICAS

Algunos hechos que implicaban la acción del Estado en las zonas rurales fueron el abigeato y la incorporación de la población rural a las obras públicas. El abigeato era un tipo de delito rural muy perseguido y castigado como infracción penal. Estuvo diseminado en muchas zonas rurales de la sierra y la costa. Se hacían cargo de su persecución los mismos afectados, los tenientes políticos y la policía rural. La incorporación de poblaciones rurales a las obras públicas fue una manera intermitente de movilizar trabajadores bajo el control de las municipalidades desde el último tercio del siglo XIX. La última expresión de esta modalidad de trabajo compulsivo fue la Conscripción Vial que funcionó entre 1944 y 1951. Mientras el control y persecución del abigeato implicaba la intervención de los niveles estatales locales relacionados con el poder ejecutivo y judicial, la conscripción vial significaba otorgar atribuciones a los municipios que eran órganos locales descentralizados basados en la representación política local pero recurriendo también a la cooperación de los tenientes políticos.

El abigeato es el robo de ganado que se había practicado con regularidad en las zonas rurales del Ecuador desde el siglo XVIII.³⁸¹ En 1938 fue tipificado como delito en el Código Penal. Algunos estudios sobre el Perú, lo han vinculado a una conflictividad rural derivada de las relaciones entre haciendas y comunidades y se ha tratado de relacionar del abigeato con el bandolerismo social como una forma de protesta social tal como fue argumentado por Hobsbawm (1959), aunque los análisis sobre los siglos XIX y XX en algunas áreas rurales de la sierra peruana permiten establecer que era una práctica no solo atribuible a campesinos sino a otros sectores rurales articulados a redes

³⁸¹ El abigeato fue mencionado como un tipo de delito rural practicado por indígenas en la provincia del Azuay a mediados del siglo XIX: "...los delitos más comunes en la provincia de mi mando son el de abigeato y heridas. El primero causado mas por la pobreza, por la falta de educación moral y religiosa de la clase indígena, y el segundo por la embriaguez, prostitución y vagancia, que han cundido en el país". Informe del Gobernador del Azuay, 1858, en Informe del Ministro del Interior, 1858, p. 55.

mercantiles.³⁸² Y si bien el abigeato podía afectar preferentemente al ganado de propiedad de las haciendas, también perjudicaba a grupos campesinos.

Se conoce que hacia 1930 en la cárcel de Riobamba, estaban encarceladas 51 personas entre estas 14 acusadas del delito de abigeato. Los abigeos provenían de Alausí y otros de la provincia de Bolívar que habían sido juzgados por la Intendencia de Policía.³⁸³ La información sobre el abigeato es incompleta y está situada en diversos momentos posteriores a 1930. A comienzos de la década del treinta en la parroquia Simiatug, una extensa zona rural perteneciente a la provincia de Bolívar donde colindaban haciendas y la extensa comunidad de Chiquisungo, aparecían ocasionalmente referencias al robo de ganado de las haciendas y la captura de algunos individuos acusados de cuatreros. Más ampliamente, Angamarca, una zona fronteriza a Simiatug y otras circunscripciones rurales de Cotopaxi y Tungurahua eran sitios de actividad de los abigeos.³⁸⁴ Eran extensos territorios rurales que aunque tenían vías de comunicación deficientes estaban articulados a redes mercantiles, entre otras, el contrabando de aguardiente proveniente de tierras subtropicales. En 1946, los moradores de González Suárez, una parroquia rural de Otavalo eran víctimas de abigeos que operaban en los páramos de Mojanda y Yanaurco. Estos eran espacios territoriales donde se hallaban extensas haciendas y tierras de comunidades indígenas.³⁸⁵

El abigeato se practicaba también en la costa por algunas referencias disponibles para mediados del siglo XX. Los cuatreros sustraían ganado en Daule (Guayas) y las llevaban a Paján (Manabí) donde era sacrificado y luego la carne era vendida al público.³⁸⁶ Abel Gilbert, quien fue Vicepresidente del Gobierno de Galo Plaza, tenía la hacienda “El Recreo” y fue víctima de cuatreros.³⁸⁷ Esta hacienda estaba ubicada en Durán, muy cerca de Guayaquil. En 1962 se sostuvo que en la provincia de Los Ríos el ganado hurtado por los cuatreros era despostado en haciendas, pueblos y recintos

³⁸² Sobre el abigeato en Perú, ver Orlove (1990) y Langer (1990).

³⁸³ ANH/FMI. Corte Superior de Justicia, c. 3. Chimborazo. Visita de cárcel 1930.

³⁸⁴ ATPS. Archivo de la Tenencia Política de Simiatug. Comunicaciones del Teniente Político de Simiatug con varias autoridades, 1930-1931.

³⁸⁵ ANH/FMI. c. 54. Imbabura. Pobladores de parroquia rural González Suárez (Cantón Otavalo), Oficio al Sr. Ministro de Gobierno, 4 de septiembre de 1946.

³⁸⁶ *El Universo*, 21 de diciembre de 1953.

³⁸⁷ *El Universo*, 9 de diciembre de 1953.

rurales. Los permisos eran otorgados por la Intendencia de Policía aunque el Ministerio de Gobierno había prohibido sacrificar el ganado en los recintos. Luego el Intendente de Policía canceló los permisos que se habían dado en Pueblo Viejo, un cantón a donde iba a parar el ganado robado.³⁸⁸

El Código Penal de 1938 introdujo como un delito específico al abigeato. Estaba tipificado como robo o hurto de ganado y se establecía la sanción de uno a cinco años de cárcel, con una pena más alta si se habían cometido hechos de violencia.³⁸⁹ Unas cifras parciales de procesos judiciales por abigeato correspondientes a todo el país permiten notar que entre 1943 y 1948, este delito había tenido una tendencia ascendente. Los Juicios criminales registrados por abigeato fueron 105 en 1943, descendieron a 48 en 1944 para crecer en 1946 a 141. La tendencia siguió ascendente en 1947 y 1948 con 183 y 357 juicios.³⁹⁰

El Estado ecuatoriano designó a la Policía Rural como el aparato encargado de actuar en la represión y el mantenimiento del orden en el agro. Este cuerpo policial había sido fundado en 1886 para operar en las provincias de la costa.³⁹¹ Hacia las décadas de 1920 y 1930 se constataba su acción en el agro costeño. La literatura realista de los años treinta, propuso la imagen del policía rural como un agente estatal represor y expoliador de los campesinos. Sin embargo, el ejército creó en 1921 el Escuadrón de caballería “Cazadores de los Ríos”, cuyo objetivo era el control y la represión del abigeato y el bandolerismo rural costeño y su Comandante fue Alberto Enríquez Gallo, quien incorporaba selectivamente cuatreros a este cuerpo militar.³⁹²

³⁸⁸ *El Universo*, 2 y 6 de octubre de 1962.

³⁸⁹ Albán Gomez (2011, vol. II: 437-438).

³⁹⁰ Echeverría (1950: 61).

³⁹¹ Se presume que la policía rural fue creada para enfrentar a las “montoneras” liberales en la costa. En México, se crearon policías rurales locales que tenían como función controlar los brotes de descontento campesino después de 1830 (Tutino, 1990: 115). La policía rural con cobertura nacional fue fundada en 1861 y fortalecida durante el régimen de Porfirio Díaz. Su origen estuvo asociado a la persecución al bandolerismo que asolaba el centro del país. Ver Vanderwood (1972).

³⁹² Afirma Coral Patiño (1988:75) que el capitán Enríquez, “cuando en alguna misión tomaba preso algún cuatrero que no tuviera crímenes sobre su conciencia, pasaba por alto sus delitos a condición de que se dé de alta en el Escuadrón. Con ese sistema tan sui-generis de reclutamiento, consiguió no menos de un 5 por ciento de soldados”.

La policía rural volvió a fundarse el 28 de octubre de 1948 como parte de un nuevo proceso de estructuración de la Policía Nacional. Poseía un espacio autónomo institucional. Para su formación inicial se incorporó oficiales provenientes del ejército y replicaba los mecanismos de organización de éste con escuadrones, pelotones y destacamentos. Dotados de armas de fuego, tenían como distintivo un sombrero de paja toquilla y portaban un machete. De hecho, en la instrucción formal sus miembros recibían un curso de esgrima con machete. Para ser reclutados se elegía preferentemente a quienes habían cumplido la conscripción militar. El papel represivo implicaba penetrar en las haciendas costeñas para la persecución a los delitos rurales. Por lo menos en la visión del mando superior, se suponía que su papel estaba en contra de los poderosos rurales.

“Contra la limpieza que ha venido haciendo la Policía Rural se ha erguido amenazante la influencia del gamonal, del cacique del pueblo y del rábula quienes enseñados como estaban a que los delincuentes bajo su protección sean intocables no podían ver con agrado que se pusiera fin a su fatídico dominio (...) Esos individuos, tan dañinos con la influencia como los fascinerosos con su tropelía, se han valido de todos los medios para entorpecer la acción depuradora; han ofrecido dinero a los oficiales y clases por la libertad de los presos, han sobornado Jueces y Actuarios, han elevado quejas al Gobierno y han publicado calumnias ocultándose tras el asesinato”.³⁹³

El número de efectivos a comienzos de la década de 1950 era de 500, diseminados predominantemente en las zonas rurales de la costa, pero en tres años de reestreno de la PR se habían dado de baja a 1.200 policías, generalmente por mala conducta, lo que evidencia una alta inestabilidad de los miembros de este cuerpo policial. Una indicación de la precariedad del equipamiento era tal que los destacamentos de la PR funcionaban en locales improvisados y sin suficiente infraestructura. Cuando un policía rural era dado de baja debía devolver sus zapatos que eran utilizados por los nuevos policías.³⁹⁴ Por lo menos en las expresiones del vocero del mando policial, se puede notar que la mayor preocupación era el combate al abigeato y el bandolerismo rural. Realmente el

³⁹³ Mayor Ruben Armendaris, “Policía Rural”, 1952, p. 48.

³⁹⁴ Ibid, pp. 43, 44 y 48.

campo de intervención de la policía rural incluía un numeroso repertorio de delitos tales como robos, homicidios, violaciones, contrabando, infracciones de tránsito, etcétera. En 1951 se reportaron para toda la costa ecuatoriana 7.700 infracciones y entre estas 150 correspondían al abigeato. La mayor cantidad de delitos de abigeato reportados correspondían a Guayas y Los Ríos.³⁹⁵ La autonomía de este cuerpo policial duró hasta 1956 cuando se unificó el mando policial.

Pero el abigeato también fue identificado por los campesinos como un delito que los afectaba constantemente. Fue así que decidieron crear organizaciones de vigilancia y control. A comienzos de la década de 1960, surgieron las Juntas de Defensa del Campesinado en algunas parroquias rurales de Tungurahua como organizaciones dedicadas a combatir el abigeato. Lo peculiar de esta provincia serrana fue la histórica expansión de la pequeña propiedad entre el campesinado mestizo desde la época colonial. Estas organizaciones se originaron en la desconfianza a la acción de la justicia y la policía a las que consideraban ineficaz. Se conoce que en 1960, la banda de Hortensia Caiza fue ajusticiada por el pueblo de Huambaló en un acto de linchamiento. La primera organización fue constituida en Picaihua en 1962 y luego otra en Huambaló en 1963. Después otras organizaciones similares aparecieron en Quero, Cevallos y Pelileo. Fueron impulsadas por los curas párrocos y tendían a estar agrupadas en un nivel parroquial. Eran reconocidas jurídicamente por el Ministerio de Gobierno y poseían un esquema de autoridades propias definidas mediante estatutos.³⁹⁶ El hecho de que aparecieran estas formas organizativas donde predominaban los pequeños propietarios, tenía ciertos antecedentes en las asociaciones de regantes que gestionaban los canales de riego. Como formas de acción tenían la organización de patrullas que realizaban rondas nocturnas de vigilancia. Poseían mecanismos de convocatoria con campanas, bombos y cornetas. Mantenían un fuerte contacto con la Iglesia Católica y durante los años sesenta fueron una parte importante del electorado rural del partido conservador en Tungurahua. Hasta 1970 llegaron a constituirse 45 juntas.

³⁹⁵ “Cuadro demostrativo de labores (...) 1951”, *Policía rural del Ecuador*, Vol. 1, No. 3, Mayo 1952, Guayaquil. Agradezco a Juan Fernando Regalado por haberme facilitado una versión digital de esta fuente.

³⁹⁶ Galindo y Ordóñez (1979: 142-147).

La Conscripción Vial fue decretada el 15 de junio de 1944. Fue concebida como un mecanismo para movilizar mano de obra necesaria en las circunscripciones cantonales para la construcción de caminos vecinales. Consistía en la obligación para todos los habitantes que tenían entre 21 y 50 años de trabajar cuatro días al año en estas obras o sino pagar el equivalente en salarios cuando no se había cumplido las jornadas de trabajo. La institución encargada de ejecutar obras con los recursos obtenidos era el municipio. Se establecían sanciones con multas y prisión a quienes usen erróneamente los trabajadores reclutados para estas obras. Estaban exentos los trabajadores de fábricas, minas y los militares.³⁹⁷ El parecido que guarda esta Ley con los decretos del trabajo subsidiario del siglo XIX es sorprendente, pero aún más lo es por haberse implantado en una circunstancia democratizadora como fue la revolución del 28 de mayo de 1944. Se trataba de una modalidad de trabajo compulsiva que significaba una presión del gobierno local sobre la oferta de trabajadores en las zonas urbanas y rurales del país con atribuciones para una regulación parcial del mercado de trabajo. En lo formal se establecía la necesidad de precautelar las normas básicas de la legislación laboral.

En Perú, la Conscripción Vial fue instaurada en 1920 durante el régimen modernizador de Leguía. Tenía por objeto la construcción de carreteras locales y regionales reclutando a la población rural masculina que debía trabajar un determinado número de días al año. La conscripción vial era ejecutada por organismos locales que revelaban las fricciones entre campesinos indígenas y poderes locales.³⁹⁸ Aunque fue denunciada por los indigenistas, utilizaba mecanismos de trabajo colectivo que ya habían estado disponibles antes de la vigencia de la Ley de Conscripción Vial. Ocasionalmente podían ocurrir actos colectivos de oposición a la conscripción vial sea por el exceso de jornadas de trabajo o por las distancias entre la zona de residencia y el lugar de trabajo. La Ley de Conscripción Vial fue derogada en 1930.

Para la ejecución de la Conscripción Vial se realizaban registros de los conscriptos que debían trabajar o tributar. Y en las parroquias rurales los encargados de cumplir estas tareas eran los tenientes políticos. En el caso de Quito se instituyó una Junta de la

³⁹⁷ Ley de Conscripción Vial, *Registro Oficial*, No. 16, 20 de junio de 1944.

³⁹⁸ Meza Bazán (2009: 165-186).

Conscripción Vial integrada por delegados del Concejo Municipal. De acuerdo a un Reglamento aprobado durante la Alcaldía de Jacinto Jijón y Caamaño, se establecían los procedimientos para enlistar los “conscriptos” y recaudar los pagos en caso de no cumplir las cuatro jornadas de trabajo. Así mismo, se debía planificar las obras municipales que deberían servir para articular preferentemente los territorios cantonales a su interior o entre sí.³⁹⁹ Se puede notar que se habían adaptado procedimientos provenientes de la conscripción militar con la apertura de períodos de inscripción, sorteos de conscriptos para destino laboral y el otorgamiento de una libreta de la Conscripción Vial donde constaban los datos de trabajo o pago de los conscriptos viales.

A fines de 1944 se reportaron quejas de pobladores y campesinos de parroquias rurales de Chimborazo. En Tixán la queja mencionaba que se imponían multas exageradas. Otra queja proveniente de indígenas de San Andrés, señalaba que se les exigía cuatro jornadas mensuales de trabajo.⁴⁰⁰ Hacia el fin de 1945 una reclamación de indígenas de Sigchos e Insiliví menciona abusos y multas impuestas por los tenientes políticos, pero el Gobernador de Cotopaxi sostuvo que las autoridades locales lo que hacían es cumplir debidamente las disposiciones que los Municipios respectivos les habían encomendado.⁴⁰¹ La Conscripción Vial recurrió en Loja a medidas punitivas en 1948; la policía apresó a más de 100 personas para obligarles al pago de la contribución.⁴⁰² En ese mismo año, los trabajadores ferroviarios de Quito pedían ser exonerados de sus obligaciones con la Conscripción Vial. En la zona de Olmedo, donde se encontraban los sindicatos de la FEI, se hicieron caminos vecinales con la Conscripción Vial, pero no está claro si ocurrieron actos colectivos de resistencia aunque si se hicieron reclamos de tipo legal.⁴⁰³

³⁹⁹ Municipio de Quito, Reglamento para el servicio de la Conscripción Vial, Quito, 1946.

⁴⁰⁰ ANH/FMI. c.44. Chimborazo. Tnte. Crnel. César Wandemberg (Gobernador de la provincia), 19/Noviembre de 1944, Oficio al Sr. Ministro de Gobierno; Alejandro González (Gobernador de la provincia), 14 de diciembre de 1944, Carta al Sr. Ministro de Gobierno.

⁴⁰¹ ANH/FMI. c. 38. Cotopaxi. Sr. Cristóbal Cepeda I. (Gobernador de Cotopaxi), 08/Diciembre/1945, Oficio al Sr. Subsecretario de Gobierno.

⁴⁰² “Cerca de cien ciudadanos fueron apresados ayer por no haber cumplido con el servicio de conscripción vial”, *La Opinión del Sur*, 12 de julio de 1948.

⁴⁰³ Ver el testimonio oral de Luis Catucumbá sobre la conscripción vial en Yánez del Pozo (1986: 100-101). El tema de la conscripción vial fue mencionado tangencialmente en un evento colectivo de la FEI en noviembre de 1950.

Durante el Segundo Congreso de Municipalidades del Ecuador que se realizó en Portoviejo en agosto de 1950, se puso en discusión la vigencia de la Conscripción Vial. Pedro Saad como Senador funcional de los trabajadores de la Costa había presentado en el Congreso Nacional un proyecto de decreto para reducir los cuatro días de trabajo a uno. Se consideraba que esta propuesta significaba en los hechos la eliminación de la Conscripción Vial. Ciertos representantes de municipios la encontraban relacionada con el trabajo colectivo de las mingas que significaba un grado de voluntariedad y aceptación de la población. Algunos delegados que se identificaban con la izquierda dijeron que era un trabajo forzado que evocaba las mitas coloniales, pero la mayoría de delegados justificó de un modo u otro la necesidad de que siguiera en vigencia este uso del trabajo gratuito en las obras públicas municipales. Uno de los más entusiastas defensores de la Conscripción Vial fue Ricardo Chiriboga Villagomez -el Alcalde de Quito-, para quien esta “más que un carácter económico tiene un carácter educativo y moral: devolver el hombre a la tierra, hacer que el individuo mejore la calle, mejore el parque, se interese por la obra pública porque significa el sudor de su frente”. Indicaba que los campesinos no habían protestado, sino los “señoritos” que no querían trabajar.⁴⁰⁴ El tema que estaba también presente era que los salarios pagados por quienes no asistían a trabajar y el cobro de multas permitían obtener recursos para los ingresos municipales. Además, estaba en discusión el uso de trabajadores fabriles que habían sido exonerados en el decreto original. Este Congreso de municipios resolvió que debía continuar la Conscripción Vial, ampliándola a los trabajadores fabriles.

Si bien las carreteras de carácter nacional eran realizadas por el Ministerio de Obras Públicas, en las provincias de Cotopaxi, Azuay, Bolívar y Chimborazo se había recurrido al uso de la Conscripción Vial para obras viales.⁴⁰⁵ Uno de los puntos de una huelga general convocada por la CTE en octubre de 1951 fue la demanda de su derogatoria.⁴⁰⁶ Esta fue finalmente derogada por el Congreso nacional en noviembre de 1951. Uno de los considerandos de la resolución sostiene que la Ley “ha servido para

⁴⁰⁴ Segundo Congreso de Municipalidades Ecuatorianas. 1950. Imprenta Municipal, Quito, 1950, p. 136.

⁴⁰⁵ Informe de Ministro de Obras Públicas y Comunicación. 1949-1950, Quito, 1950, pp. 44-45.

⁴⁰⁶ *El Sol*, 28 de octubre 1951.

esclavizar a los indígenas y campesinos, faltos de conocimiento amplio de sus derechos y obligaciones ciudadanas”.⁴⁰⁷

4. EL GAMONALISMO COMO LENGUAJE POLÍTICO

El uso del término gamonal que se había instalado en el lenguaje político con mayor regularidad después de la década de 1930, estuvo sobre todo diseminado entre los círculos de izquierda, pero no exclusivamente. Se tornó en un significante que adquiría diversos usos desde la posición donde se producía la enunciación. Los significados correspondían a un marco específico que situaba al gamonal o los gamonales. Un corresponsal de *El Día* desde San Pablo (Imbabura), dijo a comienzos de 1935 que José María Velasco Ibarra había sido “Agazajado por donde va con copiosas champagnadas por los Gamonales y altos empleados, no descende hasta el pueblo...”.⁴⁰⁸ Esta nota de prensa atribuye los puntos de apoyo (los gamonales) de Velasco Ibarra en una zona rural.

La revolución de 1944 fue un momento de efervescencia y politización donde aparecieron referencias que evocaban caracterizaciones que gozaban de popularidad. El comentario de un periodista que se identificaba como socialista, hace definiciones del gamonal y el gamonalismo vinculándolo al latifundio, la feudalidad y la dominación, ideas ya divulgadas desde los años treinta.

“En relación con la tierra es innegable que existe el latifundio como realidad y como sistema, como es innegable que ese sistema se define por la existencia de *gamonales* y *de siervos*. Hay servidumbre en el Ecuador (...) Y hay el *gamonalismo* que no ha servido para otra cosa que para mantener el ocio y el disfrute de unos pocos mientras sucumben en la miseria o viven a ras del suelo las mayorías de seres puestos al margen del alfabeto”.⁴⁰⁹

⁴⁰⁷ Derogase la Ley de Conscripción Vial, *Registro Oficial*, No. 958, 8 de noviembre de 1951.

⁴⁰⁸ *El Día*, 14 de enero de 1935.

⁴⁰⁹ Matías Pascal (seudónimo de Jaime Chavez), “Crónicas del lunes”, *El Día*, 12 de junio de 1944. Énfasis nuestro.

En otro comentario se aludía que todos los grupos sociales ya intervenían en la política y sobre la vinculación de intereses económicos en la política, se menciona que en el pasado hubo un desinterés de los poderosos por intervenir en la política directamente puesto que habían delegado en otros la participación más directa.

“En otro tiempo, el potentado, el rico, no se preocupaban de la política; le tenían asco. No se preocupaban de la política sencillamente porque nada tenía que ver con sus intereses. La política era nada más y nada menos que el botín de la administración, el reparto de los empleos públicos. Y este reparto no atraía al *gamonal dueño de la fortuna*. Además, la política la hacían sus propios agentes, sus servidores, de manera que en todo caso la política estaba a órdenes de los poderosos”.⁴¹⁰

Esta mención al gamonal dentro de una trama de intereses sociales y económicos, situaba una designación de carácter general. Pero las noticias que venían de las localidades, expresaban un descontento que identificaba concretamente al gamonal con el terrateniente que controlaba la política local. Por ejemplo, unos pobladores de Pimampiro (Imbabura), expresaron su malestar con Víctor Elías Borja, el dueño de la hacienda San Nicolás a quien le acusaban de “arroyista” y definieron como gamonal: “...este feudal se complacía en hacernos sentir el peso de su cruda tiranía, quitando y poniendo Tenientes Políticos a su antojo por encima de las autoridades provinciales y haciendo gala sangrienta de nosotros”. Era concebido como un representante del “gamonalismo cruel y explotador”.⁴¹¹

Durante la campaña electoral de 1948, Galo Plaza fue calificado por los socialistas de “fiera gamonalista”:

“Por eso seguimos desafiando a la fiera gamonalista y ofrecemos acorralarla sin piedad, hasta donde nuestras fuerzas nos alienten, hasta donde alcance la sinceridad de nuestras emociones y la altura de nuestro pensamiento

⁴¹⁰ Matías Pascal, “Contenido de la lucha política”, *El Día*, 25 de junio de 1945. Énfasis nuestro.

⁴¹¹ Remitido, *El Día*, 29 de junio de 1944, p. 2.

revolucionario. Emoción y pensamiento que se dirigen, abiertamente, contra el gamonalismo en acción; contra ese rezago del feudalismo medioeval...”⁴¹²

El periódico conservador *El Debate*, también empleó el término gamonal y gamonalismo. Así, según los conservadores, gamonal era Galo Plaza. Una nota sobre Cayambe define como gamonales a “ciertos notables” y “algunos ricos” que reparten aguardiente en las elecciones para comprar votos.⁴¹³

Algunas fachadas de edificios del norte de Quito aparecieron pintadas en abril de 1948 con leyendas, algunas de ellas con vivas al Soviet y “abajo los gamonales”. Fueron atribuidas al Partido Comunista, pero sus dirigentes desmintieron públicamente la autoría de estos letreros.⁴¹⁴

El término gamonal también se había expandido a la costa. Una queja del Presidente del Concejo Municipal de Baba (Los Ríos), en 1948, menciona a gamonales y criminales que amenazan a la población y a un funcionario municipal.⁴¹⁵ En un informe de la policía rural hacia 1952, en cambio se indica a gamonales y caciques como protectores de delincuentes y bandoleros.⁴¹⁶ Estas son constataciones de que el término también estaba siendo utilizado en diversos lugares de la institucionalidad estatal.

El cacique costeño era un personaje asociado al control y ejercicio del poder local. Su poder partía del manejo de haciendas y negocios mercantiles. Equivalente a la figura del gamonal serrano, estaba vigente en los años cincuenta con personajes conocidos por su influencia como Emilio Bowen en la provincia de Manabí, Efren Ycaza en Los Ríos y el Comandante César Plaza Monzón en Esmeraldas. Eran frecuentemente electos como diputados o senadores y tenían una capacidad de negociación con el poder central. César Plaza Monzón, propietario de haciendas, fue una figura dominante en la política

⁴¹² “Gamonalismo en acción”, *La Tierra*, 13 de febrero de 1948.

⁴¹³ “Como ha actuado el gamonalismo en Cayambe”, *El Debate*, 12 de junio de 1948.

⁴¹⁴ “Partido Comunista expresa disconformidad con las noticias enviadas de Washington”, *El Comercio*, 22 de abril de 1948, p. 12.

⁴¹⁵ ANH/FMI. c. 61. Los Ríos. 12 de mayo de 1948. De Guillermo Guerrero Villacís (Presidente Titular del Concejo Cantonal de Baba), Oficio al Sr. Ministro de Gobierno y Municipalidades.

⁴¹⁶ Mayor Ruben Armendaris, “Policía Rural”, en Ministerio de Gobierno, Informe a la Nación 1952-1953, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1952, p. 48.

esmeraldeña entre 1930 y 1970. Velasco Ibarra lo designó Ministro de Gobierno en 1955.⁴¹⁷

Una nota editorial de *El Comercio* aludió a la presencia generalizada de caciques en los niveles locales de representación y gestión estatal en 1960. Este era un comentario general que no especifica lugares o regiones pero señala la articulación entre mandones en la cúspide del poder y los caciques a escala local.

“Entre los caciques de provincia o cantón y los mandones más altos de la política y de la acción gubernativa, llega a formarse y establecerse una especie de círculo vicioso o de empresa de recíprocas conveniencias. El mandón necesita contar con la colaboración servil del cacique para mantenerse en el poder, inclusive contra viento y marea; y el cacique necesita del apoyo amplio y seguro de aquel para hacer en su pueblo lo que le venga en gana, disponiendo de vidas y haciendas, de privilegios y de honras, de cargos públicos y sinecuras”.⁴¹⁸

El escritor esmeraldeño Nelson Estupiñán Bass en *El Paraíso* (1958) incursionó en el ambiente político de Esmeraldas, una ciudad puerto. La novela está situada en la década del cincuenta, una época de relativa prosperidad y es la historia figurada del Comandante César Plaza Monzón un cacique liberal regional. Una pieza fundamental del engranaje político es la Dirección de Estancos, una fuente de rentas, aparato de coerción y control. Elementos básicos de la maquinaria caciquil son los “perros” (y “perras”), hombres y mujeres que se movilizaban durante las campañas electorales; asisten a eventos políticos, buscan votantes y también son fuerzas disuasivas de los rivales. Se practican fraudes electorales con votantes inexistentes. El peso de ideologías políticas es mínimo, son solo maquillajes externos. Los izquierdistas y comunistas se presentan como amenazas que sirven de pretexto para tomar medidas represivas. Algunos intelectuales locales tienen como función exaltar al cacique. El Presidente del Ecuador del momento era el Dr. Chatarra (Velasco Ibarra). El caciquismo aparece como una estructura local de poder articulada jerárquicamente desde el Senador de la provincia en la cumbre del poder. Este tiene la capacidad de poner funcionarios,

⁴¹⁷ Pérez (2004: 242).

⁴¹⁸ “Las redes de caciques”, *El Comercio*, 3 de mayo de 1960, p. 4.

perseguir a sus opositores y conseguir triunfos reiterados en las elecciones. Cuando la novela circuló en Esmeraldas, provocó malestar en los personajes que se veían retratados en la ficción literaria y Estupiñán Bass tuvo que esconderse un tiempo por las amenazas de agresión que recibió.⁴¹⁹

Al asumir la presidencia en 1956, Camilo Ponce sostenía que iba a realizar una “razonable reforma agraria”. Para ello se impulsarían las cooperativas agrícolas y la colonización, lo que quitaría a la izquierda uno de sus planteamientos. Enfáticamente afirmó: “(...) voy a extinguir el gamonalismo, el feudalismo y el latifundismo”.⁴²⁰ Este uso de vocablos originados en un lenguaje proveniente de la izquierda, indica que ya había un manejo retórico que podía hacerse desde una posición de derecha.

Durante la presidencia del socialcristiano Camilo Ponce, Velasco Ibarra de modo crítico define a esa corriente política como una expresión gamonal:

“Quiero creer que estos conservadores no se solidarizarán en definitiva con esa aventura llamada socialcristianismo que no es sino una mezcla de orgullo personal, de *prepotencia gamonalista* a base de cálculos utilitarios de un plebeyo maquiavelismo”.⁴²¹

En relación a los sucesos de enero de 1959 en el lago San Pablo, cuando fallecieron algunos indígenas en un conflicto de una comunidad con el Municipio de Otavalo, Benjamín Carrión hizo un comentario que extendía la definición de gamonalismo a la historia ecuatoriana como un atributo de la dominación conservadora (Flores y García Moreno en el siglo XIX; y Ponce en el poder desde 1956). De esta manera, el gamonalismo se transformaba en una clave de la historia ecuatoriana que permitía conectarlo a la tradición conservadora de opresión al indio.

⁴¹⁹ Estupiñán Bass (1994: 118).

⁴²⁰ Mensaje de Camilo Ponce al asumir la Presidencia Constitucional de la República para el período 1956-1960, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1956, p. 8.

⁴²¹ Jorge Vivanco, “Habla Velasco Ibarra. Los principios democráticos están en crisis”, *La Calle*, No. 37, 30 de noviembre de 1957, p. 34.

“El gamonalismo ecuatoriano, y su expresión política, el conservadurismo han tenido como misión histórica embrutecer al indio, esclavizar al indio, para eliminarlo como posible individuo de la especie humana, y conducirlo a una calidad de animal inferior, utilizable en sus servicios, como herramienta barata que, cuando deja de servir, se hecha a la basura. En las tres etapas de hegemonía conservadora, hallamos invariablemente la huella de esta disposición inhumana de los latifundistas, feudelistas y gamonalistas contra el indio. Son las constantes de la dominación conservadora, sin una sola excepción. Acaso solamente, con la agravación de la crueldad y la saña, cuando esas etapas conservadoras han estado a cargo de personajes subalternos y mediocres”.⁴²²

En los discursos de Velasco Ibarra durante la campaña electoral de 1960, aparecieron ocasionales referencias a los gamonales y el gamonalismo. Pero más importantes fueron los términos despectivos dirigidos a las oligarquías que ya adquirirían un contenido específico: oligarquías liberales, conservadoras y socialistas. En esas elecciones presidenciales, su adversario principal fue Galo Plaza a quién sobre todo procuró identificarle con la United Fruit, recordando constantemente *La United Fruit en América Latina*, el libro que Plaza había escrito con Stacy May. El ambiente de radicalización que se vivía por el impacto de la revolución cubana, estaba lejano a la mentalidad del caudillo para quien la reforma agraria era concebida sobre todo como una política de colonización y fomento productivo. En el conjunto de los discursos de Velasco Ibarra en esa campaña electoral persistía la idea de realizar un cambio concebido como una revolución moral.⁴²³

En una rememoración de su experiencia como huasipunguero y su intervención en conflictos laborales durante los años cincuenta y sesenta, Manuel Agualsaca, identificó claramente a los tenientes políticos de Columbe como aliados incondicionales de los hacendados. Afirmó que “en ese tiempo aquí era puro gamonal”.⁴²⁴ Una indicación de como en el lenguaje de los líderes indígenas estaba presente el manejo del término que

⁴²² Benjamín Carrión, “Sobre las constantes del conservadurismo: el odio al indio”. Serie Nuevas Cartas al Ecuador, *La Calle*, II, No. 97, 17 de enero de 1959, pp. 18-19.

⁴²³ Los discursos de Velasco Ibarra en la campaña electoral de 1960 están compilados en Tamayo Mancheno (1960).

⁴²⁴ Entrevista a Manuel Agualsaca, 26 de agosto de 1981.

identificaba a los terratenientes.

5. LAS LENTAS MODIFICACIONES DEL PODER LOCAL

El estudio del CIDA (1965: 96-98), describe sumariamente la estructura de poder rural con dominio terrateniente y sus vínculos con pueblos mestizos y autoridades religiosas en amplias zonas de la sierra ecuatoriana. En tanto se trataba de un momento conflictivo en el que se realizó el estudio, al exponer los conflictos laborales en las haciendas, un testimonio sobre Chimborazo, se remite a los gamonales y las “haciendas gamonales” (Ibid.:96). De acuerdo con esta concepción, el terrateniente posee una indudable autoridad relacionada con otros grupos de personas que actúan en conjunto, con el propósito de mantener a los trabajadores en las haciendas y a los campesinos en general, dentro de un férreo marco de dependencia y subordinación. Los habitantes de los pueblos que manejaban su condición de intermediarios o encargados de la comercialización y el crédito, prolongaban indefinidamente el endeudamiento del indígena. Las autoridades locales, ya sean los tenientes políticos y otros, aparecían sujetos de modo rutinario a la voluntad y decisiones de los terratenientes. El empleo de la violencia y la arbitrariedad, estaban dirigidos a los campesinos, si se había transgredido con el orden establecido por el terrateniente. También ciertos curas párrocos contribuían a reforzar esta situación de inferioridad a inmovilidad de los campesinos (Ibid: 98). Esta caracterización de la estructura local de poder es la que fue establecida en un nivel parroquial por Casagrande y Piper (1969) con agudos detalles pero con los desequilibrios de poder que traían los procesos de modernización. Hacia fines de la década de 1960, Hugo Burgos (1970) analizó en cambio las interrelaciones urbanas y rurales entre la ciudad de Riobamba y los anejos indígenas siguiendo el enfoque de la dominación étnica y el colonialismo interno.

El estudio de Fauroux (1983) sobre los cambios en el poder local en la provincia de Loja es muy relevante para entender la evolución y crisis de una elite terrateniente que tenía el control del poder provincial. La base de ese poder era la existencia de un sistema agrario dominado por la hacienda. Como ocurría en otros lugares de la sierra ecuatoriana, la oligarquía terrateniente estaba formada por grupos familiares enlazados entre sí. Loja era una provincia limítrofe con el Perú que tenía un aislamiento geográfico con el resto del Ecuador y fueron de mucha importancia los circuitos

mercantiles con el norte del Perú y una orientación hacia el puerto de Guayaquil. Con la revolución liberal se produjo el apareamiento de sectores sociales competidores en el poder local en el marco de un conflicto político entre liberales y conservadores. A diferencia de otras provincias de la sierra, había el predominio de blancos y mestizos entre la población y un pequeño núcleo indígena situado en Saraguro. En el sistema de hacienda lojano predominaban las relaciones de renta en trabajo con trabajadores rurales conocidos como arrimados. No se hacían inversiones en la agricultura y los excedentes eran invertidos fuera de la provincia. El resquebrajamiento inicial de este poder oligárquico regional ocurrió con algunos conflictos rurales entre 1930 y 1940 en Malacatos y Catamayo, en tanto que sectores medios urbanos se vincularon a la izquierda y el velasquismo después de 1940. Hacia 1941 se produjo la llegada de representantes socialistas al Municipio de Loja. Después de 1945 algunos representantes del PSE fueron alcaldes y concejales municipales. En la década de 1950, el abogado Hernán Acevedo del Partido Comunista participó en la gestión de las demandas de los arrimados lojanos. Un peculiar político fue José Castillo Luzuriaga, un líder populista local que movilizó a los sectores populares urbanos desafiando a las elites conservadoras lojanas entre los años cincuenta y sesenta.

En la provincia de Chimborazo, las elites terratenientes de raíz aristocrática y no aristocrática poseían un amplio control territorial que se ramificaba hacia el poder local y la representación política nacional.⁴²⁵ Su poder sin embargo se hallaba minado por la acción reivindicativa de los huasipungueros que habían cuestionado desde 1940 el control patronal, primero de una manera relativamente esporádica y luego con una intensa conflictividad conducida por la FEI a comienzos de la década del sesenta en Guamote y Columbe principalmente. Además en Riobamba, la capital provincial, existió desde los años treinta una esporádica participación electoral de los socialistas que llevaron sus representantes ocasionalmente al Municipio. Por ejemplo, en 1957 fue electo alcalde Bolívar Chiriboga, un candidato que representó a una alianza en la que participaron los socialistas riobambeños.

⁴²⁵ Sylva (1986: 50-51). Un miembro de la elite terrateniente de Chimborazo que tuvo una importante proyección nacional fue Julio Teodoro Salem (1900-1962). Políticamente fue primero “bonifacista”, luego liberal y finalmente velasquista. Se desempeñó como Presidente del Centro Agrícola de Riobamba, senador y Ministro de Obras Públicas. *El Universo*, 4 de septiembre de 1962. En el estudio de Sylva se menciona a otros terratenientes de identidad política velasquista en los años cincuenta.

El caso del dirigente socialista Neptalí Sancho (1910-1964) ha sido una referencia sobre un político local que fue varias veces Alcalde de Ambato y diputado por Tungurahua.⁴²⁶ Nació en el pueblo de Santa Rosa, migró a Guayaquil, y en los años treinta ya era un comerciante establecido que llegó a dirigir la Cámara de Comercio. Ingresó al Partido Socialista a comienzos de la década de 1940. Cuando fue electo Alcalde por primera ocasión en 1947, triunfó ampliamente en la ciudad y perdió en las parroquias rurales. Esto fue la consecuencia de un cambio que venía desde los años treinta con la creación de organizaciones laborales de trabajadores y artesanos que junto a las capas medias desafiaron el control aristocrático del poder local. Aunque en las parroquias rurales de Ambato donde predominaban los campesinos minifundistas, estos apoyaban preferentemente al Partido Conservador. De hecho, Sancho ha sido reivindicado en la tradición política ambateña como un representante del “cholerío”. Con la finalidad de lograr una base rural más orgánica que contrarrestara la presencia conservadora, se propuso realizar un Congreso de parroquias y comunidades Indígenas auspiciada por el Municipio de Ambato en 1948 cuando Neptalí Sancho era alcalde.⁴²⁷ Conocedor de la importancia del riego para los campesinos minifundistas impulsó la democratización del uso del agua de los canales de riego.

Esta limitada presencia de alcaldes identificados o apoyados por el PSE, fue producto de las disposiciones de la Constitución de 1946 que estableció la elección de alcaldes en las capitales de provincia. La polarización liberal/conservadora de la política nacional predominaba en la competición por la representación en las elecciones parlamentarias y locales. Aunque entre 1956 y 1960, la alianza electoral llamada Frente Democrático Nacional con un segmento de liberales, socialistas y comunistas estuvo vigente en los eventos electorales locales.

A modo de contraste, se puede mencionar el clásico estudio de François Bourricaud (1967) sobre Puno, cuyos datos corresponden a una investigación realizada entre 1952 y 1953. Puno, una zona de alta densidad indígena del sur del Perú, situada en el área del Lago Titicaca, era la evidencia de las relaciones entre los blancos, mestizos e indígenas

⁴²⁶ Véase Sancho de la Torre (2012).

⁴²⁷ *La Tierra*, 10 de agosto de 1948.

aymaras y quichuas. Los blancos, definidos como mistis eran el grupo dominante sobre los indígenas. Su indagación cubrió de una manera limitada la zona rural de Puno con pueblos, haciendas y comunidades y la ciudad de Puno que tenía en aquel tiempo unos 15.000 habitantes. Sus análisis y descripciones se situaron precisamente en lo que definía a los mistis y los indígenas como una relación interdependiente y de hecho sus descripciones comprendían estos dos grupos. Dice Bourricaud que Puno se encontraba en una situación de cambio y modernización que incluía las migraciones y transformaciones en la vida social y económica que parecía dejar atrás su histórico aislamiento.

La ciudad de Puno -más bien un “pueblo grande” según Bourricaud-, mostraba las interrelaciones entre los misti y los indígenas residentes en la ciudad. Los misti controlaban los órganos del poder local, ejercían las profesiones y el comercio. Los propietarios de grandes haciendas por lo general no residían en Puno, sino que preferían otras ciudades como Arequipa o Lima para vivir. Los intelectuales conformaban un sector débil, puesto que sus actividades eran realizadas después de las labores profesionales aunque se notaban tendencias indigenistas. Los criterios de la jerarquización social situaban a la “gente” y la noción de caballero en el grupo misti como un criterio de mayor estatus. En realidad, en la ciudad predominaban las actividades administrativas y un débil comercio. Otro aspecto que abordó Bourricaud en su estudio fueron las relaciones entre los misti y los indígenas en las haciendas y también las conflictivas relaciones entre las comunidades y las haciendas. Eran relaciones con una tensión y violencia manifiestas y latentes que se habían expresado en el pasado en fuertes confrontaciones. Algo central era que los notables misti que ejercían el poder en los pequeños pueblos podían ser vistos también con fuerte animadversión por los indígenas. Los misti eran los blancos y mestizos de los sectores dominantes en ciudades intermedias.

Guarda interés en esta reflexión sobre los poderes locales una intervención de Pedro Saad en la Asamblea Constituyente de 1944 acerca de la configuración de los gobiernos locales y la división política administrativa en la discusión de la Constitución de 1945.⁴²⁸ Según Saad, era necesario fortalecer los niveles administrativos locales del

⁴²⁸ Saad (1987 [1944]).

Estado, cambiando las relaciones entre las provincias, los cantones y las parroquias con sus respectivas instancias de representación. Consideraba indispensable oponerse al federalismo que había surgido como un planteamiento de oposición a la perspectiva unitaria del Estado puesto que era un factor de disgregación nacional y favorable a las oligarquías costeñas; asimismo, era imperioso limitar la presencia de caciques locales. La nueva configuración que proponía, daba fuerte énfasis al municipio y la parroquia, pero con una particularidad que sobre todo en las parroquias debían existir niveles de representación basados en el sufragio universal y el voto de los analfabetos como un experimento democratizador que podía favorecer a los campesinos. Además, Saad también sugería que en las instancias locales de poder se incluya la representación funcional. Este planteamiento que aspiraba a la democratización de los espacios políticos rurales no fue sostenido en la estrategia partidaria posterior a los años cuarenta.

La presencia más conocida del Partido Comunista en un espacio de representación local fue la de Rubén Rodríguez (1904-1973). Se desempeñó como concejal y Presidente del Municipio de Cayambe en 1932, 1940, 1944 y 1957. Había participado activamente en el apoyo a la organización de los huasipungueros de las haciendas de la Asistencia Pública en los años treinta y en el impulso a la educación bilingüe.⁴²⁹ En 1945 fue directivo de la Cooperativa Tigua en Cotopaxi y en 1954 fue acusado de intervenir en los reclamos de los huasipungueros de la hacienda Guachalá. Sustentado en el electorado urbano cayambeño y en menor escala de los indígenas como electores –dada su relativa incorporación como votantes por efecto de la alfabetización parcial–, su acción implicaba una confrontación con las elites terratenientes locales y los arrendatarios de las haciendas de la Asistencia Pública. Su gestión como representante municipal se había dirigido a mejorar los ingresos municipales, realizar obras públicas a favor de los grupos populares urbanos y rurales en un ambiente de amplia influencia conservadora en el mundo social de Cayambe.

Un hecho absolutamente inusitado y muy novedoso durante el gobierno de Galo Plaza fue el nombramiento del indígena Julián Muenala como Teniente Político en Peguche (Otavalo) en 1949. En una visita al diario *El Comercio*, sostuvo que su mayor interés era “conseguir moralidad, orden y trabajo en la parroquia, obligando a todos los

⁴²⁹ Solórzano Freire (2012: 53-56).

habitantes de Peguche a que se ofrezcan mutua consideración y respeto. Me preocuparé preferentemente, que se considere y respete a todos los de mi raza y nadie abuse por el solo hecho de ser indios”.⁴³⁰

Julían Muenala sobre todo enfatizaba la cuestión del *respeto* como una aspiración en las relaciones sociales y políticas cotidianas. *El Comercio*, en un editorial sugería que el problema estaba en la superioridad “apriorística” del blanco que considera al indio solo disponible para el trabajo manual e incapacitado para realizar actividades no manuales como la que implicaba un cargo público.

“... el indio tiene todas las condiciones para el mejor desempeño en los trabajos pesados y en los que se requiere finura e inteligencia, lo que hace falta es que se cree el criterio de convergencia, el que el indio tome conciencia de su personalidad y el blanco se desprenda de su superioridad apriorística. El indio que respete a los demás y que imponga el respeto a su persona, hará más por la solución del problema indígena, que es problema nacional, que cuantos estudios y leyes se lleguen a dictar sobre este interesante asunto”.⁴³¹

En el balance retrospectivo de las transformaciones en el poder local en San Juan que hicieron Casagrande y Piper (1969: 1052-1059), encontraron que uno de los cambios más notables entre los años veinte y los años sesenta fue el de la desaparición del apu como intermediario. En su visión, se había producido la llegada de un nuevo sujeto, el maestro de escuela, con la expansión del sistema escolar. Este aspecto que enfatizan Casagrande y Piper tiene que ver también con la difusión de los símbolos del Estado nacional que realizaban los maestros. La organización de comunas en los anejos indígenas, acogándose a la Ley de 1937, permitió que nuevos líderes comunales asumieran la representación para quejas y demandas que podían ser hechas directamente a las autoridades regionales y nacionales eludiendo el control del teniente político. San Juan también fue elegida como zona para el trabajo de la Misión Andina desde 1958. Además desde la década del cincuenta se intensificaron las migraciones estacionales a la

⁴³⁰ “Indígena Rosa Lema, amiga de Henry Wallace y otros personajes, cuentan sus impresiones de viaje por EE. UU.”, *El Comercio*, 4 de febrero de 1949.

⁴³¹ “Autoridades indígenas”, *El Comercio*, 5 de febrero de 1949.

costa y hubo un cambio en las ocupaciones urbanas, lo que afectó al control de la mano de obra de las haciendas. El teniente político había perdido la capacidad de utilizar el trabajo indígena para obras públicas y la creación del Registro Civil como aparato autónomo en 1965 le sustrajo una importante función relacionada con inscripciones de nacimientos, defunciones y matrimonios civiles. La aplicación de la Ley de Reforma Agraria de 1964 y la presencia de sacerdotes no tradicionales, erosionó la estructura de poder local que tampoco había sido demasiado unánime en su funcionamiento cotidiano.

Si bien, la expansión de actividades del Estado central después de 1950 tendía a relativizar la autoridad de los tenientes políticos, estos también poseían funciones de tipo judicial con la capacidad de intervenir como jueces de primera instancia y jueces de instrucción. Esta función de índole judicial no provenía de la jerarquía del poder judicial sino del Ministerio de Gobierno.⁴³²

Las relaciones entre el Estado y los poderes locales son vínculos entre un centro político y una periferia, de acuerdo a los diversos momentos en que esas relaciones tienen manifestaciones de naturaleza institucional que pueden revelarse en los grados de centralización estatal, la penetración del Estado en el territorio y la ejecución de políticas mediante una red de funcionarios e instituciones locales. Todo esto depende de las capacidades que el Estado ha desarrollado históricamente. No obstante, la inercia de los poderes locales periféricos puede influir en el centro estatal y condicionarlo.⁴³³

Todo un largo período histórico que viene desde mediados del siglo XIX hasta las reformas agrarias fue de la vigencia del gamonalismo. Correspondía a un Estado que tenía ampliamente descentralizado el ejercicio del poder local, en función de estructuras sociales y étnicas basadas en la desigualdad.

El término gamonal, aparecido en la segunda mitad del siglo XVIII era posiblemente una manera de caracterizar a personajes que tenían un papel de mando en la cúspide de la sociedad. Su uso en las primeras décadas del siglo XX y luego su anclaje en la lucha

⁴³² Ochoa Ortiz (1961: 10-11).

⁴³³ Migdal (1988: 15).

política le convirtió en una palabra que adquiriría significados distintos según el sector o grupo social que lo utilizaba para identificar un sujeto antagónico. La factibilidad de entender el gamonal y el gamonalismo no solo como figuras retóricas sino como actores y formas de ejercicio del poder local, requiere analizar las modalidades específicas de las relaciones de poder local que constituyeron las bases rurales del Estado ecuatoriano en los siglos XIX y XX.

Está claro que el gamonalismo como forma de poder descentralizada funciona paralelamente en una época en que el Estado nacional hace un esfuerzo por centralizar sus políticas generales, construyendo un aparato estatal central con ramificaciones regionales y locales. Un aspecto central del gamonalismo era la administración étnica, que tenía como su pieza clave el poder delegado que había conferido el Estado central al teniente político. La dominación étnica se encontraba parcialmente afectada por efecto de la ampliación de la capacidad infraestructural del Estado y los procesos de modernización rural. Pero esto dependía de un balance de poder con las elites terratenientes locales y regionales y la intervención localizada de la izquierda y el sindicalismo rural.

CAPÍTULO VII. ACCIÓN COLECTIVA RURAL EN LA COSTA ECUATORIANA

La acción colectiva de los trabajadores rurales y campesinos de la costa ecuatoriana casi no ha sido estudiada. Aunque el debate de la reforma agraria de 1964, estuvo concentrado en la cuestión de los huasipungueros de las haciendas serranas también se hallaba en discusión los cambios en la estructura de la propiedad agraria costeña pero con un menor énfasis y debate público. En este capítulo se apunta a establecer los rasgos más relevantes de las demandas y la acción colectiva que fuera desarrollada por cauces organizativos de los campesinos y asalariados rurales de haciendas y plantaciones situadas sobre todo en la cuenca del Guayas.

La costa ecuatoriana fue una región que en su conjunto desarrolló históricamente una agricultura volcada a la exportación. Uno de los productos que articuló el desarrollo de la agricultura costeña fue el cacao desde fines del siglo XVIII, pero el ciclo exportador más conocido transcurrió entre 1870 y 1920 cuando el cacao se convirtió en el principal producto de exportación del Ecuador. Junto a esta agricultura de exportación se hallaban otros productos tales como la producción azucarera que se desarrolló desde fines del siglo XIX y la producción de arroz que adquirió una importancia creciente desde comienzos del siglo XX. Estos productos se encontraban más vinculados al mercado interno aunque el arroz se vinculó a una dinámica exportadora en la década de 1940.⁴³⁴

La baja densidad demográfica de la costa ecuatoriana solo pudo modificarse mediante las migraciones provenientes de la sierra ecuatoriana. En la formación y desarrollo de la agricultura de la costa siempre fueron muy relevantes los contingentes de trabajadores provenientes de la sierra.

La acción colectiva rural que se desarrolló en la costa ecuatoriana desde fines de la década de 1920 estuvo signada por las acciones reivindicativas de finqueros y sembradores que se encontraban posesionados de tierras bajo relaciones de trabajo basadas en la renta en dinero y especie; y, la redención de cultivos. Después de 1940,

⁴³⁴ Sobre la historia de la producción cacaotera, véase Chiriboga (2013). La historia de la producción arrocera entre 1900 y 1950 está tratada a profundidad por Roque Espinosa (2014).

emergieron organizaciones laborales de los trabajadores que utilizaron las disposiciones legales del Código del Trabajo en los ingenios azucareros; y en las haciendas y plantaciones bananeras.

Desde fines de la década de 1920, a consecuencia de la crisis del cacao, devino un proceso de debilitamiento de las elites agroexportadoras y el aparecimiento de una nueva fracción basada en el control de los ingenios azucareros; y, desde 1948 otros grupos empresariales vinculados a la producción y exportación del banano. Por otra parte, se constituyó un circuito agroindustrial sustentando en la producción arrocería que alcanzó una amplia expansión después de la década de 1930.

1. ACCIÓN COLECTIVA DE FINQUEROS Y SEMBRADORES

La producción durante el auge del cacao estuvo basada en dos modalidades de relaciones de trabajo, la redención de sembríos y la de los jornaleros asalariados que usufructuaban un lote de tierra. En la primera modalidad, los dueños de plantaciones entregaban un lote de tierra virgen, el trabajador estaba obligado a desbrozar el monte, limpiar y preparar el terreno, sembrar y mantener el cacahual durante cinco años sin recibir ninguna remuneración, pero manteniendo cultivos de carácter no permanente para su manutención.⁴³⁵ Al cabo de cinco años el dueño de la plantación “redimía” los sembríos, pagando una cantidad determinada de dinero por planta de cacao en producción. Entre los redimidores de sembríos y los jornaleros había una movilidad constante, los redimidores una vez entregadas las plantas se tornaban jornaleros, o había jornaleros que se transformaban en redimidores.

Esta relación de trabajo a partir de la crisis del cacao en la década de 1920 que determinó un proceso de expulsión de trabajadores de las plantaciones, derivó a relaciones basadas en la renta en dinero, los finqueros, que pagaban un canon de arrendamiento por una parcela de tierra al terrateniente. Los finqueros se establecieron a partir de la quiebra y fragmentación de las plantaciones cacaoteras.

⁴³⁵ Chiriboga (1978:129-130).

Sostiene Uggen (1975: 59-60) que los sistemas de tenencia de la tierra entre 1870 y 1960 en Yaguachi, una zona vinculada fuertemente a la exportación y la producción de mercado interno, atravesaron por cinco fases:

1. Entre 1870 a 1925 cuando se consolidaron las plantaciones cacaoteras. Esta fase estuvo relacionada con la construcción de la vía férrea que conectó tempranamente a Yaguachi con Guayaquil y culminó en 1908 con la terminación del ferrocarril que comunicó a Guayaquil con Quito.
2. De 1925 a 1938, signado por la quiebra y fragmentación de las plantaciones cacaoteras.
3. De 1938 a 1960 con la expansión de los ingenios azucareros (predominantemente San Carlos).
4. De 1948 a 1960 por el auge de las plantaciones bananeras y reconversión de la producción cacaotera.
5. Desde 1960, caracterizado por la fragmentación de las haciendas tradicionales mediante la presión campesina y la reforma agraria.

Para otras zonas de la costa que experimentaron el auge cacaotero, es posible establecer otros sistemas de tenencia de la tierra desarrollados entre 1926 a 1948, signados por el abandono de las plantaciones y la ocupación plena de las tierras por parte de campesinos precaristas. El acelerado crecimiento de las exportaciones de banano desde 1948, marcará el inicio de los litigios entre los finqueros y los terratenientes rentistas. Pero la expansión de la red vial dará un impulso a la apertura de la frontera agraria mediante la colonización.

Las opciones para los agroexportadores luego de la crisis del cacao hasta la reanudación de la dinámica agroexportadora, fueron en la práctica dos: 1) vender la tierra en su totalidad para solventar las deudas; y 2) vender parte de la tierra y arrendar el resto.⁴³⁶ Entre estas dos opciones se movió buena parte de la acción de los finqueros, primero por alcanzar estabilidad en la tierra y luego por ampliar la superficie controlada.

La actividad organizativa en el agro costeño se inició con el STACPORG (Sindicato de Trabajadores Agrícolas, Campesinos Pobres y Obreros Rurales del Guayas) fundado en

436 CIDA (1965: 383).

Milagro el 14 de julio de 1928 (Muñoz Vicuña, 1978: 25). En conjunto con otros sindicatos agrarios y antiguas organizaciones mutuales dieron origen a la Confederación Obrera y Campesina del Guayas en 1929.

Los primeros sindicatos agrarios de Milagro se desarrollaron sobre la base de los finqueros y su impulso vino dado por las organizaciones gremiales de artesanos influidas por militantes de la corriente comunista del PSE. Esas organizaciones se establecieron en la década de 1930 en Samborondón, Naranjal, Taura, Naranjito, Bucay y Garaicoca. De acuerdo al relato de Antonio Ruiz Flores un antiguo dirigente de Milagro, la disputa tenía que ver con la rebaja de los arrendamientos. Aunque por el hecho de pertenecer a los sindicatos, los terratenientes negaban las tierras a los campesinos, lo que obligaba a que se tomen las tierras y luego se intentaba desalojarlos con el uso de la violencia. Al final de estas acciones, intervenía el sindicato para firmar contratos de arriendo, esto es, formalizar la renta en dinero que pagaban los finqueros al terrateniente.⁴³⁷ El ambiente de surgimiento de estas organizaciones estuvo claramente condicionado por la crisis del cacao que había dejado haciendas y plantaciones abandonadas.

Las demandas de los campesinos de Yaguachi y Milagro fueron presentadas a la Asamblea Constituyente de 1928. Estas pedían una limitación a la propiedad; la creación de colonias y cooperativas agrícolas; el nombramiento de mejores autoridades locales para limitar los abusos, lo que podría lograrse con la creación de una policía agraria formada por los campesinos, eliminando la policía rural estatal; ampliación de servicios educativos y de salud; intervención estatal con inspectores del trabajo; mejoramiento de carreteras.⁴³⁸ Con la mayor intervención estatal que vino después de 1925 y la creación del Ministerio de Previsión Social, el establecimiento de los campesinos en las haciendas tuvo una regulación en 1928 que establecía los cánones de renta de acuerdo a los avalúos de las propiedades.⁴³⁹ Los sindicatos campesinos

⁴³⁷ Entrevista a Antonio Ruíz, en Lautaro Ojeda, coord. (1975). No es posible precisar los años en que ocurrieron estas acciones pero se puede inferir que sucedieron entre fines de la década de 1920 y el transcurso de la década del 1930.

⁴³⁸ La Asamblea General de Campesinos de los Cantones Yaguachi y Milagro, a los Obreros y Campesinos en general, 1928. Colección Personal Leonardo Muñoz.

⁴³⁹ “Normas sobre contratos de arrendamiento y sembraduría de tierras en el Litoral”, *Registro Oficial*, No. 763, 7 de octubre de 1928.

legitimaban su acción sustentados en la ley y su cumplimiento. Durante los años treinta, se consolidó en Milagro la acción de los gremios urbanos y rurales dirigidos por el Partido Comunista.⁴⁴⁰

Los anarquistas crearon el sindicato de agricultores de Jesús María, una parroquia rural de Guayaquil. El periódico *El grito del campesino* publicado en 1929 fue el vocero de esta organización. Esta fue una de las raras huellas del anarquismo en el agro que careció de la continuidad que poseyó en Guayaquil hasta mediados de la década del treinta. De aparición más tardía que en Perú o Colombia, el anarcosindicalismo tuvo en el Ecuador una vigencia entre 1920 y 1936 cuando se registraron sus huellas finales. Fue una corriente organizativa localizada en Guayaquil.

La trayectoria de Antonio Ruiz Flores (1892-1985) y Segundo Ramos Navarrete (1901-1960) sindicalistas y militantes comunistas de Milagro, muestra la vinculación de las organizaciones gremiales de carácter todavía mutual con el origen de los sindicatos campesinos. Ruiz Flores fue Secretario General vitalicio del Sindicato de Peluqueros de Milagro y fundó junto a Neptalí Pacheco León el STACPORG (Sindicato de Trabajadores Agrícolas, Campesinos Pobres y Obreros Rurales del Guayas) en 1928. En 1931 fue uno de los fundadores del Partido Comunista y fue candidato a la Presidencia del Ecuador en 1931 y 1932. Fue Presidente del Concejo Municipal de Milagro en 1944.⁴⁴¹ Ramos fue uno de los fundadores del Partido Comunista en 1931, fue Secretario General del Comité Sindical de Peluqueros de Milagro de 1927 a 1938. Fue Secretario de Prensa y Propaganda del Consejo Central de Sindicatos Agrarios de Milagro entre 1933 y 1938, Secretario General del Sindicato General de Trabajadores de Milagro de 1929 a 1938, Secretario de Cuestiones Campesinas de la Federación Provincial de Trabajadores del Guayas de 1944 a 1945.⁴⁴²

Desde comienzos de la década de 1950 la Comisión Campesina de la Federación Provincial de Trabajadores del Guayas intervenía en la gestión de las demandas y conflictos rurales. En diciembre de 1952 se había realizado una Conferencia Campesina

⁴⁴⁰ Coronel (2011:895-900).

⁴⁴¹ Muñoz Vicuña (1987:275-276).

⁴⁴² *El Pueblo*, No. 10, 2 de junio de 1951.

en Milagro donde se propuso fijar bajos cánones de renta para los finqueros y sembradores y la aplicación de la Ley de Colonización.⁴⁴³ La FTAL (Federación de Trabajadores Agrícolas del Litoral) fue creada a comienzos de septiembre de 1954. Su congreso fundacional realizado en Guayaquil incluyó un conjunto de eventos deportivos y sociales tales como partidos de fútbol y elección de reinas. La Federación Provincial de Trabajadores del Guayas puso candidatas para la elección de reina y lo mismo los sindicatos y organizaciones campesinas que traían sus candidatas y madrinas. Los clubes de fútbol de trabajadores urbanos se enfrentaron a los clubes de fútbol de campesinos. Uno de los premios había sido donado por Luis Hernández, el dueño del almacén “No me olvides” de Milagro. En la fundación de la nueva federación todavía estuvieron presentes los antiguos dirigentes de los años treinta, Antenor Aguilera y Clodoveo Ruiz Macías.⁴⁴⁴ Habían participado en el congreso fundacional de la FTAL 102 delegados de organizaciones campesinas de las cinco provincias del litoral. Y estuvieron presentes delegaciones fraternales de la CTE y la FEI.⁴⁴⁵ Las demandas que sostenía la FTAL tenían básicamente un carácter campesino con la insistencia en el mejoramiento de las condiciones de negociación de la renta en dinero y productos.

Después de 1930 los plantadores cacaoteros se tornaron ausentistas y su único interés era coleccionar la renta. La autoridad fue delegada a administradores que tenían la tarea de mantener el control de las propiedades y cobrar las rentas a los campesinos. Esta situación se modificará a partir de 1948 con la implantación de los cultivos de banano en un contexto de bonanza, cuando los precios mundiales del cacao, el banano y el café tuvieron un ciclo ascendente. Pero esto también generó un impulso de los campesinos en su reivindicación de la propiedad de la tierra en momentos en que la necesidad de recuperar el control de la tierra y evadir los compromisos de los propietarios con los campesinos era una exigencia para la implantación del trabajo asalariado. De aquí provino una fuerte pugna con los finqueros y sembradores que se encontraban establecidos en las plantaciones.⁴⁴⁶ Resistieron al desalojo quienes se organizaron gremialmente o tenían antiguas organizaciones. Aunque también otra forma de presión fue elevar los cánones de arrendamiento a los finqueros.

⁴⁴³ *El Pueblo*, No. 58, 10 de enero de 1953, p. 3.

⁴⁴⁴ *La Nación*, 5 de septiembre de 1954, p. 16.

⁴⁴⁵ *El Universo*, 6 de septiembre de 1954.

⁴⁴⁶ Uggen (1975: 138-139).

Tanto en el caso del finquero o del sembrador de arroz se trataba de una forma de producción precapitalista muy parecida. La diferencia estaba en que el finquero cultivaba productos de ciclo largo y pagaba una renta en dinero; le “redimían” los cultivos y tenía una posesión más estable en la plantación, mientras que el sembrador hacía cultivos de ciclo corto en tierras que le eran otorgadas, y a cambio de lo cual entrega un determinado porcentaje de la cosecha, o sea, una renta en especie. Además, los contratos con los propietarios eran anuales, lo que tornaba a su situación muy inestable y desde luego con menos capacidad de resistencia.

Desde 1950, los conflictos entre campesinos y propietarios ocurrieron entre los plantadores cacaoteros, los finqueros, y los campesinos que se posesionaron o ya estaban posesionados de tierras durante la expansión de las plantaciones bananeras.⁴⁴⁷

En mayo de 1952, en las haciendas María Isabel, María Mercedes, Venecia y Milagro, se suscitaron diversas presiones de los propietarios por elevar las rentas, así, en la hacienda María Isabel se quería elevar en un 300 por ciento el valor de los arrendamientos, se pagaba S/ 16 por cuadra de cultivos estables y los finqueros estaban dispuestos a pagar S/. 24. Sin embargo la confrontación también se refería al control de la venta de productos como el arroz por parte de los campesinos.⁴⁴⁸ En la hacienda Venecia se pretendía cobrar a los finqueros S/. 45 por cuadra de cacao y café, S/. 200 por cuadra de banano y S/. 150 por cuadra de caña de azúcar y se planteaba que los sembradores debían pagar 200 libras de arroz por cada cuadra, cuando el Congreso de la CTE había decidido que se pague solo un quintal por cuadra de arroz.⁴⁴⁹ Esta acción de resistencia en la Hacienda Venecia, era conducida por el sindicato “29 de Junio”.

Los actos de hostigamiento ejecutados por los administradores de las haciendas a veces tomaban la forma de la coacción para obligar a “redimir” los sembríos a menos precio, por ejemplo en 1952 en la hacienda Villanueva se obligó a vender a S/. 1 cada mata de

⁴⁴⁷ (Ibid.: 137).

⁴⁴⁸ *El Pueblo*, No. 25, 10 de junio de 1952.

⁴⁴⁹ *El Pueblo*, No. 16, 8 de marzo de 1952.

cultivo estable a un finquero, mientras que a una finquera en la hacienda Pechichal, solo le pagaron S/. 0.40 por cada planta, cuando los cultivos valían mucho más.⁴⁵⁰

Lo que hemos descrito corresponde a las acciones de resistencia conducidas por los sindicatos de finqueros, quienes estaban en mayor capacidad de resistir el desalojo. En la zona de Yaguachi-Milagro, las ventas sucesivas de antiguas haciendas cacaoteras a los plantadores bananeros y los ingenios azucareros, forzaban la salida de los campesinos.⁴⁵¹ Por ejemplo, en 1954 Velasco Ibarra ordenó desalojar a grupos campesinos que se encontraban posesionados de tierras en El Triunfo favoreciendo al Ingenio San Carlos que requería esas tierras para su expansión.⁴⁵²

En estos conflictos se hallaba en juego la diferente capacidad de presión de sembradores y finqueros. Los sembradores de arroz poseían un débil poder de negociación. Pero tanto los finqueros como los sembradores estaban también interesados en manejar la comercialización de sus productos. Otro tema importante era la extracción de madera de zonas montañosas que también eran disputadas con los terratenientes costeños. La mayor capacidad de los finqueros se tradujo en un interés por comprar tierras y por lo menos en las haciendas Ñauza, Villanueva y Milagro, distintas asociaciones de campesinos iniciaron gestiones para adquirir tierras desde mediados de la década de 1950.

Clemente Yeroví Indaburu un empresario guayaquileño vinculado políticamente a Galo Plaza, decidió vender parcialmente su hacienda Semira en 1955 a los campesinos que pagaban renta y habían residido allí muchos años. Esta hacienda situada en Juján tenía 2.500 cuerdas con distintos tipos de sembríos y ganado. La aspiración de Yeroví Indaburu era la gestación de una “clase media” rural y una sección de la propiedad fue vendida en lotes de 25 has. mediante crédito bancario. Otra parte de la hacienda fue modernizada y se mantuvo bajo control del propietario.⁴⁵³ De 104 lotes de tierra que

⁴⁵⁰ *El Pueblo*, No. 26, 17 de mayo de 1952.

⁴⁵¹ Uggen (1975: 112).

⁴⁵² “Dr. Velasco ordena desalojar de un fundo a quienes lo han invadido por vía de hecho”, *El Comercio*, 27 de noviembre de 1954.

⁴⁵³ Lilo Linke, “Una Hacienda parcelada de la costa”, *Reforma Agraria y Desarrollo Rural* (38), *El Comercio*, 14 de Agosto de 1962. Yeroví Indaburu (1904-1981) estuvo vinculado al capital bancario guayaquileño, tenía otras haciendas y negocios, incluyendo la navegación fluvial. Fue representante

vendió la hacienda, alrededor de 50 se mantuvieron en producción y 30 lotes fueron abandonados por campesinos que migraron. Algunos beneficiarios de la fragmentación de esta hacienda compraron más lotes que otros y efectivamente apareció un estrato campesino más capitalizado y con mayor acceso a la tierra.⁴⁵⁴

La creación del Instituto de Colonización en 1956 definía una instancia estatal que sirvió para ejecutar la legislación de colonización y tierras baldías vigente desde 1936. De este modo finqueros o grupos organizados de campesinos podían disputar zonas montañosas con los terratenientes. Pero el Instituto también promovió la compra de tierras en las haciendas. Este fue el caso de la hacienda Villanueva en Naranjal. Esta extensa hacienda tenía en su interior muchos recintos y caseríos y los cobradores de renta tenían dificultades por controlar tan extensa propiedad dedicada al cacao. Tenía 8.000 has. que incluían manglares, una importante fuente de extracción de recursos. Se gestionó un crédito del Banco de Fomento para la compra de tierras pero en la puja por el precio, los propietarios no aceptaron la oferta de los finqueros y persistieron en seguir cobrando rentas en 1962.⁴⁵⁵

Los finqueros de la Hacienda Rosario formaron la cooperativa “5 de junio” que presionaba por la compra de la hacienda y tuvieron continuos enfrentamientos con los dueños desde fines de los años cincuenta y que prosiguieron a comienzos de los años sesenta.⁴⁵⁶ Algunos dirigentes campesinos de esta cooperativa tanto como los de Villanueva y Ñauza participaron en la FTAL. Precisamente, Neptalí Pacheco León, un dirigente de la FTAL dirigía la Asociación de Colonos de Ñauza. En otros lugares, sin embargo, había cooperativas de finqueros que se oponían a la intervención de la FTAL y el Partido Comunista. Preferían establecer acuerdos con los propietarios para acceder a lotes de tierra.

gremial y Senador funcional por la agricultura de la costa. Dirigió transitoriamente la Junta Nacional de Planificación y fue designado Presidente interino del Ecuador en 1967.

⁴⁵⁴ Lilo Linke, “Visita a un parcelero costeño”. Reforma agraria y desarrollo rural (39), *El Comercio*, 16 de agosto 1962, p.5.

⁴⁵⁵ Lilo Linke, “La Hacienda Villanueva”, Reforma Agraria y Desarrollo Rural (42), *El Comercio*, 23 de Agosto 1962, p. 5.

⁴⁵⁶ “La esclavitud del montubio”, *Mañana*, Año II, No. 90, 26 de Octubre de 1961, p. 26.

En la plantación “Clementina” de propiedad sueca, se había desarrollado una agricultura muy tecnificada que incluía banano, cacao y café que recurría a trabajadores asalariados entre los que se incluían trabajadores migrantes provenientes de la sierra. Esta plantación fue primero propiedad de unos terratenientes guayaquileños y luego de una empresa alemana que debió dejar la propiedad durante la Segunda Guerra Mundial. Se hallaba situada cerca de Babahoyo. Junto a la sección moderna de la plantación que tenía una amplia infraestructura interna de carreteras existía una sección entregada a finqueros y sembradores. De 12.771 has. que tenía la propiedad, se hallaban en explotación 6.650 has. y entre estas 2.000 has en manos de finqueros y sembradores que equivalía al treinta por ciento de la superficie en explotación (CIDA, 1965: 331). Adicionalmente, las zonas sin explotar estaban siendo disputadas por colonos que esperaban la intervención del Instituto de Colonización. Desde comienzos de 1960, los finqueros se habían negado a pagar las rentas y los sembradores de arroz en cambio eran más vulnerables por sus contratos anuales y podían ser despedidos (CIDA: 334). Además entre los trabajadores estaba la inquietud de acceder a la tierra, pero no se había desarrollado un nivel de conflictividad como el que estaba ocurriendo en Milagro y Naranjal.

A comienzos de la década de 1960 se estaba entonces en el momento final de una situación que arrancaba de la época de crisis de las haciendas y plantaciones cacaoteras cuando las propiedades fueron abandonadas y dejadas en manos de campesinos que pagaban una renta en dinero que con el paso del tiempo consolidaron sus posesiones y aspiraban a la plena propiedad. Había surgido un estrato campesino con una cierta capacidad de acumulación que estará entre los beneficiarios de la reforma agraria de 1964.

2. SINDICALIZACIÓN Y CONFLICTOS LABORALES EN LOS INGENIOS AZUCAREROS

En el clásico estudio de Wolf y Mintz (1975) se hizo una influyente diferenciación que contrastaba la hacienda y la plantación como tipos de organización productiva. Eran formas diferentes de uso del capital, mano de obra y acceso a los mercados. Tanto la hacienda como la plantación tenían una orientación mercantil. No postulaban que se

produzca una evolución desde la hacienda a la plantación sino una presencia de cada uno de estos dos tipos que podían tener rasgos particulares.

Lo más característico de la plantación era su volumen de capital mucho mayor que el de la hacienda y la orientación hacia los grandes mercados. Mientras las haciendas podían tener una producción diversificada, en las plantaciones predominaba un solo producto. En relación a la mano de obra, en las haciendas podían existir distintos tipos de trabajadores con acceso a recursos y la vigencia del paternalismo, mientras que en las plantaciones predominaba el trabajo asalariado con una tendencia a la despersonalización de las relaciones laborales. El status del propietario era importante en las haciendas, pero no en las plantaciones. Sobre todo en la dotación de capital en las plantaciones era primordial el capital extranjero y la orientación principal se dirigía a la acumulación de capital sustentada en el cálculo de costos y ganancias. El énfasis en la racionalidad capitalista implicaba un incesante cambio en los niveles tecnológicos para elevar la productividad.

El trabajo en las plantaciones implicaba para los trabajadores la incorporación de nuevas pautas de consumo. Las zonas de plantaciones poseían una alta heterogeneidad social y étnica por la distinta proveniencia de los trabajadores. Generalmente existía una alta dificultad para la sindicalización por el exceso de mano de obra que no podían controlar los sindicatos. Pero ocasionalmente los sindicatos podían tener éxito en su confrontación con el capital extranjero y cuestionar la autoridad patronal (Wolf y Mintz, 1975: 521).

La acción colectiva de los asalariados rurales se presenta como un conjunto de eventos y acontecimientos de ocasionales conflictos. Frecuentemente se ha observado la inmensa dificultad por establecer organizaciones laborales o su baja capacidad de presión. Puesto que generalmente en haciendas y plantaciones existe un fuerte control a los trabajadores contratados y mecanismos de vigilancia para impedir la sindicalización; o mantenerla bajo control cuando las empresas terminan por aceptar la existencia de organizaciones laborales. Un fuerte condicionamiento es el que proviene de la conformación del mercado de trabajo que puede alternativamente pasar por períodos de escasez a otros de exceso de trabajadores. En todo caso, los sindicatos de asalariados que logran

constituirse deben hacer serios esfuerzos para persistir en el tiempo. En una síntesis de los estudios sobre sindicalización rural en algunos países latinoamericanos propuesta por Rau (2006: 6-8), se indica que pueden existir tanto obstáculos como condiciones favorables para el surgimiento de organizaciones laborales. Entre los obstáculos, se encuentran la existencia de intermediarios que impiden la relación directa con los empleadores, la naturaleza estacional de las actividades productivas, las segmentaciones étnicas entre los trabajadores y la existencia de organizaciones laborales controladas por las empresas. Las condiciones que pueden favorecer la organización pueden ser la misma concentración de los trabajadores, vínculos con otros sectores sociales y organizadores sindicales y la presencia de coyunturas políticas abiertas a las demandas. Todos estos factores que obstaculizan o facilitan la sindicalización de los trabajadores rurales más factibles de indagar en estudios del presente, son más arduos de indagar en el pasado.

La historia de los ingenios azucareros de la costa ecuatoriana se encuentra vinculada a las transformaciones agrarias de la zona de Milagro y Yaguachi donde se asentaron Valdez y San Carlos, los dos ingenios más importantes. Valdez se fundó en 1884 y San Carlos en 1893. Aunque el predominio que adquirieron estos dos ingenios ocurrió en el transcurso de la primera mitad del siglo XX, se trató de un incesante proceso de concentración de la producción azucarera puesto que ya en 1931 los dos ingenios controlaban el 70 por ciento de la producción. No obstante, hacia 1939 todavía se hallaban operando 19 ingenios en el Ecuador. En 1946 ya el número de ingenios se había reducido a 10 y en 1954 ya solo quedaban 5 empresas cuando Valdez y San Carlos representaban el 91 por ciento de la producción azucarera.⁴⁵⁷ El dominio de estos dos ingenios fue posible por su expansión territorial y la incorporación de innovaciones tecnológicas que mejoraron la productividad.

Los ingenios azucareros requirieron en su origen y posterior expansión la formación de plantaciones donde pudiera sembrarse la caña de azúcar. Esto sucedió a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, después con la crisis de la producción cacaotera que dejó disponibles haciendas para el crecimiento de los cultivos de caña. Pero ello

⁴⁵⁷ Lentz (1991: 24-25). La formación y desarrollo de los ingenios azucareros hasta la década de 1950 ha sido relatada por Rafael Guerrero (1978) y Fisher (1983).

también conllevaba conflictos con campesinos que reclamaban derechos sobre tierras donde se habían asentado en la época de la expansión cacaotera. Hacia fines de la década de 1920, Ricardo Paredes (1928: 77) afirmó exageradamente que la producción de azúcar “ocupa a varias decenas de millares de trabajadores”, pero el número de trabajadores que laboraban en el conjunto de 14 ingenios durante 1931 llegaba a 2.420 en invierno y a 5.100 en la temporada de zafra.⁴⁵⁸ No tantos trabajadores como creía Paredes, pero de todos modos era una llamativa concentración laboral que el sindicalismo influido por el Partido Comunista trató de organizar y movilizar.

En 1934 se produjo una huelga en el ingenio San Carlos y en 1941 se constituyó el sindicato del Ingenio Valdez. Entre 1941-1942 se produjeron conflictos donde estuvieron involucrados los sindicatos del Ingenio Valdez (415 miembros), San Carlos (235) y Rocafuerte (138). En 1942 se fundó el sindicato del Ingenio Luz Maria y el Comité de Empresa del Ingenio Rocafuerte.⁴⁵⁹

A) La trayectoria de los conflictos laborales en el Ingenio San Carlos

Para el desarrollo de la producción, se requería de la dotación de mano de obra permanente y temporal que en las primeras décadas del siglo XX era buscada en la sierra.⁴⁶⁰ Se enviaban “enganchadores” que localizaban trabajadores en los pueblos de la sierra y luego los traían a laborar en las distintas tareas que eran requeridas en los ingenios. Los enganchadores eran en ocasiones los mayordomos de los ingenios.⁴⁶¹ Las provincias que mayor número de trabajadores aportaron al Ingenio San Carlos fueron Tungurahua, Chimborazo, Bolívar y Cañar. Junto a estos trabajadores de tipo temporal se encontraban otros de la costa que hacían labores agrícolas, industriales y de transporte en el complejo azucarero.⁴⁶² Inicialmente, los trabajadores reclutados eran campesinos mestizos provenientes de provincias de la sierra y luego se incorporaron trabajadores indígenas. Se conoce con bastante detalle cómo se produjo esta vinculación de trabajadores al Ingenio San Carlos. Hasta la década de 1940 habían predominado los

⁴⁵⁸ Ibarra (1992b: 10).

⁴⁵⁹ Documentos Anexos. Informe del MPS, 1942, Talleres Gráficos de Educación, s.p.

⁴⁶⁰ En la novela de L.A. Martínez, *A la costa* (1969 [1904]: 214) se narra la presencia de campesinos mestizos serranos en los ingenios a comienzos del siglo XX.

⁴⁶¹ R. Guerrero (1978:548).

⁴⁶² Lang (1969).

trabajadores mestizos que eran ocupados en la cosecha como zafreros y en tareas especializadas de transporte y almacenamiento. En las labores de cultivo y la fábrica predominaban los trabajadores costeños. Cuando se incorporaron los trabajadores indígenas su ocupación era el trabajo agrícola de “pico y pala” pero no en la cosecha donde se requería la destreza en el manejo del machete que poseían los trabajadores costeños y los trabajadores mestizos serranos. Esto había producido una división étnica del trabajo, donde unas actividades eran asignadas a los indígenas y otra a los mestizos que tenían mejores salarios.⁴⁶³ Todo esto implicaba el funcionamiento de redes y formas específicas de sociabilidad donde se perpetuaban las fronteras étnicas en el mundo del trabajo que tornaban difícil la constitución de organizaciones laborales. Ya en la década de 1950, los trabajadores indígenas manejaban el machete y fueron incorporados al trabajo de zafra. Los migrantes indígenas provenían de comunidades que no estaban controladas por las haciendas. Los salarios más altos que los que podían ser conseguidos en la sierra hacía posible que pudieran ahorrar e invertir ese dinero cuando retornaban a sus lugares de origen.

Durante la revolución de mayo de 1944, los trabajadores del Ingenio San Carlos protagonizaron uno de los pocos eventos disruptivos rurales registrados a fines de mayo de 1944 cuando se vivía la euforia política que culminó en la llegada al poder a Velasco Ibarra tras el derrocamiento de Arroyo del Río. Los trabajadores se enfrentaron a la guardia privada del ingenio, y también al destacamento de los carabineros arrebatándoles las armas. Después se dirigieron a la casa del administrador del ingenio y la sitiaron. Habían apresado a los policías, a algunos empleados administrativos y nombraron autoridades locales. Pero se hizo presente un pelotón del ejército junto con Juan de Dios Martínez Mera el gerente del ingenio. Se les obligó a devolver las armas, fueron apresados más de treinta trabajadores y enviados a la cárcel de Guayaquil aunque fueron liberados el mismo día.⁴⁶⁴ Cabe mencionar que Martínez Mera fue electo presidente del Ecuador en 1932, en unas elecciones que fueron acusadas de fraudulentas.

⁴⁶³ Lentz (1991: 35-36).

⁴⁶⁴ “38 trabajadores del Ingenio San Carlos fueron traídos presos ayer y libertados poco después”, *El Universo*, 2 de junio 1944, p. 12.

Los conflictos laborales en los ingenios azucareros eran esporádicos durante los años cuarenta y cincuenta. El nivel de actividad sindical en los ingenios azucareros puede revelarse por la realización de un conflicto en el ingenio “Valdez” en 1948 por mejoramiento de salarios y cuestionamiento al trato de los administradores. Otros conflictos laborales se produjeron en “Valdez”, “San Carlos”, “Adelina María” y “Luz María” entre 1950-1951.⁴⁶⁵ El primer contrato colectivo acordado ocurrió hacia 1946 en el Ingenio Rocafuerte. En el contrato colectivo suscrito en 1953 por el Comité de Empresa de San Carlos los afiliados a la organización eran 760 trabajadores sobre un total de 4.300 trabajadores del ingenio. Esto evidencia que la organización laboral excluía a la mayoría de trabajadores de campo.

Una huelga del Ingenio San Carlos realizada el 14 de diciembre de 1953 duró pocas horas. Este conflicto permite apreciar los mecanismos de presión sindical y también las respuestas de la empresa ante las demandas de los trabajadores. El punto central que motivó un pliego de peticiones fue un alza salarial decretada por el gobierno el 27 de junio de 1953 que la empresa se negó a aceptar, junto a un pedido de machetes gratuitos para los trabajadores de la zafra. En la negociación se había llegado a un punto muerto y se anunció la huelga con bastante anticipación. La intervención de la FPTG (Federación Provincial de Trabajadores del Guayas) correspondía a una manera de gestión del conflicto que seguía una experiencia ya establecida. La estrategia sindical consistía en la expresión de apoyo de otros sindicatos para crear un clima de opinión favorable a la huelga del Ingenio San Carlos. En un comunicado, el Sindicato de trabajadores de las bananeras se solidarizaba con los trabajadores del ingenio San Carlos que anunciaban la huelga.⁴⁶⁶

M.E. Serrano Hidalgo, un vocero de la empresa publicó una serie de comunicados en *El Universo*. Sostenía que Elías Muñoz Vicuña y Jorge Maldonado Renella eran jóvenes dirigentes del Partido Comunista que estaban interesados de generar un poder sindical propio opuestos a los viejos dirigentes del partido. Muñoz Vicuña y Maldonado eran vocales de los trabajadores del Tribunal de Conciliación y Arbitraje. Días antes de la huelga, Muñoz Vicuña fue encarcelado pero luego fue puesto en libertad.

⁴⁶⁵ Informe del Ministerio de Previsión Social y Trabajo, 1950-1951, Anexos, p. 57.

⁴⁶⁶ *El Universo*, 7 de diciembre de 1953.

Cuando la huelga se declaró, se produjeron “disturbios bastante serios, pero la policía (...) sometió” a los huelguistas.⁴⁶⁷ En la huelga habían participado 2.000 trabajadores. La intervención de la policía fue bastante drástica con numerosos efectivos que usaron gases lagrimógenos para dispersar a los trabajadores.⁴⁶⁸ Fueron apresados 12 trabajadores, aunque la huelga concluyó rápidamente a las tres de la tarde en negociaciones con la gerencia de la empresa y las autoridades de trabajo. La empresa aceptó pagar el alza salarial y entregar machetes a precio de costo. Además la gerencia esperaba que el nuevo contrato colectivo durara cinco años. En esos mismos días, las autoridades clausuraron cantinas y prostíbulos que funcionaban en Marcelino Maridueña, el pueblo donde vivían muchos trabajadores del ingenio.

Casi una década más tarde, en septiembre y octubre de 1962, los trabajadores de campo del ingenio San Carlos protagonizaron una huelga de inusitada radicalidad, inmersa en el clima de conflictividad laboral y social que se vivía durante el gobierno de Carlos Julio Arosemena Monroy en funciones tras el derrocamiento de Velasco Ibarra en noviembre de 1961. Este conflicto puso en tensión a la organización empresarial y las organizaciones laborales del ingenio y se proyectó hacia el Congreso Nacional donde el diputado Gonzalo Oleas acogía demandas laborales y campesinas. Desde 1961 una misión de técnicos de Hawai estaba en San Carlos asesorando cambios tecnológicos y organizativos en la empresa para elevar la productividad. En 1957 de un total de 6.450 trabajadores registrados, 3.000 trabajaban en la cosecha.⁴⁶⁹ Las organizaciones laborales del ingenio, el sindicato, el comité de empresa y una asociación de empleados administrativos estaban controladas por la empresa. Y en la cámara de diputados del Congreso Nacional funcionaba una coalición entre CFP, PSE y liberales. En Naranjito vivían muchos trabajadores de San Carlos y el diputado de CFP Eliecer Pérez Jurado era oriundo de ese pueblo. La actuación de este diputado era una devolución del apoyo a su base electoral que le había permitido llegar a la diputación.⁴⁷⁰ Constituía una señal de la conexión de CFP con una base popular rural.

⁴⁶⁷ *El Universo*, 15 de diciembre de 1953, p. 7.

⁴⁶⁸ *La Nación*, 15 de diciembre de 1953, p.7.

⁴⁶⁹ Lentz (1991:40).

⁴⁷⁰ Comparativamente, se puede mencionar la relación entre el APRA y los trabajadores azucareros del norte de Perú que ese estableció desde los años treinta y persistió en las siguientes décadas. Véase

Los trabajadores de campo del ingenio habían presentado un pliego de peticiones que demandaba mejoras salariales, condiciones de salud y transporte a través de un Comité Especial puesto que carecían de representación en las organizaciones laborales constituidas. Para ello contaron con la presencia directa del diputado Pérez Jurado. La huelga se declaró el 8 de septiembre pero los trabajadores fueron dispersados por la policía y otros trabajadores del ingenio. Decidieron concentrarse en Naranjito manteniendo la paralización de labores que interrumpió la temporada de zafra que estaba en plena operación.

El diputado Pérez Jurado del Guayas, denunciaba que los propietarios de San Carlos habían despedido masivamente a muchos trabajadores. Sostuvo que prevalecía una modalidad de trabajo por tarea, no se pagaba por horas extraordinarias, ni por la semana integral, los contratos se efectuaban por intermedio de terceros y eran de corta duración para evitar el pago de aportes y fondos de reserva a la seguridad social. Dijo también que los trabajadores antes de ser contratados tenían que donar medio litro de sangre.⁴⁷¹

Según las autoridades del trabajo de Guayaquil participaron en la huelga 600 trabajadores permanentes y 2.000 eventuales.⁴⁷² La empresa afirmó que los trabajadores se mantenían desafiantes y había agitadores; quemaron un cantero de caña y realizaban avances sobre las tierras del ingenio portando sus machetes.⁴⁷³

Llegó a Naranjito -la base de operaciones de los huelguistas- el 21 de septiembre una Comisión de diputados y senadores del Congreso entre los que estaban Oleas y Pérez Jurado. Una nota de prensa señala que Oleas “hizo un discurso violento a favor de los trabajadores a quienes incitó para que mantuvieran sus reclamaciones a toda costa y para que no arreglaran allí sus divergencias con la empresa, sino que el problema los

Klaren (1976).

⁴⁷¹ “Diputado denuncia despido masivo de trabajadores del ingenio “San Carlos”, *El Comercio*, 14 de septiembre de 1962, p. 24.

⁴⁷² *El Universo*, 20 de septiembre de 1962, p. 8. Dos historias de vida de trabajadores indígenas de San Carlos que laboraban en la zafra desde los años cincuenta señalan el año de 1962 como un momento de cambio en su trayectoria laboral, pero no mencionan esta huelga. Véase H. Carrasco y C. Lentz (1985).

⁴⁷³ *El Universo*, 28 de septiembre de 1962, p. 1.

trasladaran a las dependencias del trabajo en Guayaquil”.⁴⁷⁴ Un comentario editorial de *El Universo* afirmó que en San Carlos había una conspiración comunizante y pedía la intervención del ejército para restablecer el orden.⁴⁷⁵ Esta misma opinión de que el conflicto evidenciaba una conspiración comunista sostuvo Adalberto Miranda el senador funcional por los trabajadores de la costa. Este senador funcional había sido electo por una coalición sindical contraria a la izquierda que terminó con el largo período de senador funcional que desempeñó Pedro Saad. Miranda pertenecía al sindicalismo libre que había creado en 1962 la CEOSL (Confederación Ecuatoriana de Organizaciones Sindicales Libres) vinculada a la ORIT (Organización Regional Interamericana del Trabajo) que tendrá una exitosa inserción en el mundo laboral ecuatoriano. Esta organización planteaba la necesidad de establecer alianzas con los empresarios e impulsar la contratación colectiva evitando los conflictos y las huelgas.

La huelga de San Carlos estuvo mencionada en algunas sesiones de la cámara de diputados con intervenciones favorables de Pérez Jurado, Oleas y Nicolás Castro Benítez que defendían las demandas de los huelguistas. El conflicto laboral junto con otros de trabajo y aguas se discutieron en la última semana de septiembre donde el congreso estaba muy ocupado en la discusión de proyectos de ley de reforma agraria. En una reunión entre el Ministro de Gobierno, el de Trabajo y el diputado Pérez Jurado, este mencionó que los salarios eran mejores en el ingenio Valdez y el Ministro de Gobierno ofreció que la policía tendría un trato cordial con los huelguistas, pero esto no ocurrió. El 3 de octubre cuando la empresa estaba reiniciando parcialmente las labores de zafra, un pelotón de la policía se enfrentó a los trabajadores huelguistas en la hacienda Conducta, un policía recibió una herida de machete y los trabajadores mencionaron que había algunos heridos. Una mayor dotación policial llegó al ingenio y buscó a los huelguistas quitándoles sus machetes y estableciendo un mayor control.⁴⁷⁶ El foco de resistencia se había concentrado en Naranjito y el apoyo a la empresa en Marcelino Maridueña otro pueblo vecino al ingenio. Una opinión proclive a la empresa sostuvo que no existía ningún conflicto laboral, sino una acción ilegal, “un brote punible de sedición, de anarquía y de delincuencia”.⁴⁷⁷

⁴⁷⁴ *El Universo*, 22 de septiembre de 1962, p. 3.

⁴⁷⁵ *El Universo*, 29 de septiembre de 1962, p. 4.

⁴⁷⁶ *El Universo*, 9 de octubre de 1962.

⁴⁷⁷ *El Universo*, 20 de octubre de 1962, p. 3.

En este agudo conflicto laboral se hizo evidente la fragmentación existente entre los trabajadores. Los trabajadores de campo permanentes y eventuales que no formaban parte del comité de empresa habían decidido operar mediante un comité especial para gestionar su pliego de peticiones. Esto era muy problemático porque la legislación laboral otorgaba al comité de empresa la representación de los trabajadores para conflictos y contratos colectivos, aunque también trataron de remover la directiva del comité de empresa sin éxito. Por petición de un vocal patronal, el Tribunal de Conciliación y Arbitraje resolvió archivar a comienzos de noviembre el proceso del conflicto del Ingenio San Carlos, porque el Comité Especial carecía de personería jurídica y el conflicto debía haberse presentado a través del Comité de Empresa.⁴⁷⁸ Así concluyó esta movilización de los trabajadores agrícolas de San Carlos que había llegado a la escena parlamentaria en el marco de un panorama agitado de demandas rurales y urbanas.

3. CONFLICTOS EN HACIENDAS Y PLANTACIONES BANANERAS

Se reconoce que el ciclo del banano en la economía ecuatoriana fue el más importante antes de la explotación del petróleo. El ciclo bananero en su momento de auge duró entre 1948 y 1965 cuando alcanzó su nivel más alto la superficie sembrada de banano. La producción bananera ubicada inicialmente en dos provincias de la costa, Guayas y Esmeraldas, se difundió luego a la provincia de El Oro y a la zona central de la costa, constituida por Quevedo-Santo Domingo de los Tsáchilas y Quinindé.⁴⁷⁹ A diferencia de la producción cacaotera que dependió de la red fluvial para su conexión con el puerto de Guayaquil, la producción bananera se estableció con una amplia red de carreteras que se construyó desde mediados de la década de 1940. El impacto de la exportación bananera se tradujo en el incremento de las migraciones de la sierra a la costa, el

⁴⁷⁸ “Archivase proceso de conflicto laboral de Ingenio San Carlos”, *El Comercio*, 10 noviembre de 1962, p. 24.

⁴⁷⁹ La especificidad de la producción bananera en dos cantones de la costa sur del Ecuador y una comparación con Guyana ha sido realizado por Silverman (1987). Ella enfatiza la dificultad por aplicar los modelos de análisis de plantaciones y está situado en los procesos agrarios posteriores a la reforma agraria de 1964 cuando se expandió el número de propiedades pequeñas y medianas en la producción bananera.

crecimiento de las ciudades intermedias costeñas y el fortalecimiento de la intervención del Estado que permitió el desarrollo de las clases medias.⁴⁸⁰

La producción bananera ocasionó el apareamiento de un estrato de medianos propietarios de múltiples orígenes. El 38 por ciento de las explotaciones entre 25 y 100 has. abarcaban el 38 de la superficie. Las propiedades menores a 25 has. representaban el 45 por ciento de los productores y participaban en el 13 por ciento de la superficie. Las propiedades de más de 500 has. comprendían el 1,5 por ciento de las explotaciones y controlaban el 13 por ciento de la superficie.

⁴⁸⁰ Véase C. Larrea (1987).

Tabla 16
Superficie de las explotaciones bananeras por tamaño
(1964-1965)

CATEGORIA	EXPLOTACIONES		SUPERFICIE	
	Número	Porcentaje	Hectáreas	Porcentaje
Menos de 10	403	15.5	3.494	2
Entre 10 y 25	795	30.7	20.027	11,4
Entre 25 y 50	611	23,6	32.331	18,4
Entre 50 y 100	379	14,6	37.357	21,3
Entre 100 y 500	366	14,1	59.723	34,1
Más de 500	38	1,5	22.429	12,8
TOTAL	2.592	100.0	175.361	100.0

Fuente: C. Larrea (1987: 52)

La generalización de las relaciones de trabajo basadas en los salarios implicó el crecimiento de una demanda de trabajadores alimentada por las migraciones internas.

“En todas partes, a medida que se incorporaban nuevas tierras a la explotación hubo una gran demanda de brazos, con mucha oferta de trabajo y como consecuencia se produjo algo así como la succión potentísima de los trabajadores de otros campos agrícolas y aún de campos no agrícolas de la costa y de la sierra a la novísima actividad bananera”.⁴⁸¹

El contingente de trabajadores asalariados que se empleaban en la plantación bananera, estaba constituido por un número menor de trabajadores permanentes y un grupo mayor de trabajadores estacionales, ocupados en ciertas tareas del proceso productivo. Los trabajadores permanentes recibían un salario, eran los trabajadores “a diario” o por “tarea”, y los trabajadores no permanentes, generalmente, recibían un salario a destajo. Se recurría a contratistas que establecían un lazo con los trabajadores temporales y las haciendas podían así eludir obligaciones laborales. Los contingentes de trabajadores provinieron de ex sembradores y ex finqueros que fueron desalojados con la irrupción de la producción bananera, de las corrientes migratorias provenientes de la sierra que se

⁴⁸¹ JUNAPLA (1964: 35).

empleaban sobre todo en el trabajo temporal. Por otra parte, de campesinos parcelarios costeños migrantes, que combinaban la producción en la parcela en sus lugares de origen con un salario en la producción bananera.⁴⁸² Este origen heterogéneo de los trabajadores bananeros era similar al que existía en las plantaciones azucareras.

Sin embargo, ya en 1954 en Esmeraldas se produjo una recesión de la producción bananera, obedeciendo esto a varias razones, entre ellas la competencia y el mayor poder de los grupos agroexportadores del Guayas, la pérdida del mercado norteamericano y la incidencia de plagas.⁴⁸³ A pesar de esta situación adversa, la producción y la superficie sembrada se expandieron de modo significativo en esta provincia.

Varias empresas extranjeras estaban implantadas en la producción bananera: la United Fruit Co. establecida en 1934, como Compañía Bananera del Ecuador, la Tropical Fruit Co. en 1945 y la Fruit Trading Co. en 1948; y, una compañía chilena que se estableció tempranamente en 1930, la Compañía Frutera Sudamericana.⁴⁸⁴

La Compañía Frutera Sudamericana y la Compañía Bananera del Ecuador que sobre todo operaban en la provincia del Guayas, poseían un tercio de las extensiones cultivadas de banano en esa provincia, mientras que la Fruit Trading, representaba una sexta parte de la superficie bananera de Esmeraldas, y entre todas las empresas extranjeras controlaban una octava parte del total de la superficie ocupada por cultivos de banano en 1954.⁴⁸⁵ Junto a las empresas extranjeras se encontraron miembros prominentes de la burguesía agroexportadora y buena parte de los plantadores cacaoteros de comienzos de siglo que se habían reconvertido hacia la producción bananera. Pero se había constituido un significativo estrato de pequeños y medianos propietarios sustentados en medidas de fomento estatal.

⁴⁸² Con la ampliación de la red vial que conectó internamente la costa, llegaban a las haciendas bananeras de Los Ríos trabajadores de Manabí y Santa Elena (*Entrevista a Humberto Crespo*, julio de 1982, La Concordia). En las haciendas bananeras de El Oro era frecuente encontrarse con trabajadores serranos provenientes de Loja y Azuay (*Entrevista a Froilán Asanza*, 1979, Quito).

⁴⁸³ Martínez (1976: 44-45).

⁴⁸⁴ Orellana (1952: 5-6).

⁴⁸⁵ CIES (1957: 247).

A) Tenguel, un enclave bananero

Tenguel, inmensa propiedad de origen colonial localizada entre las provincias de Guayas y el Oro fue entre 1880 y 1930 una hacienda cacaotera y luego, desde la compra por parte de la United Fruit en 1934 se volvió un enclave bananero. Se debe recordar que la noción de enclave fue ampliamente utilizada por las ciencias sociales en América Latina para caracterizar a la organización social y productiva de minas y plantaciones controladas por el capital extranjero. Los enclaves bananeros, muy comunes en América Central en el siglo XX, fueron retratados por Carlos Luis Fallas en *Mamita Yunai* y Miguel Ángel Asturias en *Los ojos de los enterrados*, novelas realistas que narraron la presencia y los conflictos con la United Fruit en Costa Rica y Guatemala, respectivamente. Estos relatos de literatura realista presentaron la naturaleza opresiva de la transnacional a los trabajadores y campesinos; y claro, también en *Cien años de soledad* (1967), la célebre novela de García Márquez, la United Fruit apareció en el mítico Macondo.

De acuerdo a la tipología de las situaciones de dependencia propuesta por Cardoso y Faletto (1972: 50-52), la economía de enclave se refiere a una situación donde el sector exportador minero o agrícola se halla controlado por el capital extranjero con débiles oligarquías nacionales y un Estado que negocia la renta. La economía de enclave tiene débiles lazos con la economía local y las ganancias fluyen hacia los centros metropolitanos. Este no era el caso del Ecuador, que si bien tenía empresas transnacionales instaladas marginalmente en la minería y en mayor magnitud en la agricultura, estas carecían del dominio sobre la economía que correspondía más bien a lo que Cardoso y Faletto (1972: 42-46) designaron como economías con control nacional de la producción donde las elites agroexportadoras poseían el control de la vinculación hacia el mercado mundial. De allí que una transnacional bananera como la United Fruit haya tenido que realizar arduas negociaciones con el Estado ecuatoriano y enfrentarse a conflictos con trabajadores y campesinos.

La historia de Tenguel ha sido relatada por Steve Striffler en su libro *In the Shadows of State and Capital* (2002), donde realiza un recorrido desde la implantación de la United Fruit en la costa sur ecuatoriana, los conflictos con los campesinos externos a la

hacienda, la organización sindical de los trabajadores y la crisis productiva a fines de la década de 1950 que culminó en la desintegración de la propiedad después de 1962. Y finalmente, la transformación del sector bananero de la costa sur por medio de la agricultura de contrato con posterioridad a 1970 cuando la producción dejó de ser hecha directamente por las transnacionales bananeras.

La instalación de la United Fruit en el Ecuador estuvo precedida por una disputa con otros capitales transnacionales y el mal de Panamá que afectó a sus plantaciones en América Central. Es importante considerar que el Estado ecuatoriano se convirtió en un terreno de disputa en torno a los intereses que implicaba el establecimiento de la transnacional bananera en la década de 1930. La extensión nominal de Tenguel era de 100.000 hectáreas, pero la United Fruit devolvió al Estado ecuatoriano 80.000 hectáreas montañosas. Si bien el dominio efectivo de la hacienda comprendía 22.000 hectáreas, hacia 1934 el periódico *Lucha popular* de Milagro, sostenía que la United Fruit pretendía expandirse más allá de su dominio territorial y advertía sobre los hechos de violencia que la compañía norteamericana había protagonizado en Colombia.⁴⁸⁶ Comparativamente, el tamaño de Tenguel podría haber sido equivalente a las más grandes haciendas de la sierra ecuatoriana que nominalmente eran muy extensas pero con limitadas superficies de cultivo.

El centro poblado donde funcionaba Tenguel tenía una iglesia, viviendas para los empleados administrativos y los trabajadores, un hospital, cines y tiendas para abastecimiento de alimentos; un ferrocarril interno comunicaba las distintas secciones de la hacienda con un puerto. A fines de la década de 1940 empleaba alrededor de 2.000 trabajadores, una parte de ellos fue reclutada fuera de la zona, junto a empleados administrativos, técnicos y profesionales. A mediados de los años cincuenta y en los períodos de mayor actividad empleaba a cerca de 3.500 trabajadores. En el contrato colectivo suscrito en 1959, figuran alrededor de 1.200 trabajadores. Entre 1930 y 1960, la hacienda Tenguel articuló y dinamizó mercados regionales y redes de transporte, lo que cuestiona la imagen tradicional de los enclaves como circuitos cerrados y carentes

⁴⁸⁶ Coronel (2011: 900). En 1928 se produjo una masacre a los trabajadores de la United Fruit en la región de Santa Marta en la costa atlántica colombiana que tuvo amplia repercusión y aparece novelada en *Cien años de soledad*. Véase LeGrand (1983: 243-244).

de conexiones con el exterior. Cuando el banano se convirtió en los años cincuenta en un rubro dominante de las exportaciones agrícolas, la producción de Tenguel representaba el 5% de las exportaciones bananeras ecuatorianas.

Los trabajadores de la United Fruit ganaban buenos salarios pero la empresa ponía mucho empeño en vigilar la posibilidad de que éstos pudieran formar organizaciones laborales. Además, la hacienda tenía una policía privada, mientras que la policía nacional se encontraba en Balao, en los límites de la propiedad. El pago de altos salarios y la oferta de bienes de consumo a bajos precios en sus almacenes, parece haber sido una respuesta a la posible intervención estatal y dar un trato diferente al que se ofrecía a los trabajadores de las plantaciones bananeras centroamericanas. Los modos de sociabilidad del personal tales como clubes separados para empleados administrativos, trabajadores especializados y trabajadores agrícolas también eran fomentados por la administración de la empresa. El establecimiento de los trabajadores con sus familias completaba el cuadro de Tenguel como un centro poblado administrado al margen de la presencia estatal. En suma, la clásica imagen de un “company town”. Sin embargo, una visita del Subdirector del Trabajo del Litoral en 1954 encontró que las condiciones de vivienda de los trabajadores eran penosas: “ha constatado que en dicha Hacienda hay más de 1.000 trabajadores que viven en la miseria y que las viviendas están tan viejas y destruidas, que muchas están en el suelo....”⁴⁸⁷

Ante la posibilidad de que surja una organización laboral, la empresa creó una organización proclive a ella. El desarrollo del sindicalismo y la legislación laboral en las décadas de 1930 y 1940 constituían amenazas para una empresa de capital norteamericano que tenía una alta concentración de trabajadores. El sindicato controlado por la empresa funcionó hasta fines de los años cincuenta cuando empezaron los despidos a consecuencia del mal de Panamá que afectó los cultivos. En una nueva situación con la restricción de los servicios y el deterioro de las condiciones laborales, se hicieron presentes la Federación Provincial de Trabajadores del Guayas y los abogados del Partido Comunista. Se debe mencionar que la United Fruit tenía una preocupación por neutralizar la existencia de sindicatos vinculados a la izquierda en América Latina y había entrenado en Puerto Rico a dirigentes sindicales ayudado por el

⁴⁸⁷ *El Universo*, 30 de agosto de 1954.

Punto IV con la finalidad de tener organizaciones laborales que cooperen con la transnacional.⁴⁸⁸

La coyuntura de la revolución cubana en 1959 y la elección de Velasco Ibarra en 1960 crearon un entorno favorable a la reivindicación y demanda de reforma agraria y la crítica a la United Fruit. Precisamente, en la campaña electoral de 1960, el contendor de Velasco Ibarra fue Galo Plaza, quien había escrito junto a Stacy May *The United Fruit in Latin America*, un libro favorable a la empresa. En marzo de 1962, la hacienda fue invadida por los trabajadores, un hecho de amplia repercusión que fue registrado en unas crónicas de la periodista alemana Lilo Linke.

Aunque la hacienda pretendía tener claros sus límites territoriales, existían zonas ocupadas por campesinos que cuestionaban la propiedad. Estos fueron los casos de la comuna Mollepongo y la Colonia Agrícola Shumiral. La comuna Mollepongo disputaba 2.000 hectáreas y fue un largo conflicto entre fines de los años treinta y mediados de los años cincuenta. Este conflicto evidenció la naturaleza fragmentaria del Estado puesto que los campesinos de Mollepongo tuvieron la capacidad de crear vínculos con funcionarios estatales que estaban a su favor y en contra de la transnacional. Como postula Striffler (2002: 79): “Es la naturaleza de la presencia del Estado, no su ausencia, lo que necesita explicación”. De modo que la penetración del capital extranjero siempre tuvo que toparse con el carácter contradictorio de las instituciones estatales. La comuna de Mollepongo contó con la ayuda del Teniente Político de Balao y el apoyo de funcionarios del Ministerio de Previsión Social en circunstancias difíciles; y en su disputa obtuvieron finalmente 3.000 hectáreas que fueron legalizadas en 1955. El caso de Shumiral era diferente, se trataba de ex trabajadores de Tenguel que habían ocupado una sección del noreste de la hacienda cerca de las estribaciones de la cordillera. El litigio de los campesinos de Shumiral iniciado en 1955 concluyó en 1960 cuando la

⁴⁸⁸ Sobre la United Fruit y el sindicalismo, dicen May y Plaza (1959:226) que “Algunos de los mejor informados y más expertos en organizaciones laborales tienen orientación comunista y han recibido su adiestramiento tras la cortina de hierro. Estos si saben cómo reorganizar y dirigir un sindicato, como “negociar” y hacer propaganda, entre sus simpatizadores contra los Estados Unidos y la United Fruit Company como símbolos del “capitalismo”. Aún muchos de los dirigentes no comunistas se encuentran todavía dominados por las anticuadas normas europeas, de que las relaciones obrero patronales solo pueden caracterizarse por sus constantes dificultades y conflictos”.

United Fruit aceptó vender 2.500 hectáreas a un precio simbólico (Stiffler: 90-92). Esta contienda se fundamentó en que las tierras marginales de Tenguel eran terrenos baldíos. Los casos de Mollepongo y Shumiral podrían ser asimilados al “asedio externo” que Rafael Baraona propuso en el estudio CIDA de las haciendas de la sierra ecuatoriana.

El éxito de los campesinos de Shumiral fue un estímulo a la demanda de tierras de los trabajadores de Tenguel en momentos de disputa por la reforma agraria. El gobierno declaró terrenos de utilidad pública a Tenguel y Pagua en junio de 1962, con una extensión de 27.650 has., pero no se incluyeron las tierras de San Rafael y Buena Vista. Con la aplicación de la Ley de Reforma Agraria en 1964, Tenguel fue uno de los proyectos emblemáticos de intervención del IERAC. Aunque una parte de la hacienda fue entregada a los ex trabajadores, grandes extensiones se vendieron a terratenientes y capitalistas. La United Fruit patrocinó algunas cooperativas rivales de la cooperativa “Juan Quirumbay” que representaba la continuidad de los trabajadores sindicalizados, en un ambiente de control y represión militar.

B) El sindicalismo en las bananeras

Si bien la actividad sindical empieza en 1944 con la organización de un sindicato en la plantación Tenguel de la United Fruit, bajo la dirección de un “comerciante socialista” según Plaza y May (1959: 221), la primera huelga ocurrió en la provincia de Esmeraldas en Mayo del año de 1955, en una de las plantaciones de la Fruit Trading de Esmeraldas, que tenía aproximadamente 7 mil has. de banano en las Haciendas San José, Timbre, Río Blanco y Cole.

En 1954 se constituyó la Federación de Trabajadores Agrícolas del Litoral –FTAL-, que se propuso impulsar la organización de los sindicatos agrícolas. Una sección de la FTAL era la Federación de Trabajadores Agrícolas de Esmeraldas que intentó aglutinar tanto a los sindicatos de trabajadores como a los pequeños productores que tenían conflictos con la Fruit Trading. Esto es explicable en el caso de Esmeraldas en la medida de que una parte de los pequeños productores eran también asalariados en las plantaciones. La Fruit Trading pertenecía al empresario sueco Folke Anderson quien hizo una hábil política de obras públicas y beneficencia en la ciudad de Esmeraldas.

Cuando se fundó en abril de 1956 un sindicato en la hacienda San José de Quinindé, una de las propiedades de Astral, nombre con el que también era conocida la Fruit Trading, fueron despedidos 400 trabajadores como represalia, para impedir que la organización gremial se expanda a las demás haciendas.⁴⁸⁹ Pero ya en 1957, estaban constituidos los sindicatos de las haciendas, Timbre, Cole y Río Blanco, y a mediados de ese año se denunció que los salarios se pagaban con retraso y se había apresado a 7 trabajadores acusados de complotar contra el gobierno. En ese mismo año, en la provincia de Los Ríos una huelga de 200 obreros agrícolas de la Hacienda La Carmela que duró 20 días conquistó S/. 3 diarios de aumento salarial, reconocimiento del sindicato y el pago de salarios por los días de huelga.⁴⁹⁰

La organización y los conflictos en las plantaciones bananeras tendieron a incrementarse desde 1958, pero las respuestas de las empresas bananeras eran particularmente duras. En la Hacienda Soledad de propiedad de “Plantaciones Ecuatorianas”, en Balao, cuando fueron despedidos 12 trabajadores a comienzos de año, se presentó un pliego de peticiones en febrero, donde se demandaba el reingreso de los despedidos, pago de semana integral, días feriados, vacaciones, fondos de reserva, alza de salarios de S/. 5 para los de “diario” y aumentos proporcionales para los trabajadores a destajo, otras reivindicaciones incluían el comercio libre en la hacienda y la instalación del Comisariato.⁴⁹¹ Ante la negativa de los empleadores, la respuesta de los trabajadores fue la huelga declarada el 8 de mayo. Según los administradores de la hacienda, la huelga fue “sin previa notificación al patrono ni a las autoridades de trabajo”. Y se afirmó que

“(…) un grupo numeroso de trabajadores de la hacienda Soledad, respaldados por elementos extraños a la Compañía e instigados por agitadores de oficio, que clandestinamente se habían introducido en los terrenos de dicha hacienda, se lanzaron violentamente al paro de las actividades agrícolas, volcando los carros de banano listo para el embarque, ocupando las dependencias de la compañía, secuestrando al Gerente impidiéndole el ejercicio de su autoridad legítima y

⁴⁸⁹ *El Pueblo*, No. 179. 26 de mayo de 1956.

⁴⁹⁰ *El Pueblo*, No. 204. 6 de mayo de 1957.

⁴⁹¹ *El Comercio*, 1 de julio de 1958.

profiriendo amenazas de muerte contra los personeros de Plantaciones ecuatorianas S.A., ocasionándonos una pérdida que asciende hasta el momento a un cifra mucho mayor de un millón de sucres....”⁴⁹²

La empresa pidió 100 vistos buenos y con el apoyo de la policía fueron detenidos y embarcados 150 trabajadores en una lancha hacia Guayaquil, luego de que la huelga fue quebrada. Esta huelga fue la única intervención de la CEDOC en la costa que en ese momento hacía esfuerzos por implantarse entre los estibadores de frutas, y por captar el SUTEF (Sindicato Único de Trabajadores de Embarque de Frutas).

En 1959 se presentaron dos conflictos en las plantaciones, el de la Hacienda Monserrate de Balzar y la Hacienda San Antonio del Delta de Quevedo. La huelga de la Hacienda Monserrate originado en el despido de 48 trabajadores, tuvo un largo trámite, hasta llegar a la segunda instancia.⁴⁹³ La huelga en la Hacienda San Antonio del Delta, de propiedad extranjera, transcurrió de noviembre de 1959 a abril de 1960. Esta huelga contó con el apoyo de sectores urbanos, como el sindicato de Aseo de Calles de Guayaquil que organizó una acción de solidaridad, rompiendo el cerco que la policía había tendido sobre la huelga.⁴⁹⁴

Luego de la huelga de la Hacienda Monserrate, los trabajadores se encontraron con el sistema de contratistas, con el que la empresa eludía las obligaciones laborales y debilitaba el sindicato. Es significativo que en esta hacienda se haya constituido en abril de 1960 un Comité Electoral llamado “Reforma Agraria” para auspiciar las candidaturas de Parra-Carrión en las elecciones de ese año, que representaban a la Unión Democrática Nacional Conservadora constituida por el Partido Comunista, el Partido Socialista y una parte del CFP. Frente a la Hacienda Monserrate se encontraba la hacienda “Coffea Robusta” de Nelson Rockefeller, donde se mantenía especial vigilancia a los trabajadores, y el sindicato que allí existía, fue destruido.⁴⁹⁵

⁴⁹² *La Nación*, 2 de julio de 1958.

⁴⁹³ *La Nación*, 20 de julio de 1958.

⁴⁹⁴ Saad (1971: 411).

⁴⁹⁵ *El Pueblo*, No. 242, 16 de junio de 1960.

El 24 de Enero de 1960, Sergio Molina, un organizador y dirigente sindical del Partido Comunista fue asesinado cuando se encontraba en la Hacienda Guayacán de Quevedo, apoyando un pliego de peticiones de los trabajadores de la hacienda. Su asesinato ocurrió en un camino de la hacienda por una banda contratada por la empresa.⁴⁹⁶ Esta banda antes había expulsado por la fuerza a un grupo de trabajadores que conformaron un sindicato en la Hacienda “El Vergel” de la misma zona. Sergio Molina también había tenido un vínculo con la organización de los trabajadores bananeros de Esmeraldas.

En la Hacienda “San Antonio del Delta” se constituyó en abril de 1960 un Comité de Defensa de los Derechos de los trabajadores, para desplegar labores de solidaridad, presentar denuncias de tierras baldías en la zona de Quevedo, formar una colonia agrícola para obtener tierras, desarrollar una amplia labor de propaganda por la Reforma Agraria y la expulsión de las empresas extranjeras como PATE, que era un consorcio propietario de algunas haciendas en la zona. Otro objetivo que se planteó este Comité fue el organizar sindicatos y participar en la campaña electoral de 1960.⁴⁹⁷ El líder del Sindicato de San Antonio del Delta fue Luis Castro Villamar, un dirigente campesino militante del PCE quien también fue presidente de la FTAL en 1960-1961; y más tarde se desempeñó como dirigente de la ACAE (Asociación de Cooperativas Agrícolas del Ecuador). Castro Villamar también dirigió la huelga de Tenguel, en 1962 que forzó a la compañía a vender la propiedad al gobierno ecuatoriano.⁴⁹⁸

La participación de la FTAL no aparece mencionada en las acciones de los asalariados agrícolas en la segunda mitad de los años cincuenta, aunque es evidente la participación de la Federación Provincial de Trabajadores del Guayas de la CTE, que asumió la organización y dirección de las luchas de los asalariados agrícolas y de otros sectores campesinos. El apoyo de Velasco para la Reforma Agraria durante la campaña fue un signo para que el PCE incrementase sus presiones contra los propietarios de tierras. El 10 de Agosto de 1960, se reunió un congreso de la FTAL en Milagro que serviría para articular la creciente movilización. Otros dirigentes que eran miembros del PCE de

⁴⁹⁶ *El Pueblo*, No. 232, 6 de febrero de 1960.

⁴⁹⁷ *El Pueblo*, No. 242, 16 de abril de 1960.

⁴⁹⁸ Uggen (1975: 169).

Milagro fueron Serapio Arcaya y Antenor Aguilera. Albino Mosquera fue nombrado Secretario de Finanzas.

Entre junio y octubre de 1960 en las provincias del Guayas y Los Ríos se constituyeron organizaciones de diverso tipo: sindicatos en la hacienda “Pichilingue”, “Payo” y “Florida”, de las Asociaciones de finqueros de “Villanueva” y “Aguacatal” de Arriba”, la Asociación de campesinos de la Hacienda “María Isabel”, la Asociación de Desmonteros de Balzar, y la Colonia Agrícola Corina de Parral Velasco Ibarra.⁴⁹⁹

Un panorama parcial de los conflictos colectivos agrícolas en la costa entre 1959 y 1962, indica que el momento más conflictivo ocurre entre mayo de 1961 y abril de 1962 concentrado en la provincia del Guayas.

Tabla 17
Conflictos colectivos agrícolas en la costa (1959-1962)

PROVINCIA	MAYO 59 - MAYO 60	SEPT. 60 - ABRIL 61	MAYO 61 - ABRIL 62
Esmeraldas	--	2	1
Guayas	1	7	10
Los Ríos	--	--	1
TOTAL	1	9	12

Fuente: Ministerio de Previsión Social y Trabajo. *Informe 1960*. y *Rev. IDTIS*, III. 6, 1963. pp. 89-90.

En la información del Ministerio de Trabajo no constan los conflictos de Monserrate y Guayacanes entre 1959 y 1960, y así mismo, el registro del número de conflictos en Guayas, incluye los ocurridos en Los Ríos, puesto que estos conflictos se tramitaban en Guayas, por lo menos así ocurrió con aquellos que se desarrollaron en la zona de Quevedo.

Entre septiembre de 1960 y abril de 1961 se presentan conflictos en “Tenguel”, “Guayacanes”, “Monserrate”, “Sonia María”, “La Florida”, “Clementina” y “Balao Chico”.

⁴⁹⁹ *El Pueblo*, No. 256, 10 de septiembre de 1960.

La conformación de un Comité Especial era el principal instrumento organizativo para presentar las demandas. La dureza con la que se respondía a los conflictos, se reflejaba tanto en el desacato a las actas transaccionales por parte de los patronos, como en las sentencias por las que los trabajadores no obtenían ninguna conquista luego de la huelga.

Así, en la Hacienda La Florida de la Compañía Frutera Sudamericana, en febrero de 1961, los trabajadores reclamaban el cumplimiento del Acta Transaccional ya que el patrono pagaba solo el 50% de los salarios a trabajadores menores de edad.⁵⁰⁰ Una sentencia de segunda instancia en la Hacienda Soledad de Marzo de 1962, señalaba que los trabajadores no ganarían ningún aumento de salarios, ya que se aceptaba el argumento de Plantaciones Ecuatorianas S.A. de incapacidad económica, aunque se determina la huelga legal, mientras que la sentencia de primera instancia había declarado la huelga ilegal y también había negado el aumento de salarios.⁵⁰¹

El ascenso de Arosemena al poder a fines de 1961, con el apoyo de las organizaciones gremiales agrupadas en la CTE, la FTAL y la FEI, no fue revertido en medidas que protegieran la actividad sindical en las plantaciones bananeras.

Así, entre 1962 y 1963, más bien se advierte una tendencia a eliminar por la fuerza la actividad sindical, y, los mecanismos de conciliación y arbitraje, son dejados de lado por los patronos, prevaleciendo las medidas de fuerza. Era también una situación de baja de los precios en el mercado mundial y el desplazamiento del banano ecuatoriano del mercado norteamericano por el reingreso de la producción centroamericana.

En 1962 las medidas de fuerza van desde la utilización de “patronales”,⁵⁰² es decir de trabajadores captados por los propietarios para oponerse a los sindicatos; las prisiones y la utilización de represión para bloquear la organización sindical y posibles conflictos.

⁵⁰⁰ *El Pueblo*, No. 275, 25 de febrero de 1961.

⁵⁰¹ Gaibor (1963: 45-46).

⁵⁰² En otros países esto ha sido denominado “esquirolaje” y los trabajadores comprendidos dentro de esta denominación, son los “esquiroleros”.

Tres eventos de diverso contenido reivindicativo en empresas de capital extranjero fueron las más importantes en 1962. Se trata de la Hacienda “San Juan” de Cotopaxi, una provincia serrana, pero donde su superficie territorial está colindando con Los Ríos; Tenguel, la plantación más grande del Ecuador, propiedad de la United Fruit en Guayas, y la Hacienda Timbre de la Astral (Fruit Trading) de Esmeraldas.

En la hacienda “Tenguel” se venía produciendo una situación conflictiva por la decisión de la United Fruit de abandonar el país, en tanto la producción tendía a la baja, desde los últimos años de la década de 1950, cuando la plantación fue acometida por plagas, especialmente el “mal de Panamá”. En 1959 prácticamente toda la plantación estaba atacada por la enfermedad, lo que provocó una brutal caída de la producción; entre enero de 1959 y septiembre de 1960, la producción pasó de 122.478 a 37.198 racimos de banano por mes. Esto repercutía en el despido de trabajadores. De 1955 a 1960 la Compañía despidió a 1.181 trabajadores.⁵⁰³ Un pliego de peticiones presentado a fines de la década del 50, ya había planteado la entrega de la hacienda a los trabajadores.⁵⁰⁴

La United Fruit operaba en el país como Compañía Bananera el Ecuador y Compañía Agrícola del Guayas, bajo esta última denominación abandonó prácticamente el Ecuador hacia 1961. El hecho que se haya arrendado la hacienda a varios grandes propietarios, y las inminentes ventas parciales a plantadores bananeros, determinó que los trabajadores de Tenguel se tomen la hacienda el 27 de Marzo, lo que obligó al Presidente Arosemena a posesionarse de la hacienda y dictar luego un Decreto de expropiación.⁵⁰⁵ Los miembros del sindicato formaron la Cooperativa “Juan Quirumbay” y controlaban la mayor parte de la hacienda, mientras que 66 ex empleados y ex trabajadores formaron la cooperativa “Gala”, quienes tomaron en arriendo 3.000 hectáreas de las 30.000 que disponía Tenguel, mientras que otra parte, los Departamentos “San Rafael” y “Buena Vista” eran pretendidos por importantes y acomodados guayaquileños.⁵⁰⁶ En los años posteriores a 1962, Tenguel vivirá una historia conflictiva por los intereses contradictorios que se presentaron cuando la United Fruit abandonó el país.

⁵⁰³ Uggen (1975: 147-148).

⁵⁰⁴ Entrevista a Froilán Asanza, marzo de 1979, Quito.

⁵⁰⁵ *El Pueblo*, No. 320, 29 de septiembre de 1962.

⁵⁰⁶ Lilo Linke, Artículos sobre Tenguel en *El Comercio*, 3,6 y 7 de agosto de 1962.

En la provincia de Esmeraldas se daba un creciente deterioro de la producción y se reducían las superficies sembradas de banano, lo que repercutía en el despido de trabajadores. Esta situación impulsa una huelga en la Hacienda “Timbre” en agosto, la misma que se termina con la introducción de trabajadores “patronales”, y la prisión de Víctor Zúñiga, Presidente de la CTE y el abogado defensor de los trabajadores.⁵⁰⁷

El Sindicato de la Hacienda San Juan de la Maná en la provincia de Cotopaxi fue organizado entre los meses de abril y mayo de 1962, y su origen fue los despidos de varios trabajadores. El pliego de peticiones incluía alzas de salarios para los trabajadores a diario y a destajo, estabilidad de 4 años, supresión de despidos intempestivos, transporte, etcétera.⁵⁰⁸ Participó en la dirección de este conflicto el Dr. Carlos Rodríguez, quien también era dirigente de la Federación Ecuatoriana de Indios.

La huelga fue declarada el 2 de agosto y la Corporación Agrícola San Juan, propietaria de la plantación, argumentó que la pista de aterrizaje y los caminos internos habían sido bloqueados. A mediados de agosto, la empresa a través de un grupo de “patronales”, aproximadamente 100, denunció que había una huelga ficticia y pedía que una dotación de policías les permita reiniciar el trabajo.⁵⁰⁹ El Ministro de Trabajo ya en el mes de octubre autorizó cortar el banano, con el visible intento de terminar la huelga, y en noviembre, cuando la huelga ya duraba tres meses, los trabajadores controlados por la empresa esperaban la normalización de las labores.

Entre 1962 y 1963, se evidencia alguna extensión de la actividad de organización sindical. Se constituyó en 1962, el primer sindicato en la provincia de El Oro, en la Hacienda “El Guabo”,⁵¹⁰ luego, en 1963 se instauran los sindicatos en la Hacienda Guarumal en Los Ríos; también en la Hacienda CAFI entre Santo Domingo y Quevedo.

⁵⁰⁷ *El Comercio*, 9 de agosto de 1962.

⁵⁰⁸ *El Pueblo*, No. 315, 12-V-62.

⁵⁰⁹ *El Comercio*, 15 de agosto de 1962.

⁵¹⁰ *Entrevista Froilan Asanza*, 1979.

En 1963, se realizaron las huelgas de las Haciendas Vista Alegre y Mapán, en circunstancias de un sensible aumento de la represión en las postrimerías del Gobierno de Arosemena Monroy.

De los eventos presentados, se puede afirmar que hay una relación directa entre el grado de organización sindical y la conflictividad. Lo que se revela en que los contratos colectivos no se expandieron significativamente en las zonas bananeras, mostrando un débil grado de organización en las empresas bananeras y agroindustriales. Los contratos colectivos suscritos hasta 1962, se firmaron en cinco empresas de la provincia del Guayas. Tres correspondían a empresas azucareras y dos a contratos suscritos con la Compañía Bananera del Ecuador, es decir con la United Fruit. Es sorprendente que el Comité de Empresa del Ingenio San Carlos apenas represente a 760 trabajadores sobre un total de 4.100 en el contrato colectivo suscrito en 1953. Esta baja representatividad de la organización laboral es la que causó la huelga de los trabajadores de campo del ingenio en 1962.

Tabla 18

Contratos colectivos en empresas agrícolas y agroindustriales de Guayas

EMPRESA	NO. TRABAJADORES	ASOCIACIÓN	NO. TRABAJADORES	FECHA
Grace y Cía S.A Comercial	167	Comité de Empresa Ingenio Rocafuerte	---	30/10/46*
Soc. Agrícola e Industrial San Carlos	4.100	Comité de Empresa	760	18/12/1953
Cía. Bananera del Ecuador	1.207	Sindicato Agrícola "Tenguel"	773	27/08/1959
Cía. Azucarera Valdez	1.100	Comité de Empresa	842	13/04/1961
Cía. Bananera del Ecuador	180	Sindicato de Trabajadores	148	01/03/1962

* Corresponde a la fecha del último contrato suscrito hasta 1962

FUENTE: Elaborado en base a la *Revista IDTIS*, II, 5, 1962. p. 74.

La acción colectiva rural que transcurrió en la costa, se desarrolló en un ambiente de desarrollo capitalista predominante que había permitido la formación de organizaciones laborales en ingenios azucareros y haciendas bananeras con un relativo impacto y capacidad de negociación. El mercado de trabajo con la presencia de modalidades de intermediación en la contratación laboral había sido un obstáculo para la formación de sindicatos. No menos importantes fueron los mecanismos de violencia directa para evitar la sindicalización. A la separación entre trabajadores permanentes y temporales se unían las tensiones étnicas que impedían lazos de solidaridad horizontales. Entre los campesinos finqueros que utilizaron organizaciones sindicales, sus mecanismos de acción fueron relativamente eficaces en mantener una capacidad de negociación y resistencia por su posesión de la tierra con un grado de control sobre su producción y vinculación mercantil.

La instalación de la Junta Militar en 1963, significó el cierre de la organización sindical en las plantaciones bananeras. Se neutralizaba una amenaza a las compañías extranjeras, sobre todo en la medida que la sindicalización se instalaba preferentemente en las plantaciones de propiedad del capital extranjero. Y se había hecho presente, aunque no de forma generalizada, la tierra, que también era una reivindicación latente de los asalariados agrícolas, algo que emergerá más claramente con las demandas por acceso a la tierra, la eliminación de relaciones de trabajo no capitalistas y la aplicación de la Ley de reforma agraria de 1964.

CONCLUSIONES

El conocimiento de la acción colectiva campesina en un pasado relativamente distante se convierte en un ejercicio tendiente a la elaboración de puntos de referencia para una memoria histórica. El historiador tiene ante sí los resultados de procesos que parecerían haber estado predeterminados. Pero los sujetos que participaron en esos procesos vivieron los hechos como situaciones cargadas de expectativas donde estaban en juego posiciones de poder, creencias e ideologías. La distancia que da la perspectiva temporal implica el punto de vista particular de quien observa desde el presente acontecimientos del pasado cuyos resultados ya se conocen, pero cuya interpretación carece de unanimidad. Más que eso, un conocimiento insuficiente del pasado se traduce frecuentemente en afirmaciones carentes de sustento. Al tratar de dar inteligibilidad a hechos del pasado que eran inconexos y fragmentarios, el relato historiográfico crea una articulación donde el tiempo histórico define la duración de eventos y procesos. Está siempre presente el riesgo de sobredimensionar eventos y producir relatos heroicos o suplantar los hechos por afirmaciones teóricas o políticas.

Esta tesis estuvo originada en una constatación: la reforma agraria de 1964 no produjo una reestructuración radical de la tenencia de la tierra y tuvo una continuidad con anteriores políticas de colonización. El hecho fue que las elites terratenientes estuvieron en capacidad de sortear los conflictos rurales y optaron por una modernización que implicó afectar áreas residuales de las grandes propiedades rurales. La acción colectiva campesina tenía una capacidad limitada de confrontación y sus objetivos buscaban mayormente la negociación que estaba condicionada por la intervención estatal que había logrado institucionalizar los conflictos rurales desde fines de la década de 1930 con una declinación de los mecanismos de represión estatal.

El análisis de la coyuntura 1960-1964 se sitúa en ese momento decisivo cuando el debate y la lucha política se dirimieron en torno a una transformación agraria. Las concepciones sobre la reforma agraria tal como se había manifestado desde mediados del siglo XX en el Ecuador mostraban la recepción de argumentos que se encontraban en la discusión internacional. La alusión al debate Barsky-Guerrero sobre las vías de transformación agraria de la sierra ecuatoriana permitió situar los ejes de una antigua

polémica relacionada con el papel de las elites terratenientes y la acción colectiva campesina. Al exponer con detenimiento la coyuntura política que desembocó en la dictadura militar de 1963, las referencias a la acción colectiva campesina en aquella coyuntura solo fueron indicativas puesto que el análisis cuidadoso de los distintos tipos de conflictos rurales con sus características, alcances y limitaciones los ubicó en un período de mediana duración comprendido entre 1920 y 1965. Se realizó un análisis detallado de los conflictos al interior de las haciendas, la configuración conflictiva de la comunidad campesina, los procesos de violencia en la década de 1950, las tramas del poder local rural y la acción colectiva entre trabajadores y campesinos de la costa. Todas estas dinámicas anteriores a la reforma agraria de 1964 evidenciaban un tipo de acción colectiva conducida parcialmente por el sindicalismo rural. La cuestión básica está relacionada con las transformaciones del Estado posteriores a 1925 cuando aparecieron mecanismos de integración social y de institucionalización del conflicto después de 1938.

Para comprender la acción conflictiva rural se siguió las nociones de asedio interno y asedio externo que fueron formuladas en el clásico estudio CIDA (1965). El asedio interno como disputa de recursos dentro de las haciendas y el asedio externo como pugna entre las haciendas y sujetos externos. Estas nociones que permiten entender la base de la acción conflictual reivindicativa de los huasipungueros en el agro serrano canalizada por el sindicalismo en las haciendas como asedio interno, y la acción conflictual reivindicativa de las comunidades campesinas e indígenas ante las haciendas como asedio externo, han sido muy útiles para entender los conflictos internos y externos de las haciendas serranas.

El contenido de las demandas de los huasipungueros desde la década de 1930 hasta comienzos de 1960 estuvo centrado en un mejoramiento de las condiciones laborales y se consolidó con la expedición del Código del Trabajo en 1938 y la fundación de la FEI en 1944. La trayectoria de la acción sindical conducida por la FEI fue intermitente durante la década de 1950 y se abrió un ciclo de movilización más intenso entre 1958 y 1963 vinculado a una mayor articulación con el Partido Comunista y una expansión de las bases organizativas en la sierra que rebasó su tradicional base organizativa en las haciendas de la Asistencia Pública. La evolución de las demandas y los repertorios de

acción colectiva permiten encontrar una continuidad entre el inicio de las formas de protesta que comenzaron en la década de 1930 que utilizó la huelga como mecanismo de presión y negociación, pero crecientemente insertos en los procedimientos de institucionalización que proveyó la legislación laboral desde 1938. La intervención del sindicalismo católico articulado por la CEDOC fue de menor magnitud puesto que sus redes organizativas dependían de la actitud y apoyo de la Iglesia Católica.

El análisis de las comunidades indígenas partió de la problemática de la construcción legal de sus relaciones con el Estado en el siglo XIX, donde el hecho central fue una lenta erosión del estatuto colonial de los grupos étnicos. En una primera etapa desde 1828 hasta 1857, cuando rigió el tributo colonial, se conservó un sistema modificado de autoridades étnicas. Se trataba de una situación contradictoria, en tanto sobrevivían los conceptos de derecho colonial, superpuestos a una nueva legislación civil. En cuanto el sistema de tributo también garantizaba los derechos de acceso colectivo a tierras comunales, esta legislación que alteraba el régimen de posesión de tierras comunales, no tuvo efectos considerables. En 1854, se suprimieron los Protectores de indígenas, y con la eliminación del tributo en 1857, se derogaron los privilegios y exenciones legales de los indígenas, quedando seriamente vulnerado el sistema de autoridades étnicas de origen colonial.

En la segunda mitad del siglo XIX, se evidenció una situación de desprotección, con la sujeción a la legislación civil y sus procedimientos que se sobrepusieron a los derechos de tradición colonial sobre las tierras comunales. Sin embargo, los conflictos permitieron establecer un límite a la expansión de las haciendas y emergieron formas de reconocimiento ad-hoc de las comunidades en los niveles locales de justicia. El período liberal (1895-1925), puso en crisis la política estatal de desprotección, y esbozó un nuevo ciclo de protección al permitir el mayor acceso de los indígenas a las instancias estatales, pero se desataron intensos conflictos que estaban represados en los niveles locales de poder. Sobre todo, el ciclo de rebeliones locales entre 1916 y 1930 puso en evidencia un fuerte antagonismo de las colectividades indígenas frente al Estado. Así mismo, surgieron los idearios indigenistas como una derivación parcial del liberalismo. Después de 1925, se afirma la tendencia proteccionista de la comunidad campesino/indígena, con la intervención del Estado que culmina en la legislación de

comunas de 1937, que además de insertar a las comunidades en la división político administrativa, establece un modo centralizado de procesamiento de los conflictos. La legislación sobre comunidades plantea una concepción protectora de la organización comunal, e incorpora al ordenamiento jurídico-administrativo estatal a la población indígena de la Sierra y a otras poblaciones rurales de todas las regiones. Con esto concluía un largo período en el cual la comunidad indígena había sido sometida a presiones de desestructuración por parte del Estado, y se consolidó una etapa protectora de la comunidad. El espacio de las comunidades campesinas e indígenas se afianzó después de 1937 con una tendencia a una reducción de los conflictos en la década de 1950. A comienzos de la década de 1960 la conflictividad comunal tenía menor importancia frente a los conflictos de tipo laboral que se habían incrementado notablemente en la sierra. Toda la proyección política y organizativa que podía haber tenido la acción colectiva desde la esfera de las comunidades indígenas fue en muy raras ocasiones conducidas por la FEI o la CEDOC. Históricamente las relaciones entre indígenas y Estado se definieron en las tramas de los poderes locales donde se requería la presencia de intermediarios en las negociaciones. Estos fueron los tinterillos después de 1854 cuando se suprimió el llamado Protector de indios, una institución colonial. Se trata de una figura que apareció insistentemente como mediador entre los indígenas y el Estado hasta muy entrado el siglo XX, pero que fue reemplazado por los abogados que tenían mayor eficacia en manejo de las relaciones con el Estado central.

Las movilizaciones y procesos de organización de los trabajadores rurales y comunidades campesinas en la sierra ecuatoriana habían transcurrido bajo cauces de negociación donde la violencia tendió a perder terreno después de la década de 1930. Los conflictos de trabajo tenían ya una relativa institucionalización enmarcada por la legislación laboral mientras que los conflictos comunales estaban regulados por la Ley de Comunas. Todos estos conflictos se encontraban bajo la jurisdicción del Ministerio de Previsión Social. En este marco donde ya la represión directa había dejado de ser el principal medio de control de la conflictividad, es relevante preguntarse sobre la producción y el modo de resolución de algunos conflictos rurales que tuvieron un desenlace violento. Tomando a la prensa y otros medios impresos como una fuente donde aparecieron datos y comentarios sobre este tipo de conflictos, se problematizó del tema de la opinión pública y la violencia y se examinaron cuatro casos que

concluyeron en represión violenta durante la década de 1950: un conflicto entre una hacienda (Leito) y unas comunidades (1952); dos conflictos en haciendas: La Merced (1953) y Guachalá (1954); y otro, entre una comunidad indígena y el Municipio de Otavalo en San Pablo del Lago en 1959.

De acuerdo al contexto general y las coyunturas específicas en las que se produjeron los conflictos considerando su causalidad y la lógica de la violencia privada y estatal, se puede establecer que existe un elemento común en la perspectiva de cómo estos eventos fueron interpretados en la opinión editorial de los diarios comerciales: la búsqueda de las causas de los conflictos y de los posibles responsables. Los conflictos de trabajo en las haciendas fueron explicados en el marco de condiciones de opresión que no podían ser ignoradas y para ello la prensa recurría a antiguas nociones provenientes del lenguaje liberal. Así, la definición de “indios infelices” u otras similares que emergían espontáneamente en los comentarios editoriales revela la persistencia de ideas de larga duración surgidas en los intelectuales liberales a fines del siglo XIX. La identidad negativa de los indígenas como una percepción construida de sujetos necesitados de redención y protección operaba en la mentalidad de quienes opinaban sobre los indígenas. El acento puesto en el papel de los mayordomos y los intermediarios de las relaciones de trabajo permitía concentrar la mirada en esos personajes como causantes de las rebeliones. Pero la presencia de “azuzadores” o “agitadores” emergía siempre como un añadido a las explicaciones provenientes de las interpretaciones estatales vigentes desde los años veinte. Las opiniones construidas desde los medios e intelectuales de izquierda, eran parcialmente cercanas a las concepciones liberales del indio, aunque ponían su atención en los temas de la justicia y el imperio de la legalidad en el tratamiento de los conflictos laborales y rurales. Con un discurso público que funcionaba en los márgenes de la prensa dominante, la izquierda construía un espacio interpretativo y de comunicación como unas redes subordinadas de opinión pública.

Al abordar la trama del poder local rural, se prestó atención especialmente al gamonalismo, una modalidad de ejercicio del poder propio de los países andinos comparable al caciquismo mexicano y el coronelismo brasileño. El término gamonal, aparecido en la segunda mitad del siglo XVIII posiblemente fue una manera de caracterizar a personajes que tenían un papel de mando en la cúspide de la sociedad. Su

uso en las primeras décadas del siglo XX y luego su anclaje en la lucha política le convirtió en una palabra que adquiría significados distintos según el sector o grupo social que lo utilizaba para identificar un sujeto antagónico. La factibilidad de entender el gamonal y el gamonalismo no solo como figuras retóricas sino como actores y formas de ejercicio del poder local, requirió analizar las modalidades específicas de las relaciones de poder local que constituyeron las bases rurales del Estado ecuatoriano en los siglos XIX y XX. Todo un largo período histórico que viene desde mediados del siglo XIX hasta las reformas agrarias fue de la vigencia del gamonalismo. Correspondía a un Estado que tenía ampliamente descentralizado el ejercicio del poder local, en función de estructuras sociales y étnicas basadas en la desigualdad.

Está claro que el gamonalismo como forma de poder descentralizada funcionó paralelamente en una época en que el Estado nacional hace un esfuerzo por centralizar sus políticas generales, construyendo un aparato estatal central con ramificaciones regionales y locales. Un aspecto medular del gamonalismo era la administración étnica, que tenía como su pieza clave el poder delegado que había conferido el Estado central al teniente político. La dominación étnica se encontraba parcialmente afectada por efecto de la ampliación de la capacidad infraestructural del Estado y los procesos de modernización rural. Pero esto dependía de un balance de poder con las elites terratenientes locales y regionales y la intervención localizada de la izquierda y el sindicalismo rural. También se puede advertir como los términos “gamonal” y “gamonalismo” se habían implantado en los discursos públicos de un espectro ideológico diverso que iba desde liberales a izquierda e incluso corrientes de derecha. En el lenguaje liberal y de izquierda se tornaron en términos proliferantes que permitían designar a terratenientes y autoridades locales. El gamonal se convirtió en un significante que apareció en los discursos políticos sobre el indio y el agro.

Los rasgos más relevantes de las demandas y la acción colectiva que fuera desarrollada por cauces organizativos de los campesinos y asalariados rurales de haciendas y plantaciones situadas sobre todo en la cuenca del Guayas desde fines de la década de 1920 estuvo signada por las acciones reivindicativas de finqueros y sembradores que se encontraban posesionados de tierras bajo relaciones de trabajo basadas en la renta en dinero y especie; y, la redención de cultivos. Después de 1940, emergieron

organizaciones laborales de los trabajadores que utilizaron las disposiciones legales del Código del Trabajo en los ingenios azucareros; y en las haciendas y plantaciones bananeras. El condicionamiento de un mercado de trabajo capitalista alimentado por una oferta de trabajadores migrantes de la sierra y la costa había permitido la formación de organizaciones laborales en ingenios azucareros y haciendas bananeras con un relativo impacto y capacidad de negociación. Pero la presencia de modalidades de intermediación en la contratación laboral fue un serio obstáculo para la formación de sindicatos. No menos importantes fueron los mecanismos de violencia directa para evitar la sindicalización. A la separación entre trabajadores permanentes y temporales se unían las tensiones étnicas que impedían lazos de solidaridad horizontales. Entre los campesinos finqueros que utilizaron organizaciones sindicales, sus mecanismos de acción fueron relativamente eficaces en mantener una capacidad de negociación y resistencia por su posesión de la tierra con un grado de control sobre su producción y vinculación mercantil.

En el período que va desde 1920 hasta 1965 transcurrieron flujos discontinuos de acción conflictual que tenían su propia lógica y determinaciones de acuerdo a las condiciones específicas de las formas de propiedad rural y las relaciones laborales; las relaciones entre los campesinos y los poderes locales; y las intervenciones reguladoras del Estado. Así como los huasipungueros en las haciendas habían disputado salarios y recursos manteniendo la larga negociación de relaciones laborales precapitalistas, los finqueros costeños también disputaron las rentas a los propietarios desde una posición de control de la posesión de la tierra. Las comunidades campesinas e indígenas se habían constituido en un sujeto socioterritorial que puso límites a la expansión de las haciendas pero también con la incidencia de conflictos intercomunales. Los asalariados agrícolas de la costa negociaron de manera parcial sus condiciones de trabajo sin cuestionar el régimen de propiedad, pero evidenciando una latente demanda de tierra. Todo esto implicó el predominio de un modelo de acción colectiva de índole sindical donde la izquierda gestó una orientación de naturaleza negociadora que significó una institucionalización del conflicto, aunque no dejaron de ocurrir episodios de violencia estatal. Así que la reforma agraria de 1964 termina por ser el resultado de tendencias que afloraron en una situación de conflicto creciente y amenazas que no obstante pudieron ser neutralizadas.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Archivos

Archivo Nacional de Historia (ANH).

Archivo Histórico del Ministerio de Cultura del Ecuador (AHMCE).

Archivo de la Gobernación de Tungurahua (AGT).

Archivo del Registro Civil de Ambato (ARCA).

Archivo de Historia de la Medicina (AHM).

Archivo de la Función Legislativa (AFL).

Archivo de la Tenencia Política de Simiatug (ATPS).

Colección Personal de Fabián Zurita.

Informes y documentos oficiales

Asamblea Regional de Agricultores de la Sierra y Oriente [Actas y resoluciones], 19-21 de enero de 1962, Quito.

Informe del Ministro de Agricultura y Previsión Social 1929-1930, Quito.

Informe del Ministro de lo Interior, 1921, Imprenta y Encuadernación Nacionales, Quito.

Ministerio de Obras Públicas y Terrenos Baldíos, 1932, *Recopilación de leyes, decretos, etc. sobre terrenos baldíos*, Imprenta Nacional, Quito.

Chavez Leopoldo, 1943, Documentos Anexos al Informe que el Ministro de Previsión Social y Trabajo presenta a la nación, Imp. Del Ministerio de Gobierno, Quito.

Informe del Ministro de Guerra y Marina, 30 de junio de 1923, Talleres Tipográficos Nacionales, Quito.

Informe del Ministerio de Previsión Social, Documentos Anexos, 1942, Talleres Gráficos de Educación, s.p.

Informe de la Junta Central de la Asistencia Pública de Quito, en Alfredo Pérez Guerrero Ministro de Previsión Social y Trabajo, Informe a la Nación. Documentos Anexos, 1948, Talleres Gráficos Nacionales, Quito.

Informe del Ministerio de Previsión Social y Trabajo, 1950-1951, Anexos.

Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Informe a la Nación 1955-1956, 1956, Quito.

Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Informe 1958, Quito, 1958.

Ministerio de Previsión Social y Trabajo. Informe, 1960.

Informe de Ministro de Obras Públicas y Comunicación. 1949-1950, Quito, 1950.

Mensaje de Camilo Ponce al asumir la Presidencia Constitucional de la República para

el período 1956-1960, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1956.

Mensaje de Camilo Ponce al Congreso Nacional, 10/08/1958, Quito.

Camilo Ponce, Mensaje al Congreso Pleno, Diario de Debates, 10/08/1960.

La Junta Militar de Gobierno al pueblo del Ecuador, Quito, 1963.

Junta Militar de Gobierno, Paz creadora y trabajo fecundo. Julio de 1963-julio de 1964, Talleres Gráficos Nacionales, Quito, 1964.

Segundo Congreso de Municipalidades Ecuatorianas, Imprenta Municipal, Quito, 1950.

Periódicos y revistas

Boletín Eclesiástico.

Combate.

Diario del Ecuador.

Don Pepe.

El Comercio.

El Día.

El Pueblo.

El Sol

El Telégrafo

El Universo

La Calle

La Nación

La Tierra

Mañana.

Ñucanchic Allpa

Entrevistas

Entrevista a Patricio Cueva, julio de 2006, Quito.

Entrevista a Celso Fiallo, octubre 2012, Quito.

Entrevista a Miguel Gaibor, octubre 2013, Quito.

Entrevista a Froilán Asanza, marzo de 1979, Quito.

Entrevista a Humberto Crespo, julio de 1982, La Concordia.

Entrevista a Enrique Bazante, 28 de agosto de 1981, Riobamba.

Entrevista a Manuel Agualzaca, 26 de agosto de 1981, Riobamba.

Entrevista a Isidro Nepas, febrero de 1979, Olmedo.

Entrevista a Miguel Lechón, febrero de 1979, Cayambe.

Entrevista a Jorge Escobar, 14 de mayo de 2009, Quito.

Bibliografía

- Abrams, Philip, 1982, *Historical Sociology*, Open Books, Somerset.
- Agee, Philip, 1979, *Diario de la CIA*, Bruguera, Barcelona.
- Aguirre, Manuel Agustín, 1973 [1960], “El problema agrario en el Ecuador”, *Economía*, No. 58, pp. 35-55.
- Aguirre, Carlos y Charles Walker, 1990, *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*, Instituto de Apoyo Agrario, Lima.
- Alavi, Hamza, 1969, *Teoría de la revolución campesina*, La oveja negra, Bogotá.
- Alavi, Hamza y Teodor Shanin, 1988, “La cuestión agraria: el discurso marxista de Kautsky”, *Agricultura y Sociedad*, No. 47, pp. 43-54.
- Albán, Ernesto, 1949, “Evaristo teniente político”, en *Estampas quiteñas*, Fray Jodoco Ricke, Quito.
- Albán Gómez, Ernesto, 2011, *Manual de derecho penal ecuatoriano*, 2 vol., Ediciones Legales, Quito, 11ª. ed.
- Alberti, Giorgio, 1976, “Ruptura de la estructura de poder urbano provincial y surgimiento de movimientos campesinos”, en J. Matos Mar (comp.), *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2ª. ed. pp. 343-367.
- Albornoz, Oswaldo, 1971, *Las luchas indígenas en el Ecuador*, Claridad, Guayaquil.
- Albornoz, Oswaldo, 1975, *Dolores Cacuango y las luchas indígenas de Cayambe*, Claridad, Guayaquil.
- Alexander, Robert, 2007, *A history of organized labor in Peru and Ecuador*, Preager, Westport.
- Alvarez, Silvia, 1991, *Los comuneros de Santa Elena. Tierra, familia y propiedad*, CEN/Abya-Yala, Quito.
- Andrade y Cordero, César, 1954, “La Kipa de la noche”, en *Hombre, destino y paisaje*, Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Azuay, Cuenca.
- Andrade, Raúl, 1993, “El indio, tema y vergüenza” [1944], en *Viñetas del mentidero*, Banco Central, Quito, pp. 99-100.
- Andrade, Raúl, 1990, *Claraboya*, Banco Central, Quito.

- Arcos, Carlos y Carlos Marchán, 1978, “Guaytacama y Cusubamba: dos modalidades de desarrollo de la agricultura serrana”, *Ciencias Sociales*, No. 5, Quito, pp. 13-51.
- Atkins, George P., 1974, “La junta militar ecuatoriana (1963-1966)”, *Economía*, No. 70, Quito, pp. 94-115.
- Barracclough, Solon and Arthur L. Domike, 1966, “Agrarian structure in seven Latin American countries”, *Land Economics*, vol. 42, No. 4, pp. 391-424.
- Barsky, Osvaldo, 1978, “Iniciativa terrateniente en la reestructuración de las relaciones sociales en la sierra ecuatoriana: 1959-1964”, *Ciencias Sociales*, No. 5, Quito, pp. 74-126.
- Barsky, Osvaldo, 1984, *La reforma agraria ecuatoriana*, CEN-FLACSO, Quito.
- Barsky, Osvaldo, 1990, *Políticas agrarias en América Latina*, ESQUEL/Imago Mundi, Buenos Aires.
- Baud, Michiel, 1993, “Campesinos indígenas contra el Estado. La huelga de los campesinos del Azuay. 1920/21”, *Procesos*, No. 4, pp. 41-72.
- Baud, Michiel, 1998, “Barrington Moore in Latin America: coffee, power and modernity”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, No. 64, June, Amsterdam, pp. 113-121.
- Becker, Marc, 2004, “Peasant identity, worker identity: multiple modes of rural consciousness in highland Ecuador”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 15, No.1, pp.115-139.
- Becker, Marc, 2007a, “El Estado y la etnicidad en la Asamblea Constituyente de 1944-1945”, en Christian Büschges, G. Bustos y O. Kaltmeier (comps.), *Etnicidad y poder en los países andinos*, Universidad Andina Simón Bolívar/Universidad de Bielfeld/Corporación Editora Nacional, Quito, pp.
- Becker, Marc, 2007b, “Comunistas, indigenistas e indígenas en la formación de la Federación Ecuatoriana de Indios y el Instituto Indigenista Ecuatoriano”, *Iconos*, No. 27, pp. 136-144.
- Becker, Marc, 2007c, “Indigenous struggles for land rights in twentieth- century Ecuador”, *Agricultural History*, Vol. 81, No. 2, pp. 159-181.
- Becker, Marc, 2008, *Indians and leftists in the making of Ecuador’s modern indigenous movements*, Duke University Press, Durham & London.

- Bendix, Reinhard , 1974, *Estado nacional y ciudadanía*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Blankstein, Charles y Clarence Zuvekas, 1973, “Agrarian reform in Ecuador: an evaluation of past efforts and the development of a new approach”, *Economic Development and Cultural Change*, Vol. 22, No. 1, pp. 73-94.
- Bonifaz, Diego, 1995, *Guachalá. Historia de una hacienda en Cayambe*, Abya-Yala, Quito.
- Bonilla, Adrián, 1991. *En busca del pueblo perdido. Diferenciación y discursos de la izquierda marxista en los sesenta*. Flacso Sede Ecuador. Quito.
- Bonnett, Diana, 1992, *El protector de naturales en la Audiencia de Quito, siglos XVII y XVIII*, FLACSO, Sede Ecuador, Quito.
- Bonnett, Diana, 2002, *Tierra y comunidad un problema irresuelto. El caso del altiplano cundiboyacence (Virreynato de Nueva Granada) 1750-1800*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia- Universidad de los Andes, Colombia.
- Borchart de Moreno, Cristiana, 1988, “Las tierras de comunidad de Licto, Punín y Macaxi: Factores para su disminución e intentos de restauración”, *Revista Andina*, vol. 6, No.2, Cusco, pp. 503-524.
- Borras Jr., Saturnino M., Jennifer C. Franco , Sergio Gómez , Cristóbal Kay y Max Spoor (2012) “Land grabbing in Latin America and the Caribbean”, *The Journal of Peasant Studies*, vol. 39, No. 3-4, pp. 845-872.
- Bourricaud, François, 1967, *Cambios en Puno*, Instituto Indigenista Interamericano, México D.F.
- Bourdieu, Pierre, 2000, “Elementos para una sociología del campo jurídico”, en P. Bourdieu y G. Teubner, *La Fuerza del derecho*, Siglo del Hombre/Unianandes/Instituto Pensar, Bogotá, 2000, pp. 153-220.
- Bretón, Víctor, 2000, *El “desarrollo comunitario” como modelo de intervención en el medio rural*, CAAP, Quito.
- Bretón, Víctor, 2001, *Cooperación al desarrollo y demandas étnicas en los andes ecuatorianos*, FLACSO, Quito,
- Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Rikchay Perú, Lima, 1979.
- Beu, Raymond, 2003, “Caciquismo, un principio de ejercicio del poder durante varios siglos”, *Relaciones*, No. 96, pp. 19-39.

- Buitrón, Aníbal y Bárbara Salisbury de Buitrón, 2007, “Indios, blancos y mestizos en Otavalo, Ecuador”, *Ecuador Debate*, No. 70, abril, pp. 147-168.
- Buitrón, Aníbal, 1961, “El desarrollo de la comunidad en la teoría y la práctica”, *América Indígena*, vol. XXI, No. 2.
- Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1957, *Trece años de cultura nacional: ensayos, agosto 1944-1957*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto, 1972, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI, México D.F.
- Carrasco, Hernán, y Carola Lentz, 1985, *Migrantes campesinos de Licto y Flores*, Abya Yala, Quito.
- Carta Pastoral del Episcopado Ecuatoriano, 1986 [1964], “La iglesia y la reforma agraria”, en C. Marchán (comp.), *Pensamiento agrario ecuatoriano*, Banco Central, Quito, pp. 367-372.
- Casagrande, Joseph y Arthur Piper, 1969, “La transformación estructural de una parroquia rural en las tierras altas del Ecuador”, *América Indígena*, vol. XXXIX, No. 4, México D.F.
- Castillo Jácome, Julio, 1942, *La provincia de Chimborazo en 1942*, Progreso, Riobamba.
- CEDOC, 1976, *Desde la dirección de los conservadores hasta la dirección de los trabajadores*, Departamento de Prensa, Quito.
- CEPAL, 1963, “Problemas y perspectivas de la agricultura latinoamericana”, *Boletín Económico de América Latina*, vol. VIII, Santiago, pp. 149-194.
- CIDA, 1965, *Tenencia de la tierra y desarrollo económico del sector agrícola. Ecuador*, Unión Panamericana, Washington.
- CIES, 1957, *Informe de la Misión del Banano*, Unión Panamericana, Washington.
- Cisneros, César, 1948, *Demografía y estadística sobre el indio ecuatoriano*, Talleres Gráficos Nacionales, Quito.
- Clark, Kim, 2007, “Política e inclusión en la primera mitad del siglo XX en la sierra ecuatoriana”, en: Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen, *Cultura política en los andes (1750-1950)*, UNSM/IFEA, Lima, pp. 439-460.
- Clark, Kim, 1994, “Los indios, el estado y la ley: los trabajos públicos y la pugna por el control de la mano de obra en el Ecuador del período liberal”, *Memoria*, No. 4, Quito, pp. 53-86.

- Claudin, Fernando, 1970, *La crisis del movimiento comunista.1. De la Komintern al Kominform*, Ruedo Ibérico, Barcelona.
- Comité Central del Partido Comunista, 1969, “Problemas del movimiento campesino ecuatoriano”, *Bandera Roja*, No. 9, pp. 7-29.
- CONADE-UNFPA, 1987, *Población y cambios sociales. Diagnóstico sociodemográfico del Ecuador 1950-1982*, CONADE-UNFPA-CEN, Quito.
- Contreras, Carlos, 1991, “Conflictos intercomunales en la Sierra Central, en los siglos XIX y XX”, en H. Bonilla, *Los Andes en la encrucijada. Indios, comunidades y Estado en el siglo XIX*, Libri Mundi/Enrique Grosse-Luemern/Flacso, Quito, pp. 199-219.
- Coral Patiño, Héctor, 1988, *Vida y obra del señor General Alberto Enríquez Gallo*, Banco Central, Quito.
- Coronel, Valeria, 2011, *A revolution in stages: subaltern politics, nation-state formation, and the origins of social rights in Ecuador, 1834-1943*, Ph. D. Thesis, New York University.
- Corrigan, Philip y Derek Sayer, 1985, *The great arch: english state formation as cultural revolution*, Basil Blackwell, Oxford - New York.
- Cosse, Gustavo, 1991, *Agro, burocracia y régimen político: Ecuador, Nicaragua, Uruguay y Argentina*, Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.
- Costa, Joaquín, 1973 [1902], “Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España”, en *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, Alianza, Madrid, 1973, 3a. ed., pp. 15-45.
- Costales, Piedad Peñaherrera de y Alfredo Costales, 1962, *Comunas jurídicamente organizadas*, Lacta, IEAG, Quito.
- Cotler, Julio y Felipe Portocarrero, 1976, “Organizaciones campesinas en el Perú”, en J. Matos Mar (comp.), *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2ª. ed., pp.267-309.
- Cotler, Julio, 1978, *Clases, estado y nación en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Crespi, Muriel, 1971, “Changing power relations: the rise of peasant unions on traditional ecuadorian haciendas”, *Anthropological Quarterly*, vol. 44, No. 4, pp. 223-240.

- Crespi, Muriel, 1976, "Mujeres campesinas como líderes sindicales: la falta de propiedad como calificación para puestos políticos", *Estudios Andinos*, Año 5, No. 1, pp. 151-171.
- Crespo, Teodoro, 1961, *El problema de la tierra en el Ecuador*, CCE, Quito.
- Cueva, Agustín, 1986, "Claves para la literatura ecuatoriana de hoy", en *Lecturas y rupturas*, Planeta, Quito.
- Champagne, Patrick, 2002, *Hacer la opinión. El nuevo juego político*, Plural, La Paz.
- Chesneaux, Jean, *Movimientos campesinos en China (1840-1949)*, Siglo XXI, Madrid, 1978.
- Chiriboga, Manuel, 1988, "La reforma agraria ecuatoriana y los cambios en la distribución de la propiedad agrícola 1974-1985", en P. Gondard, J.B. León y P. Sylva, *Transformaciones agrarias en el Ecuador*, IPGH/ORSTOM/CEDIG, Quito, pp. 39-57.
- Chiriboga, Manuel, 2013 [1980], *Jornaleros y grandes propietarios en 135 años de exportación cacaotera (1790-1925)*, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, Quito, 2ª. ed.
- De la Fuente, Ricardo y Jaime Cedeño Saltos, 2002, *Los tauras. Crónicas de una época violenta*, Impresos Gráficos Colón, Manta.
- Deas, Malcolm, 2006, "Algunas notas sobre la historia del caciquismo", en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia política y literatura colombianas*, Taurus, Bogotá, pp. 209-233.
- Delgado, Óscar, (comp.), 1965, *Reformas agrarias en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Delgado, Óscar, 1965, "Las élites del poder versus la reforma agraria", en O. Delgado (comp.), *Reformas agrarias en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., pp. 189-231.
- De Janvry, Alain, 1981, *The agrarian question and reformism in Latin America*, John Hopkins University Press, Baltimore.
- De Wind, Adrian, 1974-76, "De campesinos a mineros: el origen de las huelgas en las minas peruanas", *Estudios Andinos*, Año 4, No. 2, pp. 1-32.
- De la Peña, Guillermo, 1986, "Poder local, poder regional: perspectivas socio-antropológicas", en Jorge Pádua y Alain Vanneph (comps.), *Poder local, poder regional*, El Colegio de México/CEMCA, México D.F., pp. 27-56.

- De la Torre, Patricia, 1989, *Patrones y conciertos: una hacienda serrana, 1905-1929*, Corporación Editora Nacional/Abya-Yala, Quito.
- Della Porta, Donatella, 1999, “Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión social de la protesta”, en: D. Mc Adam, J. D. Mc Carthy, M.N. Sald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, pp. 100-142.
- Deutscher, Isaac, 1971, *La década de Jrushov*, Alianza, Madrid.
- Diez Hurtado, Alejandro, 1998, *Comunes y haciendas. Procesos de comunalización en la Sierra de Piura (siglos XVIII al XX)*, CIPCA/Centro Bartolomé de las Casas, Cuzco.
- Dobry, Michel, 1988, *Sociología de las crisis políticas*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, Madrid.
- Dorner, Peter, 1992, *Latin American land reforms in theory and practice: a retrospective analysis*, The University of Wisconsin Press, Wisconsin.
- Echeverría, Enrique, 1950, “La delincuencia ecuatoriana en cifras”, *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*, No. 27-28.
- El-Ghonemy, M. Riad, 2001, “The political economy of market based land reform”, en Ghimire, Krishna B. (ed.), *Land reform and peasant livelihoods. The social dynamics of rural poverty and agrarian reforms in developing countries*, ITDG Publishing, London, pp. 105-133.
- Espinosa Tamayo, Manuel, 1979 [1918], *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Banco Central, Quito.
- Espinosa, Roque, 2014, *Desmemoria y olvido. La economía arrocerá en la cuenca del Guayas 1900-1950*, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, Quito.
- Estupiñán Bass, Nelson, 1958, *El paraíso*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Estupiñán Bass, Nelson, 1994, *Este largo camino*, Banco Central del Ecuador, Quito.
- Evans, Peter, 1996, “El Estado como problema y como solución”, *Desarrollo Económico*, Vol.35, No. 140, Buenos Aires.
- Falcón, Romana, 1985, *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí, 1910-1938*, El Colegio de México, México D.F.
- Falcón, Romana, 1986, “La revolución mexicana y la búsqueda de la autonomía local”, en Jorge Pádua y Alain Vanneph (comps.), *Poder local, poder regional*, El

- Colegio de México/CEMCA, México D.F., pp. 106-110.
- Fanon, Frantz, 1963, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Fauroux, Emmanuel, 1983, “Poder regional e instituciones regionales en la provincia de Loja desde principios del siglo XX: ejes de una investigación”, vol. V, No.15, 1983, pp. 235-253.
- Fauroux, Emmanuel, 1988, *Le pouvoir a Loja au xxè siecle: Une oligarchie fonciere face a la montee des contre-pouvoirs*, These pour le Doctorat de Troisieme Cycle, Universite des Sciences Sociales, Tolouse I, Tolouse.
- Favre, Henri, 1986, “Bolívar y los indios”, *Histórica*, Vol X, No. 1, Lima, pp. 1-18.
- Ferreira, Maria Nazareth, 1985, *Manabí: historia e comunicacao atraves de sua literatura*, Tesis, USP, Sao Paulo.
- Figallo, Guillermo, 1997, “Los decretos de Bolívar sobre los derechos de los indios y la venta de tierras de las comunidades”, *Debate Agrario*, No. 19, sep., Lima, pp. 111-134.
- Fioravanti, Eduardo, 1974, *Latifundio y sindicalismo agrario en el Perú: el caso de los valles de la Convención y Lares (1958-1964)*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima
- Flores Galindo, Alberto, 1982, *Los mineros de la Cerro de Pasco 1900-1930*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Flores Galindo, Alberto, 1984, *Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830*, Mosca Azul, Lima.
- Flores Galindo, Alberto, 1988, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, Horizonte, Lima, 3ª. ed.
- Foucault, Michel, 1999, “La verdad y las formas jurídicas”, *Obras Esenciales*, II, Paidós, Barcelona.
- Franklin, Albert, 1984 [1943], *Ecuador. Retrato de un pueblo*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Freire Guevara, Enrique, 2003, *El triunfo sobre Leito Grande*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Fuenzalida, Fernando, 1976, “Estructura de la comunidad indígena tradicional. Una hipótesis de trabajo”, en J. Matos Mar (comp.), *Hacienda, comunidad y*

- campesinado en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2ª. ed. pp. 219-263.
- Gaibor, Estuardo, 1963, “Jurisprudencia de los conflictos colectivos de trabajo ecuatoriano”, *Rev. IDTIS*, III, No. 5.
- Galarza Zabala, Jaime, 1962, *El yugo feudal. Visión del campo ecuatoriano*, Espejo, Quito, 1962.
- Galindo, Carmen y Diana Ordóñez, 1979, *Investigación social de trabajo social con las Juntas de Defensa del Campesinado del Tungurahua*, Tesis de Licenciatura en Trabajo Social, PUCE, Quito.
- Gallegos Lara, Joaquín, 1932, “La reacción feudal burguesa en Perú y el Ecuador”, *Cocoricó*, No. 4, Guayaquil, pp. 8-9.
- Ganz, Marshall, 2000, “Resources and resourcefulness: strategic capacity in the unionization of California agriculture, 1959-1966”, *American Journal of Sociology*, vol. 105, No. 4, January, pp. 1003-1062.
- Garcés, Víctor Gabriel, 1957, *Indigenismo*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- García, Antonio, 1973, *Sociología de la reforma agraria en América latina*, Amorrortu, Buenos Aires.
- García Muñoz, Alfonso, 1958, “Vida de pueblo”, en *Estampas de mi ciudad. Cuarta serie*, Tipografía García Muñoz, Bogotá, pp. 40-51.
- Ghimire, Krishna B. (ed.), 2001, *Land reform and peasant livelihoods. The social dynamics of rural poverty and agrarian reforms in developing countries*, ITDG Publishing, London.
- Girola, Lidia, 2011, “Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos”, *Sociológica*, Año 26, No. 73.
- Gohn, Maria de Glória, 2006, *Teorias dos movimentos sociais. Paradigmas clássicos e contemporâneos*, Loyola, Sao Paulo, 5ª. ed.
- Golte, Jürgen, 1980, *La racionalidad andina*, IEP, Lima.
- González Calleja, Eduardo, 2009, Reseña de *From mobilization to revolution*, (Charles Tilly), *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 31, pp. 343-363.
- González Calleja, Eduardo, 2012, “La represión estatal como proceso de violencia política”, *Hispania Nova*, No. 10.
- González-Leandri, Ricardo, 1999, *Las profesiones. Entre la vocación y el interés corporativo*, Catriel, Madrid.

- Gotkowitz, Laura, 2011, *La revolución antes de la revolución. Luchas indígenas por tierra y justicia en Bolivia 1880-1952*, Plural/PIEB, La Paz.
- Gramsci, Antonio, 1987, "Algunos temas sobre la cuestión meridional", en *Escritos políticos (1917-1933)*, Cuadernos de Pasado y Presente, N°54, México D.F., 3a.ed.
- Grindle, Merilee, 1986, *State and countryside. Development policy and agrarian politics in Latin America*, Johns Hopkins University Press, Baltimore & London,
- Guerrero Andrés, 1990, *Curagas y tenientes políticos. La ley de la costumbre y la ley del Estado (Otavalo 1830-1875)*, El Conejo, Quito.
- Guerrero, Andrés, 1983, *Haciendas, capital y lucha de clases andina*, El Conejo, Quito.
- Guerrero, Andrés, 1993, "La desintegración de la administración étnica en el Ecuador", et.al, *Sismo étnico en el Ecuador*, CEDIME, Quito.
- Guerrero, Andrés, 1994, "Una imagen ventrílocua: el discurso liberal de la "desgraciada raza indígena" a fines del siglo XIX", en Blanca Muratorio (ed.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, FLACSO, Quito, pp. 197-252.
- Guerrero, Andrés, 2000, "El proceso de identificación: sentido común ciudadano, ventriloquía y transescritura", en A. Guerrero (comp.), *Etnicidades*, Flacso/Ildis, Quito, pp. 9-60.
- Guha, Ranahit, 2002, "La prosa de la contrainsurgencia", en *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 43-93.
- Halliday, Terence H., 1987, *Lawyers, State crisis, and profesional empowerment*, University of Chicago Press, Chicago.
- Handelman, Howard, 1975, *Struggle in the Andes. Peasant political mobilization in Peru*, Texas University Press, Austin.
- Handy, Jim, 1992, "Reforma y contrarreforma: política agraria en Guatemala, 1952-1957", en Julio Castellanos Cambranes (ed.), *500 años de lucha por la tierra: estudios sobre propiedad rural y reforma agraria en Guatemala. Vol 1*, FLACSO - Sede Guatemala, Guatemala, pp. 379-399.
- Havet, José, 1971-72, "Estructura de poder en una zona rural boliviana", *Estudios Andinos*, Año 2, No. 3, pp. 65-87.
- Hess, Carmen, 1992, *La racionalidad de una economía agropecuaria. Una*

- contribución hacia el desarrollo de los páramos ecuatorianos*, PROFOGAN-MAG-GTZ, Quito.
- Hobsbawm, Eric, 1974 [1959], *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 2ª.ed.
- Hobsbawm, Eric, 1976, *Bandidos*, Ariel, Barcelona.
- Hobsbawm, Eric, 1979, *Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona.
- Honneth, Axel, 2014, *El derecho a la libertad. Esbozo de una eticidad democrática*, Katz/Clave Intelectual, Madrid.
- Huber, Evelyne y Frank Safford (editors), 1995, *Agrarian Structure & political power. Landlord & peasant in the making of Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh and London.
- Hurtado, Osvaldo, 1978, *El poder político en el Ecuador*, PUCE, Quito.
- Ibarra, Hernán, 1984, *La formación del movimiento popular (1925-1936)*, CEDIS, Quito.
- Ibarra, Hernán, 1992a, “El conflicto hacienda comunidad en la sierra central ecuatoriana durante el siglo XIX”, *Estudios Rurales Lationoamericanos*, Vol. 15, No. 1, Bogotá, pp. 75-121.
- Ibarra, Hernán, 1992b, *Indios y cholos. Orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, El Conejo, Quito.
- Ibarra, Hernán, 2002, “Origen y decadencia del gamonalismo en la sierra ecuatoriana”, *Anuario de Estudios Americanos*, vol. LIX, 2, Sevilla, pp. 491-510.
- Ibarra, Hernán, 2004, “La comunidad campesino/indígena como sujeto socioterritorial”, *Ecuador Debate*, No. 63, dic., pp. 185-206.
- Ibarra, Hernán y Victoria Novillo, 2010, *La radio en Quito (1935-1960)*, Museo de la Ciudad, Quito.
- Icaza, Jorge, 1934, *Huasipungo*, Imprenta Nacional, Quito.
- Irurozqui, Marta, 2006, “¿Ciudadanos armados o traidores a la patria? Participación indígena en las revoluciones bolivianas de 1870 y 1899”, *Iconos*, No. 26, Quito, pp. 35-46.
- Iturralde, Nicolás, 1937, *ABC Policial*, Ed. Ecuatoriana, Quito.
- Jacobsen, Nils, 2007, “Opiniones y esferas públicas en el Perú del tardío siglo XIX: una red de múltiples colores en una tela hecho jirones”, en: Cristóbal Aljovín de

- Losada y Nils Jacobsen, *Cultura política en los andes (1750-1950)*, UNSM/IFEA, Lima, pp. 411-437.
- Jácome, Gustavo Alfredo, 1972, “Alpa Mama”, en *Barro dolorido*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Jaramillo Alvarado, Pío, 1927, “Las comunidades de indios”, *El Día*, 5 de agosto.
- Jaramillo Alvarado, Pio, 1922, *El indio ecuatoriano. Contribución al estudio de la sociología nacional*, Imp. Quito, Quito.
- Jaramillo Pérez, Luis, 1954, *Código del Trabajo y principales referencias*, Imprenta de la Universidad, Quito.
- Jaramillo Pérez, Luis, 1957, *Jurisprudencia de los conflictos individuales del trabajo 1938-1950*, T.I., Quito.
- Jaramillo Pérez, Luis, 1961, *Del Huasipungo y otros sistemas de trabajo feudales en el Ecuador*, Universitaria, Quito.
- Jasper, James, M., 2012, “¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas”, *Sociológica*, Año 27, No. 75, enero-abril, pp. 7-48.
- Jeifets, Lazar y Víctor Jeifets, 2010, “Los orígenes del Partido Comunista del Ecuador y la Tercera Internacional”, *Revista iZQUIERDAS*, Año 3, No. 6, Santiago.
- Jenkins, J. Craig, 1994, “La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales”, *Zona abierta*, No. 69, Madrid, pp. 5-49.
- Joseph, Gilbert y Daniel Nugent (comps.), 2002, “Cultura popular y formación del estado en el México revolucionario”, en G. Joseph y D. Nugent, *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, Era, México D.F., pp. 31-52.
- Juicio seguido por la comunidad de Tacamoros contra Andrés Sarango, por reivindicación de terrenos [Loja, 1892-1893], *Gaceta Judicial*, IX, No. 101, 4 de febrero de 1911, Quito, pp. 802-804.
- Katz, Friedrich (comp.), 1990, *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX (2 vol.)*, Era, México D.F.
- Kay, Cristóbal y Marcela Pineda, 1998, “¿El fin de la reforma agraria en América Latina? El legado de la reforma agraria y el asunto no resuelto de la tierra”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, No. 4, pp. 63-98.
- Klaren, Peter F., 1976, *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2a. ed.

- Korovkin, Tanya, 2002, *Comunidades indígenas, economía de mercado y democracia en los Andes ecuatorianos*, CEDIME/IFEA/Abya Yala, Quito.
- Koselleck, Reinhart, 2002, *The practice of conceptual history. Timing history, spacing concepts*, Stanford University Press, Stanford.
- Kurtz, Marcus J., 2000, "Understanding Peasant Revolution: From Concept to Theory and Case" *Theory and Society*, vol. 29, No. 1, pp. 93-124.
- Laclau, Ernesto, 1978, "Feudalismo y capitalismo en América Latina", en *Política e ideología en la teoría marxista*, Siglo XXI, Madrid.
- Lang, Norris Glen, (1969), *Tradition and transformation in the industrialization of an ecuadorian sugar plantation*, Ph. D. dissertation, University of Illinois.
- Larson, Ross, 1965, "La evolución textual de *Huasipungo* de Jorge Icaza", en *Revista Iberoamericana*, Vol. XXXI, pp. 209-222.
- LeGrand, Catherine, 1983, "Campesinos y asalariados en la zona bananera de Santa Marta, 1900-1935", *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 11, pp. 235-250.
- Lenin, V.I., 1970 [1902], *¿Que hacer?*, en Obras Escogidas vol. 1, Progreso, Moscú.
- Lenin, V.I., 1970 [1907], *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en Obras Escogidas, vol. 1, Progreso, Moscú.
- Lentz, Carola, 1986, "De regidores y alcaldes a cabildos. Cambios en la estructura socio-política de una comunidad indígena de Cajabamba/Chimborazo", *Ecuador Debate*, No. 12, pp. 189-212.
- Lentz, Carlola, (1991), *Buscando la vida. Trabajadores temporales en una plantación de azúcar*, Abya-Yala, Quito.
- León, Carlos Arturo, 1916, *El recluta*, Imp. Artística, Riobamba.
- Linke, Lilo, 1954, *Ecuador: country of contrasts*, Royal Institute of International Affairs, London.
- Linke, Lilo y Miguel Albornoz, s.f., *El Comercio de Quito y la Misión Andina del Ecuador*, La Unión, Quito.
- Liu, Kwang-Ching, 1981, "World View and Peasant Rebellion: Reflections on Post-Mao Historiography" *The Journal of Asian Studies*, vol. 40, No. 2, pp. 295-326.
- López-Alves, Fernando, 2003, *La formación del Estado y la democracia en América Latina*, Norma, Bogotá.

- López, Patricio, 2008, “La normalidad excepcional. Una panorámica de la política económica del Gobierno Plaza Lasso (1948-1952)”, en C. de la Torre y M. Salgado, *Galo Plaza y su época*, Flacso Sede Ecuador/Fundación Galo Plaza, Quito, pp. 61-106.
- Luzuriaga, Carlos y Clarence Zuvekas, 1984, *Distribución del ingreso y pobreza en las áreas rurales del Ecuador, 1950-1980*, Banco Central, Quito.
- Lyons, Barry J., 2006, *Remembering the hacienda. Religion, authority and social change in Highland Ecuador*, University of Texas Press, Austin.
- Maiguashca, Juan y Liisa North, 1991, “Orígenes y significado del velasquismo: lucha de clases y participación política en el Ecuador, 1920-1972”, en R. Quintero (ed.), *La cuestión regional y el poder*, Corporación Editora nacional-Flacso Sede Ecuador-CERLAC, Quito, pp. 89-159.
- Maiguashca, Juan, 1994, “El proceso de integración nacional en el Ecuador: el rol del poder central, 1830-1930”, en J. Maiguashca (ed.), *Historia y región en el Ecuador 1830-1930*, Corporación Editora nacional-Flacso Sede Ecuador-CERLAC, Quito.
- Maldonado y Basabé, Rodolfo, 1930, *Monografía de la provincia del Chimborazo*, Librería e Imprenta Nacional, Riobamba.
- Mallon, Florencia, 1992, “Entre la utopía y la marginalidad: comunidades indígenas y culturas políticas en México y los Andes, 1780-1990”, *Historia Mexicana*, vol. XLII, No. 2, México D.F.
- Mallon, Florencia, 1995, *Peasant and nation. The making of post-colonial México and Perú*, University of California Press, Berkeley.
- Mann, Michael, 1997, *Las fuentes del poder social. Vol. 2. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Alianza, Madrid.
- Manrique, Nelson, 1981, *Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile: campesinado y nación*, Centro de Investigación y Capacitación, Lima.
- Manrique, Nelson, 1991, “Gamonalismo, lanas y violencia en los Andes”, en Henrique Urbano (comp.), *Poder y violencia en los Andes*, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, pp. 211-223.
- Mariátegui, José Carlos, 1964 [1928], *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Amauta, Lima, 9a. ed.
- Marino, Daniela, 2006, “Ahora que Dios nos ha dado padre...el segundo imperio y la

- cultura jurídico campesina en el centro de México”, *Historia Mexicana*, vol. LV, No. 4, pp. 1343-1410.
- Marshall, T.H., 1997, “Ciudadanía y clase social”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, No. 79, Madrid.
- Martínez Assad, Carlos, 1991, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Martínez, Anacarsis, 1892, “Las desilusiones de un gamonal”, *Revista Guayaquil*, Vol. II, No. 61 y 62.
- Martínez, Luis A., 1903, “El Doctor”, en *Disparates y Caricaturas*, Ambato, pp.6-49.
- Martínez, Alexandra, 2001, *Diagnóstico del potencial organizativo de las comunas de Loja*, SNV, Loja, (inédito).
- Martínez, Luciano, 1987, *Economía política de las comunidades indígenas*, CIRE, Quito.
- Martínez, Luciano, 1976, “Auge y crisis del banano en la provincia de Esmeraldas”, *Economía*, No. 65.
- Martínez, Nicolás, 1916, *La condición de la raza indígena en la provincia de Tungurahua*, Tall. del Instituto Martínez, Ambato.
- Marzal, Manuel M., 1981, *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*, PUC, Lima.
- Mateus, Alejandro, 1933, *Riqueza de la lengua castellana y provincianismos y ecuatorianismos*, Editorial Ecuatoriana, Quito.
- Matos Mar, José, 1976, “Comunidades indígenas del área andina”, en J. Matos Mar (comp.), *Hacienda, comunidad y campesinado en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 2ª.ed., pp. 179-217.
- May, Stacy y Galo Plaza, 1959, *La United Fruit Company en América Latina*.
- McCarthy, John D., 1999, “Adoptar, adaptar e inventar límites y oportunidades”, en Dough McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, pp. 205-220.
- McNicoll, Geoffrey, 1990, “Social organization and ecological stability under demographic stress”, en G. McNicoll and M. Cain, *Rural development and population. Institutions and policy*, Oxford University Press, New York-Oxford, pp. 147-167.

- Méndez, Cecilia, 2009, “El inglés y los subalternos. Comentario a los artículos de Florencia Mallon y Jorge Klor de Alva”, en P. Sandoval (comp.), *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina*, Instituto de Estudios Peruanos/Sephis, Lima, pp. 207-258.
- Mendieta y Nuñez, Lucio, 1974, [1923], *El problema agrario en México*, Porrúa, México D.F.
- Meza Bazán, Mario Miguel, 2009, “Estado, modernización y la Ley de Conscripción Vial en el Perú”, *Revista Andina*, No. 49, Cusco, pp. 165-186.
- Migdal, Joel S., 1988, *Strong societies and weak states. State-society relations and state capabilities in the Third World*, Princeton University Press, Princeton.
- Miño, Cecilia, 2006, *Transito Amaguaña, heroína india*, Banco Central, Quito.
- Montes del Castillo, Angel, 1989, *Simbolismo y poder. Un estudio antropológico sobre compadrazgo y priestazgo en una comunidad andina*, Anthropos, Barcelona.
- Montoya, Rodrigo, 1989, *Lucha por la tierra, reformas agrarias y capitalismo en el Perú del siglo XX*, Mosca Azul, Lima.
- Moore, Barrington, 1978, *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, Macmillan Press, New York.
- Moore, Barrington, 2002 [1966], *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Península, Barcelona.
- Mora, Alfonso María, 1927, “¿Existen o no en el Ecuador terrenos de reversión?” Apéndice, en *Derecho de propiedad y socialismo*, Tip. de la Universidad, Cuenca.
- Moscoso, Martha, 1991, ““Cabecillas” y “huelguistas” en los levantamientos de inicios del siglo XX”, en H. Urbano (comp.), *Poder y violencia en los Andes*, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, pp. 225-235.
- Mossbrucker, Harald, 1990, *La economía campesina y el concepto “comunidad”: un enfoque crítico*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- Muñoz Bernard, Carmen, 1987, “El cura párroco, los indígenas y el poder local: etnohistoria política del Azuay”, *Acción*, N° 10, Quito, pp.6-15.
- Muñoz Vicuña, Elias, 1987, *Temas obreros*, Universidad de Guayaquil, Guayaquil.
- Murgueytio, Reinaldo, 1943, “Educación de espíritu indígena”, *Previsión Social*, No. 14, Quito, pp. 17-45.

- Murilo de Carvalho, José, 1997, "Mandonismo, coronelismo, clientelismo: Uma discussao conceitual", *Dados*, vol. 40, No. 2, Río de Janeiro, pp. 229-250.
- Normal "Manuela Cañizares", 1954, *La educación del indio ecuatoriano y su incorporación a la vida nacional*, Imp. del Ministerio de Educación, Quito.
- North, Liisa, 1997, "¿Qué paso en Taiwan?: un relato de la reforma agraria y de la industrialización rural (con unas observaciones comparativas en relación en América Latina)", en Martínez V., Luciano (comp.), *El desarrollo sostenible en el medio rural*, FLACSO Sede Ecuador, Quito, pp. 89-113.
- Núñez, Pablo y Juan Vega, 1992, *Análisis histórico de la problemática del riego en la provincia de Tungurahua*, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Ciencias Humanas, PUCE, Quito.
- Oberem, Udo, 1985, "La sociedad indígena durante el período colonial de Hispanoamérica", *Miscelanea Antropológica Ecuatoriana*, N° 5, pp. 161-217.
- Ochoa Ortíz, Francisco, 1961, *Organización judicial de la República del Ecuador*, CCE, Quito.
- O'Donnell, Guillermo, 1982, "Notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del Estado burocrático-autoritario", *Desarrollo Económico*, vol. 22, No.86, pp. 231-248.
- O'Donnell, Guillermo, 1988, "Las Fuerzas Armadas y el Estado autoritario del cono sur de América Latina", en N. Lechner (ed.), *Estado y política en América Latina*, Siglo XXI, México D.F., 5ª. ed, pp. 199-235.
- Ojeda, Lautaro (coord.), 1975, *Entrevistas de un estudio sobre la dominación política en la cuenca del Guayas*, (inédito).
- Ojeda, Lautaro, 1979, "Estructura productiva y micro-oligarquía durante la época cacaotera: el caso del Milagro", *Ciencias Sociales*, N° 10-11, pp. 11-28.
- Offe, Claus, 1994, *Contradicciones en el Estado de bienestar*, Alianza, Madrid. 1ª. reimp.
- Olson, Mancur, 1971, *The logic of collective action. Public goods and the theory of groups*, Harvard University Press, Cambridge Massachusetts.
- Ong, Walter, 1994, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica.
- Oquist, Paul, 1987, *Violencia, política y conflicto en Colombia*, Banco Popular, Bogotá.
- Orellana, Felipe, 1952, *La industria bananera en el Ecuador*, Ed. Ecuador, Quito.

- Ortiz, Cecilia, 2010, “Religión, nación, institucionalización e integración en el mundo shuar. Una revisión retrospectiva de los mecanismos de inserción del sur oriente al territorio ecuatoriano”, en Felipe Burbano de Lara (coord.), *Transiciones y rupturas. El Ecuador en la segunda mitad del siglo XX*, Flacso Sede Ecuador, Quito, pp. 465-562.
- Palacios de Balde (seud.), s.f., *Leito*, s.e., s.1.
- Paramio, Ludolfo, 1990, “La revolución como problema teórico”, *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, No. 7, Madrid, pp. 151-174.
- Paramio, Ludolfo, 2005, “Teorías de la decisión racional y de la acción colectiva”. *Sociológica*, No. 57, México D.F., pp. 13-34.
- Paredes, Ricardo, (1928), “El movimiento obrero en el Ecuador”, *La Internacional Sindical Roja*, No. 1, Agosto 1928, París, pp. 76-81.
- Paredes, Ángel Modesto, 1981 [1947], “La Ley de comunas y el estatuto jurídico campesino del Ecuador”, en A.M. Paredes, *Pensamiento sociológico*, Banco Central/Corporación Editora Nacional, Quito, pp.327-332.
- Pareja Diezcanseco, Alfredo, 1964, *Los poderes omnímodos*, Losada, Buenos Aires.
- Pastor, Manuel y Carol Wise, 1997, “State policy, distribution and neoliberal reform in México”, *Journal of Latin American Studies*, vol 29, N° 2.
- Pécout, Gilles, “Cómo se escribe la historia de la politización rural. Reflexiones a partir del estudio del campo francés en el siglo XIX”, *Historia Social*, N° 29, 1997, Valencia.
- Peñaherrera, Piedad y Alfredo Costales, 1962, *Comunas jurídicamente organizadas*, Lacta No. 15, IEAG, Quito.
- Peñaherrea, Piedad y Alfredo Costales, 1971, *Historia Social del Ecuador*, T. IV, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Peralta, Víctor, 2000, *Sendero Luminoso y la prensa 1980-1994*, SUR/Centro Bartolomé de las Casas, Cusco.
- Pérez Ledesma, Manuel, 1994, “‘Cuando lleguen los días de la cólera’ (Movimientos sociales teoría e historia”, *Zona Abierta*, No. 69, Madrid, pp. 51-120.
- Pizzorno, Alessandro, 1994, “Identidad e interés”, *Zona Abierta*, No. 69, Madrid, pp. 135-152.
- Platt, Tristan, 1982, *Estado boliviano y ayllu andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

- Platt, Tristan, 1983, "Religión andina y conciencia proletaria. *Qhuyaruna y ayllu* en el norte de Potosí", *HISLA. Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*, No. 2, Lima, pp.47-73.
- Pleyers, Geoffrey, 2006, "En la búsqueda de actores y *desafíos* sociales. La sociología de Alain Touraine", *Estudios Sociológicos*, Vol. XXIV, No.3, México D.F., pp. 733-756.
- Poeschel-Renz, Ursula, 2001, "*No quisimos soltar el agua*". *Formas de resistencia indígena y continuidad étnica en una comunidad ecuatoriana*, Abya-Yala, Quito.
- Powers, Karen, 1994, *Prendas con pies. Migraciones indígenas y supervivencia cultural en la Audiencia de Quito*, Abya Yala, Quito.
- Prebisch, Raúl, 1970, *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Prieto, Mercedes, 1978, *Condicionamientos de la movilización campesina: el caso de las haciendas Olmedo/Cayambe (1926-1948)*, Tesis de Licenciatura en Antropología, PUCE, Quito.
- Prieto, Mercedes, 2004. *Liberalismo y temor: Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador poscolonial, 1895-1950*, FLACSO-Abya Yala, Quito.
- Quijano, Aníbal, 1979, *Problema agrario y movimientos campesinos*, Mosca Azul, Lima.
- Quintana, Juan, 1998, *Soldados y ciudadanos. Un estudio crítico sobre el servicio militar obligatorio en Bolivia*, PIEB, La Paz,
- Quintero, Rafael, 1978, "El carácter de la estructura institucional de representación política en el Estado ecuatoriano del siglo XIX", *Revista Ciencias Sociales*, vol. II, No. 7-8.
- Ramón, Galo, 1987, *La resistencia andina. Cayambe 1500-1800*, CAAP, Quito.
- Ramón, Galo, 1994, "Comunidades y federaciones indígenas, estructura interna y estilos de desarrollo", en X. Albo y G. Ramón, *Comunidades andinas desde dentro*, CECI/Abya-Yala, Quito, pp. 7-86.
- Rebolledo, Loreto, 1992, *Comunidad y resistencia. El caso de Lumbisí en la colonia*, FLACSO- Abya Yala, Quito.
- Rivadeneira, Jorge, 1957, *Ya está amaneciendo*, Minerva, Quito.

- Rivera Cusicanqui, Silvia, 1986, *"Oprimidos pero no vencidos". Luchas del campesinado aymara y quechua 1900-1980*, Hisbol, La Paz.
- Rivera Cusicanqui, Silvia y Rossana Barragán (eds.), 1997, *Debates post-coloniales: una introducción a los estudios de subalternidad*, Coordinadora de Historia/SEPHIS/Aruwiyiri, La Paz.
- Romero y Cordero, Remigio, 1980 [1933], *El ejército en cien años de vida republicana*, reed. Biblioteca Ecuatoriana, Facultad de Economía, Universidad de Guayaquil.
- Rodríguez, L.A., 1922, "Nuestra milicia antes de la conquista", *El Ejército Nacional*, No. 3, Quito.
- Rodríguez, Leónidas, 1949, *Vida económico-social del indio libre de la Sierra ecuatoriana*, The Catholic University of America Press, Washington D.C.
- Rodríguez, Luís Humberto, 1955, *Monografía del cantón Otavalo*, Ed. Fray Jodoco Ricke, Quito.
- Rojas, Ángel Felicísimo, 1984 [1946], "El maestro Guamán, según la versión de su colega Aurelio Benítez", en *Un idilio bobo. Libro de relatos*, CCE, Quito, pp. 201-260.
- Rosanvallon, Pierre, 1999, *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia.*, Instituto Mora, México D.F.
- Roseberry, William, 2002, "Hegemonía y lenguaje contencioso", en G. Joseph y D. Nugent, *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, Era, México D.F., pp. 213-226.
- Rosero, Fernando (coord.), 1990, *Estructuras agrarias y movimientos sociales en los Andes ecuatorianos (1830-1930)*, IIE-PUCE-CONUEP, Informe de Investigación, Quito.
- Rubio Orbe, Alfredo, 1954, *Legislación indigenista del Ecuador*, Instituto Indigenista Interamericano, México D.F.
- Rudé, George, 1981, *Revuelta popular y conciencia de clase*, Crítica, Barcelona.
- Saenz, Moisés, 1933, *Sobre el indio peruano y su incorporación al medio nacional*, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, México.
- Salinas de Gortari, Carlos, 1991, "Iniciativa de reforma al artículo 27 de la Constitución", *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 11, México D.F.
- San Félix, Alvaro, 1974, *En lo alto grande laguna*, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

- Sánchez-Parga, José, 1986, *La trama del poder en la comunidad andina*. CAAP, Quito.
- Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens, 1985, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, El Áncora, Bogotá, 3ª ed.
- Saad, Pedro, 1971, “La alianza obrero-campesina”, en *Obras Escogidas*, T.IV, Claridad, Guayaquil.
- Saad, Pedro, 1977, “La tragedia del campesinado en América Latina”, en *Obras Escogidas*, T. V, Claridad, Guayaquil, pp. 9-18.
- Saad, Pedro, 1987 [1944], “Acerca de la unidad nacional y los gobiernos seccionales”, en Domingo Paredes (comp.), *Los comunistas en la historia nacional*, Claridad, Guayaquil, pp. 83-122.
- Sancho de la Torre, Neptalí, 2012, *Neptalí Sancho Jaramillo. Pensamiento y acción*, COPYCOMPUT, Manta.
- Santana, Roberto, 1983, *Campesinado indígena y el desafío de la modernidad*, CAAP, Quito.
- Scott, James, 1985, *Weapons of the weak. Everiday forms of peasant resistance*, Yale University Press, New Haven and London.
- Shanin, Teodor, 1975, “Peasantry as a political factor”, en T. Shanin (ed.), *Peasants and peasant societies*, Penguin Books, Harmondsworth, pp. 238-263.
- Silverman, Marilyn 1986, “Variabilidad agraria en la costa ecuatoriana” En: M. Murmis, *Clase y región en el agro ecuatoriano*, Quito: Corporación Editora Nacional. p. 79-174.
- Silverman, Marilyn, 1987, “Agrarian processes within “plantation economies”: cases from Guyana and coastal Ecuador”, *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, vol. 24, No. 4, pp. 550-570.
- Skocpol, Theda, 1984, *Los Estados y las revoluciones sociales*, FCE, México.
- Smelser, Neil J., 1996 [1963], *Teoría del comportamiento colectivo*, Fondo de Cultura Económica, México D.F. 2ª. reimp.
- Smith, B.C., 1988, *Bureaucracy and political power*, Wheatsheat Books, Brighton UK.
- Spenser, Daniela, 2008, “The caribbean crisis. Catalyst for soviet projection in Latin America”, en G. Joseph y D. Spenser, *In from the cold. Latin America’s new encounter with the cold war*, Duke University Press, Durham & London, pp. 77-110.
- Solórzano Freire, José, 2012, “Nuestra gente”. *Relatos del Cayambe antiguo*, Gráficas

Novoa, Cayambe.

Sosa Freire, Rex Tipton, 1996, *Miscelánea histórica de Pintag*, Cayambe, Abya Yala.

Stern, Steve, 1990, “Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebeliones campesinas: las implicaciones de la experiencia andina”, en S. Stern (comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, pp. 25-51.

Striffler, Steve, 2002, *In the shadows of State and capital: The United Fruit Company, popular struggle and the agrarian restructuring in Ecuador: 1900-1995*, Duke University Press, Durham.

Sweezy, Paul, Maurice Dobb, Christopher Hill, et.al. . (1978). *The transition from feudalism to capitalism*, Verso, London.

Sylva, Paola, 1986, *Gamonalismo y lucha campesina*, Abya-Yala, s.l.

Tamayo Mancheno, Gustavo, 1960, *El velasquismo (Una interpretación poética y un violento período de lucha)*, Royal Print, Guayaquil.

Tamayo Rubio, Raúl, 1947, “Comunidades campesinas y sus leyes en el Ecuador”, *Previsión Social*, No. 19-20.

Tarrow, Sydney, 1994, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.

Thompson, E.P., 1979, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona.

Tilly, Charles, 1978, *From Mobilization to Revolution*, Random House, Nueva York.

Tilly, Charles, Louise Tilly y Richard Tilly, 1997 [1975], *El siglo rebelde, 1830-1930*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.

Tobar Donoso, Julio, 2001, *La legislación liberal y la iglesia católica en el Ecuador*, Producción Gráfica, Quito.

Tobler, Hans Werner, 1990, “Los campesinos y la formación del Estado revolucionario, 1910-1940”, en Friedrich Katz (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX (vol.2)*, Era, México D.F., pp. 149-173.

Tocqueville, Alexis de, 1989, *La democracia en América*, Vol.1., Alianza, Madrid, 2ª. reimp.

Torres del Río, César, 2010, *Colombia siglo XX. Desde la guerra de los Mil Días hasta la elección de Álvaro Uribe*, Norma, Bogotá, 2010.

- Touraine, Alain , 1989, *América Latina. Política y sociedad*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Touraine, Alain, 1970, *El movimiento de mayo o el comunismo utópico*, Signos, Buenos Aires.
- Touraine, Alain, 1984, “Los movimientos sociales”, et.al., *Touraine y Habermas: ensayos de teoría social*, Universidad Autónoma de Puebla-Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México D.F., pp. 101-126.
- Triana, Adolfo, 1980, *Legislación indígena nacional. Leyes, decretos, resoluciones, jurisprudencia y doctrina*, Ed. América Latina, Bogotá.
- Troncoso, Julio C., 1969-1970, “Memorias íntimas del Diario capitalino “El Día””, *El año ecuatoriano*, Vol. 17, Quito.
- Trujillo, Jorge, 1986, *La hacienda serrana. 1900-1930*, IEE/Abya-Yala, Quito.
- Tuaza, Luis Alberto, 2011, *Runakunaka ashka shaikushka shinami rikurinkuna, ña mana tandanakunata munankunachu: la crisis del movimiento indígena ecuatoriano*, Flacso Sede Ecuador, Quito.
- Tutino, John, 1990, “Cambio social agrario y rebelión campesina en el México decimonónico: el caso de Chalco”, en Friedrich Katz (comp.), *Revuelta, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX (vol.1)*, Era, México D.F., pp. 94-134.
- Tutino, John, 1999, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*, Era, México D.F., 2a. reimp.
- Uggen, John, 1975, *Peasant mobilization in Ecuador. A case study of Guayas province*, Ph. D. dissertation, University of Miami.
- Urrutia, Francisco, 1922-1929, “Realidades del progreso nacional. El Servicio Geográfico Militar”, *El Ejército Nacional*, VIII, No. 43, pp. 198-204.
- Valencia, Alonso, 1988, *Estado soberano del Cauca. Federalismo y regeneración*, Banco de la República, Bogotá.
- Vanderwood, Paul J., 1972, “Los rurales: producto de una necesidad social”, *Historia Mexicana*, Vol. 22, No. 1, pp. 34-51.
- Van Young, Eric, 1986, “La historia rural de México desde Chevalier: historiografía de la hacienda colonial”, *Historias*, No. 12, México D.F., pp. 23-65.
- Varios Autores, 1981, *Comunidad andina: alternativas políticas de desarrollo*, CAAP, Quito.

- Varela Ortega, José, 2001, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Marcial Pons/Junta de Castilla y León, Madrid, 2001.
- Vargas, Pablo, 1993, *Lealtades de la sumisión. Caciquismo: poder local y regional en la Ciénega de Chapala*, El Colegio de Michoacán, Michoacán.
- Vásquez, Mario C., 1962, “Cambios socioeconómicos en una hacienda andina del Perú”, *América Indígena*, vol. XXII, No.4, pp. 296-312.
- Véliz, Claudio, 1984, *La tradición centralista de América Latina*, Ariel, Barcelona.
- Verdum, Ricardo, 2006, “A cooperação internacional e a expansão do indigenismo integracionista: O caso Missão Andina”, *Interethnic@ - Revista de estudos em relações interétnicas*, vol. 10, No. 1, 2006.
- Vilaça, Marcos y Roberto Cavalcanti de Albuquerque, 2006 [1965], *Coronel, coronéis. Apogeu e declínio do coronelismo no Nordeste*, Bertrand Brasil, Rio de Janeiro, 5ª.ed.
- Villamizar, Dario, 1994, *Ecuador: 1960-1990. Insurgencia, democracia y dictadura*, El Conejo, Quito, 2ª. ed.
- Villavicencio, Gladys, 1973, *Relaciones interétnicas en Otavalo-Ecuador*, Instituto Indigenista Interamericano, México D.F.
- Weber, Eugen, 1976, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford University Press, Stanford.
- Wiener, Jonathan M., 1975, “The Barrington Moore Thesis and Its Critics”, *Theory and Society*, Vol. 2, No. 3, pp. 301-330.
- Williams, Raymond, 2003, *La larga revolución*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Wolf, Eric, 1972, *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI, México, D.F.
- Wolf, Eric, 1975, “Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas”, en E. Florescano (coord.), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, Siglo XXI, México, D.F., pp. 493-530.
- Yáñez del Pozo, José, 1986, *Yo declaro con franqueza. Memoria oral de Pesillo-Cayambe*, Abya Yala, Quito.
- Yeh, K.C., 1971, *Land reform and revolutionary war: a review of Mao's concepts and doctrines*, Rand Corporation, Santa Monica.
- Zabaleta, René, 1982, “Forma clase y forma multitud en el proletariado minero en Bolivia”, *Análisis*, No. 11, Lima, pp. 17-31.

Zald, Mayer N., 1999, "Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos", en Dough McAdam, John D. McCarthy y Mayer N. Zald (eds.), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, pp. 369-388.